Pedro Mártir de Angleria

DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO

CLÁSICOS DE HISTORIA 525

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERIA

DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO

(1493-1526)

Traducción de Joaquín Torres Asensio

Fuentes históricas sobre Colón y América.
Libros rarísimos que sacó del olvido,
traduciéndolos y dándolos a la luz en 1892,
el Dr. D. Joaquín Torres Asensio

Cuatro tomos

Madrid 1892

CLÁSICOS DE HISTORIA 525

SUMARIO

PRÓLOGO

1.
El centenario. Sus frutos de concordia. Ejemplo de los obispos hispano-americanos. Cuestiones inoportunas. Acusaciones contra España. Los compañeros de Colón. Dificultades interiores.

Es ciertamente plausible este movimiento actual de aproximación del antiguo y del nuevo mundo para celebrar los descubrimientos del magnánimo navegante Cristóbal Colón, que, impulsado por las vigorosísimas energías de la fe, logró llevar a cabo el hecho de más trascendencia por ventura que, aparte de la Redención, puede registrar la humanidad en sus anales.

Ocasión es ésta de que ambos mundos, como padre e hijo que son, reanuden francamente las relaciones amorosas que estos dos nombres expresan, conviniendo el padre en no disputar sobre si había llegado el tiempo de que su hijo se fuera de la casa paterna tomando estado, y olvidando por completo las desatenciones e irreverencias en que aquél acaso incurriera como en ocasiones análogas suele acontecer en el seno de las familias, y desagraviando el hijo por su parte al que le dio luz con sinceras manifestaciones de consideración y gratitud.

Esta última significación tiene, a mi entender, el hecho de celebrarse sólo en España, en este año 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América por Colón, con asistencia de numerosa y lucidísima representación del Nuevo Mundo, reservándose éste celebrar el año que viene grandiosa conmemoración del venturosísimo acontecimiento.

Particularmente la nación española, que, derrochando tesoros de valor, de sangre y de sufrimientos legendarios, tuvo la gloria inmortal de abrir los caminos de la espléndida civilización a las inmensas regiones ultramarinas, de esperar es que desde esta fecha reanude los apretados vínculos del más estrecho parentesco con todas las Américas sin duda; pero más especialmente con las regiones y pueblos que hablan nuestra hermosa lengua, habitan las ciudades a que nosotros pusimos nombre, ostentan con legítimo orgullo los monumentos que nosotros levantamos, fueron organizados por nuestra magistral legislación de Indias y educados por nuestros misioneros y nuestros obispos, profesan nuestra fe, y, por fin, la sangre que llevan en las venas no es otra que la sangre de nuestros padres. Aunque frecuentemente acontece que el padre, agobiado por los años y las desgracias, se debilita y viene a menos, mientras sus hijos con el vigor de la juventud prosperan y pueden más, la razón dice que entonces son más obligatorios los deberes de los hijos y más dignas de aplauso sus atenciones.

Y como el vínculo más suave, y a la vez el más eficaz y duradero, es el de la religión, nombre que viene de *religare*, es oportuno citar el ejemplo que yo mismo vi en Roma durante el santo Concilio del Vaticano: que los señores Obispos americanos de lengua española se reunían todos con los nuestros en la morada del Primado de las Españas, el Eminentísimo señor Cardenal Moreno, para tratar asuntos importantísimos, y se vio entre ellos maravillosa unidad de miras, y reinó fraternal concordia y estrecharon relaciones de amistad amorosa. Estas mismas disposiciones y tendencias he observado y comprobado yo en algunos egregios representantes del Episcopado hispano-americano que he tenido ocasión de tratar acá, en España.

Gran lástima sería que cierta anarquía de pensar que reina hoy, rebasando cien millas las legítimas investigaciones de la verdad, y, como consecuencia, el prurito de singularizarse y llamar la atención aunque sea con ideas paradójicas, imposibilitaran el armonioso concierto de agradecidos parabienes que merecen los héroes que consumieron su vida sacando del ignoto seno de los mares tenebrosos un mundo lleno de riquezas, de vida exuberante y de inauditas maravillas. Ocasión es

ésta, no de concitar resentimientos, sino de renovar amistades; no de dividir, sino de aproximar, no solamente a la América española con la madre patria, sino también, y muy principalmente, a los hijos de España entre sí.

Por esto no alcanzo la razón, ni mucho menos la oportunidad, de promover apasionadas cuestiones, ya por una parte en menoscabo de la gloria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, ya por otra en ofensa de la honra preclarísima de España, y particularmente del Rey Católico, D. Fernando V; y voy a decir rapidísimamente dos palabras pacificadoras sobre tales puntos.

Es manía harto frecuente de algunos extranjeros acriminar a España de que no supo establecer orden ni gobierno en los inmensos territorios que cada día se agregaban a su corona, y a los capitanes que se veían de improviso Gobernadores o Virreyes se les acusa de no haber pensado sino en buscar y acumular oro, abandonando el cultivo y el fomento de la producción, y en esclavizar y matar indios en vez de granjearse su voluntad y acostumbrarlos al trabajo.

Los que así hablan, aparte de que falsifican algunos hechos y exageran otros, cometen la mayor falta que puede cometerse en la crítica, como lo es sacar los sucesos del conjunto de circunstancias en medio de las cuales se producen. No hay en la Historia ningún héroe que no salga condenado en juicio si se le arranca de su tiempo y se le traslada como por ensalmo para juzgarle con arreglo a las máximas y circunstancias de otros tiempos muy diferentes.

Los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo se encontraban con hombres desnudos que, ni tenían necesidades, ni jamás habían trabajado, ni sabían ni querían trabajar. Los españoles no podían tampoco por las atenciones militares de la defensa, por el continuo movimiento en que su situación les ponía, por enfermedades que les ocasionaba la diferencia del clima, los trabajos increíbles que pasaban, y el paludismo de un país tan cálido y húmedo, donde nadie había guiado jamás las aguas ni pensado en desecar pantanos.

Los historiadores extranjeros suelen tomar de las antiguas fuentes históricas españolas la afición al oro, de que nadie allí se hubiera visto inmune, y las demasías, yerros y abusos que siempre acompañan a las cosas de los hombres; pero callan los tesoros de sangre, de sufrimientos y de heroísmo que allá se consumieron.

Todos aquellos españoles tienen derecho para repetir ante el tribunal de la historia estas palabras de Colón: «Yo debo ser juzgado como Capitán que fui de España a conquistar fasta las Indias a gente belicosa y mucha y de costumbres y seta a nos muy contraria; los cuales viven por sierras y montes, sin pueblo asentado, ni nosotros... Yo debo ser juzgado como Capitán que de tanto tiempo fasta hoy trae las armas a cuestas sin las dejar una hora, y de caballeros de conquistas y del uso, y no de letras... ca de otra guisa rescibo grande agravio porque en las Indias no hay pueblo ni asiento.»[1]

Tampoco debe olvidarse que por la índole de aquella empresa, considerada como entonces se presentaba, la mayor parte de los que se embarcaron en el primer viaje del Almirante, y algunos de otras expediciones, distaban mucho de ser la flor y nata del pueblo español, como de ello se queja Colón y lo confirma Pedro Mártir Angleria; y, aunque no hubiera otras pruebas, constaría por la real providencia de 30 de abril de 1492, mandando suspender las causas criminales que tuviesen los que marchaban con Colón[2].

---

1 Carta al ama del Príncipe D. Juan, año 1500.

2 «Sepades que Nos mandamos ir a la parte del mar Océano a Cristóbal Colon a faser algunas cosas complideras a nuestro servicio, e para llevar la gente que ha menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro a las personas que con él fuesen, porque de otra manera no querrían ir con él al dicho viaje; e por su parte nos fue suplicado que ge lo mandásemos dar, o como la nuestra merced fuese: e Nos tovímoslo por bien. E por la presente damos seguro a todas e cualesquier personas que fueren en las dichas carabelas con el dicho Cristóbal Colon, en el dicho viaje que hace por nuestro mandado a la parte del dicho mar Océano, como dicho es, para que no les sea fecho mal ni daño, ni desaguisado alguno en sus personas, ni bienes; ni en cosa alguna de lo suyo por razón de ningún delito que hayan fecho ni cometido fasta el día de la fecha desta nuestra Carta, e durante el tiempo que fueren e estovieren allá con la venida a sus casas, e dos meses después. Porque vos mandamos a todos, e a cada uno

Ni se deben echar en olvido las vicisitudes porque atravesó España en la época de los descubrimientos de América. Desde que el gran descubridor se presentó a los Reyes en Barcelona coronado de espléndida aureola hasta el 1504, en que murió Doña Isabel, ni el mismo Colón comprendía bien toda la importancia del descubrimiento. En esos años España no hizo sino gastar la sangre de sus hijos ganando, sí, gloria imperecedera por los trabajos que arrostraron, superiores a todas las invenciones de los poetas antiguos; pero no enriqueciéndose, como se la acrimina, a costa de los indios, sino antes consumiendo en las heroicas empresas sus recursos. «Los gastos eran muy muchos, los provechos eran pocos hasta entonces; la sospecha que no había oro era muy grande ansí allá como acá en Castilla... Ovo quien fizo entender al Rey y a la Reina que siempre sería más el gasto que el provecho», dice con su honrada palabra el *Cura de los Palacios*[3], y eso mismo confirma repetidas veces este Pedro Mártir Angleria, que conocía como el que más todo lo público y lo secreto.

Los obstáculos que, muerta la Reina, se opusieron a D. Fernando para gobernar; la actitud inconsiderada de su yerno Felipe; el prudentísimo viaje del Rey Católico a Nápoles; el gobierno de Castilla ejercido entretanto a nombre de una pobre loca; las dificultades propias de una regencia trina, aunque había en ella dos Cardenales como Cisneros y el que después fue Adriano VI; el gobierno del adolescente Carlos, nacido y educado en extranjera tierra y rodeado de extranjeros, todo esto, ciertamente, no era nada favorable para el más reposado estudio de los en todo sentido nuevos Estados ultramarinos, ni para la dirección uniforme y acertada de su gobierno en aquella primera época.

2.
Nuestras leyes de Indias. ¿Fueron esclavos los indios? ¿Hay ingratitud contra Colón?

Sin embargo de todo eso, las acusaciones apasionadas contra España se estrellarán siempre ante la realidad, comprobada en ese incomparable monumento de civilización que se llama *Legislación de Indias*. Al pasar la vista por sus títulos, al leer los epígrafes de sus leyes, al saborear la lectura de su texto, se queda uno maravillado de cómo la calumnia antiespañola ha podido cundir y prosperar. Por seguro debemos tener que, cuando se hayan extinguido las pasiones excitadas con motivo de la emancipación, el fallo definitivo de la Historia será favorable a nuestra patria

Ninguna nación del mundo ha tratado así a sus colonias. Los mismos Gobiernos de la civilizada Europa que con su política desatentada, hija de la revolución francesa, han hecho retrogradar a las masas populares a los tiempos de Cincinato, y no saben remediar el daño sino por el medio menos civilizado que hay, cual es la fuerza, el día que quieran gobernar bien adelantarán mucho si acuden a nuestras *Leyes de Indias* a tomar lecciones para gobernar a sus pueblos como España organizaba, protegía y civilizaba a los indios.

¿Por qué no se escribe un libro en que, con los documentos a la vista, se responda a las infundadas y gratuitas acusaciones que la pasión dicta y la ignorancia propala? Sólo las Ordenanzas del cardenal Cisneros son un monumento, sin segundo, de previsión, de espíritu paternal y de prudencia gubernativa.

Se repite que hicimos esclavos a los indios. Nada más injusto. Colón no había comprendido en este punto toda la delicadeza española: envió algunos esclavos prometiendo muchos, y, no obstante las consideraciones, muy merecidas por cierto, que los Reyes Católicos guardaban al Almirante, no pasaron por ello. En el Memorial que envió con Antonio Torres recayeron reales

de vos en vuestros logares e juridiciones, que no conoscais de ninguna cabsa criminal tocante a las personas que fueren con el dicho Crisóbal Colon en las dichas tres carabelas, durante el tiempo susodicho; porque nuestra merced e voluntad es que todo ello esté así suspendido.»

3 *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CXXXI.

resoluciones de conformidad con todos los capítulos; pero en el que toca a la esclavitud de los indios, aun de los caribes, los Reyes escribieron con prudencia y suavidad: «En esto se ha suspendido por agora, hasta que venga otro camino de allá, y escriba el Almirante lo que en esto le paresciere.» Y cuando hubieron tomado consejo de lo que correspondía hacer según la doctrina católica, con fecha 20 de junio de 1500 dieron esta hermosa providencia: «El Rey e la Reina: Pedro de Torres, Contino de nuestra Casa: Ya sabéis cómo por nuestro mandado tenedes en vuestro poder en secustacion e depósito algunos Indios de los que fueron traídos de las Indias e vendidos en esa ciudad e su Arzobispado y en otras partes de esta Andalucía por mandado de nuestro Almirante de las Indias; los cuales agora Nos mandamos poner en libertad, e habemos mandado al Comendador Frey Francisco de Bobadilla que los llevase en su poder a las dichas Indias, e faga dellos lo que le tenemos mandado...»

Si se les obligó a trabajar, como era conveniente, justo y necesario, dado que lo rehusaban como acostumbrados a completa ociosidad tradicional, se hizo con todos los miramientos debidos a la dignidad humana, como puede verse en las hermosas disposiciones que por dicha se conservan, como la real Provisión de 20 de diciembre de 1503 «mandando al Comendador Ovando que compela a los indios a tratar con los cristianos y a trabajar, pagándoseles su jornal y mantenimiento, juntándose para ser doctrinados como personas libres que lo son, y no como siervos.»

Y por cuanto la rutina ignorante, inspirándose en escritores extranjeros, se ensaña principalmente contra D. Fernando, léase lo que escribió el bien informado Angleria en su Década primera, lib. X, cap. III: «El Rey no consiente que sean tenidos por esclavos.» El espíritu de la legislación española tocante al trabajo de los indios, está perfectamente sintetizado en esta ley de Felipe II: «Declaramos que a los indios se les puede mandar que vayan a las minas, como no sea mudando temple, de que resulte daño a su salud, teniendo doctrina y justicia que los ampare, bastimentos de que poderse sustentar, buena paga de sus jornales, y hospital donde sean curados, asistidos y regalados los que enfermaren, y que el trabajo sea templado y haya veedor que cuide de los susodichos; y en cuanto a los salarios de doctrina y justicia, sean a costa de los mineros, pues resulta en su beneficio el repartimiento de indios; y también paguen lo que pareciere necesario para la cura de los enfermos.»[4] La necesidad y la propia conveniencia de los indios obligó a que se autorizaran sus asendereados *repartimientos*; pero es honroso monumento de civilización colonial y de protección al débil la legislación española, previniendo todos los abusos y hasta omisiones de los *encomenderos*.

Tampoco hay justicia en acusar a España cual si fuera rea de la más fea ingratitud que hayan visto los siglos respecto del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Por fortuna, se conservan los documentos con que se prueba que, antes y después del descubrimiento, fue por acá muy atendido y considerado, y favorecidos con larguezas reales. Se le hicieron las mayores mercedes y honras a que pudiera aspirar ningún español, y se le confirmaron sus grandes privilegios. En repetidas reales órdenes[5] se mandó que se le entregara religiosamente todo el oro y demás que le pertenecía por sus privilegios. Apenas murió, se puso en posesión de ellos a su hijo D. Diego Colón, nombrado y confirmado en el Almirantazgo y gobierno de la Española, con todos los derechos consiguientes.

Pero ¿y los grillos de Colón? Los grillos de Colón, con que tantas veces se ha querido herir el rostro de su patria adoptiva, fueron (sin que se sepa de cierto con qué motivo, o a falta de motivo con qué ocasión) el medio venturoso para él de que se aquilatara su lealtad y su grandeza; pues, como blanco rostro no luce toda su hermosura si el pintor no lo rodea de fondo obscuro, así la aureola de los héroes nunca brilla tanto como en el interesante cuadro de la desgracia.

Además, los grillos de Colón sirvieron para que se pusiera de manifiesto que D. Fernando y Doña Isabel no eran capaces de tratar indignamente al que les había adquirido un mundo. «Tan pronto como los Reyes supieron que habían llegado presos a Cádiz *(los dos hermanos Colón)*, al

4 Leyes de Indias, ley 1.ª, tit. XV, lib. VI.

5 Véanse entre los documentos diplomáticos publicados por Fernández Navarrete en su *Colección*, tomo II.

punto mandaron por postas aceleradas que los soltaran, y les dieron permiso para que fueran libremente *(a la Corte)*, manifestando que han llevado muy a mal la injuria que se les ha hecho *(a los Colones)*.[6] Así lo afirma terminantemente nuestro Angleria, tan perfectamente enterado, ya por la Corte, ya por el mismo Almirante.

La responsabilidad, pues, que haya en haber encadenado a Colón, es toda de Bobadilla. Pero a este hombre, de quien los autores contemporáneos dan buenos informes; a este Gobernador, que se ahogó en el mar cuando venía a dar cuenta de sus actos, no debemos condenarle sin oírle. En este caso, aun deplorando como deploramos el hecho, podemos y debemos suponer rectitud en la intención; que para explicar esta desgracia y otras mayores bastan y sobran las dificultades de investigar, las pasiones de los denunciadores y las inevitables equivocaciones de los hombres.

Esta prudente reserva guardaba nuestro autor cuando escribió en el lugar citado: «Qué se haya investigado respecto del Almirante y de su hermano, o de los que estuvieron en contra de ellos, no lo veo bien.» La conducta de los Reyes Católicos se explica igualmente por estas juiciosas palabras del propio historiador: «Estos, entretanto, combatidos con tantas quejas de todos lados, y principalmente al ver que, de tanta abundancia de oro y de otras cosas, se traía poco por causa de las discordias y sediciones, han instituido un nuevo Gobernador que averigüe diligentemente todas estas cosas, y corrija a los que resulten delincuentes o los envíe a su real presencia.»

Al cabo, para estimar a Colón como uno de los héroes más simpáticos del mundo, para declararle digno de eterno agradecimiento, no es necesario suponerle infalible ni impecable. No lo eran los mismos santos, y de héroe a santo hay todavía muy largo trecho que andar. No ignoro que hay quien desea y espera su beatificación; pero nadie tiene derecho a hablar de eso sino la Iglesia, la cual no ha dicho una palabra, y parece probable que no la diga nunca.

3.

Preocupaciones contra el Rey Católico. La gloria de Colón es gloria de España. No se le debe mermar el mérito del descubrimiento.

Aquí se me viene a la memoria el libro estimable escrito por Roselly de Lorgues, que parece empeñado en canonizar a Cristóbal Colón; pero causa extrañeza que al desahogar su entusiasmo, de ordinario bien fundado, la emprenda sin consideración contra un soldado de Cristo, cuyos méritos personales en favor de la Fe galardonó la Santa Sede concediendo a los Reyes de España el gloriosísimo título de *Católicos*. En verdad, no es nada edificante que un escritor católico se permita, con menoscabo de la verdad histórica, presentar a un Fernando V de Aragón como una alma ruin, corroída por la pasión vilísima de la envidia. Como parece increíble, se hace preciso copiar sus propias palabras: «No era un misterio la mala voluntad del rey Fernando contra Colón. El monarca envidiaba la celebridad del grande hombre; tenía celos de la alta opinión y del respeto afectuoso que la Reina le había tomado. La constante confianza de Isabel irritaba la egoísta susceptibilidad del monarca.» Advierto al lector que si pongo con letra mayúscula la palabra *Reina* y con minúscula *rey* y *monarca*, es porque así lo tiene el desapasionado escritor francés.[7]

Estas ideas salen varias veces, con otras fábulas que, al ofender al Rey Católico, ofenden más a la verdad histórica, como aquello de contar (cuento es) que D. Fernando pretendía, luego que casó con Doña Isabel, gobernar él solo en Castilla con exclusión de la Reina; que ésta resistía toda intervención de D. Fernando, y que los árbitros por Mr. Lorgues inventados resolvieron que ella gobernara en Castilla y él en Aragón. ¡A esto llaman historia!

---

6 «Cum primum tamen reges Gades vinctos adductos esse didicerunt, utrumque statim per celeres tabellarios solvi jubent, utque liberi adeant permittunt, moleste se tulisse eam ipsorum injuriam ostendentes.» (*Decadis* I, lib. VII ad finem.)

7 *Christophe Colomb, histoire de sa vie et de ses voyages*. Paris, Didier et Compagnie, 1859. Tomo II, pág. 81.

Y el sandio error cunde tanto, particularmente más allá de los Pirineos, que el ilustre P. Raulica tuvo la desgracia de escribir: «Fernando no tenía más que la ejecución, e Isabel era quien daba la idea; Fernando era la mano derecha, espada del reino; pero Isabel era la cabeza, el alma y el consejo de él. Hubiérase dicho que Fernando era la mujer, la reina de aquella gloriosa monarquía, y que Isabel era el hombre, el rey de ella»; y no hace mucho que se ha visto en Madrid un juguete escénico en que el Rey Católico se presenta cual un bobo, y le confiesa a Colón haber sido injusto con él, y a la incomparable Reina, modelo de esposas cristianas, se la hace hablar con desdén de su marido, allí presente. ¡A esto conduce el guiarse por fábulas francesas, ignorando las fuentes históricas españolas![8]

El lector pensaría que yo omito las pruebas que de sus injurias al Rey Católico ponga Mr. Roselly de Lorgues si yo no le advirtiera que no presenta ninguna, ni una cita, ni un hecho, ni una alusión siquiera a testimonio alguno; para acusaciones tan graves y temerarias bástale con su palabra. Escribir así es dar permiso a los lectores para que en eso no hagan caso del escritor. En todos los escritos de Angleria se echa de ver la verdad, contraria a las precedentes suposiciones.

Al modo que para ensalzar a Colón no es necesario, ni justo, ni conforme a la verdad histórica, deprimir la honra de España, del mismo modo la gloria del Almirante jamás puede empañar el lustre de la nación que tuvo la dicha de adoptarle entre sus hijos. A las intemperancias extranjeras contra España, aunque vengan envueltas en exagerados entusiasmos colombinos, los españoles no deben responder mermando poco ni mucho la gloria preclarísima del gran descubridor de las Indias occidentales. Colón es nuestro, su gloria es gloria de nuestra patria; ni a la envidia ni a la ignorancia ni a la ligereza se les debe permitir que siembren la cizaña en nuestro campo.

Así, por ejemplo, regatearle a Cristóbal Colón el mérito de inventor o descubridor de América, es regateárselo a nuestra patria; porque la gloria de Colón y la de España están unidas con indisolubles lazos de toda clase de flores, desde las violetas, pasionarias y siemprevivas, que indican los sufrimientos arrostrados, hasta las más alegres rosas y jazmines, magnolias y tulipanes que pueden expresar glorias triunfales y positivas ventajas.

Y a fe que sería vano empeño negar a Colón todo el mérito de su trascendental descubrimiento. ¿Qué se alega en contra? Que se tenían noticias de que había tierras al otro lado del Atlántico. ¡Oh, sin duda! Censuras acerbas merecería el impávido descubridor, aun afortunado, si se hubiera lanzado allá sin más fundamento que el deseo de gloria vana o la vil codicia de riquezas. Si Colón no hubiese tenido noticias y razones que dieran probabilidad de buen resultado, no sería más que un aventurero, un calavera, un suicida, un homicida de sus compañeros. A veces un general ha ganado la batalla, y merecería ser castigado por un consejo de guerra; que la bravura, si no va dirigida por la razón y regulada por la prudencia, no puede llamarse fortaleza ni es virtud: es propia del toro, pero no merece alabanzas en el tribunal sereno de la razón.

Tuvo, pues, Cristóbal Colón probabilidades de tierras ultramarinas, y debió tenerlas, y sin ellas jamás le fuera lícito exponer su vida y la de los hombres que le entregaban las suyas. ¿Pero pueden acaso llamarse descubridores de América, ni lo son, cuantos columbraron la existencia de aquellos continentes, o los que se admita o algún día llegue a probarse que de hecho aportaron a las playas americanas, ora queriendo, o bien llevados allá por no poder resistir al empuje de los vientos o a las corrientes del océano? ¿Será el mérito del descubrimiento de las Américas para la tribu de negros etíopes que Vasco Núñez de Balboa encontró al cruzar, a fuerza de hambres y sufrimientos heroicos, las montañas del istmo de Darién y descubrir el mar Pacífico, según nos lo refiere, por carta del propio Vasco, este Pedro Mártir Angleria en el libro primero de su Década segunda?

Se dice que algunos habían visto la tierra ultramarina; Raimundo Lulio conjeturó su existencia; Santo Tomás afirmó como cierta la redondez de la tierra; Eusebio de Cesárea la consignó

---

8 Puede verse acerca del Rey Católico el § IX del largo artículo que, con el título *Expulsión de los Moriscos*, escribí hace poco en el *Diccionario apologético de la Fe católica*, columnas 2388-2170. Tan pronto como las ocupaciones me lo permitan lo habré de ampliar algo y publicarlo en libro aparte.

con igual firmeza en tiempo de Constantino; el pitagórico Icetas escribió «que hay dos tierras: esta nuestra, y la de los antípodas.»[9] Platón, en su mal ridiculizada afirmación de la Atlándida sumergida, pone más allá islas y continentes. ¿Pero cuál de ellos plantó la insignia bendita de nuestra redención en las playas americanas? ¿Quién dejó abiertos los caminos del mundo desconocido? ¿Quién puso a aquellos desventurados hermanos nuestros en relación con los que les pudieran enseñar que eran hombres nacidos para más altos fines que para holgar y pacer desnudos entre las selvas? Cristóbal Colón fue el que recibió de Dios la misión gloriosísima de sacrificar su vida en empresa tan sublime, y quedar en las galerías de la Historia al frente de los bienhechores de la humanidad.

Ya que de noticias hemos hablado, es muy satisfactorio hacer que todos sepan cómo en el seno de la Iglesia, en el mismo faro inextinguible que Cristo encendió para alumbrar al mundo mientras éste dure, se conservaba la noticia cierta o la afirmación resuelta de que había un mundo al otro lado de ese mar impenetrable.

Antonio de Herrera comienza su preciosísima *Historia* escribiendo estas palabras: «San Gregorio, sobre la Epístola de San Clemente, dice que pasado el océano hay otro mundo, y aun mundos.» Como no pone la cita, ni aun dice a qué San Gregorio alude, no he podido compulsarla; pero sí puedo ofrecer al lector el luminoso texto de San Clemente, Papa. ¿De dónde sacaría esta noticia para afirmarla rotundamente, como la cosa más sencilla, el discípulo de San Pablo? ¿Estaría relacionada con explicaciones que los Apóstoles oyeran de Cristo cuando les mandó ir a predicar la buena nueva *in mundum universum*? ¿Llevarán acaso razón los que han querido probar que el Evangelio fue predicado a los americanos en los primeros días de la Iglesia, y que se extinguiría la luz cristiana por la persecución, y que de ella se han encontrado vestigios manifiestos?

Sea de ello lo que fuere, San Clemente, Papa, el mismo Clemente a quien San Pablo nombra con la recomendación más envidiable que se pueda escribir jamás, diciendo que su nombre está en el libro de la vida[10], en la carta que siendo Papa escribió a los corintios, de la cual dice Eusebio de Cesárea que es de indubitable autenticidad, a la vez que pone en duda o niega otros escritos que se le atribuyen[11]; en esa carta preciosísima, hablando (capítulo XX) de que todo está sometido al poder y la providencia de Dios, dejó escritas estas palabras de oro: «La mole del inmenso mar, que bajo su ordenación se hincha formando montañas, no traspasa los muros de que ha sido rodeado, sino que hace lo que Él le mandó. Pues dijo el Señor: “Hasta aquí llegarás, y en ti mismo se romperán tus olas. EL OCÉANO QUE LOS HOMBRES NO PUEDEN CRUZAR Y LOS MUNDOS QUE HAY AL OTRO LADO DE ÉL, son gobernados por disposición del mismo Señor.—*Oceanus impermeabilis hominibus et qui trans ipsum sunt mundi ejusdem Domini dispositionibus gubernantur*.»[12]

4.

Patria y primeros años del autor. De Milán a Roma, y de Roma a España. Prefiere la milicia. Sacerdote y maestro en la Corte. Embajador. Otros cargos. Su muerte.

Hora es ya de que digamos algo acerca de D. Pedro Mártir y de sus escritos. Este ilustre escritor nació en Arona, a orilla del Lago Mayor, aunque su familia tenía la residencia fija en Milán, por lo que él firmaba *Mediolanensis*. En su carta XVII, fecha en 1488, dice a Fray Hernando de Talavera, entonces obispo de Ávila, que tiene veintinueve años; por consiguiente nacería en 1459, si

9 Apud Euseb., *Præp. Evang*., lib. XV, cap. LIV.

10 *Philipp.*, IV, 3.

11 *Hist. Eccles*., lib. III, cap. XXXII.

12 Puede verse el texto latino en la *Vet. Patr. Bibliot. Galand.* Venet., 1765.

bien de otros datos resulta alguna divergencia y parece que nació el 2 de febrero de 1457, o mucho más probablemente de 1455.

Es un error suponerle nacido en Enguera, pues Angleria no es apellido tomado de la patria, sino gentilicio, de linaje, como él lo explica en su carta CCXLVIII, donde habla de su antiquísima y nobilísima prosapia, y de cómo el casi regio linaje Angleria vino a menos. Angleria se llama él también en el testamento escrito en castellano, sin que obste a la certidumbre de este apellido el que allí mismo nombre a sus dos hermanos Jorge y Juan Bautista de *Anguera*. En el tiempo de nuestro escritor su familia contaba con pocos recursos, como se ve por sus cartas, en que se muestra muy agradecido a la casa condal de los Borromeos, protectora de sus parientes.

Corriendo los años de su juventud en aquella época en que el Renacimiento imprimía en Italia maravillosa actividad a los espíritus, aunque no siempre sana dirección, y dotado Pedro Mártir de una de esas almas que no caben en el cuerpo, se formó rápidamente en las letras clásicas y dio gallarda muestra de su ingenio y de su numen poético.

Hacia el año 1477 pasó a Roma, y ya mereció trabar relaciones de amistad con altos personajes, en particular con el cardenal Ascanio Sforcia. Mucho debía de llamar la atención en la Ciudad Eterna cuando, no obstante sus pocos años y lo escaso de sus recursos, se pudo ganar igualmente la estimación de D. Íñigo de Mendoza, embajador de los Reyes Católicos, con el cual se vino a España en 1487. Aunque el diplomático español se gozaría en traerse consigo al insigne literato, en cuya juventud fundaría patrióticas esperanzas, consta que el célebre conde de Tendilla, como hombre experimentado, le disuadía, y Pedro Mártir le escribía más tarde, acá en España, casi palabra por palabra, el discurso con que en Roma puso a prueba la decisión del ardiente joven italiano.

También le disuadía de venir a España el cardenal Sforcia, y otros se lo afeaban; lo que le dio ocasión de explicar las razones que le movieron a cambiar de patria. Dice él que le daban pena las divisiones que devoraban a Italia y esterilizaban toda propensión generosa; que España le llamaba la atención por la unidad, engrandecimiento, fecunda actividad y grandes hazañas que llevaba a cabo bajo los Reyes Católicos, y que muy particularmente le seducía la idea de tomar parte en la campaña contra los moros, cuyo anuncio escribe él que sonaba en sus oídos cual trompeta. A algunos amigos importunos respondía que no merecía compasión, sino envidia.

El conde de Tendilla lo presentó a la Corte en Zaragoza. Doña Isabel concibió deseo de que el ilustrado joven italiano se encargara de enseñar a los caballeros de su Corte: se lo indicó por medio de Fray Hernando de Talavera; pero Angleria respondió que por entonces prefería ser soldado contra los moros. Acaso le engañaba el juvenil ardor, y tenía más aptitud para el reposado culto de Minerva que no para el de Marte. No se sabe que se distinguiera como soldado: en el campamento de Baza se excusa de escribir cartas porque le gusta más manejar la lanza que no la pluma; otra vez escribe que ha estado en una expedición para impedir que se sublevaran los moros sojuzgados de Baza, Guadix y Almería; pero, a pesar de estos alardes marciales, no le ganó el nombre al Gran Capitán.

Y fue mejor así, que en el otro caso probablemente no tendríamos los preciosos libros que nos ha dejado. Siguió, pues, toda la campaña de la reconquista de Granada hasta su feliz terminación. La colección de las cartas suyas que se conservan es casi un diario de operaciones, ya que, por desgracia, no se sepa que llegara a escribir el que prometía con el título de *Diales Castrenses*.

Cuando terminó la gran epopeya de la reconquista con la toma de Granada, Pedro Mártir Angleria fue nombrado canónigo de la restablecida Iglesia metropolitana, y bajo la dirección del arzobispo Talavera, cuya santidad pondera en ocasión y en otras varias, se preparó a ordenarse de sacerdote. Pronto su espíritu, acostumbrado al movimiento de la Corte, sintió la nostalgia de una vida tan diferente de la pasada, y pronto también fue llamado a tomar parte en los más graves negocios públicos y encargado de educar a los hijos de los cortesanos, formando una escuela ambulante de donde salieron no pocos de los grandes hombres de nuestro gran siglo XVI.

En 1501, el Gran Sultán Bayaceto, hijo del conquistador de Constantinopla, soliviantado por los judíos, herejes, moros y moriscos que fueron de acá, amenazaba acabar con los cristianos de sus vastísimos estados y con los monumentos sagrados de la Tierra Santa, en venganza de la toma de Granada y de la felonía que los fugitivos conspiradores le hicieron creer habían cometido los Reyes Católicos contra ellos. Entonces D. Fernando llamó a Pedro Mártir Angleria y le envió embajador al Sultán: lo que dio ocasión al canónigo de Granada de mostrar excepcionales condiciones de diplomático, y probablemente de prestar a la civilización europea uno de los servicios de más valor que se puedan pensar. El felicísimo resultado de la embajada aquilató el mérito de Pedro Mártir, que después fue designado varias veces para otras comisiones análogas, como en 1497 a Hungría sobre asuntos delicados; en 1506 a verse con D. Felipe para arreglar las diferencias que tenía con su suegro, Don Fernando el Católico; y en 1518 lo quisieron enviar otra vez al sultán Selím, pero por su avanzada edad y sus achaques no fue.

En 1523 Adriano VI le dio el arciprestazgo de Ocaña, y en 1524 Carlos V le propuso a la Santa Sede para la Abadía episcopal de Sevilla de Jamaica; pero aunque habla con fruición de su esposa Jamaica, y envió allá a su familiar Aguiniga, y formó generosos planes, y sobre la puerta de la iglesia de Sevilla de Jamaica se leía una inscripción de que el templo había sido restaurado a expensas del Abad Pedro Mártir de Angleria, que lo construyó de piedra labrada y ladrillo cuando se quemó el antiguo, que era de madera; pero es lo cierto que él no fue a Jamaica ni llegó a ponerse la mitra.

Por su parte, la Corte de España no se olvidó de conceder a Pedro Mártir Angleria honores y provechos. Ya en 1488 escribe él que la Reina le ha señalado renta y agregádole a su Corte. Con fecha 2 de octubre de 1492 le expidieron este formal nombramiento de *Contino*. «Nos el Rey e la Reina facemos saber a vos los nuestros Contadores que es nuestra merced e voluntad de tomar por Contino de nuestra casa a Pedro Mártir, orador, e que haya e tenga de nos de ración e quitación, en cada un año porque nos sirva continuamente, 30.000 maravedís.» En términos casi iguales le nombró Doña Isabel «maestro de los caballeros de mi Corte en las artes liberales», con renta de 30.000 maravedís, y en este documento ya le llama «mi capellán» (15 dic. de 1502); y el 5 de marzo de 1520 fue nombrado cronista de Su Majestad con renta anual de 80.000 maravedís, llamándole «el protonotario Pedro Mártir, del nuestro Consejo.»[13]

Por cédula real dada en Granada a 7 de Diciembre de 1526 se mandó que se le pagara al testamentario de Pedro Mártir su renta anual completa, «no embarcante que falleció el mes de octubre deste año... (porque) los bienes que dejó no bastan para cumplir los cargos de su ánima... (y) acatando lo que el dicho Pedro Mártir nos sirvió.»

No se infiera de aquí que el ilustre historiador corriera la suerte de muchos sabios y grandes hombres. Él mismo dice que solía gastar con largueza; su amigo Lucio Marineo nos describe los ricos objetos que tenía en su habitación, y el testamento que otorgó en Granada a 23 de septiembre de 1526 es prueba manifiesta de su situación desahogada.

Por fortuna se conserva tan curioso documento en el Archivo de Simancas, y se ha publicado en la citada *Colección*. El testamento de D. Pedro Mártir Angleria acredita que era hombre de recta y delicada conciencia, piadoso y agradecido. Con razón dice Pedraza[14] que «murió con gran opinión de virtud y letras, y el Cabildo le construyó decorosa sepultura en el sagrario de su iglesia donde entonces estaba la catedral, honrando su memoria con honorífico epitafio latino[15].

13 Estos documentos se conservan en el Archivo de Simancas, y han sido publicados en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXIX, pág. 399.

14 Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, parte cuarta, cap. XLIV.

15 Rerum ætate nostra gestarum, et novi Orbis ignoti hactenus illustratori, Petro Martyri Mediolanensi, Cæsareo Senatori: qui, patria relicta, bello Granatensi miles interfuit: mox urbe capta, primum Canonico, deinde Priori Sanctæ huius Ecclesiæ. Decanus, et capitulum charissimo Collegæ, possuere sepulcrum. Anno M.D.XXVI.

Para muestra de su habla castellana y de la buena índole del testador, pongo al pie alguna cláusula de su largo testamento[16].

5.
Era remiso para escribir. Poeta. En Salamanca. Sus obras.

Ahora, para hablar de Angleria como escritor se necesitaría más espacio del que permite este prólogo; pero ya lo verá el lector por sí mismo. Hombre de gran talento, viva imaginación poética y vasta erudición, era, sin embargo, muy poco amigo de escribir, y menos aún de publicar los escritos, como él lo declara muchas veces, y lo confirma Elio Antonio de Nebrija en el prólogo que escribió al frente de las ocho Décadas impresas en Alcalá el año 1530, y lo acredita más que todo la broma que le jugó su amigo Lucio Marineo Sículo[17] hurtándole de su habitación la primera Década y mandándola imprimir en Alcalá el año 1511 con la complicidad del marqués de Vélez, Don Pedro Fajardo, discípulo de Angleria, según el mismo hurtador lo declara sin recato ni temor ante el tribunal de la Historia[18]. Acaso desestimaba lo que escribía por la misma facilidad que tenía para escribir, así en prosa como en verso.

La no escasa colección de sus *Poemata* basta y sobra para hacernos presumir que, con una vida más reposada, sería capaz de escribir una *Eneida*, o digamos una *Colombiada*, ya que este asunto era incomparablemente más rico en su realidad que los inmortalizados por Homero y por Virgilio con sus fantasías. Verdaderamente era maravillosa la facilidad con que hacía versos, pues en alguna carta comenzada en prosa, *calamo currente*, dejó largo párrafo de versos latinos de alta entonación clásica. La ciudad de Santa Fe debe conservar en cierta lápida de mármol rojo cuatro versillos que con razón llama medianos, escritos allí a vuela pluma cuando acabaron de edificar aquel cristiano campamento[19], y en *La Semana Católica* he publicado este año unas estrofas de

---

16 «...Sea con nos la Santísima Trinidad, Padre, Hijo e Spíritu Santo. Sea también la bendita Virgen María con todos los Santos. Yo, el protonotario Pedro Mártir de Angleria, del Consejo de Su Majestad, natural de Milán, nacido en la villa de Arona, que es en la ribera de Lago Verbano, el cual por su grandeza se dice Lago Mayor, conociendo cuan flaca sea la vida humana, cuánd peligroso el descuido si alguno muriese sin ordenar su testamento, de donde suele nacer escándalos que agravian las animas de los defuntos, lo cual es contra la voluntad de Dios, conforme a su sentencia, *Ay del hombre por cuya causa viene escándalo*, determiné ordenar este mi testamento en lengua castellana, porque si Dios Nuestro Señor fuese servido de me llamar en estas partes, pueda ser mejor entendida mi última voluntad de todos. Estando en mi seso entero, cual Dios me lo dio, y estando sano de mi cuerpo conformo al tenor de mi edad, quiero manifestar mi voluntad sobre aquellas cosas que sean de mayor momento, determino comenzar.

»Lo primero, desde agora ante todas cosas ofrezco y doy la mi ánima a su Criador, al cual suplico que, al tiempo que le plega sacarla desta cárcel corporal, la quiera llevar mezclada con sus santos a la silla de su eterna gloria, siendo intercesora la Virgen Santa María con todos los otros santos.

»Item doy y ofrezco mi cuerpo a la tierra de donde fue criado, y mando que sea sepultado en la iglesia mayor desta cibdad de Granada, en el lugar que está señalado por los señores Deán y Cabildo della, segund que entre sus mercedes e mí está asentado…

»Item mando a la sacristanía de la dicha iglesia mayor desta cibdad, donde mi cuerpo ha de ser sepultado, los ornamentos con que yo celebro. Y porque yo hice este dicho ornamento de una ropa que me dio el grand Soldán de Babilonia, cuando yo fui por embajador a él inviado por los Católicos Reyes de gloriosa memoria D. Fernando y Doña Isabel, y querría que durase lo más que fuese posible a causa de la memoria de tan santa obra como se hizo en mi embajada, que fue redemir que el gran Soldán no tornase moros por fuerza o ficiese morir con tormentos a los cristianos que estaban dentro de sus señoríos, y a los flayres de Iherusalem, por tanto quiero que este mi ornamento no se use más de las once fiestas de Nuestra Señora que hay en el año, en las cuales dichas fiestas se ha de decir misa en el altar que se hiciere sobre mi sepoltura, segund adelante se dirá.»

17 Del que comunicamos en su día su *Crónica de Aragón*. (Nota del editor digital.)

18 Lucii Marinei, *Epist. Familiar.*, lib. V.

19 Rex Ferdinandus, Reginaque Elisabeth, urbem
Quam cernis, minima constituere die,
Adversos Fides erecta est, tu conterat hostes,

buenos sáficos en que cantó piadosamente la pasión del Señor por encargo de la reina Doña Isabel. Aunque no disfrutaba del retiro que las musas reclaman, según aquello:

Carmina secessum et otia scribentis querunt,

podía, sin embargo, decir con Ovidio:

Et quod tentabam dicere versus erat.

Aun cuando escribía en prosa, solían las musas asomar la cara entre rasgos de ingenio agudo y epigramático. Sus libros sobre los descubrimientos marítimos son para él Nereidas ceñidas con guirnaldas de oro y de perlas. Hablando de los caníbales, dice una vez: «En aquellas islas todos los animales son mansos, menos los hombres.» Contándola venida del preso, Francisco I, desde Valencia a esta corte, juega con el equívoco de la palabra latina *gallus* y con las águilas imperiales de Carlos V, y escribe con aguda y cáustica facilidad: «El Águila ha encerrado al Gallo en la jaula de Madrid.»

Su fecundo ingenio y su vasta erudición palpitan encada página de sus obras, y brillaron un día con el fulgor rápido del relámpago en la Universidad de Salamanca. En su hermosa y festiva carta LVII le cuenta al conde de Tendilla cómo a fines de septiembre de 1488 fue a Salamanca, escribió diez versos en alabanza de la Universidad, y, a escondidas, los fijó en las puertas de ella y del templo inmediato. Esto bastó para promover todo un alboroto literario; investigaron quién era el autor, y le hicieron disertar un día, desde las dos hasta las tres de la tarde, acerca de la sátira segunda de Juvenal ante un público tan apiñado que hubo muchos estrujones y sacaron desmayados a dos o tres, y el bueno del bedel consultó a sus superiores si le pasaría al revoltoso extranjero, sin duda como primer causante del daño, la cuenta de su capota de grana que pereció en la batalla. Es muy grato leer los detalles del triunfo literario y la consiguiente ovación que obtuvo el orador Angleria. ¡Felices tiempos cuando los apretones, sofocaciones y desmayos eran en los salones universitarios de Salamanca!

Las obras que nos ha dejado son: 1.° *Opus Epistolarum*. 2.° *De Orbe novo Decades octo*. 3.° *Legationis Babylonicæ libri* tres. 4.° *Poemata*. Parece seguro que no llegó a escribir el Diario de la guerra de Granada, que prometía con el nombre de *Diales Castrenses*, ni hay tampoco noticia de los *Anales*, que parece haber escrito. En un libro viejo[20] he leído que escribió el viaje de Magallanes, lo mandó a Roma para que se imprimiera, y que pereció el manuscrito en el saco de la ciudad papal. Verdad será; mas por lo visto, el autor se quedó con otra copia o borrador, y podemos leerlo en la Década quinta, cuyo largo capítulo séptimo se titula: *De orbe ámbito*, que es: *De la vuelta al mundo*, y no trata de otra cosa.

El *Opus Epistolarum* es una colección de ochocientas trece cartas suyas, escritas a los más distinguidos personajes de su tiempo, inclusos los Papas León X y Adriano VI. Son la mayor parte históricas de los importantísimos acontecimientos de su tiempo, y algunas filosóficas, morales, de pésame, de parabién, etcétera, etc. Por ellas se echa de ver cuanto se sabía, se hacía y se pensaba en la Corte prepotente de nuestros Reyes, y los grandes acontecimientos exteriores en que tanta intervención tenía España; constituyen un arsenal, un verdadero tesoro histórico de aquel interesantísimo período, que abarca desde 1487 hasta 1526.[21]

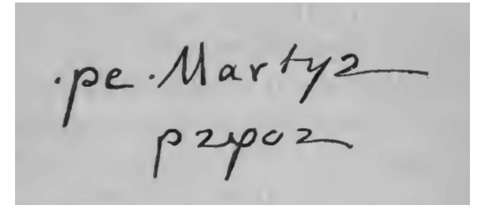
Dotado de admirable actividad para investigar; atento observador y conocedor de sucesos y personas; colocado en la mejor posición para saber lo público y lo secreto; relacionado con los principales personajes de Europa y de América, y tomando parte activa en los negocios más importantes de su tiempo, sus cartas, sin constituir una historia seguida, ordenada y completa, son una fuente histórica fresca, abundosa y sana, tal vez la más rica que se conoce. Y claro es que en esa

Hinc censent dici, nomine SANCTA FIDES.

20 *Navegationi et viagii...* Venetia, 1550, pág. 373.

21 Joaquín Torres Asensión incluyó en su traducción de las Décadas del Nuevo Mundo las cuarenta y tres cartas que se refieren a América. En su día las comunicamos, acompañadas de su original latino, con el título *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*. (Nota del editor digital.)

colección que ha conservado para la Historia ochocientas trece cartas, no están todas las que escribió; yo mismo tengo copia literal de dos dirigidas al Cabildo de Granada que posee los originales, y no son de las publicadas. De ellas he tomado este facsímil de su firma:



Me propongo publicar en un tomo todo lo que trae sobre las germanías de Valencia y los comuneros de Castilla; como que anduvo entre ellos y tomó parte muy activa en todos aquellos ruidosos, mal conocidos y peor juzgados acontecimientos. En otro tomo, si el público no me niega la necesaria ayuda, irá lo que dejó escrito acerca de la reconquista de Granada, a que asistió como soldado.

Las ocho *Décadas del Nuevo Mundo* son una historia más ordenada de las expediciones, descubrimientos y conquistas de América. A instancias del cardenal Ascanio Sforzia, vicecanciller de la Corte Pontificia, comenzó a escribir los primeros libros, refiriendo los acontecimientos a medida que se iban sabiendo en la Corte; de modo que el libro primero lo acabó el día 13 de noviembre de 1493, y el segundo a 29 de abril de 1494. A estos dos libros, dedicados al cardenal Ascanio, llama él ascanianos. Cuando uno de los vaivenes políticos dio con el Cardenal en una prisión de su enemigo Luis XII de Francia, Pedro Mártir cesó de escribir. Gracias al cardenal de Aragón y a su tío el rey de Nápoles, continuó escribiendo los siete libros siguientes, comprensivos hasta el año 1500, y en 1510 añadió el libro décimo por complacer a su gran amigo el conde de Tendilla, a quien lo dedicó. El Papa León X le hizo escribir la Década segunda, que terminó el 4 de diciembre de 1514, y fue menester que nuevas cartas de Roma le estimularan a tomar la abandonada pluma para que compusiera la Década tercera, a que dio fin en octubre de 1516.

Lo que se publicó aparte con el título *De Insulis nuper inventis et de moribus incolarum earumdem*, no es sino la Década cuarta, dedicada a León X, y terminada en 1518. A su sucesor Adriano VI, dedicó la quinta, concluida a 30 de octubre de 1520. La sexta va dirigida *al Arzobispo de Cosenza, para que se la entregue al Pontífice*: es ya del año 1524. La séptima, que alguna vez llama Ducal, se la dedicó al *gran vizconde de Milán*, hermano del cardenal Ascanio Sforzia; la terminó entre febrero y junio de 1525, como se ve por sus cartas DCCCVI y DCCCXI. La octava está dedicada al Papa Clemente VII, que con un Breve le estimuló a que la escribiera. El capítulo nono lo terminó en Toledo a 20 de octubre de 1525; el último capítulo pertenece a los postreros once meses de su bien aprovechada y bien terminada vida.

Los tres libros de su Embajada babilónica dan cuenta de aquel arriesgado y felicísimo viaje; y según él era diligente y profundo observador, a más del objeto principal de que ya he dado cuenta en el citado tratado sobre la *Expulsión de los Moriscos*, abunda en noticias muy curiosas e interesantes sobre todo lo que vio, y particularmente acerca de Venecia, las pirámides de Egipto, el Nilo, las inscripciones antiquísimas que copió, etc., etc. A la Historia y a la Geografía les importa que se dé a conocer tan rico monumento, que podrá hacer un tomo como el presente. Su autor consintió en publicarlo, cediendo a las instancias del Cardenal Cisneros, a quien lo dedicó.

De los Poemas latinos, baste con lo arriba dicho-

6.
Autoridad historial de Angleria. Plagio de Cadamusto. Advertencias sobre esta versión.

Don Pedro Mártir Angleria reúne las mejores condiciones que pueden concurrir en un historiador para que resulte autorizado su testimonio. Escribe en España sobre asuntos españoles y es extranjero, y así no está influido sino por la fuerza de la verdad: ni es castellano ni aragonés, ninguno de los dos partidos puede arrastrarle para que no refiera con honrada sinceridad las peripecias y dificultades que en la Corte y fuera de ella pudiera tener la unión entonces verificada de los dos grandes reinos. Ni es comunero ni cesarista, y podrá mejor que nadie juzgar las demasías y turbulencias de los amotinados, a la vez que fustigue acerbamente los abusos de los flamencos, que, so capa de un adolescente que, o no había pisado el suelo español o apenas había llegado a él, dieron ocasión, y acaso motivo, para las famosas revueltas populares.

En la mayor parte de las cosas que refiere, particularmente en el rico tesoro de sus *Epístolas*, es testigo presencial, o algo más, porque interviene en ellas o en las deliberaciones que las preparan o dirigen, y en el semblante de los Reyes, consejeros y ministros lee las impresiones de lo que pasa, y las intenciones respecto a lo que se prepara. Cuando no es testigo presencial, es investigador diligentísimo, como en esta obra se le ve en todo lo tocante a los descubrimientos y gobierno de las regiones americanas, que recibe paquetes de cartas de los mismos capitanes y descubridores, del propio Colón cuyos originales tiene a la vista, y las mismas relaciones tiene con Vasco Núñez, Américo Vespucio, Magallanes, Pedro Arias, Pinzón, Alfonso Niño, Anciso, Zamudio, Cortés, etc., etc., y de otros muchísimos, escritas en su estilo militar, como dice, y a cuantos vienen de allá les busca, les llama, les convida, hospeda en su casa, y los somete a astuto interrogatorio, sin que se exceptúe el inglés Cabot, que vuelve de navegar entre los témpanos del mar glacial, hasta poder él decir que de allá no viene uno que deje de llegar a su casa, ni de darle cuenta de cuanto sabe.

Con la discreción de un hombre sabio y experimentado, escoge lo que merece un lugar en la historia, y deja a un lado la multitud de menudencias a que los actores que se las cuentan dan excesiva importancia: distingue lo cierto de lo dudoso, y comunica al lector las dudas que a él le quedan sobre cosas no comprobadas, o que parecen increíbles, o que no han podido ser allá bien apreciadas. La diligencia y exactitud llega hasta advertir en qué sílaba carga el acento de las palabras indias, como *baío, Muctezumá, Matininó*. Es también garantía de sus relaciones el altísimo destino que llevan sus escritos, como que son la mayor parte para los Papas que le obligan a escribir, por el natural deseo de saber tan maravillosos acontecimientos, y todos para los más egregios personajes de su tiempo.

Así no es maravilla que los autores antiguos más concienzudos citen a Angleria como la más segura autoridad, según se echa de ver hojeando los libros sobre asuntos americanos.

D. Nicolás Antonio dice también que para no dar fe a este autor, que estuvo presente e intervino en las cosas que refiere, se necesita despojarse antes de la racionalidad[22]. Y en apoyo de su parecer cita el testimonio del muy grave y no menos docto Juan de Vergara, que escribió a Florián Docampo: «Sepa Vm. que de todas las cosas de aquellos tiempos de casi el Imperio de los Reyes Católicos, y después hasta pasadas las Comunidades, yo no pienso que puede haber más ciertos y claros memoriales que son las Epístolas de Pedro Mártir; y porque demás de lo que por ellas cualquiera podrá ver, yo soy testigo de vista de la diligencia que este hombre ponía en escribir luego a la hora todo lo que pasaba. Y como no gastaba mucho tiempo en pulir y limar el estilo, sino que mientras le ponían la mesa, como yo lo vi, le acontecía escribir un par de cartas, dellas no recebía trabajo, ni pesadumbre, y ansí no cesaba en el oficio, ni tenía otro cuidado.»

Fray Bartolomé de las Casas escribió en el prólogo de su famosa *Historia de las Indias*: «Cerca de estas primeras cosas a ninguno se debe dar más fe que a Pedro Mártir, que escribió en

22 *Bibliotheca Hispano Nova*. Matriti, 1788, tomo II, pág. 372.

latín sus *Décadas*, estando aquellos tiempos en Castilla, porque lo que en ellas dejó tocante a los principios, fue con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero, a quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía, inquirido, y de los demás que aquellos viajes a los principios hicieron; en las otras que pertenecen al discurso y progreso destas Indias, algunas falsedades sus Décadas contienen.» Y en otro lugar añade: «A Pedro Mártir se le debe más crédito que a otro ningúno de los que escribieron en latín, porque se halló en Castilla por aquellos tiempos, y hablaba con todos, y todos se holgaban de le dar cuenta de lo que vían y hallaban, como a hombre de autoridad y el que tenía cuidado de preguntarlo.» Herrera, al frente de sus Décadas o *Historia general de las Indias Occidentales*, pone una lista de los treinta y tres primeros autores que escribieron de las Indias, y la encabeza precisamente con el nombre de Pedro Mártir Angleria, quien por su parte no se olvida de reclamar el primer lugar entre los historiadores de América.

No por eso se pretenda que no haya equivocaciones y errores en nuestro ilustre escritor. Escribiendo las primeras noticias en medio de la impresión de asombro que la grandeza inaudita de aquellos descubrimientos debían de producir, sólo un hombre tan discreto como Angleria podría merecer el nombre de historiador y librarse del apodo de fabulista; sus altas prendas hicieron ese gran servicio a la ciencia histórica: pero no se pretenda lo imposible de que en nada se equivoque cuando refiere, ni yerre cuando discurre, particularmente en puntos de Cosmología, Física y Meteorología.

Por ser tanta su autoridad no faltó desde entonces quien le quisiera hurtar la capa y ponérsela, como lo hizo el veneciano Luis Cadamusto, quien dándose por compañero de Colón en el primer viaje, como el médico Chanca lo fue en el segundo, plagió los tres primeros libros de la primera Década de Pedro Mártir, quien fustiga a su plagiario en los siguientes términos: «También se dispuso que, sin permiso del Rey, ningún extranjero se mezclara con los españoles. Por eso me ha causado maravilla que un tal Luis Cadamusto, veneciano, escritor de las cosas de Portugal, haya escrito de las españolas tan sin vergüenza: *Hicimos, vimos, fuimos*, siendo así que ni él ni veneciano alguno hizo ni vio maldita la cosa. Eso lo entresacó y lo tomó a hurtadillas de los tres primeros libros de mi Década a los cardenales Ascanio y Arcimboldo, de los cuales era conterráneo, y pensaba él que mis escritos no habían de publicarse nunca. Acaso pudo dar con esos libros en casa de algún embajador de Venecia; pues aquel ilustrísimo Senado envió a los Reyes Católicos hombres insignes, a quien yo mismo con gusto enseñaba mis escritos y les permitía sin dificultad que sacaran copias. Como quiera que sea, el bueno de Luis Cadamusto ha tratado de apropiarse el fruto del trabajo ajeno.»[23]

Y por cierto que el pobre Cadamusto, al cometer el hurtillo literario, no lo supo ocultar; no son menester ojos de lince para que cualquier juez crítico descubra el cuerpo del delito; como que no sabía cómo se llamaban las personas con quien finge haber hecho tan largo viaje y tenido tan íntimas relaciones. Hasta se conoce que tomó los nombres de un manuscrito mal leído, y que éste tenía ortografía italiana. Con efecto: el célebre Roldán se ha vuelto *Orlandus*; a Hojeda le llama *Horeda*, a Pedro Arias *Petrus Aliaris*; Melchor Maldonado sale ganando hecho Marqués, pues en vez de Melchior es siempre *Marchión*; Vicente Yáñez (Pinzón) es un *Vicentianus* a quien nunca llamó así la madre que lo parió; y Alonso Niño, que con ortografía italiana se escribe Nigno, se volvió fácilmente *Nigro*, o *Niger* en latín, y Negro en español. Hasta se sabe ya cómo se hizo el entuerto; cabalmente como Angleria se lo maliciaba. Ángel Trevisano, secretario del embajador de Venecia, Dominico Pisani, envió el manuscrito al historiógrafo Malipieri en 1501, y poco después pudo aprovecharse de él Cadamusto, dándose tono de compañero de Colón en el primer viaje.[24]

No eran menester tantas pruebas para que se conociera el plagio, una vez publicados los libros de Pedro M. Angleria, contra lo que se figuraba Cadamusto; pues con leerlos a la vez, se ve por vista de ojos que es una copia apenas modificada en las palabras, no en las ideas, fuera de las dos

23 Década segunda, lib. VII, cap. II.

24 Esta última noticia debo a la bondad del distinguido americanista D. Juan Pérez de Guzmán.

líneas sobre la fisonomía de Colón, que las puso para encabezar su plagio. Antes de leer las arriba copiadas quejas de Angleria, había yo topado con la *Navegatio Christophori Columbi* de Cadamusto, y me gozaba del hallazgo y me lisonjeaba de poder hacer un buen servicio a las letras; pero luego cayó mi gozo en un pozo así que me puse a compulsar.

En tiempos más próximos a nosotros no diré que hayan plagiado, pero sí que se han aprovechado al por mayor de estos libros de Angleria algunos señores extranjeros que han tenido la dignación de explicarnos a su modo nuestra historia, empedrando su hermoso campo de nuestra patria, a su política y a sus héroes. Basta citar, por ejemplo, al caballero Washington Irving, cuyas obras, que tanto han circulado, acerca de los Reyes Católicos, la reconquista de Granada y los descubrimientos de América, apenas son más que una paráfrasis de los olvidados libros de Angleria, como lo echará de ver quien se tome el trabajo de hacer la comparación. Y pluguiera a Dios que no cometieran más grandes abusos.

Ejemplo: Washington Irving (*Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón. Vasco Núñez de Balboa*, capítulo III) ha osado escribir: «Conociendo, dice Pedro Mártir, que los españoles eran *hombres vagabundos, que vivían del pillaje y del engaño*, pensó *(el indio Comogro)* que el medio mejor de ganar su amistad era satisfacer su codicia.» Hasta aquí el *verídico y agradecido* Irving.

Pero lo que dice Pedro Mártir (Dec. II, libro III, cap. II) es exactamente esto: «Comprendió *(Comogro)* que se debía tratar con agrado a estos hombres errantes, y tener cuidado de no darles motivo para que se ensañaran contra ellos y su casa, como lo hicieron contra los demás comarcanos. Envió de regalo a los principales, Vasco y Colmenares, cuatro mil dracmas de oro.»

¿Aprenderán con esto los españoles a no estudiar la historia de su patria en tales autores extranjeros? Mucho antes que los ingleses, los italianos habían publicado, en 1534, una *Historia dell'Indie occidentali cavata delli scritti di Pietro Martire.* En otras lenguas hay versiones totales o parciales, y los diccionarios bibliográficos llaman la atención sobre el mérito y la importancia de estos libros, como la *Bibliographie Ancien et Moderne* (París, 1811), verb. Anghiera, que dice ser muy rebuscados y sus noticias muy estimadas, y que no se encuentran en otra parte.

La lengua castellana no tenía hasta hoy estas obras. Solamente los dos primeros libros de la Década primera guarda en un manuscrito la Biblioteca d Academia de la Historia, traducidos en el siglo XVI, y anotado en sus márgenes el primero, e impreso no posee más que un ejemplar del *Opus Epistolarum*.

A mí me ha pasado lo contrario que al inglés Irving, que he citado más arriba. Aquél pensó en traducir los documentos publicados en 1825 por D. Martín Fernández Navarrete, y luego prefirió escribir libros en su propio nombre. Yo fui estimulado a escribir algo tocante al centenario americano-colombino, y apenas probé a poner las manos en la masa formé juicio de que si podía hacer algún pequeño servicio era publicando en español los libros colombino-americanos de Pedro Mártir Angleria, dado que de sus obras apenas quedan ejemplares, y los pocos que hay alcanzan un precio exorbitante en el mercado de libros raros.

Creo que convenía presentarlos como *fuentes históricas*, es decir, que debía yo traducirlos con escrupulosa exactitud, sacrificando, siempre que fuera menester, el gusto literario a la verdad y propiedad de la versión. Así lo he verificado, y muy particularmente cuando la frase podía tocar, aunque de lejos, a cualquier punto controvertido. Por ejemplo, como anda por ahí la preocupación errónea de que todo lo tocante al descubrimiento de América y a la dirección de sus asuntos se debe única y exclusivamente a la incomparable reina Doña Isabel, he tenido cuidado de no cambiar nada en las frases a esto referentes, y donde decía Rey o Reina o Reyes, así ha quedado; y si el autor empleaba el adjetivo *regio*, con esa indeterminación lo he traducido, como no hubiera ya muerto la egregia Reina.

Con esto queda dicho que yo no me hago solidario de cualquier concepto menos exacto; mi deber era presentarlo en castellano como se encuentra en latín; soy aquí traductor, no historiador ni

crítico. Algunas equivocaciones echo de ver yo: más verán los que tienen mejor vista. Con estos libros de Angleria se corregirán muchas ideas descaminadas; las que aquí vayan fuera de camino, a la ciencia crítica toca rectificarlas.

Yo estoy persuadido de que estos libros son una gran fuente, y de que a ella vendrán a beber el historiador, el cosmógrafo, el astrónomo, el marino, el botánico y el zoólogo, y en particular los estudiosos de la filología comparada, que tan hermosos descubrimientos llevan a cabo, y agradecerán a este hombre su diligencia en conservar los vocablos antiguos de los indígenas, especialmente en la Década tercera, libro séptimo.

Al hablar de las desnudeces de los indios, Angleria pone en latín algunos detalles que no me ha parecido conveniente traducir al castellano; pero como esos datos y otros semejantes sirven de base a los sabios para hacer consideraciones útiles, no he suprimido el texto, sino que lo he dejado intacto en latín.

Tocante a los tratamientos debidos, el autor habla al Papa como ahora hablamos, y así no hay nada que advertir. Pero a los Cardenales y a otros personajes les habla de tú en latín, según la índole de esta lengua, y he creído que era mejor dejarlo así, que no pegar al lenguaje moderno las fórmulas de antaño, como *vuestra merced*, o aplicarles a aquellos personajes los tratamientos de ahora y llamarles *eminentísimos señores* a unos, o aplicarles a otros un *excelentísimo señor*, que llama mucho la atención en cierta lápida dedicada a Guzmán el Bueno.

En las fechas que expresa por kalendas (no en las de nonas o idus) puede haber equivocación de un mes, y aun de un año si son las de enero, que en tal deberían restarse, pues alguna vez he observado que no nombra, según es la regla, el mes cuyas son las kalendas, sino el anterior, cuyo es el día de que se trata. Tal sucede en la carta CLII, donde la fecha puesta por las kalendas de enero de 1494 significa el mes de diciembre del 94, cuando según las reglas, debería significar el del año 93.

También debo advertir que el autor no pone otras divisiones que en ocho Décadas, y cada una de éstas en diez libros, o algunas en diez capítulos; no divide los libros en capítulos, ni artículos, ni siquiera párrafos aparte, que no era tal el uso en aquel tiempo. Pero ahora que, por lo visto, tenemos menos afición y paciencia para leer, he creído muy conveniente dividir los libros en capítulos, y éstos en párrafos, y poner los sumarios, que le sirven al lector de guía monitoria y le excitan el apetito, a más de que facilitan muchísimo el buscar cualquier hecho o idea cuando hace falta.

Finalmente, conozco cuan exiguo es el mérito de este trabajo mío, muy inferior, sin duda, al servicio que pienso y deseo hacer; estoy bien persuadido de que adolecerá de no pocos defectos, debidos, en parte, a ciertas dificultades, y espero que los hombres doctos han de recibirlo con generosa condescendencia, y aun simpatía, que les suplico tengan por miramiento a mi buen deseo de servir a las letras, que son bellísimo ornamento de las almas, y, sobre todo, a la verdad, que es como el aliento de Dios.

Joaquín Torres Asensio,
Presbítero.

Madrid, mayo de 1892.

Al Ilmo. Príncipe Carlos, Rey Católico, *Pedro Mártir*[25]

Desde que la Providencia divina quiso criar el universo, reservó el que fuera conocida la inmensa extensión del mar occidental hasta estos nuestros tiempos en que ha sido descubierta para ti, Rey poderosísimo, bajo los felices auspicios de tus abuelos maternos.

La misma Providencia parece que me hizo venir a España, no sé en virtud de qué destino, de mi patria, Milán, y luego de Roma, donde había pasado casi diez años, para que recogiera con particular diligencia estos acontecimientos maravillosos y nunca vistos, que de lo contrario habrían quedado tal vez ignorados en las voraces fauces del olvido, por atender sólo en general a estos descubrimientos los historiadores españoles, muy distinguidos por cierto.

Mas no pretendo solamente para mí el mérito de haber emprendido este trabajo: le pertenece principalmente al vizconde Ascanio, Cardenal Vicecanciller, que, cuando yo me quería marchar ya de Roma para tomar parte en la guerra de Granada, primero me disuadía de que me fuera, y después, viéndome del todo resuelto, me encargó, o más bien con sus ruegos me impuso el mandato de que le escribiera todo lo que fuera sucediendo en España.

Me vine a España con el anhelo de presenciar la expedición que se emprendió contra los enemigos de nuestra fe, y porque, joven yo y ansioso de novedades, no veía en Italia cosa con que pudiera alimentar mi ingenio por las discordias de sus Príncipes. Estuve en la guerra: el cardenal Ascanio sabía por cartas mías diarias lo que se hacía; y cuando la fortuna se le tornó de madre en madrastra, cesé yo de escribir.

Limpia ya España con la victoria sobre los enemigos, y extirpada la mala semilla mora, por no pasar la vida en ocio indecoroso pensaba volverme a Italia; pero me retuvo la singular benignidad que me mostraron los Reyes Católicos, ya difuntos, y las amplias promesas que a la vez me hicieron, en particular después que regresé de mi embajada babilónica.

Pero no me pesa haberme quedado, ya porque en parte alguna del mundo veía llevar a cabo en estos tiempos las grandes empresas que aquí, ya también porque, a causa de las disensiones de los Príncipes cristianos, no solamente oía quejarse y lamentarse, sino que yo mismo sentía hundirse todo, despoblarse los campos en casi toda Italia y regarse con sangre humana, saquear hostilmente las ciudades, llevarse las doncellas y las casadas con los bienes paternos, y aun matar cruelmente y sin motivo en sus propias casas a los padres y a otros hombres inermes e inocentes; pues no se libró de esa feroz sevicia la sangre de mis parientes y allegados.

Cuando así seguía yo, el cardenal de Aragón, habiendo visto los dos libros de mi primera Década dedicados al cardenal Ascanio, en nombre de su tío el rey Federico me exigió que escribiera los otros ocho. Descuidado yo totalmente de las cosas del mar, los Nuncios apostólicos, varones eminentes, me despertaron del sueño en nombre de nuestro Sumo Pontífice León X (que con sus atinados consejos y autoridad esperamos ponga remedio, por fin, a tantas calamidades y desdichas de Italia). A la Década primera, que se había impreso sin contar conmigo, añadí otras dos compuestas de libros breves en forma de cartas a Su Santidad.

Ahora vuelvo a vos, Serenísimo Rey, de quien he divagado un poco. El que vuestros abuelos maternos os hayan sometido toda la España excepto un rincón; el que os hayan dejado la hermosa Nápoles con las fértiles islas de nuestro mar, cosa grande es ciertamente, y así lo he consignado yo en los anales; pero, lo diré con permiso de los antepasados, cuanto desde el principio del mundo se

25 Este documento puso el autor al frente de la edición de sus tres primeras Décadas, que se hizo en Alcalá el año 1516, aunque la primera Década se había impreso allí mismo el año 1511 sin contar con el autor.

ha hecho y escrito es poca cosa, a mi ver, si lo comparamos con estos nuevos territorios, estos nuevos mares, esas diversas naciones y lenguas, esas minas, esos viveros de perlas, aparte de otras ventajas que para ti, ¡oh Rey potentísimo!, adquirieron tus abuelos. La cualidad y la grandeza de todas esas cosas se ponen de manifiesto en estas tres Décadas.

Ven, pues; ven, Rey, a quien Dios tiene destinado el más alto poderío que jamás oyeron los hombres; ven y no tardes[26]. Preparado tenemos para ti, exceptuando algo, el círculo equinoccial desconocido hasta estos tiempos, y la zona hirviente y, en opinión de los antiguos, tostada por los ardores del sol, pobladísima de gente, amena, fértil, riquísima, e islas mil coronadas de oro y de perlas, y en uno solo que reputamos continente ofrecerte hemos tres Europas.

Ven a abrazar un nuevo mundo y no quieras atormentarnos más con haber de seguir deseándote. De aquí, de aquí, tierno y preclarísimo Rey, se sacarán medios para que te obedezca a ti todo el orbe.

Dios guarde felizmente a Vuestra Majestad, a cuyo paladar, si llego a entender que saben bien las producciones de mi cultivo, le ofreceré con el tiempo mayor abundancia de ellas en canastos llenos. Quién soy, lo dirán los índices de los libros.

En Mantua Carpetana, vulgo Madrid, a 30 de septiembre, año 1516.

---

26 Aun no se había presentado en España Carlos V, que tenía entonces dieciséis años, y hasta se dudaba de si vendría o no, duda que ocasionaba funestas consecuencias.

PRIMERA DÉCADA OCEÁNICA[27]

LIBRO I.

Al Vizconde Ascanio Sforcia, cardenal vicecanciller

(Comprende el primer viaje de Colón y su salida para el segundo.)

1.

Introducción. Colón ante los Reyes Católicos. Su embarque. Las Canarias. Disgusto de la tripulación. Ven tierra.

Solía la agradecida antigüedad tener por dioses a los hombres por cuya industria y grandeza de alma se descubrían sus tierras desconocidas de los antepasados. Pero a nosotros, que tenemos un solo Dios, a quien adoramos en tres Personas, réstanos que a tales hombres, si no los adoramos, sin embargo los admiremos, y reverenciemos a los reyes bajo cuya dirección y auspicios pudieron aquéllos realizar sus pensamientos, y a unos y otros los ensalcemos e ilustremos merecidamente cuanto podamos.

Por lo cual, acerca de las islas del mar occidental recientemente descubiertas, y de los que tal han hecho, he aquí lo que se cuenta, ya que por tus cartas parece que lo deseas vehementemente. Me propongo, pues, comenzar por el principio del asunto para no hacer injuria a nadie. Cierto Cristóbal Colón, varón de la Liguria, propuso y persuadió a los Reyes Católicos Fernando e Isabel que por nuestro Occidente descubriría pronto islas limítrofes si le facilitaban naves y las cosas pertenecientes a la navegación, con las cuales la Religión cristiana podría fácilmente aumentarse, y obtenerse inaudita abundancia de margaritas, aromas y oro. Cediendo a sus instancias, le fueron concedidas tres naves del real fisco: la una de carga para el convoy, las otras dos mercantes, ligeras y sin bodegas, que los españoles llaman carabelas.

Conseguidas estas, Colón emprendió su proyectado viaje desde las costas de España, hacia primeros de septiembre[28] del año mil cuatrocientos noventa y dos de nuestra salud, con unos doscientos veinte españoles. Las islas afortunadas (como muchos piensan), llamadas Canarias por los españoles y descubiertas tiempo ha, distan de Cádiz en el alto océano mil doscientas millas de pasos, según su cuenta; pues dicen que distan trescientas leguas, y cada legua, los peritos en el arte de navegar, sacan por sus cuentas que contiene cuatro mil pasos.

La antigüedad las llamó islas Afortunadas por la temperatura de su cielo, pues ni sufren el pesado invierno ni el atroz estío. Pero hay quien quiere que estas islas Afortunadas sean las que los ingleses llaman de Cabo Verde. A estas islas Canarias, habitadas hasta estos tiempos por hombres desnudos, porque están fuera de todo clima de Europa, al Mediodía y que viven sin religión ninguna, fue Colón por tomar agua y carenar sus naves antes de lanzarse a tan duro trabajo.

Paréceme que no ha de disgustar, supuesto que hemos venido a las Canarias, el que cuente cómo de desconocidas se hicieron conocidas y de incultas vinieron a cultura, pues el largo

27 La escribió desde el año 1493 a 1510; pues aunque la había terminado antes, en 1510 refundió en uno los dos últimos libros, y añadió lo que ahora es el décimo. Se ha traducido de la edición hecha en Colonia, *apud Gervinum Calenium et haeredes Quentelio*s, 1574. El autor no dividió su obra sino en libros, sin epígrafes, ni capítulos, ni siquiera párrafos aparte.

28 El autor cuenta así la salida desde las islas Canarias, que fue el 6 de septiembre. Del puerto de Palos zarpó Colón el viernes 3 de agosto de 1492. También habrá resultado errata en los números romanos, que ponen doscientos veinte españoles, siendo así que en este primer viaje sólo fueron noventa.

transcurso de años las había entregado al olvido por desconocidas. Estas siete islas, llamadas las Canarias, fueron encontradas por feliz suerte, hacia el año 1405, por un francés llamado Bethancor por concesión de la reina Catalina, tutora de su hijo el rey D. Juan, siendo niño.

Bethancor ocupó y cultivó dos de ellas: Lanzeloto (Lanzarote) y Fuerteventura. Muerto él, su heredero las vendió ambas por dinero a unos españoles. Posteriormente, Fernando Peraroa y su mujer invadieron la isla de Hierro y la Gomera; y en nuestros tiempos Pedro de Vera, noble ciudadano de Jerez, y Miguel de Moxica hicieron lo mismo con la Gran Canaria, y Alfonso Lugo con Palma y Tenerife, pero a expensas reales. Después la Gomera y la de Hierro fueron sometidas sin gran trabajo. Pero Alfonso Lugo lo hizo con alguna dureza; pues aquella gente, desnuda y silvestre, guerreando con piedras y palos puso en fuga una vez a su ejército y mató cerca de cuatrocientos; pero, al cabo, él los venció. De este modo todas las Canarias fueron agregadas al poder de Castilla.

De estas islas, pues, Colón, siguiendo siempre a sol poniente, aunque un poco a la izquierda, navegó treinta y tres[29] días continuos, sin ver más que cielo y agua.

Sus compañeros españoles comenzaron primeramente a murmurar en secreto; después a instarle con manifiestos denuestos y a pensar en matar a su guía; finalmente, se consultaba sobre echarle al mar diciendo que les había engañado aquel hombre de la Liguria, que los iba a perder, que nunca podrían volver. A los treinta días, ya enfurecidos, proclamaban volverse, y le instaban para que no pasara adelante; pero él, cuándo con palabras suaves, cuándo con grandes esperanzas, difiriéndolo de día en día, aplacaba a los irritados y les suplicaba; decíales también que si maquinaban alguna cosa contra él y rehusaban obedecerle, los Reyes les tratarían como traidores. Por fin llegaron alegres a vista de tierra.

2.
Primeros descubrimientos. Encalla la Santa María. Desembarcan en la Española. Sencillez de los indios. Sus canoas.

En esta primera navegación descubrió solamente seis islas, y entre ellas dos de inaudita magnitud, de las cuales a la una llamó Española, y a la otra Juana. Pero no tuvo por seguro que la Juana fuera isla. Dando vuelta a las costas de algunas, oyeron en el mes de noviembre cantar a los ruiseñores entre densos bosques. Halló ríos caudalosos de aguas dulces y puertos naturales, capaces de grandes armadas. Rodeando las costas de la Juana desde el Septentrión en derechura al Occidente, recorrió no menos de ochocientos mil pasos (pues dicen que comprende ciento ochenta leguas), y juzga que es continente porque ni aparece el fin ni señal de término alguno en la isla (cuanto se podía ver con los ojos), y determinó volverse atrás, a lo que le obligó también la furia del mar, porque las costas de la Juana, por varias curvas, volvían y se inclinaban ya tanto al Septentrión, que los vientos boreales maltrataban más cruelmente a las naves, pues hacía tiempo de invierno.

Volviendo, pues, la proa hacia el Oriente, cuenta que encontró la isla de Ophir. Pero, considerado diligentemente lo que enseñan los cosmógrafos, aquellas son las islas Antillas y otras adyacentes. Llamó a ésta Española, en cuya costa septentrional, deseando examinar la naturaleza de los lugares, se aproximaba a tierra, cuando la quilla de la nave mayor, dando en cierta peña plana y oculta cubierta por las aguas, se abrió y quedó encallada. La llanura de la peña oculta les ayudó para no sumergirse; acudiendo, pues, de prisa con las otras dos, sacaron ilesos a todos los hombres.

Saliendo a tierra allí por primera vez, vieron hombres indígenas, que, mirando en tropel a la gente nunca vista, huyeron a refugiarse todos en espesos bosques cual tímidas liebres ante los galgos. Los nuestros, siguiendo a la muchedumbre, sólo cogieron a una mujer; y llevada a las naves,

29 Fueron treinta y siete días: desde el 6 de septiembre, que salió de la Gomera, hasta el 12 de octubre, que besó gozoso la playa de San Salvador.

bien comida y bebida, y vestida con ornato (pues toda aquella gente de ambos sexos vive completamente desnuda, contentándose con lo que da la naturaleza), la dejaron libre.

Tan pronto como la mujer volvió a reunirse con los suyos (pues sabía ella adonde habían acudido en la fuga), y habiéndoles hecho saber que era admirable el ornato y la liberalidad de los nuestros, todos a porfía acuden a la playa y piensan que son gente enviada del cielo. Echándose a nadar llevan a las naves oro, de que tenían alguna abundancia, y cambiaban el oro por un casco de fuentes de loza o de una copa de vidrio. Si los nuestros les daban una lengüeta, un cascabel, un pedazo de espejo u otra cosa semejante, les traían tanto oro cuanto les querían pedir o cada uno de ellos tenía.

Cuando ya llegaron a tratarse familiarmente, y los nuestros investigaban las costumbres de aquella gente, conocieron por señas y conjeturas que tienen reyes.

Bajando los nuestros de las naves, fueron recibidos honoríficamente por el rey y demás indígenas; reverenciaban a los nuestros por cuantos modos podían y sabían. A la puesta del sol, hecha la señal de la salutación angélica, arrodillándose los nuestros como cristianos, ellos hacían lo mismo. De cualquier modo que veían a los cristianos venerar la cruz, la adoraban ellos. De la nave que dijimos se estrelló en la peña, sacó aquella gente a los hombres y todo lo que en ella iba con tanta rapidez y alegría en sus botes, que llaman canoas, que entre nosotros no se socorrerán unos parientes a otros con más misericordia.

Las canoas aquellas las construyen de un solo madero, largas pero estrechas, vaciándolo con piedras agudísimas. Por eso diremos que son monoxilas. Afirman muchos haber visto que la mayor parte de ellas eran capaces de ochenta remeros. No se encuentra entre ellos que hagan uso alguno del hierro. Por esto los nuestros quedaron muy admirados de cómo fabricaban, ya las casas, que veían elaboradas con arte maravillosa, ya cualesquier otros objetos pertenecientes a su uso; pero es cierto que ellos todo lo cortan con ciertas piedras de río durísimas y bastante agudas.

lencia y con trampas. A los niños que cogen, los castran como nosotros a los pollos o cerdillos que queremos criar más gordos y tiernos para comerlos; cuando se han hecho grandes y gordos, se los comen; pero a los de edad madura, cuando caen en sus manos, los matan y los parten; los intestinos y las extremidades de los miembros se las comen frescas, y los miembros los guardan para otro tiempo salados, como nosotros los pemiles de cerdo. El comerse las mujeres es entre ellos ilícito y obsceno; pero si cogen algunas jóvenes las cuidan y conservan para la procreación, no de otra manera que nosotros las gallinas, ovejas, terneras y demás animales. A las viejas las tienen por esclavas para que les sirvan. Lo mismo los varones que las mujeres de las islas, que ya podemos llamar nuestras, cuando advierten que vienen los caníbales, no encuentran más salvación que

3.
Los caribes. Religión de los indios. Sus alimentos. El oro. Los animales de allá. Productos de aquella tierra.

Adquirieron noticias de que, no lejos de aquellas islas, había otras de ciertos hombres feroces que se comen la carne humana, y contaron después que esa era la causa de que tan temerosos huyeran de los nuestros cuando se acercaron a sus tierras, pensando que serían caníbales; así llaman a aquellos feroces, o caribes.

Dejaron al lado del Mediodía las islas de estos obscenos, casi a mitad del camino de estas islas. Estos pacíficos se quejan de que los caníbales asaltan perpetuamente para robarlos con continuas acometidas, no de otro modo que en los bosques los cazadores persiguen a las fieras con violencia y con trampas. A los niños que cogen, los castran como nosotros a los pollos o cerdillos que queremos criar más gordos y tiernos para comerlos; cuando se han hecho grandes y gordos, se los comen; pero a los de edad madura, cuando caen en sus manos, los matan y los parten; los

intestinos y las extremidades de los miembros se las comen frescas, y los miembros los guardan para otro tiempo salados, como nosotros los perniles de cerdo. El comerse las mujeres es entre ellos ilícito y obsceno; pero si cogen algunas jóvenes las cuidan y conservan para la procreación, no de otra manera que nosotros las gallinas, ovejas, terneras y demás animales. A las viejas las tienen por esclavas para que les sirvan. Lo mismo los varones que las mujeres de las islas, que ya podemos llamar nuestras, cuando advierten que vienen los caníbales, no encuentran más salvación que la fuga. Aunque usan saetas de caña muy agudas, saben, sin embargo, que les aprovechan poco para reprimir la violencia y furor de los caníbales, pues confiesan todos los indígenas que en la lucha diez caribes vencerían fácilmente a ciento de ellos.

No han averiguado bastante qué es lo que adoran esas dos clases de gente, fuera del cielo y sus lumbreras. De las demás costumbres de los insulares, lo corto del tiempo y la falta de intérpretes no les han permitido saber más.

Estos pacíficos se alimentan con raíces, semejantes a nuestros nabos, ya en el tamaño, ya en la forma, pero de gusto dulce semejantes a la castaña tierna; ellos les llaman *ages*[30]. Hay otra clase de raíz que llaman *yuca*, y de ésta hacen pan; pero los *ages* más los usan asados o cocidos que para hacer pan, y la yuca, cortándola y comprimiéndola, pues es jugosa, la amasan y la cuecen en tortas. Y esto es lo admirable: dicen que el jugo de la yuca es más mortífero que el acónito, y que bebiéndolo mata al punto; pero el pan de esa masa todos han experimentado que es sabroso y saludable.

El pan lo hacen también, con poca diferencia, de cierto trigo harinoso, de que tienen mucha abundancia los de la Insubría y los granadinos españoles. La panocha tiene de larga más de un palmo, tira a formar punta, y tiene casi el grueso del brazo. Los granos están admirablemente dispuestos por la naturaleza: en la forma y el tamaño se parecen a la legumbre alverjón; de verdes están blancos: cuando maduran se ponen muy negros; molidos son más blancos que la nieve. A esa clase de trigo le llaman maíz.

Hacen alguna estima del oro, pues batido en láminas finísimas lo llevan insertado en las ternillas de las orejas y en las narices, perforándolas. Mas habiendo averiguado los nuestros que ni los mercaderes se acercan a ellos, ni ellos conocen otras playas que la suyas, comenzaron a preguntarles por señas de dónde sacaban aquel oro. Según pudo colegirse por las señas, lo recogían sin gran trabajo de las arenas de los ríos arrastradas de altos montes, y lo juntaban en pelotillas antes de batirlo en láminas, mas no en aquella parte de la isla que tenía aquel rey. Lo cual se vio después por la experiencia; pues, habiéndose ya apartado, dieron por casualidad con cierto río, cuya arena vieron que estaba mezclada con mucho oro, cuando saltaron a tierra con el fin de tomar agua y pescar.

Dicen vieron ningún animal cuadrúpedo, fuera de tres clases de conejos. Crían las islas serpientes, pero inofensivas; encontraron patos silvestres, tortugas y ánades mayores que las nuestras, blancas como el cisne y con la cabeza encarnada. Cogieroo cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros amarillos en todo el cuerpo, otros semejantes a los de la India con su collar de bermellón, como dice Plinio, pero de colores vivísimos y sobremanera alegres. Las alas las tienen de diversos colores, pues con las plumas verdes y amarillas tienen mezcladas algunas azules y purpúreas, la cual variedad deleita muchísimo.

He querido referir estas cosas de los papagayos, oh Príncipe ilustrísimo, aunque la opinión de este Cristóbal Colón parezca estar en oposición con la grandeza de la esfera y la opinión de los antiguos acerca del mundo subnavegable; sin embargo, los mismos papagayos traídos y otras muchas cosas indican que estas islas, o por cercanía o por naturaleza, saben a suelo indio, principalmente siendo así que Aristóteles, cerca del fin del libro *De cœlo et mundo*, Séneca y otros sabios cosmógrafos, atestiguan que las playas de la India no distan de España mucho trecho de mar por Occidente.

---

30 Son las batatas.

Aquella tierra produce naturalmente abundancia de goma, áloe, algodón y otras cosas así. Recogen vellones de los árboles, como entre los tártaros. Trajeron ciertos granos rugosos de diversos colores, más picantes que la pimienta del Cáucaso, ramas secas y de árboles secos de forma de cinamomo, que en el gusto y olor imitan la acritud del jengibre, en la médula y la corteza superior.

4.
Regreso de Colón a España.
Recibimiento que le hacen los Reyes.

Contentándose, pues, con estas muestras del nuevo territorio descubierto y de un nuevo mundo nunca oído; determinando volverse ya con próspero viaje y viento favorable por nuestra primavera, que se aproximaba, dejó con el cacique de quien antes hemos hecho mención treinta y ocho hombres que examinaran, mientras él volvía, la naturaleza de aquellos lugares y del tiempo. Llamaban los indígenas Guacanaril a este régulo, con el cual, del modo que pudo, hizo pacto de singular amistad sobre la vida y salud y tutela de los que allí dejaba. Movido a compasión el reyezuelo hacia los nuestros, porque eran dejados en tierras extrañas, se le vio derramar lágrimas, y prometió toda clase de auxilios.

Así, abrazándose el uno al otro, Colón mandó darse a la vela para volver a España, trayéndose consigo diez hombres de aquéllos, por los cuales se vio que se podía escribir sin dificultad la lengua de todas aquellas islas con nuestras letras latinas. Pues al cielo le llaman *turei*, a la casa *boa*, al oro *cauni*, al hombre de bien *tayno*, nada *mayani*, y todos los demás vocablos los pronuncian no menos claramente que nosotros los nuestros latinos. Te he puesto estas cosas, que he juzgado dignas de memoria, acerca de su primera navegación.

Nuestro Rey y nuestra Reina, cuyos pensamientos, aun cuando duermen, no son otros que el aumento de nuestra religión, esperando con anhelo que fácilmente podrán ser atraídas al culto cristiano tantas naciones y gentes sencillas, se conmueven al oír estas cosas.

Al regresar Colón, le trataron honoríficamente, conforme por tales hazañas lo merecía. Le hicieron sentar públicamente delante de ellos, lo cual entre los reyes de España es la mayor señal de amor, de gratitud y de supremo obsequio. Mandaron que en adelante sea llamado Prefecto marítimo, que entre los españoles se dice Almirante. También a su hermano Bartolomé Colón, perito asimismo en cosas de mar, le honraron con el título de Prefecto de la isla Española; a este cargo le llaman comúnmente Adelantado.

Almirante, pues, y Adelantado, y los nombres actuales de los navíos y todas las demás cosas así, de propósito las llamaré alguna vez con sus nombres vulgares, para que más claramente me entiendan. Ahora volvamos a nuestro propósito.

5.
Segundo viaje de Colón. Lo que lleva consigo.
La salida de Cádiz. Ídem de Canarias.

Conforme lo esperaba desde el principio el mismo Colón, ya hoy Almirante, las más grandes ventajas que todos mortales buscamos con todas nuestras fuerzas se cree que han de resultar de las islas.

Movidos, pues, de estas dos causas estos dos santísimos consortes, mandan que se dispongan diecisiete naves para la segunda expedición. Tres grandes de transporte con sus compartimientos; doce de aquella clase de naves sin bodegas que, según escribí, los españoles llaman carabelas; otras

dos del mismo género, algo más grandes y capaces de compartimientos por la magnitud de los palos.

El cuidado de preparar esta flota se lo encomendaron a Juan Fonseca, varón de noble alcurnia, Deán de Sevilla, de gran ingenio y corazón.

Mandan los mismos Reyes que sean conducidos más de mil doscientos infantes armados, entre los cuales disponen que se estimule con estipendio gran número de artífices y operarios de todas las artes mecánicas, y agregan algunos jinetes con la demás gente de armas. El Prefecto prepara, para sacar crías, yeguas, ovejas, terneras y otras muchas con los machos de su especie; legumbres, trigo, cebada y demás semillas como éstas, no sólo para comer, sino también para sembrar. Llevan a aquella tierra vides y plantas de otros árboles nuestros que no hay allá; pues en aquellas islas no encontraron ningún árbol conocido, fuera de pinos y palmas, y éstas altísimas y admirablemente duras, grandes y rectas por la riqueza del suelo, y también otros muchos árboles que crían frutos desconocidos. Refieren que aquella tierra es la más fértil de cuantas las estrellas rodean. Finalmente, manda a cada uno de los artífices llevar todos los instrumentos fabriles, y cuanto es conducente a edificar una ciudad en extrañas regiones.

Muchos de entre los clientes de la confianza de los Reyes emprendieron espontáneamente esta navegación, llevados por el anhelo de novedades y por la autoridad del Almirante.

Zarpó, pues, de Cádiz con viento favorable el veinticinco de septiembre del año mil quinientos noventa y tres de nuestra salud, y tocaron en las Afortunadas el primero de octubre.

A la última de las Afortunadas la llaman los españoles la del Hierro, en la cual no hay más agua potable fuera del rocío que destila continuamente de un solo árbol en la cúspide suprema de la isla, y cae en una balsa hecha por mano de hombres. Desde esta isla empezó a extender las velas a alta mar el once del mismo mes.

Estas cosas me han sido referidas pocos días después de su partida. Todo lo que suceda lo sabrás. Pásalo muy bien.

En la corte de España, 13 de noviembre de 1493.

LIBRO II.

Al Cardenal Vicecanciller vizconde Ascanio Sforcia

(Comprende hasta la llegada de Antonio Torres con doce naves a Cádiz en marzo de 1494.)

1.

Llegada de Antonio Torres. Viaje segundo de Colón desde Canarias a Santo Domingo. La isla de Guadalupe.

Me repites ilustrísimo Príncipe, que deseas conocer las cosas del Nuevo Mundo que en España suceden, y me has insinuado que te agradó lo que hasta ahora escribí de la primera navegación. He aquí lo que ha habido después.

Medina del Campo es una población célebre en la España ulterior (respecto de vosotros), en la parte que se llama Castilla la Vieja, la cual población dista de Cádiz cerca de cuarenta mil pasos.

Allí estaba la Corte cuando, hacia el veinticuatro de marzo de este año noventa y cuatro, correos destinados al Rey y a la Reina dieron cuenta de que habían llegado de las islas doce naves, y habían tomado puerto prósperamente en Cádiz, y el jefe de dichas naves manifestó que no quería significar ninguna otra cosa al Rey y a la Reina por medio de mensajeros, fuera de que el Prefecto marítimo se había quedado en la Española con cinco naves y novecientos hombres para hacer investigaciones. Escribe que las demás cosas las dirá en presencia de los Reyes.

Así, pues, a cuatro de abril vino el jefe de la flota, hermano de la nodriza del primogénito del Rey, destinado por el Almirante. Te contaré, por darte gusto, lo que, preguntándoles yo por orden, me refirieron él y también los demás hombres fidedignos; pues yo tomé lo que me dieron, y lo que me dieron helo aquí.

El día trece de octubre, de la de Hierro, que es la última de las Afortunadas, zarpando de costas españolas con la flota de diecisiete naves para alta mar, siguieron navegando veintiún días justos antes de tocar en isla alguna, con mucha más inclinación a la izquierda que en el primer viaje. Siguiendo aquilón, volvieron las proas de propósito, y por tanto dieron en las islas de los caníbales o caribes, acerca de las cuales sólo por la fama tenían noticia los nuestros.

Vieros primeramente una isla tan llena de árboles que no pudieron ver ni siquiera una braza de suelo desnudo, ni pedregoso. Por cuanto habían tenido la suerte de descubrirla en domingo, la llamaron Dominica (Santo Domingo); sin detenerse allí nada, porque la creyeron desierta, pasaron adelante. En estos veintiún días creían haber recorrido ochocientas veinte leguas; tan feliz viento en popa tuvieron del aquilón.

Tras breve espacio de mar presentáronseles islas llenas de diversos árboles, por cuyas ramas, tronco, raíces y hojas exhalaban aromáticos y suaves olores. Los que bajaron a tierra para reconocerla refieren que no vieron allí ni hombres, ni animal alguno, fuera de salamanquesas de inaudita magnitud: llaman a ésta *isla Galana*.

Habiendo visto de lejos cierto monte desde un promontorio de la isla, se marcharon. A treinta mil pasos de este monte parece que vieron un río que bajaba con señales de ser río de gran latitud. Esta fue la primera tierra que encontraron habitada desde las Afortunadas; y que era de obscenos caníbales, de los cuales habían tenido antes noticia, lo conocieron ahora por experiencia y por los intérpretes que el Almirante había llevado a España en el primer viaje.

2.
Casas de los caníbales. Lo que se halló dentro de ellas. Los papagayos.

Recorriendo la isla, encontraron innumerables villas (pero sólo de veinte o treinta casas cada una) que tienen la forma de plaza, y alrededor cabañas construidas. Puesto que hemos venido a hablar de sus casas, no me parece extraño contar cómo son, según he oído dicen que son de madera y fabricadas en figura redonda. Primero construyen la circunferencia de la casa con árboles y pies derechos muy altos que fijan en tierra, poniendo después por la parte interior otras vigas cortas que sostengan las altas de afuera para que no se caigan. Las puntas de las altas las juntan a manera de tienda de campaña, de modo que las casas aquellas tienen techumbre aguda. Después las cubren de palma y con las hojas de ciertos otros árboles semejantes, entretejidas de una maneraségurísima contra la lluvia. Tirando después por dentro, de las vigas cortas a las otras, cuerdas de algodón o de ciertas raíces retorcidas semejantes al esparto, ponen encima mantas de algodón, que lo cría naturalmente la isla.

Así tienen camas colgadizas de *gosipio* rústico, que el vulgo español llama algodón, y el italiano *bombaso*, o de follaje que echan encima. Tienen atrio, que rodean otras casas vulgares, en el cual se reúnen todos para jugar; a las casas llaman *bohíos*, con acento en la í.

Habiendo visto dos estatuas toscas de madera con una culebra levantada en cada una de ellas, supusieron que eran los simulacros que adoraban; pero poco después llegaron a entender que estaban puestas allí para adorno, pues, como antes lo hemos mencionado, se cree que no adoran nada fuera del numen celeste, aunque hacen larvas de algodón tejido a semejanza de los espectros pintados que dicen ven de noche.

Pero hay que volver al punto de donde nos hemos apartado. Advirtiendo los indígenas que se acercaban los nuestros, huyeron, abandonando las casas así los hombres como las mujeres. De los niños y mujeres cautivas que habían cazado de otras islas y guardaban, ya para esclavos, ya para comérselos, acudieron a los nuestros unos treinta.

Entrados en las casas, echaron de ver que tenían vasijas de barro de toda clase, jarros, orzas, cántaros y otras cosas así, no muy diferentes de las nuestras, y en sus cocinas carnes humanas cocidas con carne de papagayo y de pato, y otras puestas en los asadores para asarlas. Rebuscando lo interior y los escondrijos de las casas, se reconoció que guardaba cada uno con sumo cuidado los huesos de las tibias y brazos humanos para hacer las puntas de las saetas, pues las fabrican de huesos porque no tienen hierro. Los demás huesos, cuando se han comido la carne, los tiran. Hallaron también la cabeza de un joven recién matado colgada de un palo, con la sangre aún húmeda. Investigando la isla por lo interior, encontraron otros siete ríos, a más de aquel grande que dicen es más ancho que el Guadalquivir en Córdoba o que nuestro Ticino.

Los cuales siete ríos corren por la isla entre riberas de maravillosa amenidad. Llaman a esta isla Guadalupe, por la semejanza del monte de Guadalupe (de España), donde se venera la maravillosa imagen de la Virgen Inmaculada. Los indígenas la llaman *Carucueria*, y es la principal morada de los caribes.

Trajeron de esa isla siete loros mayores que los faisanes, que se diferencian mucho de otros papagayos en el color, pues tienen todo el cuerpo de color de púrpura, y la parte de arriba y la de abajo. De las plumas más largas les cae de los hombros una capa sobre las cortas encarnadas, conforme yo mismo he advertido muchas veces que las tienen los capones en las casas de nuestros campesinos; pero las plumas de las alas las tienen de varios colores, pues unas son verdes, otras purpúreas mezcladas con amarillas. No es menor la abundancia de papagayos en todas las islas que entre nosotros de pájaros o de otras aves de por acá. Como los nuestros crían por gusto picos, tordos y otros semejantes, así ellos, aunque sus bosques están llenos de papagayos los educan, pero después se los comen.

El Almirante mandó por señales que las mujeres, que de cautivas dijimos arriba acudieron a los nuestros obsequiadas con regalillos, fueran a hacer venir a los caníbales, pues no ignoraban ellas dónde estaban escondidos. Éstas, pasando con ellos aquella noche, trajeron a la mañana siguiente muchísimos caníbales inducidos con la esperanza de regalos. Estos caníbales, habiendo visto a los nuestros, movidos, sea por terror, sea por la conciencia de sus maldades, mirándose unos a otros y hablándose, formando falange de repente arrancaron rapidísimos, cual bandada de aves, y se volvieron a sus frondosos valles.

Con esto los nuestros, que habían estado algunos días en la isla para reconocerla, reuniéndose sin caníbal alguno, les destrozaron sus canoas, y se dieron a la vela desde Guadalupe el doce de noviembre.

3.
Prisa de volver a la Concepción. Isla Mathinino. Cuento de las amazonas. Otras islas. Cautivos de los caníbales. Canoa enemiga.

Aguijoneado el Almirante por el deseo de ver a los compañeros que en el primer viaje habían sido dejados en la Española para reconocer el país, navegando se dejaba detrás todos los días a derecha e izquierda.

Comenzó a verse por el Septentrión cierta isla grande, y los que en la primera navegación habían sido llevados a España y librados de los caníbales afirmaron que aquella isla la llamaban sus habitantes *Madanina*, que la habitan mujeres solas- En el primer viaje habían tenido los nuestros noticias de esta isla. Se ha creído que los caníbales se acercan a aquellas mujeres en ciertos tiempos del año, del mismo modo que los robustos tracios pasaban a ver a las amazonas de Lesbos, según refieren los antiguos, y que de igual manera ellas les envían los hijos destetados a sus padres, reteniendo consigo las hembras. Cuentan que estas mujeres tienen grandes minas debajo tierra, a las cuales huyen si alguno se acerca a ellas fuera del tiempo convenido; pero si se atreven a seguirlas por la violencia o con asechanzas y acercarse a ellas, se defienden con saetas, creyéndose que las disparan con ojo muy certero. Así me lo cuentan, así te lo digo. A esta isla no pudieron los españoles acercarse por el viento aquilón que de ella soplaba, pues ya seguían el Sudeste.

Navegando pasaron a la vista de la Madanina a cuarenta mil pasos, no lejos de otra que los indígenas embarcados decían era muy populosa y abundante en toda clase de cosas necesarias para comer. Llámanla Monserrat porque tiene altos montes. Entre otras cosas que pudieron colegir hablando, ya con palabras, ya por señas, con los que llevaban, aprendieron que los caníbales habían ido muchas veces a cazar hombres para comérselos más de mil millas de pasos desde sus costas.

Al día siguiente vieron otra, a la cual, porque era esférica, el Almirante le puso el nombre de Santa María de la Rotonda; por no detenerse pasó de largo otra, y al día siguiente otra más, que tuvo a bien poner el nombre de San Martín. El día tercero vieron por de fuera otra más, cuyo lado diametral de Oriente a Occidente computaron que tendría ciento cincuenta mil pasos.

Supieron que estas islas eran de admirable hermosura y fertilidad. A esta última la llamaron la Bienaventurada Virgen Antigua, a más de la cual, dejando otras muchas a distancia de cuarenta mil pasos, se descubrió otra mayor que todas las demás, la cual, llamada *Ay Ay* por los indígenas, quisieron ellos apellidarla con el nombre de *Santa Cruz*. El mismo Prefecto mandó echar en ella áncoras por las proas para tomar agua, disponiendo que bajaran a tierra allí treinta hombres de la nave en que él iba para que exploraran el sitio: allí encontraron perros. En la playa, al punto cuatro mozos y otras cuatro mozas, extendiendo los brazos en ademán suplicante, como pidiendo auxilio y ser libertados de las manos de gente nefanda, salieron al encuentro de los nuestros, juzgando que, fueran éstos quien fueran, alcanzarían mucha mejor suerte; pero los caníbales, huyendo del mismo modo que en Guadalupe, escaparon a las selvas.

Deteniéndose allí dos días, y estando emboscados los treinta nuestros, desde las atalayas se vio venir de lejos una canoa; y advirtiendo que conducía ocho hombres con ocho mujeres, a una señal la embistieron los nuestros. Al acercarse éstos, a un mismo tiempo los hombres y las mujeres comenzaron a herirlos con maravillosa celeridad con saetas y crueles golpes; de modo que antes de que pudieran cubrirse con los escudos, una mujer mató a uno de los nuestros, que era cántabro, y a otro aquella misma le infirió grave herida con una saeta. Advirtieron que las saetas envenenadas estaban untadas con cierto género de medicamento, llevando alrededor de la punta una incisión en que retuvieran el unto para que no se corriera.

Había entre ellos cierta mujer, a la cual, según se podía conjeturar, le hacían cumplimiento como a reina, a la cual acompañaba un hijo joven, torvo, robusto, de ferocísima mirada y aspecto de león.

Los nuestros, pues, para no sufrir más grave mal heridos de lejos, creyeron mucho mejor venir a las manos. Empujando con los remos la pequeña nave en que iban, volcaron la canoa con gran ímpetu, la cual, echada a pique, tanto los hombres como las mujeres, nadando, dirigían los dardos a los nuestros con igual aliento y rapidez que antes. Recogiéndose a cierta piedra cubierta de agua y peleando con valor, por fin fueron cogidos, muerto uno y con dos heridas el hijo de la reina.

Llevados a la nave del Almirante, mostraban no menos ferocidad y atroz semblante que los leones de la Libia cuando se sienten apresados. No hay quien los vea que no confiese cierto horror que siente en sus entrañas: tan atroz, tan infernal aspecto tienen por su natural y por su crueldad. Yo lo conjeturo por mí mismo y por los demás que, juntamente conmigo, acudieron muchas veces para verlos en Medina. Vuelvo al camino.

4.

El Archipiélago. La isla de San Juan. Llega Colón a la Española. Encuentra que han sido muertos los treinta y ocho españoles. Perfidia del cacique Guacanaril.

Avanzando más y más cada día, se habían extendido ya sobre quinientos cinco mil pasos, primero al Sudoeste, después a Poniente, luego a Noroeste, cuando entraron en cierta extensión inmensa de mar llena a cada paso de islas innumerables, maravillosamente diferentes entre sí; algunas las veían al pasar cubiertas de bosques y hierba y amenas, otra secas, estériles, pedregosas, con montes altísimos de piedra. Varias de ellas mostraban colores encarnados en las desnudas piedras, otras morados, otras blanquísimos; no falta quien piense que son de metales y piedras preciosas; pero que echaran allí áncoras las naves lo impidió, ya el mal estado del mar, ya el temor de islas espesas, no fuera que las naves mayores se estrellaran en alguna peña. Dejando, pues, para otro tiempo la exploración de estas islas, que no pudieron contar por su muchedumbre y por la confusa disposición en que están, prosiguen su camino; pero cuarenta y seis hombres con ciertas naves más ligeras, que no necesitaban mucho fondo, pasaron por entre medias, dirigiéndose las mayores por alta mar por temor de los escollos. A este conjunto de islas le llamaron el Archipiélago.

Marchando de estas aguas, hay a mitad de camino una isla que los indígenas llaman *Buriquena*. A ésta la llamó la isla de San Juan. De aquí decían que eran oriundos muchos de los que habían sido libertados de los caníbales. Referían que era isla muy populosa, cultivada, con puertos y bosques, y que sus habitantes siempre habían profesado sumo odio y enemistad a los caníbales. Ellos no tienen naves en que puedan pasar de sus costas a las de aquéllos; pero si asaltando los caníbales su territorio con incursiones para cazarlos, como acontece a veces que es incierto el resultado de la guerra, éstos los derrotan, les vuelven las tornas, pues a la vista de un caníbal despedazan a otro, lo asan, y con rabiosas dentelladas lo parten y devoran. Todo esto lo averiguaban los nuestros por los intérpretes indígenas llevados a España en el primer viaje.

Por no detenerse, pasaron de largo esta isla; pero en su último ángulo de Occidente bajaron a tierra unos pocos sólo para tomar agua, donde encontraron una casa grande y principal, según la

costumbre de aquella gente, rodeada de otras doce vulgares pero desiertas. No se averiguó claramente si habrían abandonado completamente las casas, porque, según las estaciones del año, ya se van a las montañas por razón del calor, ya a los llanos cuando hace frío, o si habría sido por temor a los caníbales.

Toda la isla tiene un solo rey, y, cuando manda, se le obedece con admirable reverencia. La costa meridional de esta isla que bordearon se extiende casi a doscientos mil pasos. Por la noche, dos mujeres y un joven de los libertados de los caníbales, echándose al mar, se marcharon nadando al suelo natal.

Con los que quedaban llegaron ya pocos días después a la deseada Española, distante quinientas leguas de la primera isla de los caníbales; pero con infeliz resultado, pues encontraron que habían sido muertos todos los compañeros que habían dejado allí. Al principio de esta isla Española hay una región llamada por los indígenas Xamaná. De ella zarpó en la primera navegación el Almirante para volver a España con aquellos diez indígenas que antes hemos nombrado, de los cuales no quedaban más que tres, habiendo muerto los demás por el cambio contrario de tierra, aire y comidas. De aquellos tres, así que llegó al lado de San Telmo de Xamaná, que así le llamó él, mandó soltar a uno; y los otros dos, de noche, echándose al mar sin que los vieran, se escaparon nadando. El mismo Prefecto, no sabiendo la muerte lastimosa de los treinta y ocho hombres que el año anterior había dejado algo más adentro en la isla, no lo sintió mucho creído de que no le faltarían intérpretes, por lo cual los estimaba poco.

Internándose un tanto más los nuestros, se encontraron con una canoa oblonga de muchos remos: en ella venía sólo con otro el hermano de Guacanaril, el rey aquel a quien el Almirante, al marcharse de la isla había dejado obligado con riguroso pacto de amistad, y a quien se los había recomendado sobremanera; el cual, a nombre de su hermano el cacique, traía de regalo para el Almirante dos máscaras de oro. Habló en su lengua, según después se conoció por el resultado, de la muerte de los nuestros, sino que, como no había intérpretes, no entendieron lo que decía.

Pero, habiéndose acercado los nuestros al castillo de madera y a las casas que habían construido y rodeado con un parapeto, conocieron que todo había sido reducido a cenizas y que todo estaba en silencio. Esto conturbó al Almirante y demás varones graves; pero juzgando que viviría alguno, aunque era equivocada la conjetura, descargaron todos a un mismo tiempo las bombardas y mosquetes a fin de que, retumbando su estruendo en las playas y los montes, si algunos estaban acaso, ora entre los hombres, ora por miedo en los escondrijos de las fieras, por medio de estas señales conocieran que habían vuelto los de España. Fue en vano, pues no quedaba ninguno con vida.

Después los mensajeros que el Almirante envió a Guacanaril trajeron esta respuesta, según pudieron entenderla: Que en la isla, siendo de maravillosa extensión, había otros reyes más poderosos que él; que dos de ellos, reuniendo, según su costumbre, grandes ejércitos, y alterados por la noticia de la gente extraña, vinieron y, venciendo en el ataque a los españoles, los mataron a todos, quemando las defensas y las casas y cuanto en ellas había; y contó que a él mismo, porque se esforzó en auxiliar a los nuestros, le hirieron con una saeta; y enseñaba la pierna vendada con una tira de algodón, y decía que por eso no se había presentado al Almirante, aunque mucho lo deseaba.

Encontraron que había allí varios reyes, unos más poderosos que otros, y éstos más que aquéllos, como leemos que el fabuloso Eneas encontró dividido el Lacio entre varios, como Latino, Mecencio, Turno y Tarconte, que estaban separados por estrechos límites, y todo lo demás repartido entre los tiranos. Pero me parece que nuestros isleños de la Española son más felices que aquéllos con tal que reciban la religión; porque, viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir. Sin embargo, también les atormenta la ambición del mando y se arruinan mutuamente con guerras, de la cual peste no creo que se viera

inmune de modo alguno la edad de oro, sin que en aquel tiempo anduvieran los mortales con el *dame* y el *no te doy*. Volvamos al asunto de que nos hemos apartado.

Al día siguiente, enviado por el Almirante cierto Melchor, que era de Sevilla (y desempeñó ante el Sumo Pontífice el cargo de Embajador por el Rey y la Reina el año en que Málaga cayó en poder de ellos), volvió con la noticia de que, habiéndole quitado la venda, vio que ni había herida ni cicatriz ninguna. El reyezuelo le recibió en cama fingiendo enfermedad, y junto a su dormitorio estaban las camas de siete concubinas, con lo cual comenzó a sospechar que los nuestros habían sido asesinados por designio de él. Disimulándolo, sin embargo, trató Melchor con Guacanaril que se presentara al día siguiente en las naves para visitar al Almirante. Entrado, pues, en las naves como se había convenido, saludando a los nuestros y regalando oro a los principales, dirigiéndose a las mujeres libertadas de los caníbales y fijando los apagados ojos en una que los nuestros llamaban Catalina, la habló con agrado; y pidiendo permiso al Prefecto cortés e ingeniosamente, se retiró admirado de ver los caballos y otras cosas desconocidas para ellos.

No faltaron quienes aconsejaran al Almirante detener a Guacanaril, para que, si se averiguaba que los nuestros habían sido asesinados con acuerdo de él, pagara el merecido castigo. Pero el Prefecto, juzgando que no era tiempo de irritar los ánimos de los indígenas, le dejó ir.

5.
Fuga de las indias. Puerto Real. Otro cacique amigo.

Al otro día, el hermano del cacique vino a las naves y sedujo a las mujeres en su nombre o en el de su hermano; pues, a altas horas de la noche siguiente, la misma Catalina, para recobrar su propia libertad y la de cuantas pudiera, o sobornada por las promesas del cacique y de su hermano, se atrevió con un empeño mucho mayor que el de la romana Clodia, que, rompiendo las ataduras, se escapó del poder de Porsena, pasando a nado el Tíber con las demás vírgenes que estaban en rehenes. Pues aquélla pasó el río en un caballo, ésta con otras siete mujeres, confiada en la fuerza de sus brazos cruzó cerca de tres millas, y de mar poco tranquilo; pues ésta era, según opinión de todos, la distancia a que la flota se encontraba de la playa. Siguiéronla los nuestros con los botes más ligeros, guiándose por la misma luz que, vista en la playa, servía de guía a las mujeres, y alcanzaron a tres de ellas. Catalina se creyó que se había escapado con otras cuatro hasta llegar a Guacanaril.

Pues luego que se hizo de día, enviados algunos por el Almirante conocieron que Guacanaril, y junto con él las mismas mujeres, habían huido con todas sus cosas. Esto confirmó con razón la sospecha de que los españoles habían sido muertos con el consentimiento de él.

Después, buscándole el arriba citado Melchor con tres centurias armadas (llamo centuria al número de cien hombres, aunque no ignoro que la centuria constaba de ciento veintiocho, y la decuria de quince) que llevó consigo, dio en ciertos pasos estrechos y tortuosos, defendidos por cinco cerros altos, y pensó que sería gran desembocadura de algún río.

Allí encontró un puerto muy seguro y cómodo. Por eso tuvieron a bien llamarle Puerto Real. Dicen que su entrada esa modo de hoz, y, por tanto, con figura de arco; de modo que, ora las naves entradas viren a la derecha o a la izquierda, hasta que vuelven a la entrada no se puede conocer fácilmente de dónde han entrado, aunque pueden navegar juntamente en fila tres naves de transporte. Los altos cerros que hay a uno y otro lado en vez de playas, quiebran los vientos que vengan. En medio de ese puerto se levanta un promontorio frondoso donde hay muchas clases de papagayos y de otras aves que allí anidan y graciosísimamente cantan.

Vieron que desaguan en este puerto dos ríos más que medianos, y, explorando la tierra de entre ambos, vieron una casa alta: pensando que allí estaría Guacanaril fueron allá, y al acercarse les salió al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado de otros ciento, los

cuales, armados todos con arcos, saetas y agudas lanzas, se presentaron como en actitud amenazadora; gritaron que eran *taynos*, o sea nobles, no caníbales. Dándoles los nuestros señales de paz, depusieron juntamente las armas y la fiereza; y recibiendo cada uno de ellos un cascabel de halcón, trabaron al punto con los nuestros tan estrecha amistad, que, sin tardanza alguna, de las altas orillas del río saltaron a las naves, entregándose en poder de los nuestros, a quien dieron después sus regalos.

Los que midieron la casa aquella afirman que tenía treinta y dos largos de diámetro (pues era esférica), y que estaba rodeada de otras treinta casas plebeyas, teniendo por techo cañas lacustres de varios colores, entretejidas con arte maravillosa.

Preguntándoles por Guacanaril del modo que se podía, respondieron que no mandaba él en esta provincia, sino el que allí estaba presente. Manifestaban sentimiento de que Guacanaril se hubiera ido de las costas a los montes. Pactando, pues, trato fraternal con este cacique, esto es, rey, se volvieron adonde estaba Colón para contarle lo que habían visto.

6.
Más exploraciones. El oro en las arenas. El cacique Caunaboa. Conjeturas astronómicas. Colón le escribe al autor. Misa cantada allá. El Almirante envía doce naves a España. Muestras de lo que trajeron.

Entretanto el Almirante envió diversos capitanes con sus centurias para que exploraran más lejos, y entre ellos a Hojeda y a Corbalán, ambos jóvenes, nobles y animosos. El uno de éstos vio cuatro ríos; el otro, por diferente lado, tres que bajaban de los mismos montes en todos los cuales los indígenas que acompañaban a los nuestros recogían en presencia de ellos oro de las arenas del modo siguiente: haciendo con las manos un hoyo en la arena hasta la profundidad del brazo, sacan la mano izquierda llena de arena del fondo del hoyo; y escogiendo sin más industria las pepitas con la mano derecha, se las daban a los nuestros. Muchos de éstos declaran que han visto pepitas del tamaño de un garbanzo. Después yo mismo he visto una pepita tosca, parecida a una piedra de río, de nueve onzas, hallada por el mismo Hojeda.

Contentándose con estas muestras fueron a dar cuenta al Almirante, pues (según me han referido) había mandado, hasta imponiendo penas, que no se cuidaran más que de los lugares y de las señales.

Se tuvo también la noticia de que había cierto rey de los montes en que tienen origen aquellos ríos, al cual le llaman el cacique Caunaboa, esto es, señor de la casa de oro; pues a la casa la llaman *boa*; al oro, *cauni*; y al rey *cacique*, según ya se ha dicho. Dicen que en ningunas aguas se puede encontrar pescado mejor ni más sabroso, o que haga menos daño, y que las aguas de todos aquellos ríos son muy saludables.

El mismo Melchor me contó a mí que en la tierra de los caníbales el día, en el mes de diciembre, es igual a las noches. Pero esto no se aviene con la cuenta de la esfera, por más que algunas aves hicieran sus nidos en aquel mes, otras tuvieran en el nido sus hijuelos ya nacidos e hiciera no mediano calor. Y preguntándole yo diligentemente de la altura del polo sobre el horizonte, me contó que la Osa Mayor (*plaustrum*) se esconde toda bajo el polo ártico, y que para los caníbales se les ponen las guardias (ciertas estrellas). En este viaje no ha venido ninguno que acerca de esta materia merezca más crédito que él. Si fuera perito en Astronomía, habría dicho que el día es *casi* igual a las noches, pues en ninguna parte del mundo es la noche igual al día hacia los solsticios; mas ellos nunca llegaron a la equinoccial, puesto que siempre les sirvió de guía el polo ártico y siempre lo tuvieron elevado sobre el horizonte. Los otros ni son hombres de letras ni de experiencia.

Por esto he aquí breve y desaliñadamente lo que pude recoger; pronto, según espero, sabrás por mí las demás cosas que se descubran, pues me ha escrito el mismo Almirante, a quien me une íntima familiaridad, que me comunicará latísimamente todo lo que ocurra.

Él mismo ha escogido un sitio despejado próximo a cierto puerto para edificar una ciudad, y allí, en pocos días, como la premura del tiempo lo permitió, construyeron casas y una capilla, y el día que celebramos la solemnidad de los tres Reyes se cantó la santa Misa (*divina*) según nuestro rito (puede decirse que en otro mundo tan extraño, tan ajeno de todo culto y religión), con asistencia de trece sacerdotes.

Aproximándose el tiempo en que el Almirante había prometido enviar razón al Rey y a la Reina, y ofreciéndose próspera navegación, juzgó que no debía diferirlo más, y dispuso las doce carabelas que hemos dicho llegaron, afectado de gran dolor por la muerte de los nuestros, la cual ha sido causa de que muchas cosas que sabríamos ya de la naturaleza de aquellos lugares las ignoremos todavía.

A fin de que, llamando a los farmacéuticos, especieros y perfumistas, puedas comprender lo que producen aquellas regiones y lo cálida que es su superficie, te envío algunas semillas de toda especie, corteza y médula de aquellos árboles, que se supone son de canela. Si se te ocurrre, Príncipe Ilustrísimo, gustar, ya los granos, ya ciertas pepitillas que observarás se han caído de ellos, tócalas aplicando suavemente el labio; pues aunque no son dañinas, sin embargo, por el demasiado calor son fuertes y pican la lengua si se les aplica despacio; pero si acaso por gustarlos se enciende la lengua, en bebiendo agua desaparece aquella aspereza. También el portador te dará en mi nombre ciertos granos blancos y negros del trigo con que hacen el pan (maíz), y lleva un tronco de madera que dicen es de áloe, el cual si haces partir, sentirás el buen olor que emana de él. Vale.

En la Corte de España, 29 de abril de 1494.

LIBRO III.

Al Cardenal Luis de Aragón.

(Comprende las exploraciones que hizo Colón de las islas Española, Cuba y Jamaica, hasta que en septiembre de 1494 le llevaron enfermo a la Isabela.)

Prefacio

Otra vez me pides que inepto Faetón rija los caballos de Febo: te empeñas en sacar suaves licores de un pedernal desnudo. Poniéndome delante las cartas del ínclito rey Federico, tu tío, me mandas describir el Nuevo Mundo, llamémosle así, que hasta ahora estaba ignorado en el Occidente y se ha descubierto bajo la dirección de los Reyes Católicos Fernando e Isabel, tus tíos. Los dos vais a recibir esta piedra preciosa torpemente engastada en plomo.

Mas cuando pienses que los eruditos han de recibir amigablemente mis hermosas Nereidas del Océano, y los detractores con envidia, y los mordaces disparando con rabia contra ellas dardos llenos de espuma, confesarás ingenuamente cuán corto es el tiempo en que me obligaste a escribir estos libros entre tantas premuras y con mala salud. Pues sabes que yo escogí estas pocas cosas de los originales del mismo Prefecto marítimo, Colón, tan de prisa cuanto podía escribir tu amanuense, que lo hacía dictándole yo, porque día por día me perseguías alegándome tu marcha, que ibas a emprender para volver a su patria a la hermana de nuestro Rey, la reina de Nápoles, tu tía, a quien habías acompañado hacia acá; en ese tiempo me obligaste a escribir un libro cada día.

Encontrarás dos encabezados con otro nombre a quien se dedican, que mientras estas cosas se procuraban yo los había comenzado a escribir al infeliz Ascanio Sforcia, pariente tuyo, Cardenal Vicecanciller, faltando el cual me faltó también a mí aliento para escribir, y ahora lo has hecho revivir tú y las cartas que me ha dirigido tu ínclito tío, el rey Federico. Saboread la cosa, no la pintura. Vale.

De Granada, 23 de abril.

1.

Descripción de la isla Española. Resuelve Colón edificar la Isabela. Fertilidad de su suelo. Exploración de la provincia de Cibao.

Hemos descrito en el libro anterior cómo el almirante Colón recorrió las costas de los caníbales y arribó a la isla Española, con toda la flota, el 2 de febrero del año 93. Mas ahora contaremos lo que descubrió explorando la naturaleza de la isla y después recorriendo la isla vecina, que él cree tierra continente.

Esta isla Española, que él afirma ser la Ofir de que se habla en el libro tercero de los Reyes, tiene cinco grados australes de latitud, pues se eleva por el septentrión veintisiete grados y por el mediodía veintidós, como ellos refieren, y su longitud de oriente a occidente son setecientas ochenta millas de pasos. No faltan de los mismos compañeros del almirante Colón quien alarguen ambas medidas de oriente a occidente. Sostienen algunos que la isla dista de Cádiz cuarenta y nueve grados, otros más, pues no han averiguado aún la cuenta exacta. La figura de la isla parece a la hoja del castaño.

Determinó, pues, levantar una ciudad en la parte septentrional sobre un collado alto, porque junto a este lugar hay una montaña más elevada con canteras para edificar y para hacer cal. Al pie de este monte hay además dilatada llanura, que tiene de larga unas sesenta millas de pasos, y de ancha en algunas partes, seis en lo más estrecho y veinte en lo más ancho.

Bañan la llanura varios ríos de aguas saludables; pero el mayor de ellos, que es navegable, desemboca a distancia de medio estadio en el puerto que hay debajo de la ciudad. Escucha la relación que ellos hacen de la fertilidad de aquel valle y la benignidad de aquel suelo. A la orilla de ese río muchos han amojonado huertos para cultivarlos, de los cuales todo género de verduras, como rábanos, lechugas, coles, borrajas y otras semejantes, a los dieciséis días de haberlas sembrado las han cogido en regular sazón; los melones, calabazas, cohombros y cosas así los cogieron a los treinta y seis días, y decían que jamás los habían comido mejores. Estas hortalizas las tienen recientes todo el año. Raíces de las cañas de cuyo jugo se saca el azúcar, aunque sin jugo que se coagule, criaron hasta en quince días cañas de a codo. De las vides o pámpanos que plantaron dicen asimismo que, a los dos años de puestas, comieron de ellas buenas uvas, pero que por la excesiva frondosidad echan pocos racimos. Además, un campesino sembró un poco trigo hacia primeros de febrero, y ¡cosa admirable! a la vista de todos llevó consigo a la ciudad un manojo de espigas sazonadas el día 30 de marzo, que aquel año era vigilia de la Resurrección del Señor. Las legumbres maduran todas dos veces al año.

He escrito lo que todos los que de allá vuelven han contado unánimes de la fecundidad de aquella tierra. Sin embargo, algunos dicen que, en general, no lleva bien el trigo.

Mientras se hacían estas cosas, el Almirante envió treinta hombres que explorasen por diversos lados la provincia de Cipango, alias Cibao. Es esta provincia montuosa, y en medio de toda la isla hay un promontorio en el cual los indígenas daban a entender por señas que hay gran abundancia de oro. Los enviados por el Almirante regresaron contando maravillas de las riquezas de ella. De sus montañas bajan cuatro grandes ríos que, con admirable industria de la naturaleza, encerrando lo demás en sus álveos, dividen toda la isla en cuatro partes casi iguales. Dirígense, el uno derechamente hacia oriente, y los indígenas le llaman Junna; otro al occidente, volviendo la espalda al primero, y se llama Atibunico; el tercero al septentrión: su nombre Yache; el último al mediodía: llámase Naiva.

Pero volvamos a edificar la ciudad.

2.
Construcción de la Isabela. Marcha Colón al Cibao. Levanta allí un fuerte. Le llevan oro. Envía a Luján que explore más la isla.

Rodeada de fosos y parapetos la ciudad (a fin de que si en su ausencia los indígenas intentaran atacarla pudieran defenderse los que allí quedaban), el día catorce de marzo, el mismo el Colón, con todos los jinetes y unos cuatrocientos de a pie, marchó derechamente hacia el mediodía, a la región aurífera.

Pasó un río, cruzó una planicie y traspasó un monte que ciñe el otro lado de la llanura; vino a parar en otro valle cruzado por otro río mayor que el primero y otros muchos medianos, y pasó el ejército.

Cruzado este valle, en nada inferior al anterior, abrió camino en un tercer monte que hasta entonces no lo había tenido, y bajó a otro valle, que ya es principio del Cibao. Recórrenlo ríos y arroyos que descienden de todos los collados, y en las arenas de todos ellos se encontraba oro. Hallándose ya el Almirante dentro de la provincia aurífera, a setenta y dos millas de la ciudad, determinó edificar un castillo a la orilla de cierto río grande, sobre un collado alto, para desde allí reconocer poco a poco y con seguridad lo secreto de la provincia, y a este fuerte le puso el nombre de Santo Tomás.

Mientras edificaban el castillo, los habitantes de aquella provincia, ansiosos de cascabeles y otras cosas nuestras, todos los días acudían a él, que tardaba; pero el Almirante les indicaba que les

daría con muchísimo gusto lo que pidieran si le traían oro; y ellos, volviendo las espaldas al oír estas promesas, corrían a la ribera más próxima, y al poco rato volvían con las manos llenas de oro.

Un indígena anciano trajo dos granos de oro que pesaban casi una onza, pidiendo nada más que un cascabel; y observando él que los nuestros admiraban el tamaño de los granos, admirándose a su vez de que ellos se maravillaran, indicaba que eran pepitas pequeñas y de ninguna importancia; y cogiendo en la mano cuatro piedras, la menor como una nuez y la mayor como una naranja, decía que tan grandes como aquello se encontraban a cada paso en su suelo natal, que distaba de allí sólo medio día, y que sus vecinos no se cuidaban de recoger el oro; pues es cosa conocida que ellos no estiman mucho el oro, sino que en tanto lo aprecian en cuanto la mano del artífice supo batirlo o fundirlo en figura que le agrade a cada uno.

¿Quién paga caro el rudo mármol o el marfil inculto? Nadie ciertamente; pero si, trabajado por la mano de Fidias o Praxíteles, se convierte en cabelluda Nereida o en hermosa Amadríada, no faltarán compradores.

Después de este anciano, se acercaron otros muchos trayendo pepitas de diez y doce dracmas; no tuvieron reparo en confesar que donde habían recogido aquel oro se habían encontrado alguna vez granos como la cabeza de un niño, que mostraban.

Mientras se detenía allí algunos días, mandó a cierto Luján, joven noble, con algunos soldados a explorar parte de la región, y éste refirió que los indígenas le habían dicho cosas aún mayores, pero no trajo nada. Se cree que así lo hizo por mandato del Almirante.

Tienen los bosques llenos de aromas, pero no los mismos que nosotros usamos; los cuales recogen del igual modo que el oro, es a saber: tanto cuanto cada uno tenga que cambiar con los habitantes de las islas vecinas por alguna cosa que le agrade, por ejemplo, platos, sillas y cosas semejantes, que en otras islas se hacen de cierta madera negra que éstos no tienen. Volviendo Luján a la presencia del Almirante hacia mediados de marzo, encontró en los bosques uvas silvestres maduras, de excelente sabor, según dijo, pero los isleños no tienen ningún cuidado de ellas.

Esta provincia, aunque pedregosa (pues en la lengua de ellos *cibano* significa lo que tiene mucha piedra), cría muchos árboles y hierba. Y aun dicen que la hierba de sus montes, que toda es de césped, si se siega, en el intervalo de cuatro días se hace más alta que el trigo. Cuentan que llueve frecuentemente, y que por eso hay tantos arroyos y ríos, cuyas arenas, hallándose en todas partes mezcladas de oro, se opina que los torrentes lo arrastran de las montañas.

Se sabe que son gente ociosa, pues a veces, si aprieta el frío, están tiritando en los montes, y, sin embargo, teniendo bosques llenísimos de algodón, no cuidan de hacerse vestidos, pero en los valles o llanuras no tienen frío.

3.
Pasa Colón a explorar la isla de Cuba. Pretensiones de los portugueses. Jamaica.

Exploradas así estas cosas con diligencia a la entrada de la provincia de Cibao, el día 1 de abril, víspera de la Resurrección, e volvió a la Isabela, pues éste era el nombre de la ciudad, dejando en el gobierno de ella y de toda la isla a su hermano y a cierto Pedro Margarit, antiguo familiar de la Corte, y se dispuso a recorrer la tierra que él juzgaba continente, y distaba sólo de allí setenta millas, acordándose del precepto del Rey que le había encargado que se apresurase a recorrer cuantas costas pudiera, no fuera que algún otro rey quisiera sujetar antes a su poder aquellas regiones.

Pues el rey de Portugal decía públicamente que le tocaba a él descubrir lo que había oculto por allá; pero el Sumo Pontífice Alejandro VI concedió al rey y a la reina de las Españas, por Bulas con sello de plomo, que ningún otro Príncipe se atreviese a tocar aquellas regiones desconocidas,

trazando, para quitar la causa de disensiones, una línea recta de cien leguas y, por fin, en virtud de arreglo, de trescientas, del Septentrión al Austro, fuera del paralelo de las islas que se llaman Cabo Verde. Estas islas creemos que son las Hespérides, pertenecientes al rey de Portugal, y desde allí sus marinos, descubriendo todos los años nuevas playas, siempre a la izquierda, al otro lado de África, por los mares de los etíopes, volvían las proas al Oriente, y nunca los portugueses habían navegado aún de las Hespérides a Mediodía ni al Occidente.

Saliendo, pues, con tres naves, en breve tiempo llegó a la provincia que en la primera navegación, pensando que era isla, la llamó *Juana*, y al principio de ella le puso el nombre de *Alfa y Omega* porque juzgaba que en ella estaba el fin de nuestro Oriente, poniéndose allí el sol, y el del Occidente, saliendo. Pues consta que el principio de la India ultra-gangética está por el Occidente y su término último por Levante, y no es del todo extraño cuando los cosmógrafos han dejado indeterminados los límites de la India gangética, y no falta quien crea que las costas de la India no distan mucho de las playas españolas.

Los indígenas llaman a esta parte *Cuba*, a cuya vista, en el ángulo extremo de la Española, encontró un puerto muy cómodo, pues en aquella parte la isla forma amplia ensenada. A este puerto le puso el nombre de San Nicolás, y de él apenas dista Cuba veinte leguas.

Se dio, pues, a la vela, y, tomando la costa meridional de Cuba, viró hacia el Occidente. Allí las costas, cuanto más adelantaba, comienzan a ensancharse más y a formar curva hacia Mediodía.

Al lado meridional de Cuba encontró primeramente la isla que los indígenas llaman *Jamaica*. Afirma que esta isla es más larga y más ancha que Sicilia, y que consta de un solo monte, el cual, comenzando por todos sus lados desde el mar, se eleva poquito a poco hasta el medio de la isla, y tan suavemente se va extendiendo hasta la cumbre que los que suben apenas lo advierten. Asegura que lo mismo en las playas que en lo interior es feracísima y muy poblada, y de los habitantes dicen sus vecinos que son de más agudo ingenio que los demás insulares, más dados a las artes mecánicas y más belicosos. Pues en muchos lugares, queriendo el Almirante tomar tierra, se presentaron armados y amenazadores, y repetidas veces intentaron luchar; pero vencidos siempre, todos pactaron amistad con el Almirante.

4.

Conjeturas equivocadas. Costeo de Cuba. Puerto Grande. Banquete inesperado. Colón al habla con setenta indios.

Dejando, pues, la Jamaica, navegó hacia Occidente con vientos favorables setenta días, y le parece que por el ámbito de la tierra inferior a nosotros llegó no lejos del Quersoneso Áureo, principio de nuestro Oriente, más allá de la Persia, pues él cree que de las doce horas del sol que nos eran desconocidas[31], solas dos le han quedado por conocer. Porque los antiguos habían dejado intacta la mitad de la carrera del sol, dado que sólo conocemos la superficie terrestre que se extiende desde Cádiz al Ganges o hasta el Quersoneso Áureo.

En este viaje daba todos los días con mares que corren como torrentes, en pasos muy vadosos en estrechuras innumerables por la muchedumbre de islas adyacentes; poniendo en poco entonces todos estos peligros, sólo determinó seguir adelante hasta que averiguase de cierto si Cuba era isla o tierra continente, navegó, pues, siempre costeando sus playas al Occidente, sobre doscientas veintidós leguas, como él dice, esto es, cerca de mil trescientas millas de pasos, y puso nombre a innumerables *(septigentis)* islas, dejando continuamente a la izquierda más de tres mil, conforme él se atreve a decirlo. Pero volvamos a las cosas dignas de contarse que encontraba en su navegación.

Cuando ya navegando por la costa de Cuba investigaba la condición de los sitios a corta distancia de *Alpha* y *Omega*, o sea de su principio, encontró un puerto capaz de muchas naves; pues

31 Quiere decir medio mundo, o la parte de mundo que el sol recorre aparentemente en doce horas.

su entrada tiene la figura de hoz y está incluida por ambos lados entre promontorios que reciben las ondas que vengan de alta mar, y dentro comprende vasto espacio con inmensa profundidad.

Recorriendo las costas del puerto, vio no lejos de la orilla dos chozas de paja, y en muchos lugares fuego encendido, e hizo bajar a tierra algunos hombres armados que fueran a las casetas. Bajaron, y no encontraron a nadie; pero hallaron puestas al fuego en asadores de madera unas cien libras de pescado, y con el mismo pescado dos serpientes de a ocho pies. Llenos de admiración miran alrededor por si ven algunos indígenas, sin que se divisara nadie en todo lo que se extendía la vista (pues al acercarse los nuestros se habían refugiado en las montañas los dueños del pescado).

Sentáronse y disfrutaron contentos de los peces cogidos con ajeno trabajo, dejando las serpientes, las cuales afirman que en nada absolutamente se diferencian de los cocodrilos de Egipto sino en el tamaño; pues de los cocodrilos dice Plinio que se encontraron algunos de dieciocho codos, pero las mayores de estas serpientes tienen ocho pies.

Después de bien comidos, penetrando en el próximo bosque encontraron varias serpientes de ésas colgadas de los árboles con cuerdas, que unas tenían la boca atada con cordeles, otras quitados los dientes.

Después, reconociéndolas cercanías del puerto, vieron como setenta hombres en la cima de cierto peñasco alto, los cuales al acercarse los nuestros habían huido para mirar desde allí qué quería esta gente nueva. Los nuestros se esforzaban por atraerlos con ademanes, señas y halagos; con esperanza de los regalos ofrecidos desde lejos se acercó uno, pero hasta un peñasco próximo como quien temía. Mas el Almirante, que tenía consigo a cierto Diego Colón educado entre los suyos, joven tomado en la primera navegación de la isla vecina de Cuba llamada Guanahaini, sirviendo de intérprete Diego, cuyo idioma era casi semejante al de éstos, habló al que se había acercado más: depuesto el miedo, se aproximó el indígena y persuadió a los demás que se acercaran sin temor y no tuvieran miedo.

Con esa noticia bajaron de las rocas a las naves unos setenta: trabaron amistad, y el Almirante les hizo regalos y entendió que eran pescadores, enviados a pescar por su rey, que preparaba a otro rey solemne convite. Llevaron a bien y se alegraron de que la gente del Almirante se hubiera comido el pescado puesto a la lumbre, supuesto que habían dejado las serpientes; pues no hay vianda alguna que estimen tanto como las serpientes aquellas, tanto que los plebeyos no pueden comerlas, como entre nosotros pasa con los faisanes o pavos; pero peces dijeron que aquella noche cogerían otros tantos.

Preguntados que por qué se disponían a asar los peces que habían de llevar a su rey, respondieron que por podérselos presentar frescos e incorruptos; y con esto, dándose la mano en señal de amistad, cada uno se volvió a su casa.

5.
Prosigue Colón costeando a Cuba. Generosidad de los indios. Aguas calientes. Un pez pescador. Otros indios amigos.

El Almirante prosiguió, como se lo había propuesto, hacia sol poniente, desde el principio de Cuba, que él mismo había llamado *Alfa y Omega*, según dijimos. Las playas que median hacia este puerto, aunque llenas de árboles, son, sin embargo, ásperas y montuosas. Algunos de los árboles estaban en flor, y desde el mar se percibían sus suaves olores; otros se veían cargados de frutas; pero más allá del puerto el terreno es más feraz y está más poblado, y sus habitantes son más pacíficos que los demás y son más aficionados a novedades; pues viendo nuestras naves, todos a porfía concurrían a las playas ofreciendo a los nuestros el pan que ellos comen y calabazas llenas de agua, y les invitaban a que saltaran en tierra.

Tienen todas estas islas cierta especie de árbol tan alto como los olmos que da por fruto calabazas. Lo emplean como bebida mas no como comida, pues su meollo, según dicen, es más amargo que la hiel, pero su corteza tan dura como la de la tortuga.[32]

El día 15 de mayo, mirando los vigías desde la atalaya hacia la izquierda por el Sur, vieron espesa multitud de islas, conforme iban navegando, cubiertas de hierba, verdor y árboles fértiles, y advirtieron que estaban habitada

Por la costa del continente encontró un río navegable de aguas tan calientes que ninguno podía tener en ellas la mano mucho rato; y al siguiente día, viendo a lo lejos una canoa de pescar, y temiendo que los pescadores huyeran al ver a los nuestros, mandó el Almirante que en silencio los entrecogieran con los botes; pero ellos esperaron intrépidos a los nuestros.

He aquí un nuevo modo de pescar. No de otra manera que nosotros perseguimos a las liebres con perros galgos por los campos, ellos, con un pez cazador, cogían otros peces; aquel pez era de una forma desconocida para nosotros; su cuerpo muy semejante a una anguila grande, pero tenía en el pescuezo una piel durísima, a modo de gran bolsa. Tiénenle atado con un cordel en el casco (*sponda*) de la nave, pero tan bajo que el pez pueda estar junto a la quilla dentro del agua, pues no sufre de modo alguno la vista del aire.

Cuando ven algún pez grande o tortuga, que allí son mayores que un escudo grande, le dan cuerda; él, sintiéndose desatado, más rápido que una saeta embiste al pez o a la tortuga que tenga alguna parte de su cuerpo fuera de la concha, y echándole encima la piel aquella de su bolsa, sujeta tan tenazmente la presa cogida que ninguna fuerza basta para desenvolverla mientras él vive, si no se le saca afuera recogiendo poco a poco el cordel, pues en viendo el fulgor del aire al momento abandona la presa: levantada, pues, la presa hasta cerca de la superficie del agua, se tiran al mar tantos pescadores cuantos se necesiten para sujetarla, hasta que los compañeros la agarran desde la nave.

Subida a bordo, alargan tanta cuerda cuanta sea menester para que el pez cazador pueda volverse a su sitio dentro del agua, y allí, con otro cordel, le echan comida de la misma presa. Los indígenas llaman pez *guaicano*; los nuestros *vuelto*, porque le pescan boca arriba. Regalaron a los nuestros cuatro tortugas cogidas de ese modo, que casi les llenaban la navecilla, pues es para ellos comida regalada. Los nuestros, por su parte, dándoles algunos regalos, los dejaron contentos.

Preguntados los pescadores acerca de la extensión de aquella tierra, manifestaron que no tenía fin por Occidente, e insistieron en que el Almirante bajara él o enviara con ellos quien saludara a su cacique o rey, prometiendo que el cacique daría muchos regalos a los nuestros si iban; pero el Almirante, para no demorar lo comenzado, rehusó complacerles. Sin embargo, preguntaron su nombre y dieron a los nuestros el nombre de su cacique.

Prosiguiendo desde allí hacia adelante con rumbo siempre a Occidente, a los pocos días llegó al pie de una montaña altísima, y por su fertilidad llena de habitantes. Los indígenas acudían de todas partes a las naves, trayendo pan, algodón, conejos y aves, y preguntaban con admiración y afecto al intérprete si aquella gente bajaba del cielo. El rey de ellos y otros muchos varones graves que le rodeaban, indicaban que aquella tierra no era isla.

Entrados poco después en otra isla de las que había cerca de esta tierra por el lado izquierdo, no pudieron coger a ninguno; pues huyeron todos, hombres y mujeres, al acercarse los nuestros. Vieron en ella cuatro perros, pero que no ladran, de aspecto muy feo, que se los comen como nosotros los cabritos. Esta isla cría innumerables patos, ánades, garzas.

Finalmente, entró en canales tan estrechos entre las islas y el continente, que apenas podían volver atrás las naves, y tan vadosos que la quilla barría la arena. El agua de estas gargantas, por

32 Parece que habla del cocotero: son las primeras notocoas que llegan acerca de ese árbol tan precioso, como primeras inexactas, y esto debido, sin duda, a que probarían el coco fuera de sazón.

espacio de cuarenta millas, era de color de leche, y espesa como si hubieran echado harina en todo aquel mar.

6.
En la bahía de Batabano. Grullas que ni eran frailes del otro mundo, ni mandarines orientales. Frondosidad del terreno.

Cuando por fin salieron a mar ancho a las ochenta millas, echó de ver otro monte altísimo, y se fue allá para hacer aguada y coger madera. Entre palmerales y pinares altísimos halló dos fuentes nativas de aguas dulces. Mientras cortaban maderos y llenaron los barriles, uno de nuestros ballesteros se entró en la selva a cazar; allí un hombre, vestido con una túnica blanca, se le presentó tan de improviso, que a primera vista creyó que era un fraile del orden de Santa María de la Merced, que el Almirante llevaba consigo de sacerdote; pero, al punto, a aquél le siguieron otros dos salidos del bosque; después, a lo lejos, vio un pelotón que venía como de treinta hombres, cubiertos con vestidos; mas entonces, volviendo la espalda y dando voces, huyó a las naves corriendo cuanto podía. Aquellos de las túnicas se esforzaban de todos modos por mostrársele agradables y persuadirle que no recelara, pero sin embargo el arquero huía.

Contado esto al Almirante, alegrándóse de haber encontrado gente culta, al punto envió a tierra hombres armados con orden de que, si era menester, se internaran cuarenta millas en la isla hasta que encontraran aquellos de las túnicas u otros indígenas, buscándolos con toda diligencia.

Habiendo cruzado el bosque, encontraron una vasta planicie cubierta de hierba, en la cual ni vestigio de senda hubo jamás. Esforzándose en andar por la hierba, se vieron tan embarazados que apenas anduvieron una milla, pues la hierba no era menor que nuestras mieses espigadas; cansados, pues, se volvieron sin encontrar senda.

Al día siguiente envió veinticinco hombres armados, a los cuales mandó que explorasen diligentemente qué gente habitaba aquella tierra. Estos, habiendo observado no lejos de la costa ciertos vestigios recientes de animales grandes, entre los cuales les pareció que había leones, llenos de miedo se volvieron. Al regresar encontraron una selva llena de vides, criadas naturalmente y entrelazadas a cada paso con altos árboles, y de otros muchos árboles que dan frutos aromáticos. Trajeron a España racimos de mucho peso y muy jugosos. Mas de otras frutas que echaron, como no podían cómodamente en las naves hacerse pasas, no trajeron ninguna, pues se pudrieron todas, y corrompidas las tiraron al mar. En los prados de aquellos bosques cuentan que vieron bandadas de grullas doble mayores que las nuestras.

En el curso de la navegación, dirigiendo las velas hacia otros ciertos montes, no encontró más que un solo hombre en dos chozas que vio en la playa, el cual, llevado a las naves, con la cabeza, con los dedos, y de todos los modos que podía, daba a entender que la tierra que caía al otro lado de aquellos montes estaba muy poblada.

7.
Prosigue Colón el costeo de Cuba. Vuelve atrás. Misa en la playa. Discreto sermón de un indio.

Al arribar el Almirante a aquellas playas, le salieron al encuentro muchas canoas, y se trataron mutuamente por señas con mucha afabilidad. Ni el Diego aquel que a la entrada de Cuba había aprendido la lengua de los indígenas los entendía a éstos, pues averiguaron que son varios los idiomas en las varias provincias de Cuba, y decían que en lo interior de la provincia había un rey potentísimo, que iba vestido. Dice que esta región está toda sumergida y cubierta de agua, y sus costas cenagosas, llenas de árboles, como nuestras lagunas; y habiendo saltado allí en tierra para

hacer aguada, vio las conchas de que se obtienen las perlas; mas no por eso se detuvo, pues entonces su intento no era otro que recorrer cuantos mares pudiera, según se lo habían mandado los Reyes.

Prosiguiendo, pues, adelante, todas las cimas de las costas hasta otro monte que se presentaba a ochenta millas de pasos, humeaban. No había ningún peñasco atalaya de que no saliera humo. Ni se supo de cierto si las hogueras de los indígenas estaban dispuestas para usos necesarios, o si, como suele hacerse en los sospechosos tiempos de guerra, hacían con aquel humo señales a los vecinos para que se refugiaran a lugar seguro, o para juntarase en algún sitio si es que los nuestros intentaban hacer algo contra ellos, o acaso, lo que parece más regular, para que concurrieran a mirar nuestras naves como a una cosa admirable.

Las costas se inclinaban, tan pronto al Sur, tan pronto al Sudoeste, y el mar por todas partes estaba cuajado de islas. Aquí, pues, las quillas, que muchas veces habían barrido la tierra, por los mares vadosos quebrantadas; las cuerdas, velas y demás jarcias ya podridas; los alimentos, que, humedecidos por las grietas de las mal carenadas naves, se habían enmohecido, y principalmente la galleta, que se había corrompido, obligaron al Almirante a volver proas atrás. A esta última costa, a que llegó del existimado continente, la llamó Evangelista.

Volviendo las velas atrás, entre otras islas no tan vecinas del continente entró en un mar tan lleno de grandes tortugas que a veces retardaban a las naves, y luego penetró en un estrecho de aguas blanquecinas, como arriba hemos escrito que encontró otro.

Por fin se volvió por donde había venido a las costas del creído continente temiendo a los vados de las islas, y los indígenas de ambos sexos, depuesto todo temor, con rostro alegre le llevaban dones (como que no había molestado a nadie en su venida): unos, loros; otros pan, agua, conejos, pero principalmente palomas torcaces, mayores que las nuestras, las cuales el Almirante dice que fueron de mejor sabor y gusto que nuestras perdices; por lo cual, como quiera que al comer advirtieran que de ellas se exhalaba cierto olor aromático, mandó que a algunas, acabadas de matar, les abrieran la garganta, y encontró los buches llenos de flores olorosas, y dedujeron que de éstas provenía aquel gusto nuevo de las torcaces; pues es conforme el creer que las carnes de los animales absorben la naturaleza del alimento.

Mientras el Almirante oía misa en la playa, he aquí a cierto varón principal, octogenario y grave, y sin embargo desnudo, con muchos que le acompañaban, el cual, mientras se celebraban los sagrados misterios, asistió admirado con respetuoso rostro y mirada. Después regaló al Almirante un canastillo que en la mano llevaba lleno de frutos del país, y, sentándose junto a él, por medio del intérprete Diego Colón, que entendía aquel idioma, acercándose más dijo el siguiente discurso:

«Nos han contado que tú has recorrido con ejército poderoso todas estas provincias que hasta ahora te eran desconocidas, y que has causado no poco miedo a los pueblos que las habitan. Por lo cual te advierto y amonesto que las almas, cuando salen del cuerpo, tienen dos caminos: uno tenebroso y horrible, preparado para aquellos que molestan y hacen daño al género humano; otro placentero y deleitable, destinado para los que en vida amaron la paz y tranquilidad de las gentes. Si, pues, tienes presente que eres mortal, y que a cada uno le están señalados los méritos futuros según las obras presentes, no harás mal a nadie.»

The text on this page is estimated to be only 27.43% accurate

8.

Respuesta del Almirante. Alegría del anciano indio. La edad de oro. Vuelve a Jamaica. Llévanle muy enfermo a la Isabela.

Cuando por medio del intérprete insular fueron dichas estas cosas y otras semejantes al Almirante, maravillado de ver tal juicio en un hombre desnudo, respondió: Que sabía muy bien todo

lo que había dicho de los varios caminos y premios de las almas cuando salen del cuerpo, y que había estado en la creencia de que él y los demás habitantes de aquellas provincias ignoraban esas cosas hasta, el presente, viviendo, como viven, solamente a lo natural. Respecto de lo demás, respondió que el rey y la reina de las Españas le habían enviado para que apaciguase todas aquellas regiones del mundo desconocido hasta ahora, es a saber: para que debelara a los caníbales y demás hombres malos del país y les impusiera los merecidos castigos, pero a los inofensivos los defendiera y honrara por sus virtudes; y así que no tuviera recelo ni él ni otro ninguno que no sea amigo de hacer daño, sino que antes declare si acaso a él mismo o a otros hombres de bien les han hecho alguna injusticia los vecinos.

Las palabras del Almirante agradaron tanto al anciano, que repetía que con sumo gusto, aunque ya tan avanzado en edad, se iría con él, y lo habría hecho a no oponerse la mujer y los hijos. Pero se maravilló sobremanera de que el Almirante estuviese bajo el imperio de otro, y mucho más se asombró cuando el intérprete le refirió cuál y cuánta era la pompa de los Reyes, su poder, su fausto, el aparato de guerra, qué grandes las ciudades, cuáles los pueblos. Permaneció, pues, algo triste el honrado anciano, postrado ante sus pies con su mujer e hijos, saltándole las lágrimas, y preguntaba una y otra vez si no era el cielo la tierra esa que engendraba tales y tan grandes varones.

Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males[33], pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera; sin embargo, cultivan el maíz y la yuca y los *ages*, como dijimos que se hace en la Española.

Marchando, pues, de allí para volverse, vino a dar otra vez con la Jamaica por su lado meridional, y la recorrió toda de Occidente a Oriente. De cuyo último ángulo oriental, echando de ver a su izquierda, por el Septentrión, unas montañas altas, conoció, por fin, que era el lado meridional de la isla Española que no había recorrido aún; por lo cual, entrando el 1 de septiembre en el puerto de aquella isla, que se llama San Nicolás, reparaba las naves con ánimo de devastar otra vez las islas de los caníbales y quemarles todas las canoas, para que los lobos rapaces no puedan hacer más daño a las vecinas ovejas; pero le impidió llevarlo a cabo la mala salud de que, por sus demasiadas vigilias, adolecía.

Llevándole, pues, medio muerto los marineros a la ciudad de la Isabela, recobró por fin la salud antigua entre los dos hermanos que allí tenía y los demás familiares; y ya no pudo debelar a los caníbales a causa de las sediciones que sobrevinieron entre los españoles que había dejado en la Española, de lo cual hablaremos más abajo. Vale.

33 No se olvida el autor de que es poeta. Aquí y en algún otro pasaje análogo se le ven tales aficiones; mas no por eso entienda nadie que prefiere al estado de sociedad perfecta y a la civilización el estado de naturaleza a que descendieron los míseros habitantes del Nuevo Mundo hasta quedarse desnudos y comerse unos a otros, El *tuyo* y *mío* son ciertamente ocasión de males sin cuento, y esto puede decirse sin negar la legitimidad ni la necesidad de la propiedad individual.

LIBRO IV.

Al Cardenal Luis de Aragón, sobrino de nuestro Rey.

(Comprende hasta el segundo embarque del Almirante para España, que fue el 10 de marzo de 1496.)

1.

Piensa el Almirante volver a España. Los indios se soliviantan. Se trata de asegurar a los caciques. Plan homicida de Caunaboa.

Al volver el almirante Colón del continente indio, según él se lo figuraba, averiguó que Fray Boil y Pedro Margarit, el cual era un varón noble antiguo familiar del Rey, y otros muchos de los que había dejado para gobernar la región, se habían ido a España con malas intenciones. Por lo cual, para sincerarse ante los Reyes por si en algo pensaban mal de él por lo que esos hubieran dicho, y también para pedir otros hombres en sustitución de los que se habían vuelto, y asimismo para proveer a la falta de alimentos, como trigo, vino, aceite y otras cosas semejantes, que los españoles suelen comer, puesto que no podían fácilmente acostumbrarse a las comidas insulares, determinó volverse a la corte, que entonces moraba en Burgos, ciudad célebre de Castilla la Vieja; pero contaré brevemente lo que hizo antes.

Los reyezuelos insulares, que hasta entonces, contentándose con lo poco suyo, habían vivido tranquila y pacíficamente, al ver que los nuestros se establecían en el suelo natal de ellos, lo llevaban a mal, y nada deseaban tanto como echarlos de allí completamente, acabarlos del todo y abolir toda memoria de ellos. Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navegación, en su mayor parte indómita, vaga y que, como no era de valer, no quería más que libertad para sí de cualquier modo que fuera, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares a la vista de sus padres, hermanos y esposos; dados a estupros y rapiñas, habían perturbado los ánimos de todos los indígenas. Por lo cual en muchas partes los indígenas, a cuantos de los nuestros se encontraban descuidados, los asesinaban con rabia y como si ofrecieran sacrificios a Dios.

Pensando, pues (Colón), que debía apaciguar los ánimos alterados y castigar a los que habían matado a los nuestros antes de venirse de allá, invitó para hablar al Rey de aquel valle, que en el libro anterior dijimos había a la raíz de los montes ciguanos. Llamábase Guacrionex, el cual, para ganarse más estrechamente la amistad del Almirante, quiso casar a su hermana con Diego Colón, que se había educado desde niño con el Almirante y le había servido de intérprete en el viaje de Cuba.

Después envió a Hojeda como Embajador a Caunaboa, señor de los montes cibanos, esto es, de la región del oro (cuyos indígenas habían tenido sitiado dentro del castillo de Santo Tomás al mismo Hojeda con cincuenta soldados por espacio de treinta días, y no habían levantado el sitio hasta que vieron que venía el mismo Almirante con gran escuadrón). Deteniéndose Hojeda con Caunaboa, varios reyezuelos de la provincia enviaron mensajeros que se esforzaran por persuadir a Caunaboa que no permitiera a los cristianos establecerse en la isla si no prefería servir a imperar; pues tenía que suceder que si los cristianos no eran arrojados completamente de la isla, todos los insulares habrían de ser siervos de ellos.

Por otra parte, Hojeda trataba con Caunaboa que fuera él mismo a ver al Almirante, y pactara con él alianza y amistad. Los legados de los régulos se ofrecían a sí mismos y todas sus cosas para apoderarse de la provincia. Hojeda le amenaza con la muerte y la ruina de los suyos si prefería la guerra a la paz con los cristianos. Así, pues, Caunaboa, combatido de una y otra parte, cual escollo

por diversas olas en medio del mar, agitado también por la conciencia de sus delitos, porque había matado a traición a veinte de nuestros hombres cogiéndolos descuidados, aunque parecía desear la paz, sin embargo, temía presentarse al Almirante. Por fin, habiendo premeditado un fraude, se puso en camino con toda su familia y otros muchos armados a su modo para ir a ver al Almirante con ánimo de matarle a él y a los demás, bajo apariencia de paz, si se presentaba ocasión. Preguntado por qué llevaba consigo tan gran número de hombres, respondió que un Rey tan grande como era él no estaba bien que caminara y saliera de casa sin ir acompañado.

Pero sucedió muy al revés de lo que él había pensado, pues cayó en los lazos por él mismo preparados; porque Hojeda, con halagos y promesas, por fin le condujo al Almirante, disgustándose el cacique en el camino del error que había cometido saliendo de casa; fue preso y encadenado, y las almas de los nuestros separadas de los cuerpos no estuvieron mucho tiempo sin vengar.

2.

Hambre en la Española. Son causa los indígenas. Levanta Colón otro fuerte. Se escaman los indios. Masa de oro. Electro. Ámbar.

Preso Caunaboa con toda su familia, el Almirante determinó recorrer la isla; le informaron que había tal hambre entre los insulares que habían muerto ya más de cincuenta mil hombres, y que caían todos los días, a cada paso, como reses de un rebaño apestado.

Lo cual se supo que les aconteció por su malicia. Pues viendo que los nuestros querían escoger asiento en la isla, pensando ellos que podían echarlos de allí si faltaban los alimentos insulares, determinaron, no solamente abstenerse de sembrar y plantar, sino que cada uno comenzó en su provincia a destruir y arrancar las dos clases de pan que tenían sembrado, del cual hicimos mención en el libro primero, pero principalmente entre los montes cibanos o cipangos, porque conocían que el oro en que aquella provincia abundaba era la causa principalísima que detenía a los nuestros en la isla.

Entretanto mandó (el Almirante) un capitán con escuadrón de armados que explorase el lado meridional de la isla. Entonces manifestó que todas las provincias que había recorrido sentían tal penuria de pan que, en el espacio de dieciséis días, nunca habían comido más que raíces de hierbas y de palmillas o frutas silvestres de árboles del monte. Guarionex, cuyo reino no estaba tan apretado del hambre como los demás, dio a los nuestros algunos alimentos. Pocos días después, para que fuesen más cortos los trechos de viaje, y para que los nuestros tuvieran más próximos y en mayor número los refugios, por si acaso alguna vez les amenazaba alguna violencia de los insulares, desde la ciudad Isabela hasta el castillo de Santo Tomás, en los confines de este reino de Guarionex, levantó otro fuerte, que llamó la Concepción, dentro del término del Cibao, sobre amena colina, con saludables aguas que allí brotan.

Mas cuando vieron los isleños que se iban levantando nuevos edificios, viendo en el puerto nuestras naves ya podridas y medio destrozadas, comenzaron a perder toda esperanza de libertad, y con tristeza preguntaban si se irían los cristianos.

Finalmente, explorando desde el Fuerte de la Concepción lo interior de los montes cibanos, obtuvieron de cierto reyezuelo una masa tosca de oro, cóncava, a modo de toba natural, más grande que el puño, que lo habían encontrado, no a la orilla de aquel río, sino en seco túmulo, y pesaba veinte onzas. Yo mismo la vi en el emporio de Castilla la Vieja, Medina del Campo, donde entonces invernaba la Corte, y tomándola en la mano la sospesé y manejé.

Vi asimismo un pedazo de electro puro, de que se pueden fundir las campanas y los morteros de los farmacéuticos y otras cosas semejantes, como de bronce de Corinto, el cual pesaba tanto que apenas podía yo, no ya levantarlo del suelo con ambas manos, sino ni moverlo a derecha e izquierda; decían que aquella masa pasaba de trescientas libras de a ocho onzas. Se la habían

hallado abandonada por los antepasados en el atrio de cierto reyezuelo; mas ellos sabían, por más que durante la vida de ninguno de los insulares que vivían no se hubiera extraído nada de electro, dónde estaba la mina; mas apenas se les pudo arrancar su lugar: tanta inquina tenían ya a los nuestros. Por fin la manifestaron, aunque destruida y cegada con piedras y tierra, que habían echado; aunque se cava más ligeramente que el hierro en las minas de este metal, piensan que se puede rehacer esta mina de electro si van operarios y mineros aptos para ese trabajo.

No lejos del mismo fuerte de la Concepción, en los mismos montes, encontraron no pequeña cantidad de ámbar, y que en otra parte destilaba en las cuevas color garzo no vulgar de que usan los pintores. Cruzando los bosques, encontraron selvas inmensas que no criaban más árboles que los coccíneos, cuya madera vuestros mercaderes italianos llaman *vercino* y los españoles *brasil*.

3.
¿Porqué no traían más oro? Desarreglo de algunos españoles. Sus consecuencias. Pacto tributario de Colón con los caciques.

Aquí tal vez, oh Príncipe ilustrísimo, te pondrás a meditar perplejo y dirás para tus adentros: han traído los españoles unas naves como cargadas de palo del Brasil; mas de oro poco, de algodón y ámbar algo, de aromas algunos. ¿Por qué no trajeron oro y demás cosas con que, según tú ponderas, parece que brinda aquella tierra?

A esto te responderé lo que me dijeron. El mismo almirante Colón, preguntado sobre estas cosas, decía que los españoles que llevó consigo eran más dados al sueño y al ocio que no a los trabajos, y más amigos de sediciones y novedades que de paz y tranquilidad. Pues la mayor parte se separó de él, y por eso refiere que no fue posible vencer o subyugar más pronto a los isleños y quebrantar sus fuerzas para apoderarse libremente de toda la isla.

Los españoles dicen que no pudieron aguantar sus crueles e injustos mandatos, y le han levantado muchos testimonios, por los cuales obstáculos apenas la ganancia ha podido compensar el gasto. Pero en este año quinientos uno, en que por tu mandato escribo estas cosas, en el espacio de dos meses han recogido unas mil doscientas libras de oro, de a ocho onzas cada una. Mas volvamos a nuestro propósito, que estas cosas tocadas a la ligera, por digresión, se aclararán más latamente en su lugar.

Viendo, pues, el Almirante a los indígenas en ansiedad y perturbados sus ánimos, y no pudiendo refrenar a los nuestros de violencia y rapiña mientras se hallasen entre aquéllos, habiendo convocado a muchos de los más principales de las comarcas colindantes, convinieron en que el Almirante no dejara vagar a los suyos por la isla, pues, so pretexto de buscar oro y otras cosas insulares, nada dejaban intacto o impoluto. Ellos prometieron todos que cada uno, desde los catorce años hasta los setenta, darían al Almirante el tributo que quisiera de los productos de su región, y que observarían lo que él les mandara. Hízose pacto de que los habitantes de los montes cibanos enviarían a la ciudad cada tres meses, que ellos por la luna llaman lunas, cierta medida llena de oro que les fue señalada; que los que habitan las provincias donde se crían naturalmente aromas o algodón, tributarían por cabezas cierta cantidad.

Agradó lo pactado, y se hubiera concluido que cada una de las partes guardara las promesas; pero el ímprobo hambre rescindió todas estas cosas, pues apenas tenían cuerpos para buscar la comida por los bosques, teniéndose que contentar por largo tiempo con raíces de hierbas y frutas de árboles silvestres; pero la mayor parte de los régulos con sus súbditos, entre aquellas estrecheces de la necesidad, presentaron parte del tributo prometido, pidiendo humildes al Almirante que se apiadara de su miseria y condonara hasta que la isla volviera a su estado primitivo, que entonces lo que ahora faltara se reintegraría en un doble.

De los del Cibao pocos guardaron los pactos, pues padecían más hambre que los demás. De éstos dicen que se diferencian en costumbres y lengua de los que habitan en lo llano, cuanto en las demás regiones los campesinos de las montañas se distinguen de los de la corte. Aunque todos en su tenor de vida se muestran rudos, sencillos y agrestes, hay, sin embargo, entre ellos alguna diferencia.

4.
Caunaboa preso. Su astuto plan. Va Hojeda preparado. Los vence. Funesto ciclón. Muere Caunaboa camino de España. Bartolomé Colón explora las ricas minas del Cibao. Se embarca el Almirante para España.

Volvamos al preso Caunaboa. Cuando él se vio aprisionado, cual león de la Libia, rechinando los dientes, rebuscando día y noche cómo se escaparía de allí, comenzó a persuadir al Almirante que, puesto que había tomado bajo su mando la provincia de Cipango, enviara guarniciones cristianas que la defendieran de las incursiones de sus antiguos enemigos fronterizos; pues decía que le había llegado noticia de que cada día era acometida con incursiones, y que todos los bienes de los suyos eran robados. Pero habiendo excogitado este engaño, pensó que su hermano, que estaba en la provincia con los demás parientes, o por violencia o con emboscadas, cogerían a tantos de los nuestros cuantos bastaran para libertarle a él por canjeo.

Mas el Almirante, comprendiendo la trampa, envió a Hojeda, pero con tanta gente armada que pudiera vencer las armas de los cibaneses si se alzaban. Apenas habían llegado los nuestros a la región, cuando el hermano de Caunaboa, habiendo convocado unos mil armados a su manera (pues hacen la guerra desnudos, con saetas sin puntas de hierro, con palos y mazas), los rodeó y sitió dentro de cierta casilla. Aquel cibano, como hombre no ignorante de la disciplina bélica, acercando su ejército a la distancia de un estadio, lo dividió en cinco cuerpos, señalando a cada uno de ellos su sitio alrededor, a distancias iguales, y puso su escuadrón de frente a los nuestros; después, habiéndolo dispuesto todo con diligencia, manda hacer señal despacio desde su escuadrón para que todos marchen a un mismo tiempo con igual paso, y dio orden a todos los escuadrones que poco a poco, todos a la vez, dando gritos, emprendan el ataque y lleguen a las naves, para que ningunos de los nuestros, así rodeados, pudieran escapar.

Pero los nuestros, juzgando que les convenía más cerrar con un pelotón que no esperar aquel ímpetu, arremetieron contra el escuadrón más numeroso que venía por campo abierto, por cuanto aquella parte era más cómoda para pelear los caballos. Se arrojaron, pues, sobre ellos los jinetes: los caballos los tiraban por tierra a pechugones; con poco trabajo fueron vencidos, muriendo todos los que esperaron. Los demás, acobardados, se dieron a huir, y abandonando sus casas se refugiaron en las montañas y en ásperos riscos, y desde allí suplicaban que se les perdonara, protestando que sufrirían gustosos todo lo que se les mandara si se les permitía vivir en su suelo natal. Por fin, preso el hermano de Caunaboa, dejaron que cada uno de los de la plebe se fueran a su casa. Hecho esto, quedó apaciguada aquella región. Entre aquellos montes está el valle que habitaba Caunaboa, llamado Magona, felicísimo en auríferos ríos y fuentes, y sobremanera fértil.

Cuentan ellos que aquel año, en el mes de junio, hubo inaudito torbellino de Levante, que levantaba hasta el cielo rápidos remolinos, que conmovía las raíces de los más grandes árboles y los volcaba. Este vendaval, llegado al puerto de la ciudad, a tres naves que estaban solas y ancladas, sin tormenta ni oleaje alguno del mar, rompiendo las maromas les dio tres o cuatro vueltas y las sumergió en lo profundo, y dicen que aquel año entró el mar tierra adentro más de lo acostumbrado, y que se levantó más de un codo. Los isleños murmuraban que esta gente era la que había perturbado los elementos y traído estos portentos. A estas tempestades del aire, como los griegos los llaman *typhones*, éstos las apellidan *huracanes*; y dicen que se levantan frecuentemente en aquella isla, pero nunca tan violentos y furibundos, pues ninguno de los vivos había visto en su tiempo ni

había oído de los mayores que un torbellino semejante, que arrancara los árboles más grandes, hubiera sobrevenido jamás hasta el presente en aquella isla; que nunca el mar hubiera experimentado allí tempestad alguna, ni siquiera calmas abrasadoras, pues por todas partes las costas tocan alguna llanura y se encuentran prados floridos, próximos a la orilla.

Volvamos a Caunaboa. El rey Caunaboa y su hermano, cuando los traían a España para presentarlos a los Reyes, murieron de pena en el camino.

Mas el Almirante, viéndose cortado por haberse sumergido las naves en el fiero torbellino, mandó hacer de seguida dos carabelas, pues tenía consigo maestros de todas las artes.

Mientras las hacían, mandó a su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de aquella isla según costumbre española, que fuera a explorar algunos metalistas y gente armada aquellas minas de oro que, guiado por los isleños, había encontrado a sesenta leguas de la Isabela, delante de los cipangos. Encontraron en ellas pozos profundos excavados en tiempo de los antiguos. El Almirante sostiene que Salomón, rey de Jerusalén, se procuró de allí, por el golfo pérsico, aquellos inmensos tesoros de que se habla en el Antiguo Testamento. Si ello es verdad o no, eso no me toca a mi juzgarlo, pero me parece que dista mucho de serlo.

Los metalistas, acribando la tierra superficial de las minas en diversos lugares es espacio de unos seis mil pasos, juzgaron que había allí en seco envuelta tanta abundancia de oro que cada jornalero ajustado para cavar puede sacar fácilmente cada día tres dracmas de oro. Indagadas así estas cosas, el Adelantado, juntamente con los metalistas, se las comunicaron por carta al Almirante; lo cual sabido, de seguida, el once de marzo del año noventa y cinco, entró alegre a bordo de las naves que ya estaban construidas para venir a presentarse a los Reyes, dejando a su hermano, el adelantado Bartolomé Colón, plenos poderes para gobernar la provincia.

LIBRO V.

Al Cardenal Luis de Aragón, sobrino de nuestro Rey

(Comprende lo que sucedió en la Española, durante la ausencia del Almirante, bajo el mando de su hermano Bartolomé Colón, desde el 10 de marzo de 1496 a 30 de agosto de 1498.)

1.

El Adelantado construye un fuerte. Sale en busca de provisiones. Tráenselas tres carabelas. Envía a España 300 isleños. Levanta el fuerte de Santo Domingo. Trasladan a él la residencia. Anacauchoa. Promete pagar tributos.

Siguiendo el consejo que su hermano le había dado al marcharse, el adelantado Bartolomé levantó un fuerte en las minas y le llamó el Fuerte del Oro, porque de la tierra que los peones tapialeros llevaban para construir los muros, al amasarla recogían oro. Empleó tres meses en hacer los instrumentos con que se pudiera lavar y recoger el oro. Pero, precisado por el hambre, dejó la cosa sin concluir.

A sesenta millas de allí, adonde fue él con el mayor número de la gente armada, obtuvo de los provinciales cierta cantidad de pan a cambio de cosas nuestras; pero no pudo detenerse más allí. Dejando, pues, para guarnición de aquel fuerte diez hombres con la porción de pan insular que quedaba, y dejándoles un perro de caza para coger aquella especie de animales que arriba dijimos hay entre ellos, semejantes a nuestros conejos y llamados *hutías*, se volvió a la Concepción. Era además aquel mes el en que el rey Guarionex y otro limítrofe suyo llamado Manicavex le habían de llevar los tributos. Pasando allí todo el mes de junio, exigió a estos dos caciques el tributo íntegro y lo que necesitaban para comer él y la gente de su mando, que eran unos cuatrocientos.

Hacia primeros de julio arribaron tres carabelas con alimentos, trigo, aceite, vino, carnes saladas de cerdo y de vaca: repartiéronlos por cabezas con arreglo a la constitución dada desde España, aunque se quejaban de que algunas de ellas cosas habían llegado enmohecidas y corrompidas. Por estas naves el gobernador Bartolomé recibió de los Reyes y de su hermano el Almirante, que ya antes había tratado mucho de estas cosas con los Reyes, orden de que trasladara la habitación al lado meridional de la isla, pues aquella parte estaba próxima a las minas de oro; y también se le mandó que mandara presos a España aquellos reyezuelos que se encontrara habían matado a los cristianos, con sus súbditos participantes del delito. Envió presos trescientos isleños con sus régulos.

Después de haber explorado diligentemente las playas meridionales, trasladó la morada, y edificó allí un fuerte sobre alto collado, junto a un puerto bien resguardado, al cual llamó el fuerte de Santo Domingo porque arribó allí en domingo.

Un río de aguas saludables, llenísimo de varias clases de óptimos peces, corre hacia el puerto entre amenísimas riberas. Cuentan que son admirables las condiciones naturales del río. Pues en toda la extensión de su curso todo es delicioso, todo útil. Los bosques de palmeras, los árboles frutales insulares de toda especie, inclinaban sobre los navegantes, a veces dándoles en la cabeza, sus ramas cargadas de flores y de frutos, y ponderan la fertilidad de su suelo, igual o más rico que el de la Isabela.

En la Isabela dejó únicamente a los valetudinarios y algunos maestros de naves para que acabaran las dos carabelas que habían comenzado: los demás los trasladó a Santo Domingo, al Mediodía. Una vez construido el fuerte, dejando en él un destacamento de veinte hombres, se

dispuso para explorar con los demás las partes interiores del Occidente de la isla, que hasta entonces no eran conocidas sino de nombre.

A treinta leguas de allí, esto es, noventa millas, se encontró con el río Naiba, que ya hemos dicho desciende de las montañas del Cibao en derechura al Mediodía por medio de la isla. Pasado este río, envió por diversos lados a dos decuriones[34] cada uno con su pelotón de veinticinco soldados a las tierras de los régulos, cuyos bosques se componen de árboles del Brasil. Ellos se dirigieron hacia la izquierda; se encontraron con selvas y penetraron en ellas: las talan, caen altos y preciosos árboles intactos hasta entonces. Cada uno de los decuriones llena de troncos del Brasil una casa insular donde se guardan hasta que vengan las naves que se los lleven.

Mas el Adelantado, encaminándose a la derecha, no lejos de la orilla del río Naiba, encontró que cierto rey poderoso, llamado Beuchío Anacauchoa, estaba en armas con su campamento puesto contra los habitantes del Naiba, para someterlos a su poder como a otros muchos régulos insulares. La corte de este poderoso, situada hacia el cabo occidental de la isla, se llama Jaragua, distante treinta leguas del río Naiba, montuosa, áspera; pero todos los régulos que hay en medio le están sometidos. Toda aquella región, desde el Naiba hasta la última orilla del Occidente, carece de oro.

Recibió a los nuestros dejando las armas y dando señal de paz placidísimamente, si por miedo o por humanidad no se sabe, y les preguntó qué era lo que querían.

El Adelantado dijo: «Que del mismo modo que los demás príncipes de esta isla, pagues tributos a mi hermano, Prefecto marítimo, a nombre de los Reyes de España.» Al cual él respondió: «¿Cómo podéis exigirme eso a mí, que de las muchas regiones que me obedecen ninguna produce oro?» Pues tenía oído que había llegado a la isla una gente extranjera que buscaba con avidez el oro; pero no se imaginaba de modo alguno que desearan otra cosa más que el oro.

Entonces el Adelantado añadió: «Nointentamos imponer a nadie tributos que no se puedan fácilmente pagar o de que sus regiones carezcan; sabemos que esta provincia produce abundancia de algodón, cáñamo y otras cosas semejantes, de cuyos productos te pedimos que nos des algo.» Y él, cuando esto oyó, con rostro alegre y tranquilo aspecto, prometió que les daría cuanto recibir quisieran de esas cosas; y despidiendo el ejército él mismo, enviando delante mensajeros, acompañó al Adelantado hasta el lugar en que tenía la corte, a treinta leguas, como hemos dicho; y en todo aquel trecho caminaron siempre por tierras de caciques que le obedecían, mandando a unos que pagaran tributos de cáñamo, que dicen no es inferior a nuestro lino para tejer los aparejos de las naves; a otros de pan, a otros de algodón, según la varia naturaleza de la tierra.

2.

Recibimiento solemne. Teatro y gladiadores como en Grecia y Roma. Buen consejo de que siembren. Enfermos en la Isabela. Línea de fuertes. Noticias de sublevación.

Por fin llegaron a la corte de Jaragua. Antes de que en ella entraran, todos los habitantes salieron al encuentro para recibir honoríficamente, según su costumbre, a su rey Beuchío Anacauchoa y a los nuestros. Entre otros espectáculos, he aquí dos cosas que hicieron, memorables entre gente desnuda e inculta.

Al aproximarse, primeramente le salieron al encuentro treinta mujeres, todas esposas del Rey, llevando ramas de palma en las manos, bailando, cantando y tocando por mandato del rey, desnudo todo el cuerpo menos las ingles, que como violadas cubren con ciertas enaguas de algodón; pues las doncellas, con el cabello tendido por los hombros y atado en la frente con una cinta, no cubren parte alguna de su cuerpo; *faciem, pectora, mammas, manus, caeteraque subalbido colore praedicant fuisse pulcherrima*.

34 Hoy diríamos sargentos, como decimos capitán en vez de centurión.

Les pareció que veían Dríadas hermosísimas o ninfas salidas de las fuentes de que hablan las fábulas antiguas. Danzando con los manojos de palmas que llevaban en las diestras y cantando a coros, se las daban todas al Adelantado, doblando las rodillas.

Después, entrando en la casa del Rey, encontraron opípara cena preparada a su usanza, y repararon las fuerzas perdidas. Mas al llegar la noche fueron conducidos por los Ministros del Rey a los hospedajes designados, según el estado de cada uno, donde descansaron en camas colgadizas, que otra vez hemos descrito, dispuestas según la costumbre de ellos.

Al día siguiente condujeron a los nuestros a la casa que ellos se hacen a modo de teatro. Allí, tras muchas y variadas danzas y bailes, de improviso se presentaron en vasta planicie dos grandes escuadrones de gente armada, que el Rey había mandado organizar para juego y deleite (como en España se celebran muchas veces juegos troyanos, o sea juegos de cañas). Acercándose cuerpo a cuerpo, cual enemigos que vinieran a las manos con sus banderas a luchar por sus bienes, sus hogares, sus hijos, su Imperio y hasta su misma vida, así aquellos dos escuadrones trabaron batalla con dardos arrojadizos y saetas, y en breve murieron cuatro, y muchos más fueron heridos, y más sanguinaria habría sido la lucha si a instancias de los nuestros el cacique no hubiera hecho señal de que cesara.

Tres días después, habiendo aconsejado al Rey que en adelante sembrara más algodón en las orillas de las aguas, para que más fácilmente pagara el tributo impuesto por hogares, se encaminó a la Isabela para ver a los enfermos y las naves que había dejado comenzadas.

Se encontró con que habían caído cerca de trescientos de varias enfermedades, por lo cual, acongojado y sin saber qué partido tomar, puesto que no solamente faltaban casi todas las cosas que eran menester para recobrar la salud, sino también las necesarias para comer, pues de España no llegaba nave alguna, vacilando así determinó distribuir los enfermos por las provincias y los castillos en ellas levantados.

Pues desde la Isabela, camino derecho a Santo Domingo, esto es, desde el Septentrión al Mediodía, edificaron en la isla estos castillos. A treinta y seis millas de la Isabela, construyó el fuerte de la Esperanza; a veinticuatro millas de la Esperanza, el de Santa Catalina; a las veinte del Catalina, el fuerte Santiago; a otras veinte de Santiago, construyó otro más defendido con torres, y le llamó la Concepción, que está a raíz de los montes cibanos, en una llanura vastísima, fértil y muy poblada. Después edificó otro entre medias de la Concepción y Santo Domingo, más fortificado que la Concepción, porque se encontraba en territorio de un cacique a quien obedecían más de cinco mil indígenas. Los insulares de aquella región llaman a aquel pueblo Bonano, que es cabeza de la provincia, y por eso el Prefecto quiso que también el fuerte se llamara Bonano.

Repartidos, pues, los enfermos por estos castillos y en sus cercanías, en las casas de los isleños, él, exigiendo al paso los tributos impuestos a los caciques que en medio había, se marchó a Santo Domingo, donde, pasando algunos días, comenzó a susurrarse que todos los caciques de la provincia de la Concepción vivían desesperados contra los nuestros y que trataban de rebelarse. Tan pronto como le llegaron estas noticias, se fue hacia ellos a marchas forzadas.

3.

Plan bélico de los indios. El Adelantado se les adelanta. Guarionex agradecido. Nostalgia de los españoles. A cobrar las contribuciones.

Cuando estaba más cerca, tomó cuerpo la noticia de que todos habían elegido general a Guarionex para apoderarse de esta provincia, y que había sido seducido y solicitado por los otros, aunque medio a la fuerza, porque, habiendo experimentado ya otras veces los ardides y armas de los nuestros, tenía miedo. Se habían convenido en que un día determinado quince mil hombres armados a su modo se lanzarían a probar fortuna en la guerra.

Allí, teniendo el Adelantado consejo con el capitán de la fortaleza y demás soldados que acaudillaba, determinaron atacar a los desprevenidos y no organizados régulos en sus propios lares antes de que formaran el ejército. Así, pues, para cada uno de los régulos fue destinado un capitán que de improviso, entrando en sus pueblos, que no tienen defendidos con murallas, ni fosos, ni parapetos, antes de que los pueblos esparcidos puedan reunirse, los atacan durmiendo, los prenden, los atacan y se los llevan cada uno el suyo, conforme se les había mandado. A Guarionex, como al más poderoso, fue el mismo Adelantado y le prendió, lo mismo que los demás a los suyos en la hora determinada. Catorce fueron llevados aquella noche a la Concepción, siendo ajusticiados poco después dos de ellos que habían seducido y sobornado a Guarionex y a otros más ansiosos de alteraciones. A fin de que los indígenas, por sentimiento de sus reyes, no abandonaran los campos, lo cual habría ocasionado sumas molestias a los nuestros por las siembras, soltó a Guarionex y a los demás.

Había allí, según calculan, una muchedumbre de cinco mil hombres que se habían reunido sin armas y suplicaban todos la libertad de sus reyes. Los aires retumbaron y retembló la tierra de los clamores que ellos elevaban hasta el cielo.

El Adelantado amonestó a Guarionex y otros con promesas, dádivas, amenazas, que en adelante tuviesen mucho cuidado de no maquinar cosa alguna. Guarionex arengó al pueblo acerca del poder de los nuestros, de su indulgencia con los delincuentes, su liberalidad con los leales; que se aquieten, y en adelante nada emprendan ni piensen contra los cristianos, sino que les obedezcan, les estén sumisos y sirvan, si no quieren arrojarse cada día en mayores calamidades. Dicho su discurso, lo tomaron en hombros y así lo llevaron hasta el pago de su corte. De este modo la región se apaciguó por algunos días.

Sin embargo, los nuestros, ansiosos y tristes, abandonados en regiones extrañas, porque corría ya el decimoquinto mes desde la marcha del Almirante, andaban cabizbajos porque se iban consumiendo todos los vestidos y los alimentos. El Adelantado les consolaba del mejor modo que podía, alimentándoles con vanas esperanzas.

Mientras estas cosas sucedían. Beuchío Anacauchoa (pues así se llamaba el rey que arriba hemos mencionado de la parte occidental de Jaragua) envió al Adelantado mensajeros que manifestaron estar preparados el algodón y demás tributos que había impuesto a él y a sus indígenas.

Se dispuso para el viaje el Adelantado, marchó, recibiéronle honoríficamente el rey y su hermana, que habiendo sido en otro tiempo mujer de Caunaboa, rey del Cibao, no tenía en el gobierno del reino de su hermano menos importancia y consejo que él mismo. Pues dicen que es cortés y chistosa y prudentísima, y había persuadido a su hermano que, enseñado con el ejemplo de su marido, tratara bien a los cristianos, les obsequiara y obedeciera. Esta mujer se llama Anacaona.

Encontró allí a treinta y dos régulos, reunidos en la corte de Beuchío Anacauchoa, que esperaban con los tributos, los cuales, a más de las gabelas mandadas, para ganársela benevolencia de los nuestros llevaron regalos muy grandes de ambas clases de pan, a saber: del de raíces y del de trigo e innumerables *hutías*, esto es, conejos insulares y pescados, y para que no se corrompieran o pudrieran los llevaron asados, y de las serpientes que arriba dijimos obtienen el primer lugar entre las cosas de comer, y que son muy semejantes a los cocodrilos: las llaman *yuanas*.

4.

Opíparo plato indio. Tributos almacenados. Tesoro de Anacaona. Visita de Beuchío y de Anacaona a bordo. El gran susto de ambos. Todo lo miran y admiran.

Aprendieron más tarde que esas serpientes nacen en la isla, y los nuestros hasta ahora no se habían atrevido a gustarlas por su fealdad, que parecía causar horror, no sólo asco. El Adelantado,

inducido por el gracejo de la hermana del cacique determinó catarlas poco a poco: pero apenas el sabor de aquella carne comenzó a gustar al paladar y garganta, parecía que las deseaba a boca llena. Después ya no las probaba con la punta de los dientes o aplicando apenas los labios, sino que, habiéndose hecho todos glotones, de nada hablaban ya sino del grato sabor de las serpientes y de que tales viandas eran más exquisitas que no lo son entre nosotros las de pavo, faisán y perdiz.

Pero si no se guisan de un modo determinado pierden el sabor, como los pavos y faisanes como no se rebocen con lardo y se asen en asadores. Abriéndolas desde el cuello hasta la ingle, lavadas y limpiadas con esmero, presentadas después en círculo a modo de culebra que duerme enroscada, las ponen apretadas en una olla que con ella quede llena, echándoles encima un poco de agua con pimienta de la isla, y poniendo debajo fuego tenue de cierta leña olorosa y que no hace humo. Del abdomen así destilado se hace un caldo como néctar, según dicen, y cuentan que no hay género alguno de viandas igual a los huevos de las mismas serpientes, que se digieren por sí solos y fácilmente. Así cocidas y frescas gustan mucho, y guardándolas algunos días están sabrosísimas. Basta de comidas: vamos a otra cosa.

Habiendo llenado el Adelantado cierta casa insular con algodón de los tributos, los régulos le prometieron que le darían gustosos cuanto pan quisiera del de ellos. Él, aceptando el ofrecimiento, les dio las gracias.

Entretanto, pues, mientras se hacía el pan en las regiones y lo llevaban a la corte de Beuchío Anacauchoa, cacique de Jaragua, envió mensajeros a la Isabela que mandaran en su nombre la carabela hecha, de las dos que había dejado comenzadas, pues les dijo que se les volvería a enviar cargada de pan.

Alegres los marineros se fueron con la nave, a veías desplegadas, a la costa de Jaragua, dando vuelta a la isla.

La hermana del rey Beuchío Anacauchoa, aquella mujer graciosa, prudente y de gran ingenio, Anacaona, mujer que había sido de Caunaboa, tan pronto como conoció que nuestra nave había arribado en la costa de su patria, persuadió a su hermano irse los dos a verla. La costa distaba de la corte nada más que seis millas de pasos. Mas a mitad del camino hicieron noche en una aldea en que está el tesoro de la misma hermana del Rey. Sus tesoros no eran oro, ni plata, ni margaritas, sino sólo utensilios y cosas tocantes al uso humano, como asientos, platos, fuentes, bacías, cazuelas hechas de madera muy negra, tersa, reluciente (que tu eximio doctor de artes y Medicina, Juan Bautista Elisio, sostiene que es ébano) y labradas con arte maravillosa; pues en estas cosas ejercitan los indígenas cuanto ingenio les ha dado la naturaleza, y se las hacen a aquella mujer en su isla Gruanabba (que si la ves dibujada verás que cae en la entrada occidental de la isla Española); en ellas cincelan rostros vivos de los espectros que dicen ven ellos de noche, de serpientes, hombres y otras cosas cualesquiera que una vez vean.

¿Qué piensas harían ellos, Príncipe Ilustrísimo, si lograran hierro y acero? Pues todo eso, ablandándolo interiormente al fuego, lo vacían después y baten con guijarros de río. Regaló al Adelantado: de asientos, catorce; de utensilios de barro de mesa y cocina, sesenta; además le dio cuatro bultos de algodón neto de muchísimo peso.

Habiendo, pues, llegado el día siguiente a la costa, donde había otra aldea regia, mandó el Adelantado traer preparado un esquife de servicio, y el Rey preparó dos canoas pintadas al uso de ellos; una en que fuera él con sus familiares, y en otra su hermana Anacaona y sus siervas; pero Anacaona quiso ir con el Adelantado en el bote de servicio.

Cuando ya se acercaban a la nave dispararon a un mismo tiempo los mosquetes, llenóse el mar de estruendo y el aire del humo de la pólvora; tiemblan, se estremecen; la máquina del mundo les pareció que se quebrantaba con aquel estruendo; mas al ver que el Adelantado se reía mirándoles, quedan tranquilos.

Cuando se aproximaban ellos sonaron los pífanos, flautas y tímpanos como para las danzas: ellos, atraídos con la dulzura del sonido, se asombran y maravillan. Entrados en la nave, al recorrer diligentemente la popa, los castillos, los pisos, la quilla, los camarotes, volviendo los ojos el hermano a su hermana, y ésta hacia él, enmudecían, y por la demasiada admiración no sabían qué decirse mutuamente.

Mientras, atentos a estas cosas, vagaban por la nave, mandan levar anclas y al punto desenvolver de las antenas las velas y extenderlas en dirección a alta mar. Y entonces, más estupefactos, viendo volar por el mar con tanta rapidez una mole tan grande sin remos y sin fuerza de hombres, pues soplaba de tierra viento favorable para ello, y aun mucho más cuando vieron que la nave guiada por el mismo viento, ya iba, ya volvía, y daba vueltas cuándo a mano derecha, cuándo a la izquierda según se quería, se quedaban asombrados.

Hechas así estas cosas, llena la nave de pan de raíces y demás regalos, y habiéndoles dado también regalos nuestros, dejó ir alegres y llenos de asombro, no sólo al rey Beuchío Anacauchoa y a su hermana, sino también a los criados y criadas de ambos; y él, encaminándose por tierra con los soldados, se marchó a la Isabela.

5.

Rebelión de Roldán y de Guarionex. Mayobanex entra en la conjura. Vistas del Adelantado con Roldán. Llegan dos naves del Almirante y les seduce Roldan. Guarionex en campaña.

Allí se enteró de que cierto Roldán Jimeno, facineroso a quien el Almirante de criado suyo le había hecho capataz de los mineros y taladores, y después Presidente de justicia, abrigaba malas disposiciones contra el Adelantado.

Este averiguó también que el rey Guarionex no pudo aguantar más las insolencias y rapiñas de este Roldán y de otros que allí habían quedado, y que con sus familiares y muchos de sus súbditos desesperado se había retirado a ciertos montes que distan solamente de la Isabela diez leguas hacia el Occidente en la costa septentrional; a aquellos montes y a sus habitantes les llaman con el mismo nombre de ciguayos, y al Rey principal de los régulos de los montes le dicen Mayobanex, y a su corte Caprón.

Los montes ásperos, altos, inaccesibles, dispuestos por la naturaleza en forma de arco, extienden sus puntas hasta el mar. Entre ambas puntas de aquel monte hay hermosa planicie, por la cual corren al mar muchos ríos de las propias montañas. La gente es fiera, belicosa, que se cree trae origen de los caníbales, pues cuando de las montañas bajan a lo llano para hacer guerra a sus vecinos, si matan a algunos se los comen.

Por eso Guarionex, acogiéndose a este Rey de las montañas, le dio, a usanza de ellos, muchos regalos regios de que carecen los montañeses, y le contó que los nuestros le trataban perversa, fea y violentamente, quejándose de que ni la humildad ni la altivez le servían de nada para con ellos. Por eso viene a él suplicante y le ruega que le guarde y defienda de las injurias de hombres facinerosos; y Mayobanex le prometió toda ayuda, tutela y defensa contra los cristianos.

Se encamina, pues, el Adelantado a la Concepción, hace llamar a Roldán Jimeno, que se hospedaba con los que le seguían en las aldeas de las islas, a doce millas, y le pregunta qué significan aquellos movimientos. Él con descaro le responde: «Es visto que tu hermano el Almirante ha perecido, y que nuestros Reyes se cuidan poco de nuestras cosas; siguiéndote nos morimos de hambre; nos vemos precisados a ir buscando por la isla un alimento miserable. Además el Almirante me dejó a mí Gobernador de la isla juntamente contigo, por lo cual nos hemos propuesto no obedecer más tus órdenes.» Estas y otras cosas dijo Roldán.

Pero el Adelantado, queriendo echarle mano, no pudo; pues se le escapó y le siguieron setenta hombres, acompañado de los cuales se marchó hacia Occidente, a la región de Jaragua, y allí, como

ahora lo atestigua el Almirante y su hermano, comenzaron desenfrenadamente a cometer estupros, robos y muertes.

Mientras estas cosas sucedían en la isla, por fin los Reyes consignaron ocho naves al Almirante, de las cuales envió primeramente dos con alimentos desde la hercúlea Cádiz en derechura a su hermano el Adelantado.

Estas dos embarcaciones, por casualidad arribaron primeramente a aquella parte occidental de la isla, en donde Roldán Jimeno estaba con sus consortes. Sedújoles Roldan prometiéndoles que en vez de la azada manejarían... (lo que no debían, *puellarum papillas*); y en vez de trabajo, placeres; en vez de hambre, abundancia, y descanso en vez de cansancio y vigilias.

Entre tanto Guarionex, haciéndose con fuerza de los amigos, bajaba muchas veces a lo llano y mataba a los insulares amigos de los nuestros y a cuantos cristianos alcanzaban, devastaba hostilmente los campos, destruía los sembrados y talaba las poblaciones.

Roldán y sus compañeros, aunque entendieron que vendría pronto el Almirante, supuesto que habían sobornado a los nuevos hombres que habían venido con las dos embarcaciones antedichas, no se amedrentaban.

Mientras el pobre Adelantado luchaba entre estas borrascas, esperando a su hermano día por día, el Almirante su hermano salió de las costas españolas con las restantes naves; mas no derechamente a la Española, pues se ladeó al Mediodía.

Contemos primero lo que hizo en esta navegación, qué mares y qué tierras recorrió, qué halló descubriendo nuevas regiones. Pues el resultado de estas sediciones y tumultos lo referiremos extensamente en el siguiente libro. *Vale*.

LIBRO VI.

Al mismo Cardenal Luis de Aragón.

(Comprende el tercer viaje del Almirante, desde que salió de España el 30 de mayo de 1498 hasta que llegó a la Española el 30 de agosto del mismo año.)

1.

Sale Colón de Sanlúcar con rumbo a Madera. Desde allí envía tres naves a la Española, y él se dirige a la línea equinoccial. Prosigue desde Buenavista. Sufrimientos en las latitudes calmosas. Viento oportuno. Isla de la Trinidad.

Colón se dio a la vela con ocho naves cargadas, el treinta de mayo del año noventa y ocho, en el pueblo de Barrameda, desembocadura del Betis, poco distante de Cádiz, y torció su acostumbrado camino de las Afortunadas a causa de ciertos piratas franceses que estaban esperando en el camino derecho para atacarle.

Quien se encamine a las Afortunadas, a las setecientas veinte millas se encuentra a mano izquierda con la isla Madera, que está cuatro grados más al sur que Sevilla. Pues en ésta el polo ártico tiene treinta y seis grados de elevación, y en aquella isla treinta y dos, según cuentan los marinos.

Navegó, pues, primeramente a la isla Madera: enviando de allí, en derechura a la Española, las otras naves, que llevaban bastimentos con una nave cubierta y dos carabelas mercantes, tomo él el derrotero de la parte austral para encaminarse a la línea equinoccial, y con ánimo de seguir después hacia Occidente e investigar la naturaleza de los lugares que encontrara, dejando al septentrión la Española, a mano derecha.

A mitad de aquel trecho están las trece islas Hespérides de los portugueses, habitadas todas menos una, a las cuales llaman Cabo Verde. Se encuentran próximas a la Etiopía interior, enfrente de ella, al Poniente, a la sola distancia de dos días de navegación. A una de éstas llaman los portugueses Buenavista, y con las tortugas de ella todos los años se curan de su plaga muchos leprosos.

Marchándose de allí prontamente, porque aquel aire era contagioso, navegó cuatrocientas ochenta millas de pasos con rumbo al Ábrego que media entre el sur y el poniente. Allí se vio, según dice, tan oprimido de calmas y calores, pues era el mes de junio, que casi se le incendiaban las naves, saltaban y se rompían los aros de los toneles, el agua se derramaba. Los hombres no podían sufrir aquellos ardores, pues, como él lo refirió, el polo no se levantaba para ellos más que cinco grados sobre el horizonte. De los ocho días que sufrió esto, el primero fue sereno, los otros nublados y lluviosos, mas no por eso menos ardientes; por lo cual muchas veces se arrepintió mucho de haber ido.

Pasados estos ocho días en aquel peligro y angustia, se les levantó el favorable Sudeste; y siguiendo en derechura al Occidente, dice el Almirante que encontró otro aspecto de las estrellas de aquel paralelo y otro aire agradable; pues dicen todos que a los tres días experimentaron temperatura amenísima; y asegura el Almirante que de las calmas y ardores fue siempre subiendo por la prominencia del mar, al modo que por alto monte se sube al cielo, y, sin embargo, aún no había visto tierra alguna en todo lo que se extendía la vista.

Por fin, desde la cofa de la nave mayor, el treinta de junio, un marinero vigía, alzando la voz hasta el cielo por la alegría, grita que ha visto tres montes altísimos, les exhorta a que no se desanimen, pues estaban tristes, ya como abrasados por los ardores del sol, ya porque les faltaba el

agua, por cuanto los toneles, que habían saltado por el excesivo calor, habían dejado ir el agua por las hendiduras.

Alegres, pues, fueron allá; mas luego que llegaron a la costa, por cuanto el mar era allí vadoso, aunque vieron a lo lejos un puerto bastante cómodo, no pudieron tomar tierra. Desde las naves comprendieron que era región habitada y bien cultivada, pues veían huertos muy cuidados y amenos jardines, de cuyas hierbas y árboles los rocíos de la mañana hacían llegar a ellos suaves olores.

A veinte millas de allí halló un puerto bastante apto para recibir naves; pero no desaguaba en él río alguno. Siguiendo, pues, adelante, encontró por fin un puerto a propósito para reparar las naves, y acomodado para hacer aguada y tomar madera; a esta tierra la llamó Punta del Arenal.

2.

En la Punta del Arenal. Conjeturas. Indios recelosos. La Boca del Dragón.

No encontraron ningunos domicilios vecinos al puerto: pero hallaron innumerables huellas de ciertos animales como de cabra, de cuya especie vieron uno muerto, según dicen, casi semejante a la cabra. Al día siguiente echaron de ver, a lo lejos, una canoa que venía, en la cual iban veinticuatro hombres, todos jóvenes, elegantes y de alta estatura, armados de escudos a más de los arcos y las saetas, fuera de la costumbre de los demás, con el pelo largo, plano y partido en la frente casi a la manera española. Cubríanse las ingles con una venda de algodón tejida de varios colores; fuera de eso, iban desnudos.

Entonces creyó que aquella tierra estaba más próxima al cielo que las demás regiones de aquel paralelo, y más remota de los crasos vapores de valles y lagunas, cuanto las más altas cimas de otros montes distan de los profundos valles. Por cuanto el Almirante afirma con insistencia que en toda aquella navegación no salió nunca de los paralelos de Etiopía, y como hay tanta variedad de naturaleza en los indígenas de una y otra tierra, es a saber, del continente etíope y de las islas, pues los etíopes son negros, crispados, con lana y no con cabellos, pero éstos son blancos, de largos cabellos extendidos y rubios, no veo de que otra causa pueda originarse diferencia tan grande. Esa variedad, pues, la causa la disposición de la tierra, no el soplo del cielo. Sabemos que en las montañas de la zona tórrida caen nieves y duran; sabemos también que en regiones muy distantes de ella, hacia el Septentrión, los habitantes pasan mucho calor.

El Almirante, para ganarse a los jóvenes que le habían salido al encuentro, mandó que les enseñaran espejos, cosas de bronce, tersas, brillantes, cascabeles y otros objetos así que aquéllos no conocían; pero ellos, cuanto más les llamaban, tanto más temerosos de que hubiera y se les preparara fraude retrocedían, mirando, sin embargo, de hito en hito con suma admiración a los nuestros y sus cosas y naves, y con los remos siempre en la mano. Viendo el Almirante que no los podía atraer con regalos, mandó que desde el puente de la nave mayor tocaran los atabales y pífanos, y abajo cantaran y organizaran danzas, creyendo que podría ganarlos con la suavidad del canto y de sonidos desacostumbrados. Mas aquellos jóvenes, pensando que los nuestros daban desde el puente la señal de combatir, en un abrir y cerrar de ojos, dejando los remos, pusieron las saetas en los arcos, embrazaron los escudos, y apuntando a los nuestros esperaban preparados a ver qué significaban aquellos sonidos.

Los nuestros, por el contrario, con las saetas preparadas, se ponen en movimiento avanzando poco a poco; mas ellos, apartándose de la nave capitana, confiados en la destreza de remar se dirigieron a una de las naves menores; y tanto se juntaron a ella, que su piloto pudo alargar desde popa al indio principal su sayo y su casquete. Por señas convinieron que el piloto de aquella nave bajara a la playa para hablar allí unos con otros, dando palabra de paz del mejor modo que podían. Pero cuando advirtieron que el mismo piloto de la nave se acercaba a la nave capitana para pedir

permiso de hablar con ellos, recelando asechanzas saltaron de repente a la canoa, y huyeron más veloces que el viento.

A poca distancia de aquella isla, siempre hacia al Occidente, dice el Almirante que encontró furiosa corriente de agua de Oriente a Occidente, y tan impetuosa que no le aventajaría vasto torrente que cayera de altos montes; y confiesa él que, desde que comenzó a navegar de tierna edad, jamás había tenido tanto miedo como allí.

Pasando algo más adelante por aquel peligro, encontró ciertas estrechuras de ocho millas, como la entrada de algún puerto muy grande, a las cuales se precipitaba aquella corriente de aguas; llamó a aquellas gargantas la Boca del Dragón, y a la isla que había frente a la Boca del Dragón la apellidó Margarita, y de las gargantas empujaba por salir no menor ímpetu de aguas dulces, encontrándose con las saladas que venían, de modo que allí luchaban con empuje una y otra corriente.

3.
En el Orinoco. Prosigue Colón explorando el golfo de Paria. En la anhelada Tierra Firme sin saberlo. Obsequiados por los indios.

Penetrando, por fin, en la ensenada, conoció que las aguas eran potables y suaves, y aun me contaron otra cosa más grande el mismo Almirante y los demás compañeros fidedignos de su navegación, preguntándoles yo de todo con mucha diligencia; es a saber: que navegaron, siempre por aguas dulces, veintiséis leguas, esto es, ciento cuatro millas de pasos, y cuanto más avanzaban, en particular al Occidente, tanto más dulces dicen que eran.

Se encontró después con un monte muy alto, habitado únicamente en aquella parte oriental por multitud de cercopitecos (monos). Aquel lado es áspero, y por eso no le habitan los hombres; sin embargo, los enviados a explorar la tierra por la playa volvieron diciendo que habían encontrado la mayor parte de los campos en cultivo y sembrados, pero gente ni casas ningunas, al modo también que nuestros campesinos muchas veces se van acaso para sembrar lejos de los pueblos o estaciones que habitan.

Al lado occidental de aquella montaña vieron que se extendía amplia llanura; fueron allá alegres, y echaron anclas en un ancho río. Tan pronto como los indígenas conocieron que había arribado a sus costas una gente nueva, a porfía acuden presurosos a los nuestros sin miedo alguno con anhelo de verles, de los cuales coligieron por señas que aquella tierra se llamaba Paria, que era muy grande, y cuanto más al Occidente tanto más poblada estaba.

Tomando, pues, en su nave cuatro hombres de los indígenas de aquella tierra, prosiguió por el lado occidental. Por la temperatura del aire, por la amenidad del terreno, por la amplitud de los pueblos con que se encontraban más y más cada día que iban navegando, todos formaron juicio de que aquella región prometía algo grande, y no se equivocaron, como en su lugar veremos.

Cierto día, antes de salir el sol, pero cuando ya quería levantarse, atraídos por la suavidad de los lugares, pues sentían que los prados de aquella tierra exhalaban olores gratísimos, tomaron tierra. Allí comprendieron que había numerosa multitud de habitantes que en ninguna otra parte, y al punto, aproximándose más cerca los nuestros, en nombre del cacique del territorio se presentaron mensajeros al almirante, ofreciéndose por señas y gestos a sí mismos y todas sus cosas con alegre aspecto, y le pidieron que bajara a tierra sin recelo alguno.

Rehusándolo el Almirante, he aquí que, con el anhelo de ver, innumerables de ellos concurrieron con sus canoas a las naves. Al cuello y en los brazos llevaban collares y brazaletes, la mayor parte de oro y perlas de India, y esto como tan ordinario que las mujeres de nuestros países no llevan mayores sartas de cuentas de vidrio. Preguntándoles dónde se cogía aquello que llevaban, señalaron con el dedo la propia playa; y torciendo y moviendo las manos y los labios, parecían dar a

entender que las perlas no tienen gran estima entre ellos, y hasta tomando canastos en la mano parecían insinuar que, si querían permanecer con ellos, podrían recogerse por canastillos.

Mas por cuanto el trigo que llevaban a la Española ya casi se corrompía del mareo, determinó diferir aquel comercio para tiempo más oportuno. Sin embargo, envió a tierra dos botes de servicio con varios hombres que trajeran algunas sartas de perlas a cambio de cosas nuestras, e indagaran lo que pudieran acerca de la índole de aquellos lugares y gentes. Ellos, acudiendo a los nuestros, les recibieron alegres y contentos. Era maravilloso el número de los que se les reunieron, como para ver algo portentoso. Iban delante dos hombres graves, seguidos de toda la demás turba, que salieron los primeros al encuentro de los nuestros, anciano el uno y joven el otro; piensan que eran el padre y el hijo que le había de suceder.

Hechos los saludos por ambas partes, condujeron a los nuestros a cierta casa esférica que tiene junto a una gran plaza. Llevaron muchos asientos de madera muy negra, maravillosamente labrada. Después que se sentaron los nuestros y los principales de ellos, se presentaron los criados, unos con viandas, otros con vino; pero sus comidas eran sólo frutas, mas de varias especies enteramente desconocidas de los nuestros, y los vinos, tanto blancos como tintos, no de uvas, sino exprimidos de diversas frutas, pero que no eran desagradables.

Después de haber comido en la casa del anciano, el más joven los llevó a su tienda. Había muchos hombres y mujeres, pero en todas partes los varones separados siempre de las hembras. Los indígenas de ambos sexos son blancos como en nuestra tierra, excepto los que pasan la vida al sol, pacíficos y hospitalarios: cubren sus vergüenzas con un velo de algodón, tejido de varios colores; en lo demás van desnudos. Ninguno había que no llevara o collares o brazaletes de perlas y oro; muchos ambas cosas, pues los llevan como nuestros campesinos las cuentas de cristal.

Preguntados dónde se criaba el oro aquel que llevaban, señalaron con el dedo que en ciertos montes de enfrente; mas parecían disuadir a los nuestros, como quien amenaza, de que fueran allá, pues con el gesto y con las manos indicaban que allí se comen a los hombres, aunque no pudieron entender bien si lo decían por caníbales o por fieras silvestres. Les molestaba mucho el no poder entender a los nuestros ni ser de ellos entendidos.

4.

Prosigue Colón explorando el golfo. El río Paria. Conjeturas cosmográficas. El paraíso terrenal. Columbra ya que es el continente.

Vueltos a las naves los enviados, a las tres de la tarde, con algunas sartas de perlas, levaron anclas, y no se detuvo más por el trigo que llevaba, como él lo dice, mas con intención de volver a los pocos días, en arreglando las cosas de la Española: pero el premio de tan gran descubrimiento se lo quitó otro. Influyó también la escasa profundidad de aquel mar y el precipitado curso de las aguas, que con continuos encuentros quebrantaban la nave mayor si se levantaba algún viento fuerte.

Para evitar los peligros de los vados siempre enviaba delante, como exploradora, la más ligera de las carabelas, que le bastaba poco fondo, para que sondeara con plomos la profundidad, y las otras iban detrás. Cumana y Manacapana llamaban los indígenas a aquellas pequeñas regiones, en la extensa provincia de Paria, en espacio de doscientas treinta millas, y de ellas dista sesenta leguas otra región llamada Curiana.

Mas habiendo recorrido tan largo trecho de mar pensando siempre que era isla, y dudando si podría volver por el Occidente al Septentrión para encaminarse a la Española, se encontró con un río de treinta codos de profundidad y de latitud inaudita, pues dice que tenía veintiocho leguas; y un poco más allá, pero siempre hacia el Occidente y algo hacia el Mediodía, exigiéndolo así la condición de las costas, que se inclinaban, entró en un mar de hierba. La semilla flotante de las

hierbas se asemejaba al fruto del lentisco, por lo cual la densidad de las hierbas impedía que las naves anduvieran bien.

Allí, cuenta el Almirante que no hay en todo el año ningún día que sea mucho más largo o más corto que otro. Sostiene que en aquella región el polo ártico se eleva sólo cinco grados como en Paria, en cuya situación caen todas estas costas. También refiere acerca de la diferencia del polo ciertas cosas que, por parecerme que van en contra del sentir de todos los astrónomos, las tocaré ligeramente.

Es cosa sabida, Ilmo. Príncipe, que aquella estrella polar que los marinos llaman Tramontana no es el punto del polo ártico sobre el cual gira el eje de los cielos; y esto se conoce fácilmente si, cuando salen las estrellas, miras a esa estrella por algún agujero pequeño; y si en la última vigilia, cuando la aurora las oculta, miras por el mismo agujero, encontrarás que ha mudado de sitio.

Mas cómo pueda suceder que en el primer crepúsculo de la noche se eleve en aquella región solos cinco grados en junio, y, al retirarse las estrellas por los rayos solares que vienen, se eleve quince grados tomando el mismo cuadrante, no lo entiendo, y las razones que él da no me satisfacen del todo, ni tampoco en parte; pues dice que ha conjeturado que el orbe de la tierra no es esférico, sino que en su redondez, al ser criado, se levantó cierto lomo, de modo que no tomó la forma de una pelota o de una manzana, como otros sienten, sino la de una pera pendiente del árbol, y que la Paria es la región que ocupa la eminencia aquella más próxima al cielo.

Y así afirma y sostiene que en la cima de aquellos tres montes, que he dicho vio desde lejos el marino vigía desde la atalaya, está el paraíso terrenal, y que aquel ímpetu de aguas dulces que se esfuerza en salir desde la ensenada y gargantas sobredichas al encuentro del flujo del mar que viene, es de las aguas que se precipitan de las cimas de aquellos montes. Basta ya de estas cosas, que me parecen fabulosas. Volvamos a la historia de que nos hemos apartado.

Viéndose metido, contra su deseo, en tan vasto golfo, y no teniendo ya esperanza ninguna de encontrar por el Septentrión una salida por la que pudiera volver las proas hacia la Española, se volvió por donde mismo había venido, y tomó su derrotero por el Septentrión de aquella tierra desde el Oriente a la Española. Los que después la han investigado con más diligencia por causa de utilidad, quieren que sea el continente indio, y que no lo es Cuba, como piensa el Almirante; pues no faltan quien se atrevan a decir que han dado la vuelta a Cuba.

Si ello es así, o si por envidia de tan gran descubrimiento buscan ocasiones contra este hombre, no me meto a juzgarlo: dirálo el tiempo, en el cual vigila el verdadero juez. Pero sobre que Paria sea o no sea continente, el Almirante no disputa: él piensa que lo es, y refiere que Paria está ochocientas ochenta y dos millas de pasos más al Sur que la Española.

Por fin, el treinta de agosto del año noventa y ocho, caminó a la Española con sumo deseo de ver a los soldados que había dejado allí con sus hermanos. Pero, como suele acontecer en la mayor parte de las cosas de los mortales, entre tantos sucesos favorables, dulces y alegres, la fortuna arrojó en medio semilla de ajenjo, y la cizaña echó a perder para todos sus dulzuras.

LIBRO VII.

Al mismo Cardenal Luis de Aragón.

(Comprende las alteraciones de la Española,
hasta la prisión del Almirante en el año 1500.)

1.

Llega Colón a la Española. Acusaciones de los rebeldes contra el Almirante y de éste contra aquéllos. Expedición del Adelantado contra los ciguanos.

Llegando el Almirante a la isla, contra todo lo que esperaba. encontró perturbadas todas las cosas y cayendo ya al precipicio. Pues Roldán, que en su ausencia se había separado de su hermano, confiando en la muchedumbre que le seguía, no solamente resolvió no presentarse al Almirante, que en otro tiempo era su amo y le había levantado, sino que comenzó a ofenderle con insultos y a escribir cosas nefandas a los Reyes acerca de ambos hermanos.

Mas el Almirante envió a los Reyes mensajeros que les informaran de la rebelión de aquéllos, e instó al mismo tiempo que se le enviaran soldados con los cuales pudiera quebrantar las fuerzas de ellos y castigar a cada uno según su delito. Ellos, quejándose gravemente de ambos hermanos, les llamaban injustos, impíos, enemigos y malversadores de la sangre española, y decían que se complacían en dar tormento por causas leves y degollar y cortar cabezas y matar de todos modos: proclamaban que eran ambiciosos, soberbios, envidiosos, tiranos intolerables; que por eso se habían apartado de ellos, como de fieras que se gozan en la sangre, y como de enemigos de los Reyes, pues decían que habían visto que no trataban de otra cosa ni llevaban otra intención que de usurpar el mando de las islas; y argumentaban que lo averiguaron por mil conjeturas, pero principalmente porque no permitían que nadie, fuera de sus familiares, fuera a las minas a recoger oro.

Mas el Almirante, por el contrario, al pedir a los Reyes auxilios con los cuales pudiera imponerles el merecido castigo, exponía que aquellos hombres que tales cosas le achacaban eran todos criminales, facinerosos, rufianes, ladrones, estupradores, raptores, vagos, gente de ningún valer ni razón, perjuros, falsos, convictos en los tribunales, o que por sus fechorías temían las amenazas de los jueces; que se habían separado, y que allí, violando, cometiendo rapiñas, entregados al ocio, a comer, dormir y a liviandades, a nadie perdonaban; y que habiendo sido llevados para cavar y hacer leña, ahora ni un estadio salen a pie desde casa, pues los infelices isleños los llevan en hombros toda la isla, cual si fueran ediles curules. Y también que, por diversión, para que la mano no pierda la costumbre de derramar sangre, para ejercitar las fuerzas de los brazos, desenvainando las espadas, disputaban entre sí sobre cortar de un golpe las cabezas de los inocentes; y el que con más agilidad echaba a tierra de un golpe la cabeza de un desgraciado, aquél era reputado entre ellos por más esforzado y de más honra[35]. Ellos decían aquellas cosas contra el Almirante, el Almirante contra ellos éstas y otras muchas.

Mientras estas cosas sucedían así, para ir a la mano a los pueblos ciguanos arriba nombrados, que al mando de Guarionex hacían muchos daños, envió a su hermano el Adelantado con solos noventa infantes y pocos jinetes, pero seguidos de tres mil isleños, que, hostigados acremente en otro tiempo por los ciguanos, les tenían enemistad mortal.

Habiendo, pues, el Adelantado llevado su ejército a la orilla de cierto río grande, por la llanura aquella que arriba hemos dicho hay entre los cabos de las montañas de los ciguanos y el mar, encontró a dos espías de los enemigos entre unos espinos, de los cuales el uno, arrojándose al mar,

35 Si eso fuera verdad, los nombres de tales desalmados merecían la execración universal; pero sería injusto quien los tomara por representantes del noble pueblo español.

se escapó de su gente por las estrechuras del río, cruzándolo; mas preso el otro, decía que al lado opuesto del río había ocultos en el bosque seis mil ciguanos armados, para echarse sobre los nuestros cuando pasaran descuidados.

Por esto, el Adelantado subió orilla arriba buscando un vado para pasar, y, habiéndole por fin encontrado en ancha llanura, los ciguanos salieron de los bosques en escuadrón cerrado, con feroz y formidable aspecto, lanzando a la vez horribles gritos en contra de los nuestros, que querían pasar el río. Así salen los agatirsos de Virgilio, todos pintados y salpicados de manchas, pues se pintan desde la frente hasta las rodillas de color negro y encarnado, extraído de ciertas frutas semejantes a la pera, que para eso cultivan en huertos con sumo cuidado; prendido de mil modos el pelo, que crían negro y largo artificialmente si la naturaleza no se les da. Parecían unos vestiglos que salieran de las cavernas infernales.

2.

Prosigue el Adelantado su expedición. Resistencia de los ciguanos. Reclama a Guarionex. Negativa de Mayobanex.

Esforzándose los nuestros en pasar el río, se les pusieron enfrente impidiendo el paso, disparándoles saetas y lanzas arrojadizas de madera. Tantos eran los dardos, que casi les hacían sombra; y si no los hubieran recibirlo con los escudos, mal lo habrían pasado.

El Adelantado, heridos no pocos de ambas partes en aquella pelea, cruzó, por fin, el río; huyeron los enemigos, persíguenles los nuestros y los matan, aunque a pocos, pues corren ellos más. En seguida se refugiaron en las selvas, desde las cuales asestaban seguros con sus arcos a los nuestros que se les acercaban; pues ellos, acostumbrados a los bosques, se deslizan desnudos entre las zarzas y espinos y arbustos, como jabalíes, sin obstáculo alguno; pero a los nuestros les estorban entre los espinos sus escudos y vestidos, sus largas picas y el desconocimiento de los lugares.

Por lo cual, habiendo pasado allí la noche en vano, y no sintiendo al día siguiente que se moviera nadie en las selvas, por consejo y con la guía de los insulares, que tenían antiguo odio a los ciguanos, se encaminó a las montañas en que el rey Mayobanex tenía su corte, el pueblo Caprón, y a la distancia de doce millas fijó el campamento, en el pueblo de otro cacique, abandonado de todos sus habitantes por miedo; alcanzaron a dos, y por ellos supieron que había con Mayobanex, en su corte Caprón, diez régulos con ocho mil ciguanos reunidos. En dos ligeras incursiones se fatigaron mutuamente, y el Adelantado no se atrevió a pasar adelante hasta que explorara con más diligencia la región.

A altas horas de la noche siguiente fueron enviados exploradores guiados por los isleños, que conocían el terreno; los ciguanos, desde los montes, sintieron a los nuestros; se preparan a luchar alzando gritería como suelen, y, sin embargo, no se atreven a salir de los bosques pensando que estaba allí el Adelantado con todo el ejército.

Al día siguiente, conduciendo el Adelantado el ejército hacia ellos, probaron fortuna dos veces saliendo a pelear desde las selvas; cayeron con gran ímpetu sobre los nuestros, e hirieron a la mayor parte antes de que pudieran cubrirse con los escudos. Los nuestros los derrotan, persiguen, matan, cogen a muchos, y ellos se vuelven a sus bosques para no salir más de ellos.

El Adelantado envía a uno de los prisioneros con otro isleño de los amigos con el siguiente recado para Mayobanex: «No para hacerte guerra a ti ni a tus súbditos, oh Mayobanex, ha traído su ejército el Adelantado, pues deseo tu amistad; pero pido que Guarionex, que se ha refugiado ahí y te persuadió a que tomaras las armas con gran perjuicio de tu gente, hecho preso pague la pena de su delito, por lo cual te exhorto me entregues a Guarionex. Si lo haces, el Prefecto del mar, mi hermano, te admitirá a su amistad, y guardará y defenderá la amplitud íntegra de tus reinos: si te

niegas a entregarlo, se hará lo necesario para que tengas que arrepentirte. Todo el reino que tienes será devastado a sangre y fuego, y todas tus cosas tomadas.»

Pero Mayobanex, oída aquella proposición, les respondió: Que, como lo sabía todo el mundo, Guarionex es un hombre bueno y adornado de todas las virtudes, y así le juzgo digno de auxilio y defensa; pero ellos son hombres violentos y malos, tan codiciosos de lo ajeno, siempre sedientos de sangre inocente, y que no quiere tener relaciones con hombres malvados.

The text on this page is estimated to be only 23.55% accurate

3.
Insiste en su reclamación el Adelantado. Mayobanex consulta a su pueblo. Pero no se conforma con el voto popular. Rómpense las hostilidades. Se queda el Adelantado con solos treinta españoles.

Oído esto, el Adelantado mandó quemar la aldea en que acampaba y otras muchas vecinas; y acercándose más a Mayobanex, le manda otra vez quien trate con él de que mande venir a alguno de sus familiares íntimos, con quien el Adelantado pueda tratar de la paz. El cacique manda ir a uno muy querido de entre los principales acompañado de otros dos: a éste le propuso el Adelantado, le persuadió y exhortó que no consienta Mayobanex que su floreciente reino sea devastado por causa de Guarionex; le exhorta que lo entregue si no quiere perderse él y todas sus cosas, y que sean presos juntamente sus súbditos.

Al volver el mensajero, Mayobanex convoca al pueblo y le expone lo que ha pasado. Mas el pueblo proclama que debe ser entregado Guarionex, y comienzan a maldecir y execrar el día en que había venido a turbar su tranquilidad. Pero Mayobanex respondió que Guarionex era un hombre bueno y benemérito de él porque le había traído muchos regalos regios cuando vino a él, y había enseñado a su mujer y a él a cantar y danzar, lo cual estimaba no poco, y que estaba a su cuidado, por lo cual de modo ninguno le abandonaría, puesto que se había refugiado en su casa y se le había dado palabra de guardarle, y que más quería sufrirlo todo con él que dar a los detractores motivo de decir que había entregado a un huésped.

Así, despidiendo al pueblo que sollozaba, llamó a Gruarionex, le prometió de nuevo toda su ayuda y que quería esperar con él, mientras viviera, cuanto pudiera ocurrir, y opina que al Adelantado no hay que responderle nada: antes, a aquel que primeramente había enviado le colocó bien custodiado en el camino por donde solían ir a él los enviados del Adelantado, mandándole que mate a los que vengan y no admita conversación de ninguno.

Dos mandó el Adelantado, uno de los cautivos ciguanos, otro de los isleños amigos, y a los dos les cortaron la cabeza. Detrás de ellos fue el Adelantado con solos diez de a pie y cuatro jinetes: encontró muertos en el camino a sus enviados, con lo cual, irritado, determinó castigar más rigurosamente a Mayobanex. Dispuesto el ejército, toma el camino de la corte Caprón; huyen por varias partes los régulos y abandonan a su general Mayobanex. Éste huye con toda su familia a ásperas montañas, y otros ciguanos buscan a Guarionex para matarle porque había sido la causa de tantos males; pero salvó la vida con los pies, escondiéndose casi solo entre los riscos de montes desiertos.

Hallándose ya fatigados los soldados del Adelantado por la larga campaña, vigilias, trabajos y hambre (pues hacía ya tres meses que se había comenzado), muchos pidieron permiso para poder volverse a la Concepción, donde la mayor parte tenían predios muy cultivados, a usanza de la isla: dánseles bastimentos y regresan muchos; sólo treinta compañeros quedaron con el Adelantado.

Esa campaña de tres meses la hicieron con bastantes trabajos, pues en todo el trimestre no lograron ningunas viandas, fuera de cazabí, es decir, su pan de raíces, y de éste pocas veces se hartaron, y algunas hutías, es decir, conejos de allí, si cazaban algunos con sus perros; y la bebida

algunas veces agradable, pero con frecuencia aguas fangosas y palustres; en medio de estas delicias, estar siempre a la intemperie y en un perpetuo moverse, pues así lo exigía la condición de la guerra.

4.
A caza de los dos caciques. Prisión de Mayobanex. Ídem de Guarionex. Otro cacique agradecido. Nombramiento de Bobadilla. Prisión de Colón. La desaprueban los Reyes Católicos.

Con estos pocos, pues, determinó el Adelantado registrar las montañas y rebuscar los escondrijos, por seguir la pista de Mayobanex o Guarionex. Por casualidad, unos cazadores del mismo Adelantado, obligados por el hambre a buscar donde podrían cazar hutías no teniendo otra cosa, dieron con dos de la familia de Mayobanex, que, enviados a ciertos caseríos del mismo, llevaban pan que los habitantes les habían dado. Les obligaron a manifestar dónde se ocultaba su señor, y, sirviendo ellos de guía, doce de los nuestros, pintándose como los ciguanos, prendieron con este ardid a Mayobanex con su mujer e hijos, y se los llevaron al Almirante en la Concepción.

Pocos días después el hambre obligó a Guarionex a salir de sus cuevas, y los isleños, temiendo al Almirante, se lo descubrieron a unos que iban cazando. Supo el Almirante dónde estaba; envió un pelotón de infantes, que, emboscándose, lo asaltaran cuando quisiera volver de la llanura a las montañas. Van, le cogen y le llevan. De este modo quedaron apaciguadas y tranquilas todas las cercanías de aquella región.

A Mayobanex le acompañaba en estas desgracias una parienta, esposa de otro cacique, cuyo reino estaba intacto aún. Todos ponderan que era la más hermosa de todas las mujeres que la naturaleza crió en aquella isla. Deseando tenerla su marido, como ella lo merecía, loco y sin juicio desde que la habían preso, andaba vagabundo por los desiertos sin saber qué partido tomar; por fin se presentó al Almirante, prometiendo que se pondría bajo su mando, a sí mismo y a todas sus cosas sin ningún obstáculo, si le devolvían su mujer: se la entregaron juntamente con muchos principales de sus súbditos, y se obligaron todos con juramento a hacer lo que se les mandara.

Este mismo régulo, espontáneamente, llevando consigo a cinco mil indígenas inermes con sus instrumentos de agricultura, fue al Almirante, y a costa suya dejó una gran siembra cultivada en los predios de aquel amplísimo valle. Habiéndole hecho regalos el Almirante, él se marchó contento.

Llevada esta noticia a los ciguanos. infundió en los ánimos de los caciques la esperanza de clemencia. Fueron, pues, espontáneamente; dieron palabra de que en adelante harían lo que se les mandara, y suplicaron por su rey y toda su familia. A ruego de los caciques fueron puestos en libertad la mujer y toda su casa, mas el rey quedó preso.

Eso hacía en la isla el Almirante sin saber lo que sus enemigos maquinaban contra él ante nuestros Reyes.

Estos entretanto, combatidos con tantas quejas de todos lados, y principalmente en vista de que de tanta abundancia de oro y de otras cosas se traía poco por causa de las discordias y sediciones, instituyeron un nuevo Gobernador que averigüe diligentemente todas estas cosas, y corrija a los que resulten delincuentes o los envíe a su real presencia.

Qué se haya investigado respecto del Almirante y de su hermano, o de los que estuvieron en contra de ellos, no lo veo bien; sólo sé una cosa: los dos hermanos fueron presos y encadenados y despojados de todos sus bienes, como estás viendo, Príncipe Ilustrísimo.

Sin embargo, tan pronto como los Reyes supieron que habían llegado presos a Cádiz, al punto mandaron por postas aceleradas que los soltaran, y les dieron permiso para que fueran libres, manifestando que han llevado muy a mal la injuria que se les ha hecho.

Aquel nuevo Gobernador dicen que ha enviado a los Reyes cartas escritas por mano del Almirante en caracteres desconocidos, en las cuales exhortaba y avisaba a su hermano el

Adelantado, que estaba ausente, que viniera con gente armada para que, si el Gobernador se disponía a hacerle violencia, le defendiera de su injuria. Por eso, como el Adelantado precedió a la gente de armas, el Gobernador los prendió a los dos, desprevenidos, antes de que se reuniera la muchedumbre.

Lo que haya de suceder lo descubrirá el tiempo, juez prudentísimo de todas las cosas. *Vale*.

LIBRO VIII.

Al mismo cardenal Luis de Aragón.

(Comprende las exploraciones de Alfonso Niño: 1499-1500.)

1.

Se da a la vela con rumbo a Paria. En Cumana con buena suerte.

He dedicado, Príncipe Ilustrísimo, a tu grandeza el rico Océano *(los libros acerca de él),* oculto hasta el presente y descubierto por Cristóbal, Prefecto de mar, con los auspicios de nuestros Reyes, como quien regala un collar de oro aunque mal elaborado por la impericia de las manos del artífice. Mas ahora recibe un aderezo de perlas que, colgado del collar, haga las veces de dije.

La mayor parte de los pilotos de las naves del Almirante, que habían anotado diligentemente la marcha de los vientos, impetrado de los Reyes permiso de hacer investigaciones ulteriores a sus propias expensas, aunque debiendo dar a los Reyes la parte correspondiente, que es la quinta, acometieron esa empresa.

Mas por cuanto cierto Pedro Alonso, por sobrenombre Niño, navegó al Mediodía con mejor suerte, he creído que debía comenzar por él. Omitiendo todo lo demás del viaje, dispuesta una sola nave a costa suya (aunque alguien dice que ajena), tomando mandato real de no aportar a menos de cincuenta leguas en ningún lugar donde hubiera tocado el Almirante, se dirigió a Paria, donde hemos dicho arriba que el Almirante encontró, así a los hombres como a las mujeres, con sus collares y brazaletes de perlas.

Siguiendo, conforme al real mandato por la misma costa, y dejadas atrás las regiones Cumana y Manacapana, llegó a una región que llaman los indígenas Curiana, en la cual refiere que encontró un puerto muy semejante al de Cádiz. Entrando en él, vio en la playa algunas casas; se acercó y encontró una aldea de ocho casas solas; pero de otra población numerosa, que distaba sólo tres millas, vinieron corriendo cincuenta hombres con el principal, y pidieron a Alfonso Niño que fuera a la costa de ellos.

Este, bajando él mismo a tierra, se llevó consigo cascabeles, alfileres, brazaletes, pulseras, sartas de cristal, anillos y otros objetos tales de comercio, y los permutó en un momento por quince onzas de perlas, que llevaban colgadas al cuello y en los brazos-

Entonces ellos, abrazando amistosamente a Niño, instaron más y más para que fuera navegando a su orilla; indicaban que allí tendrían cuanta abundancia de perlas desearan.

Al salir la aurora del día siguiente zarparon hacia ellos, llegaron, echaron anclas, y todo el pueblo concurrió, y le suplicaban que bajara a tierra. Pero Niño,viendo que había innumerable muchedumbre de ellos, y que él sólo tenía consigo treinta y tres hombres, no se atrevió a entregarse a ellos, sino que con gestos y señas les dio a entender que se le acercaran con sus canoas. Tiénenlas de un solo madero, como los demás, pero más toscas y menos aptas que las de los caníbales y los isleños de la Española. Las llaman *galitas*.

Ellos, pues, con sumo deseo de nuestras mercancías, llevaban todos a porfía sartas de perlas: llaman a éstas *tenoras*. En veinte días que los trataron, conocieron que son mansos, sencillos, inocentes y hospitalarios.

Comenzaron a estar con ellos dentro de sus casas, que son de madera cubiertas con hojas de palma. Su comida es, en su mayor parte, de las conchas de que sacan las perlas, de que están llenas las costas, y animales silvestres que se comen. Cría aquella tierra en abundancia ciervos, jabalíes, conejos, en el vello, en el color y en el tamaño semejantes a las liebres, y palomas y tórtolas: las

mujeres crían en las casas patos y ánades, como entre nosotros. En los bosques revoloteaban a cada paso los pavos (mas no pintados y de varios colores, pues el macho se diferencia poco de la hembra), y por los arbustos de las lagunas, los faisanes.

Son los curianos diestros cazadores, y matan fácilmente con certeros saetazos cualesquier cuadrúpedos o aves. Los nuestros pasaron allí muy bien algunos días, pues al que les llevaba un pavo le daban cuatro alfileres o pulseras; por un faisán dos, por una paloma o tórtola una, por un pato lo mismo o una cuenta de cristal. En esta permuta trataban replicando, regateando y dejándolo, igual que lo hacen nuestras mujeres cuando se enredan con los vendedores. Como estaban desnudos, preguntaban que para qué les podrían servir los alfileres: los nuestros los dejaron satisfechos con hábil respuesta, pues por señas les hicieron entender que les venían muy bien para sacarse las espinas que muchísimas veces se les clavan en la carne, y para limpiarse los dientes. Entonces ellos comenzaron a estimar mucho los alfileres; pero gustándoles el color y el sonido de los cascabeles, daban mucho por lograr uno.

En las selvas, que dicen son espesísimas, de varios y muy altos árboles, oían de noche, desde las casas de los indígenas, mugidos horrendos de animales grandes pero inofensivos, pues los indígenas de continuo salen desnudos libremente por las selvas, para cazarlos con arcos y saetas, y no hay memoria de que ninguno haya sido matado por algún animal. Cuantos ciervos, cuantos jabalíes les mandaban coger los nuestros, tantos les traían matados a saetazos. No tienen bueyes ni cabras, ni ovejas; comen pan de raíces y de trigo, como los isleños de la Española.

2.

Retrato de aquellos indios. Sospechan ya los españoles que están en tierra firme. Pasan a Cauchieto. Les va muy bien allí.

Esta raza tiene el pelo negro, espeso, semicrispado, pero largo; se ponen blancos los dientes: para ello casi todo el día llevan entre los labios cierta hierba a propósito, y cuando la tiran se lavan la boca. Las mujeres atienden a las cosas de la familia y a la agricultura más que los hombres, y éstos se dedican más a cazar, a las cosas de la guerra, a bailes y juegos.

Tienen orzas, cántaros, ollas y demás utensilios de varias clases de alfarería, compradas de otra parte. Pues celebran sus ferias entre sí, a las cuales cada vecino, por lograr algo de otras partes, lleva de los productos de su región, pero de cerca; pues no hay ninguno que no se deleite en hacerse con algo nuevo, siendo natural a todos los hombres el tener afición y deleite a las cosas nuevas. Unían a las perlas avecillas y otros muchos animales primorosamente formados de oro, aunque no puro, pero se les llevan de otras partes a cambio, pues aquel oro es como el alemán de que se acuñan los florines. *Ibi homines cucurbitula quadam, in anterioris braculae caligarum nostrarum similitudinem scissa, vel testa marina, mentulam et genitalia includunt: funiculo ad lumbos alligato cucurbitula sustinetur: de caetero audi. Alibi in eo tractu intra vaginam mentularem nervum reducunt, funiculoque praeputium alligant.*

Los animales de que arriba hicimos mención, y otras muchas cosas que no se encuentran en ninguna isla, atestiguan que es tierra continente; pero la principal conjetura con que quieren probar que es así, es que navegaron por las costas de aquel territorio, desde Paria hacia el Occidente, cerca de tres mil millas, y no encontraron señal alguna de fin.

Preguntados los curianenses de dónde conseguían aquel oro, indicaban que lo traen de cierta región llamada Cauchieto, que distaba hacia el Occidente, por costa derecha, seis soles, esto es, camino de seis días, y que lo labraban dándole aquellas formas los operarios de aquel país.

Fuéronse allá los nuestros, encontraron la región, y el día primero de noviembre del año mil quinientos echaron anclas en la playa de Cauchieto. Presentáronse sin miedo los indígenas, y llevaron oro, que es nativo entre ellos. También éstos llevaban perlas al cuello, pero se las

proporcionaban de Curiana a cambio de oro. Ninguno de ellos quiso permutar nada que hubiera conseguido de otra parte, como, por ejemplo, ni los curianenses el oro, ni los de Cauchieto las perlas; pero encontraron un poco de oro recogido entre los de Cauchieto.

Lleváronse de allí muy hermosos cercopitecos (monos) y muchos loros de varios colores. En el mes de noviembre hacía por allá muy suave temperatura, frío ninguno.

Las estrellas del polo ártico que llaman guardias, se les ponían a ambos pueblos; tan cercanos estaban al equinoccio. No saben dar otra razón de los grados polares.

Hombres de buena intención y nada suspicaces, casi toda la noche andaban con sus canoas acercándose a los nuestros, como los de Curiana; y se entraban sin temor en la nave. Estos llaman a las perlas *corixas;* son celosos, pues si va a ellos algún extranjero, siempre se ponen las mujeres detrás de ellos, para que ellas vean también estas novedades como prodigios. El algodón se cría abundante y natural en Cauchieto como entre nosotros los arbustos silvestres; por eso se hacen calzoncillos, con que en la mayor parte de las regiones se cubren las ingles.

Habiéndose adelantado después por la misma costa, he aquí que se presentan casi dos mil hombres, armados a su modo, para impedirles que desembarquen, los cuales se manifestaron tan agrestes y fieros que no consintieron nunca en tener con los nuestros comercio ni trato ninguno; y así éstos, contentándose con sus perlas, se volvieron por donde habían ido, y se detuvieron otros veinte días con los de Curiana, comiendo muy bien.

3.

Son atacados por una flota de caribes. Los derrotan. La víctima libertada. Su relato. Su venganza. Salinas especiales. Cómo embalsamaban por allá. El botín. Alfonso Niño encausado como defraudador de contribuciones.

Paréceme que no es absurdo ni ajeno de la historia el insertar lo que les sucedió cuando, viniendo, veían ya las costas de Paria. Encontráronse con una flota de dieciocho canoas de caníbales que iban a cazar hombres junto a la Boca del Dragón y las gargantas del golfo de Paria. Los caníbales, cuando vieron a los nuestros, acometieron intrépidos a nuestra nave y la rodearon, y los atacaban con sus flechas y armas arrojadizas; mas los nuestros los atemorizaron tanto con los tiros, que al punto se pusieron en fuga. Persiguiéndoles con el bote y alcanzando una de sus canoas, cogieron a un solo caníbal y a otro hombre atado, habiéndose escapado los otros a nado.

Éste que llevaban atado, saltándole las lágrimas, con gestos de las manos, ojos y cabeza, dio a entender que aquella gente nefanda se había comido a seis compañeros suyos miserables, sacándoles las entrañas y cortándolos cruelmente en pedazos, y que lo mismo iban a hacer con él al día siguiente. Le pusieron, pues, el caníbal a su disposición, y él, furioso, comenzó a maltratarle a palos, puñetazos y patadas: y aún le parecía que no había vengado bastante la matanza de sus compañeros viéndole exánime y todo acardenalado de los palos y puntapiés.

Habiéndole preguntado de la índole y costumbres de los caníbales cuando asaltan de esa manera las tierras extrañas, dijo que los caníbales, adonde quiera que van, llevan consigo un fardo de palos, y cuando desembarcan los clavan en el suelo y, hecho el campamento, se colocan dentro en círculo para poder pasar la noche seguros.

En la Curiana encontraron la cabeza de un caníbal clavada en la puerta de cierto principal, cual bandera o yelmo tomado al enemigo y conservado cual preclaro timbre.

En aquella playa de Paria hay una región llamada Haraia, que es notable por una nueva especie de salinas; pues agitado allí el mar por la fuerza de los vientos, empuja las aguas a una vasta planicie que hay allí junto, y saliendo el sol, cuando se tranquiliza el mar se coagulan en blanquísima y óptima sal; y si acudieran allí pronto antes de que llueva, podrían cargarse cuantas naves surcan el mar, porque en lloviendo, al punto se liquida y la absorbe la arena, y por los poros

de la tierra vuelve a su origen, de donde había sido arrojada. Dicen otros que el llano aquel no lo llena el mar, sino ciertas fuentes que brotan más amargas que agua de mar, y en habiendo tempestad se remueven aquellas aguas. Los indígenas hacen mucha estima de aquellas salinas, pues no sólo usan la sal para los usos domésticos, sino que, formando con ella como ladrillos, la venden a los extraños a cambio de cosas ajenas.

Allí los cadáveres de los principales los extienden sobre parrillas, poniendo debajo fuego lento para que, consumiéndose la carne poco a poco, se conserven desecados los huesos dentro de la piel, y después les dan honra y los guardan como penates. Recuerdan que vieron allí un hombre, y en otra parte una mujer, colocados y conservados de esa manera.

Cuando iban a marcharse de Curiana, el seis de febrero, para venir a presentarse a los Reyes, echaron de ver que habían adquirido noventa y seis libras de perlas, de a ocho onzas cada libra, en precio tal vez de cinco sueldos; poniéndose, pues, en marcha, emplearon en el viaje sesenta y un días, aunque es más corto que desde la Española, por continuas corrientes del mar hacia Occidente, que no sólo detenían la embarcación, sino que a veces hasta la hacían atrás. Llegaron por fin los marineros cargados de perlas, como si lo fueran de paja.

Pero el piloto Pedro Alfonso, de sobrenombre Niño, por cuanto había ocultado no pequeña cantidad de perlas preciosas y defraudado las rentas reales, que son el quinto, fue acusado por sus compañeros, y le prendió Fernando de Vega, varón de muchas letras y experiencia, gobernador de Galicia, adonde arribaron; y después de tenerle preso mucho tiempo, por fin salió libre. Pero aún niega haber recibido la parte de perlas que le correspondía.

Muchas de las perlas son como avellanas y semejantes a las orientales, mas por estar mal perforadas no son de tanto precio. En mi presencia, estando comiendo en Sevilla convidado en casa del ilustre duque de Medinasidonia, le llevaron a vender ciento una onzas. Por cierto que me gustó verlas tan hermosas y brillantes.

Hay quien dice que Niño no se hizo con las perlas en Curiana, que dista de la Boca del Dragón más de ciento veinte leguas, sino en las pequeñas regiones de Cumana y Manacapana, próximas a la Boca y a la isla Margarita, y dicen que la Curiana no da margaritas. Todavía no está en claro; vamos nosotros a otra cosa.

He aquí la utilidad que se puede esperar, andando los tiempos, de estas tierras poco ha descubiertas, de estas playas del Occidente, supuesto que a primera vista dan tales muestras de riqueza.

LIBRO IX.
Al mismo cardenal Luis de Aragón.
(Comprende la expedición desgraciada de Vicente Pinzón, diciembre de 1499 a septiembre de 1500.)

1.
De Palos a Canarias. Cruzan la línea equinoccial. En el Brasil. Mal recibimiento.

Vicente Yáñez, de sobrenombre Pinzón, y Alonso Pinzón, hijo de su hermano, que habían acompañado en la primera navegación al Prefecto marítimo Colón, llevados por él y dueños de aquellas dos naves menores que, como arriba dijimos, se llaman carabelas, atraídos por la amplitud de las nuevas regiones y nuevas tierras, construyeron a sus expensas cuatro carabelas en el puerto que los españoles llaman Palos, de donde ellos eran naturales, que está en el mar occidental, y obtenido permiso de los Reyes zarparon hacia primeros de diciembre de mil cuatrocientos noventa y nueve.

Está este puerto de Palos setenta y dos millas de Cádiz y sesenta y cuatro de Sevilla, emporio de la Bética. Todos los del pueblo, sin exceptuar ninguno, están dedicados a las cosas de mar y ocupados en continuas navegaciones. Ellos se encaminaron primeramente a las islas Afortunadas por las Hespérides, esto es, por las islas llamadas Cabo Verde, que otros llaman las Gorgadas de Medusa. Tomaron rumbo derecho al Mediodía. Desde la Hespéride que los portugueses, sus posesores, llaman Santiago, saliendo el trece de enero, marcharon con viento ábrego de proa, que llaman Sudeste, y es medio entre el Austro y el Céfiro.

Cuando les parecía que habían navegado ya trescientas leguas siguiendo aquel viento, dicen que perdieron de vista el polo ártico, y cuando se les ponía, se levantó al punto fiera tempestad de vientos, torbellinos y calores. Sin embargo, prosiguieron adelante, si bien con sumo peligro, doscientas cuarenta leguas, siguiendo siempre el mismo viento por el ya perdido polo. Por lo cual, si es habitable o inaccesible la línea equinoccial, discútanlo éstos y los antiguos filósofos, poetas y cosmógrafos. Pues éstos sostienen que está habitada de pueblos numerosos, pero aquéllos dicen que es inhabitable por lo perpendicular del sol. No faltó, sin embargo, entre los antiguos quien intentara probar que es habitable.

Preguntando yo a esos marineros si veían el polo antártico, dicen que no conocieron ninguna estrella semejante a ésta del ártico que pueda distinguirse cerca del punto, y afirman que vieron otro aspecto de estrellas y cierta oscuridad vaporosa por el horizonte, que casi obscurecía la vista. Sostienen ellos que en el medio de la tierra se levanta una prominencia que hasta que la pasan del todo impide que se vea el antártico; pero creen haber visto figuras de estrellas muy diversas de las de nuestro hemisferio. Esto me han contado, esto cuento. Son Davos, no Edipos.[36]

Por fin el veintiséis de enero vieron tierra de lejos; y observando que estaba turbia el agua del mar, echando la sonda encontraron profundidad de dieciséis brazas. Fueron allá, bajaron a tierra, estuvieron allí dos días, porque no vieron hombre ninguno aunque advirtieron huellas humanas en la playa; y dejando señalados en los árboles y en las peñas próximas a la orilla los nombres de los Reyes y los suyos con noticia de su llegada, se marcharon.

No lejos de aquella estación, siguiendo fuegos que vieron de noche a modo de campamento, encontraron gente que pernoctaba al raso. Determinaron no perturbarlos hasta que amaneciera. Pero cuando salió el sol, fueron hacia ellos cuarenta de los nuestros con armas. Saliéronles al encuentro treinta y armados con sus arcos y dardos arrojadizos, dispuestos a pelear, y los seguían los demás en

36 Alusión a la literatura clásica, queriendo significar que los de quien habla no eran hombres de saber.

la misma disposición. Dicen que aquellos indígenas son más altos que los germanos y los de la Panonia. Esperaban a los nuestros con torva mirada y en actitud amenazadora.

Los nuestros juzgaron que no era cosa de pelear, sin que yo sepa si fue miedo o para que aquéllos no huyeran; esforzáronse por atraerlos con halagos y ofreciéndoles regalos. Pero ellos, como resueltos a no admitir trato alguno con los nuestros, rechazaron toda plática, y recibían la conversación y los ademanes preparados siempre a la pelea: así se retiraron unos y otros. Pero, entrada la noche, huyeron ellos, abandonando los lugares que habían ocupado. Se piensa que son raza ambulante como los escitas, que sin casas fijas siguen con sus mujeres e hijos a los frutos de la tierra. Los que han medido en la arena las huellas de los pies de aquéllos, afirman con juramento que tienen casi el doble que los pies de un hombre regular de nosotros.

2.

Indios a caza de españoles. En la desembocadura del Marañón. Conjeturas.

Prosiguiendo más adelante hallaron otro río, pero no tan profundo que se pudiera recorrer con las carabelas. Enviaron, pues, a tierra dos botes de servicio con hombres armados que investigaran. Vieron una caterva de indígenas sobre alto collado próximo. Los nuestros, por un peón que se adelantó, los invitaron a tratar.

Ellos pareció que querían coger a alguno de los nuestros y llevárselo. Pues desde lejos le echaron un canuto dorado de un codo, porque antes él les había echado un cascabel para atraerlos. Cuando el español se inclinó para coger el canuto que le habían tirado, en un abrir de ojos le rodearon los indígenas para cogerlo; y éste, con su escudo y espada de que iba armado, se defendió de ellos hasta que los compañeros le auxiliaron con los botes.

Para decirlo brevemente (ya que con tales ansias me alegas tu viaje), con sus flechas y astas arrojadizas mataron a ocho de los nuestros e hirieron a la mayor parte. Dentro del río rodearon los botes, llegaron temerariamente a las manos, y desde la orilla agarraban los bordes de los botes: con las lanzas y las espadas eran muertos como ovejas, porque iban desnudos; mas no por eso cedían. Se apoderaron de un bote nuestro, aunque sin gente, y traspasado el que lo mandaba con una saeta y muerto, escaparon los otros botes. Así dejaron a aquellos hombres belicosos.

Dirigíanse hacia el Occidente septentrional por la misma costa, tristes por los que habían muerto, y recorrieron casi cuarenta leguas cuando dieron con un mar de aguas tan dulces que pudieron renovar allí la de las pipas. Examinando la causa de esto, encontraron que de vastas montañas fluían con gran ímpetu rápidas corrientes de ríos. Dicen que dentro de aquel mar hay varias islas dotadas de muy fértil suelo y llenas de pueblos.

Cuentan que los indígenas de esta región son pacíficos y sociables; mas poco útiles para los nuestros, porque no consiguieron ningunas ventajas apetecibles, como oro y piedras preciosas. Se llevaron por eso de allí treinta y seis cautivos. Los indígenas llaman a la región Mariatambal; pero la región por el Oriente de su río se dice Camomoro, y por el Occidente, Paricora.

En lo interior de aquella comarca indicaban los indígenas que había no despreciable cantidad de oro, pues prosiguiendo al septentrión de este río, por exigirlo así los rodeos de las orillas, volvieron a ver el polo ártico. Toda aquella costa es de Paria, que dijimos halló rica de perlas el mismo Colón, autor de este gran descubrimiento.

Dicen que esa costa es contigua y una misma con la Boca del Dragón, de que hemos hablado en otra parte, y con las demás playas, como Cumana, Manacapana, Curiana, Cauchieto y Cuchivachoa, por lo cual la tienen por el continente de la India del Ganges; pues tan vasto ámbito no parece sufrir que sea isla, por más que todo el orbe de la tierra, tomándolo latamente, se puede llamar isla.

Desde aquella punta de tierra donde se pierde el polo ártico, viniendo casi trescientas leguas en continuo trecho al Occidente, hacia Paria, como a mitad del espacio, dicen que dieron con un río llamado Marañón, tan ancho que sospecho es fábula. Preguntados después por mí si sería un mar dividiendo tierras, respondieron que son dulces de beber aquellas corrientes, y que cuanto más se avanza río arriba tanto más dulces son, y que está lleno de islas y de pescado. Se atreven a decir que tiene más de treinta leguas de ancho, y que con curso arrebatado corre al mar, que cede a su furor.

No obstante, si reflexionamos lo grandes que se dicen las bocas del Danubio, la *boriostomea* y la *spireostomea*, y por cuánto trecho empujan a las olas del mar y dan agua dulce a los navegantes, dejaremos de maravillarnos, aunque este río se afirma que es mayor. ¿Quién quitará a la naturaleza que pueda formar este río más grande que aquél? El que menciona el almirante Colón recorriendo aquellas costas, pienso que es ése. Algún día entenderemos estas cosas más claramente. Ahora volvamos a los productos de la tierra.

Hallaron selvas de árboles coccídeos en la mayor parte de las isla: han traído tres mil libras. Los italianos le llaman *vercino*, los españoles *brasil*. Dicen que los tales árboles de la Española son mucho mejores que éstos para dar color a las lanas.

3.
En las islas Bahamas. El primer canguro. Lastimosa borrasca. Regresan al patrio hogar.

Siguiendo después al aquilón, que los marinos españoles llaman nordueste y los italianos griego, encontraron muchas islas abandonadas por la sevicia de los caníbales, pero feraces. Desembarcaron en muchos lugares, y encontraron restos de pueblos derruidos. Sin embargo, en algunas partes vieron hombres, pero temerosos, que, al ver cualquier nave cercana, huían a los riscos de las montañas y a recónditos bosques, vagando ya sin casa fija por temor a las emboscadas de los caníbales.

Encontraron a cada paso árboles muy grandes, que producen naturalmente la caña canela, como se llama vulgarmente. Cuentan que ésta no es inferior a la que los calenturientos piden a los farmacéuticos; pero no estaba aún madura cuando ya iba de viaje. Prefiero creer en ellos y en otros que refieren estas cosas, a investigarlas más laboriosamente. Llegan a decir que hay allí árboles tan corpulentos que muchos de ellos no los pueden abarcar con los brazos entre dieciséis hombres que los rodeen dándose las manos.

Entre esos árboles se halló un animal monstruoso, con cara de zorra, cola de mono, orejas de murciélago, manos de hombre, pies como de mona, que adondequiera que va lleva sus hijos en un vientre exterior a modo de bolsa grande.[37]

Aquel animal, aunque muerto, lo viste conmigo tú mismo, le diste vueltas y admiraste aquella bolsa, nuevo vientre, nuevo remedio de la naturaleza, con que, llevándose a sus hijos, los libra de los cazadores, o también de otros animales violentos y rapaces. Dicen que se ha averiguado por observación que ese animal lleva siempre consigo a sus hijos en aquel vientre-bolsa, y que nunca los echa de allí sino para retozar o para darles de mamar, hasta que aprenden a buscarse por sí mismos el alimento. Le habían cogido con los hijos; pero en las naves se murieron pronto los cachorros, y la madre les sobrevivió algunos meses, pero al fin tampoco ella pudo sufrir tal cambio de aire y alimentos. Basta ya de este animal. Volvamos a los autores de la empresa.

Estos dos Pinzones, tío y sobrino, pasaron horrendos trabajos en esta navegación. Por la costa de Paria habían recorrido ya seiscientas leguas, y, según ellos piensan, más allá de la ciudad de Catayo y de la costa de la India, más allá del Ganges, cuando en el mes de julio les sobrevino de repente en aquellas regiones tan fiera tempestad que, de cuatro carabelas que llevaban, echó a pique

37 El canguro o algún otro de los marsupiales.

dos a la vista de ellos, y al punto, arrancando de las áncoras con su violencia a la tercera, se la llevó, haciéndosela perder de vista, y la cuarta, que estaba anclada, la sacudió de modo que ya se abrían todas las juntas. Y así se bajaron, sin embargo, a tierra de esa última, perdida toda esperanza de que se salvara.

Por lo cual, habido consejo, pensaban, ya en prepararse domicilios en aquellas regiones, ya en matar a todos los habitantes vecinos, no fuera que, convocando alguna vez a los comarcanos, se convinieran a quitarles la vida a ellos. Pero salieron mejor: cedió la tempestad: volvió la carabela que la tormenta se había llevado, en la cual iban dieciocho hombres, y la que se había quedado anclada a la vista de ella se salvo.

Con estas dos naves, pues, se hicieron a la mar con rumbo a España. El treinta de septiembre, destrozados por las olas y habiendo perdido no pocos amigos, arribaron a Palos, su suelo natal, a reunirse con sus mujeres e hijos.

Trajeron muchos trozos de los árboles que suponen ser del cinamomo y del jengibre; mas esto no útil, porque no está adobado, como dicen para excusarse de que no han traído ninguna otra cosa preciosa. Pero tu Bautista Elysio, eximio filósofo y médico no inferior, me parece que nos contó a ti y a mí que les había visto en las manos piedras traídas de allá, recogidas de las playas de aquellas regiones, que afirma eran verdaderos topacios.

Detrás de ellos, también otros, por emulación de sus vecinos, recorrieron por el Mediodía trechos larguísimos, mas por lo que otros habían descubierto y por las huellas del almirante Colón, como, por ejemplo, la costa de Paria. Estos encontraron también caña-canela y aquella cosa preciosa para quitar con su sahumerio la pesadez de cabeza, que los españoles la llaman eneldo blanco[38].

Acerca de estas cosas no he sabido ninguna otra novedad que sea digna de tu ingenio. Daré, pues, fin a este librillo, porque me acosas otra vez con tu partida.

4.
Que los indios tienen su religión. El ermitaño Román. Apariciones nocturnas. Los *zemes*.

Sin embargo, he aquí otro que complete la Década acerca de las supersticiones vanas de la isla Española. Si no es una década de Tito Livio, sábete que la causa es que éste tu Mártir no ha recibido el espíritu de Livio, según lo entiende Pitágoras.[39] Si dan de sí algo más estos montes que están de parto, lo sabrás. Por ahora he aquí las ilusiones de los isleños, tan superiores a las narraciones de Luciano cuanto éstas, aunque infantiles, las están usando los hombres; pero aquello todo es fingido por diversión, o compuesto para reírse de los que se lo crean.

Vivieron mucho tiempo los nuestros en la Española antes de que supieran que los indígenas adorasen algo más que las lumbreras del cielo o profesaran religión alguna; pues arriba hemos

38 Sospecho que se refiere al tabaco. La primera noticia del tabaco la dio Colón en su *Diario* (martes 6 de noviembre) con estas palabras: «Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres con un tizón en la mano, hierbas para tomar sus sahumerios que acostumbraban.» El obispo Las Casas amplía la curiosa noticia diciendo: «Hallaron estos por el camino mucha gente que atravesaban a su pueblo: mujeres y hombres; siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumerios, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete, hecho de papel de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo: y encendido por una parte de él, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como los llamaremos, llaman ellos *tabacos*. Españoles cognoscí yo en esta isla Española que los acostumbraron a tomar, que siendo reprendidos por ello diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejarlos de tomar. No sé que sabor o provecho hallaban en ellos.» (*Hist. Gen. De las Indias*, cap. XLVI.)

39 Alude en broma al error pitagórico de la metempsícosis o transmigración de las almas de unos en otros.

hecho mención varias veces de que no adoraban nada más que las lumbreras visibles del cielo. Pero cuando ya la mayor parte de los nuestros trabaron un trato más familiar, mezclándose las lenguas de unos y otros, averiguaron que ellos observaban varias ceremonias y varios ritos.

De los escritos de cierto hermano Ramón, ermitaño, que por mandato de Colón vivió mucho tiempo entre los caciques isleños para que los educara en el Cristianismo, y que escribió en español un librillo acerca de los ritos de los insulares, me he propuesto escoger estas pocas cosas omitiendo otras más leves. Helas aquí:

Que se les aparecen de noche fantasmas a los isleños y les inducen a errores fatuos, se conoce claramente por los simulacros que en público veneran. Pues forman imágenes sedentes de algodón tejido y tupido por dentro, las cuales se asemejan a los espectros cual nuestros pintores los pintan en las paredes. Habiendo tú visto cuatro de esos simulacros que te fueron enviados por intervención mía, podrás manifestar al serenísimo Rey, tu tío, cómo son mejor que no puedo yo describírtelos.

A estos simulacros los indígenas los llaman *zemes*, de los cuales los más pequeños, que representan a los diablos chicos, cuando van a pelear con los enemigos se los atan en la frente; por eso llevan los cordeles que viste. De éstos se imaginan que impetran la lluvia cuando hace falta, y sol si sol necesitan; pues juzgan que los *zemes* son mensajeros del que confiesan que es único, sinfín, omnipotente e invisible. Cada cacique tiene su *zeme*, a quien venera. Los antepasados de ellos pusieron al Dios Eterno del cielo s nombres: *Jocauna*, *Guamaonocon*. El mismo Dios dicen que tiene madre, llamada con estos cinco nombres, a saber: Attabeira, Mamona, Guacarapita, Iella, Guimazoa.

5.
Supersticiones acerca del origen del hombre. Metamorfosis en ruiseñor. Ídem en ranas. Origen de la mujer. Ídem del mar. Caverna venerada cual cuna de la luna y del sol.

Pero las niñerías que profesan acerca del origen del hombre, helas aquí: Hay en la isla una región llamada Caunaná, donde dicen que salió el linaje humano de dos cuevas de cierto monte: la mayor parte de los hombres brotó de las bocas más anchas del antro; la menor parte, de las más estrechas. La roca en que se abren las cuevas la llaman Cauta: la cueva mayor, Cazibaxaguá; la menor, Amayauna.

Dicen con simpleza que antes de que pudieran salir de allí los hombres, solía cuidar las bocas del antro todas las noches un hombre llamado Machóchael. Este Machóchael, habiéndose apartado excesivamente de la cueva por deseo de ver, sorprendido por el sol, cuyo aspecto no se le permitía poder sufrir, dicen que se convirtió en piedra. Disparatan además de otras muchas cosas; que habiendo salido de la cueva de noche, por codicia de pescar, tan lejos que no pudieron regresar antes de la salida del sol, al cual no les era lícito mirar, fueron transformados en árboles mirobalanos, que aquella tierra produce espontáneamente en abundancia.

Dicen además que Vaguoniona, cierto principal de la cueva, envió a pescar a uno de sus familiares, dejando cerrados los demás, el cual se convirtió en ruiseñor por el mismo motivo de haber salido el sol antes de que se recogiera. Afirman que todos los años, al tiempo que se volvió avecilla, de noche, con su canto, lamenta su suerte e implora el auxilio de su señor Vaguoniona. Por este motivo piensan ellos que canta de noche el ruiseñor; pero Vaguoniona, echando de menos a su familiar, a quien amaba ardientemente, y dejando a los varones en la cueva, sacó únicamente a las hembras con las criaturas que amamantaban. Y dicen que dejó las niñas en una de las islas de aquella región que llaman Mathinino, y que los niños se los llevó consigo, y que estos pobrecitos, acosados de hambre en la orilla de cierto río, clamando *toa*, *toa*, esto es, mamá, mamá, se convirtieron en ranas, y que por esto les quedó a las ranas aquella voz en tiempo de primavera. Así disparataban que en aquellos antros, de los cuales se esparcieron los hombres por la Española, quedaron sólo varones sin hembras.

Cuentan además que el mismo Vaguoniona, errante por varias partes y nunca cambiado por gracia especial, descendió hacia una mujer que vio hermosa en el fondo del mar, y que de ella obtuvo unas piedrecitas de mármol a las que llaman *cibas*, y ciertas laminitas amarillas de latón, que llaman *guaninos*. Estas joyas las tienen por sagradas los Reyes hasta el día de hoy.

De los hombres aquellos que dijimos habían sido dejados sin mujeres en las cuevas, cuentan que salieron de noche para lavarse en las balsas de agua llovediza, y que una noche vieron desde lejos que trepaban por los árboles mirobalanos, como escuadrones de hormigas, ciertos animales semejantes a las mujeres: acudieron corriendo hacia aquellos animales femeninos, cogieron algunos y se les fueron de las manos como anguilas.

Entonces adoptaron esta resolución. Por consejo de un anciano buscaron los sarnosos y leprosos que hubiese entre ellos, y tuvieran las manos ásperas y callosas para que más fácilmente pudieran retener lo que cogieran. A estos hombres ellos les llaman *caracaracoles.* Salieron a cazar, y de muchas que cogían retuvieron sólo a cuatro: ellos procuraron usar de ellas como mujeres, pero averiguaron que no tenían naturaleza femenina.

Reuniendo otra vez a los ancianos, consultaron qué harían. Resolvieron que se buscara el ave pico, que con su agudo pico les hiciera un agujero entre las ingles, teniendo los mismos hombres *caracaracoles* calludos a las mujeres *apertis cruribus*. Así como trajeron el ave pico, ésta abrió el sexo a las mujeres; de esta manera tan graciosa la isla tuvo las mujeres que deseaba: así se procreó descendencia.

Ea; deja ya de admirar lo que la veraz Grecia contó en tantos volúmenes acerca de los mirmidones, como el haber sido procreados de hormigas.

Éstas y otras muchas cosas semejantes, con tranquilo y sereno rostro, persuaden los más sabios desde sus tribunas y balconcillos a la turba simple maravillada, y se lo cuentan como cosas sagradas.

Lo del origen del mar es más serio. Tocante a esto, cuentan que hubo antiguamente en la isla un potentado llamado *Jaia*, que, muriéndosele su hijo único varón, lo metió a modo de sepulcro en una calabaza. Este *Jaia*, pasados pocos meses, impaciente por la muerte del hijo fue a ver la calabaza; y habiéndola abierto, salieron las enormes ballenas y grandes cetáceos, por lo cual divulgó a ciertos convecinos que aquella calabaza incluía el mar. Excitados por la noticia, cuatro hermanos jóvenes nacidos de un mismo parto, pero parto en que murió la madre, se fueron a la calabaza con esperanza de obtener peces, y la tomaron en la mano. Llegando entonces Jaia, que frecuentemente volvía a ver los encerrados huesos de su hijo, se atemorizaron los jóvenes. Cogidos en sacrilegio y en sospecha de hurto, como quien reverenciaban a Jaia, por huir más rápidamente soltaron de la mano la calabaza, y ésta, por el demasiado peso, se quebró. Por sus grietas se derramó el mar, llenáronse los valles; aquella vasta planicie que ocupaba todo aquel mundo de la isla quedó sumergida, y sólo se libraron, por su altura, de aquella inundación las montañas que forman aquellas islas que están a la vista.

He ahí, Príncipe Ilustrísimo, el origen del mar, digno de la mayor celebridad: y no creas que ellos estiman poco al que haya aprendido a recitar estas cosas. Dicen asimismo que estos hermanos de Jaia, de miedo, anduvieron errantes por varias partes tanto tiempo, que ya casi se morían de hambre, porque no se atrevían a pararse en parte alguna. Y porque ya les apretaba cruelmente, comenzaron a llamar en la casa de un panadero pidiendo *cazabi*, es decir, pan; pero cuentan que el panadero escupió tan acremente al primero que entró, que del golpe del esputo le salió un tumor tan hinchado que casi murió; pero por consejo de sus hermanos, tomando una piedra aguda lo abrieron, y de la llaga cuentan que nació una mujer, de la cual usaron mutuamente todos los hermanos, y de ella engendraron hijos e hijas.

Escucha otra cosa más agradable, Príncipe Ilustrísimo. Existe una caverna llamada *Jouanaboina* en el territorio de cierto cacique llamado Machinech, la cual reverencian y veneran más religiosamente que antiguamente los griegos a Corinto o a *Cyrrha* y a *Nisa*, y la tienen

adornada con mil formas de pinturas. A la entrada de esta caverna tienen grabados dos *zemes*, de los cuales llaman al uno Binthaitel y al otro Maroho. Preguntándoles por qué tenían en tan piadosa veneración a la caverna, responden grave y sensatamente que porque salieron de allí el sol y la luna que habían de dar luz al mundo. Frecuentan las cavernas en procesiones, como nosotros a Roma y al Vaticano, cabeza de nuestra Religión, o a Compostela y Jerusalén, sepulcro del Señor.

6.
Apariciones de los muertos. Antigüedad de tan groseras supersticiones. Los médicos indios.

También están sumidos en otro género de supersticiones. Piensan que los muertos andan vagando de noche y comen la fruta guannaba, desconocida de nosotros y semejante al membrillo, y que andan entre los vivos en las camas, y engañan a las mujeres; pues tomando la forma de hombre parece que quieren cohabitar, mas cuando a ello se llega desaparecen. Y si cualquiera, advirtiendo alguna novedad en la cama, sospecha tal vez que tiene consigo un muerto, disparatan que sale de la duda tocándole la barriga; pues dicen que los muertos pueden tomar todos los miembros humanos excepto el ombligo; si, pues, por el ombligo conoce que es un muerto, tocándole se desvanece al punto. Creen que los muertos salen al encuentro de los vivos de noche y con mucha frecuencia, principalmente en los caminos y vías publicas, y que si el caminante se planta intrépido frente a ellos, la fantasma se disuelve; pero si tiene miedo lo aterroriza tanto yéndose a él, que frecuentemente por ese miedo muchos enferman y se quedan lelos.

Habiendo preguntado los nuestros a los isleños de dónde han sacado estos ritos vanos a modo de contagio, responden que los han heredado de sus antepasados, y que así están referidos en rimas inmemoriales, que no es lícito enseñar a nadie más que a los hijos de los caciques. Los aprenden de memoria, pues letras no han tenido jamás; y cantándoselos al pueblo en los días festivos los proponen como solemnidades sagradas. Tienen un solo instrumento de madera, cóncavo, retumbante, que se golpea como el atabal.

En estas supersticiones los imbuyen sus augures, a quien llaman *boicios*, los cuales son también médicos, que cometen mil fraudes con la pobre plebe ignorante. Estos agoreros hacen creer a la plebe, pues gozan de gran autoridad entre ella, que los *zemes* les hablan a ellos y les predicen lo futuro. Y si algún enfermo se pone bueno, le persuaden que lo ha conseguido por merced del *zeme*. Los *boicios* se obligan a ayunar y a purgarse cuando se encargan del cuidado de algún principal, y comen una hierba que embriaga, la cual, cuando la sorben en polvo, poniéndose furiosos cual bacantes, se les oye decir que han oído de los *zemes* muchas cosas. Al enfermo le visitan tomando en la boca un hueso o una piedrecita y un pedacito de carne, y echan del hemiciclo a todos, excepto uno o dos, que el mismo enfermo escoja.

El *boicio* da tres o cuatro vueltas alrededor del personaje estirando la cara, los labios, las narices, con feos gestos: le alienta en la frente, sienes y cuello, aspirando el aliento del enfermo; después de esto dice que extrae la enfermedad de las venas del paciente. Frotando luego al enfermo por los hombros, muslos y piernas, retira de los pies las manos entrelazadas, y con ellas así juntas sale corriendo a la puerta, que está abierta, y abriendo las manos las sacude y persuade que ha quitado la enfermedad y que pronto quedará bueno el enfermo.

Pero, acercándosele por la espalda, le quita de la boca el pedacito de carne como un prestidigitador, y le grita al enfermo diciendo: «Mira lo que habías comido dobre lo necesario: te pondrás bueno porque te lo he quitado.»

Pero si quiere engañar al enfermo aun más gravemente, le persuade que está enojado su *zeme*, o porque no le construyó una casa, o no ledio bastante culto religioso, o no le dedicó una finca. Si acontece que se muere el enfermo, sus parientes, con hechizos, hacen que el muerto declare si murió por disposición del hado o por descuido del *boicio*, porque no ayunó íntegramente, o porque

no dio al enfermo la medicina que correspondía. Si murió por culpa del médico *boicio*, toman venganza de éste.

Si las mujeres logran alguna de las piedrecitas o huesos que se cree llevó en la boca algún *boicio*, los guardan religiosísimamente envueltos en pañitos, pues creen que pueden servir mucho en los partos, y las mujeres tienen esas piedrecitas en vez de *zemes*.

Son diferentes los *zemes* que diferentes insulares veneran. Algunos, advertidos por sombras nocturnas entre los árboles, los construyen de madera. Otros, si obtuvieron respuestas entre las rocas, los hacen de mármol. Otros son venerados en raíces, como encontrados entre los *ages*, es decir, en la clase de alimento de que arriba hablamos. De estos *zemes* juzgan que son los que cuidan de que se críe aquel pan. Como en lo antiguo pensaban que las dríadas, hamadrías, sátiros, danos y nereides tenían cuidado de las fuentes, las selvas y el mar, y señalaron a cada cosa un dios para que cada género estuviera protegido por su deidad, así estos isleños piensan que, invocados los *zemes*, escuchan lo que se desea.

7.
Las consultas de los caciques a los *zemes*. Los *zemes* de Guamareto. Antiguos anuncios del descubrimiento.

Y así, cuando los caciques consultan a los *zemes* del resultado de la guerra, de los comestibles, de la salud, se entran en la casa dedicada al *zeme*, y allí, absorbiendo por las narices la *cohobba*, que así llaman a la hierba que embriaga, con la cual también los boicios se ponen furiosos al punto, de seguida dicen que comienzan a ver que la casa se mueve, poniéndose lo de arriba abajo, y que los hombres andan al revés; tanta es la eficacia de aquel polvo majado de la *cohobba*, que al que lo toma luego le quita todo sentido.

Así que se le pasa la locura se pone cabizbajo, cogiéndose las piernas con los brazos; y permaneciendo atónito un rato en ese estado, levanta la cabeza cual soñoliento, y alzando los ojos al cielo primero habla entre sí ciertas cosas confusas, y entonces los magnates de su corte que le rodean (pues a estos actos sagrados no es admitido ningún plebeyo) le dan gracias a gritos porque ha vuelto a ellos del coloquio con los *zemes*, y le preguntan qué es lo que ha visto. Y él, abriendo la boca, delira que el *zeme* le ha hablado durante aquel tiempo, y, a manera de un frenético, les explica que el *zeme* le ha predicho, o la victoria o la ruina si vinieran a las manos con los enemigos; hambre o abundancia, peste o salud, y cuanto le viene a la boca.

Ea, Príncipe Ilustrísimo, después de esto, ¿cómo te has de admirar del espíritu de Apolo que agita sus sibilas con inmensa rabia? ¡Y pensabas que había terminado aquella antigüedad supersticiosa! Puesto que hemos contado tantas cosas generales de los *zemes*, paréceme que no debo pasar en silencio lo que se cuenta de algunos en particular.

Cierto cacique Guamareto cuentan que tuvo un *zeme* llamado Corochoto, el cual dicen que de lo más alto de la casa donde Guamareto lo guardaba atado, rompiendo las ataduras se bajó muchas veces, ya para cohabitar, ya por comer, ya para esconderse, y que a veces estuvo escondido algunos días, enojado de que el cacique Guamareto había faltado en su culto y ceremonias.

Cuentan que en el pueblo regio de Guamareto nacen algunas veces niños que tienen dos coronas, y opinan que son hijos del *zeme* Corochoto. Cuentan asimismo que Guamareto fue vencido en la lucha por sus enemigos, y que su población y su real casa fueron devastadas por completo a sangre y fuego; pero que Corochoto, cuando prendieron fuego a la casa, saltó de sus ataduras hasta un estadio, y que después fue hallado.

Tiene otro *zeme* llamado Epileguanita, de madera, y cuadrúpedo, que muchas veces se escapó, según dicen, a los bosques desde el lugar en que era venerado. Este, cuantas veces advertían que se había escapado, formándose en piadosas plegarias le iban buscando solícitos, y encontrado, le

volvían en hombros religiosamente al sagrario que le tenían dedicado, pero se quejaban de que, al ir los cristianos a la isla, huyó y ya no le han vuelto a encontrar; por lo cual auguran la ruina de su patria. Estas cosas se han oído de los ancianos.

Veneraban otro *zeme* de mármol, de sexo femenino, al cual asistían como ministros dos masculinos. El uno de estos, por mandato de la hembra, desempeñaba el oficio de pregonero para con los demás *zemes* que, mandados por ella, prestan auxilio para conjurar los vientos, lluvias y nubes, y el otro dicen que por orden de la misma congregaba en los valles las aguas que corrían de las altas montañas, para que, soltándose con el ímpetu de un torrente, devastasen los campos si los indígenas no habían dado al simulacro los debidos y anhelados honores.

Oye, por fin, Príncipe Ilustrísimo, esta otra cosa digna de memoria con que termine ya el libro. Los nuestros hallaron entre los insulares la noticia tristísima de que hubo en otro tiempo dos caciques, uno de los cuales fue progenitor de Guarionex, de quien arriba hicimos mención, los cuales se abstuvieron de comer y beber por espacio de cinco días continuos para que los *zemes* les enseñaran algo de las cosas futuras. Habiéndose hecho agradables a los *zemes* con aquel ayuno, contaron que les habían respondido que después de algunos años vendría a aquella isla gente vestida que acabaría con todos los ritos y ceremonias de la isla y a todos sus hijos los mataría o los privaría de libertad.

Conjeturando los modernos acerca de los caníbales, así que los veían acercarse tenían resuelto salvarse por la fuga, y nunca más entraron en lucha con ellos; pero cuando vieron a los españoles penetrar en su isla, consultando entre sí acerca de asunto, auguraron que ésta era la gente anunciada Y no se equivocaron: ya están todos sometidos a los cristianos, y muertos todos los obstinados en contra: ni hay ya memoria de *zemes*, que todos han sido transportados a España para que conociéramos el ludibrio de ellos y las falacias de los demonios: de aquéllos has visto tú muchos, Príncipe Ilustrísimo, por diligencia mía.

Paso por alto muchas cosas, porque me has advertido que mañana sin falta marcharás a la patria para volver a la Reina tu tía, a quien acompañaste acá por mandato de tu tío el rey Federico. Tú dispuesto a viajar, y yo cansado; conque pásalo bien y acuérdate de tu Mártir, al cual, en nombre de tu tío Federico, has obligado a entresacar estas pocas cosas de entre muchas.

LIBRO X.
A Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, Virrey de Granada.
(Comprende un apéndice con varios puntos.)

1.
Explica el autor cómo escribió estos libros.

Desde el primer origen y designio reciente de acometer Colón esta empresa del Océano, amigos y príncipes me estimulaban con cartas desde Roma a que escribiera lo que había sucedido; puestaban llenos de suma admiración al saber que se habían descubierto nuevos territorios y nuevas gentes, que vivían desnudas y a lo natural, y así tenían ardiente deseo de saber estas cosas.

La fortuna precipitó a Ascanio cuando los franceses echaron de Milán a su hermano Luis: su autoridad no me dejaba dormir, y me hacía manejar asiduamente la pluma. A él le había dirigido dos libros anteriores de esta Década, a más de otras muchas cosas que algún día verás de mis comentarios, aún no publicados. La fortuna me quitó a mí el gusto de escribir, así como derribó a Ascanio del poder.

Cesó de persuadirme él, agitado de luchas; perdí yo también el calor de investigar estas cosas, hasta que el año mil quinientos, hallándose la Corte en Granada, donde tú eras Virrey, el cardenal Luis de Aragón, sobrino del rey Federico por parte de su hermano, que estaba en Granada con la reina de Nápoles, hermana de nuestro Rey católico, me enseñó las cartas que me dirigía el propio rey Federico, en las cuales me exhortaba a que compilara todas las cosas que seguían a las de los libros dirigidos a Ascanio, pues ambos declaraban que habían tenido en sus manos lo que yo le había escrito al Cardenal.

Me encontraba yo entonces mal de salud, como lo sabes; sin embargo, puse manos a la obra y me determiné a escribir. He escogido estas pocas cosas de entre el gran cúmulo de las dignas de memoria, que supe por relación de los mismos autores que las descubrían. Mas ahora (supuesto que tú te has empeñado en arrancarme un ejemplar íntegro de mis obras, para juntar mis libros con los volúmenes innumerables que tienes en tu biblioteca) me he propuesto añadir en palabras lo que se ha descubierto desde aquel año mil quinientos hasta éste, que es el mil quinientos diez. Algún día se escribirá con extensión, si vivimos.

Acerca de las supersticiones de los isleños había yo escrito un librillo aparte para completar la Década: ahora me ha parecido bien intitular libro diez al apéndice dirigido a ti, como último y zaguero de la reata, y unir al nono el que antes era décimo, no quitando el epígrafe que encabezaba el décimo por no verme obligado a transcribir tantas veces toda la obra, o a mandarla con tachaduras. Por lo cual no te maravillará si, al leer el noveno, encuentras frustrada la promesa: no siempre conviene estar a lo prometido. Entremos en materia.

2.
Nuevas expediciones. Varias noticias. El Rey Católico piensa en colonizar. Rectificaciones acerca de la Española.

Varios navegantes han recorrido en estos diez años varias costas, pero siguiendo los descubrimientos de Colón. Pues rodeando en derrotero continuo las costas de Paria, que ellos creen que es el continente de la India, han dado éstos con muchas regiones nuevas orientales, aquéllos con occidentales feraces de oro y de aromas; pues han traído de allí la mayor parte de ellos joyas de oro

y abundancia de incienso, parte a cambio de cosas nuestras con los isleños, y parte venciéndolos en cruda guerra.

En otros puntos los indígenas, aunque desnudos, derrotaron a los nuestros y mataron escuadrones enteros; pues son muy feroces, pelean con flechas envenenadas y con palos de punta chamuscada. Encontraron animales reptiles, insectos y también cuadrúpedos, desemejantes de los nuestros, de muchas formas, varios, innumerables, pero inofensivos, fuera de los leones, tigres y cocodrilos: digo en varias regiones de aquel gran territorio de Paria, en las islas no, ni siquiera uno. Todos los animales de las islas son mansos, excepto los hombres en la mayor parte de ellas, como ya lo dijimos, que se comen las carnes humanas y se llaman caribes o caníbales.

También son de diverso género las aves. En la mayor parte de los lugares, los murciélagos no son menores que tortugas; volaban a los hombres con gran furor en el primer crepúsculo de la noche, y con su venenosa mordedura ponían rabiosos a los heridos; de suerte que se vieron obligados a huir de allí como de arpías.

En otra parte, durmiendo algunos de noche en la arena del suelo, un monstruo que salió del mar agarró a uno por medio a escondidas y se lo llevó a la vista de sus compañeros; y dando voces el infeliz, no pudieron socorrerle hasta que la fiera se echó al mar con su presa.

En estas tierras el Rey tiene el propósito de establecerse y levantar castillos, y no falta quien desee tomar a su cargo el sujetar y apaciguar el territorio, y suplican al Rey que les confíe tal empresa. Son grandes trechos y vasta amplitud de territorios. Cuentan que estas regiones, ya continentes, ya insulares, tienen triple extensión que toda Europa, aparte de las que los portugueses han descubierto al Mediodía, que son muy grandes.

Grandes alabanzas merece en estos nuestros tiempos España, que tantos millares de antípodas ocultos hasta estos días ha dado a conocer a nuestra gente; y a los que tienen ingenio les ha suministrado amplia materia de escribir, a los cuales yo les he abierto el camino, coleccionando estas cosas sin aliño, como ves, ya porque yo no sé adornar cosa alguna con más elegantes vestidos, ya también porque nunca tomé la pluma para escribir históricamente, sino para dar gusto, con cartas escritas de prisa, a personas cuyos mandatos no podía pasar por alto. Basta ya de digresión: volvamos a la Española.

Reconocen que el pan de la isla es de poco alimento para los que están acostumbrados a nuestro pan de trigo, y que por este camino se debilitan las fuerzas de los hombres. Por eso el Rey ha mandado, hace poco, que siembren en diversos lugares y en varios tiempos del año, pues se formaban pajas vanas a modo de cañas con pocas espigas, aunque éstas gruesas y llenas.

Idéntica flojedad advierten en las hierbas: se hacen tan altas como las mieses, engordan el ganado admirablemente, pero dan carnes insípidas, y aun dicen que sin médulas, o que si las tienen son acuosas. Los puercos, al revés, se dice que son saludables y sabrosos, por ciertas frutas silvestres de la isla que comen con avidez; en los macelos no cortan otra cosa. Ha crecido la multitud de puercos, y los que se escaparon de los porquerizos se han hecho silvestres. Ya no tienen necesidad de que se les lleve de otra parte ninguna clase de cuadrúpedos o aves. Las crías de todos los animales, por la exuberancia de la hierba, se hacen mayores que sus padres, aunque coman sólo hierbas, sin cebada u otro grano. Y basta ya acerca de la Española.

3.

Cuba es isla. La isla de San Juan. Los famosos repartimientos. No eran esclavizados los indios, sino que trabajaban y se educaban. Abundancia de oro. Su administración.

Vamos ahora a su vecina. Han comprobado que Cuba, aquella tierra que mucho tiempo, por su gran extensión, creyeron era continente, es una isla. Y no debe maravillar que sus indígenas, cuando

la recorrían los nuestros, dijeran que no tenía fin; porque esta gente desnuda, que se contenta con poco y con sus límites natales, no se cuidaba de saber lo que hicieran sus vecinos: ellos no sabían si, fuera de lo que pisaban con sus pies, había o no algo más debajo del cielo.

Cuba es de Oriente a Occidente mucho más larga que la Española, y ancha de Septentrión a Mediodía mucho menos, en contra de lo que antes opinaban. Es muy estrecha si se mira a la longitud, pero tierra en su mayor parte feraz y amena.

No lejos de la Española, por la parte de Oriente, hay una isla menos que la mitad de aquélla, casi cuadrada, a la cual los nuestros pusieron el nombre de San Juan. En ella encuentran que hay minas riquísimas de oro; pero atentos ahora a las minas de la Española, no han enviado aún operarios a aquella isla, aunque ya comienzan a disponerse poco a poco para ello. Pero los otros productos de la Española están desatendidos, y todo el cuidado se pone en recoger oro, en la cual obra se ha establecido el orden siguiente.

A cada hombre industrioso que tenga alguna importancia, se le señalan uno o varios caciques o régulos con sus súbditos. El cacique en ciertos tiempos del año, según tiene pactado, acude con un pelotón de indígenas a la mina de aquel a quien fue asignado. Allí se les facilitan instrumentos de cavar, y al cacique y a los indígenas les está señalado cierto premio de su trabajo a más de la comida; pues cuando se retiran de las minas a sus sementeras, que cuidan a su tiempo para que no falten los alimentos, se llevan, quien un chaleco, quien una camisa; otro, sayo o montera, pues ya les gustan estas cosas y no van desnudos. De esta manera los indígenas trabajan en el oro y en la agricultura, no de otra manera que los esclavos. Llevan de mala gana el yugo, pero lo llevan. A estos jornaleros isleños les llaman *anaborias*; pero el Rey no consiente que sean tenidos por esclavos.

En el tiempo que los llaman los caciques sus régulos, como los capitanes a los soldados o cavadores, los indígenas, si pueden, se van muchos a los bosques y las montañas, pasándolo durante aquel tiempo con frutas silvestres, y escondiéndose para no sufrir aquel trabajo. Pero son dóciles, se han olvidado completamente de sus ritos antiguos; creen piadosamente y recitan lo que se les enseña de nuestra fe.

Los principales de los nuestros instruyen en casa a los hijos de los caciques y aprenden fácilmente las letras, pero vulgares, y las costumbres de ciudadanos. Cuando son mayores los envían a sus casas natales, principalmente si han muerto sus padres, para que gobiernen a sus antiguos indígenas. Estos tienen ya fe en Cristo y aman a los nuestros y a sus indígenas, y con suave persuasión les conducen contentos a las minas, las cuales están en dos regiones de la isla, la una como a treinta millas de la ciudad de Santo Domingo, llamada de San Cristóbal; la otra, como a noventa millas, que se llama Cíbana, donde está Puerto Real.

Son de grandes trechos estas regiones, donde a cada paso, a veces en la superficie, en alguna parte entre las peñas, se encuentran pepitas o láminas de oro, a veces pequeñas, y en muchos lugares de gran peso, pepitas de trescientos *pesos* y a veces más. Una se halló de tres mil trescientos diez pesos, la cual, como alguna vez lo oíste, la traían entera para los Reyes en aquella nave en que volvía a España el gobernador Bobadilla, y, por el mucho peso de gente y de oro, se sumergió y pereció con todos los que en ella iban. Ese trozo de oro lo vieron más de mil hombres y lo manejaron. Mas ese peso que yo he llamado con este nombre no quiero que se entienda una libra, sino la suma de un ducado y una cuarta parte de él; ellos le llaman *peso*, y la suma de ese peso la llaman los españoles *castellano de oro*.

Todo el oro que se extrae en las montañas del Cibao y en Puerto Real se lleva a la Concepción, pueblo así llamado, donde oficinas que hay dispuestas reciben el oro y lo funden en barras, y, reteniendo la parte del Rey, que es el quinto, dan a cada uno la porción que presentó de su trabajo. Mas el oro que se recoge en la región de San Cristóbal lo llevan a las oficinas del pueblo Buenaventura. Sobre trescientos mil pesos de oro se recogen cada año en ambas oficinas.

4.

Castigo de las defraudaciones. Los magistrados que entonces componían el Tribunal Supremo. Alabanza de España. Indicaciones sobre el cuarto viaje de Cristóbal Colón.

Si a uno se le coge que ha defraudado reteniendo algo y no consignándolo a los magistrados regios, la ley le castiga privándole de todo el oro que se le encuentra. Muchas veces sobrevienen entre ellos pleitos; y cuando el magistrado de la isla no puede componerlos, el litigio es diferido por apelación al Senado de la Corte, de cuya sentencia no es lícito apartarse en todos los reinos de Castilla.

Y en nuestro tiempo hay senadores insignes, varones nobles, todos de limpia sangre, que me propongo ponerlos aquí nominalmente por el mismo orden con que se sientan en el Senado para juzgar los asuntos dudosos.

El primer asiento lo tiene Antonio Rojas, arzobispo de Granada, pariente tuyo, varón principal de índole catoniana, que ni a sí mismo ni a sus parientes, si delinquieran, sabría perdonar, de vida integérrima y cultivador de las letras: éste es el Príncipe del Senado: vosotros le llamáis Presidente. Los demás le rodean por el orden que el tiempo ha marcado, pues el que primero entró en el Senadp se sienta antes: todos son doctores, o designados, o decorados con insignias. A los designados, la lengua española llama Licenciados, todos escogidos entre los juriconsultos de los reinos. Junto al Presidente se sienta un veterano, cuyo nombre es Pedro, el apellido Oropesa; sigue a éste Luis Zapata; después Fernando Tello; el cuarto asiento lo tiene García Moxica; en el quinto lugar se sienta Lorenzo Carvajal; a su lado está Toribio Santiago; sigue Juan López Palacios Rubios; después Luis Polanco; detrás de él Francisco Vargas, que a la vez es Tesorero real; los últimos lugares los ocupan dos ordenados *in sacris*, Losa y Cabrero, peritos en Derecho pontificio: éstos no pueden dar voto en ninguna causa criminal. Sobre los hombros de todos éstos pesa cualquier litigio o disputa que sobreviene. Volvamos ya a los nuevos territorios de que nos hemos apartado.

Son tan innumerables, varios y ricos, que nuestros modernos españoles no son menos que Saturno o Hércules, o cualquiera de los antiguos que investigaron nuevas regiones y las pusieron en cultura. ¡Oh, cuan latamente extendida verán los venideros la Religión cristiana! ¡Qué largos viajes podrán hacer ya los hombres! Lo que entiendo acerca de estas cosas, ni de palabra ni con la pluma me es posible expresarlo.

Cierro, pues, el epílogo perpendicular de la Década, pero con ánimo de explorar y reunir particularmente todas las cosas, para poderlas escribir cuando el tiempo me lo permita; pues el mismo almirante Colón, con cuatro naves y ciento setenta hombres que le han dado los Reyes, recorrió en el año 1502 la tierra que mira el último cabo occidental de Cuba, hasta unas ciento treinta leguas, a mitad del cual espacio hay una isla feracísima en producciones y frutas de árboles, llamada Guanasa, y se volvió de allí al Oriente por las regiones de aquella costa, pensando que volviendo los pasos encontraría la costa de Paria; pero no salió con ello.

También se dice que han recorrido aquellas costas occidentales Vicente Inés *(Yáñez Pinzón)*, de quien arriba hablamos, y un Juan Díaz Solís de Nebrija y otros muchos, cuyas cosas no conozco aún bien, si vivo, se podrán ver algún día.—Ahora *vale*.

Apéndice

Carta del Almirante Don Cristóbal Colón a su Santidad

Beatissime Pater: Luego que yo tomé esta empresa, y fui a descobrir las Indias, prepuse en mi voluntad de venir personalmente a V. Santidad con la relación de todo: nasció a ese tiempo diferencia entre el Señor Rey de Portogal y el Rey e la Reina mis Señores, diciendo el Rey de Portogal que también quería ir a descobrir y ganar tierras en aquel camino hacia aquellas partes, y se refería a la justicia.

El Rey e la Reina, mis Señores, me reenviaron a priesa a la empresa para descobrir y ganar todo; y ansí non pudo haber efecto mi venida a V. Santidad. Descobrí deste camino, y gané mil e cuatrocientas islas, y trescientas y treinta y tres leguas de la tierme de Asia, sin otras islas famosísimas, grandes y muchas al Oriente de la Isla Española, en la cual yo hice asiento, y la cual bojé ochocientas leguas de cuatro millas cada una, y es *populatissima*, de la cual hice yo en breve tiempo tributaria la gente della toda al Rey y a la Reina mis Señores. En ella hay mineros de todos metales, en especial de oro y cobre: hay brasil, sándalos, lináloes y otras muchas especias, y hay encenso, el árbol de donde él sale es de mirabolanos. Esta isla es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz e Cipanga, y nos la habemos llamado Española. Deste viaje navegué tanto al Occidente que cuando en la noche se me ponía el sol le cobraban los de Calis en España dende a dos horas por Oriente, en manera que yo anduve diez líneas del otro hemisferio; y non pudo haber yerro porque hubo entonces eclipsis de la luna en catorce de Setiembre. Después fue necesario de venir a España apriesa, y dejé allá dos hermanos con mucha gente en mucha necesidad y peligro.

Torné a ellos con remedio y hice navegación nueva hacia al austro, adonde yo fallé tierras infinitísimas y el agua de la mar dulce. Creí y creo aquello que creyeron y creen tantos santos y sabios teólogos que allí en la comarca es el Paraíso terrenal. La necesidad en que yo había dejado a mis hermanos y aquella gente fue causa que yo non me detuviese a experimentar mas esas partes, y volviese a más andar a ellos. Allí fallé grandísima pesquería de perlas, y en la Isla Española la mitad de la gente alzada vagamundeando, y donde yo pensaba haber sosiego ya de tanto tiempo que yo comenzé, que fasta entonces no me había dejado una hora la muerte de estar abrazada conmigo, refresqué el peligro y trabajos. Gozara mi ánima y descansara si agora en fin pudiera venir a V. Santidad con mi escriptura, la cual tengo para ello que es en la forma de los Comentarios e uso de César, en que he proseguido desde el primero día fasta agora que se atravesó a que yo haya de hacer en nombre de la Santa Trinidad viaje nuevo, el cual será a su gloria y honra de la Santa Religión Cristiana, la cual razón me descansa y hace que yo non tema peligros ni me dé nada de tantas fatigas e muertes que en esta empresa yo he pasado, con tan poco agradecimiento del mundo. Yo espero de aquel eterno Dios la vitoria desto como de todo lo pasado. Y cierto, sin ninguna duda, después de vuelto aquí non sosegaré fasta que venga a V. Santidad con la palabra y escriptura del todo, el cual es magnánimo y ferviente en la honra y acrescentamiento de la Santa Fe Cristiana.

Agora, Beatissime Pater, suplico a V. Santidad que por mi consolación, y por otros respectos que tocan a esta tan santa e noble empresa, que me dé ayuda de algunos Sacerdotes y Religiosos que para ello conosco que son idóneos y por su Breve mande a todos los Superiores de cualquier Orden de S. Benito, de Cartuja, de S. Hierónimo, de menores e mendicantes que pueda yo, o quien mi poder tuviere, escoger dellos fasta seis, los cuales negocien adonde quier que fuere menester en esta tan santa empresa, porque yo espero en nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el Universo. Así que los Superiores destos Religiosos que yo escogeré de cualquier Casa o Monasterio de las Ordenes suso nombradas, o por nombrar, cualquier que sea, non les impidan nin pongan contradicción por privilegios que tengan, ni por otra causa alguna; antes los apremien a ello y ayuden e socorran cuanto pudieren, y ellos hayan por bien de aquiescer y trabajar e obedecer en tan Santa y Católica negociación y empresa; para lo cual plega eso mesmo a V. Santidad de dispensar con los dichos Religiosos *in administratione spiritualium non obstantibus quibuscumque*, etc. Concediéndoles *insuper* y mandando que siempre que quisiesen volver a su monasterio sean recebidos y bien tratados como antes, y mejor si sus obras lo demandan. Grandísima merced recibiré de V. Santidad desto, y seré muy consolado y será gran provecho de la Religión Cristiana.

Esta empresa se tomó con fin de gastar lo que della se hobiese en presidio de la Casa Santa a la Santa Iglesia. Después que fui en ella, y visto la tierra, escrebí al Rey y a la Reina, mis Señores, que dende a siete años yo le pagaría cincuenta mil de pie y cinco mil de caballo en la conquista della, y dende a cinco años otros cincuenta mil de pie y otros cinco mil de caballo, que serían diez mil de caballo e cien mil de pie para esto; nuestro Señor muy bien amostró que yo compliría por

experiencia amostrar que podía dar este año a SS. AA. ciento y veinte quintales de oro y certeza que sería ansí de otro tanto al término de los otros cinco años. Satanás ha destorbado todo esto, y con sus fuerzas ha puesto esto en término que non haya efecto ni el uno ni el otro si nuestro Señor no lo ataja. La gobernación de todo esto me habían dado perpetua, ahora con furor fui sacado de ella: por muy cierto se ve que fue malicia del enemigo, y porque non venga a luz tan santo propósito. De todo esto será bien que yo deje de hablar antes que escrebir poco.[40]

40 De esta carta no se conserva el final, ni la firma ni la fecha; sólo tiene una nota de que fue escrita *por febrero de 1502.*

DÉCADA SEGUNDA DEL NUEVO MUNDO

A León X, Pontífice Máximo.

LIBRO I.

Del existimado continente

(Comprende la expedición de Alfonso Hojeda.)

INTRODUCCIÓN

Beatísimo Padre:

Desde que Galeazzo Butrigario, boloñés, y Juan Curcio, florentino, aquél representante de Vuestra Santidad en la corte del Rey Católico, y éste de su ilustrísima República, vinieron a España, los traté siempre, y por sus virtudes y sabiduría les tuve a entrambos gran consideración.

Siendo aficionados a leer asiduamente varios autores, dieron con ciertos libritos salidos de mi escritorio acerca de las vastas regiones del mundo desconocidas hasta ahora, y de los casi antípodas occidentales que ya hace años descubrieron los españoles.

Por amor de la narración, aunque mal pergeñada, ponderaron el asunto y me pidieron, ya en su nombre, ya en el de Vuestra Santidad, que escribiera también los descubrimientos que se han hecho después de aquel tiempo, y les diera un ejemplar para enviárselo a Vuestra Beatitud, a fin de que entienda cuánta gloria ha ganado el humano linaje en estos nuestros tiempos bajo los felices auspicios de los Reyes de España, y cuánto se aumentó la Iglesia militante. Pues aquellas gentes desnudas, como tablas rasas reciben fácilmente los ritos de nuestra religión, y con el trato de los nuestros dejan su fiera rudeza nativa.

Tuve gusto en acomodarme al mandato de aquellos varones sabios y beneméritos de Vuestra Santidad, como que en oyendo el nombre de Vuestra Beatitud reputaría crimen imperdonable el no obedecer al punto. Contaré, pues, brevemente qué costas ignoradas recorrieron sucesivamente los españoles; quién son los que lo hicieron; dónde se establecieron, qué es lo que se espera, y lo que prometen aquellas comarcas.

1.

Nuevas expediciones. Hojeda en Caramairi. El manzanillo. Muere Juan de la Cosa en el ataque. Llegada de Nicuesa.

En la narración de mi Década oceánica que, sin contar conmigo, corre impresa por el orbe cristiano, escribí que Cristóbal Colón, de la Liguria, descubrió aquellas islas de que se hizo mención, y que, volviendo después a mano izquierda, hacia el Mediodía, vino a parar en vastas regiones de tierra y de mar que sólo distaban de la línea equinoccial de cinco a diez grados, donde encontró anchos ríos, altísimas y nevadas montañas que dominaban costas y puertos placidísimos.

Muerto ya Colón, el Rey puso gran cuidado de que aquellas nuevas tierras, que habían de ser habitadas por cristianos, fueran ocupadas en aumento de nuestra religión. Por eso, a los que tal empresa querían acometer les dio honorífica facultad por medio de cédulas reales, pero principalmente a dos varones, Diego Nicuesa, de Baeza, en Andalucía, y Alfonso Hojeda, de Cuenca; y así desde la Española, en la cual dijimos que los españoles construyeron una ciudad y

colonias, y que ellos la habitaban, partió primeramente Alfonso Hojeda, hacia el 13 de diciembre, con unos 300 soldados; y encaminándose casi derecho al Mediodía de los puertos ya antes descubiertos, fue a uno que Colón había llamado Cartagena, por cuanto una isla opuesta a las olas entrantes, y la anchura del lugar y los lados circulares, le hacen semejante al puerto de Cartagena de España. Los indígenas llaman ala isla *Codego*, como los españoles de Cartagena llaman a la suya Escombrera. Y a la región la llaman los indígenas Caramairi, en la cual dicen que los hombres y las mujeres son igualmente de muy hermosa estatura, pero van desnudos; los hombres con los cabellos partidos hasta la oreja, y las mujeres lo llevan tendido, y ambos sexos pueden mucho con sus flechas.

En esta provincia encontraron los nuestros árboles de manzanas dulces, pero muy nocivas, que comiéndolas se convierten en gusanos, y principalmente la sombra del árbol es mortífera, pues los que alguna vez se han dormido bajo de ella despertaron con la cabeza hinchada y del todo ciegos; y si durmieron poco rato, después de algunos días recobran la vista.

Este puerto dista cuatrocientas cincuenta y seis millas de pasos de aquella parte de la Española que los españoles llaman Beata, en la cual se preparan para ir a nuevas tierras. Entrado Hojeda en el puerto, hizo violencia a los habitantes, que encontró sin orden y desnudos. Por diploma regio habían sido asignados como presa, porque antes fueron crudelísimos contra los cristianos, y no se les pudo nunca determinar a que quisieran recibir pacíficamente a los cristianos dentro de los términos de su jurisdicción.

Encontraron allí cantidad de oro, pero exigua, y éste no era puro; con él se hacen láminas y bolillas para adornarse, poniéndoselas al pecho. No contentándose Hojeda con aquel ataque y con los despojos, guiándose por los cautivos que poco antes había cogido y atacando una aldea interior que distaba de la costa doce millas de pasos, en la cual habían sido recibidos los que huyeron de la población marítima, encontró una gente, aunque desnuda, dispuesta para la guerra, pues pelean con escudos, adargas y espadas largas, también de madera, y con arcos y flechas de puntas chamuscadas o de hueso.

Arremetieron desesperadamente con sus huéspedes contra los nuestros, teniendo en cuenta principalmente la calamidad de los que se habían refugiado entre ellos por el rapto de los hijos y mujeres, y por los despojos y la ruina que se les causó. Los nuestros fueron derrotados; mataron al segundo del capitán Hojeda, Juan de la Cosa, que fue el primero que recogió oro en la arena de Urabá, y a setenta soldados, pues untan las saetas con jugo mortífero de cierta hierba. Los demás, puestos en fuga, se volvieron a las naves dirigidos por el capitán Hojeda, que también volvió la espalda.

Cuando, afligidos por aquella derrota, se encontraban en el puerto de Cartagena, he aquí a otro capitán, Diego de Nicuesa con cinco embarcaciones, pues Hojeda y Cosa le habían dejado preparándose en el puerto de Beata, en la Española. Éste llevaba consigo setecientos ochenta y cinco hombres; pues siendo, como era, libre escoger al capitán que quisieran, a este Nicuesa le habían seguido más soldados, porque era hombre de más autoridad por razón de su edad y porque corría la noticia de que la Veragua, que mandaría Nicuesa por concesión real, era más rica en oro que no Urabá, la destinada para Alfonso Hojeda.

2.

Castigo de los caníbales. Marcha Hojeda a Urabá. Es herido con flecha envenenada. Viaje de Nicuesa. Llega Bernardino Calavera con otra nave. Disgusto de los soldados de Hojeda. Marcha él, dejando el mando a Francisco Pizarro.

Arribado, pues, Nicuesa, tuvieron consejo sobre lo que debiera hacerse, y por voto de todos se resolvió que primeramente se procurara vengar a los compañeros.

Formado de noche el escuadrón, se pusieron en camino hacia los que habían matado a La Cosa y a sus setenta compañeros. Embistiéndoles descuidados en la última vigilia de la noche; para que ninguno se escapase rodearon todo el pueblo, que constaba de más de cien casas, pero estaba atestado de triple número de vecinos (pues habitan agrupados), y prendiéndole fuego acabaron con él. Son las casas de ellos de madera, techadas con hojas de palma; sólo perdonaron a seis de la gran muchedumbre de hombres y mujeres, muriendo a filo de espada o con el fuego, junto con sus muebles, todos los demás que no huyeron.

Por los niños que guardaron supieron que a La Cosa y demás muertos sus matadores los habían hecho pedazos, y luego se los habían comido. Juzgan, pues, que los de Caramairi traen su origen de los caribes, o sea caníbales, comedores de carne humana. Encontraron algo de oro entre las cenizas. La sed de oro, no menos que la de tierras, mueve a los nuestros para sobrellevar estos trabajos y peligros.

Hecho esto y vengada la muerte de La Cosa y sus compañeros, regresaron al puerto. Después Hojeda, que había venido el primero, se marchó delante con su escuadrón en dirección de Urabá, que era su gobierno; marchó por la isla que se llama Fuerte. Ésta está entremedias de Urabá y el puerto de Cartagena, y desembarcando en ella supo que era patria de los crueles caníbales.

De los indígenas cogieron prisioneros dos hombres y siete mujeres: los demás se escaparon. Adquirió ciento noventa dracmas de oro elaborado en varios aderezos.

Desde allí marchó por la costa oriental a Urabá, a la cual llaman los indígenas Caribana, de donde se dice que proceden y toman el nombre los isleños caribes. Allí comenzó a levantar un castillo, y junto a él un pueblo donde se refugiaran. Después le enseñaron los cautivos que en lo interior, a doce millas, había una aldea llamada Tirusi, notable por una rica mina. Determinó atacar la aldea; marchó allá, encontró a los aldeanos dispuestos a defender su derecho, y lo rechazaron, no sin vergüenza y daño, pues también éstos pelean con flechas envenenadas.

Pocos días después, como quiera que, apremiado por la necesidad, fuera a embestir otra aldea, le pasaron el muslo con una saeta. Dicen algunos de sus compañeros que le hirió un indígena, cuya mujer llevaba cautiva; cuentan que antes el marido trató amigablemente con Hojeda sobre redimir a su mujer, y que se ajustó para un día determinado la cantidad de oro que Hojeda pedía por la mujer, y que el día señalado volvió, pero armado con saetas y dardos, no cargado de oro, con ocho compañeros resueltos a morir, como participantes del ultraje que se había hecho a los de Cartagena, y después por lo de la aldea quemada. Los compañeros de Hojeda mataron al indígena, que ya no pudo disfrutar de su amada esposa. Hojeda, con el atroz veneno, poco a poco se secaba.

Mientras sucedían estas cosas, llegó Nicuesa, el otro Capitán a quien se le asignó para habitar la región de Veragua, al Occidente de la de Urabá. Éste, al otro día de marchar Hojesa, se dio a la vela en el puerto de Cartagena con rumbo a Veragua. Costeando siempre las playas con la tropa que había sacado, tomó una ensenada de los indígenas que se llamaba Coiba y su rey Careta.

Encontró que el lenguaje era muy diferente del de la Española y de Cartagena: tienen también en estas comarcas idiomas diversos de sus vecinos, pues en la Española al rey le llaman *cacique*, pero en la provincia Coiba le nombran *chebín*, en otras partes *tiba*. En la Española, noble se dice *taino*; en Coiba, *saco*; en otras partes, *jurá*. De Coiba se encaminó Nicuesa a Urabá, prefectura de su compañero Hojeda.

Algunos días después, tomando él una especie de nave mercante que los españoles llaman carabela, mandó que las naves de carga le sigan por alta mar, y se llevó consigo dos galeras de a dos órdenes de remos, vulgo bergantines, que me propongo llamar con sus nombres vulgares en el discurso de mi narración, e igualmente las demás clases de navíos y otras muchas cosas, para que más claramente se entienda lo que quiero decir, dejando los nombres genuinos de los tétricos que buscan causas de morder a los escritores; pues todos los días salen a luz no pocas cosas, a las cuales no pudo dejar nombre la veneranda y majestuosa antigüedad.

Después de la partida de Nicuesa, le vino a Hojeda una nave de la Española, su capitán Bernardino de Calavera, que la había sacado furtivamente de la Española con sesenta hombres, sin contar con el *Archithalaso,* que ellos llaman Almirante, ni con los otros gobernadores. Con los alimentos que traía restauraron algún tanto las fuerzas perdidas por la penuria.

Los compañeros de Hojeda cada día murmuraban más y más contra él, porque los entretenía con vana esperanza, pues decía que había dejado en la Española al bachiller Anciso, Pretor de justicia que él había elegido con autoridad real, porque era perito en leyes, para que le llevase una nave llena de provisiones, y que se admiraba de que no hubiera venido muchos días antes; y no mentía, pues al marchar había dejado a Anciso ya medio preparado. Pero sus compañeros, creyéndose engañados, sospecharon que era falso lo que contaba de Anciso: la mayor parte determinaron silenciosamente entre sí robar los dos bergantines de Hojeda y volverse a la Española. Sabiéndolo Hojeda, resolvió adelantarse al plan de sus compañeros, dejando a Francisco Pizarro, varón noble, por Prefecto para guardar el fuerte que había edificado.

Así, herido, se embarcó con pocos en la nave que antes hemos nombrado en demanda de la Española, ya para curarse el muslo si encontraba algún remedio, ya para averiguar la causa de detenerse Anciso, dejando a sus compañeros la esperanza de que volvería a los cincuenta días, que de casi trescientos hombres habían quedado reducidos a sesenta, muertos los demás, ya de hambre, ya de los dardos de los indígenas, dejando escrita a Pizarro y a sus compañeros la condición de que no serían tenidos por traidores si él no volvía dentro de cincuenta días con bastimentos y auxilio de nuevos compañeros.

3.

Abandonan el puesto. Naufraga un bergantín. El otro se encuentra con Anciso. Este Pretor les hace volver a Urabá. Tres días arma al brazo. ¡Paz!

Transcurridos, pues, los días pactados, apretándoles ya cruel hambre, se embarcaron en los dos bergantines y abandonaron aquella tierra. Navegando ya por alta mar hacia la Española, se levantó una tempestad y sumergió uno de los bergantines con todos los que llevaba. Algunos de los compañeros cuentan que vieron claramente un pez enorme que rodeaba el bergantín (pues aquellos mares crían grandes monstruos), y que de un coletazo hizo pedazos el timón, faltando el cual, agitado de la tempestad el bergantín, se fue a pique cerca de la playa de la isla que llaman Fuerte, y está entre las orillas de Cartagena y Urabá, de cuya costa los indígenas bárbaros, reuniéndose ferozmente, rechazaron con sus arcos y saetas al otro bergantín que se acercaba.

Prosiguiendo, pues, su camino, se encontró casualmente con el bachiller Anciso entre el puerto de Cartagena y la región de Cuchibacoa, en la desembocadura del río que los nuestros llaman Bohío del Gato, porque allí por vez primera vieron gatos, y bohío, en la lengua de la Española, es la casa.

Venía Anciso en una nave cargada de toda clase de provisiones, ya para comer, ya para vestir, y acompañada de un bergantín: éste era el que esperaba con avidez el capitán Hojeda. Había salido de la Española el 13 de septiembre, y a los cuatro días de su partida reconoció ciertas montañas altas que por sus nieves perpetuas los españoles llamaron Sierra Nevada cuando pasaba por allí Colón, primer descubridor de aquellas regiones.

Al quinto día navegó por la Boca del Dragón. Los que iban en el bergantín dijeron a Anciso que Hojeda se había vuelto a la Española. Pensando Anciso que no decían verdad, con su autoridad de Pretor les mandó regresar. Obedecieron los del bergantín; siguieron a Anciso, aunque le pidieron suplicantes que les concediera una de dos cosas: o que les diera permiso para volverse a la Española, o que él los condujera a Nicuesa. En premio de esta gracia ofrecieron darle dos mil dracmas de oro. Pues eran ricos de oro y necesitados de pan. Ni lo uno ni lo otro les concedió

Anciso, y dijo que no podía de modo alguno ir a otra parte sino a Urabá, provincia de Hojeda. Guiado, pues, por ellos, se encaminó a Urabá el pretor Anciso.

Pero no le sea molesto, beatísimo Padre, oír antes una cosa memorable que le sucedió a este Pretor cuando venía.

Echó anclas en la costa Caramairiana, que dijimos es notable por su puerto de Cartagena, por la casta belleza marital de las mujeres, y por la fortaleza de ambos sexos. Para hacer aguada y componer el esquife, que se había estropeado, envió algunos hombros a la playa; y cuando estaban los nuestros atentos a su trabajo, los rodeó una muchedumbre de indígenas armados a su modo, y los tuvo sitiados tres días, durante los cuales, ni ellos se atrevieron a venir a las manos, ni los nuestros a atacarlos. Guardando las líneas, estuvieron unos y otros por espacio de tres días mirándose mutuamente; pero los nuestros entretanto proseguían su obra, teniendo en medio del escuadrón a los artífices navieros.

Cuando así vacilaban, se separaron del grupo dos para llenar un tonel de agua en la desembocadura del río vecino a unos y otros. En un momento se presenta un mayoral de los enemigos con diez hombres armados, y rodean por ambos lados a los aguadores; apuntándoles con las flechas, pero sin dispararles, los atisbaban con atroz mirada. Huyó uno de los dos, permaneció impertérrito el otro, y, reprendiendo al compañero que huía, le hizo volver. Habló a los enemigos en el idioma de ellos, que había aprendido por el trato de los cautivos que en otra ocasión habían tomado allí.

Admirados ellos de oír su lengua en un extranjero, dejaron su ferocidad y trataron mutuamente con palabras apacibles. Preguntaron los indígenas quién eran los jefes de aquella gente que había arribado. Respondió el peón que eran extranjeros que iban de paso, y que se admiraba de que quisieran molestar desde la playa a naves pasajeras, acusándoles de inhumanidad y anunciándoles que se perdían si no cambiaban de actitud, y les hizo saber que vendrían hombres armados, más que las arenas del mar, para acabar con ellos, como no solamente depusieran las armas, sino también dejaran de recibir honoríficamente a los que vinieran a sus playas.

Se dio noticia a Anciso de que estaban detenidos los peones, y él, sospechando fraude, sacó a todos sus compañeros con sus escudos, por temor de las saetas envenenadas, y en escuadrón formado marchó lentamente hacia los que detenían a los infantes; mas haciéndole señal el uno para que se detuviera, hizo alto, y por medio del otro entendió que no había peligro; pues dijo que los enemigos deseaban la paz porque los nuestros no eran los que se figuraban, aludiendo a Hojeda y a Nicuesa, que en aquella playa habían saqueado un pueblo llevándoselos cautivos, y en lo interior habían destrozado y quemado otro.

Declaraban los enemigos que habían venido a vengar aquella injuria si podían, pero que contra hombres inocentes no querían disparar sus dardos, pues decían que es impío pelear contra cualquiera que no hace daño. Dejando, pues, los arcos y las saetas, recibieron benignamente a los nuestros, y les dieron pescado salado y pan del país, y también las pipas de vino se las llenaron de cerveza igual al vino de frutas y semillas del país.

4.

Anciso con rumbo a Urabá pierde la nave en el puerto. A mantenerse en los bosques. Hostilizados por los indios. Los vencen. Exploración del país.

Así hecha la paz con los caramairenses, a quien otros jefes habían acremente maltratado, Anciso se dirigió a Urabá por la isla Fuerte. Llevaba Anciso en su nave ciento cincuenta hombres nuevos en sustitución de los muertos, también doce yeguas y muchas cerdas, con los machos de cada género, para que criaran en aquella región, y juntamente cincuenta mosquetes con inmensa multitud de lanzas, escudos, espadas y demás armas así para guerrear, pero todo con mala estrella.

Cuando ya querían entrar en el puerto, el piloto que gobernaba el timón dirigió la nave a unos bajíos y arenas vadosas, y la desdichada se paró encallada en la arena, agitáronla las ondas y se abrió: cuanto en ella iba todo se perdió. ¡Desdicha era verlo! De los bastimentos únicamente salvaron doce toneles de harina, unos pocos quesos y exigua cantidad de galleta; los animales se ahogaron también en las olas. Ellos se libraron casi desnudos con parte de las armas, auxiliados por el bergantín y el bote de la nave; así caían de una calamidad en otra y otra, solícitos únicamente de la vida y nada ya del oro. Helos vivos e incólumes abrazando la tierra que tanto habían anhelado: tienen que cuidar de alimentar sus cuerpos, pues no viven del aire; faltándoles lo propio, habrán de buscar lo ajeno; pero entre tantas contrariedades se les presentó una cosa favorable.

Encontraron no lejos de la costa bosques de palmeras, entre los cuales y las algas palustres vagaba libre una muchedumbre de jabalíes; comieron allí de esa carne hasta saciarse por espacio de algunos días, pero dicen que son menores que los nuestros y de colas muy cortas, tanto que les parecía que las tenían cortadas. Tienen también las patas diferentes que los de por acá, pues dicen que las de atrás de estos jabalíes tienen sólo un dedo sin pezuña; también experimentaron que las carnes de aquéllos son mucho más sabrosas y saludables que las de los nuestros.

Durante aquel tiempo comían la fruta de las palmas y unas raíces de palmillas (que se comen en la Bética interior y llaman palmitos, y de cuyas hojas son las escobas en Roma) y manzanas del país; pero dicen que aquellas manzanas son también pequeñas y coloradas como las ciruelas tempranas en echando hueso. Paréceme que son de la misma clase de las que yo comí el mes de abril en Alejandría de Egipto, cuyo árbol los judíos de allí, peritos en la ley mosaica, dicen que es cedro del Líbano. Son buenas de comer; tienen un dulzor mezclado con cierto agrio suave, como es el de las acerolas. En vez de melocotoneros y cerezos y otros árboles así, los indígenas plantan este árbol en huertos, y lo cuidan con diligencia por ser extranjero; se parece mucho al azufaifo en las hojas, en la altura, y también en el tronco. Faltando ya los jabalíes, tuvieron que pensar para en adelante y se internaron en pelotones.

La gente de esta tierra caribana es muy diestra en el manejo del arco y la saeta. Anciro capitaneaba una centuria, digo ciento de a pie, aunque no ignoro que la centuria consta de ciento veintiocho soldados, y la decuria de quince; pero el que escribe de gente desnuda puede usar alguna vez de palabras desnudas.

Al encuentro de los nuestros salieron solos tres indígenas desnudos: les atacaron sin miedo ninguno, traspasaron a varios con sus flechas envenenadas y mataron a la mayor parte (de los heridos); y habiendo dejado vacías sus aljabas, escaparon más rápidos que el viento, pues corren muchísimo, y denostaron a los nuestros con oprobios ofensivos. Jamás disparan en vano de sus arcos una saeta.

Volviéronse, pues, los nuestros por el camino que habían ido con muchas desventuras, y pensaron en abandonar aquella tierra, principalmente porque los indígenas habían derruido el fuerte edificado por Hojeda, y habían quemado treinta casas del lugar tan pronto como abandonaron la tierra Pizarro y los compañeros que Hojeda dejó.

Haciendo, pues, investigaciones, entendieron que el lado occidental de aquella bahía de Urabá era más feliz y más productivo; por lo cual la mitad de los hombres se trasladaron en los bergantines, dejando la otra mitad en el lado de Oriente.

La ensenada aquella tiene de ancha veinticuatro millas de pasos, y cuanto más penetra en el continente tanto más va estrechando. Desembocan en ella diversos ríos, pero uno de ellos más afortunado según dicen, que el Nilo, y se llama Darién, en cuya orilla, llena de hierba y de árboles, determinaron establecerse, aunque tiene pequeño y lento álveo. Pero los habitantes, admirados al ver llegar las veleras y los bergantines, que eran mayores que sus canoas, enviando fuera a las mujeres y a los hombres inermes y sus muebles, los hombres aptos para la guerra, enardecidos y armados, formados en escuadrón esperaron a los nuestros en un collado alto: calcularon los nuestros que serían más de quinientos.

Dispusieron, pues, los escuadrones al mando de Anciso, Pretor en substitución de Hojeda; arrodillándose el mismo Pretor y los demás, oraron humildemente a Dios, pidiéndole la victoria; hicieron voto de ciertos regalos de oro y de plata a la imagen de la bienaventurada Virgen que se venera en Sevilla con el nombre de Santa María la Antigua, y prometieron enviar a uno en peregrinación, y que al pueblo en que habitaran le pondrían el nombre de Santa María la Antigua, y que con la misma denominación levantarían un templo o dedicarían como tal la casa del cacique.

Hecho esto, obligó a todos los soldados con juramento a no volver la espalda a los enemigos. Dada la señal, embrazaron con alegría los escudos, vibraron sus lanzas, y dando voces arremetieron a los enemigos. Estos, desnudos como iban, no pudieron sostener mucho rato el empuje de los nuestros, y se pusieron en fuga siguiendo al régulo Cemaco. Los nuestros ocuparon el pueblo, en el cual encontraron abundancia de comidas según el estilo del país para saciar el hambre que tenían, como pan de raíces y de semillas semejantes al panizo que dijimos en la primera Década, y frutas desemejantes a las nuestras que ellos conservan para su uso como nosotros las castañas y otras cosas semejantes.

Entre aquellas gentes encontraron a los hombres desnudos del todo, y a las mujeres cubiertas desde el ombligo con tejidos de algodón. No siente aquella región los rigores del invierno, pues dista la desembocadura del río Darién solamente ocho grados del equinoccio, y así el pueblo apenas encuentra diferencia entre el día y la noche en todo el año, como muchos aseguran aunque no son peritos en la Astronomía. Por lo tanto, nada nos importe que estos grados se diferencien o no, de lo que a ellos les parece, cuando ciertamente se diferencian en poco, aunque los mismos disputan que entienden cuánta vuelta da la estrella polar al punto ártico.

Al día siguiente de haber llegado a la costa, marchan río arriba. A una milla encuentran espesísimos cañaverales en el río. Pensaron lo que efectivamente sucedía: que los indígenas prófugos, o estaban allí escondidos, o habían escondido sus muebles; recorren el cañaveral indagando con cautela, cubriéndose con los escudos por temor de las emboscadas, y lo hallaron desierto de hombres, pero lleno todo de muebles y oro.

Encontraron no pequeña cantidad de mantas tejidas de seda arbórea o de *gosipio*, que en italiano se llama *bombaso* y los españoles llaman *algodón*, de utensilios de madera, y otros muchos de alfarería: también pecheras de oro y joyas, según la costumbre de ellos, en cantidad de más de doscientas libras. Pues se compran joyas con el oro, y las hacen y labran admirablemente; las adquieren ellos a cambio de sus productos. Pues la región que es abundante en pan y algodón carece de oro, y la que produce el oro u otros metales, en su mayor parte es montañosa y pedregosa, y no feraz. De este modo comercian entre sí sin tener dinero. Cantando, pues, con doble gozo, ya por ver grandes muestras de oro, ya porque la suerte les ofrecía tierra amena y fértil, hicieron venir a los compañeros dejados anteriormente en la parte oriental del golfo de Urabá. Algunos, sin embargo, aseguran que allí el aire es malsano, porque la parte aquella se encuentra en lo más bajo del valle, y rodeada de montes y pantanos.

LIBRO II.
Del existimado continente

1.
Sale Nicuesa hacia Veragua. Se pierden. Lope de Olano, Gobernador interino. Naufragio de Umbría.

He ahí, Beatísimo Padre, dónde piensan establecerse los que, al mando de Hojeda, les tocó por sanción real habitar los vastos territorios del Urabá.

Dejemos un poco a los urabenses, y volvamos de nuevo a Nicuesa, nombrado Gobernador de la dilatada provincia de Veragua. Hemos dicho que Nicuesa partió de Urabá, jurisdicción de su amigo y compañero Hojeda, con una carabela y dos bergantines, hacia el occidente de Veragua, dejando atrás las naves grandes para que le siguieran.

Con mal agüero tomó ese designio Nicuesa: perdió de noche a sus compañeros; él prosiguió, y se pasó del estrecho de Veragua a donde deseaba ir.

Uno de los bergantines lo conducía cierto Lope de Olano, cántabro, piloto de una de las naves grandes. Éste, marchando detrás, supo de los indígenas por dónde se iba por la parte oriental hasta la bahía de Veragua, que se había dejado Nicuesa. Virando, pues, al Oriente, se encontró Olano con el otro bergantín compañero, que se había perdido también en la oscuridad de la noche, y lo mandaba Pedro de Umbría. Llenos de alegría, los dos pensaron qué partido tomar y por dónde deberían pensar que había marchado el gobernador Nicuesa.

Deliberando, formaron juicio de que al jefe Nicuesa no le faltaría quien le diera noticias de Veragua, y guiándose por esto, y con esperanza de encontrar en Veragua al Capitán, se encaminaron hacia allá, en donde encontraron, a dieciséis millas, un río vecino, llamado por Colón el río de los Lagartos: porque los que la lengua española llama lagartos y la latina *lacertos*, los cría muy grandes, enemigos de los hombres y demás animales, y parecidos a los cocodrilos del Nilo. Encontraron en este río a sus perdidos compañeros en sus naves grandes ancladas, que habían venido de alta mar por mandato del jefe.

Reunidos allí todos, y en cuidado por el extravío del Gobernador, por consejo de los pilotos de los bergantines que habían pasado junto a Veragua se encaminaron a ella.

Llámase Veragua en la lengua de los indígenas un río aurífero, y del río tomó el mismo nombre la región. En la boca de este río echaron anclas las naves más grandes, y desembarcaron todo el convoy con los botes: en lugar de su extraviado compañero Nicuesa, nombraron gobernador a Lope de Olano, por consejo del cual y de los principales, para quitar toda esperanza de irse a los que habían sido llevados, y para que se avinieran a cultivar la región, abandonaron aquellas naves carcomidas de viejas y que no habrían de aprovechar, y las dejaron que las destrozaran las olas. Pero con sus mejores tablas y con otras nuevas, aserradas de los árboles del país, que dicen son muy grandes y de maravillosa altura, hicieron después otra carabela para servirse de ella en las necesidades que ocurrieran.

Con mala suerte encontró a Veragua Pedro Umbría, piloto de un bergantín. Éste, que era de genio vivo, tomó el encargo de explorar el país para designar a los compañeros el punto donde se hubiera de tomar tierra. Escogió doce marineros y se subió en el bote servidero de las embarcaciones mayores: rugía allí una corriente del mar con horrendo murmullo, como se lee del Escila siciliano, a causa de las grandes rocas que dominan al mar y por el violento reflujo (que los españoles llaman *resaca*) de las olas, que repercuten entre los peñascos. Luchó algún tiempo Umbría; pero un torbellino, cayendo como un monte de los riscos, envolvió al desdichado, y con su

esquife lo sumergió a la vista de sus compañeros: sólo uno de aquéllos se libró, porque era gran nadador, y agarrándose a un pequeño escollo que salía entre las ondas, y aguantando el furor del mar alborotado hasta que al día siguiente se apaciguó y quedó la playa en seco por el reflujo, se fue con su gente. Umbría y los otros once perecieron.

El resto de la tripulación, no atreviéndose a fiarse de los faluchos, bajaron a tierra con los bergantines; pasando allí unos pocos días, se subieron río arriba y encontraron aldeas de indígenas que éstos llaman *mumu*. Comenzaron a levantar en la playa un fuerte, y en cierto valle de suelo fértil, que lo demás de la región es estéril, sembraron a usanza de su patria.

2.
Nicuesa y los suyos hambrientos. Beneficio mal pagado por Nicuesa. En busca de mejor tierra. Disensiones de Vasco en Urabá.

Cuando esto sucedía en Veragua, he aquí que, desde el alto risco que servía de atalaya, uno de los compañeros, fijando la vista en Occidente, comenzó a gritar: ¡Velas de lienzo, velas de lienzo! Cuanto más la acercaba el viento, vio que era una lancha que venía con vela desplegada; sin embargo, la recibieron alegres, pues era la lancha pescadora de la carabela de Nicuesa, capaz sólo de cinco hombres, y que entonces llevaba tres, sin haber contado con Nicuesa, pues la habían hurtado porque Nicuesa no quiso creerles que se había dejado Veragua a la espalda por el lado de Oriente. Estos, viendo que Nicuesa y los compañeros se iban consumiendo de hambre, determinaron probar fortuna con aquella lancha, por ver si podrían descubrir a Veragua.

Dieron, pues, con sus compañeros de Veragua: contaron que Nicuesa, habiendo perdido la carabela por las tempestades, andaba entre lagunas marítimas y playas desiertas, falto de todo, desgraciado, que llevaba ya más de setenta días alimentándose con hierbas o raíces, o rara vez con frutas del país, sin tener más que agua potable, que muchas veces le faltaba porque le urgía caminar a pie hacia el Occidente en demanda de Veragua. Aquel trecho había recorrido Colón, primer descubridor de tan vasto territorio, que los indígenas llamaban Cerabaro y él le puso Gracia de Dios.

Baña aquella región un río que los nuestros llamaron de San Mateo, y dista de la Veragua occidental como ciento treinta millas. No pongo los nombres patrios de este río y de muchos lugares, porque no los saben los que vuelven acá. Allí, por lo que habían dicho los tres marineros, Lope de Olano, piloto de una de las naves de Nicuesa y entonces también Vicepretor, envió un bergantín guiado por los marineros que habían venido en la lancha.

Encontraron a Nicuesa, el cual, llevado allá, encarceló y puso grillos a Olano, elegido Gobernador hasta que él volviera, acusándole de traición porque se había arrogado la autoridad de Gobernador, e inducido por la dulzura del mando no se había cuidado de su pérdida y había sido negligente en investigar por qué se retardaba tanto. A todos los principales les hablaba acalorado, y a los pocos días les mandó que cogieran todos el hatillo que tuvieran. Le rogaban que esperara un poco tranquilamente hasta que segaran las mieses que habían sembrado y ya estaban casi en sazón, pues sazonan a los cuatro meses de sembradas. Él gritaba que no quería esperar; decía que tenían que marcharse al punto de una tierra tan malaventurada. Sacó del golfo de Veragua cuanto habían llevado allí, y mandó darse a la vela para Oriente.

A distancia de dieciséis millas, un joven, Gregorio, genovés, criado que había sido desde niño del primer descubridor Colón, reconoció que había allí un puerto vecino; dio señales a sus compañeros probándoles que decía verdad; les dijo que en la arena había medio cubierta una áncora de nave perdida, y que debajo de un árbol próximo al puerto encontrarían una fuente cristalina. Tomaron tierra: halladas el áncora y la fuente, ponderaban el talento y la memoria de Gregorio por ser el único entre tantos marineros que se acordaba de haber recorrido con Colón aquellas costas. El Almirante las había llamado Puerto Bello.

Como los nuestros desembarcaban en muchos lugares del trayecto obligados por el hambre, eran malamente recibidos por los naturales. La necesidad había dejado tan débiles a los nuestros, que no podían tomar las armas contra cualquiera que les resistiera, aunque desnudo. Además habían perdido veinte hombres, heridos por flechas envenenadas. En Puerto Bello pensaron dejar la mitad de la gente; los demás se los llevó Nicuesa hacia el Oriente. A veintiocho millas de Puerto Bello determinó edificar un castillo en la playa, junto a un promontorio que el Almirante había llamado en otro tiempo Mármol. Mas por el hambre ninguno tenía fuerzas para aquel trabajo; sin embargo, levantó una torrecilla para resistir los primeros ímpetus de los naturales, y la llamó «Nombre de Dios». Desde que abandonó a Veragua, ya en el camino, entre arenosas llanuras, ya de hambre mientras edificaban la torre, perdió doscientos hombres de los pocos que quedaban. Así, poco a poco, se consumió la muchedumbre de setecientos ochenta y cinco hombres, reducida ya apenas a ciento.

Mientras Nicuesa vivía con aquellos pocos hombres desdichados, se originó contienda entre los de Urabá acerca del principado. Cierto Vasco Núñez de Balboa, que, a juicio de todos, confiaba más en las armas que en el consejo, concitó en contra de Anciso a sus adictos, diciendo que Anciso no tenía cartas reales que le concedieran el poder de Pretor, y que no era bastante el que Hojeda con su autoridad de Gobernador le hubiese elegido.

Prohibió, pues, que Anciso ejerciera los derechos de Pretor, y entre todos pusieron varones de Urabá por cuyo consejo se rigieran. Por lo cual, divididos en facciones, no regresando su capitán Hojeda, el cual juzgaban que ya habría muerto por el veneno de la saeta, disputaban entre sí sobre llamar o no en su lugar a Nicuesa. Los de mejor consejo, que habían sido familiares de Nicuesa y no podían aguantar la insolencia de Vasco Núñez, eran de opinión que se debía buscar a Nicuesa por todas aquellas costas, pues entendían que se habría retirado de Veragua por la esterilidad del terreno, y que podría andar errante en algún lugar retirado, como Anciso y otros que habían naufragado, y que no se debía parar hasta que claramente se supiera si vivía con sus compañeros o había muerto.

Pero Vasco Núñez, temiendo que si venía Nicuesa habría de perder el mando sobre sus compañeros, llamaba locos a los que pensaran que Nicuesa estuviera vivo, y si vivía, decía que no necesitaban de él, afirmando que ninguno de los compañeros tenía menos aptitud que Nicuesa para ejercer el mando. Mientras andaban así divididos en contrarios pareceres, he ahí a Rodrigo Enrique Colmenares, capitán de dos grandes naves, con sesenta hombres de refuerzo y abundancia de bastimentos para comer y vestir. Me propongo referir muchas cosas de la navegación de este Colmenares.

3.
Expedición de Rodrigo Colmenares. Perfidias de un cacique.
Salva Colmenares a los hambrientos de Urabá.

Desde el puerto Beata de la Española, donde se disponen para pasar a estas tierras, Colmenares zarpó hacia mediados de octubre del año 1510, y tomó tierra el 5 de noviembre en la vasta región de Paria, descubierta por Colón, entre el puerto de Cartagena y la región de Cuchibacoa. Pasó en su navegación no medianas molestias, ya de los naturales, ya de la furia del mar. Faltándole el agua potable, arrimó las naves a la desembocadura de un río que los naturales llamaban Gaira y era a propósito para fondear. Corría el Gaira de altas montañas cubiertas de nieve: ninguno de los compañeros del capitán Rodrigo había visto ninguna más alta, según todos decían. Y así sería si blanqueaba en ella la nieve en aquella región, que dista de la línea equinoccial menos de diez grados. Despachó, pues, el bote de servicio a la orilla del río Gaira para llenar las pipas.

Cuando habían comenzado a tomar agua desde el bote, he ahí que se presenta un cacique cubierto con vestidos de algodón, con veinte acompañantes palatinos, lo que no acostumbraban ver: colgábale de los hombros una capota hasta el codo, y otro vestido talar, sujeto con un ceñidor,

asemejaba el traje de mujer. Acercándose el cacique, pareció que avisaba amistosamente a los nuestros que no tomaran agua de allí, por ser perjudicial para los hombres, y mostró que corría allí cerca otro río de agua más saludable. Se fueron al río señalado por el cacique y, procurando sondearlo, se les impidió la corriente, y las arenas que bullían indicaban que era allí vadoso el mar. Se vieron, pues, precisados a volver al río primero, seguro para echar anclas. Aquel cacique preparó una celada a los nuestros que allí llegaron, pues, cuando estaban ocupados en llenar las pipas, con gente armada a su usanza, setecientos a juicio de los nuestros, aunque desnudos (pues sólo el cacique y sus cortesanos van vestidos) atacaron a los nuestros, arrebataron el bote y lo hicieron astillas. En un instante traspasaron con sus saetas a cuarenta y siete de los nuestros, antes de que pudieran cubrirse con los escudos, y de ellos sólo uno se libró: los demás murieron al punto por lo atroz que era el veneno; pues aún no sabían los remedios contra aquella clase de veneno, como después los aprendieron de los isleños de la Española, la cual cría una hierba que extingue el virus de la venenosa con tal se aplique de seguida. También se reservaron otros siete, escondidos en el hueco de un gran árbol, abierto de puro viejo, ocultándose allí hasta la noche; pero no se libraron de las manos de los enemigos, pues por la noche, dejándolos allí, se marchó la nave, y ya de ellos no se ha hecho más mención.

Así, entre muchos peligros de estos que paso por alto, por no molestar a Vuestra Santidad refiriendo menudencias, ganó por fin la ensenada de Urabá y echó anclas en su estéril lado oriental, de donde pocos días antes los nuestros habían emigrado al occidental con mejor fortuna. Admirándose del silencio que reinaba, supuesto que pensaba encontrar allí a los compañeros, no entendía qué fuera aquello, dudando si vivirían o si habrían mudado de sitio. Entonces tomó una resolución saludable. Mando cargar los mosquetes y cuantas armas de pólvora llevaba en las naves, y encender hogueras de noche en las cimas de las rocas. Dando fuego, descargaron a la vez todas las armas; la ensenada del Urabá retumbó con los tiros, y su horrible estruendo, aunque distaban veinticuatro mil pasos (que ésta es la anchura de la bahía del Urabá), lo oyeron, sin embargo, los compañeros, y a las hogueras de los que venían respondieron los darienenses con otras hogueras. Y así, guiándose por las llamas correspondientes, Colmenares pasó las naves al lado occidental.

Los desventurados darienenses, que ya por el hambre apenas conservaban un resto de vida a causa del naufragio del pretor Anciso, alzando las manos al cielo, derramando lágrimas de alegría a la vez y de tristeza, recibieron a Rodrigo y a su gente con el agasajo que tanta necesidad requería. Gozaron abundantemente de las provisiones y vestidos (pues estaban casi completamente desnudos).

Resta, Beatísimo Padre, explicar lo que dieron de sí las disensiones de los de Urabá acerca del mando cuando hubieron perdido los jefes.

LIBRO III.
Del existimado continente

1.
Sale Colmenares en busca de Nicuesa. Expulsión y muerte de éste. Vasco en busca de comida. Tres pasados a los indios. Anciso exonerado. En demanda de protección.

Todos los principales de Urabá que tenían más juicio juzgaban que debía buscarse de todos modos a Nicuesa, a ver si en alguna parte se le encontraba. Al pretor Anciso, que rehusaba la venida de Nicuesa, le quitaron el bergantín que había hecho construir a su costa, y contra la voluntad del propio Anciso y el dictamen del esgrimidor Vasco Núñez, determinaron buscar a Nicucsa para quitar de entre sí las emulaciones del principado. Encargaron, pues, a Colmenares, de quien antes hemos hecho mención, que buscara a Nicuesa por aquellas playas en que sospechaban andaba errante, pues tenían oído que había abandonado a Veragua, región de tierra infecunda, y le mandaron que, encontrándolo, se lo traiga, y le dé esperanza de que se arreglarán bien las cosas si viene él a quitar las sediciones, que ya asomaban entre ellos. Se encargó de ello Colmenares, que era amigo de Nicuesa, declarando que no menos había venido para socorrer con sus provisiones a Nicuesa que a los de Urabá. Aparejó, pues, una de las naves que había conducido y el bergantín quitado al pretor Anciso, con parte de las provisiones por él traídas.

Recorriendo todas las costas vecinas, halló por fin a Nicuesa edificando la torre en el promontorio del Mármol, en mayor desdicha que la de hombre alguno, extremadamente macilento y escuálido con sesenta compañeros solamente que quedaban de más de setecientos; de modo que no les tuvo menos compasión que si los hubiera hallado muertos. Acarició Colmenares a su amigo Nicuesa, le consoló con sus lágrimas y palabras amorosas, le infundió gran esperanza de mejores sucesos y cambio de fortuna. Le inculcó que todos los buenos de Urabá estaban deseando que fuera, pues esperaban que por su autoridad se aplacarían las discordias nacidas entre ellos. Nicuesa dio las gracias a su amigo Colmenares como correspondía en tan extrema calamidad. Subieron juntos a bordo, y tomaron el rumbo de Urabá.

Suelen los hombres, por antigua inclinación de la naturaleza, insolentarse por los sucesos prósperos de la fortuna. Después de derramar lágrimas, tras el llanto y el mucho lamentarse de su suerte infeliz, tras las acciones de gracias, Nicuesa, echado a los pies de su salvador Rodrigo Colmenares, matado ya el hambre, comenzó a hablar, antes de ver a los urabenses, de cambiar el estado de cosas en Urabá, de recogerles el oro a todos, diciendo que no pudo nadie poner mano en él sin contar consigo o con su compañero Hojeda. Estas cosas que dijo, llegando a oídos de los urabenses, concitaron en contra de Nicuesa los ánimos levantiscos de Anciso, Pretor por Hojeda, y de Vasco Núñez, del partido contrario. Rechazáronle cuando llegó, o, según otros lo cuentan, después que había tomado tierra con sus sesenta compañeros, le obligaron a marcharse hasta con amenazas.

Esto disgustó a todos los buenos; pero temiendo un tumulto del pueblo, a quien Vasco Núñez excitaba, sufrieron el inicuo hecho. Le hicieron, pues, embarcar en el bergantín que él había traído en estado miserable, con solos diecisiete de los sesenta sobrevivientes.

El día 1 de marzo de 1511, el infeliz Nicuesa se embarcó con rumbo a la Española para quejarse de la temeridad de Vasco Núñez y de la violencia que le había hecho el pretor Anciso. En mala hora se subió a bordo del bergantín. Jamás hubo ya noticia de él: se cree se fueron todos a pique con el mismo barco. Sea como fuere, Nicuesa de una desdicha caía en otra desdicha, y murió más desdichadamente que había vivido.

Arrojado malamente Nicuesa, y consumidas las provisiones que había llevado Colmenares, rabiando de hambre cual lobos rapaces, desde las selvas se vieron precisados a invadir la vecindad. Al mando de Vasco Núñez se reunieron unos ciento treinta hombres. Vasco formó el escuadrón según su estilo de la esgrima: más hinchado que un fuelle se eligió a su antojo los que fueran de vanguardia, y los que le siguieran y quien guiara la retaguardia. Se llevó consigo por compañero y colega a Colmenares.

Salió con ánimo de tomar a los caciques vecinos cuanto le viniera a mano, y se encaminó por aquella costa a la región llamada Coiba, de que otras veces hemos hecho mención. Llamó a su cacique, Careta, que nunca había hecho daño ninguno a los transeúntes, y con tono imperioso y severo aspecto le pidió que diera de comer a los que llegaban. El reyezuelo Careta dijo que no podía darles cosa alguna; le hizo ver que muchas veces había socorrido a los cristianos que pasaban, con lo que había agotado sus recursos, y que por las disensiones y enemistades que desde niño tuvo con el cacique vecino, llamado Poncha, su casa estaba arruinada. Vasco, el gladiador, no admitió nada de esto: mandó llevar preso a Darién al desgraciado Careta, con sus dos mujeres e hijos y toda su familia, despojando su pueblo.

En casa del cacique Careta encontraron tres compañeros de Nicuesa, que cuando éste pasaba en busca de Veragua, temiendo ser juzgados por males que habían hecho, se habían escapado de las naves ancladas, y cuando marchó la flota se entregaron al reyezuelo Careta, que los trató muy amigablemente. Habían pasado ya dieciocho meses, por lo cual los encontraron completamente desnudos lo mismo que los demás indígenas, y cebados como los capones, que una mujer les daba de comer en casa en la obscuridad. Los alimentos de los indígenas les parecieron en aquel tiempo manjares y viandas regias, pues habían vivido sin las cuestiones del *mío* y *tuyo*, del *dame* y del *no te doy*, las cuales dos cosas traen, obligan y arrastran a los hombres a que, viviendo, no vivan. Pero eligieron volver a los cuidados de antes. Del pueblo de Careta llevaron a los compañeros dejados en Darién comidas para matar el hambre que tenían, mas no para quitar del todo la necesidad.

Si sucedió antes o después de estas cosas, no lo entiendo bien; pero sí sé que, después de arrojado Nicuesa, Vasco y sus partidarios buscaron pretexto contra el pretor Anciso, que fue preso y encadenado, y sus bienes confiscados, fundándose en que el nombramiento de Pretor lo tenía sólo de Hojeda, que decían había ya muerto; mas no del Rey, y dice que no quiere obedecer a ninguno que no tenga su poder del mismo Rey con diploma propio. Sin embargo, a ruego de los buenos se aplacó y obró con más suavidad el buen estoqueador, y le perdonó el infamarle.

Mandó poner en libertad a Anciso, el cual, viéndose libre, se embarcó gustoso para marcharse a la Española. Antes de darse a la vela acudieron a él todos los buenos, suplicándole que se bajara de la nave y prometiéndole hacer de modo que, reconciliado con Vasco, se le devolviera toda su autoridad de Pretor; pero Anciso cuentan que lo rehusó y se marchó. No falta quien murmure diciendo que Dios y los Santos han querido que le pasara esto a Anciso en castigo de haber sido expulsado Nicuesa por obra suya. Como quiera que sea, los investigadores de nuevas tierras se precipitan, y se consumen en odios intestinos, y no cuidan como correspondería de tan gran descubrimiento.

Entretanto resolvieron todos, de común acuerdo, enviar a la Española algunos que se presentaran al Almirante o *Archithalaso* joven, hijo y heredero de Colón, primer descubridor y Virrey que era en la Española, y a los demás Gobernadores de la isla, de los cuales las tierras nuevas reciben auxilios y leyes, y les informaran del estado de las cosas y de lo apurados que se veían, de lo que descubrieron, de lo que esperaban si se les socorría con provisiones en su necesidad. Para esto, a gusto de Vasco Núñez, fue elegido un partidario suyo llamado Valdivia, habiendo formado un proceso contra Anciso en virtud de su derecho a sobreponerse. Diéronle por compañero a cierto cántabro, Zamudio. Dispusieron que Valdivia se vuelva de la Española con bastimentos después de exponer lo que le mandaron, y que Zamudio viniera a España para presentarse al Rey. Marcharon

ambos, juntamente con Anciso, el cual contaría al Rey los sucesos diferentemente que Valdivia y Zamudio.

Lo mismo Anciso que Zamudio vinieron a hablarme en mi casa en la Corte: lo que trataron conmigo se dirá en otra parte.

2.
Con el aliado Careta derrotan a Poncha. Visitan al cacique Comogro. Cadáveres conservados. Discreción de Comogro el joven.

Mientras en esto se ocupaban los desventurados darienenses dejaron libre a Careta, cacique de Coiba, con pacto de hacer la guerra con auxilio de los nuestros contra Poncha, cacique limítrofe de Careta y enemigo suyo dentro del continente. Careta prometió que daría lo necesario a los que pasaran, y que se presentaría en la guerra con su familia y armas. Las armas de éstos no son arcos ni saetas envenenadas, como dijimos que las tienen los indígenas orientales al otro lado de la bahía. Estos pelean de ordinario mano a mano con largas espadas que llaman *macanas*, pero de madera, pues no tienen hierro; usan en la guerra de palos chamuscados o con puntas de hueso, y también arrojadizos.

Habiendo, pues, sembrado todo lo que pudieron, se fueron hacia Poncha, sirviendo de guía y representando la causa principal Careta. Algunos meses después de hecha la alianza, para que los labradores de Careta tuvieran tiempo de sembrar y segar, invadieron la corte de Poncha. Éste huyó, saquearon el pueblo y todo, y con los bienes de Poncha saciaron el hambre; pero con aquellos bienes, aunque encontraron muchos, no pudieron socorrer a sus compañeros por la distancia de los lugares; pues la corte de Poncha distaba del Darién más de cien millas de pasos, y tenían que llevarse a cuestas a la costa muy distante, donde habían dejado las naves que les habían llevado al pueblo de Careta. Encontraron algunas libras de oro labrado en diversas joyas. Se volvieron, pues, a las naves después de haber destruido a Poncha, con ánimo de dejar a los caciques del interior y de hostilizar a los de las costas.

No lejos de Coiba, en aquel mismo lado, hay una región que se llama Comogra, y su cacique Comogro. Fueron a derrotar a éste después que a Poncha. Encontraron la corte de Comogro en el opuesto estribadero de las montañas vecinas, en magnífica llanura de doce leguas.

Un pariente y principal cortesano de Careta, por disensiones con éste, se había pasado a Comogro. Estos en su lengua se llaman *yurá*. Se interpuso el yurá de Coiba y reconcilió a Comogro con los nuestros, que le conocían mucho desde que pasó Nicuesa, y este yurá se decía que había tratado honrosamente a los tres tránsfugas todo aquel tiempo.

Fueron, pues, los nuestros en son de paz a la corte de Comogro, que distaba del Darién treinta leguas de buen camino, pues las montañas intermedias obligan a dar rodeo. Averiguaron que Comogro tenía de varias mujeres siete hijos jóvenes y mozos de egregia presencia, aunque desnudos. Y su casa dicen que es de construcción fuerte y maravillosa, de largas vigas unidas entre sí, y además defendida con muros de piedra. Midiendo su longitud, contaron ciento cincuenta pasos de luz con ochenta pies de anchura, y tenía techos y pavimentos primorosamente labrados. La despensa la encontraron llena de toda clase de comidas del país, y la bodega provista de tinajas de barro y toneles de madera, a estilo de España o de Italia, y llena de excelentes vinos, aunque no de uvas, pues no tienen vides. Pero hacen vinos de aquellas tres clases de raíces y granos de hacer pan, que en la otra Década dijimos que llaman *yuca*, *ages* y *maíz,* y del fruto de las palmas, al modo que los germanos, belgas, ingleses y también nuestros montañeses de España, como los vascos y asturianos, y en los Alpes los noricos, suabos y suizos, hemos oído que hacen sidra de la cebada, el trigo y las manzanas. Cuentan que bebieron en casa de Comogro vinos blancos y tintos también, y de varios sabores, la mayor parte imitando la aloja.

Oiga, Pontífice Sumo, oiga Vuestra Santidad otro espectáculo peregrino. Penetrando en las habitaciones interiores de este cacique, encontraron una cámara repleta de cadáveres colgados, pendientes de cuerdas de algodón. Preguntándoles qué significaba aquella superstición, se les respondió que eran los cadáveres de los padres, abuelos y antepasados del cacique Comogro. En cuya conservación ponen sumo cuidado, y cuentan que ese respeto se tiene por religión. Cada uno de los cadáveres, según su grado, tenía puestos vestidos sobretejidos con oro y perlas. Así la antigüedad veneraba a los penates, ¡oh Soberano Pontífice! Mas el modo con que secan en parrillas aquellos cadáveres, poniéndoles debajo fuego lento, de suerte que sólo les quede la piel, cual redecilla de los huesos, lo hemos explicado en la Década anterior.

El mayor de los siete hijos de Comogro tenía maravilloso saber natural. Comprendió que se debía tratar con agrado a estos hombres errantes, y tener cuidado de no darles motivo para que se ensañaran contra ellos y su casa, como lo hicieron contra los demás comarcanos. Envió de regalo a los principales, a Vasco y a Colmenares, cuatro mil dracmas de oro, primorosamente elaborado, y setenta esclavos; pues se prenden mutuamente y se venden a cambio de cosas de su uso o de su agrado: el dinero no lo conocen. Aquel oro, y otro tanto que en otra parte se había recogido, lo pesaban juntos los nuestros en el vestíbulo de Comogro para separar la quinta parte que correspondía al Fisco; pues es decreto ordinario en aquellos reinos que del oro, plata y piedras preciosas se les entregue el quinto a los cuestores reales. El resto se lo reparten entre sí por común acuerdo.

3.
Aprovechado discurso del indio Comogro.

Origináronse disputas entre los nuestros sobre repartirse el oro. Estaba allí presente aquel hijo mayor de Comogro tan discreto, el cual, acercándose, dio fuerte puñetazo a los platillos de la balanza, y todo el oro que tenían lo tiró por el vestíbulo, y encarándose con los nuestros les echó esta elegante arenga:

«¿Qué es esto, cristianos? ¿Tan pequeña cantidad de oro estimáis tanto? Y queréis, sin embargo, de alhajas primorosamente labradas, fundirlo en rudas barras (pues llevaban consigo instrumentos de fundir). Si tanto hambre tenéis de oro que por él perturbáis a tantas gentes pacíficas, padeciendo calamidades y molestias desterrados de vuestra patria por todo el mundo, yo os enseñaré una región abundante de oro donde podréis saciar esta sed. Pero es preciso que acometáis esta empresa con más gente, pues tenéis precisión de vencer por fuerza de armas a reyes poderosos, defensores acérrimos del territorio patrio. Entre otros se os opondrá el rey Tumanama, cuyo reino tiene más oro que los demás, y dista de nosotros nada más que seis soles (pues computan los días por el sol).

»Además, las montanas que hay en medio las ocupan los caribes, linaje de hombres feroces que se comen la carne humana, sin leyes, sin imperio, errantes, pues oprimiendo a los habitantes de las montañas, atraídos por la codicia de las minas de oro que abundan en esos montes, ellos dejaron también sus propias moradas, porque con ese oro que ellos extraen con los brazos de los miserables montañeses, dándole la forma de láminas labradas y varias imágenes de éstas y otras semejantes, consiguen cuanto quieren. Y también ellos tienen artífices del oro que se ocupan en hacer joyas, supuesto que el oro en bruto nosotros no le estimamos en más que las bolas de barro, antes de que, labradas por la mano de los artífices, forman alguna vasija de tierra que nos agrade o nos sea necesaria.

»Tienen también ellos cosas de alfarería no toscamente hechas; las cuales adquirimos nosotros a cambio de nuestros productos (como de los esclavos cogidos en la guerra cuando derrotamos a los enemigos, y los compran para comérselos), y de mantas y muebles para adorno de las casas. También nosotros le suministramos alimentos de que carecen: como que habitan en las montañas.

»Así, pues, este camino montañoso os lo tenéis que abrir con las armas, cruzando estas montañas (y con el dedo señalaba los montes del Sur): desde los promontorios podréis ver otro mar donde hay naves no menores que las vuestras (y señalaba las carabelas); aunque también ellos van desnudos como nosotros, usan de las velas y los remos. Todo aquel lado que mira al Sur desde las aguas vertientes de las montañas, cría oro en abundancia.»

Esto dijo, y al mismo tiempo mostraba que las vasijas de comer y demás utensilios, el rey Tumanama de este lado de los montes, y todos los ultramontanos, las tenían hechas de oro, y decía que entre aquellos del Sur no era menos abundante el oro que el hierro entre nosotros; pues por relación de los nuestros sabía de qué materia se hacen las espadas y demás armas.

Nuestros capitanes, admirando el discurso de un mancebo desnudo (pues le servían de intérpretes aquellos tres gordos que habían pasado año y medio entre la familia de Careta), se animaron con lo que dijo, y la temeridad de haber desparramado el oro de los pesos la tomaron como cosa de chiste y jovialidad, y aplaudieron lo que hizo y lo que expuso. Pero le preguntaron amigablemente qué pruebas tenía de lo que había dicho, y qué le parecía que debiera hacerse si venía más tropa. Entonces el joven Comogro, recogiéndose un poco, cual orador que se dispone para decir alguna cosa grave y toma la actitud corporal y los movimientos aptos para persuadir, volvió a hablar de este modo en su idioma nativo:

«Oíd, cristianos. Aunque a nosotros, hombres desnudos, no nos excita la codicia del oro, sin embargo, nos hacemos guerra unos contra otros por ambición, por el mando, y queremos ser más que nuestros vecinos. Por esto pululan entre nosotros las disensiones; de aquí nuestra perdición. Tuvieron guerras nuestros antepasados, túvola mi padre Comogro con los caciques vecinos, y unas veces vencimos y otras fuimos vencidos. Así como de los enemigos derrotados veis aquí esclavos de los cuales os he regalado setenta, del mismo modo, venciéndonos los enemigos, se llevaron los cautivos algunas veces; que tales son las vicisitudes de la guerra. De nuestros familiares, que fueron esclavos entre aquéllos, ved aquí uno que estuvo preso mucho tiempo y llevó una vida miserable bajo el látigo de esclavo del cacique del otro lado de las montañas y señor de aquella región ultramontana que más abunda de oro.

»Esas cosas las sabemos desde tiempo inmemorial, mejor que las nuestras, por este hombre y por otros innumerables como él, y también de hombres libres que de ellos vienen amistosamente a nosotros, y viceversa. Sin embargo, para que mejor sepáis esto que os refiero y no sospechéis que os engaño, acometed la empresa guiándoos yo, vencido por vosotros y testigo dispuesto a morir, para que me colguéis de un árbol próximo si entendiereis que mis palabras se apartan un punto de la verdad.

»Llamad, pues, llamad mil cristianos dispuestos para la guerra, con cuya fuerza, juntamente con los guerreros de mi padre Comogro, que pelearán a nuestro estilo, podemos quebrantar las fuerzas de los enemigos. Esto os proporcionará la abundancia de oro que deseáis, y a nosotros, en premio de guiaros y de la ayuda que os damos, nos libraréis de las injurias y perpetuo miedo de nuestros enemigos, con el cual no vivimos tranquilos.»

Dicho esto, se calló el discreto mozo de Comogro, y los nuestros comenzaron otra vez a relamerse con las amplias esperanzas de oro.

LIBRO IV.
Del existimado continente

1.
Los darienenses socorridos por Valdivia. Otra vez hambre. Parte de allí Valdivia trayendo oro y para reclamar provisiones.

Permaneciendo allí algunos días más, y habiendo bautizado a Comogro con su familia con el nombre de Carlos, en memoria del Príncipe de las Españas, se volvieron a los compañeros del Darién, dejando a Comogro esperanza de los soldados que el hijo había pedido, con los cuales podrían cruzar seguramente las montañas hacia el mar austral. Entrados en el pueblo que escogieron para habitar, entendieron que había regresado Valdivia a los seis meses de su partida, pero con pocos bastimentos, porque había llevado una nave pequeña; si bien con mucha esperanza de que pronto se enviarían, ya provisiones, ya hombres de refresco. El Almirante-Virrey y demás Gobernadores de la Española declaran que hasta ahora no habían tenido cuidado alguno de los darienenses, porque juzgaban que el pretor Anciso habría llegado sin novedad con su nave cargada. Les exhortaron a que en adelante no desmayaran, que nada les faltaría; pero que al presente no tienen nave alguna para dar a Valdivia más cosas de las que necesitan, y que la carabela que había traído no permitía más; pues aunque por la figura llevaba el nombre de carabela, era, sin embargo, una nave pequeña, por lo cual Valdivia llevó bastimentos nada más que para moderar algún tanto la presente necesidad, no para remediar la escasez.

Así, pues, a los pocos días de regresar Valdivia pasaban los mismos apuros, principalmente porque una tronada, que vino de las montañas con relámpagos y truenos horrendos el mes de noviembre, trajo tal diluvio de agua que todas las mieses que en muy feraz tierra habían dejado sembradas en septiembre antes de marchar hacia el cacique Comogro, en parte las destrozó y en parte las inundó. Eran aquellas siembras de pan, de la clase de grano que en la Española llaman maíz y los de Urabá le dicen *hobba*, que hemos dicho sazonan tres veces al año, porque aquellas regiones no sufren los horrores del invierno por su proximidad a la línea equinoccial.

Que el pan de hobba o maíz es más saludable que el de trigo para los habitantes de aquellas regiones, por digerirse más fácilmente, lo explica la razón física; porque, no haciendo frío, las extremidades no envían calor a las entrañas. Perdida, pues, la esperanza de sus mieses, y apuradas ya la provisiones y el oro de los caciques vecinos, tuvieron que buscarse alimentos de los que estaban distantes, y al mismo tiempo hacer entender a los Gobernadores de la Española la necesidad que pasaban y lo que habían entendido en la corte de Comogro acerca de la región austral, para que cuide el Rey de enviar los mil soldados, con cuyo esfuerzo, si no se podía a buenas, pudieran abrirse camino por las montañas que dividen ambos mares. Enviaron con despachos al mismo Valdivia, al cual entregaron trescientas libras de a ocho onzas, del quinto correspondiente al Real Fisco, para que las entregara a los Cuestores reales establecidos en la Española. Esas libras de a ocho onzas, en español se llaman marco, y constan de cincuenta monedas de oro llamadas castellanos, y al castellano le llaman peso. Decimos, pues, que fue la cantidad de quince mil castellanos; y la moneda *castellano*, que excede al ducado de oro en poco menos de una cuarta parte, es moneda peculiar de la provincia, y no se acuña más que en Castilla.

Resulta que de aquella suma percibieron de los caciques mil quinientas libras de a ocho onzas, el cual oro lo encontraron todo fundido o batido en diversas joyas, como gargantillas para el cuello, pulseras para los brazos, y bolitas para la pechera, y también laminillas para ponérselas en las orejas y en la nariz.

Se embarcó, pues, Valdivia, en la carabela en que había venido y otra vez había vuelto, el 11 de enero del año 1511 del advenimiento del Señor, con despachos al arbitrio de Vasco Núñez, y con la suma de oro que hemos dicho para entregarla a los Cuestores reales, y de los amigos para llevarlo a España a los afines y parientes la cantidad que cada uno había querido enviar.

Lo que le pasó a Valdivia en la navegación, lo contaremos en su lugar. Volvamos a los que se quedaron en Urabá.

2.

Noticias del Darién. Murciélagos temibles. Juntos Vasco y Colmenares, exploran el Darién río arriba. Son atacados por los indios, y los derrotan.

Éstos, una vez despachado Valdivia, aguijoneados rabiosamente por el hambre, determinaron investigar por varios lados lo interior de la ensenada. A la entrada de ella hay un cabo que dista cerca de ochenta millas, al cual llamaron los españoles Culata. Vasco tomó el cabo con cien hombres, llevándolos por la bahía en un bergantín y algunas monoxilas del país, que dijimos llaman canoas los isleños de la Española y *urú* los de Urabá.

Del cabo desciende a la ensenada, lamiéndole por el Oriente, un río diez veces mayor que el Darién. Subiendo río arriba treinta millas, pues dicen ellos que más de nueve leguas, pero inclinándose a la derecha hacia el Mediodía, encontraron unos pagos de indígenas cuyo cacique se llama Dabaiba. Como en la Española llaman cacique, éstos dicen *Cheví*, con acento en la final. Supieron que Cemaco, cacique del Darién, derrotado en guerra por los nuestros, se había refugiado en casa de Dabaiba. Éste huyó, se supone que por consejo de Cemaco de que no esperara la acometida de los nuestros. Todo lo dejó desierto; pero encontraron montones de arcos y flechas, muebles y redes, y varias lanchas de pescar. Pues los lugares aquellos vieron que son lagunosos y palustres, nada a propósito para sembrar ni para plantar árboles. Así es que poca cantidad consiguieron de lo que deseaban, que eran cosas de comer; porque estos pescadores compran el pan a sus confinantes a cambio de pescado sólo para remediar su indigencia. Pero recogieron de las casas abandonadas siete mil castellanos de oro incrustado y algunas monoxilas, cien arcos, algunos haces de saetas y de toda clase de muebles, llevándose también dos *urús* de la provincia, o sea lanchas.

Refieren que de las lagunas del río salen de noche unos murciélagos tan grandes como las tórtolas, que perseguían a los nuestros con mordiscos mortales. Lo atestiguan algunos que fueron mordidos. Anciso, el Pretor expulsado, preguntado por mí acerca de las mordeduras venenosas de los murciélagos, me contó que, estando dormido, le mordió un murciélago en el talón del pie, que por el calor del verano tenía descubierto, y que no le hizo más daño que si le hubiese herido otro animal no venenoso. Otros dicen que la mordedura es venenosa; pero que, lavándola prontamente con agua del mar, se cura. También me refirió Anciso que con el agua del mar y cauterios de fuego se curan igualmente los heridos por las flechas envenenadas de los indígenas, y que lo experimentó en la región de los caribes, donde habían sido heridos muchos de los suyos. Volvieron, pues, poco contentos del cabo de la ensenada de Urabá porque no traían alimentos.

Cuando volvían, se levantó tan recia tempestad en aquella vasta ensenada, que se vieron precisados a tirar al mar todo lo que traían de aquellos míseros pescadores. También algunas *urús* o lanchas se las tragó el mar con los hombres que llevaban.

Al propio tiempo que Vasco Núñez se propuso explorar el cabo de la ensenada hacia el Mediodía, de común acuerdo Rodrigo Colmenares emprendió el camino con sesenta hombres, desde la parte oriental hacia las montañas por el álveo del otro estrecho. A unas cuarenta millas de la desembocadura del río (pues dicen que a doce leguas) encontró unas aldeas sitas a la orilla del río, cuyo *Chebí* o reyezuelo se llamaba *Turuí*. Todavía estaba Colmenares con este cacique cuando Vasco Núñez, después de su regreso al Darién, se juntó con aquél subiendo también río arriba.

Desde allí, reparadas ya las fuerzas de la gente con las provisiones alimenticias de Turuí, determinaron emprender juntos la subida.

A la distancia de otras cuarenta millas el río abarca una isla, que es patria de pescadores; y viendo en ella árboles que crían la caña canela, le pusieron ese nombre. Encontraron en ella sesenta pueblecillos, que tenían diez casas agrupadas. Por el lado derecho de la isla corre otro río navegable para los botes del país y para los bergantines: llamáronle el río Negro.

A quince millas de pasos de la desembocadura de este río encontraron una aldea que constaba de quinientas casas diseminadas, cuyo Chebí o reyezuelo dicen que se llamaba Abenamacheio. Así que advirtieron que iban los nuestros, abandonaron todas las casas; y, siguiendo los nuestros tras ellos cuando huían, ellos, cambiando de parecer, hicieron frente y se echaron sobre los nuestros con atroz resolución: como que los echaban de sus propios lares. Acometieron a los nuestros con espadas de madera, con palos chamuscados y con astas bien hechas, mas no con saetas, pues la gente de los golfos occidentales no pelean con arcos. Los infelices desnudos fueron fácilmente vencidos por las armas de los nuestros, que persiguiéndolos cogieron al régulo Abenamacheio y algunos otros principales. Cogido el cacique, un infante que había sido herido por él, de un sablazo le cortó un brazo, pero a despecho de los jefes. Había allí unos ciento cincuenta cristianos, la mitad de los cuales dejaron allí los jefes, que, con los demás, emprendieron otra vez el camino río arriba con nueve lanchas del país, que dijimos las llaman *urú*.

3.
Palacio del cacique Abibeiba en la copa de un árbol. Le hacen bajar y tratan en paz.

A setenta millas del río Negro, y de la isla de la Canela, dejando a derecha e izquierda muchos ríos que desaguaban en aquel mar grande, dirigidos por un indígena desnudo que era maestro en navegar por aquellos ríos, se entraron por uno, en cuya orilla próxima a su desembocadura imperaba sobre los indígenas el reyezuelo Abibeiba. Vieron que aquellos sitios eran lacustres, y por eso la morada principal del cacique Abibeiba estaba edificada en un árbol muy alto: nuevo y nunca visto modo de habitar.

Pero aquella tierra cría unos árboles tan corpulentos, que entre sus ramas pueden los indígenas edificar casas, como en varios autores leemos de otros que, hirviendo el mar, se refugiaban en altos árboles, y al retirarse las aguas se alimentaban de los peces que habían quedado. Extendiendo vigas entre las ramas y engalabernándolas entre sí, forman un conjunto seguro contra toda la fuerza de los vientos.

Opinan los nuestros que los indígenas tienen las casas en los árboles por las inundaciones de los ríos, que allí son frecuentes. Es tanta la altura de aquellos árboles, que no hay hombre de tan robusto brazo que pueda hacer llegar una piedra a la casa edificada. Y no me maravillo si hemos de creer a Plinio y otros autores acerca de los árboles de la India, los cuales dicen que son tan altos, por la fecundidad del suelo y la abundancia de agua, que no se pueden salvar con una saeta; los campos de esta tierra, según todos opinan, no son menos fértiles y abundantes de agua que otra tierra ninguna que el sol alumbre.

Poniéndose a medir algunos de esos árboles, entre siete hombres, y a veces entre ocho, apenas pudieron abarcarlos con los brazos. Sin embargo, en el suelo tienen bodegas llenas del vino aquel que arriba hemos nombrado; pues aunque el furor de los vientos no puede destruir aquellas casas sin romper las ramas, sin embargo, las vuelca enteras donde el viento quiere, y con este movimiento se perdería el vino: las demás cosas las tienen en los árboles. Por escaleras que tienen hechas y adheridas a los árboles, los criados sirven el vino fresco al reyezuelo y a los magnates cuando comen o cenan, con tanta ligereza como nuestros mozos nos sirven en lo llano desde el aparador próximo a la mesa.

Acercáronse los nuestros al árbol de Abibeiba; entablaron plática, dándole señales de paz; le invitan a que baje; Abibeiba se niega, y les suplica que le dejen vivir a su modo. Pero los nuestros, después de haber hablado con suavidad, le amenazan con derribar el árbol de raíz o prenderle fuego si no baja con toda su familia. Resistiéndose por segunda vez Abibeiba, comenzaron a hachazos con el árbol. Viendo Abibeiba que de los golpes saltaban astillas del árbol, mudó de parecer: bajó, pero sólo él con dos hijos. Trataron de hacer paces y de recoger oro. Abibeiba dijo que no tenía oro; que no le hacía falta, y que nunca se cuidó del oro. Insistiendo los españoles, dijo Abibeiba: «Si tanto deseáis el oro, le buscaré en las montañas próximas, y el que encuentro os lo daré, pues se cría por esos montes.» Señaló el día que había de volver; pero no volvió, ni en el día señalado ni después.

Se marcharon, pues, de allí bien comidos y bebidos con lo que tenía Abibeiba, pero no ricos de oro como se lo habían figurado.

Pero Abibeiba y sus súbditos e hijos, informaron a los nuestros lo mismo que les había dicho el cacique Comogro acerca de las minas de oro, y de los caribes o caníbales que comen carne humana, de los cuales ya en otra parte hemos hablado extensamente.

Subiendo otros treinta mil pasos, llegaron a los tugurios de los caníbales, pero los encontraron todos completamente desocupados; pues, habiendo advertido que los nuestros andaban por las cercanías, tomando a cuestas lo que tenían se habían refugiado en las montañas.

LIBRO V.
Del existimado continente

1.
Hostilidad de los indios. Su conspiración. Su fracaso. Matan a los españoles en el río.

Mientras esto pasaba por las orillas de los ríos, cierto decurión llamado Raía, de los que Vasco y Colmenares habían dejado para guardar aquella tierra en el río Negro, territorio del cacique Abenamacheio, ya que el hambre le obligara, ya que fuera fatal para él aquel día, se determinó a explorar las cercanías con nueve compañeros, y se encaminó a la confinante aldea de un cacique llamado Abraiba. Éste mató al mismo Raía y a dos de sus compañeros: los demás huyeron.

Pocos días después, compadeciéndose Abraiba de su pariente y vecino Abenamacheio, a quien dijimos que un infante le había cortado el brazo en el río Negro, añadiendo un mal sobre otro, el cual arrojado de su casa andaba huyendo y se había refugiado con Abraiba, se avistó con Abibeiba, el que habitaba en el árbol, el cual echado también de su casa iba evitando el encuentro de los nuestros por lo más extraviado de los montes y los bosques.

Abraiba habló a Abibeiba al tenor siguiente: «¿Qué es esto, desdichado Abibeiba; qué gente es ésta? ¡Desdichados de nosotros que nos acosan cuando gozábamos de tranquila paz! ¿Hasta cuándo hemos de sufrir la sevicia de estos hombres? ¿No es mejor morir que sufrir lo que te han hecho padecer a ti, a nuestro pariente Abenamacheio, a Cemaco, a Careta, a Poncha y a todos los demás príncipes de nuestra clase, cautivando a las mujeres, a los hijos y también a los súbditos, llevándosenos todos nuestros bienes a nuestra vista? A mí no han llegado aún; pero, vista la suerte de los demás, es razonable creer que no está lejos mi ruina. Probemos, pues, nuestras fuerzas; probemos fortuna contra los que echaron de su casa y maltrataron a Abenamacheio. Caigamos sobre ellos: una vez muertos éstos, tal vez los demás temerán meterse con nosotros; y si lo intentan, esos más habremos quitado de su ejército. Suceda lo que sucediere, lo habremos de sufrir con paciencia.»

Oídas estas y otras razones, Abibeiba se arrimó al parecer de Abraiba. Señalaron día para la empresa; pero no les salió como deseaban; pues de aquellos que dijimos que habían subido a las montañas de los caníbales, habían vuelto casualmente al río Negro la noche anterior al ataque treinta hombres, enviados para auxiliar a los allí dejados por si les amenazaba alguna fuerza, como se sospechaba.

Y he aquí que, tan pronto como amaneció, los caciques, con quinientos de los suyos armados a su usanza, embistieron con gran gritería al pueblo sin tener noticia de los nuevos que habían llegado aquella noche. Salieron a ellos los nuestros, protegidos por sus escudos; disparáronles primeramente saetas, y después cayeron sobre los enemigos con las picas, y luego cuerpo a cuerpo con las espadas desenvainadas. Aquella gente desnuda, cuando vio que había más enemigos de los que pensaba, fue fácilmente derrotada y muerta en su mayor parte, cual espantado rebaño: los caciques se escaparon. Todos los que cogieron vivos los mandaron cautivos al Darién, y los emplean en cultivar los campos y los sembrados.

Después de esto, y tranquilizada aquella provincia, se volvieron al Darién por el río abajo, dejando allí treinta hombres que cuidaran de la provincia, mandados por cierto decurión, Hurtado. Aunque un decurión no manda precisamente, como entre los romanos, quince soldados, ni un centurión ciento veintiocho; pero me propongo llamar centuriones a los que mandan cien hombres

poco más o menos, y decuriones a los que mandan unos diez; pues los españoles no guardan exactamente estas reglas, y tenemos que poner nombres a las cosas y a los cargos.

Pues este decurión, Hurtado, desde Río Negro, donde ejercía el mando, enviaba río abajo al prefecto Vasco y a sus compañeros veinte de sus soldados y una mujer, con veinticuatro cautivos, en una sola lancha del país. Y he aquí que les embistieron de costado cuatro *urús*, es decir, canoas de un madero, pues no bajaban preparados por el álveo del río, porque no sospechaban nada semejante. Volcaron la canoa de los nuestros, y mataron a los que pudieron alcanzar; los demás se fueron a fondo, excepto dos que, abrazándose a unos maderos, y envueltos en unos haces de leña, bajaron hasta donde estaban sus compañeros, y así, burlados sus enemigos, se libraron de su furor.

2.
Complot indio descubierto. Su castigo.

Avisados por estos dos, comenzaron a averiguar con toda diligencia qué era lo que pasaba, teniendo cuidado de sí mismos y reflexionando sobre el peligro de sus compañeros en el río Negro si la fortuna no hubiera conducido al pueblo, la noche anterior al asalto, los treinta aquellos que enviaron. Menudeaban las juntas; sin saber qué decir en asunto tan peliagudo, no se les ocurría qué partido tomar. Por fin, investigando sagazmente, llegaron a entender que los cinco reyezuelos, es a saber: Abibeiba, el que moraba en el árbol de las lagunas; Cemaco, despojado del pueblo que los nuestros habitaban; Abralba y Abenamacheio, parientes y habitantes del río Negro, y Dabaiba, señor de los pescadores del cabo de la ensenada que dijimos se llama Culata, se habían convenido en matar a los cristianos en un día señalado, y se habrían salido con ello si Dios no lo impidiera. Por milagroso tiene, y por cierto que no sin razón piadosamente pensando, cómo se tuvo la suerte de descubrir el plan de los caciques. Es cosa digna de contarse, y así voy a decirla por su orden en pocas palabras.

Aquel Vasco Núñez distinguido en la esgrima, que más bien a la fuerza que no por votos había tomado el mando sobre los del Darién, entre muchas mujeres que había robado del país, tenía una más hermosa que las demás. Iba y venía frecuentemente a verla un hermano suyo que era familiar y cortesano del cacique Cemaco, el cual, privado también de su casa paterna, estimulado por el amor de su hermana, en la conversación le dijo así:

«Querida hermana mía, escucha, querida, mis palabras, y guarda en secreto lo que te voy a decir si quieres el bien tuyo y mío y de toda nuestra raza. La insolencia de estos hombres que nos arrojan de nuestros antiguos lares es tanta, que los príncipes de nuestras tierras se han propuesto no sufrirlos ya más. Al mando de cinco régulos (y los contó nominalmente por su orden) hay preparadas cien urús para llevarlo a cabo; por mar y por tierra se reunirá una muchedumbre de cinco mil hombres armados; en el pueblo de Tichiri se están reuniendo provisiones para alimentar el ejército.»

Contó también a su hermana el buen hermano que los caciques se habían repartido entre sí amigablemente las cabezas de los nuestros y sus bienes; y así le previno que en el día determinado se pusiera a salvo buscando cualquier pretexto, no fuera que la mataran en la confusión, porque el soldado vencedor no sabe perdonar a ninguno con quien topa; y descubrió a su joven hermana el día señalado para la matanza.

Pero la muchacha, por cuanto las mujeres tienen más consideración al hierro que no a la gravedad de Catón, sea porque amaba a Vasco, sea porque temiera, olvidándose de sus padres y de todos sus parientes y de toda la comarca, y también de los caciques, a los que puso la espada en el cuello, se lo descubrió todo a Vasco, sin omitir cosa alguna de las que le había dicho su imprudente hermano.

Descubierto el plan, se procuró por medio de Fulvia que volviera su hermano: llamado por ella, volvió al punto: le prendieron y le obligaron a declarar. Confesó de plano que el cacique Cemaco, su amo, había enviado aquellas cuatro urús para acabar con los nuestros, y que por plan de Cemaco se preparó la emboscada; que también Cemaco había preparado en particular la muerte del mismo Vasco, mandando a sus cuarenta súbditos que en señal de amistad le había enviado para cultivarle los campos y sembrarlos a usanza del país, que lo mataran a martillazos.

Solía Vasco ir a ver a los cavadores como suelen hacerlo los que bien administran para animar a que se trabaje; pero los súbditos del cacique no se atrevieron a cumplir sus mandatos, porque nunca Vasco se presentó entre ellos a pie o desarmado, pues tenía una yegua con que visitaba a los labradores, y a estilo español llevaba siempre la lanza en la diestra; por lo cual, frustrado Cemaco en este plan suyo particular, adoptó este otro último, ruinoso para sí y para todos sus comarcanos. Pues descubierta la conjuración, Vasco llamó setenta hombres y les mandó que le siguieran, sin manifestar a ninguno adonde va, ni qué se ha propuesto: marchó primero en busca de Cemaco, que vivía a distancia de diez millas; pero supo que estaba huido con Dabaiba, régulo palustre de Culata. Prendió a su *sacco*, esto es, al principal pariente y cortesano (pues así llaman a los principales, como *chebí* a los caciques), y se lo llevó cautivo junto con los demás familiares. Encontró allí a algunos, tanto varones como hembras.

A la misma hora en que él se puso en camino en busca de Cemaco, Rodrigo Colmenares marchó río arriba con cuatro urús y sesenta hombres, llevando por guía al hermano de la joven. Acometió el pueblo llamado Tichiri en que dijimos que se reunían las provisiones para el ejército, lo ocupó y se apoderó de todo lo que allí se había juntado, como vino de varios colores, según dijimos que lo tenía Comogro, y toda clase de pan y demás alimentos del país; prendió al *sacco* de Tichiri, que era el que había de llevar a cabo la empresa cual jefe del ejército, y juntamente con él cogió a cuatro de los principales, pues los encontró desprevenidos. Colgandole de un árbol que el mismo *sacco* había cultivado, hizo Colmenares que lo asaetearan a vista de los indígenas, y que a los principales los colgaran en los patíbulos para escarmiento de los demás.

Impuesta esta pena a los conjurados, infundió tanto miedo en toda la provincia, que ya no hay uno que se atreva ni siquiera a levantar el dedo contra el torrente de la ira de los nuestros. Viven ya tranquilos, inclinan la cerviz con gusto los demás caciques, y ya no se castigó más a los otros. Con lo que había en los graneros de los enemigos y en sus bodegas llenas, pasaron algunos días grandemente en el pueblo de Tichiri.

LIBRO VI.
Del existimado continente

1.
Avisos a la Española y a España. Elección de comisionados. Parten Colmenares y Caizedo. Saben la muerte de Valdivia y sus compañeros. Y la de Hojeda.

Después de estas cosas, llamando a junta a los compañeros, por acuerdo de todos se resolvió elegir algún procurador que vaya a la Española de donde se reciben las leyes y los socorros, y después a España para presentarse al Rey, y que exponga la serie de todas las cosas al Almirante y a los Gobernadores, y después al Monarca, y haga por persuadirle que envíe los mil hombres que el joven Comogro había dicho que se necesitan para pasar los montes que los separan a ellos de la región austral.

Vasco Núñez deseó para sí este cargo de procurador; mas no pudo conseguirlo de los votos de sus compañeros, ni sus partidarios consintieron que se apartara de allí, ya por creerse abandonados, ya porque todos murmuraban que, si una vez Vasco salía de allí, no volvería más a aquel incendio de calamidades, a ejemplo de Valdivia y de Zamudio, a los cuales habían enviado desde el mes de enero y pensaban que resueltamente no habían querido volver; mas otra era la realidad, como en su lugar diremos. Habían perecido.

Disputaron, pues, largamente entre sí en varios escrutinios, y por fin escogieron a cierto Juan de Caizedo, Cuestor del Real Fisco en aquellas tierras. Tenían suma confianza en este Caizedo de que lo haría bien, y también de que volvería, pues había llevado consigo a aquellas regiones a su mujer, y en prenda de su regreso la dejaba en poder de sus compañeros.

Elegido éste, se originaron diversos pareceres sobre el compañero que le habían de dar. Decían algunos que era muy peligroso poner cosa tan importante en manos de un solo hombre, no porque desconfiaran de Caizedo, sino porque es frágil la vida de los hombres, y especialmente en ellos, acostumbrados ya a la temperatura próxima a la línea equinoccial, si tienen que volver al Septentrión con varios cambios de aires y alimentos. Opinaban, pues, que se le debía dar a Caizedo un compañero para que, si faltaba uno, lo que podía fácilmente suceder, quedara otro; y, si ambos llegaban bien, el Rey creyera mejor en la relación de los dos.

Quedó el asunto diferido por la diversidad de pareceres; por fin recayó la suerte en Rodrigo Colmenares, de quien muchas veces hemos hecho mención, porque era hombre de experiencia; pues desde su adolescencia y juventud, por mar y por tierra había recorrido toda la Europa, y había tomado parte en los hechos llevados a cabo en Italia contra los franceses. Y no les pareció el menor motivo para esperar que volvería Colmenares, si vivía, el que había comprado en el Darién muy grandes predios y había dejado sembradas muy grandes sementeras, con cuya venta esperaba fijamente que conseguiría de sus compañeros el oro de las compras. Dejó, pues, el cuidado de sus cosas a uno que vivía con él y era del municipio de Madrid, Alfonso Núñez, hijo único de mi huésped, el cual era Pretor de Justicia, y casi había sido elegido procurador por los votos de sus compañeros en vez de su compañero Colmenares, y se habría llevado adelante si uno de los compañeros no hubiese descubierto que Núñez tenía la mujer en Madrid; pues tuvieron recelo de que, vencido por las lágrimas de la esposa, se iría y no volvería.

Elegido, pues, Colmenares, que era soltero, por colega de Caizedo, se embarcaron ambos en un bergantín, porque ya no tenían otro barco más grande, el 29 de noviembre del año 1512 de nuestra redención. En el camino, agitados de varias tempestades, la fuerza de los vientos los echó a la costa occidental de aquella vasta isla que por mucho tiempo se creyó continente, y en la primera

Década dijimos se llama Cuba. Sufrían ya extrema necesidad por lo largo del tiempo, como que hacía ya tres meses que se habían separado de sus compañeros, y se vieron obligados a tomar tierra para recibir auxilio de los indígenas, si en alguna parte lo encontraran.

Por casualidad arribaron a aquella playa de la isla en que había desembarcado también Valdivia, destrozado por las tempestades. ¡Oh desventurados! ¡Esperad, darienenses, a Valdivia, enviado para que socorra vuestras miserias; esperadle! Los habitantes de Cuba, cuando aportó, le mataron con todos sus compañeros sin dejar uno, y dejaron destrozada en la playa la carabela en que habían llegado. Sobre unas tablas de la carabela que encontraron medio envueltas en la arena, lamentaron la suerte de Valdivia y sus compañeros. No encontraron ningún cadáver: piensan que, o los arrojarían al mar, o se los darían frescos a los caníbales para que se los comieran, pues los caníbales asaltan frecuentemente aquellas regiones para comerse a los hombres.

Por dos isleños que cogieron supieron la muerte de Valdivia: aquellos dos declararon que sus coterráneos pensaron en cometer tamaño crimen por codicia también de oro, que supieron los indígenas tenía Valdivia por un hablador compañero suyo, pues también estos insulares se gozan en sus joyas. Afectados de la desdichada suerte, y principalmente porque en vano hubieran intentado vengar a sus compañeros, resolvieron huir de aquella tierra cruel y de la avara sevicia de tales hombres desnudos. Prosiguieron, pues, su camino, tristes a causa de sus compañeros y acosados de necesidad.

Antes de ganar aquel lado occidental de Cuba, les sucedieron mil desgracias. Entendieron que había arribado Hojeda, y que había pasado por aquellas costas una vida desdichadísima, destrozado por las tempestades; que en mil rodeos sufrió mil géneros de desdichas, y que después casi solo, habiendo perdido los compañeros o dejádolos en varias partes, hipando de hambre, apenas llegó vivo a la Española; y que, finalmente, por aquel atroz veneno de la herida que dijimos le había inferido un indígena de Tiraba, entregó su alma.

2.
El cacique Comendador. El marinero apóstol. La Virgen entre los indios. Prodigios.

Pero Anciso, elegido Pretor, recorrió las mismas tierras con mejor fortuna: tuvo por aquellas playas vientos favorables, como me lo dijo en la corte, y se gloriaba de que los habitantes de Cuba le habían recibido benignamente, y en particular en el territorio de cierto cacique llamado Comendador. Éste, pidiendo a los cristianos que pasaban que le bautizasen, y preguntando cómo se llamaba el gobernador de la vecina isla de la Española, oyó que se llamaba Comendador; pues en el tiempo en que éste quiso bautizarse era gobernador cierto varón insigne de la orden ecuestre y militar de Calatrava, y los caballeros de esta institución se llaman comendadores: por eso aquel cacique o régulo quiso llamarse Comendador. Así, pues, este Comendador isleño dio benigno hospedaje a Anciso, que arribó a él y le colmó de todo lo que necesitaba para la vida.

Escuchad ahora, ¡oh Santísimo Padre!, Vos, a cuyo cargo está nuestra religión y santidad, lo que Anciso aprendió de los indígenas acerca de lo que observan en punto a religión y santidad. Algunos de los nuestros, caminando por las costas de Cuba, le dejaron al cacique Comendador un marinero desconocido que estaba enfermo. El marinero, honrado por el cacique y sus súbditos, habiendo recobrado la salud ejerció el cargo de Prefecto de Comendador para la guerra (pues se arruinan unos a otros con mutuas guerras), y siempre salió vencedor.

Este hombre, aunque sin letras, era de buena intención y veneraba devotísimamente a la bienaventurada Virgen Madre de Dios, y perpetuamente llevaba consigo cosida en el pecho una imagen de la misma Virgen, lindamente pintada en papel, la cual devoción dijo a Comendador que le había dado siempre la victoria. Al mismo tiempo le persuadió que echara fuera todos los *zemes* que veneraban, porque representaban a los espectros nocturnos, cruelísimos devoradores de nuestras

almas *(a los demonios),* y que tomaran por patrona a la bienaventurada Virgen Madre de Dios si deseaban que, bajo su dirección, en paz y en guerra todas las cosas les salieran bien, que la Virgen Madre de Dios no les abandonaría en ningún tiempo si piadosamente la invocaban. El marinero persuadió fácilmente a aquellas gentes desnudas.

A petición, pues, del cacique le regaló la imagen de la Virgen, a la cual dedicó casa y altar, suprimiendo los *zemes* que de antiguo veneraban.

Acerca de los *zemes*, ¡oh Beatísimo Padre!, formados de algodón a semejanza de los espectros nocturnos que a cada paso ven y hablan familiarmente, y rellenos por dentro del mismo algodón hasta darles maravillosa dureza, he hablado con mucha extensión en el libro décimo de mi Década anterior.

Conforme a la enseñanza del marinero, al ponerse el sol el cacique Comendador y todos sus súbditos de ambos sexos van todos diariamente a la casa dedicada a la Virgen María. Una vez entrados, de rodillas, con la cabeza reverentemente inclinada y las manos juntas, saludan repetidas veces a la imagen con estas palabras: *Ave María*; pues pocos de entre ellos aprendieron a pronunciar más palabras de esa oración.

Cuando, pues, llegaron Anciso y sus compañeros, les tomaron de la mano y los llevaron alegres a la casa dedicada, diciéndoles que les enseñarían cosas admirables. Le señalaron con el dedo la imagen rodeada de joyas y vasijas de barro que había en poyos, llenas de comida y de agua, pues esto era lo que en vez de sacrificio daban a la imagen al tenor de su antigua religión de los *zemes*. Dijeron que le daban eso no fuera que, si tenía hambre, le faltara qué comer. Piensan sencillamente que el simulacro puede pasar hambre.

Pero es cosa hermosísima el oír el socorro que confiesan haber obtenido del numen de la imagen, esto es, de la bienaventurada Virgen. Y a fe mía, Beatísimo Padre, que hay que tenerlo por cierto; pues es tan grande, según cuentan los nuestros, el fervor de la piedad que estos sencillos indígenas tienen a la Virgen Madre de Dios, que en los apuros de la guerra, principalmente contra sus enemigos, casi diré que la obligan a bajar del cielo, supuesto que Dios ha dejado a los hombres el precio con que lo podemos comprar, que es el piadoso amor y la caridad. ¿Cómo, pues, podrá en ningún tiempo la bienaventurada Virgen faltar a quien invoque su amparo con fe pura?

Comendador y sus cortesanos aseguraron todos a Anciso y a sus compañeros que habiendo venido a las manos al mando del marinero, y llevando éste consigo la imagen, los *zemes* de los enemigos se pusieron a temblar y volvieron la cara delante de la imagen de la Virgen, viéndolo todos: porque ellos llevan a la guerra sus *zemes* de cada bando. Y aseguran que vieron dándoles socorro contra los enemigos durante la pelea, no sólo a la imagen, sino a una señora viva con hermosas vestiduras blancas. Por su parte, los enemigos declaran que se les aproximó una mujer con cetro y amenazadora, que favorecía a sus contrarios, y que a vista de ella sentían que se les llenaban de pavor las entrañas. Y después que se marchó el marinero embarcándose con los que arribaron a aquella playa, declara Comendador que guardó exactamente lo que les había enseñado aquél.

Refirió que se había originado agria disputa con los confinantes acerca de los *zemes*, sobre cuál *zeme* era más santo y poderoso que el otro, y que por esta cuestión hubo muchas veces guerra declarada con los vecinos; pero que la bienaventurada Virgen nunca dejó de asistirles en medio de la lucha y de concederles fácil victoria, siendo ellos pocos, sobre grandes ejércitos, contrarios. Preguntándoles a qué grito se lanzaban sobre sus enemigos, respondieron que, conforme se lo había enseñado el marinero, nunca dieron otro grito que éste: «Santa María, ayúdanos; Santa María, ayúdanos», y en lengua castellana; pues el marinero los había dejado enseñados a todos a pronunciarlo claramente.

3.
Certamen sobrenatural. Su excelente resultado. Anciso en España contra Vasco Núñez.

Cuando así se mataban cruelmente unos a otros, convinieron en este pacto: que no se resolvería la cuestión por medio de un combate singular de algunos escogidos de ambos ejércitos, como antiguamente lo hicieron no pocas veces los romanos y otros muchos, ni tampoco por algún consejo sagaz, sino que alternativamente se pondrían en campo manifiesto un joven de cada pueblo con las manos atadas a la espalda y los cordeles anudados por detrás al arbitrio del que lo atara, y confesarían los contrarios que aquel *zeme* era mejor que más pronto librara al joven de su bando.

Hecho el convenio, ataron sucesivamente a dos jóvenes: los de Comendador al del bando opuesto, y los de éste al joven de Comendador. Cuentan que lo repitieron tres veces, y que, invocando las tres veces el demonio de su *zeme*, acudió al que estaba atado enfrente, viéndolo los dos que estaban atados. Pero que clamando el de Comendador su acostumbrada invocación: «Santa María, ayúdame; Santa María, ayúdame», se presentó al punto la Virgen vestida de blanco y haciendo huir al demonio. Poniendo el cetro que en la mano llevaba en las ataduras del joven comendatoriano, quedó éste instantáneamente suelto, y las ataduras con que los enemigos le habían sujetado se pasaron al otro; de modo que los enemigos encontraron libre al joven del bando opuesto, y al joven suyo sujeto con dobles ataduras.

Pero refieren que aún no se contentaron con esto los enemigos, y disputaban que eso se hacía con prestigios humanos, no por el poder de una deidad mejor que acudiera. Piden por tanto los enemigos que cuatro varones graves y aventajados en ideas y costumbres de cada bando estén presentes a la vista de los jóvenes que se han de atar, y juzguen si hay o no fraude. ¡Oh sencillez y pura benignidad de hombres! ¡Oh áurea y feliz sencillez! Aceptó la petición de los enemigos Comendador con sus familiares con tanta fe como sabemos que pidió la salud la mujer que padecía flujo de sangre; con aquella fe con que Pedro, de quien vos hacéis las veces, ¡oh Beatísimo Padre!, anduvo sobre el mar a pie enjuto cuando vio al Señor.

Se cerró pacto; se ató a los jóvenes en presencia de los ocho varones graves, y fueron aquéllos colocados en el límite designado. Cuando se dio la señal, cada uno invoca a su *zeme* y le pide auxilio. Los que estaban atados y los espectadores vieron venir al demonio de su *zeme* con rabo, con grandes dientes, con cuernos, semejante al propio *zeme* hecho a mano, que quería desatar las ligaduras del joven que le estaba dedicado. Cuando oró el joven de Comendador, al punto se presentó la bienaventurada Virgen, fijando los ojos y la atención en el suceso los varones graves. Como antes, hizo con su cetro que las ataduras de su cliente pasaran al contrario, haciendo huir al demonio. Los enemigos de Comendador, vencidos por un milagro tan grande, confesaron que el *zeme* de la Virgen era más digno que el de ellos.

Prueba de ello es que, al oír la llegada de los cristianos a aquellas tierras, los paganos limítrofes de Comendador, que le habían tenido odio mortal y pelearon muchas veces con él, enviaron mensajeros a Anciso para rogarle que mandara ir allí sacerdotes que los bautizaran. Al punto envió Anciso dos que llevaba consigo, y en un día bautizaron a ciento treinta de los que antes habían sido enemigos de Comendador, y al presente eran amigos suyos y parientes.

Hemos ya dicho que por industria de los nuestros se crió entre aquellos indígenas la raza de las gallinas. Todos los que habían acudido a bautizarse ofrecían a los sacerdotes una gallina con un gallo; pero capones ninguno, pues aún no habían aprendido a castrar los pollos para criar capones. También les llevaban pescados salados y tortas recientes de pan, y aves también. Cuando aquellos sacerdotes se volvieron a la playa, seis hombres de los bautizados los acompañaron cargados de regalos, con los cuales celebraron opípara Pascua; pues habían salido del Darién sólo dos días antes de la dominica de Lázaro, y en aquel tiempo andaban junto al último ángulo puntiagudo de Cuba, vecino de la Española por el Oriente.

A ruego de Comendador dejaron con él a uno de los compañeros, pero por gusto de él, no con otro fin, sino para que a él y a sus súbditos y a los colindantes, si acudían, les enseñara la salutación angélica; pues juzgan que la Virgen Madre de Dios tendrá de ellos mucho más cuidado cuantas más palabras aprendan de esa oración. Anciso dijo a Comendador que sí, y hechas estas cosas prosiguió su camino para la Española, de la cual estaba ya cerca.

Después se presentó al Rey, que estaba en Valladolid, donde habló familiarmente conmigo y me interesó acremente en contra del esgrimidor Vasco Núñez, y por diligencia de Anciso se pronunció sentencia contra él. Estas cosas me ha parecido bien referir, ¡oh Beatísimo Padre!, acerca de la religión de los indígenas, las cuales he investigado, no solamente de Anciso, sino también de otros muchos que gozan de autoridad, para que sepa Vuestra Beatitud cuan dócil es esta raza de hombres, y qué fácil entrada tienen para aprender los ritos de nuestra religión. Esto no puede hacerse de repente: poco a poco vendrán todos a la ley evangélica de Cristo, cuya Sede suprema ocupáis, y veréis, ¡oh Beatísimo Padre!, más y más aumentadas cada día las ovejas de vuestro rebaño. Volvamos ya a los procuradores de Darién.

LIBRO VII.
Del creído continente.

1.
Los comisionados y el obispo Fonseca. Investigaciones del autor. Nombramiento de Pedro Arias. Su armada.

Desde el Darién a la Española hay ocho días de navegación, y a veces menos si soplan vientos favorables de popa; pero los procuradores emplearon casi cien días a causa de las tempestades. Pues deteniéndose pocos días en la Española, y expuestos sus encargos al Almirante y a los Gobernadores, subieron a bordo de las naves mercantes preparadas para llevarlos, y que tan frecuentemente van y vienen a la Española, y no llegaron desde el Darién a la corte antes del primero de mayo del año siguiente a su partida.

Así, pues, los dos procuradores de los darienenses, Caizedo y Colmenares, entraron en la corte en el mes de mayo del año mil quinientos trece, y Juan Fonseca (a quien le fue encomendado desde el principio el cargo de cuidar este negocio, y quien por sus leales servicios a los Reyes, otros Pontífices le elevaron al obispado de Badajoz, después al de Córdoba, luego al de Palencia y juntamente al de Rosas, y ahora Vuestra Santidad le ha promovido al de Burgos; y como Capellán mayor que es y consejero de la Casa Real, le ha nombrado Vuestra Santidad Comisario general del real indulto de Cruzada, concedido a los Reyes contra los moros) recibió honoríficamente a Caizedo y a Colmenares, que venían del otro mundo de entre gente desnuda, de tierras hasta ahora desconocidas, y con el patrocinio del Prelado de Burgos, Caizedo y Colmenares fueron oídos por el Rey Católico.

Las cosas que trajeron les agradó mucho el oirlas al Rey y a todos los del Palacio por su novedad: frecuentemente estuvieron en mi casa. Sus caras atestiguan lo malo que es el aire del Darién, pues están amarillos como los que tienen ictericia, e hinchados, si bien ellos lo atribuyen a la necesidad que han pasado.

De estos procuradores, y de Anciso y de Zamudio, y también de otro Bachiller en jurisprudencia que se llamaba Baeza y había recorrido aquellas tierras; y de Vicente Yáñez, patrón de las naves, conocedor de todas aquellas costas; y de Alfonso Niño y de otros muchos de menos viso que al mando de ellos habían navegado por aquellas playas, supe todos los sucesos; pues jamás ninguno vino a la corte que no tuviera gusto en manifestarme de palabra y por escrito cuanto ellos habían sabido; y yo de las muchas cosas que cada uno me contó, pasando por alto las que no son dignas de mención, escojo únicamente lo que me parece que ha de satisfacer a los amantes de la historia; pues en medio de tantas y tan grandes cosas hay muchas necesariamente que juzgo debo pasar por alto para no alargar demasiado el discurso. Mas vengamos a los resultados que tuvo la venida de los procuradores.

Antes de que estos procuradores llegaran, corría la noticia de que Nicuesa y Hojeda y Juan de Cosa, hombre de tanta importancia que por regio diploma fue nombrado real maestre de las naves, habían perecido miserablemente, y que estaban reñidos entre sí los pocos que quedaban en el Darién; de modo que ni se trabajaba por atraer a nuestra fe aquellas gentes sencillas, ni se cuidaba de explorar la naturaleza de los territorios. Se pensó en enviar un jefe que restaurara lo perdido quitando el mando a los que se lo habían arrogado sin real mandato. Para este cargo fue elegido Pedro Arias, de Ávila pero ciudadano de Segovia, que entre los españoles lleva por antonomasia el nombre de *Justador*; porque desde su juventud sobresalía en el manejo de la lanza. Habiendo los

procuradores de Darién divulgado en la corte cuánta importancia tenía aquel cargo, muchos insistieron tenazmente con el Rey para quitar la jefatura a Pedro Arias.

Pero el Prelado de Burgos, Capellán mayor a cuyo cargo corre, como ya dijimos, poner remedio en este negocio que iba mal, cuando se enteró de ello se presentó al Rey y le habló de esta manera: «Supuesto que Pedro Arias, ¡oh Rey Católico!, ha ofrecido su vida a Vuestra Majestad entre peligros de dudosa salida; supuesto que conocemos por larga experiencia su aptitud para mandar tropas, y principalmente se ha visto en las batallas de África, en que se portó cual cumple a denodado militar, y se mostró sagaz general de milicia, me parecería una iniquidad el que se le quitara el mando sin más motivo que la avaricia de algún otro. Vaya allá con la bendición de Dios este hombre honrado; vaya este fiel discípulo de Vuestra Majestad, educado en la Corte desde niño.» Así, pues, por consejo del obispo de Burgos confirmó el Rey la elección de Pedro Arias con más amplias facultades.

El obispo de Burgos alistó para Pedro Arias mil doscientos soldados aptos para la guerra, pagados por el Rey. La mayor parte de ellos se los llevó de la corte, y partió de Valladolid hacia primeros de octubre del año mil quinientos trece, en dirección a la ciudad de Hispali, llamada vulgarmente Sevilla, insigne por su población y riqueza, donde los magistrados del Rey han de dar los soldados que le faltan y los bastimentos y demás cosas conducentes a tamaña empresa. Pues en aquella ciudad tiene el Rey una casa, levantada únicamente para los negocios del océano, a la que concurren, al ir y al venir, los negociadores a dar cuenta de las cosas que llevan a las nuevas tierras, y del oro que traen de allí. Llaman a esa casa de la Contratación de las Indias.

Encontró Pedro Arlas reunidos en Sevilla más de dos mil jóvenes, y también no pequeño número de viejos avaros, muchos de los cuales se ofrecieron a seguir a Pedro Arias a sus expensas sin estipendio del Rey; mas por no cargar demasiado las naves destinadas, y porque no llegaran a faltar las provisiones, se negó la libertad de embarcarse. También se mandó que ningún extranjero se mezclara con los españoles sin orden del Rey.

2.

Cadamusto plagiario. Pases para América. Salida de Pedro Arias. Resolución de su esposa, Doña Isabel de Bobadilla.

Por esto me maravillé de que cierto Luis Cadamusto, do Venecia, escritor de las cosas de Portugal, haya escrito sin vergüenza acerca de las cosas castellanas: *Hicimos, vimos, fuimos*, cuando ningún veneciano hizo ni vio nunca cosa ninguna de aquéllas. Todo eso lo ha entresacado y hurtado de los tres libros primeros a los cardenales Ascanio y Arcimboldo, pensando que mis escritos no saldrían nunca al público. Acaso pudo también haber visto aquellos libros en casa de algún embajador de Venecia; pues aquel ilustrísimo Senado envió hombres célebres a estos Reyes Católicos, y yo con mucho gusto les enseñaba mis escritos, y consentía fácilmente en que se sacaran copias de ellos.

Como quiera que sea, el bueno de Luis Cadamusto ha querido apropiarse el fruto del trabajo ajeno. Lo que escribió acerca de los descubrimientos de los portugueses, que verdaderamente son admirables, si es que lo vio, como dice, o si de la misma manera lo sustrajo a las vigilias de otro, no me toca a mí investigarlo. Vaya con Dios.

Nadie, pues, se embarcó en aquel ejército que no estuviera alistado por los magistrados del Rey. Inscribiéronse, sin embargo, bastantes fuera de lo dispuesto, y entre ellos un joven, paisano mío, que se llamaba Francisco Cotta, pero habiendo conseguido, a ruego mío, su real diploma, en el cual se mandaba a los magistrados que dejaran embarcarse a aquel extranjero con Pedro Arias; sin eso, no habría podido de modo alguno. Ande, pues, el veneciano Cadamusto, y escriba que lo vio todo, cuando al cabo de veintiséis años que he estado siempre con este Rey Católico, y no mal quisto, apenas tuve bastante poder para conseguir el diploma para que pasara ese extranjero. Tal

permiso se concede a algunos genoveses (y por cierto a pocos), por consideración al Almirante, hijo mayor del primer descubridor de aquellas tierras; pero a otros, de modo ninguno.

Se dio, pues, a la vela Pedro Arias por el Guadalquivir, que pasa por medio de Sevilla, río abajo, hacia el principio del año 1514. Pero zarpó con mal agüero. Tan recia tormenta cogió a esta flota que destrozó dos naves, y de las otras tuvieron que tirar al mar parte del cargamento para aligerarlas, con lo cual se volvieron sin otra novedad a las costas españolas. Pero repuestas sin tardanza por los magistrados reales, los pusieron otra vez en camino. Piloto de la nave capitana era, por real mandato Juan Vespucio, florentino, sobrino de Américo Vespucio, arriba nombrado, a quien su tío le dejó en herencia la pericia del arte de navegar y de calcular los grados. Desde la Española nos han dicho que cruzaron el océano con vientos favorables, pues una nave mercante que venía se los encontró cuando ya iban a llegar a las islas vecinas de la Española.

Pero entretanto, mientras me dan prisa Galeazzo Butrigario y Juan Curcio, afectísimos a Vuestra Santidad, diciéndome que tienen preparada una posta que lleve a Vuestra Santidad estas mis mal peinadas Nereides del océano, para no perder el tiempo voy a contar, aunque no en su lugar, otras varias cosas que se han quedado atrás.

Este capitán Pedro Arias tiene esposa, que se llama Isabel de Bobadilla, por un hermano sobrina de la marquesa de Bobadilla Amoía, la que, cuando los portugueses invadieron a Castilla, entregó la ciudad de Segovia a los reyes Fernando e Isabel; con lo cual éstos tomaron fuerzas, primero para resistir a los portugueses, y luego para hacerles guerra abierta y echarlos fuera, a causa de los tesoros que allí había juntado el rey Enrique, hermano de la reina Isabel. En paz y en guerra mostró ánimo viril esta Marquesa, y con su intervención se realizaron muchas cosas grandes en Castilla. Sobrina suya, como hija de un hermano, es la esposa de Pedro Arias: la cual, emulando en magnanimidad a su tía, cuando su marido se preparaba para ir a ignotas regiones del mundo y a vastos derroteros de tierras y mares, le habló en estos términos: «Amado esposo: Me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Adonde quiera que te lleve la suerte, ya entre las furiosas ondas del océano, ya en horribles peligros de tierra, sábete que te he de acompañar yo. Ningún peligro puede amenazarme tan atroz, ningún género de muerte puede sobrevenirme que no sea para mí mucho más llevadero que el vivir separada de ti por tan inmensa distancia. Es preferible morir una vez, y que me echen al mar para que me coman los peces, o a la tierra de los caníbales para que me devoren, que no el consumirme en luto continuo y perpetua tristeza, esperando, no al marido, sino sus cartas. Esta es mi resolución, no tomada temerariamente, ni del momento, ni por arrebato mujeril, sino maduramente pesada. Escoge una de dos cosas: o me cortas el cuello con la espada, o consientes en lo que pido. Ni siquiera me lo impedirá un momento el amor de los hijos que Dios nos ha dado (pues dejaban cuatro hijos y cuatro hijas). Les dejaremos los bienes antiguos y los dotales, con que puedan vivir entre los caballeros de su clase. De lo demás ya no me cuido.»

Cuando esto hubo dicho aquella matrona de ánimo varonil, viéndola su marido resuelta a poner por obra lo que había dicho, no se atrevió a contradecir sus peticiones, sino que alabó el propósito de tal esposa. Siguióle, pues, como a Mitrídates le seguía su Ipsicrateya con el cabello tendido. Ama ésta a su marido como la halicarnásea Caria a su difunto, y a Mausolo su Artemisa. Y hemos sabido que la denodada Isabel Bobadilla, educada con todo regalo, aguantaba el bramido del océano con tanto valor como su marido o cualquiera lobos marinos que se han criado entre las ondas del mar.

3.
Vicente Yáñez Pinzón. Le atacan los indios. Paces y regalos.

Otras cosas tengo que referir también de las que se habían quedado atrás. En la primera Década se hizo mención distinguida de Vicente Yáñez Pinzón. Éste había acompañado en la

primera navegación a Cristóbal Colón, genovés, después Almirante. Posteriormente, como se dice en la Década anterior, por sí y a sus expensas hizo exploraciones con una sola nave, provisto de real diploma y permiso. En el primer año, después de haber marchado los capitanes Nicuesa y Hojeda, recorrió de nuevo por tercera vez, desde la Española, aquellos derroteros.

Este Vicente Yáñez recorrió de Oriente a Occidente toda la costa meridional de Cuba, y dio la vuelta a ésta, que hasta entonces por su largura muchos reputaban continente. Vicente Yáñez, habiendo conocido ya con prueba manifiesta que Cuba era isla, siguió adelante y dio con otras tierras al Occidente de Cuba, pero en las que ya había tocado el Almirante. Y así, empeñado en encontrar tierra nueva, volviendo a la izquierda, costeando aquellas playas por el Oriente y pasando los canales de las bahías de Veragua, Urabá y Cuchibacoa, arrimó su nave en que iba a la región que, según dijimos en la Década, se llamaba Paria y Boca del Dragón, y penetró en una amplia ensenada en que había tocado Colón, y era notable por la abundancia de aguas dulces y de pescado y por la muchedumbre de islas, que distaba de Curiana por el Oriente unas ciento treinta millas, en medio de cuyo trecho está Cumana y Manacapana, a las cuales muchos dan la primacía en cuanto a perlas, y no a Curiana.

Cuando supieron la llegada de los nuestros los régulos de aquella región, que se llaman *chiacones*, como en la Española caciques, enviaron quien averiguara qué gente era aquella nueva, o qué novedad traía, o qué quería, y al mismo tiempo mandaron preparar botes unilígneos armados (que en la Década dijimos son monoxilos, como las canoas de la Española). A estos botes les llaman *chicos*. Se quedaron maravillados al ver extendidas las velas de la nave, como que ellos no las usan, y si las usaran serían pequeñas, según lo exigiría lo estrecho de sus botes.

Trasladándose, pues, muchos a la nave en sus monoxilos, pensaron temerariamente amedrentar y traspasar a saetazos a los nuestros aun defendidos, como en murallas, tras las bordas. Dispararon los nuestros sobre ellos sus bombardas, y atónitos ellos del estruendo y del estrago grande que les hacían cuando les herían, se derrotaron ellos mismos. Cuando huían dispersos, los nuestros les daban alcance con el bote servidero: mataron a algunos y prendieron a más.

Al saber esto y oír el estruendo de las bombardas, los régulos mandaron parlamentarios a Vicente Yáñez, temiendo que les saquearan los pueblos y mataran a los hombres si desembarcaran airados. Pidieron la paz, según se podía colegir por las señas y ademanes, pues los nuestros declaran que no entendieron una palabra.

En señal de la paz que deseaban hicieron a los nuestros egregios regalos, como de oro tres mil veces la cantidad aquella que dijimos se llama un castellano y se dice *peso* vulgarmente, y un tonel de madera lleno de incienso fuerte y muy rico, que tenía unas dos mil seiscientas libras de a ocho onzas; de aquí coligieron que el país era feraz de incienso, supuesto que los indígenas de Paria no tienen comunicación alguna con los sábeos, como que no conocen nada absolutamente más allá de sus playas.

Y con el oro y el incienso y pavos del país, diferentes de los nuestros por la variedad de colores, les dieron hembras vivas para sacar en España crías de aquellas aves nuevas, y machos en muy gran número para comer entonces. También ciertos muebles de algodón para decorado de las casas en vez de tapetes, trabajados maravillosamente con varios colores, de los cuales pendían de trecho en trecho por las orillas esa clase de sonsonetes, de oro, que el vulgo italiano llama *sonaglios* y el español *cascabeles*. Asimismo les dieron papagayos que charlan, de varios colores, cuantos quisieron; que en Paria abundan los papagayos tanto como entre nosotros los pichones y los gorriones.

4.
Indios vestidos. Excusas literarias del autor. Gobierno de aquellos indios. El cabo de San Agustín.

A todos estos indígenas los encontraron cubiertos de sencillas vestiduras de algodón, a los hombres hasta la rodilla, y las mujeres hasta las espinillas; pero los hombres llevaban la tela a modo de los turcos, cogida en dobleces con disminución para que no les estorbe en la guerra. Llamo algodón aquella especie de hilaza que otra vez he dicho que se llama *bombicino* en italiano.

Si los latinistas del Adriático o de la Liguria echan a ignorancia o a descuido varias palabras semejantes, si mis escritos llegan alguna vez a sus manos, como vimos que mi primera Década se imprimió sin contar conmigo, he resuelto no preocuparme de ello gran cosa; y sepan que yo soy de la Lombardía, no del Lacio, y que nací lejos del Lacio, que fue en Milán, y que he vivido muy lejos de allí, como que es en España. Lo mismo quiero que tengan por dicho los genuinos adriáticos o ligúricos más cercanos al Lacio acerca de bergantines, carabelas, almirante, adelantado, en su nombre vulgar español. Y no ignoro que los helenistas charlan que quien tiene como principal ese mando debe llamarse *archithalaso*; los apasionados a la vez del griego y del latín, éstos *navarchum*, aquéllos *pontarchum*, y lo mismo de otras cosas semejantes, con tal entienda que Vuestra Santidad queda satisfecho de esta mi sencilla narración acerca de tamaños descubrimientos. Dejando ya esto, volvamos a los caciques de Paria.

Vicente Yáñez encontró que estos son entre los habitantes de Paria así como principales gobernantes de los pueblos por tiempo de un año, a los que siguen los demás tanto en asuntos de guerra como de paz. Tienen construidos los pueblos en el ámbito de aquella vasta ensenada.

Cuentan que se presentaron con regalos a los nuestros cinco reyezuelos, cuyos nombres me ha parecido insertar aquí para memoria de tan gran suceso: el chiacón Chianacca (pues a sus principales les dan el mismo nombre de chiacones); el chiacón Pintiñano; el chiacón Camailaba; el chiacón Polomo, y el chiacón Pot. A la ensenada aquella descubierta antes por el almirante Colón, llaman la Bahía de Navidad, porque entró el día del Nacimiento del Señor, aunque de paso y sin explorarla; pues a la ensenada llaman bahía los españoles.

Después de haber pactado alianza con estos chiacones, Vicente Yáñez prosiguió el camino que se había propuesto. Dejó hacia Oriente regiones abandonadas, por los frecuentes aluviones de aguas, y lugares llenos de grandes trechos de lagunas, y no desistió de su propósito hasta que llegó a la cúspide de aquella tierra larguísima, si es que pueden llamarse cúspides las puntas o frentes agudas o promontorios que terminan las tierras marinas. La punta aquella parece que quiere embestir al Atlántico, pues mira a aquella parte de África que los portugueses llaman Cabo de Buena Esperanza pelados promontorios de la montaña atlántica que penetran en el océano. Pero el Cabo de Buena Esperanza tiene treinta y cuatro grados del antártico, y aquella punta solamente siete. Pienso que esta tierra es la que encuentro en los escritores de Cosmografía, que llaman la gran isla atlántica sin más indagar su situación y sus cosas.

Y ya que desde el mar hercúleo hemos dado primeramente con la orilla de esta tierra, no será impertinente hablar algo que podría acaso ocasionar discusión, si no fueran suegro y yerno, entre el rey Católico D. Fernando y D. Manuel, rey de Portugal. Digo Portugal y no Lusitania, que oigo decir a muchos no iliteratos, y se engañan gravemente. Porque si es Lusitania la que los distinguidos cosmógrafos incluyen entre los ríos Ana *(el Guadiana)* y Duero, ¿qué porción de Lusitania es Portugal?

LIBRO VIII.
Del creído continente.

La famosa línea de Alejandro VI. Los primeros obispos de América. Los caribes. Transición.

Viviendo Juan, rey de Portugal, cuñado y predecesor del actual rey Manuel, se originó grave contienda entre castellanos y portugueses acerca de este descubrimiento. Argüía el portugués que se le debían dejar a él todas las navegaciones del océano, porque antes que nadie, y casi de inmemorial, se había atrevido a explorar el océano. Pero los de Castilla oponen que desde el principio fueron comunes a los hombres todas las cosas que Dios crió en la tierra por ministerio de la naturaleza, y que, por tanto, podía cualquiera ocupar lo que hallara sin habitantes cristianos.

Cuando así se trataba en confuso el asunto, convinieron ambas partes en que el Sumo Pontífice resolviera lo que fuera derecho, comprometiéndose unos y otros a obedecer la determinación pontificia. Regía entonces las cosas de Castilla con su marido aquella gran reina Isabel, porque eran su dote los reinos de Castilla: la Reina era prima de D. Juan, rey de Portugal, y por eso se compuso más fácilmente el negocio.

Así pues, el Sumo Pontífice Alejandro VI, con asentimiento de ambas partes, mediante bula con sello de plomo, les trazó una línea diametral *(un meridiano)* de Septentrión a Mediodía, fuera de los paralelos de las islas que llaman de Cabo Verde, con diámetro de cien leguas al Occidente; porque en el pontificado de Alejandro VI se había puesto en litigio este asunto.

Dentro de la línea trazada, aunque algunos lo niegan, cae la punta aquella de tierra que llaman Cabo de San Agustín, y así no pueden los castellanos sentar el pie en el principio de aquella isla. Por eso regresó de allí Vicente Yáñez, habiendo sabido por los indígenas que la provincia de Ciamba, feraz de oro, estaba al otro lado de unas montañas altas que tenían a la vista, y se llevó a la Española algunos de los que cogió en el golfo de Paria, que manifiestamente pertenece a Castilla, y se los dejó al Almirante joven para que aprendieran nuestra lengua y pudieran después servirles de intérpretes en la exploración de lo oculto de aquellas regiones; y él se vino a la Corte con el fin de conseguir del Rey el permiso de que pudiera llamarse gobernador de la isla de San Juan, que dista solamente de la Española un trecho de veinticinco leguas, por cuanto el propio Vicente Yáñez había sido el primero en descubrir que se cría oro en ella.

Hemos dicho en la primera Década que los indígenas llamaban a esta isla Burichena. De ella era gobernador cierto Cristóbal, hijo del portugués conde de Camina, y los caníbales de las islas vecinas le mataron junto con todos los cristianos, excepto el Obispo y sus familiares, que, abandonando el templo y sus ornamentos, huyendo se refugiaron en lugar seguro.

Porque vuestra Sede Apostólica, Beatísimo Padre, ha erigido ya cinco Obispos nuevos a ruego de los Reyes. En la ciudad principal de Santo Domingo, en la Española, a Fr. García de Padilla, de la Orden de San Francisco. En el pueblo de la Concepción, al doctor Pedro Suárez de Deza; y en la isla de San Juan, al licenciado Alfonso Manso, ambos observantes del instituto de San Pedro. El cuarto, Fr. Bernardo de Mesa, noble, de linaje de Toledo, predicador, dominico, en la isla de Cuba. El quinto, Juan Cabedo, también predicador de púlpito, de la observancia de San Francisco, lo ungió Vuestra Santidad para que esté al frente de los del Darién.

Pronto pagarán los caribes su merecido: se irá contra ellos. Principalmente porque, después de haber cometido aquel horrible crimen, pasados algunos meses, volviendo de la vecina isla de Santa Cruz, mataron al cacique amigo de los nuestros y a toda su familia, y se los comieron, destruyendo el pueblo completamente. La ocasión que tomaron fue que aquel reyezuelo violó el derecho de

hospitalidad con siete caribes, maestros de hacer canoas, que habían quedado allí para que hicieran algunas, porque la isla de San Juan cría árboles más corpulentos para hacer esos monoxilos que no la isla de ellos, llamada Santa Cruz.

Permaneciendo aún en la isla aquellos caribes, dieron con ellos muchos de los nuestros que pasaban de la Española. Sabido el hecho por medio de los intérpretes, comenzaron a querer pedir cuenta de tamaña maldad a los caribes; pero ellos, apuntando a los nuestros los arcos y envenenadas saetas, con cara torva y feroz intimaron a los nuestros que no intentaran meterse con ellos si no querían que les saliera mal el viaje. Los nuestros, temiendo al veneno de las saetas, pues no habían venido preparados a pelear, hicieron señales de paz.

Preguntados los caribes por qué habían destruido el pueblo y dónde estaban el cacique y su familia, respondieron que habían arrasado el pueblo, y se habían comido al cacique y a su familia cortados en pedazos, por vengar a sus siete operarios, y que guardan en haces los huesos de ellos para llevárselos a las mujeres e hijos de los siete operarios, para que sepan que no yacen sin venganza los cuerpos de sus maridos y padres. Y mostraron a los nuestros los haces de huesos. Asombrados los nuestros de tanta barbarie y precisados a disimular, se callaron y no se atrevieron a inculpar o reprender a los caníbales.

De éstas y otras cosas semejantes suceden todos los días muchas que paso por alto por no mortificar los sagrados oídos de Vuestra Santidad con narraciones sanguinarias.

Bastante he divagado, Beatísimo Padre, fuera de las regiones de Veragua y Urabá, que son las que principalmente han dado ocasión a mi propósito. ¿Vamos a omitir lo tocante a la anchura y profundidad de los ríos de Urabá, ni lo que producen, ya estos ríos, ya las regiones que riegan? ¿Callaremos tampoco la magnitud del territorio de Oriente a Occidente, y su latitud del Mediodía al Septentrión, ni lo que se cree de lo que allí está aún por conocer? No por cierto. Beatísimo Padre.

Volvamos, pues, a Urabá, y comencemos por los nombres recientemente puestos a las provincias. Permítase llamarlas *provincias*[41], puesto que, vencidas a lo lejos, obedecen a los cristianos.

---

41 Alude a la etimología latina: *pro-vincia*, de *procul vinco* o *vincio*.

LIBRO IX.
Del creído continente.

1.
La Española, metrópoli. Fertilidad de Urabá. Árboles de Darién. La primera piña de América. Las batatas. Los animales de allá.

Han resuelto que Veragua se llame Castilla del Oro, y Urabá Andalucía la Nueva, y han escogido para habitarla como cabeza de las islas a la Española, sometiéndole muchas colonias de muchas islas. Así se ha fijado la morada en los inmensos territorios de Paria, en las dos regiones de Urabá y de Veragua, para que en las excursiones se refugien en ellas cual puerto, y cuando se vean cansados y necesitados de lo necesario, puedan repararse allí.

Los sembrados y todas las hortalizas crecen admirablemente en Urabá. ¿No es esto maravilloso, Santísimo Padre? Llevan a aquellas tierras semillas de todas las cosas, ramas de plantas, retoños, varetas y mugrones de algunos árboles, como hemos dicho también de los cuadrúpedos y las aves. ¡Oh qué admirable fertilidad! A unos veinte días cogen el fruto de los cohombros y verduras semejantes: las coles, acelgas, lechugas, borrajas y otras hortalizas, a los diez días; y las calabazas y melones los cogen a los veintiocho días de sembrar la semilla. De los tallos y renuevos de nuestros árboles plantados en viveros y en hoyos, y de las varetas injertas en ramas de árboles del país que tengan afinidad, refieren que fructifican con igual rapidez que hemos dicho de la Española.

Los del Darién tienen muchas clases de frutas de árboles indígenas, de vario sabor y saludables para uso de los hombres, de las cuales me propongo describir las principales. Cultivan el árbol *guayano*, que da una fruta muy semejante a la de los cidros, vulgarmente llamados limones, de sabor agrio mezclado con dulce. Abundan asimismo de piñones y de dátiles varios, mayores que los que nosotros conocemos, pero que por su aspereza no valen para comer.

Es cierto que se crían espontáneamente y en cualquier parte palmillas estériles, que, sin embargo, son ellas de comer y crían hojas para escobas. El *guarauaná*, que es mayor que el naranjo, cría una fruta grande, igual a la cidra. Hay otro árbol casi como el castaño: da un fruto semejante a un higo, más grande, de dulce y saludable sabor. El *mameyo* es otro árbol que produce un fruto del tamaño de la naranja, y cuyo sabor no es inferior al del más rico melón. El *guananalá* da una fruta menor que las otras, pero de olor aromático y más sabrosa que ninguna.

El *hovos* es otro que cría una fruta de forma y sabor muy semejante a las ciruelas, pero algo mayor: éste creen que es el *mirobalano*. Este árbol es tan peculiar de la Española, que los cerdos se ceban con su fruto; y cuando madura, los porquerizos no los pueden retener ni gobernar, sin que se les escapen y se vayan desparramados a las selvas que crían esos árboles; así es que gran muchedumbre de cerdos se han hecho silvestres. Por eso dicen que en la Española la carne de cerdo es más sabrosa y saludable que la de carnero, pues nadie duda que las varias clases de alimentos dan a la carne que se come varia virtud y gusto muy diferente.

Otra fruta, dice el invictísimo rey Fernando que ha comido, traída de aquellas tierras, que tiene muchas escamas, y en la vista, forma y color se asemeja a las piñas de los pinos; pero en lo blanda al melón, y en el sabor aventaja a toda fruta de huerto; pues no es árbol, sino hierba muy parecida al cardo o al acanto. El mismo Rey le concede la palma. De ésta no he comido yo, porque de las pocas que trajeron sólo una se encontró incorrupta, habiéndose podrido las demás por lo largo de la navegación. Los que las comieron frescas donde se crían, ponderan admirados lo delicadas que son.

Cavan también de la tierra unas raíces que nacen naturalmente, y los indígenas las llaman *batatas*; cuando yo las vi, las juzgué nabos de Lombardía o gruesas criadillas de tierra. De cualquier modo que se aderecen, asadas o cocidas, no hay pasteles ni otro ningún manjar de más suavidad y dulzura: la piel es algo más fuerte que en las patatas y los nabos, y tienen color de tierra, pero la carne es muy blanca. También se siembran y cultivan en los huertos, como dijimos de la yuca en la Década primera. También se comen crudas, y entonces imitan el gusto de la castaña verde, pero son más dulces. Basta ya de árboles y hortalizas y otros vegetales: vengamos a los utensilios.

Los horribles saltos de aquella tierra los hacen, a más de tigres y leones, y demás animales ya conocidos de nosotros, o, por lo menos, descritos por excelentes autores, otros monstruosos. Pero principalmente cría un animal, en el cual la naturaleza ha cuidado de mostrarse artífice maravillosa. Tiene el cuerpo igual al buey; está armado con una trompa de elefante, y no es elefante; tiene el color del buey, y no es buey; los cascos de caballo, y no es caballo; las orejas también de elefante, pero no tan grandes ni tan caídas, si bien mayores que las de los otros animales.

Acerca del animal que lleva consigo la prole en una bolsa del vientre (no conocido de ningún escritor que yo sepa), que, trepando, se alimenta de frutas de los árboles, tengo dicho bastante en la Década que pienso llegó a manos de Vuestra Santidad antes de que subiera al más alto puesto que hay, supuesto que corrió impresa como escapándose de donde yo la guardaba.

2.
Los ríos de Urabá. Los cocodrilos.
Los faisanes y otras aves acuáticas.

Vamos ahora a referir lo que resta sobre los ríos de Urabá. El Darién por estrecho álveo desagua en el golfo de Urabá: permitiendo apenas las canoas unilígneas del país, pasa por delante del lugar que escogieron para habitar. Pero en el ángulo de la bahía que dijimos navegó Vasco, encontraron que entra por diversas bocas un río que tiene de ancho veinticuatro estadios (leguas llaman), y de profundidad también inmensa, como de más de doscientos codos. Este dicen que desagua en el golfo de Urabá, como el Danubio en el mar del Ponto y el Nilo en Egipto, y le llaman por antonomasia el Río Grande, y en él cuentan que se crían muchos y grandes cocodrilos, como lo sabemos del Nilo, principalmente yo, que he navegado por él río arriba y río abajo cuando fui al Sultán y a la vuelta.

Por eso no sé qué pueda yo recoger de los escritos que acerca del Nilo han dado tantos hombres insignes en doctrina y autoridad. Pues dicen que la naturaleza ha dado para regar aquella tierra dos Nilos, ya les hagan correr de las montañas de la luna, ya de las del sol, ya de los pelados picachos de la Etiopía, y que uno cae por el Septentrión en la ensenada del Egipto, y otro en el océano meridional. ¿Qué voy a decir yo aquí? Del Nilo egipcio no hay duda. El otro del Mediodía lo han encontrado en sus maravillosos descubrimientos los portugueses que cruzan el círculo equinoccial por la región de los negros y los melindos, y los mismos disputan que nace de las montañas de la luna y que es otro álveo del Nilo porque cría cocodrilos y no han leído que éstos se críen en parte alguna más que en las corrientes del Nilo. Los portugueses llaman a ese río Senegal: cruza el país de los negros; en su orilla septentrional está frondoso, en la meridional arenoso y horrible.

De aquel río salen a cada paso cocodrilos. ¿Y qué diremos del tercero y (casi diré) cuarto? Porque opino que son cocodrilos los que, armados de conchas tan duras como la de la tortuga, hallaron los castellanos al mando de Colón en el río que arriba dijimos se llama de los Lagartos. ¿Diremos que éstos nacen de las montañas de la luna? No por cierto, Beatísimo Padre. Luego los modernos han averiguado por experiencia que los cocodrilos se pueden criar en otras aguas que en las del Nilo. Que estos ríos no brotan de los montes de la luna, ni pueden tener el mismo origen que el Nilo de Egipto o el de la Nigricia o Melindo, nazcan éstos donde nazcan, puesto que éstos fluyen

de las montañas próximas que dijimos dividen en no gran trecho del mar septentrional el otro mar austral.

Además, en el Darién y otros ríos, los lugares lacustres que quedan con agua por los inundaciones, se crían faisanes, pavos, pero no de colores, y muchas clases de aves diferentes de las nuestras, ya para comer, ya para deleitar con su vario cantar los oídos de quien los escucha. Pero nuestros castellanos, por impericia de cazar, descuidan el cogerlos. También gorjean en aquellos lugares encharcados innumerables especies de loros dentro del mismo género. Los hay tan grandes como los capones, y también más pequeños que un pajarillo. De la variedad de los papagayos, bastante dije en la primera Década. Porque el propio Colón, al recorrer estos vastos territorios, envió y él trajo unos pocos de cada especie que a todo el mundo se permitió ver, y todos los días se traen aún.

3.
Curiosas conjeturas del autor sobre el origen de los grandes ríos.

Una cosa resta, Beatísimo Padre, muy digna de la Historia, la cual quisiera yo que hubiese caído en las manos de Cicerón o de Livio, mejor que no en las mías: la tengo por tan prodigiosa, que para describirla mi ingenio se encuentra más embarazado que un pollito entre estopa. Llevamos dicho, por testimonio de los indígenas, que aquel territorio no tiene más anchura que seis días desde el océano septentrional al del Sur. Por esto, de una parte la grandeza de los ríos, y por otra lo estrecha que es la tierra, me ponen confuso: cómo pueda suceder que en el espacio tan corto de tres días (de camino), midiendo desde las más altas cimas de aquellas montañas, se repartan a este mar septentrional tantos y tan grandes ríos, yo no lo entiendo. Y es de creer que otros tantos corran hacia los habitantes meridionales.

Estos ríos del Urabá son pequeños si se comparan con otros varios. Refieren los castellanos que en tiempo de Colón descubrieron y después de él navegaron por un río cuya desembocadura en el mar tiene casi cien mil pasos en las primeras costas de Paria, como en otra parte dijimos. Cuentan que desciende de altas montañas al océano, y con su furioso ímpetu y anchura hace retroceder al mar, aun embravecido, digo, empujado por la fuerza de los vientos; y dicen que en su gran espacio no sintieron nada de amargor en las aguas, sino quo son buenas y agradables de beber. Los indígenas le apellidan Marañón, y los de las regiones adyacentes le dicen Mariatambal, Camamoro y Paricora.

Demás de los ríos arriba nombrados, como el Darién, el Grande de Dabaiba, el de Veragua, el de San Mateo, el de Boiogato, el de los Lagartos y el Gaira, encuentran a cada paso otros muchos los que recorren aquellas costas.

Poniéndome, pues, yo a reflexionar dónde estas montañas tan próximas a las costas y tan estrechas, según testimonio de los indígenas, pueden tener concavidades de tanta capacidad, y de dónde pueden llenarse para tener que arrojar tanto líquido, me ocurren varias cosas. Primera, la grandeza de las montañas, supuesto que son altísimas, según dicen. Decíalo también el propio Colón, primer descubridor. Más aún: él sostenía otra cosa; que el Paraíso de las Delicias está en la cima de aquellos montes que aparecen desde el golfo de Paria y la Boca del Dragón, y de esto se había él persuadido resueltamente.

Así, pues, las vastas moles de montañas arguyen que haya vastas cuevas muy capaces, sino que hay que pensar de dónde se llenan. Si los ríos de todas las aguas dulces, conforme muchos piensan, obligados por la pesada mole del mar, refluyen del mismo mar por las hendiduras de la tierra, así como vemos que brotando de las mismas hendiduras dirigen su curso al mar, tendríamos que admirarnos aquí menos que en otra parte, porque de ninguna parte hemos leído aún que dos mares como éstos rodeen tierra alguna en tan estrechos límites, si es verdad lo que cuentan los indígenas; pues es cosa grande que esté rodeada a mano derecha por un océano al cual va el sol

desde la izquierda, y por otro al Oriente, acaso aquél no menor que éste, pues le suponen mezclado con el de las Indias. Oprimida, pues, por semejante mole esta tierra (si vale esta opinión), se ve seguramente obligada a engullir tantos aluviones de agua, y después de engullírselos tiene que echarla por anchas fauces.

Pero si no queremos admitir que la tierra se sorbe del mar las aguas, y profesamos que todas las fuentes se originan de convertirse el aire en agua que destila dentro de las cavernas de las montañas, según opinan los más, lo profesaremos inclinando la cabeza por la autoridad de los que en tales razones se apoyan, y no tanto porque nuestro entendimiento comprenda esa opinión. Que se convierta en agua el aire que absorben algunas cavidades de las montañas, no lo rehúso del todo; pues yo mismo he visto en España que de muchas grutas caía gota a gota lluvia perpetua, y que las aguas así reunidas formaban arroyos por las laderas de los collados, y con ellos se regaban los viñedos plantados en la pendiente, olivares y frutales de toda especie.

Pero principalmente en un lugar tengo por testigos al Ilmo. Luis de Aragón, Cardenal devotísimo de Vuestra Santidad, y a dos Prelados italianos, el uno el obispo de Bova que se llamaba Silvio Pandono, y el otro un Arzobispo que ni recuerdo su nombre propio ni llegué a saber su título. Estábamos en Granada, recién sacada del poder de los moros, y por distracción nos llevó a ciertos montecillos amenos, por los cuales corría con suave murmullo un arroyo de riego. Entretanto, mientras nuestro Ilustrísimo Luis perseguía con saetas las aves que revoloteaban por los arbustos próximos al río, los dos Prelados y yo nos propusimos subir al cerro para ver de dónde nacía el arroyo, pues estábamos próximos a la cima de aquellos montes. Siguiendo, pues, la huella del estrecho arroyo, hallamos una cueva con abundante y perpetua lluvia así, de cuya agua, que gotea frecuentemente en un receptáculo hecho a mano en las piedras que hay debajo, se forma el arroyo.

Todos pueden ver también otra cueva que gotea en esta célebre población de Valladolid, en que ahora estamos, en el jardín, que no dista un estadio de las murallas del pueblo, del egregio jurisperito de la población, llamado el licenciado Villena.

Así, pues, confieso que en alguna parte pueden formarse fuentes del goteo de los antros por la conversión del aire absorbido entre las cavidades de las rocas pendientes. Sino que me figuro que la naturaleza no cuidó de criar por medio de esta tenue industria semejantes aluviones de agua.

Hay, pues, dos razones conformes con lo que yo entiendo: una, las frecuentes lluvias; la otra, el ser allí perpetua primavera u otoño, porque las tierras aquellas están tan cerca del círculo equinoccial que el vulgo no conoce claramente la diferencia del día y la noche en todo el año, y estas dos estaciones son más a propósito para producir lluvias, que no el pesado invierno o el ardoroso verano. La otra razón que confirma a la primera es la siguiente. Si reconocemos que el mar es poroso, y que por sus poros, abriéndolos los vientos, se levantan los vapores de que se forman las nubes de agua, es menester que en esta tierra sean más frecuentes las lluvias que no en otra, si es (como lo dicen) estrecha, y tiene colaterales dos mares inmensos que tan de cerca la rodean.

Como quiera que sea, Beatísimo Padre, yo no puedo menos de dar fe a tantos hombres que frecuentan aquellas tierras, y me veo en la precisión de referir las cosas, aunque la mayor parte no parezcan verosímiles. Por eso he querido discurrir por esos argumentos, no sea que los hombres renombrados por su saber y amigos de buscar por aquí y por allá ocasiones *(de criticar)* los escritos ajenos, me tengan por tan estúpido que, sin mediar razón ninguna, dé crédito a cualquier cuento que se oiga.

Tocante al empuje aquel de aguas dulces que, entrando en el mar, forma la desembocadura tan grande como arriba dijimos, opino que son las aguas acumuladas de muchos ríos que se precipitan y hacen inmenso lago, pero que no son un río, como ellos cuentan, sino que, por ser empinadas las montañas, es tanta, a mi parecer, la violencia de las aguas corrientes que con el (opuesto) impulso de las estancadas resulta aquella colisión, e impiden que las aguas saladas entren en la ensenada.

No faltará, tal vez, quien se admire de que yo me haya admirado tanto, y se burle de mí diciendo: ¡Mira lo que cuenta como un portento, que hay en aquellas regiones ríos muy grandes!

¿Por ventura no tiene Italia su Po, que ilustres autores llaman el rey de los ríos? ¿Y otras regiones no los tienen también grandísimos, como leemos del Tanay, del Ganges y de las bocas del Danubio, las cuales se dice que vencen al mar de modo que se puede beber agua dulce cuarenta millas adentro? A esto quisiera dar solución del modo siguiente: El Po se deja detrás las cordilleras de los Alpes, que dan mucha mole de agua y separan de Italia las Galias, la Germania y la Panonia *(Hungría)*, y, recibiendo en su largo recorrido el Tesino y otro ríos innumerables, corre a desaguar en el Adriático. Lo mismo puede decirse de los otros. Mas estos ríos son más caudalosos, y, según los caciques se lo han contado a los nuestros, tienen su origen muy cerca y corren al mar.

Sin embargo, hay quien opina que, si bien la tierra es aquí estrecha, en otras partes es amplísima.

También se me ocurre otra causa que, aunque la tengo por inválida, me parece bien exponerla. Por ventura, extendiéndose inmensamente la longitud de la tierra de Oriente a Occidente, si es estrecha servirá de ayuda. Porque así como leemos que el Orfea pasa de Elide, por ocultas venas submarinas, al Aretusa de Sicilia, así podrán aquellas montañas tener tan extensas cavernas que se correspondan con otras de otras tierras a larguísima distancia, y al paso se aumenten las aguas que llevan mediante aquella transmutación del aire que hemos dicho.

Tómenlo como quieran, ya los que interpretan con buen corazón los escritos ajenos, ya los que van buscando ocasiones de hacer burla. Acerca de este asunto no sé qué más deba decir al presente: cuando averiguare que ello no es así, diré sencillamente la verdad. Ya que tantas y tan grandes cosas he escrito acerca de la latitud de esta tierra, pasemos ya a tratar de la longitud y forma de la misma.

LIBRO X.
Del creído continente.

1.
Extensión de lo descubierto. Mapas primitivos. Medidas. Latitudes.

El territorio aquel se entra en el mar lo mismo que Italia, aunque aquél no se parece, como ésta, a la pierna de un hombre. Pero Italia es para aquello como un pigmeíllo comparado con un gigante; como que la parte aquella que recorrieron los castellanos desde la dicha punta oriental, que dobla hacia el Atlante (sin que se le haya encontrado aún el fin por Occidente), es ocho veces más grande que Italia. Vuestra Santidad querrá saber en qué razón me fundo para pronunciar este óctuplo.

Desde que resolví obedecer a los que me pedían que en nombre de Vuestra Santidad escribiera estas cosas en latín, yo, que no soy del Lacio, puse cuidado de no poner nada sin averiguarlo bien. Fui a verme con el Prelado de Burgos, patrono de estas navegaciones, de quien arriba se hizo amplia mención. Encerrándonos en una habitación, tuvimos en las manos muchos indicadores de estas cosas; una esfera sólida del mundo con estos descubrimientos, y muchos pergaminos, que los marinos llaman cartas de marear, una de las cuales la habían dibujado los portugueses, en la cual dicen que puso mano Américo Vespucio, florentino, hombre perito en este arte, que navegó hacia el Antártico muchos grados más allá de la línea equinoccial con los auspicios y estipendio de los portugueses. En este indicador encontramos que el primer frente de aquella tierra es más ancho de lo que los caciques de Urabá dijeron a los nuestros acerca de sus montañas. La otra *(carta de marear)* la comenzó Colón cuando vivía e iba recorriendo aquellos lugares, y en ella su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española, añadió lo que juzgaba, pues él también recorrió aquellas costas.

Además, cada uno de los castellanos que, según su propia persuasión, sabía medir tierras y costas, se trazó su pergamino de navegar. De entre todas conservan como más recomendables las que compuso aquel Juan de la Cosa, compañero de Hojeda, que dijimos le mataron los caramairenses en el puerto de Cartagena, y las de otro piloto llamado Andrés Morales, ya por la mayor experiencia de aquellas cosas (pues el uno y el otro estaban ya no menos familiarizados con aquellas regiones que con las habitaciones de su casa), ya porque estaban reputados por más entendidos que los demás en Cosmografía naval. Teniendo, pues, a la vista todos los indicadores, en los cuales había una línea designando, según estilo español, no millas de pasos, sino leguas, mandamos que nos trajeran compases, y comenzamos a medir las costas con este orden.

Desde aquella punta o frente, que dijimos está incluida en la línea de los portugueses, trazada por los paralelos que llaman de Cabo Verde, pero sólo cien leguas más al Occidente, la cual ellos han explorado ya de una y otra parte, encontramos trescientas leguas hasta la desembocadura del río Marañón. De allí hasta la Boca del Dragón, setecientas leguas; en algunas un poco menos, pues no concuerdan completamente. Los españoles hacen la legua de cuatro mil pasos, principalmente en el mar; por tierra, de tres mil.

Desde la Boca del Dragón hasta la cúspide de Cuchibacoa, que se entra en el mar, pasada la cual se forma una ensenada a mano izquierda, medimos en uno trescientas leguas, en los otros poco más o menos. Desde el promontorio aquel de Cuchibacoa hasta la región caramairense, donde está el puerto de Cartagena, unas ciento setenta. Desde Caramaira a la isla Fuerte, cincuenta. Desde allí a las bocas del Urabá, entre las que está la población de Santa María la Antigua, donde se ha establecido Sede, solamente treinta y cinco. Desde el Darién urabense hasta el río de Veragua,

donde se iba a fijar Nicuesa si Dios no hubiera dispuesto otra cosa, medimos que había ciento treinta.

Desde Veragua al río aquel que, según dijimos, Colón le llamó de San Mateo, en el cual Nicuesa, perdida su carabela, anduvo perdido y en la mayor miseria que hombres alguno, no encontramos en los indicadores más que ciento cuarenta leguas; pero en este trecho muchos de los que han vuelto de allá me han dicho que hay más distancia, y colocan en él diversos ríos, como el Aburema con la isla que tiene delante, llamada Escudo de Cateba, cuyo cacique se llamó Caraquemada; otro río, Zobraba; detrás de él el Urida y el aurífero Duraba, y también excelentes puertos, entre éstos el Cerabaroo y el Hiebra, que así los llaman los indígenas.

Si Vuestra Santidad saca bien la cuenta, encontraréis, Beatísimo Padre, en este cálculo mil quinientas veinticinco leguas, que comprenden cinco mil setecientas millas desde la cúspide de San Mateo, que llaman el Golfo de los Perdidos.

Pero no paró aquí todo: cierto astur ovetense de antiguo linaje, llamado Juan Díaz de Solís, que dice haber nacido en Nebrija, patria de varones doctos, encaminándose desde aquel río hacia el Occidente, recorrió no pocas leguas. Pero aquella costa de medio se inclina hacia el Septentrión; por esto no se ha colocado exactamente entre lo que hemos medido, pero nos parece que comprende un diámetro como de trescientas leguas.

Colegid, pues, de lo dicho, Beatísimo Padre, cuánta es la longitud de aquella tierra que se ha de someter a vuestro trono; acerca de su latitud, acaso algún día opinaremos otra cosa. Digamos ahora un poco acerca de la variedad de los grados polares.

Este territorio, aunque se extiende de Oriente a Occidente, revuelve sin embargo, y tanto en su punta se inclina al Mediodía que pierde de vista el polo Ártico y se pasa de la línea equinoccial siete grados hacia el Antártico; pero esa jurisdicción, como ya lo hemos dicho, pertenece a los portugueses. Dejando la punta en dirección a Paria, se vuelve a ver el polo Ártico, y cuanto más se inclina la región hacia el Occidente, tanto más se levanta el polo. Tienen, pues, los castellanos diferente elevación de grados hasta llegar al Darién, donde se ha fijado la Sede principal de aquellas tierras, pues se abandonó la de Veragua, donde advirtieron que el polo se eleva ocho grados. Pero desde allí se inclina tanto la tierra hacia el Septentrión, que casi se pone al igual de los grados del mar de Hércules, en particular si medimos ciertas tierras que ellos descubrieron hacia la costa septentrional de la Española.

2.
Fuente fabulosa. El hambre en Urabá. Los restos se pasan a Darién.

Entre ellas, a la distancia do trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca, alias Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza: tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo lo tienen por verdad.

Pero si Vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa cual no menos peculiar que el escudriñar los corazones de los hombres o sacar las cosas de la nada, como no vayamos a creer la fábula de Medea acerca del rejuvenecimiento de Esón o la de la Sibila Eritrea, convertida en hojas. Hasta aquí de la longitud y latitud, y de las quebradas montañas y de sus acuosas cavernas, y de los grados varios de aquella tierra, que ciertamente basta.

Mas no me parece que se debe pasar por alto lo que les aconteció a algunos desdichados en medio de las calamidades generales. Se me estremecían a mí las entrañas cuando era niño, y sufría

de compasión hacia el Sinón de Virgilio, abandonado por Ulises entre las costas de los cíclopes, porque contaba Virgilio que desde que pasó Ulises hasta que llegó Eneas, no muchos días, se alimentó de bayas y de los cornejos que había entre las piedras. Las bayas y asperillas habrían tenido por delicado manjar los infelices españoles que, siguiendo a Nicuesa, eligieron a Veragua para habitar. ¿Para qué hacer ponderaciones acerca de una cabeza de asno comprada en alto precio? ¿Para qué hablar de muchas cosas semejantes que tienen que padecer los sitiados?

Después que Nicuesa resolvió abandonar a Veragua por la penuria y esterilidad del país, exploró a Belpuerto, y luego las costas del promontorio que llamaron Mármol, a ver si allí podrían establecerse con más fortuna. Viéronse los compañeros acosados de tanta necesidad, que ni siquiera se abstuvieron de comerse los perros con sarna que tenían consigo para cazar y para defensa (pues en los ataques con los indígenas desnudos, se ayudaban mucho de los perros), y alguna vez hasta comieron carne de los indígenas muertos. Pues allí no encontraban árboles fructíferos, ni aves que dijimos se crían en el Darién, y, por tanto, era una tierra nada poblada de habitantes.

Se convinieron algunos compañeros en la compra de un perro flaquísimo que ya casi se estaba muriendo de hambre; le dieron al amo del perro muchos pesos de oro castellanos; le despellejaron para comérselo, y la piel sarnosa, y en ella los huesos de la cabeza, los tiraron a unos espinos próximos; al día siguiente, un infante de ellos dio con la piel tirada, llena de gusanos y que casi hedía. Llevósela a su casa: quitándole los gusanos la echó a cocer en una olla, y, cocida, la comió. Acudieron muchos con sus platos, por el caldo de la piel cocida, ofreciéndole un castellano de oro por cada plato de caldo.

Otro se encontró dos sapos; un enfermo se los compró para comérselos, y dicen que le dio por ellos dos camisas de lino recamado de oro, que valían seis castellanos. En cierto camino del campo se hallaron algunos un indígena muerto por sus compañeros y ya pútrido; lo descuartizaron secretamente, y cociendo sus carnes mataron por entonces el hambre, cual si comieran pavos. De otro cuentan que pasó algunos días alimentándose de arena palustre; pues de noche, separándose del pelotón de sus compañeros para pescar, se había perdido entre las algas de los pantanos, hasta que arrastrándose, ya medio muerto, encontró camino para incorporarse a sus compañeros.

Con estos y otros muchos sufrimientos que pasaron los infelices en Veragua, reducidos de más de setecientos setenta soldados apenas a cuarenta, se hicieron ellos también darienenses: muertos algunos por los indígenas, consumidos de hambre los demás, exhalaron su espíritu hipando de hambre, y así abrieron a los venideros el camino de nuevas tierras que ellos tenían que sojuzgar a costa de su vida. Si, pues, nos hacemos cargo de lo que estos hombres pasaron, de ahora en adelante irán otros a bodas, por se guros y nuevos caminos, a seguras y nuevas tierras en que encuentren ya habitantes y siembras hechas.

Pero adonde haya aportado el capitán Pedro Arias con la real armada, no lo sabemos hasta la hora presente. Lo que vaya sucediendo, si llego a entender que esto agrada a Vuestra Santidad, lo averiguaré con todo cuidado.

En la Corte del Rey Católico, a 4 de diciembre, año del Nacimiento de Cristo, 1514.

DÉCADA TERCERA

LIBRO I

1.
La empresa de Vasco Núñez de Balboa. Se gana a los caciques Careta y Poncha. El desfile por las montañas.

Beatísimo Padre: Había yo cerrado las puertas al Nuevo Mundo, y me parecía que ya había discurrido bastante por sus costas, cuando nuevas cartas que me han llegado me precisan a abrirlas otra vez y a volver a tomar la pluma abandonada.

De Vasco Núñez, el cual dijimos que se arrogó el mando apoyado en la audacia de sus allegados, arrojando del Darién al capitán Nicuesa y al pretor Anciso; y también de otros varios he recibido cartas, escritas en su estilo militar, por las cuales sabemos que ha cruzado las montañas que separan el océano de nosotros conocido y otro mar austral aún ignorado. La carta de Vasco es más larga que la de Capri sobre Seyano; pero de ella y de las otras he entresacado únicamente lo que me parece digno de mención. Vasco, no solamente se ha reconciliado la gracia del Rey Católico que estaba irritado, sino que hasta le ha inclinado a hacerle mercedes: ha recibido del Rey, como también otros muchos, distinguidos y honoríficos privilegios por tales hazañas. Escúcheme atentamente Vuestra Santidad, y oiga con benigno aspecto y con gozo del corazón las cosas que le sucedieron a cada paso en tamaña empresa; supuesto que esta nación española, con trabajos varios y con muchos peligros de muerte, ha sometido, no ya centurias o legiones, sino millares innumerables de hombres, que se han de inclinar ante vuestro sagrado trono.

Vasco Núñez (ya por no sufrir el ocio, ya porque una alma grande no sabe estarse quieta, ya por recelo de que otro le arrebatara tamaña empresa, pues muchos juzgan que Vasco entendió algo de la prefectura de Pedro Arias, ya por ambos motivos y porque comprendía que tenía irritado al Rey por lo que antes había hecho) resolvió acometer con pocos la empresa que le había oído al hijo del cacique Comogro sería difícil aun para mil soldados.

Haciéndose, pues, con algunos veteranos del Darién y con más de los que habían llegado últimamente de la Española atraídos por la fama de mayor abundancia de oro, formó una fuerza de ciento noventa hombres armados. A primeros de septiembre del año pasado, mil quinientos trece, con ánimo de ir por mar cuando se pudiera, salió del Darién con un bergantín y diez monoxilos, o sea, botes unilígneos del país.

Primeramente ocupó la tierra de Careta, cacique del litoral, amigo del de Coiba. Dejando allí las naves, pidió humildemente a Dios que favoreciera la empresa comenzada, y de seguida emprendió el camino por tierra hacia aquellas montañas. Entró primeramente en el territorio del cacique Poncha, y éste huyó como lo había hecho otra vez que fue aquél. Por medio de mensajeros prometió a los jefes de Coiba, de Careta y a Poncha defenderles de toda injuria de loa enemigos, y amistad y muchos beneficios, empeñando la palabra. Ablandado, pues, Poncha con las promesas y halagos, así de los nuestros como de los caretanos, se presentó a los nuestros, y de grado y alegre aceptó la alianza. Vasco le persuadió que nada temiera ya; se dieron la mano, se abrazaron uno a otro, y se hicieron mutuos regalos: Poncha oro, aunque poco, como unos ciento diez pesos, que cada peso hace un castellano, pues el año anterior había sido despojado, como arriba lo referimos.

Vasco, para compensar dones con dones, dio a Poncha de nuestras cosas, como sartas de cuentas de cristal para ponérselas al cuello y en los brazos, espejos y cascabeles de latón, y otras mercancías semejantes de comercio. Tiénenlas en gran estima los indígenas, porque en todo lugar se tiene por cosa preciosa lo que es peregrino. También regaló a Poncha unas pocas segures de hierro para cortar árboles, pues no hay cosa que más estimen careciendo como carecen de hierro y demás metales excepto el oro, y siendo tan difícil el cortar sin instrumentos de hierro ninguna clase de madera, principalmente para construir las casas y vaciar las canoas; como que ellos ejecutan toda la labor de carpintería con ciertas piedras de filo.

Ganado, pues, Poncha para tener asegurada la retaguardia, guió Vasco su tropa a las montañas, con guías y taladores que le dio Poncha, para que fueran delante arreglando las estrechuras del camino, pues había que penetrar por saltos sin senda, por escondrijos de fieras y por revueltas de las montañas, porque ellos tienen escasa y rara comunicación, como que gente desnuda y que no usa el dinero tiene pocas necesidades, y si tienen algún comercio lo hacen de cerca permutando el oro por adornos y muebles útiles. Por eso no hay entre ellos caminos trillados, por no ser nada frecuentes los viajes. No obstante, los exploradores de ellos saben sendas conocidas, aunque ocultas, y, guiándose por ellas se acosan unos a otros con emboscadas y robos nocturnos, matándose sucesivamente y reduciéndose a esclavitud.

Merced, pues, a los indígenas de Poncha y a nuestros carpinteros, cruzó montañas horribles, y por muchos y muy grandes ríos que encontró, echando puentes o entrelazando un conjunto de largas vigas, llevó sin novedad su tropa. Paso aquí por alto muchas cosas que ya por la penuria, ya por el inmenso trabajo padecieron, por no ser molesto refiriendo menudencias; pero lo que se hizo en el viaje con los caciques no me parece que deba omitirse.

2.

Cuarecua se opone a Vasco y es derrotado. Indios sodomitas. Vasco los echa a los perros. Alegría de los comarcanos. Tribu de etíopes.

Antes de llegar a las altas cimas de las montañas, entró en una región llamada *Cuarecua*; le salió al encuentro el cacique, que tenía ese mismo nombre, armado a usanza de ellos, es decir, con arcos y saetas y con *macanas* y esto es, con anchas y largas espadas de madera que manejan con ambas manos, y con astas de punta quemada, y también con dardos arrojadizos, que tiran con ojo muy certero.

Éste recibió a los nuestros en actitud altiva y hostil, con gran muchedumbre de súbditos suyos, para impedir el paso. Preguntó adonde iban o qué buscaban. Les intimó con torvo aspecto, por medio de los intérpretes, que retrocedieran si no querían ser todos muertos sin quedar uno. Diciendo esto, salió al descubierto, vestido él y sus cortesanos, los demás desnudos; y como los nuestros no querían volverse atrás, les acometió. Pronto se acabó todo. Poco rato aguantaron las saetas de los escorpiones[42] y los tiros de las escopetas (que, oyéndolos, imaginaron que los nuestros tenían a su disposición los rayos y los truenos). Volvieron, pues, la espalda, dándose a la fuga. Como en los mataderos cortan a pedazos las carnes de buey o de carnero, así los nuestros de un golpe quitaban a éste las nalgas, a aquél el muslo, a otros los hombros; como animales brutos perecieron seiscientos de ellos, junto con el cacique.

La casa de éste encontró Vasco llena de nefanda voluptuosidad: halló al hermano del cacique en traje de mujer, y a otros muchos acicalados y, según testimonio de los vecinos, dispuestos a usos licenciosos. Entonces mandó echarles los perros, que destrozaron a unos cuarenta. Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos, y los españoles no los encuentran menos leales en

42 Especie de ballesta.

sufrir los peligros que los de Colofón o Gastábala, que formaban escuadrones de perros para hacer guerra; de suerte que los perros guardaban en la pelea la primera línea y jamás rehusaban pelear.

Divulgándose la severidad de los nuestros contra aquel linaje obsceno de hombres, los pueblos acudían como a Hércules, presentando a los que entendían estar contagiados de aquella peste, y escupiéndoles clamaban que los quitaran de en medio, pues el contagio había inficionado a los cortesanos, y no al pueblo. Alzando al cielo los ojos y las manos, indicaban que Dios estaba irritado por tamaña iniquidad, que por eso enviaba rayos y truenos, pues padecen frecuentes exhalaciones y aluviones de agua que destrozan todos los sembrados, y se quejaban que de eso provenía el hambre y las enfermedades; aunque no adoran por Dios más que al sol, piensan que éste es el que da y el que quita las cosechas.

Son, sin embargo, dóciles; vendrán fácilmente a nuestro rito si va allá quien se les enseñe. Se ha conocido que en su lengua no hay nada áspero, nada duro, de modo que no se puedan escribir y pronunciar todos sus vocablos con letras latinas, como alguna vez lo hemos dicho de los indígenas de la Española. Es ésta una raza guerrera y que hasta ahora molestaba a sus vecinos. Pero la provincia no es rica de oro ni de fértiles campos: es montañosa y estéril, y fría por la desnudez de los montes; por eso van allí vestidos, los que logran tenerlos, los de palacio; la demás turba vive contentándose con lo que da la naturaleza.

Encontraron allí esclavos negros de una región que dista de Cuarecua sólo dos días, en la cual no se crían más que negros, y éstos feroces y sobremanera crueles. Piensan que en otro tiempo pasaron de la Etiopía negros a robar, y que, naufragando, se establecieron en aquellas montañas. Los de Cuarecua tienen odios intestinos con esos negros, y se esclavizan mutuamente o se matan.

3.
Prosigue la expedición. Vasco viendo el Pacífico. El cacique Chiapes les ataca; es vencido y reconciliado. Pasa lo mismo con Coquera.

Dejando en Cuarecua muchos de los compañeros, que no acostumbrados aún a tantos trabajos y hambre habían caído enfermos, tomó guías de Cuarecua y se encaminó a las cumbres de las montañas.

Desde la corte de Poncha hasta dar vista al otro mar, media un espacio de seis jornadas cortas; sino que, impedido por varias desgracias y por extrema necesidad de todo, no pudo andarlo en menos de veinticinco días.

Por fin el 25 de septiembre los cuarecuanos mostraron unas altas cumbres desde las cuales se podía ver el otro mar que deseaban. Las miró Vasco atentamente, mandó parar la tropa, fue delante él solo, y ocupó el vértice primero que ninguno. Postrándose en tierra, hincado de rodillas y alzando al cielo las manos, saludó al mar Austral, y escribe que dio infinitas gracias a Dios y a todos los santos del cielo, que le habían guardado la palma de una empresa tan grande a él, que no era hombre de gran ingenio, ni de letras, ni de la nobleza. Hechas las oraciones sagradas a su modo de soldado, llamó a sus camaradas; y señalando con la mano derecha, les hizo ver el deseado mar. Cayendo otra vez de rodillas, pide al cielo, y principalmente a la Virgen Madre de Dios, que proteja la empresa fausta y felizmente comenzada, y les permita reconocer las tierras que ven debajo de sus pies. Lo mismo hacen todos sus compañeros, dando gritos de alegría.

Cuando Aníbal mostró a sus soldados la Italia y los promontorios de los Alpes, hombre feroz prometió a sus compañeros grandes riquezas. «He aquí *(les dijo Vasco)* el mar deseado; ved ahí, ¡oh compañeros de armas y de tantos trabajos!, el de que tantas y tan grandes cosas nos dijeron el hijo de Comogro y los demás indígenas.» Dicho esto, en señal de posesión erigieron por aras unos montones de piedras a derecha e izquierda, para que la posteridad no los acuse de mentirosos: bajando de la cumbre de las montañas, haciendo incisiones en la corteza de muchos árboles escribía

el nombre del Rey de Castilla, y levantaba por todas partes montones de piedra hasta que llegaron a la corte del cacique austral, que se llamaba Chiapes.

Toma Chiapes las armas; sale amenazador con gran muchedumbre para impedirles, no solamente el paso, sino también que se acerquen. Forman los nuestros sus líneas, aunque pocos en número; caen sobre los contrarios, y saludan a Chiapes primero con las escopetas y luego con la jauría de perros que el vulgo llama alanos. Al oír el estruendo de las montañas por los tiros disparados, y al ver el humo de la pólvora que vomitaba llamas, y al oler el azufre (pues el viento soplaba de frente a los enemigos), se declararon ellos mismos en derrota; llenos de terror, pensando que les disparaban rayos, caían por tierra. Así caídos en el suelo o puestos en fuga, cierran con ellos los nuestros, aunque en escuadrón cerrado, y guardando las filas al principio; después sueltos alcanzan a muchos, matan a pocos y prenden al mayor número, pues se habían propuesto conducirse amigablemente y explorar aquellas tierras en paz.

Ocupada la casa de Chiapes, soltó a la mayor parte de los aprehendidos en la huida para que busquen a Chiapes y le exhorten a que venga, y si vuelve le prometan paz, beneficencia y amor; pero si lo rehúsa, le hagan saber que él y los suyos están amenazados de muerte y su reino de ruina.

Para que Chiapes se enterase mejor de estas cosas, dispuso que algunos de los cuarecuanos que servían de guías a los nuestros acompañaran a los chiapeos; y de este modo, persuadido Chiapes, ya por los cuarecuanos, que por sí y a nombre de su cacique le expusieron razones, ya también por los suyos, se entregó por la palabra empeñada. Saliendo de sus escondrijos, volvió a los nuestros: dándose la mano de una y otra parte, trabaron amistad y se obligaron mutuamente con alianzas, y se obsequiaron con mutuos regalos.

Chiapes dio a Vasco cuatrocientos pesos de oro labrado (ya dijimos que el ducado excede al peso casi en una cuarta parte). Por no quedar Vasco inferior a él, dio a Chiapes de cosas nuestras; así, contentos uno y otro, pasaron juntos algunos días, hasta que llegaran los compañeros que habían quedado detrás en Cuarecua; y hechas estas cosas, despidió a los cuarecuanos dándolos regalillos agradables; y guiado por los chiapeos y por el mismo Chiapes, al cuarto día descendieron alegres de las cimas de las montañas a la anhelada costa.

Delante de testigos y de los escribanos reales, adjudicaron al Imperio castellano todo aquel mar y todas las tierras adyacentes a él.

Dejó con Chiapes parte de los compañeros para poder más libremente explorarlo todo. Tomó nueve canoas de los chiapeos, que ellos las llaman *culchas*, y guiado por Chiapes cruzó un río muy grande con ochenta hombres, pasando al territorio de otro cacique llamado Coquera. Éste, al principio, trató de resistir, y peleó por rechazar a los nuestros con las armas con igual resultado que los demás. Coquera realizó su pensamiento: fue vencido y se escapó; pero persuadido por los chiapeos, volvió otra vez; pues éstos, desempeñando el cargo de embajadores de Vasco, expusieron a Coquera cuán invictos eran los nuestros, qué blandos con los humildes, qué crueles y severos con los que se resistían. Les prometieron, con el ejemplo de su cacique y de otros, amparo, patrocinio y tranquilidad si se hacían amigos de los nuestros, y les amenazaron con la ruina y la muerte si les ofendían o despreciaban. Volvió, pues, alegre Coquera con tales noticias, y dio a los nuestros seiscientos cincuenta pesos de oro labrado. Vasco, por su parte, pagó el don con dones de los nuestros, como dijimos que lo hizo con Poncha.

3.
Vasco en el mar Pacífico. Peligra en sus canoas.
El cacique Tumaco resiste, se torna amigo y regala perlas.

Apaciguado Coquera, regresaron a la costa de Chiapes. Allí, viendo otra vez a sus compañeros de armas, cuando hubieron tomado algún descanso se propuso explorar el inmenso golfo vecino, el cual dicen que desde lo último que entra en tierra hasta las regiones que se prolongan a las entradas

del mar, tiene sesenta millas. Puso el nombre de San Miguel a esta ensenada, que dicen tiene muchas islas habitadas y rocas peladas.

Tomó, pues, de la marina de Chiapes las mismas nueve culchas con que había cruzado el río, y se embarcó con los ochenta compañeros sin novedad, disuadiéndole de ello Chiapes y rogándole que de modo ninguno se atreviera a aventurarse en el golfo durante aquel tiempo. Le expuso que en tres meses del año es tan proceloso que de modo ninguno se puede navegar por él, y que a su misma vista muchas culchas fueron devoradas por furiosos torbellinos.

Pero Vasco, que no se avenía con el ocio, decía que en tal negocio le asistiría Dios y todos los Santos; que era asunto tocante a Dios, en el cual la religión cristiana se extenderá y se sacarán tesoros con los cuales se puedan hacer guerras contra los enemigos de la fe. Hizo las veces de un predicador en el púlpito, y persuadiendo a sus camaradas se embarcó en la flotilla de Chiapes. Mas Chiapes, para que Vasco no dudara de su lealtad, le manifestó que dondequiera que se encaminase le había de acompañar, e insistió en que no consentiría de modo alguno que saliera Vasco de su corte, dejándole a él.

Tan pronto como lanzaron las culchas de la costa a alta mar, se vieron embestidos de tal lucha de las olas, que no sabían adonde dirigirse ni dónde parar. Mirándose unos a otros, cada uno veía a sus compañeros medrosos y aterrorizados; pero especialmente Chiapes y los suyos, conocedores de aquel mar proceloso, se sentían abatidos; como que habían visto en las cercanías muchos peligros de éstos y naufragios.

Salieron por fin, y amarradas las culchas, se refugiaron en una isla próxima. Mientras allí pasaban la noche sobrevino el flujo del mar, y casi cubrió toda la isla. Dicen que ese mar austral, en la pleamar, sube tanto que cubre entonces muchas grandes rocas, las cuales parece que se levantan después en el reflujo; por el contrario, los que habitan en las costas septentrionales afirman unánimes que apenas crece un codo en la playa; lo mismo confiesan también los habitantes de la Española y demás islas comarcanas.

Cuando, pues, la playa quedó en seco por el reflujo, volvieron atónitos a las culchas, las encontraron todas enroñadas y llenas de arena, algunas estropeadas y agrietadas, aunque eran de un solo madero, y medio perdidas por haberse roto las amarras. Repararon las averiadas con ceñidores, con cortezas de los árboles y con ciertas hierbas consistentes de mar, con las cuales también rellenaron las grietas para salir del paso. Regresaron, pues, semejantes a los náufragos y casi muertos de hambre, porque la tempestad no les había dejado absolutamente nada que comer.

Cuentan los indígenas que en aquellas islas el bramido del mar es horrible todo el año en su flujo y reflujo; pero especialmente en aquellos tres meses que dijo Chiapes, que de lo que decía coligieron ser octubre, noviembre y diciembre; pues insinuó la luna actual y las dos siguientes, y era el mes de octubre.

Rehecho algún tanto, y pasando de largo el país de un cacique inútil, se dirigió a otro lado del golfo; a cuyo cacique llaman Tumaco con el nombre de la región. Éste salió armado como los demás, y se luchó con él como con los restantes: fue vencido y puesto en fuga; los que resistían fueron muertos, y los demás perdonados, pues se llevaba la mira de aplacar las naciones y tratarlas amigablemente.

Tumaco escapó herido: enviando algunos chiapeos, se le aconsejó que volviera sin temor; sin embargo, ni las promesas ni las amenazas le hicieron impresión; expusiéronle que si se obstinaba se acarrearía él la muerte, el exterminio de su linaje y la ruina de los lugares de su reino. Al fin mandó venir a su hijo, al cual Vasco volvió a enviar vestido y con regalillos, persuadiéndole que hiciera venir a su padre y le informara de la índole y fortaleza de los nuestros.

Tumaco, en vista del buen trato que se había tenido con su hijo, vino a los tres días de irse éste. Nada trajo entonces; pero, enviando a sus familiares, mandó traer seiscientos catorce pesos de oro, y doscientas cuarenta perlas principales, y mayor abundancia de pequeñas. Los nuestros

admiraban las perlas, aunque no estaban blancas como debían, porque no las sacan de las conchas, sino asándolas primero para que más fácilmente se abran ellas mismas, y la carne que hay dentro resulte más sabrosa; pues su carne es plato y manjar de reyes, y la estiman más que las propias perlas.

Estas cosas me las contó un Arbolante, español, de la Cantabria, uno de los camaradas de Vasco, que lo envió al Rey con perlas y conchas. Menester es creer a los que toman parte en las cosas.

Tumaco, pues, al ver que los nuestros estimaban tanto las perlas, mandó a algunos de sus familiares que allí estaban que se dispusieran a pescar, y ellos obedecieron. Regresaron a los cuatro días, trayendo doce libras de perlas de a ocho onzas la libra. Gozosas ambas partes, se abrazaron mutuamente. Tumaco se reputaba feliz por haber regalado a los nuestros dones que les gustaban y por haber sido admitido a su amistad; los nuestros, relamiéndose en vista de esta muestra de grandes riquezas, se felicitaban unos a otros.

De todo era testigo y compañero el cacique Chiapes, alegrándose de ver cómo por su dirección iban a quedar satisfechos los nuestros, y también porque al cacique vecino, que acaso no era amigo suyo, pero sí más poderoso, le haría ver qué tales amigos tenía él, no dudando que esto daba autoridad a su casa. Pues estos reyezuelos desnudos, agitados por mera ambición, se hostigan mutuamente con grandes enemistades.

Vasco hace alarde de haber sabido, en su trato con Tumaco, admirables secretos acerca de las riquezas de aquella tierra, los cuales no quiere decir por ahora. Indica que Tumaco se los dijo al oído.

4.

Primeras noticias de la isla rica.
Temporales de aquel mar. Sobre los antípodas.

Sin embargo, uno y otro cacique les enteraron de que hay en aquella ensenada una isla, mayor que las demás, sujeta toda ella a un rey poderoso, el cual, en las temporadas que el mar está tranquilo, pasa a las tierras de ellos con gran flota de culchas y hace presa de todo lo que encuentra. Esa isla dista de esta playa unas veinte millas, y se ven sus promontorios desde los cerros altos del continente. Se cuenta que allí se crían conchas tan grandes como un quitasol, de las cuales se sacan perlas, que son el corazón de las conchas, mayores que una haba, y a veces más que una aceituna, y tales que Cleopatra habría podido codiciarlas.

A pesar de que la isla se arrima tanto a la playa, sin embargo, su punta se extiende en el ancho mar fuera de la entrada de la ensenada. Oídas estas noticias, Vasco se llenó de gozo por aquella relación lucrativa; y para granjearse más la voluntad de los caciques y unirlos a sí más estrechamente, comenzó a hablar palabras airadas contra el tirano, llenando de dicterios y ofensas al injusto cacique. Gritó con juramento que sin más tardanza iba a pasar a debelarlo, derrotarlo y quitarle la vida; y esto diciendo, mandó disponer las culchas para que los hechos correspondieran a las palabras.

Pero los caciques Chiapes y Tumaco le exhortaban y recomendaban amigablemente que lo dejara para tiempo más tranquilo, pues en aquella estación no podía nave alguna aventurarse en aquel mar (era ya el 5 de noviembre), y repetían que el mar era por todo extremo borrascoso y tempestuoso o imposible de navegar.

Que los caciques decían verdad era patente, pues se oía el horrendo bramido del continuo choque de las olas entre las numerosas islas de la ensenada, y en aquel tiempo los ríos, saliendo de sus cauces, arrastraban consigo de las montañas pesadas peñas y grandes árboles con estrépito inaudito, y rugía furiosa la fuerza de los vientos, no sin daño de las casas. Eran el austro y el sudeste

huéspedes perpetuos de aquellos sitios, acompañados en aquel tiempo de relámpagos y truenos: de noche pasaban frío estando el tiempo sereno, y de día les molestaba el ardor del sol. Y no es de extrañar estando, como estaban, próximos al equinoccio, aunque ellos no hacen mención ninguna del polo; pues en tal región, de noche ejercen su influencia la luna y los demás planetas fríos, y de día el sol y los astros errantes de su esfera, por más que otra cosa pensaran los antiguos, que, por estar perpendicular el sol, suponían desierto el círculo equinoccial, a excepción de pocos autores, cuya opinión confirman indudablemente las experiencias de los portugueses, que todos los años navegan casi hasta los antípodas antárticos de los septentrionales, y tienen comercio con ellos.

Antípodas he dicho, aunque no ignoro que muchos varones de singular ingenio y suma instrucción, y algunos de ellos que se cuentan entre los santos, niegan que haya antípodas. A nadie le ha sido dado el saberlo todo.

Los portugueses han llegado más allá del grado cuarenta y cinco del otro polo, donde se ven ciertas nubecillas que dan vuelta alrededor del punto, como el blanquear esparcido en la vía láctea por todo el globo del cielo, dentro de la latitud de ese espacio; y cuentan que no hay ninguna estrella notable próxima a aquel polo y semejante a esta nuestra que el vulgo supone ser el polo, y en Italia llaman Tramontana y en España Norte, que no se oculte bajo el océano. Cuando el sol se pone para nosotros, les sale a ellos de medio del fiel de Libra, y tienen la primavera cuando nosotros el otoño, y les comienza el verano cuando el invierno a nosotros. De cosas ajenas a mi propósito basta ya.

Volvamos a los nuestros.

LIBRO II.

1.

La pesca de las perlas: su carne, su cría sus conchas. Regresa Vasco a Darién por el territorio del cacique amigo Teaocha.

Por consejo de los caciques Chiapes y Tumaco pareció bien diferir para la primavera o el verano el pasar a la isla, y Chiapes se ofreció para acompañar entonces a los nuestros.

Entretanto Vasco supo que los caciques tenían redes, y por heredades playas de pescar las conchas que criaban las perlas, las cuales diestros buzos, enseñados desde niños para este ejercicio, las sacan de los viveros de los caciques; pero cuando está el mar quieto y tranquilo y la pleamar abandona la costa, para poder más fácilmente sumergirse adonde ellas están. Cuanto son mayores tanto más hondo habitan, y las menores, como hijas, están más cerca del margen, y las más pequeñitas, como nietas, viven próximas a la superficie. Para coger las conchas más hondas bajan tres estados de hombre, a veces cuatro. Para coger las hijas o nietas se entran hasta mitad del muslo, y a veces menos, y de ellas, cuando el mar se queda tranquilo tras fiera tormenta, encuentran muchas en la arena arrancada por las olas y arrojada a la playa. Las que se recogen en la arena tienen perlas menudas.

La carne de tales conchas vale de comer como la de nuestras ostras, pero dicen que la de aquéllas es de más exquisito sabor; tal vez el hambre, que es el mejor de todos los condimentos, es el que hace a los nuestros decir eso.

Si las perlas son el corazón de las conchas, como quiere Aristóteles, o son fetos de sus entrañas y partos de ellas, según la opinión de Plinio; si están perpetuamente adheridas a los escollos, o si andan juntas por el mar guiadas por las de más tiempo; si se crían una a una, o si cada cual cría muchas; si crían una vez o más; si se raen con lima donde se fijan, o si fácilmente se arrancan, y cuando están hechas salen espontáneamente; si, por fin, las perlas son blandas dentro de la concha, o si están duras, no lo saben aún los nuestros. Espero conseguir pronto noticia cierta, supuesto que los nuestros las tienen entre manos. Cuando sepa que ha llegado Pedro Arias, capitán de los nuestros, le escribiré pidiéndole que lo averiguo bien y me lo diga todo exactamente. Sé que lo hará siendo, como es, muy amigo mío; pues no está bien que no sepamos qué decir de una cosa tan grande, cuyo deseo desmedido arrastró indistintamente a hombres y mujeres en lo antiguo y en nuestros tiempos. En adelante, podrá España saciar con sus perlas el apetito de las Cleopatras y Asopos, y ya no rendirá homenaje ni envidiará los feraces Stoido o Taprobana, ni al océano Índico ni al mar Rojo. Volvamos a nuestro propósito.

Vasco propuso a Chiapes que sus nadadores hicieran una prueba en su finca de las perlas; y Chiapes, por darle gusto, aunque el tiempo era contrario y estaba de tormenta, mandó que en seguida fueran a los viveros treinta de sus buzos, acostumbrados a aquella faena. Vasco envió sólo seis de los suyos que presenciaran la pesca desde la playa, sin exponerse al peligro de la tempestad, y se fueron juntos. Desde el palacio de Chiapes a la costa de pescar, había como diez millas; mas por lo furioso que el mar estaba, no se atrevieron a entrar. De las conchas que había en la superficie, y de las que la fuerza de la tempestad había arrojado a la playa, trajeron en pocos días seis bultos, y se las comieron como glotones; pero las perlas no eran mayores que lentejas o garbanzos menudos; pero muy blancas, porque las habían sacado de conchas crudas.

Para que no les traten de embusteros respecto al tamaño de las conchas, enviaron al Rey, junto con las perlas, algunas muy notables, comiéndose antes la carne. Nos parece que en ninguna parte del mundo las puede haber mayores. Así, pues, estas conchas, y el oro que se encontró en todas las

casas, muestran que la naturaleza tiene escondidas riquezas inmensas en aquellas regiones, porque todo esto es nada más que como el dedo meñique. ¿Qué no habrá en la mano de gigante (pues sólo se han reconocido las cercanías de Urabá) cuando hayan explorado todas las playas de aquel país tan vasto, y sus interioridades más secretas?

Contento y alegre Vasco con tales descubrimientos, resolvió volverse al Darién, aunque por diferente camino, para reunirse con sus compañeros, donde también tienen minas de oro como a diez millas del pueblo. Dio licencia a Chiapes para que no le acompañara más, y le aconsejó que se conservara sin novedad. Abrazáronse mutuamente, saltándole casi las lágrimas a Chiapes, y se dieron la mano al separarse. Dejó allí a los enfermos, marchó con los que estaban buenos, sirviéndole de guías los marineros de Chiapes.

Pasó su escuadrón por un río muy grande, nada vadoso, al territorio de un cacique llamado Teaocha, el cual, al saber la llegada de los nuestros, porque ya había tomado noticias de sus costumbres, se alegró sobremanera. Salióles voluntariamente al encuentro, les recibió honoríficamente y les saludó como amigo, y en prueba de amor ofreció a Vasco veinte libras de oro primorosamente labrado, libras de ocho onzas, y también doscientas perlas notables aunque poco limpias, como lastimadas por el fuego. Dándose, pues, mutuamente la mano, y compensando bien el regalo de Teaocha, despidió a los chiapeos a ruego del cacique Teaocha, para no privarle del deseo de obsequiar a los nuestros.

Teaocha, cuando los nuestros marcharon de su corte, no solamente les dio quien les acompañara, sino también esclavos complacientes que hicieran las veces de acémilas para llevar a cuestas el convoy, puesto que habían de caminar por bosques desiertos, por estériles y peladas montañas, llenas de feroces tigres y leones; y para guiar a los esclavos, envió el cacique al hijo que más quería. Cargó a los esclavos de pescado salado y de pan del país, hecho de maíz y de yuca, y mandó a su hijo que nunca se apartara de los nuestros, ni regresara hasta que Vasco quisiera.

2.
Prosigue Vasco: peligros de sed y de fieras. Tigre cazado. El cacique Pacra: su castigo. Los perros en la guerra.

Con estos guías marchó Vasco hacia un cacique llamado Pacra, tirano atroz, enemigo encarnizado de los caciques comarcanos y más poderoso que los otros, el cual, ora porque le aterrorizaba la conciencia de sus delitos, ora por conocer su inferioridad, se dio a huir. Escribe que sufrió en el mes de noviembre grandes calores y sed mortal, porque aquella parte de las montañas escasea de agua, y habrían perecido a no ser por una fuentecilla que los indígenas les enseñaron en escondido rincón de los bosques, y dos jóvenes ágiles de los nuestros fueron de seguida a tomar agua con calabazas y vasijas de agua que llevaban los teochenses.

De los indígenas ninguno se atrevió a separarse del pelotón, porque las fieras que se encuentran embisten a los desnudos, principalmente en aquellas lomas y en la cercanía de aquella fuente. Cuentan que a veces los arrebatan de las casas por la noche si no tienen buen cuidado de cerrar diligentemente las puertas con trancas y travesaños.

Merece contarse, antes de pasar más adelante, un caso particular. Refieren que, el año anterior, el Darién se vio acosado de una tigre que hacía no menores daños que cierto jabalí rabioso en Calidonia, o el fiero león de Nemea; pues dicen que por espacio de seis meses no se pasó ninguna noche tranquila sin que matara dentro de las calles mismas del pueblo, ya una vaquilla o una yegua, un perro o un cerdo. Embestía ya el ganado mayor y los rebaños, y hasta refieren que nadie salía seguro de su casa en aquel tiempo, principalmente cuando *(la tigre)* tenía cría, pues entonces embestía también a los hombres, instigada por el hambre de sus cachorros, si topaba con hombres antes que con alguna bestia.

Apretando la necesidad, se encontró por fin un ardid con que pagara la pena de tanta sangre; pues examinando las estrechuras de las sendas por donde solía salir de las madrigueras de las cavernas para hacer presa, había una hendedura en el camino. Excavando un hoyo y sacando la tierra con canastos, lo arreglaron extendiendo la parte sobrante.

Viniendo el incauto tigre, pues era el macho, cayó en el hoyo y se enclavó en los agudos palos que en su fondo habían fijado. Con sus rugidos estremecía todas las cercanías, y hacía resonar los montes con su ruido. Clavado en las estacas, le mataron tirándole gruesas piedras desde las orillas del hoyo. Las astas que desde arriba le tiraban, echándoles las uñas, las hacía mil astillas y pedazos; medio muerto ya y desangrado, aún daba miedo a los que le miraban. ¿Qué habría hecho estando suelto e ileso? Cierto Juan de Ledesma, sevillano, amigo de Vasco y compañero de sus trabajos, dice que comió carne de aquel tigre, y me dijo que no era inferior a la de vaca: preguntándoles cómo dicen que era tigre los que no habían visto ninguno, respondieron que por las manchas, la fiereza, la agilidad y otras señales que los autores dan, y muchos de ellos dicen que han visto leopardos y panteras con manchas.

Habiendo muerto el tigre macho, siguiendo sus huellas hacia las montañas, encontraron una madriguera, que era su domicilio conyugal, y en ausencia de la hembra se llevaron dos cachorros que aún necesitaban mamar. Cambiando de parecer, con el fin de enviarlos después a España cuando fueran más grandecitos, poniéndoles al cuello unas cadenas de hierro, llevaron otra vez a la cueva los cachorros para que mamaran. Después de pocos días volvieron a la cueva, y sin que hubieran cambiado de sitio las cadenas, se la encontraron vacía; formaron juicio de que la madre los habría hecho pedazos, y se los llevaría para que nadie gozara de ellos, pues afirman que de modo ninguno pudieron salir vivos de las cadenas. La piel del tigre muerto, rellena de hierba seca y de paja larga, la enviaron al Almirante y a los principales, de quienes estas nuevas tierras reciben las leyes y los socorros, y estas cosas me las contaron los que sufrieron perjuicios del tigre y manejaron su piel. Lo que me dieron, eso doy.

Hay que volver a Pacra, del cual nos hemos apartado. Entrando Vasco en los abandonados bohíos o casas de Pacra, procuró ganárselo: por medio de mensajeros hizo entender a Pacra lo que ya hemos mencionado que intimó a los demás. Pacra resistía mucho tiempo: como se mostraba refractario se añadieron amenazas, y, por fin, vino acompañado de tres caciques. Escribe Vasco que Pacra era tan deforme, tan sucio y tan feo, que no ha visto nunca otro que lo fuera más. Dice que la naturaleza no le dio más que la forma humana, que fuera de eso es un animal bruto, agreste y monstruoso, y sus costumbres iguales a su talante y a sus rasgos. Robando las hijas a cuatro caciques vecinos, abusaba de ellas con detestable sensualidad. Acerca de las costumbres obscenas de Pacra y de otros desafueros suyos, los caciques limítrofes declararon muchas cosas ante Vasco, como ante un juez en su tribunal o ante Hércules vengador, y pedían que se impusiera el último castigo a Pacra, y así a aquella bestia feroz con sus tres caciques que le obedecían y tenían sus mismas costumbres, le echó los perros guerreros, y sus cadáveres destrozados los mandó quemar.

De estos perros que emplean en los combates se refieren cosas maravillosas: se tiran a los indígenas armados lo mismo que a los fugaces ciervos o fieros jabalíes cuando se les azuza. Acaeció a veces no ser necesario usar de las espadas, flechas ni otros dardos para derrotar a los enemigos que salían al encuentro, pues en haciéndoles señal y soltando a los perros que iban delante del escuadrón, aterrorizados por la torva mirada y los inauditos ladridos de los perros, vacilaban y abandonaban la pelea y las filas, asombrados de la prodigiosa invención. Sin embargo, no sucede así cuando se viene a las manos con los caramairenses y los caribes, pues son más feroces y más dispuestos para la guerra. Con la velocidad del rayo disparan flechas envenenadas contra los perros que les embisten, y matan muchos. Pero los habitantes de estas montañas no hacen la guerra con flechas, sino que pelean sólo contra los enemigos con macanas, esto es, espadas de madera anchas y largas, y con dardos arrojadizos y astas de punta tostada.

Antes de morir Pacra, no se le pudo sacar con ningunos halagos, ni amenazas, ni tormentos, dónde cogían el oro sus familiares; y preguntado de dónde había sacado aquél (pues de su tesoro habían tomado treinta libras de oro), respondió que se habían muerto los familiares suyos, que en tiempo de sus padres y en el suyo recogían oro de aquellas montañas, y que desde que salió de la pubertad no se cuidó nunca de buscar oro; y no hubo medio de sacarle de esta declaración que se propuso.

3.
El cacique amigo Bononiama. Sus noticias. El hambre que pasaron.

Por esta severidad con que trató a Pacra, se granjeó Vasco la buena voluntad de los caciques vecinos, y de aquí resultó que a los enfermos, que dijimos había dejado atrás y ahora los mandó llamar, el cacique que había a mitad del camino recto y se llamaba Bononiama, los recibió benignamente cuando pasaban, y les dio veinte libras de oro puro labrado y comestibles en abundancia, y no quiso abandonarlos hasta que desde su corte los condujo a la de Pacra, y él mismo se los entregó todos a Vasco como un depósito fiel, tomándolos de la mano uno por uno y diciendo:

«He aquí tus compañeros de armas, varón fortísimo; he aquí cómo, según los recibí en mi corte cuando vinieron, así te los entrego; quisiera yo que estuvieran mejores de salud, pero a ti y a tus compañeros os la dará el que envía los truenos y los rayos a los hombres malos, y por su bondad con tiempos buenos nos da yuca y maíz (al decir esto, alzando los ojos al cielo, indicaba al sol.) Tú matando a nuestros enemigos violentos y soberbios, nos traes la tranquilidad a nosotros y a nuestras casas; tú domas a los monstruos; tú y tus compañeros, varones de singular virtud, creemos que habéis sido enviados de lo alto para que bajo la protección de vuestra macana, podamos vivir sin temor. Al Dador de todos los bienes daremos gracias perpetuamente por esta dicha tan grande que nos ha cabido.» Estas y otras cosas semejantes decía el intérprete que proclamó el cacique Bononiama, y Vasco le dio iguales gracias por haber acompañado a los nuestros y haberlos tratado bien, y dio a Bononiama muchos regalos, que ellos estiman en sumo grado.

Escribe Vasco que de este régulo aprendió muchas cosas sobre la opulencia de aquellas partes, y dice que las quiere callar al presente, y que las cita por lo que pueda suceder. No comprendo qué quiera significar esta hiperbólica reticencia. Parece prometer grandes cosas, y se debe juzgar que no será ajeno de su promesa el esperar de allí riquezas inmensas, supuesto que no fueron a ninguna casa de los indígenas en que no encontraran pecheras o pectorales de oro, o joyas de oro para el cuello y los brazos. Saco, pues, la cuenta por las casas de los nuestros. Si alguno, arrastrado por la codicia de tener hierro, se entrara a mano armada en Italia o en España, ¡cuánto hierro encontraría en las casas! Allí la sartén de hierro, en otra parte el caldero de hierro, y las trébedes del fuego y abundancia de asadores para las necesidades culinarias; en ninguna parte dejaría de encontrar alguna cosa de hierro apta para algún uso, y se haría con gran cantidad de ese metal, y por estos hallazgos comprendería que había hierro en el país. Pues han visto que aquellos indígenas no tienen el oro sin labrar en más estima que los nuestros el hierro en bruto.

Esto sé, ¡oh Beatísimo Padre!, acerca de aquellas cosas, por cartas de Vasco Núñez y de sus compañeros de armas, y también de viva voz. El tiempo, que todo lo descubre, las hará saber mejor. No pudieron éstos hacer gran cosa en la busca de minas, porque de ciento noventa hombres que dijimos sacó Vasco de Darién, sólo de setenta, o a lo más de ochenta, pudo servirse en las cosas que hizo, dejando siempre a la espalda los demás en las casas de los caciques, y dice que contrajeron principalmente varias enfermedades los que habían ido recientemente de la Española; pues éstos no pudieron sufrir tanta calamidad, como el pasar con sólo pan del país y hierbas del campo sin sal, las más veces con agua del río, y aun frecuentemente no habiéndola saludable, y de esta manera alimentar sus estómagos, acostumbrados a mejores comidas. Pero los primeros que habían ido al Darién se habían acostumbrado a sufrir todos los males, y hecho sus estómagos al hambre extrema.

Por eso se jacta festivamente do que ha guardado más larga y más rigurosa cuaresma que la que Vuestra Santidad manda observar por antigua institución; como que ha pasado cuatro años perennes con las hierbas de la tierra o frutas de los árboles, siendo pocas las veces que él y los suyos llegaban a saciarse; que pescado comieron raras veces, carne rarísimas, y se lamentaban de que habían llegado al extremo de verse precisados a comerse los perros sarnosos y los sapos del fango, y cosas semejantes, cual delicadas viandas y manjares exquisitos, cuando llegaban a conseguirlo. De esto hemos escrito arriba con más extensión. Llamo primeros darienenses a los que, al mando de Nicuesa y Hojeda, ocuparon primeramente el país para habitarlo, de los cuales quedaban pocos.

Dejemos ya esto, y vuelva otra vez Vasco vencedor por las altas cumbres de las montañas.

LIBRO III.

1.
Prosigue Vasco su penosa expedición por tierras de varios caciques. Estima que hacían de nuestras hachas de hierro.

Treinta días pasó en la corte de Pacra ganándose la voluntad de los indígenas y remediando la necesidad de sus compañeros. Desde allí, llevando por guías a los teaochenses, tomó la orilla del río Comogro, el cual dio nombre a la región y al cacique.

Encontró las laderas de las montañas tan estériles y horribles que, fuera de hierbas o raíces del campo, que son comida de bestias, o de frutas de los árboles, no encontraron nada de comer. Habitaban aquella tierra miserable dos caciques parientes que vivían juntos, y huyendo de prisa de la vista de hombres y de aquel malaventurado suelo, obligado por el hambre se marchó. Cotocho dice que se llamaba el uno de aquellos pobres caciques, y el otro Ciuriza. A los dos se los trajo por guías, despidiendo a los teaochenses.

Tres días pasó, cayéndose casi de hambre sus compañeros, andando por bosques horribles, por intransitables rodeos de las montañas, después por lugares palustres y sitios pantanosos, que ceden cuando se pisan y a veces se hunde el incauto caminante, y por lugares en que la naturaleza se muestra enemiga de que el hombre use de ella, donde rara vez encontraba sendas abiertas, porque rara vez se comunican los indígenas, que no hacen sino matarse unos a otros en hostiles invasiones, o prenderse para esclavos; que fuera de esto no salen de sus términos.

Llegando, por fin, al territorio de otro cacique llamado Buchebuea, lo encontraron todo desierto y silencioso. Se habían refugiado en los bosques el cacique y todos sus súbditos. Enviando mensajeros que los hicieran venir, lejos de amenazarle con violencias, le prometieron patrocinio. Respondió Buchebuea que no había huido por temor de que le hicieran daño, sino que se había retirado por vergüenza, y de tristeza de que no podía recibirlos con el honor que merecían, pues no podía darles nada de comer; y en señal de consideración y amistad, les envió voluntariamente varias cosas de oro, pidiendo que le dispensaran lo demás. Pareció que el pobre indicaba que algún enemigo comarcano le había despojado y tratado soberbia y cruelmente.

Se marcharon, pues, de allí hipando de hambre y más demacrados que habían ido. Conforme iban andando, se presentaron por un lado unos indígenas desnudos haciendo señas desde un cerro. Vasco mandó hacer alto, y les esperaron. Por medio de los intérpretes que Vasco llevaba consigo, les preguntaron qué querían, y hablaron de este modo:

«Nuestro cacique Chioriso os saluda. Ha sabido que sois gente esforzada, domadora de los que hacen daño y debeladora de los malos; por eso, sin conoceros más que por la fama, os venera y tiene respeto. Nada hubiera querido más que convidaros bajo el techo de su palacio. Dice que se reputará feliz de tener tales huéspedes. Mas ya que la suerte le ha sido contraria y ha quedado atrás fuera de vuestro camino, en señal de lo que os ama os regala estos pedazos de oro.» Y le entregaron a Vasco, sonriendo cortésmente, treinta patenas de oro puro, prometiéndole que le darían más si alguna vez les visitaban. El vulgo español llama patenas a las láminas circulares que llevan al cuello, y las con que se cubren los cálices en el altar sagrado. Por esto no entiendo bien si quiere decir platitos de mesa o medallas. Me parece que serán lo primero, pues pesaban catorce libras de a ocho onzas.

Además contaron que tienen colindante un cacique enemigo y opulento en oro, que todos los años les invade el territorio, como queriendo ellos inferir que el arruinar a aquel cacique haría ricos

a los nuestros, y les librarían a ellos, como amigos, de un continuo sobresalto. Por medio de los intérpretes manifestaron que esto sería fácil con auxilio de los nuestros y sirviendo ellos de guías.

Con buenas esperanzas que les dio, despidió Vasco muy contentos a los mensajeros, felices con la recompensa que obtuvieron por sus regalos, pues les dieron algunas segures de hierro, las cuales estiman más que grandes montones de oro, como que tienen poca necesidad de él, no usando el mortífero dinero; pero con las hachas, el que consigue una declárase más rico que Creso. Los hombres aquellos desnudos ponderan que las segures sirven a los hombres para mil usos; pero que el oro sólo se busca para ciertos apetitos vanos, de que no es molesto el prescindir; y tampoco les ha llegado nuestra gula, que les obligue a colmar sus aparadores de mil joyas cinceladas, como se hace en nuestros tiempos.

No gastan mesas ni servilletas ni manteles, sino acaso los caciques, que adornan las mesas con algunas vasijas de oro: los demás matan el hambre tomando con la mano derecha el pan de su tierra y en la izquierda una tajada de pescado asado o alguna fruta; carne pocas veces logran, y si tienen que limpiarse los dedos untados con alguna comida, les sirve de servilleta la planta de los pies o la piel del muslo, *vel genitalem interdum crumenam*. Lo mismo cuentan de los isleños de la Española; sin embargo, se sumergen frecuentemente en los ríos y se lavan por completo.

Cargados, pues, de oro los nuestros, prosiguieron, pero afligidísimos, y apenas pudiendo respirar, por la necesidad. Llegaron al territorio del cacique Pochorrosa, y allí llenaron sus vientres vacíos con pan de maíz, que es como el panizo de Lombardía. Huyó Pochorrosa, y llamado con halagos y promesas regresó. Se hicieron mutuos regalos: Vasco al cacique, los acostumbrados y gratísimos al que los recibía; Pochorrosa a Vasco, quince libras de oro fundido y unos pocos esclavos.

2.
El ponderado cacique Tubanama. C;u prisionero. Sus excusas.

Cuando quería marcharse de allí, le contaron que tendría que hacerlo por la jurisdicción de un cacique llamado Tubanama. Éste es el que el hijo de Comogro les había dicho antes que era poderoso y formidable en toda la comarca, del cual habían sido cautivos el mayor número de los familiares de Gomogro, hechos prisioneros de guerra.

El poder de Tubanama, conforme ahora se averiguó, lo habían medido comparándolo con el suyo. Cuando hablaban de él aquellos caciques, eran cual mosquitos respecto de un elefante; pero en parangón de los nuestros al mando de un capitán valiente y afortunado, son unos cobardes. Cuando estuvieron cerca, conocieron que tampoco estaba Tubanama al otro lado de los montes, como pensaban, ni tenía tanto oro como había ponderado el joven hijo de Comogro.

Se pensó, sin embargo, en derrotarlo; y como Pochorrosa era enemigo de aquél, se alegró de que Vasco resolviera arruinarlo. Dejó en casa de Pochorrosa a los enfermos, y llamó a sesenta que tenía con salud y animosos: expúsoleslo qué había necesidad de hacer; que el cacique Tubanama muchas veces le había amenazado jactanciosa y soberbiamente a él y a todos los compañeros, y les anunció que tenían que pasar necesariamente por su tierra. Su opinión era atacarle desprevenido: los compañeros fueron del mismo parecer; exhortáronle y le instaron que acometiera la empresa, y se ofrecieron a seguirle. Determinaron hacer en un día las dos jornadas, a fin de que Tubanama no tuviera tiempo de reunir a su gente armada.

Conforme lo pensaron, así se hizo. En la primera vigilia de la noche invadieron, junto con los pochorrosenses, la corte de Tubanama. Cogiéndole desorganizado y desprevenido, le prendieron. Tenía consigo dos hombres que le obsequiaran, y ochenta mujeres robadas a diversos caciques con violencia y desafueros: estaban diseminados en los pueblos circunvecinos todos sus súbditos y los caciquillos que le obedecían, como que sin sospechar nada descansaban muy tranquilamente; pues

habitan en casas separadas no contiguas, a causa de los vendavales, porque frecuentemente sufren huracanadas nubes por los movimientos repentinos del aire, por efecto de los astros en la igualdad del día y la noche, pues, como ya lo dijimos, están próximos al equinoccio.

Las casas son de madera, cubiertas y cerradas alrededor con paja o cañas de maíz o hierbas resistentes de allí. El palacio de Tubanama sólo tenía junta otra casa no menor que la del cacique: medida la longitud de ambas casas, era ciento veinte pasos, y su latitud cincuenta. Estas casas estaban dispuestas para tener allí las tropas escogidas, si alguna vez emprendía la guerra Tubanama. Fue preso éste, y presa toda su sardanapálica comitiva. Ya encadenado, le insultaban los pochorrosenses; y todos los caciques vecinos, oyendo la desgracia de Tubanama, cantaban; pues él, según los nuestros entendieron, no se había hecho menos odioso a sus comarcanos que lo era Pacra, como lo hemos dicho hablando de la expedición al Sur.

Sujeto Tubanama, Vasco aparentaba amenazarle; pero, en realidad, no intentaba hacerle daño. Decíale: «Aquí vas a pagar tu merecido, tirano; te has jactado muchas veces delante de tu gente de que, si venían aquí los cristianos, agarrándolos del pelo los ahogarías todos en el río próximo; a ese río te voy a echar para ahogarte.» Y al mismo tiempo mandó que lo cogieran, aunque haciendo señas de que no pasaran adelante.

Amedrentado de esta manera el infeliz Tubanama, creyendo que aquella orden iba de veras, postrado a los pies de Vasco pedía perdón, y juraba que nunca había dicho cosa semejante, que acaso lo habrían dicho sus caciques en estado de embriaguez; y llamándoles intemperantes, los acusaba de deslenguados. Ciertamente los vinos de ellos dicen que no son de uvas, pero sí embriagan, como ya lo expliqué en las primicias de mi pobre campo enviadas a Vuestra Santidad.

También se lamentaba de que sus vecinos habrían inventado esas casas contra él, y fingídolas por envidia que le tenían a causa de ser más poderoso. Prometía que, si le perdonaban, traería grande cantidad de oro; con la diestra sobre el pecho decía que siempre había amado y temido a los nuestros, porque había oído que las *macanas*, es decir, las espadas de éstos, eran más agudas que las suyas, y cortaban más cuanto se les oponía. Con los ojos fijos en Vasco, le dijo: «¿Quién, como no esté loco, se atreverá a levantar la mano contra esta espada tuya, con la cual de un tajo puedes y sueles partir a un hombre desde la cabeza hasta el ombligo? No te haga creer nadie, ¡oh tú, el más esforzado de cuantos viven!, que nada de eso haya salido de mi boca.»

Estas y otras muchas cosas dijo Tubanama, tragándose ya la muerte. Cuando Vasco aparentó haberse ablandado por sus súplicas y llanto, hablóle con rostro placentero, y, perdonándole, mandó que le desataran.

Entretanto trajeron de sus dos palacios treinta libras de oro de a ocho onzas cada libra, que estaba elaborado en alhajas de mujer, y a los tres días sus caciques enviaron sesenta libras cual multa de su temeridad; pero preguntado Tubanama de dónde se sacaba aquel oro, negó que fuera de cerca. Indicaba que se lo habían traído a sus antepasados del río Comogro, que corría al Sur; pero los pochorrosenses y demás enemigos de él decían que mentía, y afirmaban que su reino era rico de oro. Por el contrario, Tubanama continuaba diciendo que no conocía ninguna mina de oro en su territorio; que, sin embargo, se habían recogido a veces ciertos granitos menudos de oro en alguna parte; pero que él nunca se cuidó de eso, porque no podía hacerse sin gran trabajo.

3.

Llegan los rezagados. Muestras de oro. Tubanama adicto. Vasco enfermo y todos hambrientos. El cacique Carlos Comogro.

Cuando en esto estaban, acudieron a Vasco los que se habían quedado atrás en casa de Pochorrosa, y llegaron el veinticinco de diciembre de mil quinientos trece, y los esclavos que habían dado los caciques del Sur traían los instrumentos de cavar aptos para buscar el oro. El día de

la Natividad del Señor, lo pasaron sin ocuparse en trabajo alguno; mas el día siguiente, en que celebramos la fiesta del protomártir San Esteban, llevó unos cavadores a un collado poco distante del palacio de Tubanama porque conoció, según dice, que el color de la tierra indicaba que tendría oro.

Habiendo hecho un hoyo de palmo y medio, y acribando ligeramente la tierra, escribe que encontró pepitas de oro no mayores que una lenteja, y que para que no se dude de ello, ante notario y testigos recogió un *tomino*, por usar del vocablo que él pone, el cual, en el lenguaje de los banqueros, contiene doce granos; de donde se infiere que la riqueza de aquella tierra está conforme con lo que dijeron los vecinos, por más que no pudo sacárselo a Tubanama, el cual juzgan que no hizo ningún aprecio de aquella tan pequeña porción; otros afirman obstinadamente que Tubanama negó que su tierra fuera rica en oro, no fuese que en algún tiempo la codicia de él indujera a los nuestros a usurpársela.

Pero fue profeta el buen cacique, pues resolvieron escogerla, junto con la de Pochorrosa, para habitar en ella, y en ambas se trata de levantar nuevas poblaciones si parece bien al Rey, ya para que sean como hosterías en que se refugien los que vayan de paso al Sur, ya porque uno y otro terreno son muy a propósito para criar sementeras y árboles.

Determinando ya marcharse de allí, hizo otra prueba ligera en otro punto que mostraba color y clase de piedras a propósito para criarse el oro; y, habiendo hecho un pequeño hoyo poco más que ala superficie, dice que encontró, aunque no en una sola pepita, hasta un peso, que en los primeros libros dedicados a Vuestra Beatitud dijimos qué cantidad de oro es en Castilla.

Alegre con estas muestras, prometió a Tubanama que le iría bien con tal que no hiciera daño a ninguno de los que Vasco tenía por amigos en la comarca, y le aconsejó que recogiera oro en abundancia. Hay quien dice que le hizo dejar a Tubanama todas las mujeres, y que lo dejó despojado para que no pudiera insolentarse.

Tubanama, espontáneamente, le entregó su hijo para que lo criara, a fin de que, viviendo entre los nuestros, aprendiera nuestra lengua y costumbres, y se imbuyera en nuestra Religión, a fin de que algún día su instrucción le aprovechara a su padre para granjearse el favor.

Por aquel tiempo padecía Vasco una fuerte calentura por el inmenso trabajo y la falta de dormir y el hambre; por lo cual, al marchar de allí, se hizo llevar pendiente de los hombros de los esclavos. También se llevaron de allí los enfermos graves pendientes de hamacas, o sea mantas de algodón; y a los que tenían algunas fuerzas, pero no estaban buenos, sino débiles de piernas, los indígenas les ayudaban con las manos bajo los sobacos.

Por fin, llegando a la jurisdicción de Comogro, el cacique que habían dejado amigo, del cual arriba hemos hablado mucho, se encontró con que había muerto el viejo y que le había sucedido su hijo, aquel cuya prudencia hemos alabado, y supo que se había bautizado y se llamaba Carlos. El palacio de este Comogro está situado al pie de una colina bien cultivada, y tiene al Mediodía fértil planicie, doce leguas de ancha, y los indígenas la llaman *Zauana*. Pasada la planicie, se presentan las montañas altísimas que hemos dicho separan aquellos dos mares. De fértiles collados nace el río Comogro, que, regando aquella planicie, se dirige hacia ásperos montes y por los valles de ellos; aumentando su caudal con otros ríos, se abre camino al océano austral, y dista de Darién unas setenta leguas hacia el Occidente.

Llegando, pues, los nuestros, les salió al encuentro, alegre y cantando, el cacique Carlos: refociló a los nuestros, dándoles bien de comer y beber, y los recibió en honroso hospedaje. Hiciéronse mutuos regalos. El cacique dio a Vasco veinte libras, de a ocho onzas, de oro labrado. Vasco le hizo regalos no menos gratos, como segures y algunos instrumentos fabriles de carpintería. También vistió a Comogro, según las circunstancias lo permitían, con una camisa de lino y un sayo. Con estos dones se figuró Carlos que entre sus vecinos le habían hecho héroe.

Dejó a Comogro y a todos los demás bien advertidos de que nunca se apartaran del respeto y fidelidad a los Reyes de Castilla si querían vivir tranquilos, y les exhortó a que en adelante pusieran más diligencia en recoger oro para ofrecérselo a aquel gran *Tiba*, esto es, Rey; les hizo saber que de esta manera se granjearían para sí y sus descendientes amparo contra toda insolencia de sus enemigos y gran abundancia de cosas nuestras.

Hecho esto, prosiguió su camino a la corte de Poncha, donde se encontró con que habían venido de Darién cuatro jóvenes para avisarle que habían llegado naves de la Española bien provistas de bastimentos, pues había prometido volver allá como quiera que pudiese regresar del Sur; y así, tomando consigo veinte de los soldados que estaban mejores de salud, se encaminó a Darién a marchas forzadas, dejando atrás los restantes para que le siguieran poco a poco.

4.
Vasco vuelto a Darién. Sus buenas cualidades. Importancia de tales descubrimientos.

El diecinueve de enero del año mil quinientos catorce escribe que volvió a sus compañeros; pero la fecha de sus cartas es ésta: *Del Darién a cuatro de marzo*. Dice que no pudo escribir antes por no salir nave alguna. Escribe que mandó de allí dos naves para que condujeran a los rezagados, y en las mismas cartas se jacta de que tuvo muchos combates, pero nunca salió herido, y que no perdió ningún soldado peleando.

Por eso en su larga carta no hay ninguna página que no esté llena de acción de gracias por haber salido bien de tantos peligros y trabajos. No hay ningún acto suyo, ni viaje alguno, sin invocar los Santos del cielo, y delante siempre a la Virgen Madre de Dios. Así, pues, este nuestro Vasco Balboa parece transformado de violento Goliat en un Eliseo, y de un Anteo en un Hércules vencedor de monstruos; y así, habiendo cambiado de temerario en obediente, le reputaron digno de honores y mercedes; y admitido a la gracia del Rey Católico, por diploma regio fue nombrado General de aquella región.

Estas cosas he sabido por las cartas de los darienenses y por lo que de viva voz me han contado los que vinieron de allá.

Pero acaso, Beatísimo Padre, Vuestra Santidad querrá saber qué opino de estas cosas yo que estoy cerca de ellas. Esta es lisamente mi opinión. La franqueza militar con que lo escriben y refieren Vasco y todos sus compañeros, parece atestiguar que las cosas sucedieron como las cuentan. Por consiguiente, no por minas socavadas hasta los manes infernales, no andando muchas millas, no con insoportables trabajos y varios peligros de muerte hendiendo las montañas, bajará el español en busca de riquezas a las entrañas de la tierra, sino de su corteza, abriendo apenas unos hoyos, nada más que en la superficie, o sacando ligeramente la tierra de las orillas de los ríos secos en verano, se cogerá el oro, como sean constantes en habitar aquella tierra, y con fácil rebusca encontrarán las perlas.

No tuvo tanta dicha la veneranda antigüedad, como lo confiesan todos los cosmógrafos, porque a aquellas regiones no se ha ido nunca hasta ahora en escuadrones formados; y aquella gente, que de nada o de poco necesita, no quiere recibir huéspedes; antes, como extensamente lo hemos hecho ver, a los que van los reciben acometiéndoles ferozmente, y no se dejan tratar sino vencidos a fuerza de armas, principalmente si se da con los nuevos antropófagos comedores de carne humana, que dijimos se llaman caribes o caníbales; porque éstos, que son astutos cazadores de hombres, no pasan la vida en otro ejercicio que en cultivar los campos a su estilo, o en la guerra para cazar hombres; y cuando allá van los nuestros, los esperan como a jabalíes o ciervos que van a caer en sus trampas o redes, y, tácitamente, con la esperanza de la presa, se relamen los labios. Si vencen, tienen grandes festines; y si ven que no pueden resistir se salvan huyendo, y escapan tan rápidos como el viento. Si la lucha es en agua, sumergidos hasta el cuello, así los hombres como las

mujeres, nadan con tanta soltura como si vivieran siempre en el agua y debajo del agua buscaran su alimento. No es, pues, de admirar que estas vastísimas regiones hayan estado abandonadas por desconocidas.

Por estos descubrimientos, la Religión cristiana, cuyo sumo lugar ocupa Vuestra Santidad, extenderá inmensamente sus brazos. Vuestra Santidad, como lo dije al principio, tendrá muchos millares de hombres, cual nueva cría de polluelos bajo las alas. Pues la Veragua que primeramente descubrió Colón, donde estuvo después con mala suerte Diego Nicuesa, y que ahora está abandonada, se volverá a ocupar, y todas las demás regiones de aquel vasto territorio, de feraces y agrestes, serán traídas poco a poco a la cultura civil y a la Religión verdadera.

LIBRO IV.

1.
Cuarto viaje de Colón. Por las costas de Honduras. Isla Guanasa. En Ciamba.

Había resuelto, Beatísimo Paldre, parar aquí; pero cierto fueguecillo que atormenta el alma me estimula a extender algo más el discurso. He dicho que la Veragua fue descubierta primeramente por Colón. Me parecería que defraudaba a aquel hombre y cometía un delito imperdonable si pasara en silencio los trabajos que padeció, los cuidados que le angustiaron, y, finalmente, los peligros en que se vio.

El año mil quinientos dos de nuestra salud, a diez de mayo, zarpó de Cádiz con una flotilla de cuatro naves que eran de cincuenta y de sesenta toneles[43] y con ciento setenta hombres, y al quinto día con feliz viaje arribó a Canarias. Desde allí, a los dieciséis días aportó a la isla Dominica, que es patria de caribes, y desde ella al quinto día llegó a la Española, y así en veintiséis días, con ayuda de los vientos y la corriente del océano de Oriente a Occidente, navegó desde España hasta la Española, trayecto que los marinos dicen que es de mil doscientas leguas.

En la Española, fuera por su voluntad, sea por amonestaciones del Virrey, se detuvo poco; siguiendo en derechura al Occidente, dejando hacia el Septentrión a mano derecha las islas de Cuba y Jamaica, escribe que fue a parar en una isla más al Mediodía que Jamaica, llamada por los indígenas Guanasa, toda increíblemente verde y fértil.

Recorriendo las costas de ella se encontró con dos canoas del país, de las cuales bastante hemos dicho más arriba. Esclavos desnudos y uncidos tiraban de ellas con cuerdas, como suele hacerse en los ríos corriente arriba. En las canoas iba el principal de la isla con su mujer e hijos, todos desnudos; los esclavos indicaban con altanería, por mandato de su amo, a los nuestros que habían bajado a tierra, que les dieran paso cuando venían, y al ver que se resistían les amenazaban. Tanta es su simplicidad, que ni temieron ni admiraron las embarcaciones de los nuestros, ni su poder, ni su muchedumbre; parecíales que los nuestros le harían ceremonias a su amo con igual reverencia que ellos. Comprendieron que era un mercader que regresaba de otras tierras.

Ellos tienen ferias, y llevaba objetos de feria: campanillas de latón, navajas, cuchillos y segures de piedra amarilla, transparente y brillante, torneados con cierta especie de madera dura; también utensilios y vasijas de cocina y de alfarería, maravillosamente elaborados, en parte de madera, en parte del mismo mármol, pero principalmente llevaba mantas y objetos de algodón, tejidos de varios colores. Prendieron al amo y a toda su familia con todo lo que llevaban; pero de seguida el Almirante mandó soltarles y restituirles la mayor parte de las cosas para ganarles la voluntad. De ellos adquirió noticias sobre las tierras que había más al Occidente, y tomó este rumbo derecho.

A poco más de diez millas encontró un territorio dilatado que en lengua de los indígenas se llamaba Quiriquetana, pero él le puso Ciamba. Hizo celebrar la Misa en la playa, y encontró el país lleno de habitantes desnudos. Estos, pacíficos y sencillos, depuesto el temor, acudían a ver a los nuestros cual una cosa admirable, cargados de viandas de aquella tierra y de agua recién cogida, y, ofrecido su don, retrocedían reverentemente andando hacia atrás y con la cabeza inclinada.

43 El autor pone *cuparum*, sin duda para expresar cubas o toneladas. Traduzco, sin embargo, *toneladas*; pero los doctos deberán recordar la distinción que entonces se hacía entre toneladas y toneles, para adoptar lo que sea conforme a la verdad histórica.

Compensó los regalos de ellos con otros de cosas nuestras, como sartas de cuentas de cristal y algunos espejos, agujas, brazaletes y otros objetos así, que para ellos eran extraños.

En aquel gran trayecto hay dos regiones: una Taía, y otra Maía.

Escribe que toda aquella tierra es saludable y amena, y dotada de excelente clima, que no cede a ninguna otra cuanto a la fertilidad de sus campos, dotada de admirable temperatura, que tiene parte montañosa y parte de excelente y vasta planicie, toda ella con árboles y cubierta de verdor, y goza de perpetua primavera y otoño, cuyos árboles todo el año tienen hoja y dan fruto.

Dice que está llena de encinares y pinares, y siete especies de palmas, de las cuales unas producen dátiles y otras son estériles. Cría la tierra espontáneamente entre los árboles pámpanos con sus uvas coleando, pero agrestes. Cuenta que es allí tal la abundancia de otras frutas nativas útiles y sabrosas, que no tienen cuidado de cultivar la uva.

De cierta clase de palmas hacen sus macanas, esto es, espadas anchas de madera y astas arrojadizas. La tierra aquella cría por todas partes árboles con algodón, y también mirobalanos de varias clases, como *emblicos* y *chébulos*, y según les llaman los médicos, y cría también maíz y yuca, ages y batatas como las demás regiones de por allá, y también leones y tigres, ciervos y cabras, y otros animales semejantes; también diversas aves, y de las que se comen tiene las que otra vez dijimos que se parecen a las pavas en el color, en el tamaño y en el gusto y sabor. Refieren que los indígenas de ambos sexos son altos y muy bien formados, y dice que se cubren las ingles con velos de algodón tejidos de varios colores.

Para ponerse elegantes se pintan con el jugo de ciertas frutas, que para eso crían en los huertos, negras y coloradas, como leemos de los agatirsos; unos se embadurnan todo el cuerpo, otros algunas partes, y el mayor número se dibujan a trechos flores y rosas, o cintas entrelazadas, según a cada uno se le antoja.

Los idiomas son totalmente diferentes que en las islas circunvecinas; las aguas corrían hacia Poniente a manera de torrentes; pero se propuso buscar la parte oriental de aquella tierra, pensando en Paria y la Boca del Dragón y otras comarcas que ya dijimos había descubierto por el Oriente, juzgando que serían contiguas, como lo eran.

2.
Prosigue el Almirante su viaje hacia Costa Rica. Árboles y animales de allá.

Salió, pues, el veinte de agosto de la dilatada región quiriquetana. A la distancia de treinta leguas halló un río, fuera de cuya desembocadura había agua dulce en el mar. La costa estaba limpia de escollos y rocas, y tenía por doquiera fondo a propósito para anclar. Escribe que era tan fuerte la contraria corriente del mar, que en cuarenta días apenas pudo hacer setenta leguas. Marchaba siempre claudicando y dando vueltas por alto la flotilla, y a veces se encontraba repelido y echado atrás por el empuje de las aguas, queriendo tomar tierra por la tarde por temor de naufragar en ignotas playas entre las tinieblas de la noche.

En el espacio de ocho leguas escribe que halló tres ríos muy grandes de agua cristalina, en cuyas orillas se criaban cañas más recias que el muslo de un hombre, y abundancia grande de peces y grandes tortugas, y en varios lugares muchedumbre de cocodrilos que en la arena tomaban el sol, abriendo grandes bocas. También varios animales, a que no puso nombre, y cuenta que la tierra presenta diferente aspecto; en algunas partes peñascosa y llena de pelados promontorios y rocas escarpadas; en otras, suelo benigno, a ningún otro inferior.

También en varias regiones nombres varios de caciques y magnates: al reyezuelo le llaman cacique, como ya lo tenemos dicho; en otras partes *queví*, en algunas *tiba*, y al principal acá, *saco*; allá, *yurá*; al que se mostró bravo en la guerra y ostenta cicatrices en la cara, le llaman *cupra* y le

tienen por héroe; al vulgo le llaman *chybis*; al hombre en alguna parte le dicen *homem*; si alguno quiere decir: toma, hombre, es: *hoppa home*.

Después se llegó a otro río apto para grandes naves, ante cuyas bocas había cuatro isletas, floridas y con árboles, que formaban el puerto: a éstas llamólas Cuatro Témporas.

Al Oriente de ellas, a trece leguas de distancia, navegando siempre contra la corriente, encontró doce pequeñas islas; y porque las vio con una nueva especie de fruta parecida a nuestros limones, las apellidó Limonares.

Vagando con el mismo rumbo, a las doce leguas halló un puerto grande que se introducía en tierra trecho de tres leguas con poco menos de anchara, en el cual desaguaba un río caudaloso. Allí se perdió poco después Nicuesa buscando a Veragua, como arriba se dijo, y por eso los modernos le han llamado el río de los Perdidos.

Prosiguiendo sin cesar el almirante Colón contra el furor del mar, hallaba varios montes, diversos valles, ríos y puertos, y cuenta que el ambiente de todos era suave y recreaba la naturaleza, y que ninguno de los compañeros enfermó hasta la región que los indígenas llamaban *Quiquirí*, con acento en la última, en la cual está el puerto de *Cariai*, que el propio Almirante llamó *Mirobalano* y porque este árbol abundaba allí. En este puerto *Cariai* se presentaron unos doscientos indígenas llevando en la mano tres y cuatro dardos, aunque eran pacíficos y hospitalarios; pero esperaban preparados a saber qué quería aquella gente nueva; pidieron ponerse al habla, y, dada señal de paz, a nado llegaron a los nuestros, comenzaron a hacer tratos y pidieron permuta de objetos.

El Almirante, para granjearse la benevolencia de ellos, mandó darles de las cosas nuestras, pero de balde. Ellos rehusaron el favor por señas, pues ni una palabra comprendieron de su idioma, como que sospechaban que nuestros regalos tendrían alguna trampa, porque los nuestros no habían querido recibir lo que ellos les ofrecieron, y todo lo que se les había dado lo dejaron en la playa. Tanta cortesía tienen los cariairenses y tanta benignidad, que dar les gustaba más que recibir.

Enviaron a los nuestros dos muchachas doncellas de elegante figura, las cuales hacían señas de que se las podían llevar. Estas, como las demás mujeres, se cubrían las ingles con una venda de algodón, que tal es la costumbre de las mujeres cariairenses y la de los hombres ir desnudos. También ellas llevan el cabello partido; los hombres lo conservan en la parte occipital, pero por delante se lo raen, y se lo prenden con cintas colgantes, y se lo rodean a la cabeza como entre nosotros lo hacen las jóvenes. El Almirante, habiéndolas hecho vestir y dádoles buenos regalos, las volvió a enviar con una montera roja de lana para que se la dieran a su padre. Pero otra vez lo dejaron todo en la playa, porque los nuestros habían rehusado sus dones. Sin embargo, se llevó consigo dos hombres, mas no a la fuerza, a fin de que ellos aprendieran nuestra lengua, o nosotros la de Cariai.

Comprendió que en aquellas regiones había poca marea viendo que había árboles en la playa, como en las orillas de los ríos. Lo mismo dicen los demás que han visitado aquellas costas, que hay poco flujo y reflujo en las orillas de aquellas tierras e islas. A la vista de aquel territorio, dice que en el mismo mar se crían árboles, que inclinan sus ramas hacia abajo después que las han levantado arriba, y que llegando al suelo las puntas, como sucede con los sarmientos de la vid, tomando tierra echan raíces y se convierten en árboles de la misma especie perennemente verdes. De estos árboles habló Plinio en su libro duodécimo de la *Historia Natural*, pero refiriéndose sólo a la tierra, que no al mar.

Hemos dicho que en Cariai se crían los mismos animales que en otras partes; pero hallaron uno de muy diferente naturaleza. Es igual a un mono grande, con más largo y fuerte rabo. Colgándose de la cola y tomando fuerza con columpiarse tres o cuatro veces, salta de rama en rama, y de un árbol se tira a otro como si volara.

Cierto arquero de los nuestros cruzó a uno con una flecha; herido el mono, se dejó caer y acometió rabioso al enemigo que le había herido. El cazador embistió al animal con la espada

desenvainada, le cortó un brazo al mono y le cogió manco, resistiéndose ferozmente. Llevado a la armada, poco a poco se amansó entre los hombres.

Cuando así le conservaban, sujeto con una cadena de hierro, otros cazadores trajeron un jabalí de las lagunas que había en la costa (pues el deseo de comer carne les obligaba a explorar las playas). Enseñáronle al cercopiteco el jabalí también enfurecido: encrespáronse los dos, el mono saltó furioso contra el jabalí, y con la cola se le enroscó; con el brazo que su vencedor le había dejado cuando le cazó, le agarró el cuello al jabalí, y, por más que éste se resistía, le ahogó el cercopiteco. Estos y otros monstruos semejantes cría aquella tierra.

También los de Cariai conservan, desecándolos en parrillas, los cadáveres de sus próceres y sus padres, envolviéndolos en hojas de árboles; para el pueblo, los bosques y las selvas les sirven de sepulcro.

3.
Prosigue Colón la exploración de Costa Rica.
Hacia Puerto-Bello. Oposición de los indígenas.

Marchando de Cariai, a unas veinte leguas hallaron un golfo tan espacioso que calculan tiene diez leguas a la redonda. Cuatro isletas feraces, poco distantes entre sí, que están frente a las bocas del golfo, hacen un puerto seguro. Éste es el que otra vez hemos dicho que los indígenas le llaman Cerabaró, con acento en la última; pero ahora han aprendido que sólo uno de sus lados se llama así, y es el que hay entrando a mano derecha; pero el de la izquierda se dice Aburema. Dicen que es notable por sus is las, en general fértiles y pobladas y con árboles, con fondo apto en todos los sitios para echar anclas, con agua clara y admirable abundancia de pescado. La tierra adyacente por arabos lados, a juicio de ellos, no es inferior a ninguna otra cuanto a la fertilidad de su suelo. Dieron con dos indígenas: éstos se adornan el cuello con joyas de oro que llaman *guanines*, con figuras muy bien hechas de águilas, leones u otros animales; pero el oro aquel echaron de ver que no es puro.

Por los dos cariairenses aquellos que dijimos se habían llevado los nuestros, supieron que Cerabaroa y Aburema son regiones ricas de oro, y que los de Cariai todo el oro con que se adornan lo adquirieron de éstos a cambio de cosas suyas. Los mismos cariairenses descubrieron a los nuestros que en las regiones de Cerabaroa y Aburema hay cinco aldeas excelentes para recoger oro, que no distan mucho de la costa al interior; pues ambas naciones tuvieron siempre frecuente comercio desde sus antepasados. Los nombres de esas aldeas dicen que son éstos: *Chirará, Kurén, Chitazá, Seureche* y *Atamea.*

Todos las hombres de la provincia de Cerabaroa van completamente desnudos, pero pintados de diferentes maneras. Les gustan mucho los festones de flores y las coronas entretejidas con uñas de leones y tigres. Las mujeres cubren sólo sus vergüenzas con estrecha venda de algodón.

Por fin, saliendo ya de allí por la misma costa, a la distancia de dieciocho leguas, en la orilla de un río que encontraron, se presentaron trescientos hombres desnudos, que les amenazaban dando gritos y escupían a los nuestros agua que tomaban en la boca o hierbas de la playa. Tirándoles armas arrojadizas, vibrando sus picas y macanas (ya dijimos que son espadas de madera), se esforzaban por apartar a los nuestros de su playa. Iban pintados de varias maneras; unos, a más de la cara, todo el cuerpo, otros a pedazos; indicaban no querer paz ni trato ninguno con los nuestros. Entonces mandó el Almirante dispararles algunos tiros, pero apuntando alto para que no mataran a ninguno, pues Colón siempre llevó el propósito de tratar apaciblemente con aquellas gentes. Aterrorizados con el estruendo de la bombarda disparada, caen todos a tierra, piden la paz y comercian mutuamente, cambiando los guaninos de oro por cuentas de cristal y otras cosas semejantes.

Estos tienen tambores y caracoles de mar, de que usan en la guerra para enardecer los ánimos. Los ríos de aquella región son: *Acateba, Cuareba, Zobroba, Aiaguitiu, Uridá, Duribá* y *Veragua*. En todos ellos se podía recoger oro. Para defenderse del sol y de la lluvia, se cubren con anchas hojas de árboles, en vez de capotes.

Desde allí examinó las costas de Ebeteré y Embigar: en ellas corren los ríos Zhaorán y Cubigar, de agua dulce, y notables por lo abundantes de pescado. Aquí se acaba la abundancia de oro en trecho de más de cincuenta leguas: dista de allí sólo tres leguas la roca que dijimos en el infausto viaje de Nicuesa, que los nuestros la llamaron el Peñón; pero en la lengua de los indígenas la región se llana Bibá, en el cual trayecto está también, a solas seis leguas, el puerto que dijimos fue llamado Bello por Colón, y a la región llaman los indígenas *Xaguaguara*.

El territorio aquel está todo muy poblado de gente, pero desnuda. En Xaguaguara el cacique se pinta de color negro, y los del pueblo de rojo. El rey y siete magnates llevaban pendiente de las narices una lámina de oro hasta los labios: reputan que este adorno significa suma honra. Los hombres, incluyen sus vergüenzas en una concha marina: las hembras se las cubren con una venda de algodón. En los huertos crían una fruta semejante a las piñas del pino, que otra vez hemos dicho nace de una verdura semejante al cardo, pero que es delicada vianda y digna de un rey. También tienen árboles de calabazas a propósito para llevar bebida: de éstas ya se habló otra vez extensamente: al árbol le llaman *hibuero*.

En otra parte encontraban cocodrilos, que, cuando huían o se sumergían, dejaban detrás un olor más agradable que el de almizcle o el de castor. Los habitantes del Nilo me contaron a mí lo mismo acerca de la hembra del cocodrilo, principalmente del abdomen, cuyo olor decían que iguala a cualquier aroma de la Arabia.

Regresó de aquí el Almirante con su flotilla, ya porque no podía aguantar la corriente, ya también porque de día en día se le pudrían más las naves y las taladraban los gusanos que se crían por lo templadas que están las aguas en todas aquellas regiones, que casi caen bajo la línea equinoccial. Aquellos gusanos les llama *bisas* un mercader veneciano; también se crían en dos puertos de Alejandría de Egipto, y echan a perder las naves si están mucho tiempo ancladas: tienen de largos un codo, y a veces más; de recios no tienen más de un dedo: los marinos españoles llaman a esta plaga *broma*.

Temiendo, pues, a la *broma* el almirante Colón, y molestado por el mar contrario, se volvió corriente abajo hacia el Occidente. Tomó el río Hiebra, que dista dos leguas del río Veragua, porque era más a propósito para naves grandes. La región aquella toma nombre del Veragua menor, porque el cacique que domina en ambos ríos habita en Veragua.

Digamos lo favorable y adverso que allí sucedió. Estando Colón en Hiebra, envió al río Veragua, con los botes de servicio y sesenta y ocho hombres, a su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española. Salió al encuentro del Adelantado, río abajo, en canoas del país, el cacique de la región, pintado a usanza de ellos, desnudo, con gran acompañamiento, pero sin armas. Apenas se pusieron al habla los familiares del cacique, cuidadosos del descanso de su amo y no olvidando su majestad real, para que no estuviera de pie mientras trataba, cogieron de allí cerca una piedra, la lavaron y refregaron decentemente, y, trayéndola, se la pusieron con reverencia a su cacique.

Sentándose él, pareció que por señas daba permiso para que los nuestros pudieran recorrer los ríos de su jurisdicción. El ocho de febrero, el Adelantado, dejando los botes, fue a pie orilla arriba del río Veragua y llegó al río Urabá, el cual dice que es más rico de oro que no el Hiebra y el Veragua, pues en todos los ríos de aquella tierra se cría oro. Entre las raíces de los árboles que había en la orilla, entre las piedras y cascajo que habían dejado los torrentes, y dondequiera que abrían hoyos de a palmo y medio, la tierra que sacaban la encontraban mezclada de oro.

Por eso pensaron establecerse allí; pero los indígenas, oliendo su futura ruina, se lo impidieron; formando un escuadrón se echaron con horrenda gritería sobre los nuestros, que ya

habían comenzado a levantar casas. El primer empuje apenas lo resistieron los nuestros: los bárbaros desnudos lucharon, primeramente tirándoles desde lejos y sin cesar armas arrojadizas; después se pusieron a luchar con furia cuerpo a cuerpo con sus espadas de madera, que dijimos llaman macanas. ¡Cosa admirable!

Tan irritados estaban ya, que ni con los arcos, ni con los escorpiones, y, lo que es más, ni con el estruendo de las bombardas que les disparaban desde las naves, se amedrentaban. Una vez cejaron, y, reuniéndose en mayor número, volvieron de segunda más fieros que antes; mejor querían morir que permitir que ocuparan su patria los extranjeros: como huéspedes, los habían recibido benignamente; como habitantes no los toleran. Cuanto más apretaban los nuestros, tanta más gente se reunía del contorno. De noche y de día, cuándo de frente, cuándo por los lados, se veían atacados los nuestros. La armada que estaba a la espalda en la costa, era la que los resguardaba. Abandonaron, pues, los nuestros aquella tierra, y se volvieron por donde habían ido.

Con las naves agujereadas a modo de cribas por la *broma*, usando esta palabra española, apenas pudieron arribar a la isla Jamaica, que por el Mediodía es colateral de la Española y de Cuba. En el camino estuvieron a punto de perecer. A fuerza de brazos salvaron al fin la vida vaciando el agua que se les entraba por anchas grietas, y llegaron a Jamaica medio muertos.

4.

Situación apuradísima de Colón en Jamaica. Viaje arriesgado de Diego Méndez. Noticias geográficas: oro, montañas. Conjeturas del Almirante.

Cortados allí por tener perdidas todas las naves, pasaron diez meses una vida más calamitosa que Sinón el de Virgilio, en poder de bárbaros desnudos, teniéndose que contentar con las comidas de los bárbaros cuando éstos se las querían dar.

Aprovechó a los nuestros el odio mortal que se tienen unos a otros los caciques bárbaros; pues para que les ayudaran cuando tenían que guerrear con sus vecinos enemigos, les aliviaban el hambre algunas veces con pan de aquella tierra; pero ¡cuánta miseria y desdicha es, Beatísimo Padre, haber de lograr el pan mendigándolo! Conjetúrelo Vuestra Santidad, principalmente cuando falta lo demás, como vino, carnes y todo lo que se hace de leche prensada, con que suelen alimentarse desde niños los estómagos de los europeos.

La necesidad les obligó a probar fortuna por medio de su administrador Diego Méndez; y sirviendo de guías dos de Jamaica, prácticos de aquellas costas, se resolvió a probar qué era lo que Dios quería hacer de él. Embravecido ya el mar, se embarcaron en la canoa, de escollo en escollo, de roca en roca, maltratados por las olas por la pequeñez y la forma de su navecilla; al fin aportó Diego Méndez a la última punta de la Española, que distaba de Jamaica cuarenta leguas. Con la esperanza de los regalos que el almirante Colón les había prometido, regresaron alegres los de Jamaica; él (Diego Méndez) se fue a pie a Santo Domingo, ciudad principal metropolitana. Adquirió dos naves de las nuestras, y volvió a su amo (Colón): enfermos todos y extenuados por la necesidad, acudieron a la Española; lo que allí les sucediera no lo he sabido. Volvamos a las cosas generales.

Todas las regiones aquellas que dijimos haber recorrido Colón, escribe él, y sus compañeros de trabajos confiesan todos, que están frondosas, verdes y amenas todo el año, y, lo que es más, que son saludables, y en ellas no enfermó nunca ninguno de todos los que iban; y se complace de que nunca se sintió molestado, ni del horroroso frío, ni de calores abrasadores en el espacio de cincuenta leguas desde el gran puerto de Cerabaró hasta Ibiebra y Veragua.

Los pueblos de Cerabaró, y los que hay entre Ibiebra y Veragua, sólo en ciertas temporadas del año se dedican a buscar oro, y son muy prácticos operarios para esa faena, como entre nosotros los mineros de plata y hierro. Cuáles son los lugares más ricos de oro, lo comprenden por larga

experiencia, por el aspecto del torrente que corre, por el color de la tierra y por otros indicios semejantes.

Creen que en el oro hay una deidad; y así, por religiosa tradición de los antiguos, nunca van a esa ocupación sin haberse purificado, como absteniéndose de la cohabitación marital y otro cualquier placer, y guardando mucha parsimonia en el comer y beber durante todo el tiempo de buscar oro; pero piensan que el vivir y el morir se ha dado a los hombres como a los demás animales, y por eso no tienen otro culto; sin embargo, veneran al sol, y cuando se levanta por el horizonte le reciben con reverencia. Hablemos de las montañas y de la situación del país.

De todas las costas de aquellas regiones se ven levantarse vastas montañas por el Mediodía, pero que se extienden sin interrupción de Oriente a Occidente; por lo cual opinamos que aquellos dos grandes mares, de que en otra parte hemos hecho amplia mención, están separados por estas montañas, de modo que no choquen uno con otro, al modo que Italia separa el mar Tirreno del Adriático. Pues por cualquiera parte que uno se dirija desde el promontorio aquel de San Agustín, perteneciente a los portugueses, que mira al Atlántico, hasta Urabá y el puerto de Cerabaró y las demás tierras del Occidente descubiertas hasta el día, continuamente, a lo lejos y de cerca, se le presentan al navegante montañas, cuándo suaves, cuándo elevadas, unas quebradas y peñascosas, otras cubiertas de árboles y hierbas y acomodadas para el cultivo, como suele suceder en el monte Tauro y en varias costas de nuestros Apeninos y en otras vastas montañas como ésas.

También entre las cordilleras de estas montañas hay excelentes valles, como entre las de otras. La parte aquella de las montañas que toca a los confines de Veragua se cree que tiene sus vértices más altos que las nubes, y dicen que rara vez se ven las cimas, por la densidad casi continua de las nubes y las nieblas.

El propio Almirante, que exploró antes que nadie las cimas de Veragua, afirma que se levantan más de cincuenta millas; dice además que al pie de esas montañas hay camino abierto para el océano austral, y compara a Venecia con Génova, o si se quiere Janua, como quieren sus habitantes, que la suponen edificada por Jano, y cree que la tierra se extiende hasta el Occidente, y que aquí comienza el ensanche del cuerpo, a la manera que desde nuestros Alpes el estrecho muslo de Italia se extiende en los dilatados territorios de las Galias, Germanias y Panonia hasta los sármatas y escitas, hasta las rocas y el mar Glacial, y hasta los riscos de la Escitia, y que abraza sin interrupción la Tracia y toda la Grecia, y cuanto se comprende entre el promontorio de Lacedemonia y el Ponto Euxino por el Mediodía, y la laguna Meotis por el Norte.

Pretende, pues, el Almirante que caminando por la izquierda hacia Occidente, el territorio se une con la India Gangética; y que por el Septentrión, a mano derecha, se extiende hasta el mar Glacial, más allá de las regiones septentrionales y del polo Ártico; de modo que ambos mares, es a saber, el austral de allá y nuestro océano, se muestran en los cabos de aquella tierra, pero no rodean las aguas la misma tierra, al modo que la Europa está rodeada del Helesponto y el Tanáis y el océano, así el glacial como el de España y el nuestro (de Italia).

Pero el ímpetu de la corriente marítima hacia el Occidente impide a mi juicio que esté cerrado, y que aquel territorio esté unido con las regiones septentrionales, como arriba lo hemos explicado. Y basta, Beatísimo Padre, acerca de la longitud. Veamos lo que se cuenta respecto de su latitud.

5.
Noticias geográficas. Oro y piedras preciosas.

Hemos dicho alguna vez que el mar austral y este nuestro océano están separados por corto trecho, y así se ha averiguado por experiencia, supuesto que pudieron pasar Vasco Núñez y sus soldados. Pero con la misma variedad que en nuestros Alpes en Europa, aquí se estrecha y allí se

ensancha; por igual disposición de la naturaleza, el territorio aquél tan pronto se extiende y se alarga ampliamente, tan pronto lo estrechan ambos mares, encontrando entrada por valles, y quedan breves intervalos de tierra.

Donde hemos dicho que caen las regiones de Urabá y Veragua, los mares están separados por pequeño trecho; pero la región aquella que el río Marañón baña menester es creer que se extiende mucho, si hemos de confesar que el Marañón es río y no mar; y que así lo confesemos nos los persuade la dulzura de aquellas aguas, pues en pequeñas concavidades de la tierra no puede haber depósitos tan vastos que puedan dar de sí aquella abundancia de agua.

Lo mismo hay que reconocer del gran río Dabaiba, que dijimos desemboca en el mar de la punta del golfo de Urabá, el cual tiene cuarenta varas y en otras partes cincuenta de profundidad, con tres millas de anchura. Preciso es suponer allí tierra espaciosa que produzca el río de las altas montañas de Dabaiba, no del Sur, sino del Oriente. Ese dicen que se forma de cuatro ríos que bajan de las montañas de Dabaiba (los nuestros le llaman el río de San Juan), y que de allí desciende al golfo por siete bocas como el Nilo.

En la propia región de Urabá cuentan que hay maravillosas angosturas que apenas cogen quince leguas, pero intransitables por las continuas lagunas y terrenos pantanosos que los españoles llaman *tremedales,* alias *trampales,* también *cenegales* y *sumideros* y *zahondaderos*.

Antes de pasar más adelante, convendrá referir de dónde toman su nombre aquellas montañas. Dabaiba cuentan que fue una mujer entre sus antepasados magnánima y providente, la cual, cuando vivía, la veneraban los antiguos, y después de muerta le dan reverente culto todos los habitantes de aquellas regiones. De ella dicen que tomaron nombre las regiones aquellas, y que cuando se enoja vienen los rayos y los truenos y la pérdida de las cosechas, y opinan que Dabaiba se enoja como un niño como haya algún descuido en sus ceremonias sagradas. Esta superstición les imbuye a los infelices una clase de hombres engañadores, so capa de religión, para que consagren a Dabaiba dones abundantes, de los cuales ellos se aprovechan. Y basta de esto.

De aquellas lagunas de la tierra estrecha *(el itsmo de Darién)* cuentan que se crían en ellas cocodrilos, dragones, murciélagos y mosquitos muy nocivos; por eso, cuando hay que pasar al Sur, rodean por las montañas y se evita la proximidad de las lagunas. Hay quien piensa que un valle por donde pasa el río que los nuestros llamaron de los Perdidos por la desgracia de Nicuesa y sus compañeros, valle que no dista mucho de Cerabaró, corta las montañas aquellas hacia el Sur; pero siendo potables sus aguas, se juzga que no hablan con tino los que en tales argumentos se apoyan.

Terminemos el libro con este apéndice. Cuentan que a la derecha e izquierda del Darién corren veinte ríos auríferos: lo que me han dicho, eso digo. No hay uno que no lo refiera, y preguntándoles cómo es que traen poco oro de allí, responden que se necesitan cavadores, y que los que fueron a aquellas tierras no están acostumbrados a trabajar, y que por eso se trae de allí menor cantidad de oro de la que promete por su riqueza el terreno. También parece que da esperanza de limpias perlas, y en prueba de ello, fuera de las que dije que se encontraron en Cariai y en las cercanías de Santa Marta, cierto Andrés Morales, navegante de aquellos mares, amigo y compañero de Juan Cosa cuando éste vivía, tuvo en la mano un diamante de un joven desnudo de Paria en Cumana, muy precioso, de largo, según dicen, como dos falanges del dedo meñique, y de grueso como la primera falange del dedo gordo, que por ambas partes terminaba en punta y tenía ocho caras lindamente formadas[44]. Con él dicen que se rayaban los yunques, y que gastaba los cerrojos y las limas, quedando sin mella el diamante; el joven aquel de Cumana llevaba el diamante colgado al cuello, y se lo vendió a Andrés Morales por cinco cuentas nuestras de cristal verde y azul, prendado de la variedad de los colores.

También hallaron topacios en la playa. Pero, preocupados con el oro, no se cuidan de estas joyas: sólo al oro atienden, sólo el oro buscan. Por eso la mayor parte de los españoles hace burla de los que llevan anillos y piedras preciosas y motejan el llevarlas, en particular los plebeyos; y los

44 El que llamaron diamante sería alguna cristalización de las que abundan en terrenos mineros.

nobles, si a veces tienen que disponerse para pompas nupciales o también regias, gustan de ponerse collares de oro con piedras preciosas, y en el vestido entretejen las perlas y piedras preciosas: fuera de estos casos, no. Tienen por afeminación esos adornos y los olores de los aromas de Arabia y los sahumerios continuos: si se encuentran con uno que huele a castor o almizcle, le juzgan dado a la liviandad.

Por una fruta que se coja del árbol, conocemos que el árbol es frutal; por un pez que se pesque en el río, sabremos que el río cría peces; así, por un poquito de oro y por una piedrecilla preciosa, se infiere de precisión que la tal tierra cría oro y piedras preciosas.

También hemos dicho en su lugar lo que en el puerto de Santa Marta, de la región Cariai, cuando pasó toda la armada que mandaba Pedro Arias, encontraron sus compañeros de armas y algunos de los magistrados regios. Pululan, germinan, crecen, maduran, se cogen cada día cosas más ricas que las anteriores. Lo que en la antigüedad descubrieron Saturno, Hércules y otros héroes semejantes, ya no es nada. Si algo más descubren los españoles con su incansable trabajo, lo escribiré.

Dios guarde a Vuestra Santidad, y hágame saber frecuentemente lo que le parece de estos frutos que Vuestra Sede Apostólica me hace cultivar, para que me anime a trabajar en otros futuros.

LIBRO V.

1.
Viaje de Pedro Arias. Conjeturas sobre el mar de hierbas. El puerto de Santa Marta.

Beatísimo Padre: En este mundo sublunar, cuantas cosas dan a luz algo, apenas lo han hecho, o cierran el útero, o por lo menos descansan durante algún intervalo de tiempo. Pero nuestro Nuevo Mundo todos los días procrea y da de sí nuevas producciones sin cesar, con las cuales los hombres de ingenio y aficionados a las cosas grandes, y en particular a las nuevas, pueden tener a mano continuamente con qué alimentar su entendimiento. ¿A qué viene esto?, dirá Vuestra Beatitud. Apenas había yo puesto en orden lo que aconteció a Vasco Núñez Balboa y a sus compañeros de armas en la exploración del océano austral (para enviarlo a Vuestra Beatitud por medio de Juan Rufo de Forli, arzobispo de Cosenza, y por Galeazzo Butrigario, Nuncios de Vuestra Sacra Sede Apostólica, y en la actualidad despertadores de mi dormido ingenio), cuando me encuentro con cartas de Pedro Arias, el que el año pasado dijimos que se dio a la mar con un ejército y armada con rumbo a aquellas tierras nuevas.

Refiere que llegaron sin novedad él y su ejército y la armada. Esas cartas las han autorizado con su firma Juan Cabedo, a quien Vuestra Santidad hizo Obispo de aquella provincia de Darién a ruego del Rey Católico, y juntamente otros tres de los principales agregados de aquel gobierno, Alfonso de la Puente, Diego Márquez y Juan de Tavira. Reciba, pues, Vuestra Santidad el relato de esa navegación.

El doce de abril del año mil quinientos catorce se dio a la vela Pedro Arias desde el pueblo llamado Sanlúcar de Barrameda, sito en la desembocadura del río Betis, que los españoles llaman Guadalquivir. Las siete islas Canarias del océano distan de la desembocadura del Betis unas cuatrocientas millas de pasos; piensan que ésas son las Afortunadas, aunque otros lo niegan. Los nombres nuevos de esas islas son: primeramente, se encuentran dos iguales, Lanzelota y Fuerteventura; detrás está la Gran Canaria; a ésta sigue Tenerife; un poco al septentrión de Tenerife, Gomera; y detrás parecen formar grupo la Palma y la del Hierro.

A los ocho días de haber zarpado, arribó Pedro Arias a Gomera con una flota de diecisiete naves y mil cuatrocientos hombres, aunque solos le fueron señalados mil doscientos, y aun dicen que se dejó otros dos mil, suspirando y tristes, que pedían que los llevaran a sus propias expensas, estimulados por la fama del oro y el deseo de ver cosas nuevas. En Gomera se detuvo dieciséis días para tomar leña y agua, y carenar las naves que las tempestades habían maltratado, y principalmente a la capitana, que había perdido el timón; pues vienen muy bien aquellas islas a los que quieren lanzarse a aquel vasto mar. De allí zarpó para alta mar el siete de mayo, y ya no vio más tierra hasta el día tres de junio, en que arribó a la isla Dominica, que es una de los caníbales, comedores de carne humana, y dista de Gomera como ochocientas leguas. Allí se detuvo cuatro días ocupado en renovar el agua y tomar leña. Ni vieron hombre alguno ni huellas de hombre. Encontraron abundancia de cangrejos de costa y de grandes lagartos. De allí tomó el derrotero de la isla Matinina, la Guadalupe y la Galante (de las cuales hemos hecho amplia mención en la primera Década). Cruzó también largo trecho de mar de hierbas.

Ni el almirante Colón, que dijimos fue el primero que navegó por aquellas islas y el mar de hierba, ni éstos tampoco, dan explicación alguna de las hierbas. Piensan algunos que el mar es allí cenagoso, y que aquellas hierbas se crían en el fondo y se suben arriba, como vemos que pasa en las lagunas, y muchas veces también en los grandes ríos aunque tengan corriente. Otros pretenden que

no nacen allí, sino que, arrebatadas por las tempestades de los cerros que abundan por allá, sobrenadan por aquellos mares; y así lo dejan en duda porque no han averiguado aún si están fijas y ceden a las proas de las naves, o si, arrancadas, divagan. Debe creerse que nacen allí; de lo contrario, con el empuje de las naves se amontonarían (como las escobas de las casas amontonan la basura) e impedirían el andar.

A los cuatro días de haber salido de la isla Dominica, que era el once de junio, vieron montañas nevadas. Dicen que de allí corren mares hacia el Occidente cual rápido torrente de los cerros, por más que no iban ellos en derechura al Occidente, pues se inclinaban un poco más a Mediodía, lo cual algún día se podrá conocer por vista de ojos en una tabla nueva de esta cosmografía que he concebido hacer si vivo. Corre de aquellas montañas el río Gaira, famoso por el estrago de los nuestros cuando pasó Rodrigo Colmenares, como ya lo dijimos. Corren además otros muchos.

La provincia aquella, en la cual dijimos que está la región Caramaira, es insigne por sus excelentes puertos, como el de Cartagena y el otro que los nuestros llaman de Santa Marta, cuya pequeña región en la lengua de los indígenas se llama Saturma. El puerto de Santa Marta está más cerca de las Sierras Nevadas, como que cae al pie de ellas; mas el de Cartagena está como cincuenta leguas más al Occidente.

Cuenta maravillas del puerto de Santa Marta, y lo mismo dicen los que de allá volvieron, entre los cuales se cuenta Vespucio, sobrino de Américo Vespucio, el Florentino, que al morir le dejó a éste en herencia el arte marítimo y el polar; pues este joven fue enviado por el Rey como uno de los maestres de la nave capitana, porque sabe regular los polos con los cuadrantes, pues la incumbencia principal de gobernar el timón le fue confiada a un Juan Serrano Castellano, que había navegado muchas veces por aquellas regiones. A este Vespucio lo tengo convidado con frecuencia; porque es un joven de aventajado ingenio, y al recorrer aquellas costas anotó diligentemente todo lo que se ofrecía.

2.
Continúa Colón buscando un estrecho. Le atacan los indios. Hechos del historiador Oviedo. Industria de aquellos indios. Antropófagos.

Pedro Arias escribe y este Vespucio explica lo que ahora voy a referir. Pretenden que los habitantes de aquellas regiones son oriundos de los caribes o caníbales, y que por eso son muy feroces y crueles; como que, al pasar los nuestros, los rechazaron muchas veces de sus playas con sus hostilidades, y cuando querían tomar tierra les recibieron malamente.

Son de su natural tan animosos aquellos bárbaros desnudos, y tan valientes, que osaron acometer a toda nuestra armada e intentaron impedirles que se arrimaran. Pelean, como otras veces lo hemos escrito, con flechas envenenadas, con agua hasta el pecho; penetraban rabiosos y rápidos en el mar, sin que les espantaran ni el número ni el grandor de las embarcaciones, y desde allí disparaban mil clases de dardos; pero los nuestros, protegidos por las bordas de las naves y con los escudos, recibían los dardos de ellos; sin embargo, fueron heridos dos y murieron. Por fin, disparándoles unos tiros, se dieron los bárbaros a la fuga, espantados por el estruendo de los cañones y la fuerza de las balas, que juzgaban rayos; pues muy frecuentemente tienen rayos por la índole de la región y la proximidad de altas montañas.

Por más que vieron a los enemigos derrotados y dispersos, vacilaron, sin embargo; y, habido consejo, eran varios los pareceres sobre si desembarcarían tras los enemigos o no. Por una parte los detenía el temor, por otra les estimulaba la vergüenza; les inspiraban miedo las flechas envenenadas que los indígenas disparaban con ojo muy certero; pero el pasar de largo con semejante armada y tantos soldados era una vergüenza y cosa indigna y de mala fama; por fin venció la honrilla, y siguieron a los dispersos y fugitivos. Con los botes de menos fondo tomaron tierra.

El mismo capitán de la armada escribe, y este Vespucio confirma, que la circunferencia del puerto tiene tres leguas, y que es seguro y cristalino, tanto que con fondo de veinte codos se pueden contar los guijarros. Dicen que desaguan en él dos ríos de agua dulce, pero no tan a propósito para sostener las naves grandes como las canoas de la tierra. Da gusto oírles acerca de la abundancia, variedad y sabor del pescado, tanto del río como del mar; por eso hallaron allí muchas lanchas pescadoras, o sean botes del país, y muchas redes maravillosamente tejidas de hierbas resistentes, que magullan, y de cordeles de algodón limpio. Saben pescar muy bien éstos y los de Caramaira, de Cairei y de Saturma, pues a cambio de pescado obtienen de los pueblos comarcanos de lo interior las cosas que necesitan y no tienen.

Rechazando de la playa a los bárbaros, se entraron en sus bohíos o casas. Una y otra vez embistieron ferozmente a los nuestros, y quisieron traspasarlos con sus flechas envenenadas; pero les acometieron con más rabia cuando advirtieron que ocupaban y despojaban sus casas, y principalmente al ver que se les llevaban las mujeres y la mayor parte de los niños.

Los muebles de las casas eran de caña de la playa, y de varias hierbas semejantes al esparto mojado, esteras tejidas y pintadas de varios colores. También tapetes de algodón elaborados con industrioso arte, que tenían figuras de leones, águilas, tigres y otras imágenes. Las puertas de las casas y habitaciones, y las bóvedas de los dinteles, las encontraban adornadas de caracoles colgados de cordelitos delgados, para que, movidos por el viento, chocaran unos con otros, cuyo sonido les agrada sobremanera. Muchos me contaron maravillas de estas cosas.

Entre otros, cierto Gonzalo Fernández Oviedo, magistrado regio de los que en España llaman veedor, se jacta de haber entrado más adentro en el terreno. Halló una costra de zafiro mayor que un huevo de ganso; en los collados, que reconoció con treinta hombres, dice que halló muchos plasmas de esmeralda, y ágata, y jaspe, y grandes trozos de ámbar nativo, y piedras preciosas engastadas en los tapetes y entretejidas con oro. Este y todos los demás dicen que las hallaron en las casas, abandonadas por los caribes en su fuga. También la tierra aquella cría selvas coccíneas, y es riquísima de oro; en todas las costas y riberas encontraron margaritas, que son indicio de oro.

Dice este Oviedo que en cierta región llamada Cenú, que cae al Oriente de Darién noventa millas, se usa un nuevo género de comercio. Hallaron en las casas de los indígenas cuévanos y cestas grandes, y canastos lindamente tejidos de hojas de árboles a propósito, llenos de cigarras, grillos, cangrejos, caracoles, langostas de las que talan los campos, desecadas y saladas. Preguntándoles a qué uso destinaban aquello, respondieron que para llevarlo a los pueblos de lo interior, porque los habitantes de estas tierras se hacen con las cosas extrañas que desean a cambio de estas preciosas aves y de pescado salado. Habitan en casas diseminadas, no contiguas; porque los caramairenses tienen una tierra elísea, amena, feraz, sin crudo invierno ni abrasador verano, con poca diferencia del día y la noche.

Huyendo los bárbaros entraron los nuestros en un valle que tenía dos leguas de ancho y tres de largo, hasta ciertos montes llenos de hierba y de árboles, al pie de los cuales hay otros dos valles que a derecha e izquierda tienen un río, de los cuales el uno es el Gaira; al otro no le pusieron nombre. En estos valles encontraron huertos cultivados y que los campos se regaban por fosos excavados con orden admirable, no de otra manera que los de Lombardía y los etruscos cultivan y riegan los suyos.

Tienen también los alimentos ordinarios: ages, yuca, maíz, batatas, frutas de los árboles, como los demás, y pescado. La carne humana rara vez la comen, porque rara vez logran coger forasteros, como no vayan a cazar por ajenas tierras formando ejército, pues de comerse unos a otros se abstienen.

Pero, ¡cosa que da lástima el oiría!, se cree que estos feroces antropófagos han consumido millares de hombres comiéndoselos. Encontraron los nuestros mil islas paradisíacas, mil regiones elíseas que esos malvados habían despoblado, y por eso hallaron muchas desiertas, aunque amenas y ricas. Infiera de este ejemplo Vuestra Beatitud qué dañino es este linaje de hombres brutales.

Dijimos que la isla de San Juan está próxima a la Española, y que los indígenas la llamaban Burichena. Cuéntase que en nuestros tiempos se han llevado de ella, para comérselos, más de cinco mil hombres sólo desde las islas próximas que ellos habitan, como Santa Cruz, que se llamaba Hay Hay, y Guadalupe, que la decían Queraqueida. Bastante hemos divagado sobre la voracidad de esos hombres obscenos.

3.
Cultivo de la yuca. Productos industriales.

Hablemos un poco de las raíces, puesto que han de ser la comida de los cristianos en vez de pan de trigo, nabos y otras raíces de nuestras tierras. Varias veces hemos dicho que la yuca es una raíz con que hacen el pan mejor todos los isleños y estos continentales; pero no he dicho aún cómo se cultiva, cómo germina, ni las variedades que hay.

Cuando quieren plantar yuca levantan la tierra hasta la rodilla, y, cavada, la ponen en montones cuadrados de a nueve pies, y con doce troncos de la misma yuca como de pie y medio ponen tres en cada lado del montón, fijándolos al cruzado de modo que sus puntas casi vienen a juntarse en el centro del montón. De los nudos y de la cúspide clavada de la raíz nacen raicillas capilares, que, aumentando poco a poco, se hacen como las otras, y llegadas a sazón son más gruesas y más largas que el brazo, y a veces que el muslo de un hombre; así, aquel montón de tierra casi todo se convierte en raíces; pero, según dicen, la yuca no madura en menos de año y medio, y cuanto más se la deje hasta dos años, tanto mejor es y más a propósito para hacer pan.

Cuando la arrancan, con dos piedras que tienen para eso, la majan, y luego la prensan, como entre nosotros las mujeres lo hacen con el queso, y la ponen en un saco hecho de hierbas o cañizos de río, y, colocándole encima una piedra pesada, la cuelgan un día entero y le sacan el jugo, pues ya dijimos que es mortífero en las islas; pero si se cuece es saludable el jugo aquel, como nuestro suero de la leche. Hay que advertir que el jugo de la yuca no es perjudicial en el continente, según dicen.

Cuentan que hay muchas especies de yucas: unas más sabrosas que otras y más preciosas, que se ponen en la mesa de los caciques; otras las comen los nobles, otras el pueblo. Quitando el jugo a la yuca, la extienden para cocerla en láminas de barro preparadas con ese fin, como nuestro queso prensado. Éste es el pan principal de ellos, y le llaman *cazabbi*. También dicen que hay varias especies de ages y batatas; pero los ages y las batatas las usan más como viandas o frutas que para hacer pan, y como nuestra gente los rapos, rábanos, criadillas, nabos, zanahorias y cosas semejantes, pero principalmente las batatas, que aventajan a las mejores criadillas de tierra, con cierta dulzura y suavidad maravillosa, principalmente si se da con las mejores. Basta ya acerca de las raíces; hablemos ahora de otra clase de pan.

Dijimos que tienen una clase de trigo casi semejante al del pan, pero que aventaja a los granos más gordos. A falta de yuca, majándolo a mano con piedras lo hacen harina y lo amasan, y es el pan más vulgar. Se siembra tres veces al año, si lo permite la fertilidad del terreno, por la igualdad de los tiempos, de la cual ya hemos hablado mucho arriba. Encontraron allí cultivo de todas las raíces, y del grano de maíz y de árboles frutales varios géneros muy cultivados.

Entre estos caramairenses y saturmanos dicen que hay caminos anchos y derechos; de modo que se cree que los han señalado trazando líneas. También encontraron entre ellos hidrias, cántaros, ollas, orzas, fuentes y platos de loza, y vasijas de agua de varios colores, en las cuales dicen que se conserva el agua fresca. A la intimación de que obedecieran al Rey Católico y adoptaran nuestra religión o abandonaran el territorio, respondían con flechas envenenadas. Cogieron a algunos, a la mayor parte de los cuales los soltaron de seguida, vistiéndolos antes; a los otros, llevándolos primero a las naves y haciéndoles ver la grandeza de nuestras cosas para que se lo contaran a los demás, los soltaron luego con el fin de granjearse su buena voluntad.

Refieren que en todos los ríos encontraron muestras de oro. También hallaban a cada paso en las casas carne fresca de ciervo y de jabalí, y la comieron ricamente. Tienen también abundancia de aves, y las crían en las casas, ya para comerlas, ya por gusto. Que es benigno el clima lo infieren de que durmieron de noche al raso, en las orillas de los ríos, y nadie sintió ningún dolor de cabeza ni cogió humor insalubre. También hallaron a cada paso grandes ovillos de algodón limpio, y manojos de varias plumas con que se hacen penachos a modo de nuestras corazas, y sayos para adornarse. Les gustan estas elegancias. Fue innumerable la cantidad de arcos y flechas.

Guardan allí también los cadáveres quemados: en unas partes, enterrando los huesos en vasijas; en otras, enterrándolos enteros en los sepulcros; en otras, en los mismos bohíos, o sea casas reverentemente adornadas con oro y joyas. Las láminas que llevaban al pecho, y otras alhajas que ellos llaman *guanines*, encontraron que estaban hechas de latón, más bien que no de oro. Por eso forman juicio de que han tenido comercio con extranjeros tramposos, que les llevan estas joyas labradas para sacarles el oro puro a cuenta de vil metal, y los nuestros no echaron de ver el engaño hasta que se pusieron a hacer la fundición.

Varios arquitectos que pasearon algo apartados de la playa, dijeron que habían encontrado pedazos de blanco mármol; piensan que en algún tiempo fue a aquellas tierras gente extraña que arrancó mármoles de las montañas y dejó en el llano aquellos pedazos. Allí aprendieron que el río Marañón baja de las sierras nevadas, y que en su curso se aumenta con gran copia de otros ríos afluyentes; por eso es tan grande, porque corre desde lejos hacia el mar por tierra de mucha agua.

Hecho esto, se hizo señal de recogerse. Noventa habían sido enviados a tierra: todos ellos dando voces de alegría, formados y cargados con el botín de cosas del país y penachos y coronas y capotes, y también sayos militares de pluma, volvían brillantes con los adornos de los indígenas.

Levaron anclas el 15 de junio, después de reparar las naves que se hallaban en mal estado por varias tempestades; pero en particular la capitana había corrido gran peligro por haber perdido el timón, según lo hemos dicho. Se dieron a alta mar en demanda del puerto de Cartagena, y, en conformidad a la orden del Rey, devastaron, algunas islas que hallaron al paso, y eran nidos de feroces caníbales. Pero la rápida corriente de las aguas engañaron a Juan Serrano, piloto principal de la nave capitana, y a los demás, aunque presumían conocer muy bien la índole de aquellas corrientes; se lamentan de que en una noche fueron llevados cuarenta leguas más allá de lo que pensaban.

LIBRO VI.

1.
Curiosas conjeturas sobre las corrientes marinas a Poniente. Cavoto explorador del mar glacial.

Aquí habremos de filosofar un poco, Beatísimo Padre, y pasar de la Cosmografía a las causas de los arcanos de la naturaleza.

Todos confiesan unánimes que allí los mares corren hacia el Occidente, como los torrentes de las montañas. Por eso yo estoy en confusión sobre adonde se dirigen aquellas aguas que, con perpetuo rodeo, corren del Oriente como huyendo bacía el Occidente, de donde nunca han de volver, y cómo ni por eso se llena más el Occidente ni el Oriente se vacía. Si dijéremos que se encaminan al centro según la ley de los graves, y pretendiéremos que el centro es la línea equinoccial, como dicen muchos, ¿qué centro habrá capaz de tanta y tanta agua, o qué circunferencia se encontrará bañada? Los que han recorrido aquellas costas no dan ninguna razón que sea verosímil.

Piensan la mayor parte que hay vastos tragaderos en el cabo final de aquel gran territorio, que dijimos es ocho veces mayor que Italia, al Occidente de la isla de Cuba, los cuales absorban aquellas aguas y de allí las arrojen hacia el Occidente, para que vuelvan a nuestro Oriente; otros dicen que al Septentrión. Algunos quieren que esté cerrado aquel seno del gran territorio, y que tiende hacia el Septentrión a espaldas de Cuba, de modo que estreche las tierras septentrionales rodeadas por el mar glacial, y estén contiguas todas aquellas playas; por lo cual suponen que, oponiéndose al gran territorio, hace girar a aquellas aguas, como se puede ver en los ríos cuando se les ponen enfrente las revueltas de las orillas.

Pero esto no viene bien, pues los que han explorado las regiones glaciales y siguieron después al Occidente, dicen que las aguas corren sin interrupción hacia el Occidente del mismo modo, no con violencia, sino suavemente. Las ha explorado cierto Sebastián Cavoto, veneciano de origen, pero trasportado casi niño por sus padres, que marcharon a la isla Británica (como acostumbran los venecianos, que, por causa de su comercio, son huéspedes de todo el mundo).

Éste se hizo con dos naves por su dinero en la misma Bretaña, y marchó primeramente con trescientos hombres al Septentrión, hasta que encontró vastas moles de hielo flotando en el mar aun en el mes de julio, y casi perpetua luz, aunque la tierra estaba descubierta por haberse derretido el hielo. Por eso se vio obligado, como él lo dice, a cambiar de rumbo y seguir al Occidente, y, sin embargo, marchó hacia el Mediodía por encurvarse la costa, de modo que casi se puso a los grados de latitud del mar de Hércules; y caminó tanto hacia el Occidente, que tuvo a la izquierda la isla de Cuba casi a los mismos grados de longitud. Recorriendo aquellas costas, que llamó *Bacalaos*, dice que encontró las mismas corrientes de las aguas hacia el Occidente, aunque suaves, que los castellanos encuentran cuando navegan por sus regiones meridionales. Luego no sólo con verosimilitud, sino por necesidad, se ha de inferir que entre ambas tierras desconocidas hasta el presente hay vastas aberturas que den paso a las aguas que corren del Oriente al Occidente.

Estas aguas pienso yo que el impulso de los cielos las hace girar en círculo alrededor del globo terrestre, y que no las vomita ni las absorbe ningún *Demogorgon* con su boca abierta, lo cuál acaso sería permitido admitir por el flujo y el reflujo. El mismo Cavoto llamó a aquellas tierras *Bacalaos*, porque en el mar de ellas encontró tal muchedumbre de ciertos pescados grandes, semejantes a los *tinnos*, así llamados por los indígenas, que a veces llegaban a retardar el andar de las embarcaciones. Encontraba los hombres de aquellas regiones vestidos sólo de pieles, pero no

faltos de razón. Cuenta que hay por allá mucha abundancia de osos, que también se alimentan de pescado, pues se sumergen entre las densas bandadas de aquellos peces, y cogiendo cada uno el suyo, metiéndoles las uñas entre las escamas, los sacan a tierra y se los comen; por eso dice que los osos no hacen daño a los hombres. Repiten que en la mayor parte de los lugares vieron que los indígenas tenían latón.

Trato familiarmente en mi casa al propio Cavoto, y a veces vive conmigo, pues, llamado de Inglaterra por nuestro Rey Católico después de la muerte de Enrique, rey de la Bretaña Mayor, está en la corte con nosotros, y espera día por día que se le dispongan embarcaciones con las cuales se descubra ya por fin este ignoto arcano de la naturaleza; pienso que en el mes de marzo del año que viene, mil quinientos dieciséis, emprenderá la marcha para hacer sus exploraciones; lo que resulte lo sabrá Vuestra Santidad por mi conducto, si vivimos.

No faltan entre los castellanos quien nieguen haber sido Cavoto el primer descubridor de Bacalaos, y no reconocen que haya caminado tanto hacia el Occidente. Basta ya de gargantas y de Cavoto. Volvamos a los castellanos.

2.
Llega al Darién la armada de Pedro Arias. Gran Consejo. Parte al Rey.

Pasaron más allá del puerto de Cartagena y las islas adyacentes de los caribes, que llaman islas de San Bernardo, dejándose detrás toda la región de Caramaira sin tocar en ella. De allí, habiéndose movido una tempestad, marcharon a la isla que dijimos se llama Fuerte, y dista como cincuenta leguas de las gargantas del golfo de Urabá. En aquella isla encontraron en los tugurios de los bárbaros muchos canastos llenos de sal, hechos de cañas marinas. Es aquella isla notable por sus excelentes salinas; a cambio de sal, adquieren los indígenas las cosas de otras partes. Voló a la nave capitana un onocrótalo, ave grande mayor que un buitre, que tiene un buche muy capaz, y habitaba en lo antiguo en las lagunas de Ravena, según testimonio de los autores; no sé si ahora los habrá también: se dejó coger fácilmente, y llevándole por todas las naves de la armada, al fin se murió. Vieron una bandada de otros veinte que estaban lejos en la playa.

Dejaron detrás la nave mayor, que era la capitana, por estropeada e inservible, para que poco a poco les siguiera cuando el mar estuviera tranquilo. El veintiuno de junio arribó la armada a Darién: cuatro días después llevaron la nave capitana, pero vacía. El pueblo darienense, con su prefecto Núñez Balboa al frente, de quien antes hemos hablado largamente, salió a recibirlos a distancia de tres millas, cantando el *Te Deum laudamus*. Cada uno de sus habitantes recibió con gusto a los que venían en su respectiva casa, que están edificadas a imitación de las del país. Séame permitido llamar a todas estas regiones provincias, supuesto que han sido vencidas lejos[45], echando fuera a todos los caciques. Se alimentan con los frutos del país, y comen pan tierno de maíz y de raíces: de lo demás llevaba la armada, como carnes saladas, pescado salado también, y harina de trigo en cubas. He ahí la real Armada en tierras remotísimas; he ahí a los españoles, no ya dentro del trópico de Cáncer, sino casi debajo del mismo círculo equinoccial, contra el parecer de muchos sabios, para establecerse allí y fundar colonias. Pero veamos lo que determinaron luego que se reunieron.

Al día siguiente de haber llegado la armada hubo junta de cuatrocientos cincuenta hombres del Darién. En público y en secreto, en junto y por separado, se trató de lo que había escrito Vasco, Prefecto del mar austral (éste es el cargo que dijimos llaman los españoles Adelantado), y se puso en claro que era verdad todo lo que había comunicado al Rey acerca del mar austral de aquella tierra. Y que debían por de pronto levantarse castillos, como opinaba el mismo prefecto Vasco, en las jurisdicciones de Comogro, Pochorrosa y Tubanama. a fin de que más adelante pudieran fundarse colonias.

---

45 Alude a la etimología latina de *provincia*, que supone venir de *procul vinci*.

Así, pues, fue enviado Juan Ayora, noble cordobés, con el cargo de Vicepretor, con cuatrocientos hombres, que fueron en cuatro carabelas y otra embarcación más pequeña. Éste tomó primeramente el puerto de Comogro, que distaba de Darién como veinticinco leguas, según escriben en cartas que tengo a la vista. De allí ha de mandar al Sur ciento cincuenta hombres de los cuatrocientos por camino más derecho que han encontrado, pues dicen que no tiene más que veintiséis leguas el trecho desde la corte de Comogro hasta la entrada del golfo de San Miguel; los que restan hasta cuatrocientos se establecerán allí, para desde allí auxiliar a los que vayan y vengan; y aquellos ciento cincuenta que han de ir al Sur, llevan consigo intérpretes de los nuestros, conocedores de las lenguas australes, que aprendieron aquellos idiomas de los esclavos que se tomó Vasco cuando recorría aquellos territorios, y también les servirán como intérpretes algunos de los mismos esclavos que entienden ya la lengua española.

Estos dicen que el puerto de Pochorrosa dista del de Comogro nada más que siete leguas. En Pochorrosa, el Vicepretor, por orden del Pretor y de otros, tiene que dejar cincuenta hombres con la nave más ligera que les sirve de correo; y como suele hacerse en tierra con caballos que se tienen dispuestos, así éstos, por mar, avisen al Pretor y a los darienenses de lo que vaya ocurriendo.

También han de establecer viviendas en la tierra de Tubanama, cuyos palacios dicen que distan de Pochorrosa veinte leguas. De estos cuatrocientos hombres, cincuenta de los primitivos darienenses, que ya tienen experiencia de las cosas, han sido destinados para que, a modo de decuriones, dirijan a los nuestros y les conduzcan a lo que se haya de hacer.

Dispuestas así las cosas, pensaron en comunicárselas al Rey, y al mismo tiempo hacerle saber que hay en aquellas tierras un cacique llamado Dabaiba, cuyo reino es opulento de oro, pero que aún no le han tocado por su poderío. Se cree comúnmente que éste tiene su reino aguas abajo de aquel gran río, que otras veces hemos mencionado, y que toda la tierra de su jurisdicción abunda en oro. Dicen que la corte de Dabaiba dista de Darién cincuenta leguas, y allí dicen los indígenas que se reparte por la comarca la abundancia del oro. Aunque, como hemos ya dicho, los nuestros tienen también, a solas tres leguas de Darién, buenas minas de oro, que actualmente disfrutan, y en muchos lugares lo recogen cavando. Sin embargo, creo que tiene más el reino de Dabaiba.

En las primicias de mi trabajo enviadas a Vuestra Santidad se hizo mención de este Dabaiba; mas por equivocación, habiendo encontrado a los pescadores de Dabaiba, pensaron haber hallado al propio Dabaiba entre los lugares palustres.

Quieren, pues, escoger para ir a Dabaiba trescientos hombres distinguidos de todo el ejército, jóvenes aptos para la guerra, magníficamente pertrechados con abundancia de toda clase de dardos y armas, que vayan sobre él; y, si no quiere paz, le derroten y venzan. Repiten una y otra vez, en prueba de la futura opulencia, que en pocas partes se ponen a cavar sin que encuentren pepitas de oro mezcladas con la tierra. Lo que me han escrito, eso cuento.

También aconsejan al Rey que se funde una colonia en el puerto de Santa Marta, en la región que los indígenas llaman Saturma, para que sea el refugio de los que naveguen desde la isla Dominica, desde la cual dicen que hay camino de cuatro o cinco días hasta ese puerto de la región Saturma, y tres días desde Santa Marta a Darién. Digo de ida, pues la vuelta les es tan penosa por la corriente de aguas que les parece que al regreso suben ásperos montes.

3.
Corrientes marinas. Condiciones enfermizas de Darién.

A fuerza de este torrente no es tanta para los que regresan a España desde la Española y desde Cuba, aunque también ellos tienen que ir contra la corriente oceánica, porque aquí es muy grande la anchura del mar, por donde pueden espaciarse las aguas corrientes.

En la región de Paria las aguas se ven estrechadas por los costados de aquella tierra, y comprimidas por las muchas islas que hay enfrente, como se puede conjeturar en el mar de Sicilia, donde es tanto el ímpetu de las aguas que Vuestra Santidad conoce que forman Scila y Caribdis por las estrechuras que reciben aquellos mares, es a saber: el Jónico, el de la Libia y el Tirreno.

De la isla Guanasa, de Yaya y de Maya y Cerabarono, que son regiones occidentales de Veragua, dejó escrito Colón, príncipe de estos descubrimientos, que observó tan furiosa corriente de proa cuando iba buscando el Oriente volviéndose atrás en aquellas costas, que a veces ni pudo intentar el sondeo sin que el ímpetu contrario se le llevara el plomo, y alguna vez no pudo ganar ni una milla en un día entero, aunque tenía algún viento de popa. De aquí es que frecuentemente se ven obligados a llegar primero a Cuba, y, finalmente, a la Española, para después, tomando ancha mar con rumbo al Septentrión, emprender el derrotero de España, a fin de que los vientos boreales les ayuden a empujar las, naves que no podrían llevar en ruta derecha. Acerca de los movimientos del océano para allá y para acá, harto hemos dicho ya.

Ahora hemos de referir lo que escriben del Darién y de la colonia que han fundado en sus orillas, y, como dijimos, la llaman ellos Santa María la Antigua. La situación del lugar es enfermiza y pestífera, más perniciosa que el clima de Cerdeña; todos se ponen pálidos como los que tienen ictericia. Y no consiste en la naturaleza de la región, puesto que en muchos lugares, bajo los mismos grados de latitud de los signos, encuentran saludable y benigna clemencia del aire, es a saber, donde la tierra cría sus fuentes cristalinas, o donde los ríos tienen cauces corrientes y no cenagosas, y principalmente cuando habitan en los collados, y no en los valles; pero el sitio aquel que está en la orilla del río Darién está colocado en un valle profundo, rodeado por ambas partes de ásperos collados, por lo cual recibe los rayos meridionales del sol casi perpendiculares sobro la cabeza, y les molestan gravemente los rayos que caen de las montañas de frente, por la espalda y por los costados; pues el ardor de los rayos solares lo produce su repercusión, no su acceso a la tierra, porque en sí no son nocivos, lo cual se puede colegir de las nieves que hay en altas montañas, como Vuestra Santidad lo comprende muy bien. Por eso, los rayos que caen en los montes, por el declive ruedan a lo profundo como una gran piedra redonda que se echa desde la cima de un monte. Y así los valles reciben, ya la parte que les toca de rayos directos, ya la que se precipita oblicuamente de los collados y montañas. Es, pues, la habitación del Darién perjudicial, no por la región, sino por la naturaleza de la situación particular.

También es pestilente el lugar por la naturaleza del suelo, por pantanoso que es, y rodeado de fétidas lagunas. Más aún: la misma población es un estanque, donde de las gotas que corren de la mano de los esclavos cuando riegan el pavimento de la casa de seguida se crían sapos, como yo mismo he visto en alguna parte, que en verano aquellas gotas se convierten en pulgas.

Además, donde quiera que cavan palmo y medio brotan aguas insalubres todas y corrompidas por la naturaleza del río, que corre hacia al mar en medio de un valle profundo por álveo perezoso y encenagado; por este motivo tratan de cambiar de sitio. A los primeros la necesidad les precisó a fijarse allí, pues se veían tan necesitados los que primero llegaron a aquellas tierras, que no se cuidaron de mudarse de sitio; y así, el dañino asiento del suelo les perjudica por los rayos solares: la condición más nociva de las aguas y del aire corrompido por las emanaciones palúdicas les pone malos. No tiene puerto aquel lugar, que dista de las gargantas del golfo tres leguas, y es un camino arduo y áspero para llevar las provisiones desde el mar. Pasemos a otras cosas que suceden.

4.
Casos y cosas de Darién. Madera para naves. Árbol mortífero. Varios exploradores.

Tan pronto como llegaron les acontecieron muchas cosas desconocidas hasta el presente. A cierto médico eximio de Sevilla[46], a quien la autoridad del Prelado, y juntamente la codicia del oro, le indujeron a dejar la vida tranquila de su patria, cuando estaba durmiendo con su mujer le buscó la fuerza del rayo, y se le quemó la casa con todos los muebles: atónitos marido y mujer, casi desnudos y medio quemados, apenas escaparon. Estando en la playa, un cocodrilo grande cogió a un mastín de año y medio, y, como un milano suele hacerlo con un pollito, a la vista de todos se llevó al pobre perro, que pedía auxilio al amo con grandes alaridos. Por la noche se veían atormentados por las mordeduras de los murciélagos; si por casualidad mordían a uno dormido, sacándole la sangre, le ponían en peligro de muerte, y se sabe que algunos murieron de eso. Si por la noche los murciélagos cogen al raso gallo o gallina, picándoles en la cresta los matan.

Cuentan que la tierra aquella está infestada de cocodrilos, leones y tigres, pero que ya se han inventado trampas con que cogen muchos. Escriben que han hallado en las casas de los compañeros pieles de tigres y leones que mataron. Dicen que los bueyes, cerdos y caballos crecen demasiado y se hacen más grandes que sus padres por la fertilidad del suelo. Del grandor de los árboles, de varios frutos de la tierra, de las hortalizas y de todas nuestras siembras, de los ciervos y bestias cuadrúpedas, así como de varios géneros de aves y peces, refieren lo mismo que otras veces he escrito.

Al reyezuelo Careta, príncipe de la región Coiba, le tuvieron de huésped tres días, y lo despidieron maravillado de nuestros instrumentos armónicos, de los jaeces de los caballos y demás cosas peregrinas para él, y con muchos regalos. Este dijo a los nuestros que se crían en la provincia unos árboles que, haciendo las naves con sus tablas, están libres de los gusanos marinos roedores, pues esta plaga es terrible para nuestras naves en aquellos puertos. Dice que la madera aquella es tan amarga que se abstienen de gustarla.

Hay otro árbol, peculiar de aquella tierra, cuyas hojas, si tocan un cuerpo desnudo, levantan grandes cardenales y, si no se curan con agua de mar o con saliva de la mañana, al punto con su veneno causan dolores mortales. También se cría este árbol en la Española: dicen que también es mortífero su olor, y que no se puede llevar su madera a ninguna parte sin peligro de la vida. Habiendo intentado los isleños de la Española quitarse de encima el yugo de tanta servidumbre, y no habiendo cesado de procurarlo en guerra abierta o con asechanzas, se halló que quisieron matar con esa madera a los principales, fumigándolos cuando durmieran de noche; pero, extrañando los cristianos la novedad de encontrarse con esa madera, les obligaron a los desdichados a confesar la trampa, y los autores del intento lo pagaron. Tienen los mismos un género de hierba, con cuyo olor se proporcionan el remedio contra el veneno de aquel árbol para poderlo llevar sin novedad. De estas pequeñeces basta ya.

De las islas del mar austral esperan tener mucha más riqueza. Pues Pedro Arias (cuando salió de allá el que me ha traído las cartas) estaba preparando una expedición a la isla que se levanta en medio del golfo que los nuestros llaman de San Miguel, a la que no tocó Vasco porque en aquel tiempo estaba alborotado el mar, de la cual isla bastante dije tratando del paso de Vasco al Sur. Esperamos cada día cosas mayores que las pasadas, pues se han tomado otras muchas provincias que juzgamos no han de ser inútiles, ni poco de admirar. Aquel Juan Díaz Solís, de Nebrija, de quien alguna vez hemos hecho mención, ha sido enviado por la frente aquella de San Agustín, que pasa siete grados de la línea equinoccial y pertenece a los portugueses, para que recorra con naves nuestras el lado austral, a espaldas de Paria, Cumana, Cuchibacoa y los puertos de Cartagena y

46 Es el doctor Chanca, que escribió el segundo viaje de Colón.

Santa Marta, el Darién y Veragua, a fin de que se tengan más claras y abundantes noticias de aquellas regiones.

También ha sido enviado otro capitán de tres naves, Juan Ponce, a que tale las tierras de los caribes y reduzca a servidumbre a aquellos feroces devoradores de hombres, a fin de que las islas adyacentes de gente pacífica queden por fin libres de semejante peste, y al mismo tiempo se puedan explorar los productos de aquellas islas y sus secretos. Han sido enviados asimismo otros por diferentes derroteros: Gaspar Badajoz, para que recorra el Occidente; Francisco Becerra, para que vaya por la punta de la misma bahía, y Vallejo para que por sus gargantas pase a la orilla occidental de ella a explorar los secretos de aquella tierra, donde poco ha había comenzado a establecerse Hojeda con mala estrella, edificando un fuerte y un pueblo.

Primero salió Badajoz con ochenta soldados recogidos de Darién: siguióle con cincuenta Luis Mercado; a Becerra le señalaron ochenta, y a Vallejo setenta. Si tomarán puertos seguros o darán con estaciones de poca confianza, sábelo la providencia del Sumo Artífice de las cosas; pero nosotros los hombres nos contentamos con la noticia de los sucesos después que han acaecido. Pasemos a otras cosas.

LIBRO VII.

1.
Noticias frescas. Descripción de la Española: sus primeros pobladores, su primera casa. Sus nombres primitivos.

Apenas había salido de casa Pedro Arias, Gobernador del creído continente, que llegó al Darién con muchos agregados, cuando supe que había venido a la corte, por causa de negocios, cierto Andrés Morales, piloto de las naves que recorren aquellas costas, el cual investigó con diligente solicitud, ya las costas del creído continente, ya los derroteros de las islas adyacentes, ya todo lo interior de la Española. Le dio el encargo de explorar la Española a este hombre fray Nicolás Ovando, Comendador mayor de la milicia de Alcántara y Gobernador de la Española, porque era de distinguido ingenio y más apto que los demás para hacer esa exploración. Sobre estas cosas el tal Andrés formó indicadores y tablas excelentes, a que dan fe los demás que conocen la materia. Éste se me presentó como suelen hacerlo los demás que vuelven del océano. Vamos a tratar las cosas hasta ahora ignoradas, que él y otros varios me han enseñado.

Sea la descripción particular de la Española lo que vaya al frente de esta narración, ya que es la cabeza y emporio de toda la liberalidad del océano, y que tiene mil y mil ninfas, nereidas hermosas, engalanadas y ricas, que, como a otra Tetis, señora y madre, la rodean y adornan decentemente. De las mismas nereidas, esto es, islas que la rodean, diremos algo después, y vendrá al fin la isla Margarita, que los nuestros llamaron Rica, y cae en el golfo del mar austral de San Miguel, ya recorrida (que al presente nos ha dado cosas maravillosas y las promete mayores para lo sucesivo) con sus brazaletes, collares y coronas de blancas perlas, dignas de Cleopatra, de cuyas conchas será bien decir algo al fin de la narración.

Vengamos ya a la elísea Española, y comencemos por el nombre que primero se le puso; después hablaremos de su figura y de su benigno clima; finalmente, discurriremos de su división. Desde la isla Matininó, que se nombró en la primera Década (con acento en la última sílaba, como Vuestra Santidad lo echará de ver por la vírgula puesta encima en todos sus vocablos, para que no se haya de repetir tantas veces dónde se ha de cargar el acento de los nuevos vocablos), dicen éstos que pasaron, llevados en sus canoas monoxilas, digo, lanchas de un madero, los primeros habitadores arrojados de su patria por los partidarios de la facción contraria, como se lee que salió de Coryntho Dárdano, y de Creta Teacro, para el Asia, y luego se llamó sólo Troyano, y los de Tiro y de Sidón arribaron a Libia guiando la flota la fabulosa Dido. Desterrados, pues, los de Matininó de sus propios lares, fijaron su asiento en la Española y en la parte de la isla que se llama Chaonao, a la orilla del río llamado Bahaboni, como pasa en los principios de Roma con el troyano Eneas, llevado a Italia, al lacio Tíber.

Dentro de la desembocadura del río Bahaboni hay una isla donde se dice que levantaron la primera casa los inmigrantes, y la llamaron Camotella. Poco después consagraron aquella casa, y siempre la veneraron reverentemente hasta la venida de los nuestros, y la saludaban con perpetuos dones como nosotros a Jerusalén, principio de nuestra religión, los mahometanos a la Meca y los antiguos habitantes de las islas Afortunadas en la Gran Canaria a Tyrma, edificada sobre alta roca, desde la cual muchos, alegres y cantando, se tiraban abajo persuadidos por sus sacrificadorcillos de que las almas de los que se arrojaban desde allí por amor de Tyrma eran felices y llevadas a las delicias eternas. Los debeladores de las islas Afortunadas encontraron que se conservaba eso hasta nuestros tiempos, y aún no se ha borrado del lenguaje común la memoria de los sacrificios, y la roca conserva su nombre.

También he sabido poco ha que en esas mismas islas, del francés Betancor, primer cultivador de las Afortunadas con permiso obtenido de los Reyes de Castilla, como en otra parte dije, hay un partido betancorano que conserva todavía la lengua y las costumbres francesas a pesar de que los herederos de Betancor vendieron a caballeros de Castilla, como arriba lo mencionamos, las dos islas que habían sojuzgado. Sin embargo, los habitantes que habían seguido a Betancor, y se habían fabricado casas y aumentado allí su familia, permanecieron y viven felizmente junto con los españoles sin los fríos de Francia.

Volvamos a los de Matininó. Los nombres que los primeros habitantes pusieron a la Española, fueron primero Quizquella, después Haití, y no sólo por voluntad de los que le pusieron el nombre, sino por el efecto que ellos creían. Llaman Quizquella a alguna cosa grande que no la haya mayor: Quizquella la interpretan grandeza, universo, todo, como los griegos su Pan, porque les pareció, en vista de su magnitud, que era el universo orbe de la tierra, y que el sol no calentaba cosa alguna fuera de aquella isla con las demás adyacentes; por eso resolvieron que debía llamarse Quizquella. Mas Haití significa aspereza en su lengua antigua, y así llamaron a toda la isla Haití, denominado el todo por la parte en virtud de la figura metonimia, por cuanto esta isla, en la mayor parte de los lugares, es horrorosa por el aspecto áspero de sus montañas y la negra espesura de sus bosques, y sus valles medrosos y obscuros por la altura de las montañas, no obstante que en otras partes es muy amena.

2.
Enseñanza tradicional de los indios.
Noticias geográficas de la Española.

Aquí, Beatísimo Padre, hemos de hacer una pequeña digresión. Se maravillará Vuestra Beatitud de cómo hombres sencillos conservan de los antepasados estos principios no teniendo, como no tienen, género alguno de letras. Hay entre ellos la eterna costumbre de que, principalmente en las casas de los caciques, los boicios o sabios les instruyan de memoria los hijos en el conocimiento de las cosas. En esta enseñanza atienden principalmente a dos cosas: la una general, del origen y sucesión de las cosas; la otra particular, de las hazañas que en guerra y en paz hicieron sus padres, sus abuelos, bisabuelos y todos sus ascendientes.

Ambas clases de preceptos las tienen compuestas en ritmos en su lengua, y les llaman *areitos*, y, como entre nosotros los citaristas, así ellos con atabales hechos a su modo cantan sus areitos y danzan al son del canto: al tambor le llaman *maguei*. También tienen areitos de amores, y otros lastimeros, otros bélicos, con sus respectivas sonatas acomodadas. También tienen danzas, en las cuales son más ágiles que los nuestros, porque en ninguna otra cosa ponen más cuidado, y como van desnudos no les estorba la ropa.

En areitos han recibido de sus antepasados el vaticinio de la llegada de los nuestros, con los cuales, gimiendo como si recitaran elegías, significan su ruina. Dicen que han de ir a su isla *maguacochíos*, esto es, hombres vestidos, armados de espadas, que partirán a un hombre de un tajo, y a cuyo yugo ha de quedar sometida su descendencia. Y en verdad, no me causa maravilla que sus antepasados vaticinaran la servidumbre de sus hijos, si es verdad lo que refieren de sus espectros, de los cuales escribí con bastante extensión en el libro nono de mi Década primera (lo mismo que de los *zemes*, o sea simulacros que adoraban de los espectros). Mas ahora confiesan que, quitados de en medio los *zemes*, ya no ha habido en ninguna parte más apariciones. Los nuestros lo atribuyen a la señal de la cruz con que todos se defienden, pues se han bautizado.

También tienen todos gran cuidado de conocer los confines y límites de los reinos, y este cuidado es común a los *mitainos*, es decir, a los nobles, que así los llaman; de suerte que son cosmógrafos no ineptos de su patria; el vulgo no se cuida de ninguna otra cosa más que de las sementeras y las cosechas. Son también muy diestros pescadores, porque todo el año y todos los

días se sumergen en los ríos, y no menos viven en el agua que en la tierra; cuidan también de la caza, pues tienen dos clases de cuadrúpedos, como ya lo hemos dicho: las *uthías*, que son conejos pequeños, y las serpientes *quanas*, de que se habló bastante en la primera Década, y son semejantes a los cocodrilos, de ocho pies de largas, terrestres y de exquisito sabor. Aves se crían innumerables en todas las islas, como palomas, ánades, patos, garzas y abundancia de papagayos, tanta como entre nosotros la hay de gorriones. Cada régulo tiene a sus súbditos repartidos, éstos dedicados a la caza, aquéllos a la pesca, los otros a la agricultura.

Volvamos a los nombres. Dijimos que *Quizquella* y *Haitin* son nombres antiguos: también la mayor parte llamaron a toda la isla Cipanga por su región montuosa, rica de oro, como vemos que nuestros poetas a Italia la han llamado Lacio alguna vez por una parte de ella; así como los antiguos llamaron Austonia y Hesperia a Italia, aquí éstos a su isla *Quizquella*, *Haitin* y *Cipanga*; pero los nuestros primero la llamaron *Isabela*, por la reina Elisabeth, que el idioma español nombra Isabel, tomando el nombre de la primera colonia que levantaron en la costa septentrional de la isla, de la cual dije esto en la Década primera. Posteriormente la llaman, por el nombre de España en diminutivo, *Hispaniola*. De los nombres bastante hemos hablado: ahora de su figura.

Los primeros que recorrieron la isla, me la pintaron semejante a una hoja de castaño con su seno al Occidente, mirando a la isla de Cuba. Pero este piloto, Andrés Morales, me la ha traído dibujada de otro modo, aunque poco diferente; pues por ambos extremos, el oriental y el occidental, la pone comida de grandes senos, y que extiende muy a lo largo los cabos, y dentro del seno oriental coloca puertos anchos y seguros. Procuraré que algún día se le envíe a Vuestra Santidad este indicador particular de la Española, pues trae sus indicaciones del mismo modo que Vuestra Santidad ha visto muchas veces, según pienso, España e Italia, cada una con sus altas montañas, ríos, ciudades y colonias.

Compararemos sin reparo, comparemos, Beatísimo Padre, la Española con Italia, en otro tiempo reina del mundo, supuesto que, si medimos la cuantidad, la hallaremos poco menor, pues la Española se extiende de Oriente a Occidente, como pretenden los modernos, quinientas cuarenta millas. El Almirante dijimos en la primera Década que le daba más extensión; y de ancha, por algunas partes, tiene casi trescientas, si bien por otras es más estrecha, donde extiende sus cabos.

Pero Italia, Beatísimo Padre, es mucho más feliz, porque en su mayor parte es tan templada y amena que ni sufre el frío molesto, ni le aqueja el desmedido calor. La Española tiene ambos solsticios casi iguales a los equinoccios; pues apenas crece una hora sobre la noche ni al revés, en el lado meridional; en el septentrional es otra cosa. Hay en ella muchas regiones en que a veces hace frío; pero Vuestra Beatitud entenderá que eso sucede por la disposición de las montañas a propósito, según abajo lo diremos con más extensión, pero no es un frío tan atroz que los habitantes sean nunca visitados por las nieves. Tiene, pues, esta dichosa isla perpetua primavera y perpetuo otoño: allí todo el año tienen hoja los árboles y están verdes los prados; todas las cosas prosperan allí admirablemente. Cuánto crecen las hortalizas en dieciséis días, las coles, lechugas, borrajas y otras verduras semejantes, y en treinta días las calabazas, melones, cohombros y cosas así, con bastante latitud se ha dicho en otra parte.

3.
Fauna y flora de la Española. Su cosmografía particular.

Respecto a los animales, dijimos que los bueyes llevados de España se hacen mucho más grandes; cuando hablan del crecimiento, comparan los bueyes a los elefantes, los puercos a las mulas, pero hiperbólicamente. También dijimos que las carnes de cerdo son sabrosas y saludables a causa de los mirobalanos y otras frutas del país que se crían solas y los cerdos las comen, como entre nosotros son las bellotas de haya, roble y encina. También las vides, si se las cuida, crecen con admirable fertilidad; y si a alguno se le ocurrió alguna vez sembrar trigo en los montes, tiene que

ser donde haga algún frío: en el llano de ninguna manera, por la demasiada grosura de los campos. Es cosa increíble. Afirman y hasta juran que la espiga es más recia que el brazo, que tiene más de un palmo de larga, y que cada una cría más de dos mil granos. Y dicen que es más saludable el pan de la isla, principalmente el de *yuca*, que llaman *cazabi*, porque es más fácil de digerir, y se siembra y cultiva con más facilidad y abundancia. El tiempo que les sobra lo dedican a recoger oro.

Hay tanta abundancia de tanta clase de cuadrúpedos, que ya se traen a España caballos, y cueros de bueyes y de ganado. Ya en muchas cosas la *hijita* socorre a su *madre*. De los árboles de brasil, de aromas, del color azul, almástiga, algodón, ámbar y otros muchos productos, ya dije bastante en otra parte.

¿Qué mayor dicha, Beatísimo Padre, puede haber en la tierra que vivir donde pueda uno ver a cada paso y gozar de tantas y tan grandes cosas? ¿Qué mayor felicidad que pasar la vida donde no se vea uno obligado a encerrarse en estrechas habitaciones, con horroroso frío o angustioso calor, ni tenga uno que cargar el cuerpo en invierno con pesados vestidos, o estar quemándose las espinillas continuamente al fuego, que son cosas que envejecen a los hombres rápidamente y quebrantan las fuerzas y traen consigo mil clases de enfermedades? Dicen, además, que es saludable el aire, y saludables las aguas de los ríos: como que corren siempre sobre oro; pues no hay ningún río, ningunas montañas, ni llanura alguna que no tengan oro.

Vengamos por fin a la cosmografía particular interior de esta isla feliz. En otra parte he referido que la Española tiene cuatro ríos que desde altas montañas la dividen en partes casi iguales: el uno al Oriente, y se llama *Juna*; otro al Occidente, el *Atibunico*; el tercero al Mediodía, el *Haiba*; el cuarto al Norte, el *Yache*. Este piloto trae una nueva descripción que usaron eternamente los indígenas. Dividiremos toda la isla en cinco partes; después designaremos con los nombres antiguos las pequeñas regiones de cada provincia, y contaremos lo que sea digno de mención en cada una de ellas.

El principio de la isla por el Oriente lo coge la provincia llamada *Caizcimú*, así dicha porque en su lengua *cimú* significa frente o principio. Después la sigue *Huhabo*; luego *Caihabo*; la cuarta es *Bainoa*; el extremo occidental lo ocupa *Guaccayarima*; pero la penúltima, que es *Bainoa*, tiene más extensión que las tres precedentes. *Caizcimú*, desde la primera entrada de la isla, se extiende hasta el río que corre por la ciudad principal de Santo Domingo, y es el *Hozama*. Mas por el Septentrión termina en ásperas montañas, que, por lo horrorosas que son, se llaman particularmente *Haití*.

Huhabo está comprendida entre las montañas Haití y el río Yáciga. *Cayabo*, que es la tercera, abarca todo lo que hay entre Cubalio y Dahacio hasta la desembocadura del río Yacha, uno de los cuatro que dividen la isla por igual, y sube hasta los montes Gibaos, que es donde más abunda el oro. En ellos nace el río de Maho, y corre por las fuentes del río Naiba, otro de los cuatro, al mar austral, a la otra orilla del río de Santo Domingo. *Bainoa* comienza en los confines de Cayabo hasta la isla Cahiní, que está casi contigua a la costa septentrional de la misma isla donde dijimos que se edificó la primera colonia.

Lo demás hasta el Occidente, lo ocupa la provincia *Guaccayarima*. Y la llaman Guaccayarima porque es la parte extrema de la isla: ellos dicen *marima* al ano: la llaman el c... de la isla. *Gua* es entre ellos artículo, y hay pocos nombres, principalmente de reyes, que no comiencen por este artículo *gua*, como Guarionex, Guacanaril, y así también muchos nombres de lugares. En *Caizcimú* están los regiones *Higuei, Guanamá, Reyré, Xagua, Aramanú, Avaho, Hazoa, Macorix, Cayacoa, Guayagua*, *Baguanimaho* y las ásperas montañas de *Haití*,

4.
Pronunciación e idiomas de la Española. Antro pavoroso. Lagos.

Digamos aquí algo de la aspiración, que es diferente que entre los latinos. Se ha de advertir que en los vocablos de ellos no hay ninguna aspiración que no tenga el valor de letra consonante. Más aún: pronuncian más fuerte la aspiración que nosotros la efe consonante, y todo lo que lleva aspiración se ha de pronunciar con el mismo aliento que la efe, mas sin aplicar el labio inferior a los dientes de arriba, pero con la boca abierta. *Ha, he, hi, ho, hu,* y dando golpes en el pecho. Veo que los hebreos y los árabes pronuncian del mismo modo sus aspiraciones. También advierto que lo hacen lo mismo los españoles en los vocablos que recibieron de los árabes, que por mucho tiempo ocuparon el territorio, pues retienen muchos, como *almohada*, que en latín es *pulvinar*; *almohaza,* que es *strigilis,* y muchos así que se pronuncian jadeando el pecho.

Me ha parecido bien contar estas cosas, porque entre los latinos el acento solo o la aspiración las más de las veces cambian el significado: como *hora* por una parte del día, y *ora* por el plural de la palabra *os*, u *ora* por región, como en *Troiae qui primus ab oris*; y cuanto al acento, cambiándolo es *occido* u *óccido*. Así, en el idioma de esta gente sencilla se ha de tener mucho cuidado con los acentos, y hay que pronunciar la aspiración. Del acento hablamos arriba, y del artículo *gua*.

En la provincia *Huhabo* están las regiones *Xamaná, Canabacoa, Cuhaho,* y otras muchas cuyo nombre no he aprendido aún. La provincia *Cayabo* tiene las regiones *Magua y Cacacubana.* Los habitantes de esta región tienen idioma muy diferente de los otros de la Española, y les dicen *macoryxes*. Otra región es *Cubaná*, y su lengua diferente de las demás. La región *Baioháigua* tiene también idioma diverso. Otras regiones son *Dahabon, Cibaho, Manabaho. Cotoy* está en medio de la isla; corre por medio el río Nizao; los montes llamados *Mahaitin, Hazuá, Neibaymao*. En *Bainoa* las regiones son: *Maguana, Yagohaiucho, Bauruco, Dabiagua, Attibuní* (del nombre del río), *Caunoa, Buiaicí, Dahabonicí, Maiaguariti, Atiei, Maccazina, Guahabba, Aniuici, Marión, Guaricco, Araagttei, Xaragua, Yaguana, Azzuei, Yacchi, Honorucco, Diaguo, Camaie, Neibaimao*. En *Guaccaiarima*, la última provincia, están las regiones: *Manicarao, Guahagua, Taquenazabo, Nimaca, Bainoa la pequeña, Cahaymí, Yamaizí, Manabaxao, Zauana, Habacoa, Ayqueroa*. Vengamos ahora a algunas particularidades de las mismas regiones.

En la provincia de Caizimú, dentro del ancho golfo del principio, hay una gran cueva en cóncava roca al pie de una montaña altísima, como a dos estadios del mar, cuya boca es semejante a la portada de un gran templo, de forma de herradura y grande.

Este piloto, por mandato del Gobernador, exploró la gruta con embarcaciones. Cuenta que por ocultos caminos confluyen a la cueva muchos ríos como a una sentina, y después dejó de admirarles adonde se dirigían las corrientes de muchos ríos, que viniendo de noventa millas son absorbidos y no aparecen más. Forman ya juicio de que, engullidos por las gargantas de aquella montaña peñascosa, se dirigen a aquella cueva.

Entrando en ella el piloto, casi se lo tragó. Dice que hay allí hervideros y remolinos que luchan entre sí, y muchas bocas abiertas. Como a una pelota agitaron para aquí y para allá por mucho rato a la navecilla, con horrendo estruendo, de un lado los remolinos, de otro los hervideros; pesóle de haber entrado, y no sabía por dónde salir. Andaban ya a oscuras, ya por las tinieblas del mismo antro, que ocultan larguísimo trecho de la concavidad de la montaña, ya porque allí hay perpetuas nieblas de los vapores húmedos que produce el continuo choque de las aguas que entran. Él compara aquel estruendo a la caída del Nilo desde las montañas de los etíopes: se ensordecieron tanto, que no oían lo que se hablaban unos a otros. Por fin salió despavorido de la cueva como del tártaro, pareciendole que había vuelto al cielo.

Como a sesenta millas de la ciudad principal de Santo Domingo hay casi enfrente unos cuantos altos que sobre su cima tienen un estanque inaccesible, que nunca lo han visto los modernos por lo quebrado de la montaña y porque no hay senda alguna. Finalmente, guiado el piloto por un

cacique vecino, en cumplimiento del mandato del Gobernador, subió a la montaña y se dirigió al estanque. Dice que allí hace frío, y en prueba de ello encontraron aholvas y zarzas de moras, las cuales dos no aguantan región cálida. Las montañas se llaman Imizuí e Hybaháino.

La laguna tiene tres millas de circuito: sus aguas son dulces y crían varios peces. En ella desaguan muchos ríos y no tiene salida, que por todos lados la rodean las cimas de las montañas.

Discurramos ahora un poco de otro Caspio o Hircano, quiero decir de un mar mediterráneo, con otros varios lagos vecinos de aguadulce.

LIBRO VIII.

1.
Otros lagos de la Española.
Portentoso pez domesticado.

La provincia de Bainoa, que es tres veces mayor que las tres primeras, es a saber, Caizimú, Uhabo y Caiabon, comprende el valle Caiouani, en el cual hay un lago salado, amargo y horrible, como se lee del Caspio, y por eso me propongo llamarle Caspio aunque no sea de la región hircana.

Tiene tragaderos, de los cuales brotan aguas marinas, y son absorbidas las que corren de las montañas. Piensan que son tan anchas y tan profundas sus cavernas que por ellas salen aún enormes peces de mar, y entre ellos uno que llaman tiburón, que de una dentellada parte por medio a un hombre y se lo traga. Los tiburones suben del mar Hozamam, el río de la ciudad principal, y despedazan a muchos de los habitantes, especialmente a los que no se abstienen de zambullirse todos los días en el río para lavarse.

Los ríos que desaguan en el estanque salado son: por el septentrión, el Guaninicabón; por el mediodía, el Xacoei; por el oriente, el Guannabo; por el occidente, Occoa. Dicen que son grandes estos ríos y perpetuos, y que entran en aquel Caspio otros veinte pequeños. Abundan también por el septentrión, próximos al estanque como a un estadio, y un estadio ocupan alrededor más de doscientas fuentes de aguas frescas en verano, dulces y potables; éstas forman un río que no es vadoso, y corre de cerca con los demás hacia el estanque. Detengámonos aquí un poco.

El cacique de la región encontró a su mujer haciendo oración en la capilla que los cristianos levantaron en su territorio, y le pidió el débito; la mujer respondió que se debía tener consideración al lugar consagrado a Dios. Sus palabras fueron éstas: *Teitoca teitoca*, que significa: Estate quieto; *Técheta cynato guamechyna*, que significa: se irritará mucho el Señor. *Guamechyna* es Señor; *Técheta*, mucho; *cynato*, irritado. El marido dijo braceando: *Guaibbá*, esto es, vete; *Cynato machabuca guamechyna*, que se traduce: ¿Qué me importa a mí que Dios se irrite? e hizo violencia a su mujer. De repente se quedó mudo y medio manco. Arrepentido e impresionado por el milagro, mientras vivió llevó vida religiosa, y no permitió jamás que la capilla fuese barrida ni adornada por otra mano que la suya. Movidos de aquel milagro muchos, ya indígenas, ya cristianos, frecuentan la capilla con muchísima piedad. Refieren que el cacique sobrellevó con suma paciencia y conformidad el castigo de su ofensa. Volvamos al Caspio.

Este lago salado se agita con tormentas y tempestades, de modo que muchas veces echa a pique las lanchas pescadoras y se las traga con la gente que llevan, y nunca se ha encontrado que un náufrago haya salido a la superficie ni sido arrojado a la playa, como sucede con los cadáveres que se anegan en el mar; esas tempestades son opíparos banquetes de los tiburones. Aquel Caspio se llama *Hagueygabon*. En medio hay una isla donde se recogen los pescadores: no está cultivada, y se llama *Guarizacca*; el lago tiene de longitud treinta mil pasos, de ancho doce millas, por otras partes quince.

En la misma llanura hay otro lago próximo a ése, de aguas medio dulces, medio saladas, que ni son del todo buenas para beber, ni del todo malas si la necesidad apretara. Su longitud es veinticinco millas, su latitud ocho, en algunas partes nueve y diez. Recibe muchos ríos, cuyas aguas son allí absorbidas, y no tiene salida. También del mar le brotan aguas, pero pocas: por eso está mezclado. En la misma provincia hay otro lago dulce que se llama *Yainagua*, hacia el occidente, y dista poco del Caspio. El mismo tiene al lado septentrional otro estanque salado pero pequeño, de

tres y cuatro millas en la latitud, de una y algo más en la longitud: éste es potable, y le llaman el pequeño *Guaccaa*.

Al mediodía del mismo lago salado hay otro de tres millas en la longitud casi circular, llamado *Babbareo*, y es dulce como los dos anteriores. Este lago, porque no tiene salida ni tragaderos que se lo engullan, si se aumenta con los torrentes, envía al mar dulce las aguas que le sobran; está en la región de Xamaná, de la provincia Bainoa. Otro hay entre Oriente y Mediodía, aliado del Caspio: se llama *Guanybám*, de diez millas de longitud: es casi redondo. Hay además esparcidos por la isla otros lagos pequeños que pasamos por alto, no sea que, deteniéndome mucho en una misma cosa, cause fastidio.

Acábese el discurso de los lagos con esta única cosa. En todos se cría gran abundancia de peces, y grande también de aves; todos ellos están en un valle amplísimo, que se extiende ciento veinte millas de Oriente a Occidente, y de ancho tiene dieciocho millas, donde es más estrecho; veinticinco donde es más ancho. Tiene montañas a los lados: mirando al Occidente, a la izquierda, Daiguani; a la derecha, las montañas llamadas Caiguani, por el nombre del propio valle.

Al pie de las montañas caiguanienses, en su lado septentrional, hay otro valle más largo y más ancho que el anterior, pues abraza cerca de doscientas millas su longitud; su anchura, donde mayor, es treinta; donde es menor, unas veinte; el valle se llama aquí Maguana, allí Iguamu, en otra parte Hathathiei.

Supuesto que hemos venido a mencionar esta parte del valle que se llama Atiei, hemos de hacer una digresión sobre un portento inaudito de un pez marino. El cacique de esta región era aficionado a la pesca, y se llama Caramatex. En sus redes cayó un pez cachorro, del género de peces enormes, que los indígenas llaman *manatí*. Me parece que esa clase de monstruos no se conoce por nuestros mares, pues es cuadrúpedo de forma de tortuga, pero provisto de escamas, no de concha, con una piel durísima, de modo que no teme a las flechas, armado de mil verrugas, con la espalda llana y la cabeza completamente de buey. Es pez acuático y terrestre, manso, perezoso; como el elefante y el delfín, es asociable con los hombres y de maravilloso sentido. El cacique crió algunos días en su casa al pez jovencito con pan del país, el que hacen de yuca y panizo, y con otras raíces también que los hombres comen.

Siendo aún pequeño el pez, lo echó en un lago próximo a su casa como en un vivero; lago que también recibe las aguas y no les da salida, el cual se llama *guaurabo*, que después se llamó *manatí*. El pez anduvo libre en el agua veinticinco años, y creció inmensamente. Lo que se cuenta de los delfines bayano y arioneo, no tiene que ver con los hechos de este pez. Le pusieron por nombre *matum* que significa generoso o noble; y cuando alguno de la familia del cacique, principalmente de los que el pez conocía, gritaba a la orilla de la laguna: *matum*, *matum*, esto es, generoso, generoso, acordándose del beneficio que le habían hecho los hombres, alzando la cabeza iba al que le llamaba, y le daban de comer a mano. Y si alguno hacía señales de querer pasar el lago al otro lado, tendiéndose invitaba a los que iban a pasar. Está averiguado que, en alguna ocasión, de una vez se subieron diez encima del monstruo, y que a todos los pasó sin novedad, tañendo ellos y cantando.

Pero si al alzar la cabeza echaba de ver a algún cristiano, se zambullía y no quería salir; porque cierto joven cristiano, petulante, le había tratado mal, tirando una asta aguda al pez manso y doméstico; por más que no le hizo daño, por la dureza de su pellejo, que tiene verrugoso y áspero, sin embargo sintió la ofensa, y desde aquel día, si alguna vez le llamaban los conocidos, primero, con mucha diligencia, miraba alrededor si había alguno vestido a usanza de los cristianos.

Retozaba en la orilla con los camareros del cacique, y principalmente con un joven a quien él quería, con el cual había comido alguna vez en casa. Era más gracioso que un mono. Por mucho tiempo fue singular regocijo de toda la isla, pues todos los días concurría gran muchedumbre de indígenas y de cristianos a contemplar el portentoso monstruo. Dicen que son sabrosas las carnes de esa clase de peces, y aquellos mares crían muchos; por fin se perdió el gracioso pez *matum*. El Atibunico, uno de los cuatro ríos que dividen la isla por igual, se lo llevó al mar en un aluvión

inaudito, acompañado de horrorosos vendavales, al cual ellos llaman *furcano*. El Atibunico salió de madre de tal manera, que llenó todo el valle y se mezcló en todos los lagos; siguiendo, pues, la corriente del Atibunico el buen *matum*, el chistoso y sociable, cogió el antiguo cauce y las aguas natales, sin que se le haya vuelto a ver. Basta de digresión. Vengamos a la situación del valle.

2.
Los valles de la Española. Otra división geográfica. Su despoblación. Su amenidad.

Este valle tiene a los lados las montañas del Cibao y las cayguanienses, que lo guían al mar austral. Al otro lado de las montañas del Cibao, por el septentrión, hay otro valle que se llama el valle de Guarionex, porque el cacique de este nombre ha mandado en todo él por derecho hereditario desde sus abuelos, y otros antepasados desde tiempo inmemorial. De este cacique se habló mucho en las primeras narraciones de la isla y en mi Década primera.

Tiene el valle ochenta millas de largo de Oriente a Occidente, y de ancho, del Mediodía a Septentrión, treinta donde estrecha, y cincuenta donde ensancha. Comienza en la región de Canabocoa, por las provincias de Huhabo y Caiabo, y termina en la provincia de Bainoa y en la región Mariena. Cae entre medias de las montañas del Cibao y las de Cahonao y Cazacubuna. No hay ninguna provincia, ninguna región que no sea insigne por sus majestuosas montañas, sus fértiles valles, amenos collados y abundancia de ríos que la bañan. No hay ningunas laderas de montes o collados, ningunos ríos que no abunden en oro y de sabrosos pescados, exceptuando uno que desde su origen, desde sus fuentes de la montaña, nace salado y salado prosigue hasta su fin: llámase Bahuan, y corta la región Mauana, en la provincia de Bainoa. Piensan que este río se ha abierto camino por algunos conductos de yeso o por salinas subterráneas. Hay en la isla salinas notables, de las cuales hablaremos adelante con más extensión.

Dijimos que la isla se divide por aquellos cuatro ríos en cinco provincias. Hay también otra división: consta toda la isla de cuatro cimas de montañas, que la dividen por mitad de Oriente a Occidente; todas ellas dan mucha agua, todas son feraces de oro. Todas las aguas de los ríos nacen de sus cavernas y bocas. Hay en ellas antros horrendos; hay también, a trechos, valles obscuros; hay rocas peñascosas. Jamás se ha encontrado en ella ningún animal dañino, ningún cuadrúpedo de rapiña, ni león, ni oso, ni tigres feroces, ni traidoras zorras, ni lobos voraces; todo es feliz, y más feliz ahora porque tantos millares de hombres han sido agregados, Beatísimo Padre, a las ovejas de vuestro rebaño, eliminando todos los *zemes* simulacros de todos los demonios.

Si en el discurso de mi narración repitiere estas cosas alguna vez; si de cuando en cuando hago una digresión para contar estas cosas, no se me enoje Vuestra Santidad, Beatísimo Padre. El entusiasmo de mi alegría cuando sigo, cuando veo, cuando escribo estas cosas, me agita cual cierto espíritu de Apolo y de las Sibilas, y me obliga a referir muchas veces lo mismo, principalmente cuando comprendo hasta dónde llega la amplitud de nuestra religión.

Pero en medio de estas mieses tan abundantes, hay una cosa que me angustia no poco. Estos hombres sencillos y desnudos, estaban acostumbrados a poco trabajo; muchos perecen de su inmensa fatiga en las minas, y se desesperan hasta el punto que muchos se quitan la vida y no cuidan de criar hijos. Cuentan que las madres embarazadas toman medicinas para abortar, viendo que han de parir esclavos de los cristianos. Aunque se ha decretado con real diploma que son libres, sin embargo, se les obliga a servir más de lo que le agrada a un hombre libre. Se ha disminuido inmensamente el número de aquellos infelices; muchos cuentan que alguna vez se hizo censo de más de un millón y doscientos mil; cuántos sean ahora, me causa horror el decirlo. Dejemos esto a un lado.

Volvamos a las delicias de la maravillosa Española. En las montañas del Cíbero, que están situadas casi en medio de la isla, en la provincia de Cayabo, donde dijimos que hay el más rico

criadero de oro nativo, está la región llamada Cotoy, sita en las nubes, circunvalada de altas cimas de montañas con muchos habitantes; consta de una planicie que tiene de larga veinticinco millas, y quince de ancha. Esa llanura domina a las cimas de las otras montañas, de modo que estos montes parecen ser los príncipes y padres de los demás. En aquella planicie se sienten las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño o invierno. Aquí las hierbas se agostan; los árboles quedan sin hojas; los prados blanquean, lo cual hemos dicho que no sucede en los demás lugares de la isla, que sólo son visitados por la primavera y el otoño.

Aquella tierra cría helechos y ortigas, y zarzas con serpas que crían moras, cosas que prueban el frío que hace en aquella región. Y, sin embargo, es amena, y el frío no es horroroso; es decir, tal que agobie a los habitantes con su rigor o con nieves. La feracidad de aquella región la prueban por los helechos, que dicen crían tallos más recios que una pica.

Las laderas de sus montañas son ricas de oro, pero no se va a cavarlo porque, a causa del frío, serían menester cavadores vestidos y acostumbrados a trabajar; pero los habitantes, que se contentan con poco, son flojos, y así no podrían de modo alguno sufrir el vivir a la intemperie en el invierno. Dos ríos bañan la región, que corren de las cimas de los montes que allí hay: el uno se llama Comoiayxa, que corre hacia el Occidente y pierde su nombre en el álveo del Naiba; el otro es el Tirecoto, que, corriendo hacia el Oriente, aumenta las aguas del río Juna.

En la isla de Creta, cuando pasaba yo por allí hacia el Sultán, me contaron los venecianos que entre las cimas de los montes Ideos hay una región así, que es más feraz que las otras de la isla para la siembra de cereales; mas por cuanto, confiando en los estrechos caminos de las cumbres, aquellos cretenses se rebelaron en alguna ocasión, y por mucho tiempo defendieron con las armas el territorio en contra de la autoridad del Senado de Venecia; cuando al cabo de mucho tiempo, cansados ya de guerra, se entregaron, el Senado quiso que la región aquella quedara abandonada, cerrando las puertas de las estrechuras para que nadie subiera allá sin orden del Senado veneciano; pero aquel año, que fue el 1502, ya se daba permiso a los labradores de cultivar aquella región, pero no a los hombres de armas tomar.

3.
Curiosa hipótesis sobre la formación de los filones. El oro que se traía. Salinas de piedra. Fuentes mezcladas.

Hay en la Española otra región con el mismo nombre Cotoy, la cual divide las provincias Uhabo y Cayabo. Tiene montes, y valles, y llanuras; mas por ser estéril cuenta con pocos habitantes: allí está la mayor abundancia de oro, allí está el origen del oro. No se coge en terroncitos ni al menudo: en piedras porosas y entre las betas de las rocas se encuentra el oro sólido y puro: rompiendo las peñas se siguen los filones de oro.

Tienen averiguado que el filón de oro es un árbol vivo; por dondequiera que encuentra un camino, desde la raíz, por hendiduras abiertas y blandas, echa ramas hasta las crestas supremas de la montaña, y nunca se detiene hasta que logra el aire del cielo; y han advertido que allí, en viendo el fulgor del aire, forma como fruto agallas y grumos, que son lo que los aluviones diseminan por toda la isla, arrastrándolo a las partes hondas según la naturaleza de los graves; pero son de parecer que no se cría donde le cogen, principalmente en sitio seco: en los ríos es otra cosa. La raíz del árbol de oro dicen que tiende al centro de la tierra y que allí crece, pues cuanto más profundo se cava tanto más gruesos encuentran los troncos si las hendiduras de la montaña lo permiten, y de las ramas cogen algunas más delgadas que un hilo, otras como los dedos, según son las hendiduras. También les ha sucedido dar con cuevecitas *(geodas)* llenas de oro, aunque por los caminos de las ramas ascendentes, las cuales, una vez llenas de la substancia que va serpeando del tronco, la rama toma camino desde abajo por donde lo halla. Muchas veces se lo impide la dureza de la piedra; en las otras hendiduras se cría por el aliento y virtud de las raíces.

¿Pues cuánto oro se trae?, preguntará Vuestra Santidad. Sólo de la Española se trae a España todos los años la suma de cuatrocientos mil, y a veces de quinientos mil ducados, se entiende que eso es del quinto que viene para el Real Fisco, ochenta mil, noventa mil y cien mil castellanos de oro y a veces más; lo que se espera de Cuba y de la isla de San Juan, que también son fecundas en oro, abajo lo diremos. Del oro basta ya.

Hablemos de la sal, con la cual condimentamos lo que se compra con el oro. En la región de la provincia de Bainoa, en las montañas de Dayabón, a doce millas del Caspio, laguna salada, tienen sal unas montañas peñascosas más trasparentes que el cristal y más limpias. También hay salinas de esta clase que crecen admirablemente en Laletania, que se llama Cataluña, del capitán Cadona, principal magnate de aquella región; pero los que conocen unas y otras dicen que son mejores estas de Bainoa. Afirman que no es posible partirlas sin cuñas y clavos de hierro, pero yo mismo he experimentado que las de Laletania se quiebran fácilmente: comparan la dureza de éstas con la de la toba, y la de aquéllas con la del mármol.

En la provincia de Caizimú, en las regiones Iguanamá, Caiacoa y Guariágua, brotan unas fuentes de naturaleza maravillosa: en la superficie son dulces; las del medio, medio dulces, medio saladas; las de lo hondo, saladas y amargas. Piensan que las aguas saladas del mar manan suavemente, y que en la superficie entra agua dulce de los montes por las hendiduras del terreno; éstas se sumergen, y aquellas suben arriba; pero no bastan para alterar las venas de aquéllas; el agua que hay en medio recibe unas y otras, y participa de ellas. Y si alguno se tiende en la orilla de alguna fuente y fija el oído, conoce que allí el terreno es tan cóncavo que resuena un jinete que venga a la distancia de tres millas, y uno que venga andando se oye desde una milla.

4.
Indios insociables. Pez y resina. Hojas de árbol para escribir. Hierba mortífera.

En la última región del Occidente, que es Guaccaiarima, dicen que en el territorio de Zauana viven unos hombres que no tienen más que las cavernas de los montes y frutas silvestres, que jamás se han amansado ni tenido nunca trato con otros hombres, sin asiento fijo, sin sembrar ni cultivar nada, como se lee de la edad de oro; se dice que no tienen idioma cierto; alguna vez se les ve, pero no han podido dar con ninguno. Si alguna vez, poniéndose a la vista de hombres, conocen que alguno se mueve hacia ellos, huyen como gamos. Se dice que corren más que los galgos.

Oíd, Beatísimo Padre, lo que hizo con mucha gracia uno de estos solitarios. Tienen los nuestros unos predios a la orilla de espesas selvas y bosques; unos cristianos, por esparcimiento, visitaron las fincas en el mes de septiembre del año 1514: de repente salió del bosque un hombre sin habla sonriéndose, tomó de junto a los cristianos un niño, hijo del amo de la posesión, habido de una isleña; huyó el solitario, y les hizo señas de que le siguieran. Muchos de los nuestros y de los insulares desnudos corrieron hacia el raptor, pero no le cogieron. Cuando el chusco solitario vio que los cristianos cesaban de perseguirle, dejó al chico en una encrucijada por donde andaban unos porquerizos que apacentaban cerdos. El porquerizo encontró al muchacho, y tomándolo en brazos se lo llevó a su padre, que estaba atormentado. El padre opinaba que el solitario aquel era de linaje de los caribes, y ya lloraba a su hijo como devorado.

En la propia isla, en ciertos lugares marítimos, cogen en las rocas una pez más dura y más amarga que la resina, y que, por tanto, es a propósito para pintar las naves contra los gusanos roedores que llaman *broma*, de los cuales hemos hablado en otra parte. La isla cría resina de dos clases de árboles, que son: el pino, y otro llamado *copei*.

Nada digo del pino, porque se cría comúnmente en todas partes; hablemos del árbol copei. Poco de su resina y de su fruto, porque la resina no se coge de él de otra manera que del pino, aunque muchos dicen que se recoge por destilación quemando su madera. Su fruta es pequeña como

ciruela, bastante buena de comer. De la hoja se oye como novedad un hermoso designio de la naturaleza. Debemos juzgar que este árbol es aquel en cuyas hojas los caldeos, primeros inventores de las letras, significaban sus pensamientos a los ausentes antes de que se inventara el uso del papel: la hoja tiene un palmo de ancha y es casi redonda; los nuestros escriben en ella con una aguja o cualquier puntero de hierro o de madera tan bien como en el papel, según quieren.

Es cosa de risa lo que los nuestros les hacen creer a los isleños sobre la tal hoja: los buenos de aquellos hombres piensan que las hojas hablan al arbitrio de los nuestros. Desde la ciudad principal de Santo Domingo fue enviado un isleño a un amigo del remitente, que estaba distante en la colonia interior, con unas uthias asadas (ya dijimos que son conejos). En el camino, ya por hambre, ya por estímulos de la gula, el mensajero se comió tres uthias (no son más grandes que ratas). En una hoja el amigo contestó cuántas había recibido, y el amo dijo al criado: «¡Hola! ¿dónde está tu fidelidad, hijo? ¡Tanto pudo la gula que te comieras las uthias que te entregué!» Temblando el pobrecito y maravillado, confesó su falta, pero preguntó al amo que por dónde lo había sabido. «Mira: la hoja que me traes me lo está contando»; y le dijo la hora en que había llegado allá y la en que salió de vuelta.

Así se chancean de los ignorantes isleños, y éstos tienen a los nuestros como dioses, por cuyo imperio las hojas descubren lo que ellos pensaban ser secreto. Extendiéndose por la isla el rumor de que las hojas hablan al arbitrio de los nuestros, contiene a los insulares en la fidelidad de lo que se les encarga. En los dos lados de la hoja se puede escribir como en nuestro papel, y es más gruesa que un pergamino doblado y de admirable resistencia. Mientras está fresca, las letras resultan blancas en su verde; cuando se seca, se blanquea y endurece como una tabla de madera, pero las letras se ponen amarillentas. Mas no se echa a perder, aunque se moje; no pierde nunca los signos como no se queme.

Hay otro árbol llamado *xaguá*, de cuya fruta verde el jugo azul obscuro tiñe cuanto toca, pegándose tanto que con ninguna cosa que se lave se quita en menos de veinte días; cuando la fruta ha sazonado, el jugo pierde aquella virtud. La fruta se come y sabe bien.

También hay una hierba cuyo sahumerio mata, como dijimos del árbol. Algunos caciques se concertaron para matar a los nuestros; y, no atreviéndose a realizarlo violentamente al descubierto, determinaron colocar dentro de cierta casa muchos manojos de aquella hierba para después prenderle fuego a la casa, a fin de que, cuando los nuestros acudieran a extinguir el incendio, con aquel humo contrajeran una enfermedad mortal. Descubierto el plan, los autores del atentado pagaron su merecido.

Insertemos ahora, Beatísimo Padre, varias cosas fuera del orden, ya que Vuestra Santidad escribe que le agrada todo lo que se le refiere acerca de las nuevas regiones. De la siembra, cultivo y uso del maíz, los ages y la yuca, las batatas y todas las raíces que se comen, harto hemos dicho hasta aquí; pero de dónde han provenido para aprovechamiento de los hombres, no lo hemos explicado aún. Vamos a referirlo.

LIBRO IX.

1.
Aprovechamiento primitivo de las raíces alimenticias. Sus especies. Quejas literarias.

Cuentan que los primeros habitantes vivieron contentándose por mucho tiempo con estas raíces, como de palmas, de magüeyos, que es una hierba semejante a la puntera o *aizoon*, que el vulgo llama siempreviva. Estas raíces de guayegas son redondas como las criadillas de tierra y mayores. También comían guayeros, que son como pastinacas, y cibayos, que son como nueces; los cibayoes, como cebollas; los macoanes también como cebollas, y otras muchas raíces.

Cuentan ellos que un boicio, es decir, un sabio anciano, tras luengos años, vio en la orilla del río un arbusto semejante a la cañaheja, y que, arrancando la raíz, de silvestre la hizo de huerto, y que los primeros que comían cruda la yuca se morían de seguida. Como tenían gusto agradable, determinaron hacer experimentos varios y constantes sobre su uso. Asada y cocida era menos nociva. Por fin vinieron en conocimiento del veneno oculto en el jugo, y de aquella manera, secándola, condimentándola y haciéndola cazabi, da un pan más sano que el de trigo para los estómagos humanos, porque se digiere mejor. Otro tanto refieren de las demás raíces y del maíz que escogieron entre las semillas naturales; al modo que leemos que Ceres escogió en Egipto el trigo y la cebada y otros cereales semejantes de que disfruta el humano linaje, de entre los granos arrastrados en las crecidas del Nilo con el limo de las montañas etiópicas y abandonados en la llanura, y que, retirándose el Nilo a su álveo, los puso en cultivo, por lo cual la antigüedad juzgó a Ceres digna de honores divinos por haber cultivado las semillas escogidas.

Hay innumerables especies de *ages*. La variedad se conoce por las hojas y las flores. Una de sus especies se llama *guanaguax*; ésta es blanca por dentro y por fuera; otra *guaraguey*, que tiene por fuera color morado y blanco por dentro. A otros ages llaman *zazauellos*; éstos se enrojecen por de fuera y blanquean por dentro; A otros *squiuetes*, blancos por dentro y por fuera. La *tunna* es en todas partes morada; la *hobos* tiene amarillenta la piel y la carne. Hay otra llamada *atibunieix*, de piel morada y carne blanca; la *aniguamar* es morada en el pelleja y blancuzca por dentro; la *guaccaracca* blanquea en la piel y tira a morado en la carne.

Hay otras muchas que no nos han traído hasta ahora, cuya relación sé que excitará mucho a los envidiosos, los cuales, si algún día llegan a sus manos mis escritos, se reirán de que haya yo escrito mil menudencias a un personaje altísimamente ocupado, a Vuestra Santidad, que tiene sobre sus hombros el peso de todo el orbe cristiano. Quisiera yo que me dijeran los envidiosos si por ventura Plinio y los demás sabios insignes, cuando dirigían a los potentados cosas como éstas y diferentes de éstas, se propusieron ser útiles solamente a los príncipes con quien trataban. Con las cosas ilustres mezclaban otras obscuras, pequeñas con las grandes, menudas con las gordas, a fin de que la posteridad, con motivo de las cosas principales, disfrutara del conocimiento de todas, y los que atendían a asuntos particulares y gustaban de novedades, pudieran conocer regiones y comarcas particulares, y los productos de las tierras, y las costumbres de los pueblos, y la naturaleza de las cosas. Se reirán, pues, del cuidado que pongo; yo me reiré, no ya de su necedad, de su abandono, de su desidia, sino de su perniciosa listura, y tendré lástima de lo que sufren sus corazones, y los recomendaré a las culebras, manjar de los envidiosos.

Si es verdad lo que de Vuestra Santidad me han contado Galeazzo Butrigario y Juan Ruffo, hoy arzobispo de Cosenza, Nuncios de la Sede Apostólica, no dudaré que le han de agradar todas estas cosas, y juzgo que no desechará el ropaje desaliñado con que he cubierto, no adornado, cosas

admirables; las he recogido, no las he descrito. Debe creerse que he hecho bastante con haber puesto cuidado, por causa de Vuestra Santidad, para que no se perdieran. Tome de aquí cada uno lo que le acomode. Del buey o del cabrón que parten los carniceros por la tarde no queda nada, porque éste quiere hombro, aquél quiere muslo, el otro cuello, y no falta a quien le agraden las hijadas y las canillas. Bastante he divagado ya con eso de la envidia rabiosa.

2.
Cómo ponían nombres a los recién nacidos. Su modo de testar. Sus matrimonios y crueles entierros de esposas vivas. Lluvias y riegos.

Digamos algo de cómo los caciques saludan a los hijos que les nacen, y cómo asemejan el fin de la vida al principio, y por qué cada cacique lleva muchos nombres. Cuando le nace prole a algún reyezuelo, concurren los comarcanos y entran en la habitación de la reina. Éste saluda a la criatura con un nombre, aquél con otro. «Salve, lámpara brillante», dice uno; «reluciente», aquél; «domador de los enemigos», otro; quién «nieto de un héroe esforzado»; quién «más brillante que el oro», y otras muchas sandeces. Por eso, al modo que entre los romanos cada uno se llamaba Adiabénico, Pártico, Armónico, Dácico, Germánico, según los títulos de sus padres o antepasados, así éstos por los que les ponen los caciques, como Beuchío Anacauchoa, señor de la región de Xaragua, del cual y de su discreta hermana Anacaona se habló extensamente en la Década primera. Estos nombres tenía Tureigua Hóbin, que significa rey resplandeciente como el latón; otro solamente Starei, o sea reluciente; otro Huiho, que es altura; otro Duiheyniquen, que significa rico río. Con todos estos nombres y otros cuarenta se da tono Beuchío siempre que tiene que mandar alguna cosa o promulgarla por medio de pregoneros. Y si alguno de éstos, por descuido o negligencia, omite un nombre, el cacique creería que se le había hecho el mayor insulto. Y lo mismo pasa con los demás.

Veamos lo fatuos que son en materia de testamentos. Dejan heredero del reino al primogénito de la hermana mayor, si lo hay; si no, al de la segunda; y si ésta no tiene prole, al de la tercera, porque hay certidumbre de que aquélla es prole nacida de su sangre; pero a los hijos de sus esposas los tienen por ilegítimos. Si no los hay de sus hermanas, lo dejan a sus hermanos, y a falta de éstos, entonces a los hijos. Si no tienen hijos, encomiendan el reino al que se reputa más poderoso en toda la isla para que defienda a sus súbditos de los antiguos enemigos.

Toman cuantas esposas les acomoda. Las más queridas de entre ellas consienten en ser enterradas con el cacique. Anacaona, la hermana de Beuchío, rey de Xaragua, que se reputaba entre los más egregios vates para componer los areitos o ritmos, mandó que la más hermosa de las esposas y concubinas de su hermano, llamada Guanahattabenechena, con dos compañeras, fuera enterrada viva con el esposo. Ella había dispuesto que fueran más, si no lo hubieran impedido con sus súplicas unos frailes calzados de San Francisco, que por casualidad se hallaban allí. De esta Guanahattabenechena dicen que en toda la isla no había otra tan hermosa; enterró consigo sus alhajas y los adornos que le gustaban en vida. A cada uno le ponen en la sepultura un jarro de agua y un pedazo de pan de cazabi.

En el reino de este cacique Beuchío, que es Xaragua, y en Hazua, que forma parte de la región de Cayabo, y en un valle excelente del lago salado y de otros dulces, así como en Yaquino, región de la provincia de Bainoa, llueve rara vez. En todas estas partes tienen antiguos fosos, por los cuales conducen las aguas por campos de riego con no menos idea que los habitantes de Cartagena y Murcia en la Espartaria, por lo poco frecuentes que son las lluvias. Mas la región Maguana separa a Bainoa de Cayabo, y a Zauana de Guaccayarima.

También los valles profundos se ven molestados por lluvias más frecuentes que fuera menester. Asimismo, en los alrededores de la ciudad principal de Santo Domingo, por lo general tienen demasiada humedad: en lo demás llueve regular. Hay, pues, en la Española varia influencia de los elementos, como se lee de otras muchas regiones.

De las colonias en ella establecidas se dijo lo suficiente en la Década primera. Después han fundado pueblecillos: Puerto Plata, Puerto Real, Lares, Villanova, Azúa, Salvatierra.

3.
Las islas del Norte: Cuba, Jamaica y Guadalupe.

Ahora consignemos algunas notas sobre las innumerables islas adyacentes (que hemos llamado Nereidas de inmensa Tethys, que forman su hermosa cabellera).

Comienzo por la más próxima, otra Aretusa ennoblecida, aunque por lo demás es inútil. A seis millas de la costa de su Tethys hay una isla pequeña que los nuestros llamaron Dos Árboles dejando el nombre antiguo, porque tiene sólo dos árboles, cerca de los cuales brota una fuente que por ocultos rezumaderos submarinos viene de la Española, como el Alpheo pasa de la Elide a Aretusa de Sicilia. Lo atestiguan las hojas de los hobos, esto es, myrobalanos, y de muchos árboles de la Española, que salen en la fuente sin que los haya en la isla. Tiene la fuente su origen del río Yiamiroa, de la región de Guaccayarima, que está próxima a la tierra Zauana. Pero es ésta de pesca: su circunferencia apenas llega a una milla. Nuestra Tethys tiene cual guardia de sus puertos por el Oriente, en derecho, la isla de San Juan, de la cual en otra parte hemos hablado mucho. Lleva oro, y en cuanto a la feracidad de su suelo, no es inferior a su madre, la Española. Ya se han llevado colonias a ella, y se piensa en explotar el oro.

Por el Occidente septentrional le guarda la espalda a Tethys (la Española) la gran Cuba, por mucho tiempo creída continente por su largura, pues es más larga que la misma Española. La corta por medio el círculo de Cáncer; pero la Española y las demás que le guardan el costado meridional, están comprendidas casi en medio del espacio que hay del trópico al ecuador, dentro de la zona que muchos de los antiguos creyeron desierta por los ardores del sol. Se equivocaron en su opinión. En la isla de Cuba dicen que hay minas de oro más ricas que en la Española. A la hora que estoy escribiendo, cuentan que hay recogidos en Cuba, para fundirlo, ciento ochenta mil castellanos de oro, gran muestra de opulencia.

Más al Sur que éstas está Jamaica, isla placentera y fértil; felicísima por la benignidad de su suelo, que no tiene más que un monte; aptísima para las siembras y áspera para los afanes de la guerra; no pueden abarcar en poco tiempo todo lo que tienen entre manos. Alguna vez Colón, el principal de todo esto, la comparó con Sicilia en lo grande. Los que la han examinado con más exactitud dicen que es menor, aunque no mucho; acerca de su riqueza no niegan nada. Se cree que no tiene oro ni perlas: lo mismo pensaban de Cuba al principio.

La isla de Guadalupe, llamada antes Caraqueira, está cuatro grados más cerca del equinoccio que el lado austral de la Española. De circuito tiene ciento treinta y cinco millas, comida de dos ensenadas (como se lee de la Bretaña mayor y de la Caledonia, que ahora es Escocia), de modo que casi resultan dos islas: es notable por sus puertos. Hallaron que se cría allí la especie de goma que los farmacéuticos llaman eneldo blanco, que sirve para quitar con sus sahumerios la pesadez de cabeza, cuyo árbol produce un fruto de a palmo semejante a las cariotas. Abriéndolo, parece que contiene una harina dulce. Como entre nosotros se conservan para el invierno las castañas y otras cosas semejantes, así éstos guardan las cariotas de este árbol, que se parece a la higuera.

También tienen piñas de huerto y todos los demás alimentos naturales de que se ha tratado arriba con extensión. Y aun se cree que las otras islas obtuvieron de los habitantes de ésta las semillas de tantas frutas delicadas. Porque los caribes, vagando por todas las regiones comarcanas a caza de hombres, lo destrozaron todo; pero cuanto encontraron útil y extraño en cualquier parte, se lo llevaron consigo para sembrarlo. Son intratables: no admiten huéspedes; se necesita mucha fuerza para debelarlos. Uno y otro sexo son muy fuertes con sus flechas, y están envenenadas. Si a veces se marchan los hombres, las mujeres se defienden varonilmente de los que vayan allá. De

aquí me parece que proviene la creencia de que hay en aquel océano islas habitadas sólo por mujeres, como me lo persuadió a mí el propio almirante Colón y lo digo en la primera Década.

Tiene esta isla montes y llanos fértiles, y es insigne por sus ríos. Se cría miel en los árboles y en los huecos de los peñascos, como en Palma la de las Afortunadas, que cogen miel entre los espinos y zarzas.

4.
Las islas Galante, Todos Santos, Barbada, Montserrat, La Antigua. Altobello y sus tortugas. Transición.

Al Oriente de esta isla, que con nombre nuevo se llama Deseada, a dieciocho millas está la Elegante, comprendida en veinte mil pasos. Y a diez millas de la misma Guadalupe, hacia el Mediodía, está la Galante, llana, con treinta millas de circunferencia; por lo hermosa que es lo llamaron Galante, porque la lengua española a los elegantes les llama galanes.

A nueve millas de Guadalupe hay seis pequeñas islas al Oriente, llamadas Todos Santos y Barbada. Éstas están llenas de escollos y son estériles, pero los navegantes tienen que conocerlas. A treinta y cinco millas de esta isla de Guadalupe, por el Septentrión, está la isla llamada Montserrat: tiene de circuito cuarenta mil pasos, y es notable por un monte muy alto. La que se llama Antigua, a treinta mil pasos de Guadalupe, tiene de circuito unos cuarenta mil.

El propio almirante Diego Colón, hijo del primer descubridor, me ha contado a mí que su esposa, a quien dejó en la Española para venirse él a la corte, le ha escrito que entre las islas de los caníbales se ha encontrado una riquísima de oro: aun no han ido a ella.

Al lado izquierdo de la Española, por el Mediodía, hay próximo al puerto de Beata una isla llamada Altobello. De las bestias marinas de esta isla cuentan maravillas, y particularmente de las tortugas. Dicen que son mayores que un escudo grande de los puntiagudos; cuando están en celo y malhumoradas se salen del mar, haciendo en la arena un hoyo profundo; dicen que ponen en él trescientos y cuatrocientos huevos. Cuando han vaciado ya su ovario, vuelven a echar tanta arena cuanta basta para cubrir los huevos, y sin cuidarse de la cría se vuelven a su pasto del mar. Pasados los días que la naturaleza ha señalado para procrear ese animal, pululan como de un hormiguero muchedumbre de tortugas, engendradas por el solo calor del sol sin ayuda de los padres; dicen que los huevos son casi tan grandes como los de ganso; la carne de la tortuga la comparan en el sabor con la de ternera.

Hay otras islas innumerables, que ni tienen bien trilladas, ni es menester que yo cierna esta harina tan por lo fino. Baste saber que tenemos preparados territorios inmensos que con el tiempo han de adoptar nuestra gente, nuestras lenguas, costumbres y religión. Ni los teucros poblaron tan de repente el Asia, ni los tirios la Libia, ni los griegos y fenicios a España. De las islas que guardan el costado septentrional de la Española, no hago mención; porque, aunque son a propósito para la pesca y cultivo, sin embargo, los nuestros las han abandonado por pobres.

No de la antigua Tetis la riqueza.
Ni de sus ninfas pálidas asombre;
Que en los mares australes tiene el hombre
Isla de perlas de sin par grandeza,
Rica en la realidad, rica en el nombre.[47]

En el librito que en forma de carta envié el año pasado a Vuestra Beatitud por medio de un familiar mío, y que Vuestra Santidad leyó por sí mismo el día en que la Iglesia, a Vos encomendada,

47 Jam valeant annosa Tethys nymphaeque madeutes
Ipsius comites, veniat coronata superbe,
Australis pelagi culirix, re ac nomine dives.

celebra la fiesta del Arcángel San Miguel, oyéndole la mayor parte de los Cardenales de la Sacra Sede Apostólica y su amada hermana, dijimos que Vasco Núñez de Balboa, capitán de los que salvaron las ásperas montañas hacia el Sur, tuvo noticia de que había a la vista de las costas una isla muy rica en margaritas de gran tamaño, cuyo cacique era poderoso y rico y derrotaba a los otros de la costa con frecuentes guerras, principalmente a Chiapes y a Tumaco. Allí escribí también que la isla se dejó sin tocar a causa de las furiosas tempestades que en tres meses del año agitan rabiosamente aquel mar austral. Ahora ya la hemos paseado; ya al cacique aquél, de ferocísimo que era, lo hemos hecho manso. Abrácelo Vuestra Santidad con todo su rico reino, supuesto que ha sido admitido a las aguas del bautismo. Quién fue el capitán por cuyos auspicios se hizo esto, y cómo se llevó a cabo, no será ajeno a mi propósito referirlo. Y así, oiga Vuestra Santidad con apacible aspecto y oídos benévolos el orden con que se realizó este suceso.

LIBRO X.

1.
Al otro lado del istmo: la isla Rica. Perlas. Noticias de los grandes imperios. Cacique tributario de perlas. Valor de algunas.

Habiendo llegado el gobernador Pedro Arias, fue encargado cierto Gaspar Morales de ir a la *isla Rica*. Se encaminó a las tierras de Chiapes, a quien otros llaman Chiapeyo, y de Tumaco, caciques del Sur, que Vasco había dejado amigos. Los nuestros fueron recibidos amorosa y magníficamente. Prepararon una armada para pasar a la isla. Llámanla isla Rica, y no Margarita, aunque abunda en margaritas, porque antes pusieron el nombre de Margarita a otra que está próxima a la Boca del Dragón, en la región de Paria, y es también rica de perlas. Sesenta hombres armados llevó Gaspar a la isla; no pudo llevar más porque eran pequeñas las embarcaciones, que ellos llaman *culchas*.

El reyezuelo salió al encuentro de los nuestros en feroz y horrible actitud: su nombre no lo he sabido; se presentó amenazador, con gran acompañamiento de familiares suyos armados. Como señal de pelear comenzaron a gritar: *Guazzáguara*, y al mismo tiempo vibraron sus armas arrojadizas: éstos no pelean con arcos. *Guazzáguara* significa lucha enemiga, y tuvieron unos contra otros cuatro *guazzáguaras* o ataques. Vencieron los nuestros, juntamente con los de Chiapes y Tumaco, enemigos del cacique de la isla, porque le atacaron de improviso. Él trataba de juntar otro ejército mayor; pero sus vecinos del litoral le persuadieron que no luchara más, haciéndole ver las calamidades y ruina de su floreciente reino con su ejemplo y el de otros, y exponiéndole que la amistad de los nuestros le daría gloria y provecho a él y a sus amigos; le recordaron lo que el año anterior les había pasado a Poncha, Pochorrosa, Cuarecua, Chiapes, Tumaco y a los demás que intentaron venir a las manos. Abandonó las armas el cacique, fue en busca de los nuestros y los llevó a su palacio. Cuentan que lo tiene maravillosamente adornado y verdaderamente regio. Apenas entrados los nuestros en la real morada, les regaló un canasto elaborado con sumo arte y lleno de margaritas.

La suma de perlas fue de ciento diez libras de a ocho onzas. Se puso muy contento con algunas cosas nuestras que le dieron, como sartas de cristal, espejos y cascabeles de latón, y por acaso alguna segur de hierro, que ellos estiman mucho más que montones de oro. Se ríen de los nuestros que dan por alguna suma de oro una cosa tan grande y tan útil, puesto que la segur sirve para muchos usos ventajosos al hombre, y el oro no aprovecha más que para lujo no necesario.

Alegre, pues, y contento de tener comercio con los nuestros, tomando de la mano al capitán y a los principales, los llevó a una torre alta del palacio, desde la cual se podía ver todo el mar, y volviendo los ojos alrededor les dijo: «Ved ahí abierto un mar sin fin, que el sol no le termina»; y primero extendió su diestra al Oriente, y volviendo después al Mediodía y al Occidente, indicaba que había territorios inmensos, de los cuales se veían las vastas moles de sus grandes montañas. Recogiéndose después más cerca, dijo: «Ved ahí, a derecha e izquierda, islas colaterales de este mi palacio y obedientes a mi imperio: todas son excelentes, todas dichosas, si vosotros dais este nombre a las tierras que abundan en oro y margaritas. De oro tenemos poca abundancia, pero de perlas están llenas todas las costas profundas de todas las islas que veis. Os daré cuantas apetezcáis con tal perseveréis en la amistad que habéis pactado conmigo. Yo me gozaré y me deleitaré más en vuestros productos que no en las perlas, y así no dudéis de que yo me haya de apartar de vuestro trato.» Estas y otras muchas cosas semejantes trataron entre sí.

Queriendo ya los nuestros regresar de allí, pactaron que todos los años prepararía ochocientas onzas de perlas para dárselas al gran Rey de Castilla. Él acogió gustoso la petición, y no le dio gran importancia, ni pensó que con eso se había hecho tributario. Hay en la tierra de este cacique tal abundancia de ciervos y conejos, que desde su casa podían los nuestros cazar a flechazos cuantos querían; estuvieron allí opípara y abundantemente alimentados; aquella corte apenas dista del ecuador seis grados. Pan de raíz y de maíz, vino de semillas y frutas, tiene lo mismo que Comogro y que los demás, así continentales como insulares. Este cacique, Beatísimo Padre, se ha bautizado con toda su gente: se han agregado, pues, a vuestros rebaños estas ovejas con su pastor; por el nombre del Gobernador, quiso llamarse Pedro Arias; amistosamente se vieron y más amistosamente se separaron. Para que los nuestros volvieran al continente con más comodidad, les ayudó con las *culchas* de sus astilleros, esto es, con las canoas unilígneas fabricadas a usanza de los demás, y acompañó a los nuestros hasta la playa.

Las margaritas que obtuvieron se las repartieron entre sí, entregando la quinta parte a los magistrados regios; dicen que son maravillosamente preciosas. He aquí una muestra de cuánto se estiman las que se traen de la isla Rica. Trajeron muchas blancas y primorosamente adornadas, del tamaño de una avellana y algo más. Principalmente, heme acordado de una perla que por mano de cierto Baltoldo de Milán, pariente mío, le compró a un mercader veneciano el Sumo Pontífice Paulo, predecesor de Vuestra Beatitud, en precio de cuarenta y cuatro mil ducados, pues entre las traídas de la isla fue la única que se halló del tamaño de una nuez mediana. Puesta a pública subasta, fue comprada en mil doscientos castellanos de oro entre los mismos darieneses; por fin cayó en poder del gobernador Pedro Arias, y su esposa, de la cual hicimos mención cuando marchó con su marido, la conserva con mucha estima. Se infiere que debe de ser necesariamente hermosa cuando tanto costó entre aquella abundancia de perlas, donde ya no se compran una a una, sino por libras, y cuando menos por onzas. Tampoco el mercader aquel veneciano compró muy cara en Oriente la de Paulo. Dio con estos tiempos perversos, y así no faltó un tragaperlas.

2.

La cría de las perlas. Origen de los caribes. Primera noticia de reinos cultos.

Digamos ahora algo acerca de las conchas. Sabe Vuestra Beatitud que Aristóteles y Plinio, que en esto le siguió, tuvieron varios pareceres acerca de cómo se crían las perlas. Estos, pues, se fijan sólo en un punto sin consentir en nada de lo demás; no quieren confesar que andan por el mar, ni que no se mueven en ningún tiempo desde que nacieron. Pretenden ellos que en el fondo del mar hay prados que crían cierta planta de tomillo, y afirman que los han visto, y que allí se engendran *(las conchas),* se alimentan y crecen, y que, conforme lo vemos en los ostreros, crían alrededor muchos hijos y nietos; y sostienen que las conchas no gustan del comercio con los perros de mar[48], y que no se contentan con una perla, ni con tres, o cuando más con cuatro.

Ciento veinte perlas se encontraron en una concha en los predios del cacique de la isla, las cuales contaron con cuidado el mismo Gaspar Morales y sus compañeros de armas, pues tuvo gusto el cacique de que en presencia de los nuestros pescaran sus buzos. Comparan la matriz de la concha con el ovario de la gallina, donde se crían huevos innumerables, y dicen que así da a luz la concha. Encontraban unas perlas saliendo de los labios como maduras, y saliéndose ya del útero de la madre, que las echa fuera; otras siguiendo a aquéllas, como para soltarse ellas también mediante corto intervalo. Advertían que las perlas estaban encerradas en medio del vientre, para que, alimentándose más pronto crecieran, cual hijo que chupa en el útero las ubres de su madre, antes de que la perla se mueva de los senos del útero; y si alguien vio alguna vez conchas envueltas en la

48 Eso dice literalmente este oscuro pasaje, en que no se adivina, como otras veces, si alguna errata lo oscurece.

arena de la playa, como yo mismo he visto otras en diversas orillas del mar océano, dicen que han sido arrastradas del fondo por las tempestades y que no han salido ellas queriendo.

Eso de que se ponen blancas con el limpio rocío de la mañana y amarillentas con el turbio; que se alegran cuando el cielo está sereno y se entorpecen cuando truena, y otras cosas semejantes, no se puede investigar perfectamente de hombres sin letras: es punto que requiere más fondo. Declaran, sin embargo, que las margaritas más grandes están más hondas, las medianas más arriba, y las mínimas en la superficie: pero en cuanto a la razón de ello, se equivocan. Sostienen que esta razón no está en el animal perezoso y no desprendido, sino en la resolución, habilidad y respiración de los buzos, y que, por tanto, las más grandes no andan errantes, sino que se crían y se alimentan en lo más hondo, porque pocos buzos se atreven, y sólo raras veces, a sumergirse en lo profundo para cogerlas, ya por temor a los pólipos que andan entre las conchas a caza, como ávidos que son de su carne, ya por miedo de otros monstruos, ya también porque no les falte la respiración bajando largo trecho, y por eso a las conchas que habitan en lo profundo del mar se les deja crecer, y cuanto más grande es una y más años tiene, tanto mayores perlas dicen que se crían en su útero, que es más capaz; por eso cogen pocas de las más grandes.

Las perlas maduras que la concha expele en lo profundo se piensa que se las comen los peces, pues recientemente echadas se cree que son blandas. También se diferencian éstas de las mayores en el tímpano. Dicen que no es una perla que, haciéndose vieja, se adhiera a la concha, sino que es en la misma concha una verruga que, limada, se queda con una sola cara redonda y brillante, y que no es preciosa, como que no tiene naturaleza de perla, sino de concha: en español se llama tímpano. Declaran haber visto algunas conchas adheridas a las peñas, pero pocas e inútiles.

Es de creer que las conchas de la India, Arabia, del Eritreo y de Ceilán llevan el orden que escribieron hombres tan célebres, y no debe desecharse su parecer: como que por tan largo tiempo han andado tratando esto. Basta ya de estos animales marinos y de sus huevos, que por el lujo de los hombres se estiman neciamente más que los de gallina y de ganso. Mencionemos algunas cosas fuera de las marcadas.

Hemos descrito en otra parte con bastante extensión las gargantas del golfo de Urabá, y cómo las varias regiones que el propio, mar del golfo divide son muy diferentes entre sí. Acerca de las regiones occidentales donde fijaron su domicilio los nuestros, nada nuevo tengo que referir; pero de la parte oriental hace poco que he sabido lo que sigue. La región oriental del golfo dicen que desde la punta y el labio que se extienden mar adentro recibiendo las aguas del mar que vienen hasta la Boca del Dragón y Paria, toda la tierra aquella tiene el nombre común de Caribana, porque en todo aquel trecho se encuentran los caribes, así llamados de la región Caribana.

Pero hay que decir de dónde viene el origen particular de ellos, y cuál fue su suelo natal, que abandonándolo se propagaron tanto, cual enfermedad contagiosa.

En la primera frente que se entra en el mar, en cuyo trecho dijimos que tomó tierra Hojeda, hacia el ángulo, a nueve millas, está el pueblo de Caribana, llamado *Futeracá*; a tres millas de él cae el pueblo *Urabá*, del cual se cree que tomó nombre todo el golfo, porque en algún tiempo fue cabeza del reino; a seis millas de ese pueblo está *Feti*, y a nueve millas de Feti, *Zerema*; a doce millas de él, *Soraché*, Estos pueblos los encontraron los nuestros llenos de gente que se dedica a la caza de hombres, y si les faltan enemigos con quien guerrear vuelven contra sí mismos su crueldad, y se destruyen o se ponen en fuga. De ahí provino plaga tan grande sobre los miserables habitantes del continente y de las islas.

También he sabido ahora otra cosa que, a mi ver, no debe callarse. Cierto jurisperito llamado Corrales, Pretor urbano *(alcalde)* de los darienenses, dice que se encontró con un indio fugitivo de las grandes tierras occidentales de la interior, que se había refugiado con un reyezuelo que encontró. Viendo él al Pretor leyendo, saltó lleno de admiración, y, mediante los intérpretes que entendían la lengua del cacique su huésped, dijo: «¡Eh! ¿También vosotros tenéis libros? ¡Cómo! ¿También vosotros usáis de caracteres con los cuales os entendéis estando ausentes?» Pidió a la vez que le

enseñaran el libro abierto, pensando que vería en él las letras de su país, y encontró que eran diferentes. Decía que las ciudades de su tierra están amuralladas, que sus conciudadanos van vestidos y se gobiernan por leyes. Pero cuál sea su religión no lo he sabido; mas esas noticias las dio el fugitivo, dejándolos pensativos y descuajados. ¿Qué decís a esto, Beatísimo Padre? ¿Qué presagia vuestra alma santísima, bajo cuyo trono se someterá todo esto con el tiempo? Ahora, con estas cosas grandes juntemos algunas pequeñas.

3.
Expedición de Juan Solís. Ídem de Juan Pontes. Ídem de Juan Ayora.

Pienso que no se debe pasar en silencio lo que aconteció a Juan Solís, que con tres embarcaciones zarpó del puerto de Jopa, poco distante de Cádiz en el océano, el día 13 de septiembre del año pasado, 1515, a explorar el lado austral del que se cree continente; y lo de Juan Pontes que dijimos fue elegido para debelar a los caribes o caníbales antropófagos, comedores de carne humana; y lo de Juan Ayora; y lo del otro capitán, Gonzalo Badajoz; y del otro, Francisco Becarra; y de otro también, llamado Vallejo.

Solís tomó su cargo con desgracia: por el cabo o frente de San Agustín, mil veces mencionado, pasó al lado meridional del que se cree continente al otro lado del círculo equinoccial, pues hemos dicho que el tal cabo toca al grado séptimo del antártico *(hemisferio)*. Anduvo seiscientas leguas, y encontró que el cabo de San Agustín se ensancha tanto hacia el Mediodía, al otro lado del equinoccial, que llegó más allá del grado treinta del antártico.

Ya navegaba a espaldas de la Cabeza del Dragón y de la castellana Paria, que caen al Aquilón y miran al ártico *(polo)*, cuando se encontró con los malvados y antropófagos caribes, de quien en otras partes hemos hablado latamente. Éstos, cual astutas zorras, parecía que les hacían señales de paz, pero en su interior se lisonjeaban de un buen convite; y cuando vieron de lejos a los huéspedes, comenzaron a relamerse cual rufianes. Desembarcó el desdichado Solís con tantos compañeros cuantos cabían en el bote de la nave mayor. Saltó entonces de su emboscada gran multitud de indígenas, y a palos les mataron a todos a la vista de sus compañeros; y apoderándose del bote, en un momento le hicieron pedazos: no escapó ninguno. Una vez muertos y cortados en trozos, en la misma playa, viendo sus compañeros el horrendo espectáculo desde el mar, los aderezaron para el festín; los demás, espantados de aquel atroz ejemplo, no se atrevieron a desembarcar y pensar en vengar a su capitán y compañeros, y abandonaron aquellas playas crueles. Cargaron las naves de troncos coccíneos, que dijimos se llaman en italiano *verzino*, y *brasil* en español, clase de madera a propósito para pintar las lanas; los demás regresaron a su patria.

Estas cosas que escribo brevemente, me las han contado en cartas; qué otra cosa hayan hecho, alguna vez lo sabremos más particularmente. También Juan Pontes fue rechazado por los caribes en la isla de Guadalupe, que es la principal entre las de ellos; pues habiendo visto a los nuestros en alta mar, los caribes se ocultaron en sus emboscadas, desde donde pudieron verlos desembarcar. Echaron a tierra mujeres que lavaran, y algunos pocos infantes para restregar las camisas y ropa; como que desde la isla de Hierro de las Afortunadas hasta aquélla, en el espacio de cuatro mil doscientas millas, no habían visto tierra ninguna; en todo ese trecho el océano carece de islas en que pudieran tomar agua dulce. De improviso saltaron los caribes, cogieron a las mujeres y descompusieron a los infantes; temblando escaparon unos pocos. Aterrorizado Pontes, no se atrevió a atacar a los caribes, temiendo a las flechas envenenadas que estos desnudos cazadores de hombres, con muy certeros disparos, clavan dondequiera que ponen el ojo. De esta manera, sin hacer nada y sin los botes, el bueno de Pontes volvió la espalda a los caribes, a los cuales, bajo techado y en lugar seguro, jactanciosamente amenazaba con exterminarlos. Adonde se encaminara

desde allí, o qué otra cosa nueva encontrara, no lo he sabido aún. En las empresas que tomaron a su cargo, Solís perdió la vida y Pontes el honor.

Vamos ahora con otro que también en el mismo año se portó mal. Juan Ayora, ciudadano de Córdoba, de noble linaje, enviado de Pretor, como en otra ocasión dijimos, más codicioso de oro que de hacer bien las cosas o de merecer alabanza, aprovechando ocasión contra los caciques, despojó a muchos, y contra derecho y justicia les sacó oro y les trató cruelmente, según cuentan; de modo que, de amigos que eran, se han tornado enemigos encarnizados, y ya desesperadamente, dondequiera que pueden, con violencia o con asechanzas matan a los nuestros.

Donde antes comerciaban en paz y a gusto de los caciques, ahora hay que andar en guerra; recogiendo de este modo muchos pesos de oro, según dicen, huyó tomando furtivamente una nave, según fama pública, y hasta la hora en que esto escribo no se sabe adonde fue. No falta quien piense que en su fuga consintió el mismo gobernador Pedro Arias, porque este Juan Ayora es hermano del historiador regio Gonzalo Ayora, hombre erudito y perito en asuntos militares, y tan amigo del Gobernador que casi se les puede contar entre las pocas parejas de amigos. Con los dos tengo yo lazos íntimos, pero perdónenme uno y otro; entre todas las agitaciones oceánicas nada me ha disgustado tanto como la avaricia de ese hombre, que de tal manera alteró los ánimos tranquilos de los caciques.

4.
Expedición de Gonzalo de Badajoz.
Esclavos marcados de Yuana. Otros caciques.

Pasemos del caso trágico de Gonzalo Badajoz, que tras prósperos comienzos tuvo funestos remates. En el mes de marzo del año pasado, 1515, salió Gonzalo de Darién con ochenta hombres armados: tomó rumbo derecho al Occidente, y no se detuvo en parte alguna hasta que llegó a la que tenemos dicho que los nuestros apellidaron Gracia de Dios, la cual dista de Darién unos ciento ochenta mil pasos: sesenta leguas dicen. Pasó allí algunos días sin hacer nada, porque ni con ruegos, ni con amenazas, ni con recompensas pudo conseguir que se le presentara, como él anhelaba, el cacique del país.

Mientras así holgaba, acudieron allí otros cincuenta hombres enviados de Darién al mando de Luis Mercado, que había salido de allá el 1 de mayo para que exploraran juntamente lo interior de aquel territorio. Allí convinieron, habido consejo, cruzar las montañas hacia Mediodía en demanda del mar austral, ya descubierto. Es maravilla que en tan enormes longitudes encontraran que había sólo cincuenta y una millas hasta el mar austral: diecisiete leguas dicen ellos. Los españoles nunca cuentan por millas, y la legua dicen que consta de tres millas: digo en tierra, que en mar dicen que cuatro.

En la cima de las montañas y en sus aguas vertientes encontraron un cacique llamado Yuana. También el reino de éste se llama Coiba, como lo dijimos de Careta; mas por cuanto la región de Yuana es más fértil en oro, dieron en llamarla Coiba la rica; como que donde quiera que cavaban, ya en seco, ya en los álveos de los arroyos, sacaban arena mezclada con oro. Al acercarse los nuestros huyó Yuana, y nunca se le pudo hacer venir. Devastaron todos los alrededores de su corte; pero hallaron poco oro, porque se había llevado consigo todos sus muebles. Lo que encontraron allí fueron esclavos señalados con crueles marcas. Con punzones hechos de hueso o de espina les hacen a los esclavos agujeros en la cara, y de seguida se los polvorean con cierta clase de polvo, y se los untan con un jugo negro o rojo, y es tan tenaz aquella materia que jamás en ningún tiempo se borra; se llevaron consigo a los esclavos. Cuentan que la acritud de aquel jugo da tanto tormento que, por el excesivo dolor, no pueden los esclavos comer durante algunos días. Se sirven de los esclavos los caciques que los prenden, y también nuestra gente, para buscar el oro y cuidar de los sembrados.

Siguiendo el curso de las aguas desde la corte de Yuana hacia el sur diez millas, entraron en la jurisdicción de otro cacique, al cual los nuestros le llamaron el Viejo, porque lo era, sin cuidarse de su nombre antiguo; también en el reino de este cacique se encontraba el oro por doquiera, así en los ríos como en lo seco, y tenía ríos muy notables y tierra feraz y amena.

Marchándose de allí, encontraron tierra desierta en trecho de cinco días; opinan que aquellos campos han quedado despoblados por los odios intestinos, dado que son en su mayor parte fértiles, y no tienen cultivos ni habitantes. El quinto día vieron a dos indígenas que venían cargados, de lejos y cruzando. Se fueron hacia ellos, y los cogieron; llevaban al hombro sacos llenos de pan de maíz. De ellos supieron que había por allí dos caciques: uno en la costa, llamado *Periqueté*, otro en el continente, que era ciego, y se llamaba *Totonogá*. Aquellos dos hombres eran pescadores: su régulo *Totonogá* los había enviado a *Periqueté* con fardos de pescado, y a cambio de él traían el pan, pues comercian cambiando sus productos, no con el mortífero dinero.

Tomando por guía aquellos dos, se encaminaron a la residencia de Totonogá, cacique litoral del mar austral, al lado occidental de San Miguel. De este cacique obtuvieron seis mil castellanos de oro, ya en bruto, ya artísticamente elaborado. Entre aquellas rudas pepitas hallaron una que pesaba dos castellanos, lo cual demuestra la abundancia de oro. Prosiguiendo por la misma costa hacia el Occidente, fueron a la residencia de un cacique llamado Taracarú, del cual obtuvieron ocho mil pesos. Ya tenemos dicho que se llama peso la cantidad de un castellano sin acuñar. Después pasaron a la jurisdicción de un hermano de este cacique que se llamaba Pananomé, el cual se escapó y no se le ha vuelto a ver más. Aseguran que su región es rica de oro; devastaron su corte.

A seis leguas de allí se fueron a otro que se llamaba Tabor, y de éste al cacique Cherú. Este recibió a los nuestros en son de amistad, y de su propia voluntad les dio cuatro mil pesos. Este Cherú posee salinas excelentes, y su terreno abunda en oro.

Doce millas más allá fueron a otro cacique llamado Anata, de quien obtuvieron quince mil pesos, que él había tomado a los caciques comarcanos venciéndoles en la guerra, y el oro aquel estaba chamuscado porque lo habían sacado de las casas incendiadas de los enemigos. Unos a otros se despojan y se matan, destruyen los pueblos y lo devastan todo. Hacen bárbaramente la guerra, y se ensañan hasta la matanza y hasta la extrema ruina cuando vencen. Hasta llegar a este cacique anduvo a sus anchuras el bueno de Gonzalo Badajoz con sus compañeros, y recogió de los caciques sendos montones de oro. Ochenta mil castellanos de oro había acumulado, ya a cambio de cosas nuestras, ya con la violencia y las armas, porque la mayor parte de ellos intentaron rechazar a los nuestros e impedirles el tránsito. *(Aquel oro era)* de bragas, vestidos de mujeres, pecheras para sostener las tetas si caen, pendientes para las orejas, también de yelmos, collares y otras joyas; además cuarenta esclavos, de que se servían al presente en vez de acémilas para llevar las provisiones y los fardos de otras cosas, y asimismo para llevar los enfermos y los rendidos de los largos caminos y el hambre.

Por el territorio del cacique Scoria llegaron a la corte de otro que se llamaba Pariza. Cuando los nuestros no temían tal cosa, Pariza los atacó, rodeándolos con muy grande muchedumbre de guerreros; y cogiéndolos desprevenidos y diseminados, los destrozó: no tuvieron tiempo para tomar las armas; setenta hirió o mató, a los demás los puso en fuga. Abandonaron todo el oro que habían recogido y los esclavos: pocos llegaron a Darién.

5.
Otros expedicionarios. La caza.
Singular artificio de cazar aves acuáticas.

Sería falsa, Beatísimo Padre, la doctrina de todos los sabios acerca de las vicisitudes de las cosas y la inconstancia de la suerte de los hombres, si todo viniera de cara y con felicidad. Es orden inmutable que los que arrancan raíces tan pronto dan con el dulce regaliz, como con la amarga

cizaña; pero, ¡ay de Pariza! ¡No dormirá tranquilo mucho tiempo! Pronto será vengado tamaño desafuero. El propio Gobernador iba a ello con trescientos cincuenta soldados escogidos; se puso malo, y en su lugar marcha con autoridad de Pretor el legisperito licenciado Gaspar Espinosa, juez de Darién.

Por el mismo tiempo fueron a la isla llamada Rica para exigirle al cacique el tributo de perlas que se le había impuesto. Lo que suceda lo recogeré.

Otros dos intentaron visitar a los indígenas del otro lado del golfo. Cruzando Francisco Becerra, con otros dos principales y ciento cincuenta soldados muy bien pertrechados, por el ángulo de la ensenada y la boca del río Dabaiba, llevó la guerra a los caribes en la misma Caribana, hacia el pueblo Turufy, de que otra vez hicimos mención cuando la llegada de Hojeda. También llevaron consigo instrumentos de guerra: tres bombardas, que tiran una bala de plomo mayor que un huevo, y cuarenta arqueros; además veinticinco escopeteros para que desde lejos puedan herir a los caribes, que pelean con flechas envenenadas. No se menciona adonde fueron ni lo que hicieron; en Darién había recelo de que se lanzaran con mala estrella cuando salieron de allí las naves para venir a España.

Otro capitán llamado Vallejo tomó la parte interior del golfo; pero pasó por otro lado que Becerra, pues éste tomó el principio de la Caribana, y aquél el remate. Regresó Vallejo, pero de setenta hombres que había llevado dejó cuarenta y ocho muertos en poder de los caribes. Esto cuentan los que envían noticias de Darién, y esto cuento yo.

El catorce de octubre de este año mil quinientos dieciséis vinieron a verme Rodrigo Colmenares, arriba nombrado, y un Francisco de la Puente. Éste era uno de los decuriones de la turba que mandaba Gonzalo Badajoz, que escapó de las manos del cacique Pariza, que los derrotó, y Colmenares salió de Darién para venir acá después que llegaron allá los derrotados. Los dos cuentan, éste por haberlo oído, aquél por haberlo visto, que en el mar austral hay varias islas al Occidente del golfo de San Miguel y de la isla Rica, en la mayor parte de las cuales se crían y cultivan árboles que crían el mismo fruto que la tierra de Colocut. Colocut, Cochini y Camemori es la feria de aromas para los portugueses; infieren que no lejos de allí está la tierra productora de todos los aromas.

Desde aquella costa nuestra del Sur, muchos de los que han recorrido aquellas regiones piden que se les dé nada más que el permiso. Se ofrecen a aparejar embarcaciones por su cuenta, y que se encargarán de buscar aquella región de los aromas. Son de opinión que las naves deben construirse y disponerse en el mismo golfo de San Miguel, pero que no debe tomarse el camino por la puerta de San Agustín, que es demasiado largo y difícil y lleno de mil peligros, y se extiende, según dicen, a más de cuarenta grados antárticos.

El propio Francisco, compañero de trabajos y peligros de Gonzalo, dice que, explorando aquellas tierras, encontró rebaños de ciervos y jabalíes, y cogió muchos, enseñándole el modo los indígenas, con fosos hechos en las sendas de esos animales, sacando la tierra y cubriéndolos con ramaje, que éste es el modo con que los indígenas ponen trampas a las fieras cuadrúpedas; pero las aves como se hace entre nosotros, por ejemplo, las palomas, las engañan con una paloma doméstica y mansa que revolotea entre los árboles, pero atada, y a las aves de su clase que acuden a ella las traspasan con sus flechas, o con redes en el suelo limpio de árboles, echando cebo alrededor y dejando en medio a la paloma. Los papagayos y otras aves, igualmente; pero aquéllos dice que son más simples, que, chirriando en un árbol el atado oculto en sus ramas, acuden muchos revoloteando, y fácilmente se dejan coger; porque no se asustan de ver al cazador, sino que esperan que les echen el lazo al cuello, y no huyen cuando se coge uno y a vista de ellos el cazador se lo guarda en el morral que lleva.

Hay otro género de caza inaudito hasta ahora, y graciosísimo de contar. Tenemos dicho que entre los isleños de la Española en particular hay varios lagos y varias lagunas pantanosas y encenagadas, por las cuales suele vagar multitud de aves acuáticas porque en el fondo crían hierbas,

y de aquel limo húmedo se procrean pececillos y mil género de ranas, mosquitos e insectos, penetrando fácilmente el calor del sol hasta el fondo para que se produzca la corrupción y generación por providencia del *(Soberano)* Artífice y Fabricador. De aves que nadan por aquellas aguas estancadas, hay varios géneros: ánades, patos, cisnes, gaviotas, cuervos marinos y otras muchas semejantes.

También hemos dicho que en los huertos se creía un árbol que produce calabazas grandes. De éstas tiran la mayor parte en los sitios pantanosos, y enceradas para que no les entre agua por alguna grieta o agujero y se vayan a fondo. Las calabazas, que siempre van flotando, inspiran confianza a las aves. Va, pues, el cazador llevando la cara cubierta con una gran calabaza a manera de yelmo, con agujeros para los ojos, disfrazado, y se entra en el estanque hasta la barba (como que, acostumbrados desde niños a andar por los ríos, no les importa nada estarse en el agua). A las aves les parece que la calabaza que cubre al indígena que está de acecho es una de las flotantes. El cazador se dirige pasito a pasito hacia la bandada de las aves nadadoras, imitando con el movimiento de la cabeza la oscilación de las calabazas, y cortando las olas que el viento agita se va cerca de las aves: sacando suavemente la mano agarra de repente de las patas a la incauta ave, y sumergiéndola la pone en el morral que para esto lleva preparado. Las otras aves, suponiendo que su compañera se ha sumergido voluntariamente en busca de comida, como suelen hacerlo todas, sin cuidado ninguno prosiguen su camino y caen también ellas en la trampa del cazador. He puesto aquí la caza y sus mañas, a fin de que con esta suave narración se temple el mal humor que hayan producido narraciones sanguinarias.

6.
Opiniones varias de los navegantes acerca de las corrientes marinas. Primitiva ley de minas en las Indias occidentales.

Digamos otro poco acerca de o nuevas opiniones sobre el mar de Paria, que corre hacia el Occidente, y también del modo de explotar el oro en las minas de Paria, que lo he sabido hace poco; y con estas dos partes, que no tienen nada de trágicas, me despediré de Vuestra Beatitud deseándole toda felicidad.

Aquel piloto Andrés, y Oviedo de quien arriba se habló, vinieron a verme en mi casa en el pueblo de Madrid, que opinamos es Mantua Carpetana. En mi presencia comenzaron a disputar acerca del torrente *(la corriente marina)*. Los dos convienen en que estas tierras castellanas están unidas sin solución con las septentrionales a la espalda de Cuba y de las otras islas que están más al Norte de la Española y de Cuba por el lado de Occidente; pero cada uno sostiene que todo sucede de un modo diferente. El piloto pretende que aquel ímpetu de las aguas es recibido en el gremio de la tierra del que se cree continente, la cual vuelve hacia el septentrión, como dijimos, y de modo que con aquel obstáculo encorvado tome dirección giratoria, y vaya dando vuelta a la costa septentrional de Cuba y demás islas que hay fuera del círculo de Cáncer, donde la anchura del mar absorbe las aguas procedentes de estrechas fauces y reprime aquella corriente impetuosa; porque allí el mar es espacioso y muy capaz.

Lo comparo esto a las canales de agua que se llaman vulgarmente canales de molino.

Si de una canal estrecha entran aquellas aguas furiosas en ancho lago, al punto se reparten, y, aplacado su ímpetu, quedan mansas las que poco antes parecía que pretendían asolar cuanto se les pusiera delante, y ya no se sabe por dónde corren. Preguntado por mí el mismo almirante Diego Colón, hijo y heredero del primer descubridor Colón, el cual *(Diego)* ya había recorrido aquellos mares cuatro veces de ida y de vuelta, lo que se le hubiera ocurrido en la navegación, dijo que es difícil la vuelta si se toma el camino de la ida. Pero lanzándose a alta mar hacia el Septentrión antes de dirigir a España la proa, dice que ha observado las más veces que las aguas empujan un poco; pero afirma que esto sucede por el flujo y reflujo ordinario, y que no es el movimiento giratorio el

que ayuda. Piensa que la tierra está abierta, y que entre una y otra parte hay puerta por donde las corrientes salen al Occidente, para que puedan dar vuelta por todo el mundo a impulso de los cielos.

Mas Oviedo, acerca de la clausura, dice lo mismo que el piloto Andrés; pero no sostiene que dan de golpe en lo convexo de la tierra occidental y son impelidas al vasto mar; antes dice que él ha observado muy diligentemente que desde alta mar corren hacia Occidente; pero cerca de las costas, navegando con embarcaciones pequeñas, afirma que la corriente es hacia Occidente: de suerte que en el mismo sitio se anda en direcciones opuestas.

Esto vemos muchas veces que sucede en los ríos, que, oponiéndose las orillas, se forman las más veces varios remolinos; por lo cual, si en tales lugares se echa al río paja o cualquier madera, la que cae en medio del álveo va río abajo, y las que caen en algún recodo y en las márgenes revueltas de las orillas parece que van río arriba, hasta que lo que así va dando vueltas se encuentra en medio de la corriente del río. Lo que me dan, eso recibo; escribo lo que varios opinan variamente. Adoptaremos la explicación cierta cuando la tengamos tal. Tenemos que contentarnos con opiniones hasta que llegue el día determinado y el punto polar que descubra este secreto de la naturaleza. Basta y sobra de la corriente marina.

Acerca de los reinos de Darién, con poco despacharemos este trabajo. Dijimos que distan de Darién nueve millas las laderas de unas montañas y unas llanuras áridas, donde se recoge oro, ya en lo seco, ya en los álveos y orillas de los ríos. A cada uno que desea coger oro, por regla ordinaria los demarcadores le señalan a su arbitrio y elección una medida cuadrada de doce pasos, pero en suelo no ocupado o abandonado ya por los compañeros. Elegida así una parte de terreno, incluye allí sus esclavos como en un templo trazado por los augures; que ya hemos dicho que los cristianos se sirven de aquéllos para el cultivo y para buscar el oro. Él retiene aquella parcela mientras quiere; y si ve señales de poco o menudo oro, pide que le señalen otra medida de doce pasos: la primera abandonada vuelve al común. Éste es el orden que para recoger oro guardan los de Darién, como también los otros; pero a los demás no les he preguntado. Se sabe que alguna vez aquellos doce pasos han dado al que los escogía la suma de ochenta castellanos. Así se vive en saciar la sed de oro; sino que, cuanto más se llenan excavando, tanto más ávidos se tornan; cuantos más leños se echan al fuego, con tanta más furia chisporrotea la lumbre. El hinchado hidrópico, pensando que con beber apaga la sed, la contrae más ardiente.

Paso por alto muchos casos que a su tiempo nombraré si llego a conocer que suenan agradablemente en los oídos de Vuestra Santidad, sobre quien gravita el peso de los cielos y que está en la suprema cumbre del humano linaje, porque no he recogido yo estos casos por mi gusto, sino que la consideración a Vuestra Beatitud me ha hecho emprender estos trabajos.

La Providencia del Creador del universo conceda a Vuestra Beatitud largos y felices años.

DÉCADA CUARTA DEL NUEVO MUNDO

A León X, Pontífice Máximo.

INTRODUCCIÓN

Beatísimo Padre:

Gil de Viterbo, de los ermitaños de San Agustín y modelo brillante del Sacro Orden Cardenalicio, cuando, desempeñada su legación *a latere*, se marchaba de España, en nombre de Vuestra Santidad y en el suyo me dejó mandado que escribiera lo que diera de sí el preñado océano después de mis tres Décadas, que ya hace tiempo se enviaron a Vuestra Santidad, las cuales comenzaron desde el año 1492 y terminaron el 1516.

Lo diferí porque se referían muchas cosas sin importancia y pocas dignas de memoria. En nuestro Real Senado de las cosas de Indias se leían todos los días cartas llenas de ambages y enviadas por cualesquier incompetentes, de las cuales sacábamos poco jugo. Éste se jactaba de haber hallado un dedo de la mano antes descubierta, aquél una falange del dedo, y escribían haber hecho grandes y nuevos descubrimientos, con más ampulosidad y ruido que los primeros descubridores de aquel mundo, imitando a la hormiga que piensa llevar un peso muy grande cuando conduce a su agujero un grano de trigo hurtado en la era de gran montón y criado con trabajo ajeno. Llamo dedo de la mano descubierta y granos de trigo a todas las islas adyacentes a la Española y a Cuba y al que se cree continente; pues por delante y por detrás, y por ambos lados, están rodeadas de islas innumerables, como una gallina de sus polluelos. Pero a cada uno hay que darle el premio de su trabajo.

Pongamos, pues, en manos de Vuestra Santidad, para que deleiten sus oídos anhelantes de saber, las cosas de las islas de Yucatán y Cozumela, y del vasto territorio Hacolucano, que aún no se sabe bien si es isla o está unido al continente. Omitiendo rodeos, contemos las cosas que me han parecido dignas de recordarse; después diré lo que ha pasado sucesivamente en el que se cree continente, y terminaremos la obra con la Española.

LIBRO I.

Descubrimiento del Yucatán.

Por los libros de las Décadas anteriores[49] dados a luz por la industria de los calcógrafos, se puede colegir que algunos (indios) fugitivos llegados a las cercanías de Darién, maravillándose de ver libros en las manos de los nuestros, dijeron que habían estado alguna vez en unas tierras cuyos habitantes usaban de instrumentos así, y vivían civilmente bajo el imperio de leyes, y que tenían palacios y templos construidos magníficamente de piedra, como asimismo plazas y caminos arreglados con buen orden, donde negocian. Esas tierras las han descubierto ahora los nuestros. Quiénes fueron los descubridores y cómo ello sucedió, óigalo atentamente Vuestra Beatitud, puesto que todas estas cosas se descubren para someterse a Vuestro Trono.

Hasta ahora hemos dicho poco de la isla de Cuba, que han querido llamar Fernandina, próxima a la Española, que está al Occidente, pero tan al Septentrión que el trópico de Cáncer pasa por medio de Cuba, y la Española dista del trópico algunos grados hacia el ecuador. En esta isla de Cuba se han levantado ya seis pueblos: el principal toma nombre de Santiago, patrón de las Españas. Allí hay oro nativo en las montañas y en los ríos, y se cuida de excavarlo.

En el año que se terminaron mis libros, tres españoles de los ciudadanos más antiguos de Cuba, Francisco Fernández de Córdoba, Lope Ochoa, Caicedo y Cristóbal Morantes, se propusieron buscar nuevas tierras, y en nombre del Rey iba con el cargo de contador Bernardino Íñiguez, de la Calzada, y capitán de una de las naves. Es inquieto y emprendedor siempre de cosas grandes el ánimo de los españoles. Prepararon a su costa tres naves de la clase que los españoles llaman carabelas, y desde el ángulo occidental de Cuba, que tomó el nombre de San Antonio, se dieron a alta mar con el piloto Alaminos y ciento diez soldados. Aquel extremo es muy a propósito para reparar las naves, hacer aguada y leña.

Entre el céfiro y el ábrego, viento que los españoles llaman sudoeste, al cabo de seis días vieron tierra, durante el cual tiempo dicen que recorrieron solamente sesenta y seis leguas, y anclaban dondequiera que les cogía la puesta del sol, no fuera que, errantes por mar desconocido, se estrellaran en escollos o se fueran a pique dando en bajos de arena.

Se encontraron con un territorio muy grande, desembarcaron y fueron recibidos con hospitalidad por los naturales. Los nuestros, por gestos y señales, preguntaron cuál era el nombre de toda la provincia, y ellos respondieron: *Yucatán*, que en su lengua significa: *no os entiendo*. Los nuestros pensaron que Yucatán era el nombre de la provincia, y por este caso inmediatamente desde entonces quedó y quedará perpetuamente este nombre de Yucatán. A su principio le llaman *Eccampi;* se dirigieron a un pueblo sito en la playa y tan grande que los nuestros le llamaron Cairo, por El Cairo, capital de Egipto. Encontrando casas con torres, templos magníficos, caminos arreglados con orden, y plazas, y que había allí ferias y comercio. Las casas son de piedra o hechas de ladrillo y cal con arte e industria. Al primer piso de las casas y a las primeras habitaciones se sube por doce o diez escaleras, y están cubiertas, no sólo con tejas, sino también con pajas largas y tallos.

Se hicieron mutuos regalos; los bárbaros dieron a los nuestros globitos de oro y joyas hechas de oro, muy lindamente formadas, y los nuestros les regalaron vestidos de seda y lana, también cuentas de cristal y cascabeles de latón, dones muy agradables para ellos por lo peregrinos. Nuestros espejos los estimaban poco, porque ellos los tienen más brillantes, de ciertas piedras. Aquella gente va vestida, no de lana, que no tienen rebaños, sino de algodón, pintado de mil modos

49 Década 3.ª, lib. X, cap. II.

y varios colores. Las mujeres van vestidas desde la cintura hasta los talones, y con diferentes velos se cubren la cabeza y los pechos, y cuidan pudorosamente de que no se les vean los pies o las canillas. Frecuentan los templos; los principales arreglan caminos desde sus propias casas hasta ellos; dan culto a los ídolos y están circuncidados *(recutiti)*[50], aunque no todos. Viven con leyes y negocian con suma fidelidad, pero haciendo cambios sin dinero. Vieron *(los españoles)* cruces; y preguntándoles por medio de los intérpretes de dónde habían tomado aquello, dijeron algunos que había pasado por allí un hombre hermosísimo, que les había dejado aquella insignia en memoria suya; otros dijeron que había muerto en semejante obra *(opificio)* un hombre más reluciente que el sol. No se sabe nada de cierto.

50 Eso significa principalmente el adjetivo *recutitus*, el circuncidado, el que tiene cicatrices; también podrá significar el efecto de otra operación análoga y más grave, y asimismo algún género de inmoralidad de aquellos pobres indios, tan degenerados y caídos de la dignidad humana. El autor les aplica bastantes veces ese calificativo, y no es fácil determinar siempre el sentido propio.

LIBRO II.

Buen recibimiento en Campeche. Cruel perfidia del cacique de Aguanil.

Habiendo pasado allí algunos Adías, ya parecía que eran molestos a los naturales, pues no es grata la estancia larga de ningún huésped. Tomaron provisiones y se dirigieron en derechura al Occidente por las provincias que los indígenas llaman Comi y Maya, que pasaron de largo tomando únicamente agua y señas del camino. Los bárbaros de la costa admiraban nuestras naves flotando en el mar, y salían a porfía a verlas las mujeres, los hombres y los niños, mezclados. Los nuestros miraban desde el mar, no sin asombro, los edificios de ellos, y principalmente los templos próximos a las costas, levantados a modo de fortalezas.

Por fin les pareció bien echar anclas a ciento diez leguas, en la provincia que se llama Campeche, población que tiene tres mil casas. Abrazáronse unos a otros amigablemente; los bárbaros admiraban atónitos el arte náutico de los nuestros, la grandeza de las embarcaciones, las velas, aparejos y demás. Cuando oyeron el tronar de los cañones que se descargaron, y sintieron el olor de humo y azufre ardiendo, les parecía que enviaba rayos el cielo. El cacique hospedó a los nuestros con benignidad y magnificencia en su palacio. Después de haber comido al estilo de ellos, que tienen pavos y aves cebadas, y también campesinas y de los bosques, y acuáticas, perdices, codornices, tórtolas, ánades, gansos y conejos, y además lobos, leones, tigres, zorras y cuadrúpedos de campo, como jabalíes, ciervos y liebres, fueron conducidos los nuestros con acompañamiento regio a una encrucijada espaciosa sita a un lado del pueblo, donde les mostraron una plataforma cuadrada de cuatro escaleras, levantada de mármol, parte con betún resistente, parte de piedrecitas, sobre la cual había esculpido un simulacro de hombre, y adheridos a él dos cuadrúpedos desconocidos que, cual perros rabiosos parecían querer despedazar el vientre del hombre de mármol. Junto al simulacro hay una serpiente formada de betún y piedrecitas, de cuarenta y siete pies de larga, de gruesa como un buey grande, devorando a un león de mármol, y rociada de sangre fresca. Próximos al suelo había fijados tres palos cruzados por otros tres, sostenidos con piedras.

En aquel lugar castigan a los reos, y, en prueba de ello, vieron colocadas innumerables flechas ensangrentadas y rotas, y huesos de muertos arrojados al corral vecino. También aquí las casas están hechas de cal y canto. Al cacique le llamaron Lázaro, porque en el día de Lázaro llegaron a aquella tierra.

De allí caminaron quince millas, siempre al occidente, y entraron en una provincia llamada Aguanil, cuya población se apellidaba Moscobo y el cacique Capotón, con acento en la última. Este régulo miraba hostilmente a los nuestros, y les preparó emboscadas con una estratagema. Cuando le pidieron agua, indicaron que había una fuente al otro lado de un collado próximo, adonde se iba por sendas estrechas. Observando en su frente que cambiaba de color y que llevaban arcos y flechas, echaron de ver el engaño y rehusaron los nuestros seguir más adelante. Los bárbaros atacaron a los nuestros diseminados y desprevenidos, y en la huida más de mil los destrozaron, atascándose los nuestros en la playa cenagosa (pues lo es allí el mar); mataron a flechazos a veintidós, y a la mayor parte de los otros los hirieron. Treinta y tres heridas cuentan que recibió el propio Francisco Fernández, capitán de la armada: casi ninguno salió ileso. Si se hubieran alargado a los collados que les enseñaron, habrían sido todos muertos sin quedar uno. Regresaron, pues, tristes los que quedaron a la isla Fernandina, de donde habían ido, y los compañeros les recibieron con llanto y gemidos por los que allí habían dejado y por los que venían heridos.

LIBRO III.

1.
Expedición de Grijalba a Cozumela. Mal recibidos en Campeche.

Al tener noticia de esto el gobernador de Cuba y Fernandina, Diego Velázquez, aparejó una armada de cuatro carabelas con unos trescientos hombres, y al frente de esta flotilla puso a su sobrino Juan Grijalba, agregándole de subpretores Alfonso Ávila, Francisco Montejo y el comendador Pedro Albarado, y de piloto el mismo Antonio Alamín, que dirigía la flotilla anterior.

Tomaron el mismo derrotero, pero algo más al sur como setenta leguas, y vieron desde arriba una torre alta, mas no tierra. Guiándose por aquella torre, llegaron a una isla llamada Cozumela, de la cual cuentan que percibían olores agradables en trecho de tres leguas, soplando de allá el viento. Encontraron que tenía cuarenta y cinco leguas de circuito, que es llana y de suelo feracísimo, que tiene oro, pero extranjero y llevado de otras partes.

Abunda de miel, frutas y hortalizas, como asimismo de aves y cuadrúpedos. Por decirlo en pocas palabras: estos naturales tienen la economía y policía que los de Yucatán, casas, templos, caminos, comercio, ropas de hombres y mujeres, de *gosampio*, que en italiano se llama *bombaso* y en español *algodón*, no de lana o seda, casas de ladrillo o piedra, cubiertas de paja larga donde escasean las losas, que donde éstas abundan con láminas de piedra las cubren, y tienen postes de mármol, como entre nosotros, la mayor parte de las casas. Encontraron allí vetustas torres y vestigios de otras derruidas, que indicaban antigüedad; en particular una de dieciocho gradas como las de subir a los templos ilustres.

Admiraron nuestras naves y arte náutica; al principio no quisieron recibir a los huéspedes, después los admitieron benignamente: subieron a la torre guiados por el principal, que creen sacerdote. En lo más alto de ella fijaron la bandera adjudicando el imperio al Rey de Castilla, y pusieron a la isla el nombre de Santa Cruz, porque entraron en ella el día 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz. Dicen que se llama Cozumela por el nombre del cacique Cozumelao, cuyos antepasados se gloría él de que fueron los primeros habitantes de esta isla. En la torre encontraron cámaras con estatuas, ya de mármol, ya de barro, que tienen simulacros de osos, a los cuales invocan con canto unísono y alto, y les inciensan con aromas delicados y les veneran como penates. Allí se celebró misa. Están circuncidados (*recutiti*).

Este cacique, vestido elegantemente con un velo de algodón, tenía cortados los dedos de un pie; nadando se los había quitado de un mordisco un pez voraz que se llama tiburón. Dio a los nuestros opípara y abundante comida.

A los tres días marcharon en derechura al Occidente, y vieron a lo lejos montañas; era la ya conocida tierra de Yucatán, que dista de Cozumela nada más que cinco leguas de mar. Tomaron el lado meridional de Yucatán, y dieron vuelta a lo que hay próximo al creído continente; no pudieron rodearla toda por los frecuentes escollos y bajos de arena. El piloto Alamín siguió con las naves al ya conocido lado boreal. Marcharon al mismo pueblo Campeche y al cacique Lázaro, al cual habían ido los primeros el año pasado: recibidos con agrado, fueron invitados a que pasaran al pueblo; pero les pesó la invitación.

A un tiro de piedra del pueblo mandaron parar a los nuestros los indígenas, y que se marcharan. Los nuestros pidieron que se les dejara tomar agua antes de marchar. Les mostraron un pozo que habían dejado a la espalda, diciéndoles que de allí podrían tomar agua pero de otra parte de modo ninguno. Pasaron la noche en el campo próximo al pozo. Los bárbaros entraron en desconfianza; como tres mil hombres armados acamparon no lejos de los nuestros. Unos y otros

pasaron la noche sin dormir; aquéllos temiendo que los nuestros invadieran el pueblo, y los nuestros que los bárbaros les atacaran de repente, excitaban a los soñolientos con el sonido de las trompetas y el ruido de los tambores.

Apenas amaneció, se acercaron los bárbaros y llamaron a nuestros intérpretes cubanos, cuyo idioma, si no es el mismo, es pariente. Habiendo encendido entre uno y otro escuadrón una antorcha de incienso, les amenazaron con matarlos si no se apresuraban a marcharse antes de que la antorcha se apagara, y protestaban que no querían huéspedes. Se consumió la antorcha; vinieron a las manos, mataron a uno de los nuestros a quien la flecha encontró mal cubierto con el escudo, e hirieron a muchos; los nuestros se replegaron a los cañones, que estaban colocados junto al pozo, para disparar desde allí balas contra los bárbaros. Estos retrocedieron al pueblo; los soldados, entusiasmados, deseaban perseguirles; pero el pretor Grijalba lo impidió. De allí se adelantaron a lo último de Yucatán, averiguando que se alargaba de Oriente a Occidente más de doscientas leguas, y se encaminaron a un puerto excelente, al que pusieron el nombre de Puerto Deseado.

2.
Hacia la desembocadura del río Grijalba. Oro abundante.

Desde allí pasaron navegando a otras tierras, y surgieron en una cercana de Yucatán por el Occidente; dudan si es isla o no. Les parece que está unida al continente. Hay allí un golfo que sospechan está rodeado por ambas tierras; nada se sabe de cierto: los naturales llaman a aquel territorio Caluacán, alias Oloán. Un río grande que allí encontraron, con su furioso ímpetu da al mar aguas potables en trecho de dos leguas; pusieron al río el nombre del pretor Grijalba. Los indígenas bárbaros, maravillados de ver las moles de nuestros barcos con sus velas extendidas, ocuparon ambas orillas del río en número de seis mil hombres armados con escudos dorados, arcos y flechas, como asimismo anchas espadas de madera y astas chamuscadas, para guardar la costa e impedirles desembarcar. Aquella noche, uno y otro bando estuvieron en jarra.

Al amanecer se presentaron como cien canoas llenas de gente armada (hemos dicho otras veces que las canoas son lanchas de un solo madero). También aquí los intérpretes de Cuba se entendían hablando con bastante facilidad. Admitieron la paz ofrecida por los intérpretes, y se aproximó una canoa manteniéndose paradas las demás. El jefe de la canoa preguntó qué iban buscando los nuestros por tierras extrañas. Se les respondió que deseaban oro, pero a cambio, no de balde ni violentamente. Regresó la canoa, y sus marineros contaron al cacique lo que se había tratado: llamado el cacique vino gustoso, y ¡cosa digna de contarse, oh Padre Santo!, el cacique llamó a su camarero, le ordenó traer alhajas de su cámara, y le mandó ponérselas a nuestro pretor Grijalva.

Comenzó él poniéndole calzado de oro, botas, coraza y toda la armadura de hierro o de acero que suele ponerse cualquiera cuando se arma de punta en blanco para salir a pelear; todo eso se lo regaló el cacique a Grijalba, de oro maravillosamente labrado. Grijalba le correspondió con vestiduras de seda, de lana y lino, y con otras cosas de las nuestras.

En el comienzo de este Yucatán, cuando pasaban de Cozumela, se encontraron con una lancha pescadora, en la cual había nueve indígenas inermes, pescando con anzuelos de oro, y les cogieron a todos sin temor. A uno de ellos le conoció este cacique, y prometió a Grijalba enviarle al día siguiente tanto oro cuanto aquel hombre pesara; él se negó a hacer la redención contra la voluntad de sus compañeros; retuvo al hombre aquel, y se marchó con ánimo de reconocer lo que había más allá.

LIBRO IV.

1.
Sacrificios de víctimas humanas. Isla de amazonas. Industria. Costumbres.

Como a unas cien millas, siempre a céfiro *(a Poniente)*, encontraron un gran golfo, en el que había tres islas pequeñas, y se dirigieron a la mayor. ¡Oh cruel maldad, Padre Santo! ¡Oh feroces almas de hombres! Prepárese Vuestra Santidad, no se le altere el estómago. Allí inmolaban niños y niñas a sus dioses: son inmorales; los simulacros que veneran son de mármol, algunos otros de barro. Entre las imágenes de mármol hay un león con la cerviz agujereada, en la cual derraman la sangre de los infelices para que de allí corra a un estanque de mármol.

Vamos a referir las ceremonias con que inmolan la sangre de los desdichados. No los degüellan, sino que, abriéndoles el pecho, arrancan el corazón a la víctima infeliz, con cuya sangre caliente ungen los labios de los ídolos, y la demás la dejan correr al estanque. Después, en campo abierto, queman el corazón y las entrañas, y piensan que aquel humo es agradable a los dioses. Uno de los ídolos es masculino, que con la cabeza inclinada está mirando al estanque de sangre, como aceptando el sacrificio de las víctimas. Los morcillos de los brazos y de los muslos y las pulpas de las pantorrillas se los comen, especialmente cuando han sacrificado a un enemigo vencido en la guerra. Hallaron un arroyo de sangre cuajada, como saliendo de un matadero. Transportan desdichados de las islas vecinas para semejante atrocidad. Vieron allí innumerables cabezas y cadáveres decapitados, y también enteros, la mayor parte cubiertos con velos.

Todas aquellas regiones abundan en oro y perlas. Andando por la isla uno de los nuestros, encontró dos vasijas de alabastro medio enterradas, elaboradas hermosísimamente y llenas de piedras preciosas de diferentes colores; una dicen que halló, que se la enviaron al Gobernador, y valía dos mil castellanos de oro. Llamaron a aquella isla del Sacrificio.

A los lados de esta Coluacana hay otras islas, donde sólo habitan mujeres sin trato de hombres. Piensan algunos que viven a estilo de amazonas. Los que lo examinan mejor, juzgan que son doncellas cenobitas que gustan del retiro, como pasa entre nosotros, y en muchos lugares las antiguas vestales o consagradas a la diosa Bona. En ciertos tiempos del año pasan hombres a la isla de ellas, no para usos maritales, sino movidos de compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir. Mas es fama que hay otras islas habitadas por mujeres, pero violadas, que desde pequeñas les cortan un pecho para que más ágilmente puedan manejar el arco y las flechas, y que pasan allá hombres para unirse con ellas, y que no conservan los varones *(que les nacen)*. Esto lo tengo por cuento.

Se aproximaron, pues, los nuestros a la costa de la tierra coluacana y negociaron en paz: el cacique les regaló un caldero de oro, brazaletes, collares, dijes y otras muchas joyas de diversos géneros; los nuestros, por su parte, le dejaron contento con las cosas de acá. Deseaban fijarse allí y fundar una colonia; pero el Pretor lo impidió, y sus compañeros de armas estaban entonces rabiosos contra él.

Esta provincia tiene edificios con torres, y quince poblaciones muy grandes, y atestiguan que en cierta parte vieron algunas de veinte mil casas. Las casas no están contiguas del todo, sino separadas por huertos y corrales: muchas están distantes. Tiene plazas rodeadas de murallas, y en ellas celebran mercados y ferias; tienen calles arregladas, hornos y fogones, cal y ladrillo cocido; alfareros, carpinteros, artesanos, obreros de todas las artes mecánicas, los hay excelentes entre ellos. Este cacique se llama Tamasco, la región Palmaria: su corte, llamada Potenchiano, dicen que es población de quince mil habitantes.

Cuando los que admiten la paz en aquellas tierras reciben huéspedes nuevos, en pacto de amistad, con una navaja o cuchillo de piedra se sacan una poca sangre de la lengua, la mano, el brazo u otra parte del cuerpo, a vista del huésped. Los sacerdotes viven célibes e incorruptos. Qué cosa sea unirse, no lo sabe nadie hasta que se casa. Obrar de otro modo es delito capital. Las mujeres guardan admirable castidad. Los poderosos, después de haber tomado una mujer, pueden todos tener cuantas concubinas quieran; pero a la mujer casada cogida en adulterio, su marido la vende al magnate principal, del cual los parientes de la mujer pueden rescatarla.

Ninguno que no esté casado puede juntarse en la mesa, ni comer en el mismo plato, ni beber en la misma copa, ni igualarse con un casado. En los meses de agosto y septiembre, por espacio de treinta y cinco días, se abstienen, no solamente de carnes, que las tienen muy buenas de aves y de caza, sino que tampoco comen pescado ni cosa alguna que tenga sangre: aquellos días los pasan con hortalizas y legumbres. Estuvieron allí algunos días *(los españoles)* comiendo muy bien.

2.
Prosigue Grijalba el costeo de Nueva España.

Se marcharon siguiendo la misma costa, y dieron con otro cacique, al que llamaron Ovando. Así que él comprendió que los nuestros lo deseaban, les trajo unas láminas de oro fundidas; el Pretor le hizo entender, mediante los intérpretes, que deseaba abundancia de aquel metal.

Al día siguiente mandó traer un pequeño simulacro humano de oro, un abanico de oro y una mascarilla también de oro, de varia labor, y regaló también a los nuestros sartas de cuentas y abundancia de pecheras, y dijes y adornos de varios géneros, y piedras preciosas de varios colores, y los hartó de riquísimas viandas muy sabrosamente condimentadas.

Habiéndolos convidado en la playa, de seguida, hincando ramas verdes, hicieron, al mando del cacique, como un emparrado; a los familiares flojos en llevar ramas les pegaba el cacique con un cetro que llevaba en la mano, y los esclavos, con la vista baja, sufrían pacientemente cualesquier golpes. Preguntado dónde se cogía tanta abundancia de oro, señaló con el dedo unas montañas próximas y los ríos que de ellas corrían.

Están tan acostumbrados a los ríos y lagunas, que lo mismo es para ellos nadar que andar por tierra. Cuando les ocurre sacar oro, se zambullen en los ríos y salen con las manos llenas de arena, y, pasándola de una mano a otra, escogen el oro. En dos horas dicen que llenan de oro una caña como el dedo.

De los sahumerios y olores de estas tierras pueden contarse cosas deleitables y muelles, que paso por alto porque sirven más para la afeminación que no para las buenas costumbres. El Pretor no quiso admitir un niño de doce años que le ofreció el cacique, y admitió una niña elegantemente adornada; al muchacho lo desechó a disgusto de los compañeros.

De las piedras preciosas obtenidas de este cacique, escriben que una vale dos mil castellanos de oro. Por fin se separaron de él cargados de oro y de perlas. El pretor Grijalba envió una de las carabelas a su tío el Gobernador en la Fernandina, con noticias y el oro y las perlas recogidas.

Entretanto los demás cortaban la costa hacia Occidente; pero una nave, en que iba el subpretor Francisco Montejo, iba costeando casi junto a la orilla, y dos iban por alta mar a la vista. Maravillados los indígenas, tuvieron por milagro tal novedad. Se le acercaron a Montejo trece canoas: hablaron por intérpretes, y se saludaron afectuosamente unos y otros; los indígenas les rogaban humildemente que desembarcaran, prometiéndoles grandes cosas si visitaban al cacique del país. Montejo respondió que no podía complacerles porque estaban demasiado distantes sus compañeros; los despachó contentos, haciéndoles algunos regalos de cosas nuestras que les agradaban.

Se encaminaron a aquella población célebre, acercándose a la playa juntamente las tres carabelas. Los naturales les prohibieron desembarcar, presentándose a los nuestros armados de escudos, arcos, aljabas llenas, anchas espadas de madera y astas chamuscadas; ellos disparaban sus flechas desde lejos, y los nuestros las balas de las bombardas. Asombrados del estruendo de nuestras armas y aterrorizados, echaron a huir y pidieron la paz. Faltaban ya provisiones a los nuestros, y las naves estaban en mal estado a causa de los largos viajes; así, pues, se volvieron a la Fernandina, contento Grijalba de lo que se había hecho y descubierto, y disgustados sus compañeros.

LIBRO V.

Desordenada expedición a las islas Guanajas. Consecuencias del desorden. Industria.

Ahora tenemos que hacer una pequeña digresión, y tratar de otra navegación. Después volveremos a los nuevos territorios.

El propio Diego Velázquez, vicegobernador, casi al mismo tiempo que aparejaba aquella armada de las cuatro carabelas, destinó otra de una carabela acompañada de un bergantín, con cuarenta y cinco hombres. Estos trataron violentamente a los naturales, que son idólatras e inmorales.

Próximas a la costa hay muchas islas pequeñas, a manera de continente, ricas por la fertilidad de su suelo y óptima calidad de la tierra: Guanaxa, Guanagua, Guitila. De una de éstas se llevaron trescientos indígenas inocentes de ambos sexos (a esta isla le pusieron por nombre Santa Marina); los metieron en la carabela, y tomaron rumbo a Fernandina. Dejaron allí el bergantín con veinticinco hombres, que se ocuparan en cazar más indígenas. El puerto que tomó la carabela se llama Carenas, y dista de la principal población de Cuba, que es Santiago, doscientas cincuenta leguas. Esta isla es muy larga hacia Occidente, y la corta el trópico de Cáncer.

Tomando la fortuna venganza de los que guardaban a los cautivos, bajaron a tierra algunos de aquéllos, quedando pocos. Aprovechando los isleños la ocasión de recobrar su libertad, tomando los dardos de los nuestros cayeron sobre ellos y mataron seis: los demás se echaron al mar; los isleños se hicieron con la carabela, aprendieron a gobernarla, y se volvieron a su patria; pero no desembarcaron desde luego en la misma isla vecina; prendieron fuego a la carabela, se llevaron las armas, y en lanchas se marcharon con su gente. Atacando a los nuestros, que habían quedado con el bergantín, los derrotaron y mataron parte de ellos; los que quedaron con vida huyeron en miserable estado al bergantín. Cerca de la costa hay un árbol muy grande: en su parte más alta colocaron una cruz, y en la corteza superior de él inscribieron en español: Vamos al Darién.

Es el Darién un río a cuya orilla está situada una población principal del que se cree continente, llamada Santa María la Antigua. Habiendo sabido el hecho el Gobernador, mandó inmediatamente dos naves con soldados en auxilio de los que habían quedado; tarde lo supieron: todo había acabado. Guiándose por la cruz se dirigieron a la playa, leyeron el rótulo escrito en el árbol y no se atrevieron a probar fortuna, principalmente contra hombres desesperados, que se habían retirado perfectamente armados, y se volvieron.

De la isla próxima se llevaron como liebres quinientos de ambos sexos, pensando que tenían derecho cumplido para hacerlo por la misma causa, porque estaban circuncidados *(recutiti)*. Lo mismo les sucedió a éstos cuando hubieron aportado a la Fernandina; atacaron ferozmente a una de las naves, y peleando denonados mataron a algunos guardias españoles; los otros se echaron al mar, y fueron nadando a la otra carabela que estaba cerca, y todos a la vez, con la carabela que les quedaba, embistieron a la que les habían quitado. Dudosa fue la victoria por espacio de cuatro horas; los bárbaros, hombres y mujeres, peleaban rabiosos por recobrar su libertad y no soltar la presa cogida. Los españoles luchaban con todo brío, y por fin vencieron porque eran más ágiles en manejar las armas. Los bárbaros se tiraron al mar, y los alcanzaban con las lanchas: ya a filo de espada en la lucha, ya ahogados en el agua, cayeron unos ciento. Entre los españoles hubo pocas bajas, y los enviaron a la población y minas de Santiago.

Después se dirigieron a otra de las islas vecinas, que abundan allí más que en nuestro mar Jonio las Symplégades, cuyo conjunto llama el vulgo el archipiélago. Recibiéronles hostilmente:

cuantos desembarcaron fueron muertos o heridos. Juzgan que ésta es la isla adonde fue cierto Juan Pontes, capitán de una flotilla, y dejó alterados a los naturales y le hicieron huir. La había llamado la Florida por haberla descubierto en el día de la Resurrección. Los españoles llaman a este día Pascua Florida.

Dicen que vieron veintiséis islas, pero que ya antes las había pasado de largo Colón, como hijitas y guardas de la Española y de Cuba, donde se rompen las tormentas del océano. En la mayor parte de ellas encontraron oro nativo en pepitas.

También llevan éstos varias joyas, y usan mascarillas, ya de madera dorada, ya de oro, primorosamente hechas. Por todas partes hay artífices habilísimos; una mascarilla se llevó Francisco Chieregato. Nuncio de Vuestra Beatitud ante nuestro César en España, y por ella se podrá colegir lo hábiles que son. Causa admiración ver la estructura de sus navajas. Las hacen de ciertas piedras amarillas y transparentes como el cristal, y con ellas raen no de otra manera que si estuvieran hechas de excelente acero; y lo que es digno de admiración, cuando el corte se pone obtuso ya por el uso, no las afilan con asperón o otra piedra o polvos, sino que las templan poniéndoles agua encima. Tiene también esta gente mil clases de instrumentos y objetos elegantes que sería largo de contar, y tal vez fastidioso para Vuestra Beatitud, ocupada en graves negocios. Vuelvo, pues, al punto de donde nos hemos apartado.

Me vuelvo a Cozumela, Yucatán y Coluacana u Olloa, tierras ricas y elíseas recientemente descubiertas, de las cuales me había apartado, donde se ha conocido cuánta importancia tienen aquellas regiones.

LIBRO VI.

1.
Hernán Cortés sale para Cozumela. Niños que allí se inmolaban. Abolición de tales sacrificios.

Los españoles nuevos habitantes de la isla de Cuba aprestan, de acuerdo con el vicegobernador, una nueva armada de diez carabelas con quinientos hombres, y además tres bergantines, a manera de caballería ligera, de los cuales se sirven para explorar las costas bajas y los peligros de frecuentes escollos. Embarcaron dieciséis caballos, aptos para la guerra. Eligieron por general gobernador y jefe de esta armada a Hernán Cortés, que era a la sazón pretor urbano *(alcalde)* de Cuba, y por subpretores a Alfonso Fernández Portocarrero, Francisco Montejo, Alfonso Ávila, Alvarado, comendador espatense, Juan Velázquez y Diego Ordaz.

Siguieron la misma ruta desde el último cabo de Cuba hacia el Occidente. Tan pronto como Francisco Fernández, y después Juan Grijalba, llegaron a la vista de la isla de los Sacrificios, de que arriba hice mención, de improviso un fuerte torbellino les impidió tomar tierra; y habiendo cambiado de dirección, una gran tempestad los transportó a la Cozumela oriental de Yucatán. Esta isla tiene un solo puerto, al cual llamaron en latín San Juan de Porta. Consta de seis pueblos: sólo tiene aguas de pozo o de cisterna, y carece de ríos y fuentes porque es llana, y no tiene más circuito que cuarenta y cinco leguas. Los indígenas huyeron a sus espesos bosques, abandonando los pueblos por temor.

Entráronse los nuestros en las casas desocupadas y se aprovecharon de los alimentos del país, y encontraron adornos de las casas de varios colores, tapices, vestidos, colchas de algodón rústico, que llamaron hamacas. Tienen también, ¡oh Padre Santo!, libros innumerables. De éstos y las demás cosas que trajeron a nuestro nuevo César, hablaremos extensamente más abajo. Nuestros soldados recorrieron todo el país, pero en formación por si sufrían alguna acometida, y encontraron unos pocos indígenas con una mujer, a la cual exhortaron por medio del intérprete cubano, y los otros tres de Yucatán que los primeros españoles se habían llevado, a que hiciera venir a los caciques ausentes.

Los indígenas hallados con la mujer eran de su familia; y llamando ella a los caciques por medio de emisarios, vinieron; dieron palabra de amistad, y volvieron contentos a sus casas, restituyéndoseles muchas de las cosas que se habían tomado. Averiguaron que eran idólatras e inmorales *(recutiti)*. Inmolan niños y niñas a los *zemes*, que son simulacros que ellos veneran de los espectros nocturnos.

Preguntando yo al piloto Alaminos, a Francisco Montejo y a Portocarrero, mensajeros que trajeron los regalos al Rey, de dónde sacan niños y niñas para inmolarlos, me han respondido que de las islas colaterales los llevan a vender a cambio de oro u otras mercancías, pues en ninguna parte de todos aquellos vastos territorios sus habitantes sienten los afanes de la cruel moneda; y lo mismo dicen de las otras islas recientemente descubiertas, entre las cuales nombran dos, Biam y Sesta, y a falta de niños sacrifican perros, que los alimentan para comérselos como nuestra gente cría los conejos; esos que destinan para comérselos no ladran, tienen cara de zorra y los castran; para sacar crías guardan abundancia de hembras y exiguo número de machos, como nuestros pastores lo hacen con las ovejas, y castrados crecen admirablemente.

Los nuestros les infundieron horror de los sacrificios humanos, haciéndoles ver su enormidad, y los bárbaros pidieron ley que seguir. Persuadiéronles fácilmente que hay un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, dador de todos los bienes, en tres personas y una substancia. Consintieron que se hicieran pedazos los *zemes*; colocaron en el lugar sagrado de su templo la imagen pintada que los

nuestros les dieron de la Bienaventurada Virgen; barren y friegan el templo y su pavimento; recibieron la cruz para adorarla en memoria del mismo Dios y hombre, clavado en ella por la salud del humano linaje, y en la cima del templo colocaron una grande de madera. Allí acuden todos y veneran humildemente la figura de la Virgen, Madre de Dios, con temor y reverencia.

Aquellos indígenas hicieron saber, por medio de sus intérpretes, que en la próxima isla de Yucatán había siete cristianos cautivos que habían arribado a ella arrojados por las tempestades. Sólo cinco leguas separan a esta isla y la de Yucatán.

2.
Jerónimo Aguilar libertado del cautiverio. Desdichada historia de Valdivia. La madre de Aguilar.

El pretor Cortés destinó cincuenta hombres con dos carabelas para que los buscaran, y se llevaron consigo a tres de Cozumela con cartas suyas para los cristianos, si es que algunos se hallaban; puso al frente a Diego Ordaz, varón distinguido en la guerra, y les hizo ver la noble empresa que iban a hacer si traían a alguno de ellos. Les recomendó el asunto con ardor, como que esperaba obtener de los cautivos luz acerca de todas aquellas regiones.

Marcharon con buena estrella. Se les señalaron seis días para volver, y esperaron ocho deteniéndose en tierra. Sospecharon que habrían sido muertos o detenidos los mensajeros de Cozumela que habían despachado a tierra, y sin más esperarles regresaron a juntarse con el Pretor en Cozumela. Sin esperanza ya de los deseados cristianos y los cozumelanos que había dejado, pensaba él en marcharse de Cozumela, y le detuvo la mar contraria. Mientras tardaban, he aquí que por la parte de Occidente vieron venir de Yucatán una canoa, en la cual iban los cozumelanos y un cristiano de los cautivos, que había vivido siete años entre los de Yucatán. Llamábase Jerónimo de Aguilar, de Écija, en Andalucía. Con cuánta alegría se abrazaron mutuamente, el caso mismo lo dice. Contó su infeliz suerte y la de sus compañeros, juntamente perdidos; escuchábanle con suma atención, y no me parece inconveniente ni molesto para Vuestra Beatitud el contar el suceso conforme acaeció.

En las Décadas anteriores se hizo mención de cierto noble, Valdivia, enviado por los darienenses que habitaban el golfo de Uraba en el creído continente a la Española para que expusiera al almirante Colón, Virrey, y al Senado Real (a los cuales incumbía remediar a los del creído continente) la necesidad tan grande que tenían de todas las cosas.

Con mala estrella tomó este encargo el desdichado Valdivia. A la vista de la isla Jamaica, que está al lado meridional de la Española y de Cuba, un ciclón repentino arrojó a Valdivia en unos bajos de arena; a estos bajos voraces y ciegos los españoles les llaman víboras, y les cuadra este nombre porque en ellos encallan muchas naves y naufragan como los lagartos en la cola de la víbora. Abrióse la carabela; apenas Valdivia y treinta compañeros pudieron tomar el bote de la carabela, y sin velas ni remos los arrastró desdichadamente la corriente del mar, pues ya dijimos en las Décadas que allí los mares tienen corriente perpetua hacia Occidente.

Trece días anduvieron errantes sin saber adonde iban y sin encontrar cosa alguna que comer; siete de ellos murieron de hambre y fueron alimento de los peces del mar. Los que sobrevivieron fueron transportados a Yucatán desfalleciendo ya de necesidad, y cayeron en poder de un cacique cruel. Mató al pretor Valdivia juntamente con algunos de sus compañeros; en seguida los inmoló a los *zemes*, y, por fin, convidando a sus amigos se los comieron. Estos se comen sólo a los enemigos o a los huéspedes que arriban allá; fuera de estos casos, se abstienen de comer carne humana.

A este nuestro Jerónimo Aguilar y seis compañeros los guardaban para inmolarlos tres días después; pero, rompiendo de noche las ataduras, se escaparon de las manos del inhumano cacique y se refugiaron suplicantes con otro que era enemigo de aquél. Los admitió, pero en esclavitud.

Es un dolor oír lo que le pasó a la madre de este Aguilar. Apenas le llegó la noticia, de repente perdió el juicio en fuerza del dolor, aunque sólo entre nubes se le dijo que su hijo había caído en poder de los que comen carne humana. Si alguna vez ella ve carne asada o puesta en el asador, alborota la casa, diciendo: «Ved aquí la madre más desdichada de todas las mujeres; ved trozos de mi hijo.»

Tomando, pues, Aguilar la carta del Pretor de manos de los enviados cozumelanos delante de su amo el cacique, que se llamaba Tasmaro, le contó lo que traían los de Cozumela. Habló mucho del poderío que tenía el Rey de aquellos que habían arribado a aquellas regiones, de la fortaleza de aquellos hombres, de lo buenos que eran para con sus amigos, así como terribles contra los que resistieran o desecharan sus peticiones, e hizo temblar a Tasmaro, el cual rogaba a su esclavo hiciera de modo que no vinieran a su reino como enemigos, sino en paz. Aguilar le prometió la paz y que, si era menester, le auxiliarían y favorecerían contra sus enemigos. Con esto dejó ir a Aguilar, y le dio tres familiares que le acompañaran.

Después de este fausto suceso, gozoso Cortés por haberse salvado Aguilar, que le había de venir muy bien para intérprete, se marchó de Cozumela. Ahora, pues, vamos a referir adonde se encaminó aquella armada y lo que le sucedió.

LIBRO VII.

1.
Prosigue Cortés su expedición.
Batalla de Tabasco. Paz subsiguiente.

Se encaminaron al río que se había descubierto bajo la dirección del piloto Alaminos al mando de Grijalba. Su boca estaba obstruida de arena, como se lee del Nilo de Egipto cuando sopla el solano, y por eso no pudieron las naves mayores que los bergantines proseguir río arriba, por más que admite embarcaciones de ese porte. Con los bergantines y botes acercó el Pretor a las playas doscientos hombres, y por medio de Aguilar ofreció la paz. Los indígenas preguntaron qué querían: «Cosas de comer», respondió Jerónimo Aguilar.

Hacia un lado de la ciudad había un gran espacio arenoso. Los naturales les dijeron que fueran hacia él, y allí fueron. Al día siguiente les trajeron, según su costumbre, ocho gallinas de color obscuro, ni menores ni de peor sabor que los pavos, y cantidad de maíz suficiente para alimentar a diez hambrientos. Los naturales les intimaron que se fueran de allí, y al momento una gran multitud de ellos vinieron armados contra los nuestros, que no querían retirarse, preguntándoles segunda vez qué buscaban navegando por tierras ajenas. Los nuestros respondieron por medio de Aguilar que querían la paz y cosas de comer a cambio de otras, y oro si lo tenían.

Ellos respondieron que no querían ni paz ni guerra, y les intimaron de nuevo que se marchasen si no querían morir todos. Los nuestros replicaron que no querían irse sin tener la cantidad de comida suficiente para alimentar a los soldados que allí estaban. Señalaron los bárbaros el día próximo para traer víveres, pero mintieron. A los tres días les trajeron otro tanto de comida a los nuestros, que habían acampado y pernoctado en un arenal, y les mandaron en nombre de su cacique que se ausentaran. Los nuestros les dijeron que querían ver la ciudad, y más provisiones. Ellos se negaron, y volvieron la espalda murmurando.

La falta de víveres apuraba a los nuestros, y se vieron obligados a buscar lo necesario. El Pretor mandó a tierra subpretores con ciento cincuenta hombres, que se dirigieron por diferentes caminos a las aldeas. Los indígenas empezaron a maltratar a uno de los pelotones con que se encontraron. No lejos de allí estaban sus compañeros, que, oyendo el ruido, acudieron en su ayuda. Por una parte, el Pretor colocó cañones en los bergantines y en las lanchas, y se acercó a la orilla con los soldados restantes y los dieciséis caballos para defenderla y para impedir que los enemigos bajaran. Los indígenas, apresurando la marcha y preparados para pelear, acometieron a los nuestros desprevenidos, y arrojándoles de lejos flechas y dardos, hirieron a unos veinte. El Pretor disparó los cañones contra los enemigos. Con el estrago de las balas, el estampido y el vomitar llamas de los cañones se desconcertaron, y los nuestros, sumergiéndose en el agua hasta la rodilla, los persiguieron cuando huían desbandados, y con ellos, ya aterrorizados, penetraron en el pueblo. Los indígenas, sin parar de correr, pasaron el pueblo y abandonaron sus casas.

Dícese que hacia la orilla del río se extiende una ciudad tan grande que no me atrevo a decirlo: de legua y media, dice el piloto Alaminos, y veinticinco mil casas. Otros reducen la magnitud y el número, aunque confiesan que es grandísima y célebre. Las casas, magníficamente edificadas de piedras y cal con industria arquitectónica, están separadas por huertos. A sus habitaciones se sube por escaleras de diez, y en algunas de doce escalones. A nadie es lícito recargar con vigas o maderos la pared del vecino. Todas las casas están separadas con el espacio de tres pasos y cubiertas con techos de paja la mayor parte, y bastantes con láminas de piedra.

Cuarenta mil hombres dijeron los bárbaros que habían tomado parte en la lucha de aquel día, viéndose, sin embargo, vencidos por unos pocos por su nueva manera de pelear a caballo. Pues atacando los jinetes a los bárbaros por detrás, desbarataban los pelotones, matando e hiriendo a derecha e izquierda, como a rebaños descompuestos, sirviéndose de las armas de fuego. Amedrentados por el prodigio, los infelices se encontraban tan embarazados que ni tenían ocasión de usar sus dardos. Creían que eran una misma cosa el caballo y el hombre que lo montaba, como de los centauros lo cuenta la fábula.

Estuvieron en la población veintidós días; los nuestros pasándolo muy bien, y los bárbaros a la intemperie, hambrientos uno y otro día, sin atreverse siquiera a acercarse a los nuestros. Eligieron la parte más segura de la población, a manera de ciudadela resguardada, guardándola por la noche con centinelas, pues, temiendo a cualquier hora una acometida, no dormían. La población en que mandaba el régulo Tanosco se llama por los naturales Potanchano, y fue llamada por los nuestros Victoria, por la allí alcanzada. Cuentan maravillas de los palacios de recreo en el campo, con sus pórticos cubiertos, entablados a estilo nuestro.

Por fin, valiéndose de los intérpretes y de los prisioneros en la batalla, mandaron llegar al régulo y algunos principales, haciendo por que vinieran inermes y suplicantes. Ellos obedecieron, y se volvieron cada uno a su casa.

Les prometieron la paz a condición de que se abstuvieran de los horrendos sacrificios de cuerpos humanos a sus manes y perniciosos demonios, cuyas imágenes adoraban, y a condición de que pongan la mira en nuestro Dios y Cristo, Criador del cielo y de la tierra, nacido al mundo de una Virgen y crucificado por salvar al género humano, y de que destruyan sus simulacros, declarándose también súbditos del rey de España. Ambas cosas prometió; se les instruyó cuanto lo permitía la brevedad del tiempo, y, dejándoles libres, se marcharon contentos de nuestros regalos. Del cielo pensaban que habían bajado estos hombres que, siendo tan pocos en número, se atrevieron a cerrar contra semejante muchedumbre; regalaron también a los nuestros algo de oro, y además veinte mujeres.

Arregladas así las cosas, marcharon de allí en busca de nuevas tierras de las mismas costas. Encontraron un golfo que había descubierto Alaminos al mando de Grijalba, y le llamaron Bahía de San Juan: los españoles llaman bahía al golfo. Se presentaron los indígenas en actitud del todo pacífica; a una milla de la costa había un pueblo de mil quinientas casas, según dicen, levantado sobre un cerro. Invitaron a los nuestros a que se hospedaran con ellos, ofreciéndoles la mitad de él si querían habitar perpetuamente con ellos. Opinan que, o se habían aterrorizado con el ejemplo de Potanchano, que ya acaso les había llegado la noticia, o que esperaban que a la sombra de tales varones tendrían favor y auxilio contra sus enemigos; pues también éstos padecen la perpetua y natural enfermedad de la rabiosa ambición de mando, como el resto del humano linaje. Los nuestros rehusaron establecerse para siempre, y lo admitieron por temporada.

Cuando los nuestros se volvían a la playa, iba detrás el pueblo; levantáronles con suma diligencia cobertizos de ramaje y chozas, defendiéndolas de la lluvia con muy seguro techado, y establecieron allí sus reales para reparar las fuerzas de la gente.

2.

Cortés hace explorar las costas mejicanas. Presentes de Moctezuma. Determinan fundar una colonia. Usos y otras noticias de los naturales.

El Pretor encomendó al piloto Alaminos y a Francisco Montejo que procurasen explorar la parte occidental de la tierra aquella, mientras él cuidaría de los que estaban apurados del cansancio y curaría los heridos. Quedó, pues, el Pretor en Potanchano con los demás, y a los expedicionarios les dio dos bergantines y cincuenta hombres.

Hasta este golfo era moderada la corriente de las aguas; pero así que navegaron algo más abajo, hacia Occidente, cual si de altas montañas los arrastrara un torrente, así el ímpetu del mar los separó de sus compañeros cincuenta leguas.

Dieron en un encuentro de las aguas; a mano izquierda se presentaba vasta llanura de mar, que recibía las olas que corrían al Occidente. Cual dos grandes ríos cuando se encuentran de frente, así parecía que las aguas que venían del Mediodía querían oponerse, como los poseedores se oponen a los enemigos que quieren hollar el derecho ajeno. Por el lado opuesto vieron tierra a lo lejos a mano derecha, a la izquierda no. Fluctuaban entre aquellos oleajes contrarios, agitábanles en diversas direcciones los remolinos que ya casi se los habían tragado; zozobraron largo rato sin esperanza de vida, volvieron proas, y luchando a vela y a remo contra la corriente que los había traído, apenas podían vencerla.

Cuando les pareció que habían adelantado a lo menos dos leguas, encontraron que en una noche habían retrocedido cuatro. Vencieron por fin en aquella grave lucha con el favor de Dios. Veintidós días pasaron en aquel corto espacio de mar; por fin volvieron a sus compañeros, les contaron lo sucedido, y expresaron su parecer de que aquel cabo era la tierra de Coluacán y del creído continente, y que el territorio visto de lejos al frente, o estaba unido a nuestro continente, o a las regiones septentrionales hacia Bacalaos, de lo que hemos hablado extensamente en las Décadas. Eso está aún en duda. Algún día se descubrirá, oh Padre Santo. Esto me han contado, esto cuento.

Entretanto que Alaminos y Francisco Montejo investigaban estos secretos, el rey de la provincia, llamado Moctezuma, por uno de sus próceres llamado Quitalbitor, que mandaba en el expresado pueblo, regaló a los nuestros muchos objetos de oro y de plata, y con piedras preciosas, labrados maravillosamente. Determinaron enviárselos a nuestro nuevo César.

Deliberaron sobre fundar una colonia, y no contaron con el vicegobernador de Cuba, Diego Velázquez; hubo variedad de pareceres: unos decían que era desatino; la mayor parte opinó que sí, seducida astutamente por Cortés. Por esto se habla mucho contra Cortés sobre deslealtad, y algún día se sabrá más claramente: ahora dejemos eso a un lado. Decían que no había que contar con el Gobernador, puesto que el asunto se llevaba a un tribunal más alto, como era el Rey, y venció el pueblo. Tomaron provisiones de Quitalbitor.

A doce leguas de allí, en fértilísimo suelo, señalaron un sitio para levantar una colonia, y eligieron por Gobernador general al mismo Cortés; no falta quien piensa que fue contra su voluntad. Él dio otros cargos, para el gobierno de la ciudad que se iba a edificar, a Portocarrcro y Montejo, de los cuales hemos hablado bastante en otra parte, y eligieron mensajeros que vinieran con los dones que habían de enviarse al Rey César, bajo la dirección del mismo piloto Alaminos.

Trajeron cuatro de los principales del país y dos mujeres, que atendieran a sus maridos, según su usanza. Son gente algo morena; ambos sexos tienen perforada la parte inferior de las orejas, y llevan dijes de perlas y oro. Los varones taladran todo lo que media entre la margen extrema del labio inferior y la raíz de los dientes de abajo, como nosotros engastamos en oro las piedras preciosas que llevamos al dedo. En el agujero mayor de los labios fijan una lámina sutil de plata que por dentro sujeta la parte que sale afuera; lo redondo de tal joya es como el caroleno, y de gruesa es como el dedo.

No recuerdo haber visto jamás cosa más fea, y a ellos les parece que no hay debajo de la luna nada más elegante: ejemplo que nos enseña de cuántas maneras el humano linaje se abisma en su ceguedad, y cuánto nos equivocamos todos. Se figura el etíope que el color negro es más hermoso que el blanco; nosotros pensamos de otra manera. El pelón cree que va mejor que el cabelludo, y el barbudo mejor que el imberbe. Es, pues, sugestión del capricho, y no dictamen de la razón, lo que induce al humano linaje a semejantes inepcias, y cada provincia tiene su gusto, como dice aquel: «Adoptamos cosas vanas, y desechamos las que son cómodas y seguras.»

De dónde sacan el oro, bastante se ha explicado ya; pero de la plata se maravillaron los nuestros. Les mostraron unas montañas altas cuyas cimas blanquean perpetuamente cubiertas de

nieve, y en pocas temporadas del año dejan ver sus vértices por la densidad de las nubes y nieblas. Parece, pues, que las montañas llanas y suaves crían el oro, pero los montes ásperos y sus helados valles la plata. Tienen también latón, y entre ellos se encuentran hachas de guerra y legones de cavar, pero hierro o acero no. Vengamos, pues, a los regalos que se trajeron para el Rey, y comencemos por los libros.

LIBRO VIII.

1.
Libros y escritura de los mejicanos. Su cronología.

Llevamos dicho que esta gente posee libros, y trajeron muchos, junto con los demás dones, estos nuevos colonos de Coluacán y los procuradores y mensajeros. En lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles que se cría debajo de la corteza superior: creo que se llama *philira*; conforme lo vemos, no en el sauce u olmo, sino en la de los palmitos que se comen, que hay una tela dura que separa las hojas exteriores, a modo de las redes con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte. Cuando están blandas, les dan la forma que quieren y la extienden a su arbitrio, y luego de endurecida la embetunan, se supone que con yeso o con alguna materia parecida. Es de creer que Vuestra Santidad habrá visto tablillas con una capa de yeso acribado como la harina, en las cuales puede escribirse cuanto se quiere, y que luego lo borran con una esponja o paño para volver a escribir. De tablillas de higuera se hacen los libros que los administradores de las casas grandes llevan consigo por los mercados, y con un punzón de metal apuntan lo que compran para borrarlo cuando ya lo han trasladado a sus cuadernos de cuentas.

No solamente encuadernan los libros, sino que también extienden a lo largo esa materia hasta muchos codos, y la reducen a partes cuadrada, no sueltas, sino tan unidas con un betún resistente y tan flexible, que, en comparación de las tablas de madera, parece que han salido de manos de hábil encuadernador. Por donde quiera que se mire el libro abierto, se presentan dos caras escritas; aparecen dos páginas, y se ocultan bajo ellas otras dos como no se extienda a lo largo, pues debajo de un folio hay otros muchos folios unidos. Los caracteres son muy diferentes de los nuestros: dados, ganchos, lazos, tiras y estrellas y otras figuras, escritas en línea como lo hacemos nosotros; se parecen mucho a las formas egipcias *(de escribir)*. Entre líneas hay trazadas figuras de hombres y animales, principalmente de los reyes y magnates, por lo cual es de creer que están allí escritos los hechos de los antepasados de cada rey, como vemos que se hace en nuestro tiempo, que muchas veces en las historias generales y en los códices fabulosos los impresores intercalan las figuras de los que hicieron lo que allí se cuenta, para estimular a los que quieran comprarlos.

También las tablas de arriba *(las cubiertas)* las arreglan agradablemente de madera: cerrrados esos libros, parece que no son diferentes de los nuestros. También se cree que escriben en sus libros las leyes, los sacrificios, ceremonias, ritos, anotaciones astronómicas y ciertos cómputos, y los modos y tiempos de sembrar.

Comienzan el año cuando el sol se pone por las pléyades, y comprenden el año en meses lunares. Al mes le llaman por la luna; por eso, cuando quieren significar los meses, dicen *tonas*: a la luna, en su lengua, le llaman *tona*; mas a los días los designan por el sol, y así, cuantos soles tantos días: en su lengua el sol sollama *tonatico*, y en algunas partes de otra manera. Y sin guiarse por ninguna razón, distribuyen el año en veinte meses, y los meses en veinte días.

2.
Sacrificios humanos en Méjico.
Y antropófagos. Misterioso bautismo.

Los grandes templos que frecuentan los adornan con tapetes de oro y con joyas que llevan perlas. Al amanecer inciensan diariamente sus templos, y antes de comenzar las cosas hacen sus oraciones piadosas. ¡Cosa horrenda! También los habitantes de estas regiones, en sus sacrificios,

inmolan por víctimas niños y niñas, al modo que arriba se dijo. Al tiempo de la siembra, y cuando espigan las mieses, el pueblo, a falta do niños, dedica y sacrifica a sus *zemes* esclavos comprados, cebados y adornados con preciosas vestiduras; por espacio de veinte días llevan como en procesión a los que han de ser inmolados: cuando pasan por las calles, los plebeyos les saludan humildemente, como que han de ser en breve contados entre los habitantes del cielo. También hacen sacrificios a sus *zemes* con otro género cruel de piedad *(culto)*. Les ofrecen su propia sangre de la lengua, de los labios, de las orejas, algunos del pecho, del muslo o las pantorrillas; muchos, hiriéndose con agudas navajas, se hacen sangre, y recogiéndola en la mano la rocían a lo alto hacia el cielo y por el pavimento del templo, y con eso creen que aplacan a los dioses.

De la villa *Rica*, la nueva colonia, dista doce millas por el Oriente un pueblo de cinco mil casas que los indígenas llaman con el nombre antiguo Zempoal, y con el nuevo Sevilla. Hallaron un cacique que tenía encerrados, para inmolarlos, cinco esclavos; y habiéndoselos quitado los nuestros, los reclamó rendidamente diciendo: «La perdición me traéis a mí y a todo mi reino si nos quitáis los esclavos que se habían de inmolar. Irritados nuestros *zemes*, permitirán que todas nuestras sementeras se las coman los gusanos, o las destroce el granizo, o las consuma la sequía, o las inunden lluvias torrenciales por cesar los sacrificios.» Por temor de que los zempoalenses se rebelaran desesperados, eligieron los nuestros el menor mal, juzgando que por entonces no era tiempo de impedirles contra su voluntad que practicaran los ritos antiguos, y les devolvieron sus esclavos. Estos, por más que los sacrificadores les prometían eterna gloria y delicias perpetuas, y la familiaridad con los dioses tras los días procelosos de esta vida, sin embargo, oían tristes esas promesas, y mejor quisieran ser libertados que inmolados.

A los sacerdotes les llaman *quines*, del número singular *quin*; viven célibes e incorruptos, y les veneran con temor y reverencia. Los huesos de los enemigos y de los prisioneros de guerra, después de comerse la carne, los atan en hacecillos y los cuelgan al pie de los *zemes* cual trofeos de la victoria, poniéndoles encima el nombre de los vencedores.

Otra cosa cuentan digna de notarse, y que ha de agradar a Vuestra Santidad. Cuando los niños y niñas tienen un año, parece que los sacerdotes los bautizan en los templos con piadosas ceremonias, echándoles agua en la cabeza en forma de cruz con un pucherillo. Las palabras no se les perciben; los actos y el murmullo sí se puede advertir. Pues tampoco ellos, como los mahometanos y los judíos, juzgan que se violan sus templos porque alguno de diferente ley asista a sus ceremonias sagradas.

De los libros, templos y ceremonias sagradas, se ha dicho bastante. Vengamos a tratar de los otros dones que se trajeron para el rey.

LIBRO IX.

1.
Muestras de maravillosa industria mejicana.

Trajeron dos muelas como de mano, una de oro y otra de plata, macizas, de casi igual circunferencia, veintiocho palmos. La de oro pesa tres mil ochocientos castellanos; ya dijimos que el castellano es una moneda de oro que vale una cuarta parte más que el ducado. El centro lo ocupa, cual rey sentado en su trono, una imagen de un codo, vestida hasta la rodilla, semejante a un *zeme*, con la cara con que entre nosotros se pintan los espectros nocturnos, en campo de ramas, flores y follaje. La misma cara tiene la de plata, y casi el mismo peso, y el metal de las dos es puro.

Trajeron también pepitas de oro en bruto, no fundidas, como garbanzos o lentejas, cual muestra de oro nativo, y asimismo dos collares de oro, uno de los cuales consta de ocho cadenillas, que tienen engastadas doscientas treinta y dos piedras rojas, pero no de granate, y ciento ochenta y tres verdes. Son de tanta estimación como entre nosotros las esmeraldas notables. De la orilla del collar penden veintisiete campanillas de oro, que llevan intercaladas cuatro figuras de perlas, engastadas con oro, y de cada una penden dijes de oro.

El otro collar es de cuatro cadenas de oro, adornadas alrededor de ciento dos piedrecitas rojas, y ciento setenta y dos verdes, y veintiséis campanillas de oro elegantemente dispuestas. En medio del mismo collar van intercaladas diez perlas grandes engastadas con oro, que tienen colgando ciento cincuenta dijes de oro primorosamente elaborados.

Traen unos doce borceguíes de cuero de diferentes colores: unos guarnecidos de oro, otros de plata, éstos de perlas, de color azul y verde, y todos con sus campanillas de oro colgando. Llevan (como) tiaras y mitras con varias joyas, engastadas y llenas de piedras azuladas que parecen zafiros. De sus casquetes, ceñidores y abanicos de pluma, no sé qué decir. Entre todas las alabanzas que en estas artes ha merecido el ingenio humano, merecerán éstos llevarse la palma. No admiro ciertamente el oro y las piedras preciosas; lo que me pasma es la industria y el arte con que la obra aventaja a la materia; he visto mil figuras y mil caras que no puedo describir; me parece que no he visto jamás cosa alguna que por su hermosura pueda atraer tanto las miradas de los hombres.

Las plumas de las aves que nosotros no conocemos, son brillantísimas; como a ellos les causarían admiración las colas de los pavos reales y de los faisanes, así a nosotros las plumas con que hacen los abanicos y los penachos, y adornan todas sus cosas elegantes. Hemos estado viendo los colores naturales que las plumas tienen: azules, verdes, amarillos, encarnados, blancos, y también morenos; todos aquellos instrumentos los hacen de oro.

Trajeron dos celadas cubiertas con piedras preciosas de color verde mar. Una de ellas rodeada de campanillas de oro, y con muchas láminas de oro también, y sostenidas las campanillas en dos bolitas del mismo metal. La otra, rodeada también de las mismas piedras preciosas, con veinticinco campanillas de oro, y en cuya cimera había un pájaro verde con cresta, cuyos ojos pico y pies eran de oro. Y a cada una de las campanillas las sostenía una bolilla de oro. Trajeron también cuatro tridentes de pescar, adornados con plumas entrelazadas de varios colores, y cuyos dientes son de piedras preciosas unidas entre sí con hilillos de oro. Del mismo modo un gran número de cetros de piedras preciosas con dos anillos de oro. También un brazalete de oro, unos zapatos de piel de ciervo, cosidos con hilo de oro y con la suela blanca. Un espejo de piedra transparente, semi-azul, con marco de oro puro. Una esfinge de una como piedra diáfana engastada en oro, un gran lagarto y dos grandísimos caracoles, y dos ánades de oro y especies varias de aves, de oro. Cuatro múgiles *(peces)* de oro. Una vara de latón. Todas estas cosas con plumas de varias maneras maravillosas.

Vinieron adargas y escudos largos, veinticuatro de oro y cinco de plata. Una cetra entrelazada de variadas plumas, en cuyo frente hay una lámina de oro esculpida, donde se representa al ídolo Zeme. Rodean a esta figura otras cuatro, a manera de cruz, de láminas de oro, y cabezas de varios animales, como leones, tigres y lobos, formados los animales de mimbres y tablillas con sus mismas pieles superpuestas, y adornados con campanillas de latón y con pieles de varios animales, enteras y perfectamente preparadas. Grandes colchas de algodón teñidas de color blanco, negro y amarillo, cual tablero de ajedrez, lo cual es indicio de que ellos usan también los cubiletes de tales tableros: una *(colcha)* que la cara la tiene negra, blanca y encarnada, y por dentro es lisa sin variedad; otra tejida del mismo modo, de otros colores, y tiene en medio una rueda negra con rayos, y entremezcladas plumas brillantes. Asimismo otras dos colchas blancas, alfombras, tapices y sayo de hombre, a usanza del país, y túnicas interiores y varios velos finísimos para la cabeza, y otras muchas cosas de más vista que valor, las cuales me parece que ya más bien fastidiaría a Vuestra Santidad refiriéndoselas, que no le agradaría.

2.
Si faltó Hernán Cortés a la disciplina respecto del gobernador de Cuba.

Paso también por alto innumerables detalles de los navegantes, de los trabajos, necesidades y peligros, y de los monstruos y muchas contrariedades que cada cual las explica en sus comunicaciones y se leen en nuestro real Senado de las cosas de las Indias. De entre muchos y varios indicadores de ellos y cartas particulares, he recogido esto poco.

Pero los que traen los regalos, y el pretor Hernán Cortés, autor de la colonia nueva que se ha de fundar en aquellas tierras extremas, el real Senado de Indias juzga que han obrado contra rectitud y justicia; como que, sin contar con el vicegobernador de Cuba, que con autoridad real les había enviado, han acometido una empresa ajena del mandato que tenían, y aunque sea para presentarse al Rey, han venido sin saludarle *(al gobernador de Cuba)*.

Este gobernador Diego Velázquez, por medio de su procurador, les apellida desertores, ladrones y reos de lesa majestad real, mientras ellos arguyen que han hecho al Rey un servicio mucho mayor, y que han venido a un tribunal más alto; y dicen que aparejaron la armada a su costa, y que el Vicegobernador nada les dio sino las mercancías, cual comerciante que hubiera de lucrar en ellas, las cuales arguyen que se las vendió muy demasiado caras. El Gobernador pide contra ellos pena capital, y ellos piden los cargos y el premio de los trabajos y peligros que han arrostrado. Se ha diferido así el premio como el castigo, ordenando que sean oídas ambas partes.

3.
Colonia de Santa María la Antigua en el Darién. Pedro Arias, Gobernador. Disensiones con Vasco Núñez de Balboa y dolorosa ejecución de éste. Destitución del envidioso tirano Pedro Arias.

Vengamos ya a los darienenses que habitan en el golfo de Urabá del que se cree continente. Llevamos dicho que el Darién es un río que desemboca en el lado occidental del golfo de Urabá. En su orilla establecieron los españoles una colonia después de haber echado por fuerza de armas al cacique Cemaco. En cumplimiento del voto que hicieron cuando la batalla, le pusieron a la colonia el nombre de Santa María la Antigua.

Al fin de las Décadas *(anteriores)* dijimos que el año en que cesé de escribir les habían enviado, al mando de Pedro Arias de Ávila, mil doscientos hombres a petición de Vasco Núñez de Balboa, que fue el primero que descubrió el mar austral, ignorado hasta el presente, y mandaba en el Darién. Arribado al Darién el gobernador Pedro Arias con amplios poderes del Rey, dijimos que

varios capitanes fueron destinados por diversas partes con varios escuadrones de infantes. Lo diré en pocas palabras, porque todo esto es horrible y agradable nada. Desde que concluyeron mis Décadas no se ha hecho otra cosa que matar y ser muertos, asesinar y ser asesinados.

El Rey había nombrado Adelantado a Vasco: él no pudo sufrir mucho tiempo el mando de Pedro Arias. Estuvieron en desacuerdo; lo pusieron todo en confusión: intervino el católico obispo Juan Cabedo, predicador de la Orden franciscana; Pedro Arias prometió a Vasco su hija para esposa. No se encontró modo de que se avinieran los jefes; tornáronse mucho más agrias las discusiones, y la cosa llegó al extremo que, encontrando Pedro Arias pretexto contra Vasco, haciéndole formar un proceso por los Pretores de la ciudad, le mandó cortar la cabeza, y juntamente a otros cinco principales.

Dice que Vasco y sus compañeros habían tratado de rebelarse en el mar austral, donde el mismo Vasco había construido una flotilla de cuatro embarcaciones para explorar las costas australes del creído continente, y que Vasco había dicho a los trescientos soldados que tenía consigo: «¿Y qué?, compañeros míos de tantos trabajos y peligros. ¿Hemos de estar siempre sujetos al mando de otro? ¿Quién puede sufrir ya la insolencia de este Gobernador? Prosigamos por estas costas adonde la suerte nos lleve, y entre tantas provincias elíseas de tan vasto territorio escojamos una, en la cual, libres ya, podamos vivir para nosotros mismos el tiempo de vida que nos quede. ¿Quién podrá encontrarnos, o, si nos encuentra, meterse con nosotros?»

La cosa fue llevada al Gobernador. Pedro Arias llamó del Sur a Vasco, que le obedeció: lo encadenaron; negó Vasco haber pensado en semejante cosa; buscaron testigos de los desafueros cometidos; recogieron lo que se ha dicho al principio; le juzgaron digno de muerte, y le mataron. Así acabaron los trabajos y peligros que arrostró el infeliz Vasco, cuando él esperaba que lograría mayores títulos.

El mismo Pedro Arias, dejando a su mujer en Darién, se embarcó en una flotilla para explorar las costas. Aun no sabemos si ha regresado; fortuna no le falta. Ya se ha nombrado otro Gobernador, que se llama Lope Sosa, llamado para el Darién de las islas Afortunadas, donde ha sido Virrey por mucho tiempo. Cómo le sentará a Pedro Arias si vuelve, júzguenlo los hombres honrados. Nunca bajo su mando se ha hecho cosa alguna digna de alabanza: unos le acusan de haber sido demasiado remiso desde el principio; otros de sobradamente indulgente y poco severo para corregir los yerros. Basta de esto.

LIBRO X.

Desastres de los españoles en el Darién. Despoblación de la Española. Libertad de los indios Fertilidad.

Volvamos a lo que se ha quedado atrás tocante al grande y profundísimo río Dabaiba, que los nuestros llamaron Grande, que desagua en el último ángulo del golfo de Urabá por siete puertas, como el Nilo en el mar de Egipto, de lo cual hay mucho en las Décadas.

Por lo que contaron los indígenas, sus montañas son riquísimas de oro. Para investigar lo oculto de Dabaiba, Vasco y otros Pretores subieron cuatro veces río arriba en escuadrón formado, con embarcaciones de varias clases: la primera vez cuarenta leguas, después cincuenta, por fin ochenta, y otras veces lo cruzaron.

¡Oh qué gran maldad! Gente que va desnuda, derrotó siempre a los que van vestidos; los que no tenían armas a los armados, y *(alguna vez)* los mataron sin dejar uno, y en ocasiones los hirieron a todos. Pelean con flechas envenenadas, y donde ven que no está defendida la carne de sus contrarios, allí clavan fijamente la saeta. Tienen también astas arrojadizas, que a la hora de la lucha las tiran de lejos tan rápidamente que, cual nube, quitan el sol a los enemigos. Usan asimismo anchas espadas de madera endurecida, con las cuales, si se llega a las manos, luchan de cerca ferozmente, y alguna vez le hicieron muchas heridas al mismo Vasco. Así es que el río y el reino de Dabaiba se dejaron sin explorar.

Resta decir algo acerca de la Española, madre de las otras islas. Se ha rehecho su Senado añadiendo cinco jueces que den leyes a todas aquellas regiones. Pero pronto cesarán de recoger oro en ella, aunque está llena de él, porque faltará quien lo excave; se han reducido a exiguo número los infelices indígenas de quien se han servido para explotar el oro. Desde el principio les consumieron duras guerras, y el hambre mató muchos más el año que arrancaron la raíz de yuca con que hacían el pan de los nobles, y se abstuvieron de sembrar el maíz que es el pan del pueblo; y a los demás las enfermedades de viruelas, hasta ahora desconocidas entre ellos, que en el año pasado, 1518, se cebaron en ellos como en rebaños apestados con hálito contagioso; también, para no mentir, la codicia de oro, que en excavarlo, acribarlo y escogerlo, después que habían hecho la siembra los ocupaban con demasiada falta de humanidad, cuando ellos estaban acostumbrados a ociosos juegos y danzas, a pescar y a cazar hutías *(son pequeños conejos)*.

Ya se ha mandado por todo el Senado Real que, como libres, sean recogidos en pueblos y se ocupen en la agricultura y cuiden de conservar su raza, y que para el trabajo ese de las minas se traigan esclavos comprados de otras partes. Del hambre mortífera de oro ya hemos hablado bastante.

Es de admirar cómo crece todo en esta isla. Ya se han levantado en ella veintiocho prensas, en las que se extrae gran cantidad de azúcar; las cañas de azúcar se hacen en esta isla más altas y más gruesas que en ninguna otra parte. Dicen que se crían tan gruesas como el brazo, y de altas estado y medio de hombre; y lo que es más, en Valencia de España, donde cada año se saca muy grande cantidad de azúcar desde nuestros antepasados, o dondequiera que cultivan la caña, cada raíz cría cinco o seis cañas, o cuando más siete; mas en la Española veinte, o a veces treinta.

Hay en ella abundancia inmensa de cuadrúpedos. La fiera sed de oro ha apartado a los españoles del cultivo hasta el presente. El trigo aumenta inmensamente; como que dicen que ha dado ciento por uno, y alguna vez más, donde se tiene cuidado de sembrarlo, en los collados o en las lomas de las montañas, principalmente en las que miran al Norte; pero en las llanuras y en campo abierto se queda en paja por la demasiada pujanza y humedad. También prosperan las vides

en las mismas partes. ¿Y qué diremos de los árboles que crían la caña canela, llevados de las islas próximas al creído continente (de los cuales hicimos mención en los libros de las Décadas)? Hay ya tanta abundancia, que dentro de algunos años nos darán los boticarios una libra en vez de una onza.

De las selvas coccíneas y demás productos excelentes de esta isla venturosa, y de los beneficios que la Naturaleza ha derramado en ella, ya dijimos mucho en las Décadas. Pero me ha parecido bien repetir la mayor parte de ello, porque me parece que muchos lectores, apartando su atención del peso de negocios graves, la han aplicado a recordar estas cosas, y los labios no rehúsan lo que bien saben con tal que la materia, de sí preciosa, se cubra con preciosa vestidura.

Esta materia merecía vestiduras recamadas de oro y engastadas de perlas, y yo le he puesto una capucha: échesele la culpa al Reverendísimo Gil de Viterbo, Cardenal benemérito de Vuestra Sagrada Sede Apostólica, que a mí, artista inepto, me mandó para hacer joyas forjar oro en una fragua de hierro.

DÉCADA QUINTA

A Adriano VI, Pontífice Máximo.

LIBRO I.

1.
Dedicatoria. Moctezuma. Pasa Cortés a Cempoal. Victorias increíbles.

La Década cuarta de las cosas de las Indias la dediqué, Santísimo Padre y clementísimo Príncipe, a León X, Pontífice Máximo y munificentísimo primo hermano vuestro.

En ella hablé, con la mayor fidelidad e integridad que pude, de los hombres y de las islas y tierras desconocidas que se han descubierto en el océano desde el año de mil quinientos veinte del parto de la Virgen. Pero después se han recibido cartas de Hernán Cortés, Prefecto de la armada del César, escritas desde aquellas tierras que trataba de someter al poder de España, en las cuales cartas se contienen cosas nuevas e inauditas, y sobremanera admirables. Todo eso he explicado en esta quinta Década de mis comentarios con la mayor brevedad y veracidad posibles, guardando el orden de los acontecimientos y de los tiempos. La había dedicado a Adriano, Pontífice Máximo, vuestro predecesor; pero, habiendo muerto antes de recibirla, Vos, heredero de su dignidad, sedlo también de mis trabajos, y lo seréis de aquí en adelante de todo, si algo escribo que sea digno de recordarse. Así, pues, a Vuestra clementísima autoridad expresamente la dedico, para que, bajo vuestros felicísimos auspicios, vea la luz pública, y todos los hombres conozcan qué aumento tan grande ha tenido, rigiendo Vos los destinos de la fe católica, el nombre cristiano, el cual Dios Óptimo Máximo, como lo espero y pido, hará por su piedad y clemencia que se propague más y más. Ea, pues, continuad la obra comenzada; dad paz duradera a los Príncipes cristianos, principalmente al César y a los Reyes cristianísimos disidentes; enarbolad el lábaro de la salvadora Cruz contra los impíos, y para eterna memoria de Vuestro nombre y de Vuestra fama, dejad a las edades venideras monumentos que nunca los siglos puedan borrar.

Al fin del libro anterior, para volver ya a nuestro asunto, se hizo mención del potentísimo rey Moctezuma, el cual, desde una populosísima ciudad llamada Tenustita, situada en medio de un lago salado, reinaba sobre muchísimas ciudades y régulos de provincias en vastísimo territorio, el cual envió grandes y magníficos regalos a nuestro César Carlos cuando se hallaba en la celebérrima ciudad de Valladolid en España, por medio de Montejo y Portocarrero, varones españoles.

Cortés, entretanto, mientras esperaba la vuelta de sus enviados al César, a fin de que sus soldados no se enervasen por el ocio, decidió proseguir la comenzada expedición. Pacificada, pues, aquella gran ciudad, que he dicho en el libro subsiguiente a las Décadas[51] estaba bajo el régulo Tabasco, y se llama Potenchian, y después Victoria, por la que consiguieron allí los nuestros contra un número inmenso de bárbaros, se dirigió Cortés al Occidente hasta ochenta leguas, y puso allí en el litoral una colonia a *(algunas)* leguas de otra ciudad llamada Cempoal, en las cercanías del río Grijalba, y media legua de un pueblecillo que había en un cerrete llamado Chianistan, y a esta colonia la llamó *Vera Cruz,* porque tomó allí tierra el día de la fiesta de la Cruz de mayo. Después decidió Cortés ver por sí mismo lo que había oído de un rey tan grande como decían era Moctezuma, y de aquella tan vasta ciudad.

51 Es la Década IV, que había publicado aparte.

Habiendo conocido los cempoalenses vecinos de Moctezuma, rendidos por la fuerza y enemigos suyos, los pensamientos de Cortés, habido consejo se le presentaron. Así como los eduos y secuanos, después de vencidos los suizos, fueron suplicantes y llorosos a César, quejándose de la soberbia tiranía de Ariovisto, rey de los germanos, del mismo modo los cempoalenses se quejaron a Cortés de Moctezuma, y mucho más porque, aparte de los graves tributos de las otras rentas provinciales que todos los años pagaban, se veían obligados a dar como tributo a Moctezuma parte de sus esclavos, y en defecto de ellos sus propios hijos, para ser sacrificados a sus dioses. Pues he dicho ya, y esto es muy sabido de Vuestra Santidad, que en todas estas tierras se hacen sacrificios humanos, de lo cual abajo hablaré más largamente.

Prometieron, pues, los cempoalenses a Cortés darle rehenes en prueba de fidelidad, y soldados auxiliares valerosos en la guerra contra el tirano, porque esperan que, con la ayuda del Dios criador del cielo y de la tierra, que los nuestros les habían predicado, y habiendo hecho pedazos impunemente los simulacros de sus antepasados, que ellos antes adoraban, habían de alcanzar que la ciudad y toda la provincia, por otra parte felicísimas, se vieran libres de una tiranía tan cruel si Cortés quería compadecerse de su tan grande desdicha y poner remedio a tan atroces injurias. Dijeron también que no dudaban alcanzar victoria, porque creían que Cortés y los que le acompañaban eran enviados del cielo, siendo, como eran, muy humanos con los vencidos y tan vencedores de los que no querían su amistad, y que, siendo tan pocos en número, se atrevieron a esperar tal muchedumbre de guerreros, como fue la de los potenchianenses; pues como Vuestra Santidad lo ha oído repetidas veces de los mismos que en ello estuvieron, y lo ha leído en las cartas de los jefes principales, los nuestros derrotaron en aquella batalla a cuarenta mil armados con solos quinientos infantes, dieciséis caballos y algunos cañones.

Hay que hablar aquí de una clase de hombres que son de ánimo tan menguado, que lo que ellos conocen no pueden hacer lo juzgan fábulas. Esos fruncirán el ceño al saber que un número tan pequeño de soldados han derrotado a tantos miles de enemigos; pero dos cosas deberán pararlos: un ejemplo y una novedad.

¿Acaso no han leído que César, con tropas menos numerosas, batió a las numerosísimas de los suizos primero, después las de Ariovisto, y finalmente las de los belgas? ¿Acaso a Jerjes, rey de los persas, que invadió la Grecia con tanta multitud que, acampando su ejército y poniéndose a comer, llegó a dejar seco el arroyo bebiéndose sus aguas, no le acabó del todo Temístocles en la batalla de Salamina con un ejército que no pasaba de doce mil griegos, hasta el punto de que apenas pudo salvarse el mismo general huyendo en una nave?

Tenían además los nuestros dos maneras de pelear jamás vistas ni oídas por aquellos bárbaros, y cuya sola vista les obligó a volver la espalda; eran a saber: el estruendo y el vomitar llamas los cañones con el olor de azufre, que ellos creían truenos y rayos traídos del cielo por los nuestros; y no les atemorizaba menos el acometer de los caballos, pues creían que era un solo animal el hombre y el caballo en que iba, como lo cuenta la fábula de los centauros. No siempre, sin embargo, vencieron los nuestros, que muchas veces les fue también adversa la fortuna, y alguna vez los bárbaros, no queriendo tener huéspedes, llegaron a exterminar escuadrones enteros de los nuestros.

2.

Cortés sumerge las naves, y por qué. Prosigue hacia lo interior de Méjico. Garay en la Florida. Cortés funda a Almería.

Pero volvamos ya al camino que hemos dejado. Habiendo los cempoalenses hecho su discurso e interpretádolo Jerónimo Aguilar, que, arrastrado por una tempestad, había vivido como esclavo por espacio de siete años en poder de un cacique, y de quien se ha hecho larga mención en el libro subsiguiente a las Décadas, Cortés salió de Veracruz dejando allí ciento cincuenta hombres para

defensa de la colonia, y llevándose solos quince caballos, trescientos de a pie y cuatrocientos auxiliares cempoalenses.

Pero antes hizo sumergir todas las naves en que había transportado su ejército, bajo el pretexto de que estaban podridas. Declara él mismo que la verdadera causa de esto fue quitar a sus soldados toda esperanza de fuga, porque había decidido establecerse en aquellas tierras y procurarse allí perpetua morada; pero parte de los soldados sentían de otro modo, pues temían, por el ejemplo de muchos compañeros suyos que habían sido muertos por los bárbaros en muchas ocasiones, no les sucediera a ellos lo mismo cuando, siendo pocos, tenían que ir contra infinito número de hombres guerreros y armados. Además, la mayor parte eran familiares y amigos de Santiago Velázquez, vicegobernador de la isla Fernandina, que es Cuba, y deseaban volver al mando de su antiguo señor una vez exploradas aquellas tierrras. La mayor parte de éstos, al tiempo que Cortés enviaba la nave con los presentes al César sin contar con Santiago Velázquez, intentaron marcharse con un bergantín para darle aviso a éste de la partida de aquella nave, a fin de que, vigilando las travesías de mar y de tierra, la apresara. Cortés prendió a cuatro de ellos, y los castigó como reos de lesa majestad. Sus nombres son: Juan Escudero, Santiago Zermeño y Gonzalo Umbría, todos ellos pilotos, y Alfonso Peinado.

Sumergidas, pues, las naves, y atemorizados los demás con el escarmiento de estos cuatro para no pensar en marcharse, el día dieciséis de agosto del año mil quinientos veinte se puso en marcha hacia aquella gran ciudad de la laguna, Tenustitan, distante del fuerte de Veracruz unas cien leguas hacia el Occidente. Los cempoalenses le dieron por guía tres de entre los principales de aquella ciudad, cuyos nombres son: Teuchio, Mamixo y Tamayo. Esta ciudad y su vecina Zacacami le proporcionaron mil trescientos hombres, que les servían a los nuestros para transportar sus bagajes a modo de acémilas, según es costumbre en aquellas tierras.

Ahora se deben contar las cosas que a Cortés le sucedieron en aquel viaje, no vayan a quedar olvidadas. Yendo de camino, le dijeron que una flotilla desconocida vagaba por aquellas costa, y entendió que sería Francisco Garay, vicegobernador de la isla de Jamaica, que buscaba también sitio para fundar una nueva colonia. Cortés le despachó mensajeros brindándole hospedaje en su colonia de Veracruz, y cualquier cosa que le hiciera falta: si lo hizo o no por artería, algún día lo sabremos. Garay lo rehusó; y no sólo esto, sino que por ante escribano real y testigos le requirió a que le diese a él la mitad de todas aquellas tierras, y que señalara los límites divisorios de la jurisdicción. Se negó Cortés a lo que se le pedía, mandó cambiar de ropa al escribano y a los testigos enviados por Garay, y quitándoles sus antiguos vestidos, les dio otros nuevos.

Garay no insistió más. Se marchó y fue a explorar otras tierras, aunque de la mismas costas; pues desde la Jamaica, cuyo gobierno se le había confiado, había hecho el año anterior largas excursiones marítimas con tres carabelas por aquellas tierras, que Juan Pontes, del que se ha hablado largamente en la Década primera, llamó la Florida y pensaba que era una isla. Pero las hizo con mal resultado, pues por dos veces fue derrotado por los naturales, muriendo la mayor parte de los suyos.

A Juan Pontes, el primero que descubrió la Florida, le sucedió lo mismo. Roto muchas veces por los naturales, recibió tales heridas que, volviendo a Cuba para curarse él y los suyos, murió de seguida. Pero Garay, explorando aquellas costas después de la muerte de Juan Pontes, dice que él ha averiguado que la Florida no es isla, sino que se halla unida por grandes vueltas a íísta tierra tennstitana. Navegando por aquellas costas, llegó Garay a un río que con ancho cauce desembocaba en el océano, y vio desde las naves numerosas villas cubiertas con tejados de paja. Ambas orillas del río están en poder de un cacique llamado Pánuco, del cual aquella región toma el nombre de Panuca. Dicen que éste obedece y paga tributo al gran rey Moctezuma: no se tuvo libertad de tratar.

Conforme se colige de un indicador de pergamino *(mapa)* que trajeron los dibujantes de Garay, tira a formar arco, de suerte que apartándose de Tenustitana *(Méjico)*, se inclina siempre al bóreas *(Poniente)* hasta la parte saliente del arco. Después otra vez se inclina igualmente un poco

hacia el Mediodía; de suerte que si la línea se prolonga desde la costa tenustitana a aquella parte de la misma región que Juan Pontes descubrió el primero por el lado septentrional de Fernandina, casi formará la cuerda del arco. Garay cree que ese trecho es poco útil, porque vio señales de haber poco oro, y no puro. Hubiera deseado fundar una colonia, no lejos de la de Cortés, llamada Santa Cruz, pero se lo prohibió éste.

En aquel mismo lugar levantó el propio Cortés otra que llamó Almería, de la ciudad marítima del mismo nombre, del reino de Granada, librado pocos años antes por la guerra del poder de los moros.

3.
Prosigue Cortés su marcha hacia Méjico.

Así terminadas estas cosas, Cortés prosiguió su plan. Después de un camino de cuatro días, desde Cempoal llegó a una provincia llamada Sincuchimalar. Es una planicie con un solo municipio, situado en la ladera de un montecillo muy fortificado natural y artificialmente. No tiene otra subida que dos escalas de mano de muy difícil acceso. Es el asiento y residencia del cacique de aquella pequeña provincia, tributario del rey Moctezuma. Es provincia muy productiva, con muchas villas y pueblos en la llanura a cada paso. Cada una se compone de trescientas o cuatrocientas casas, aunque rústicas. La nobleza habita, como en todas partes, donde está el cacique. El cacique recibió en la ciudad a los nuestros con dulzura, y les dio bien de comer. Dijo que así se lo había ordenado Moctezuma. Cortés le dijo que se lo diría a Moctezuma y le daría las gracias, y que iba a visitarle por mandato de su Rey. Separándose de aquel cacique, llegó Cortés a un monte altísimo que sirve de límite a aquella pequeña provincia. Dice él y los que vienen de allá que no hay en España unos montes de cumbres tan altas, en cuyo tránsito en el mes de agosto tuvieron mucho frío por los hielos y las nieves endurecidas. Al descender de este monte llegaron a otro llano, cuya capital es una ciudad llamada Texunaco; es muy productiva, y tiene pueblos y campos. Todos están sujetos a Moctezuma.

Salidos de este valle, por espacio de dos días recorrieron con mucho frío y necesidad unas tierras estériles por falta de agua, y por lo mismo desiertas. A causa de aquella intemperie y de un torbellino inesperado de nubes con relámpagos y truenos, murieron algunos. De aquí subieron a un monte más benigno, en cuya cumbre había un templo dedicado a los ídolos. Ante sus puertas había un montón inmenso de leña. En ciertas épocas del año ofrecen a sus dioses montones de leña con víctimas para ser sacrificadas, pues creen ellos aplacar de ese modo las iras de sus irritados dioses. Los españoles llaman puertos a las aberturas de las cumbres de las montañas, y por esto llamaron a aquel paraje el *Puerto de los leños*.

Bajando de este monte, llegaron a otro valle habitado y fértil: su cacique se llamaba Cacatamino. La casa del rey es de piedra y muy grande, con muchos cuartos y aposentos a estilo nuestro. Está situado en la amena orilla del río que corre por aquel valle. Recibió con honor a los nuestros, y preguntándole si estaba sometido a Moctezuma, respondió: «¿Y quién no, si Moctezuma es el señor del mundo?» Pero, preguntado este cacique qué le parecía de nuestro Rey, confesó que era mayor, pues que el mismo Moctezuma se sometió a él. Preguntando los nuestros si tenía oro, manifestó que sí tenía; pero que sin mandato de Moctezuma no lo daría a nadie. No se atrevieron los nuestros a obligarle a que se les diese por no alterar de tan lejos a Moctezuma.

Se presentaron a Cortés, movidos por la fama de los nuestros, otros dos caciques de las cercanías, trayendo cada uno un collar de oro, aunque de poco peso y de metal no puro. Uno de estos caciques mandaba en el espacio de cuatro leguas río arriba, y el otro a dos leguas río abajo. Dicen que las dos riberas de aquel río están llenas de casas con huertos y pequeños predios intermedios. La casa del régulo que vive río arriba dicen que es notable por su grandeza, su elegancia y su seguridad, y hasta tiene un castillo que domina el tal palacio, con antemurales y

muros con torres, muy bien construido e inexpugnable. Dicen que el pueblo de este régulo, cuyo nombre no me han dicho, tiene cinco mil casas: otros añaden hasta seis mil. Los nuestros fueron también muy bien recibidos de este príncipe, que está asimismo subordinado a Moctezuma.

4.
Los tescaltecas. Calzada notable. Opuestos consejos de amigos y enemigos de Moctezuma. Entra Cortés por tierras tescaltecas.

Desde la vivienda de este régulo había enviado Cortés cuatro mensajeros a una ciudad vecina por nombre Tescalteca, para explorar el ánimo de sus habitantes sobre si les agradaría que fuera allá, porque había oído que los tescaltecas eran muy guerreros y enemigos capitales de Moctezuma. Por esta razón permaneció dos días con este cacique, esperando a sus emisarios. Moctezuma nunca pudo atraerse a los tescaltecas para que recibiesen de él ley ninguna o le obedeciesen; antes desde jóvenes tenían odio a Moctezuma, hasta el punto de carecer por muchos años de sal y de algodón para fabricarse sus vestidos, por estar rodeados por todas partes de tierra de Moctezuma, y no poderse proporcionar de otra parte lo necesario. Dicen que quieren mejor vivir en gran escasez de todo, pero independientes de Moctezuma, que estar sometidos a su mando.

En esta ciudad dicen que hay muchos próceres, señores de las villas, de cuyos servicios usa la república tescaltecana como de jefes en la guerra. No quieren tener señores, y ¡ay de aquel a quien se le ocurriese el deseo de alzar la cabeza! Le acarrearía al tal una ruina mayor que los suizos a su Orgentorix, que deseaba el mando y aconsejaba otro tanto a los eduos y secuanos. Los tescaltecas son justos y rectos, como más tarde se echó de ver por lo que más abajo diremos.

Esperando, pues, Cortés a sus enviados, y viendo que ninguno de ellos volvía, salió de aquel pueblo; pero pasó ocho días por aquel valle y sus aldeas. Los cempoalenses entretanto tratan de convencer a Cortés de que procure conciliarse la amistad de la república de los tescaltecas, persuadiéndole que podría encontrar en ellos grande ayuda contra el poder de Moctezuma si alguna vez intentara hacerle daño. Por esta razón dirigióse hacia Tescalteca.

En el camino encontró otro valle, en el cual atravesaba de una a otra falda de altísimo monte un muro de veinte pies de ancho, y alto estado y medio de hombre. En todo él sólo había una puerta de diez pasos de ancha, construida con varias revueltas, a fin de que no les pudiera acometer desprevenidos el enemigo en un ataque repentino. Esta muralla pertenecía a los tescaltecas, construida para que los de Moctezuma no pasaran por aquel valle contra su voluntad.

Los naturales del valle dejado atrás, que acompañaban a Cortés como guías de los caminos, le exhortaban y amonestaban que no pasara por las tierras de los tescaltecanos, que eran falaces, desleales y enemigos de todos los extraños y de los huéspedes, y que se comen a los enemigos si cogen alguno. Decían que ellos guiarían a Cortes y a sus compañeros siempre por tierras de Moctezuma, en las cuales, por mandato de éste, tendrían cuanto deseasen. Por el contrario, los jefes de los cempoalenses, Teuchío, Mamixo y Tamayo, y los principales de los zacataminos, que tenían mil guerreros y pensaban la mayor parte del mismo modo, le aconsejaban que de ninguna manera se fiase de los sometidos a Moctezuma, que los muteczumanos llevarían a los nuestros por sitios llenos de peligros y por pasos muy a propósito para emboscadas, y le instaban con empeño que se guardase de los fraudes de los de Moctezuma. Prometían que ellos habían de guiarlos por las tierras francas de los tescaltecanos.

Tomando en cuenta el consejo de los cempoalenses y de los zacataminos, emprendió el viaje por los campos de los tescaltecanos. Iba delante de los escuadrones en la marcha el mismo Cortés con los jinetes, de los que de trecho en trecho mandaba a dos que observasen como exploradores lo que se presentara, y volviéndose atrás les avisaran que convenía estar preparados. A unas cuatro leguas, estos soldados de vanguardia vieron desde la cumbre de una alta colina hombres armados, que se escondían en la llanura siguiente, que ya pertenecía a los tescaltecanos.

Estos, habiendo visto los caballos, aterrados de una visión horrible y de una cosa tan nueva, pensando que el caballo y el que lo montaba eran un mismo animal, huyeron o simularon que huían. Los nuestros les hicieron señales de paz, y por señas y con la mano les llamaban en su fuga. Quince de la multitud se detuvieron. Tenían preparada una emboscada, y los dos soldados que precedían llamaron a los demás jinetes para que se dieran prisa. Poco más adelante salieron de los escondrijos como cuatro mil armados, y atacaron a los nuestros. En un abrir y cerrar de ojos mataron a flechazos dos caballos. Acudió nuestra infantería, acometió al enemigo, y acosados con las saetas y las balas de las escopetas, se declararon vencidos los enemigos. Mataron a la mayor parte de ellos, pero de los nuestros no hubo ningún muerto ni herido.

Al siguiente día enviaron a Cortés mensajeros pidiéndole la paz. Trajeron consigo dos de los enviados que Cortés había esperado tanto tiempo: pidieron perdón de lo hecho, y se excusaron. Dijeron que aquel día habían tenido soldados de fuera, a quien no habían podido contener; que esto se había hecho contra la voluntad de los jefes de aquella provincia; que ellos estaban dispuestos a pagar los caballos, prometiendo hacer lo mismo con cualquier otro daño que hubieren causado. Cortés admitió estas excusas.

5.
Repetidas victorias de Cortés sobre los tescaltecas. Se le rinden.

Prosiguiendo desde allí, acampó a tres millas en la ribera de un no, y no fiándose de los bárbaros, puso guardias de noche. Al amanecer se encaminó a la próxima villa. En ella, de los cuatro mensajeros que había enviado para sondear las intenciones de los naturales, encontró que dos habían sido cogidos por éstos y aprisionados, pero que, rotas sus ligaduras durante la noche, se escaparon. Habían sido condenados a morir al día siguiente. Esto lo contaron ellos.

Mientras estaba en esto, he aquí como mil guerreros que de improviso, llenando los aires con horrendo clamoreo, lanzaron desde lejos contra los nuestros piedras y toda clase de dardos. Cortés procuró apaciguarlos con palabras suaves, pero de nada servían. Les intimó por medio de los intérpretes que no molestaran a los nuestros; pero cuanto más pacíficamente obraba Cortés, con más insolencia se portaban los bárbaros. Volvieron por fin la espalda, y llevaron poco a poco a los nuestros, que les seguían, a emboscadas ocultas donde había hombres armados en número de unos cien mil, según escribe Cortés. Saltaron los bárbaros, y rodearon por todas partes a los nuestros, y se peleó con éxito dudoso desde antes de medio día hasta la tarde.

En esta batalla, los cempoalenses, zacataminos, istalmastitanos y demás naturales que acompañaban a Cortés, se portaron valerosamente, obligados por extrema necesidad; pues, rodeados como estaban en tierras de los de Tescalteca, no les quedaba camino alguno para escapar. Una sola esperanza les quedaba de salvación: desesperar de ella. Si hubiesen sido vencidos, los tescaltecanos harían con sus carnes espléndidos banquetes, pues los vencedores convierten a los vencidos en manjares. De donde ya empezaban los tescaltecanos a relamerse los labios con la esperanza del manjar cuando supieron que gente extranjera había entrado en sus dominios, pues confiaban en su número.

Pero les salió al revés. Cortés tenía seis cañones de montaña y otros tantos escopeteros, cuarenta flecheros, y mezclados con éstos trece caballos, instrumentos de guerra desconocidos de los bárbaros; y así, por fin, se disolvió aquella nube de bárbaros. Sin embargo, pensativo pasó aquella noche, sin dormir y con cuidado, en cierto templo de campo dedicado a la idolatría. Al hacerse de día salió a campo raso con todos los caballos, ciento de su infantería, y de los naturales trescientos istalmastitanos, pues la ciudad de Istalmastita había recibido a Cortés en paz y le había dado como auxiliares contra Moctezuma trescientos hombres. También tomó de los cempoalenses y sus convecinos cuatrocientos, dejando a los restantes para guardar los bagajes y el campamento;

recorrió toda la llanura de los enemigos, quemó cinco aldeas, y saqueó cuanto le vino a la mano: llevó al campamento cuatrocientos prisioneros.

Pero en el primer crepúsculo, al despuntar la aurora, he aquí que cae sobre el campamento un número tan sin número de enemigos, que parecía cubrir todos los campos. Escriben que el número de los que llegaron era de ciento cincuenta mil guerreros. Se peleó con mucho furor cerca de las fortificaciones del campamento. Dicen que se luchó por espacio de cuatro horas, con gran peligro de los nuestros; pero los bárbaros se retiraron sin obtener resultado. Como nadie podía volver las espaldas, cada cual de tímida oveja sacó corazón de león.

Puestos en fuga los enemigos, Cortés, como un tigre con cría, se echó sobre los desleales, que se habían refugiado ya en sus casas a la desbandada. Despoblando, destruyendo y aprisionando o matando a todos los que encontraba, llegó a una población de más de tres mil casas, según dicen, y lo pasó todo a sangre y fuego.

Hecho esto así, y llenos los naturales de gran temor, los próceres de aquella región enviaron legados a Cortés pidiendo perdón de lo pasado, y diciendo que prometían ser súbditos y aceptar cualesquiera leyes del gran Rey a que Cortés obedecía. En prueba de esto los enviados trajeron dones, para ellos honoríficos: crestas y penachos, adornos de guerra arreglados con gran arte, y el sustento necesario, con una gran cantidad de aves cebadas según su costumbre; pues hemos dicho ya, y esto lo ha oído Vuestra Beatitud, que las aves que allí crían en lugar de nuestras gallinas, son ni menores ni de peor sabor que los pavos.

LIBRO II.

1.
Descubre Cortés la perfidia de los tescaltecas. La castiga. Los vence.

Oído lo que querían referir los mensajeros, acusó gravemente a los señores de ellos. Sin embargo, prometió que les concedería el perdón de lo pasado y les admitiría a su amistad a condición de que, en lo sucesivo, fuesen fieles en la obediencia al rey de España. Al día siguiente se le presentaron sin armas cincuenta de los principales para explorar las entradas de los campamentos bajo pretexto de amistad.

Observando Cortés que ellos miraban la situación de los campamentos con mirada fija y rostro medio alterado, concibió sospechas, y, separando de sus compañeros a uno de ellos, por medio de su seguro intérprete le sedujo y le exhortó a que dijera la verdad; él, ganado con promesas y halagos, lo descubrió: dijo que el principal de aquella provincia, llamado Quesitangal, estaba emboscado con grandes cuerpos de gente armada, que de improviso atacarían el campamento la noche siguiente; que por eso había enviado a sus compañeros, so capa de paz, a fin de que entendieran por dónde debieran atacar y por qué lado habría más fácil acceso a las chozas de ramaje que los nuestros habían levantado para no pernoctar al raso, de modo que, entrados en ellas, les prendiesen fuego, y cuando los nuestros estuvieran ocupados en apagar el incendio se echaran sobre ellos y los mataran. Dijo aquél que querían probar fortuna con el dolo y los ardides, visto que con el valor bélico habían sido siempre vencidos con tan infeliz resultado.

Oído esto, quiso Cortés conocer el plan más exactamente. Separó a otros cinco de los mismos compañeros, les amenazó con el castigo, les ofreció tratarlos bien, y todos confesaron, sin discrepar, lo mismo que el primero. Antes de que corriera la noticia de lo indagado, prendió a todos los cincuenta. Habiéndoles cortado la mano derecha, les envió a sus señores con este encargo: «Decid a vuestros principales que no es de hombres esforzados o egregios en el valor guerrero echar mano de estos ardides desleales. Vosotros, ministros de la perfidia, que vinisteis a nosotros como enemigos so capa de parlamentarios, pagad esta pena de vuestra iniquidad: os han escogido para autores de tamaño crimen, pero os volvéis con las diestras cortadas. Hacedles saber que nosotros estamos preparados en cualquier hora que vengan; ya nos acometan de noche, ya vengan a la luz del día, aprenderán lo que son estos pocos a quien intentan perturbar.»

Marcháronse, lo contaron a los que vieron, y les enseñaron lo que padecían. Vino un aluvión de bárbaros por dos partes. Era la hora de la tarde. Cortés juzgó mejor maniobrar al descubierto, mientras con luz pudiera hacer ver a los bárbaros las torvas y para ellos desconocidas caras de los caballos y la violencia furiosa de los cañones, que no esperar a la noche, que lleva consigo mil peligros, especialmente para los que pisan ajenas tierras sin conocer los lugares, si es que tienen que mudarse de uno a otro. Al ver los caballos, y asustados de la furia y estruendo de los cañones, al primer encuentro volvieron la espalda los enemigos por las mieses que a la sazón abundaban en los campos: diseminados, buscaban donde esconderse. Las sementeras son maizales, como se ha dicho muchas veces. Cortés quedó dueño de andar libremente por doquiera, pero no se atrevió a apartarse del campamento por espacio de algunos días.

Distante una legua del campamento tenía una ciudad enemiga, que al sonido del clarín[52] reunía muchedumbre innumerable de soldados; pues se atreve Cortés a escribir, y los que vienen de aquello mismo a decir, que consta de veinte mil casas la ciudad aquella de Tescalteca. Por fin,

52 La palabra latina puede significar el clarín o el cuerno.

averiguando por sus exploradores que los habitantes de aquella gran ciudad estaban desprevenidos y sin temer nada, de improviso la invadió en la segunda vigilia de la noche, y los acometió dispersos y dormidos. Se apoderó del lugar más fortificado de la ciudad. Apenas amaneció se le presentaron los principales, pidiéndole humildemente que no les hiciera daño y jurando que obedecerían sus mandatos. Al arbitrio de Cortés, le llevaron abundancia de provisiones de la provincia.

2.
Disgusto de los soldados de Cortes. Su discurso animándoles. Se le presentan los de Tescalteca. Los de Moctezuma le disuaden en vano de ir a Méjico.

Volvió vencedor al campamento, donde encontró que sus compañeros estaban disgustados con él porque los había llevado adonde no se podían volver; que no querían avanzar más con él; que de modo ninguno podrían escapar de que cualquier día los mataran sin dejar uno, viéndose rodeados por todas partes de guerreros tan feroces; que morirían de hambre o de frío si se libraban de los dardos de los bárbaros. Además, que las vicisitudes de la guerra son inciertas, y que la victoria no siempre está en mano de los hombres, y le exhortaban y suplicaban que se volvieran a la costa, donde habían dejado a sus compañeros, y le declararon que si se resistía le abandonarían.

Pero Cortés, que se había propuesto ir a la ciudad Tenustitana, la principal de todas aquellas regiones, juzgando que debía obrar con prudencia y blandura, mejor que emplear procedimientos severos, habló de este modo: «¿Qué es esto, camaradas? ¿Qué teméis? ¿No os consta que está con nosotros Dios, que nos ha concedido tantos sucesos felices? ¿Pensáis que no serán mejores y de más valer los que hemos de buscar? ¿No veis que está en vuestra mano el que se dilate inmensamente la fe de Cristo? ¡Qué reinos y de qué importancia ganaréis para vuestro Rey y para vosotros mismos, con tal que seáis constantes! Ya es poco lo que queda. Y aunque acaso, lo que no temo, hubiéramos de sucumbir, ¿qué mayor felicidad? ¿Pudo jamás hombre alguno tener muerte más gloriosa? Acordaos, además, de que sois españoles, que suelen ser impertérritos y no estiman su vida en un bledo cuando se trata del servicio del Dios omnipotente o se presenta ocasión de merecer gloria. Además, ¿adonde hemos de ir? ¿Qué hemos de hacer languideciendo de ocio en las costas? ¡Ánimo: cobrad ánimo, y someted conmigo estas naciones bárbaras a la ley de Cristo y a la obediencia de nuestro Rey! ¡Qué fama quedará en la posteridad por estas hazañas que jamás se ofrecieron a ninguno de los vivientes! En nuestra patria, nuestros vecinos nos darán más honra que jamás la tuvo Hércules en Grecia por su venida a España, de la cual quedan todavía monumentos. Son mucho más graves nuestros trabajos: también serán mayores los premios. Despertad, pues, y con ánimo valeroso emprended conmigo la empresa comenzada sin dudar de la victoria.»

Hecho este discurso, los capianes manifestaron que Cortés había perorado bien. Asintió el pueblo, que es más movedizo que las grandes olas, que, así como adonde el viento sopla allí van, él escucha y habla en cualquier sentido.

Aplacados los ánimos de los soldados, se presentaron a Cortés unos enviados del caudillo general de aquella región, el cual se llamaba Centegal, y le pidieron perdón de lo pasado por haber tomado las armas contra nosotros. Exponían que no se maravillase, pues ellos no habían reconocido nunca rey ni habían estado sometidos a nadie, y que habían estimado tanto la libertad que desde antiguo habían sufrido mucho por no someterse a Moctezuma, y principalmente que se habían visto privados de vestidos de algodón, y de sal para condimentar la comida, porque no podían obtenerlos prohibiéndolo Moctezuma, pero que si ahora se admite su amistad prometen hacer lo que se les mande. Fueron todos perdonados y admitidos. La ciudad aquella Tescalteca distaba seis leguas del campamento, y los ciudadanos pidieron que se fuera allá. Cortés lo rehusó un rato; pero al fin, vencido por los ruegos de los principales de la ciudad, accedió.

Pero hay que intercalar otra cosa antes de pasar adelante en las cosas de Tescalteca. Habían venido a Cortés seis familiares amigos de Moctezuma con ricos dones: le llevaron varias joyas y

varias vestiduras de oro por valor de mil castellanos de oro; también vestidos de algodón pintados de mil colores. Éstos, habiendo entendido que Cortés se proponía visitar a Moctezuma y su ciudad, le rogaron en nombre de Moctezuma que abandonara tal pensamiento, porque aquella ciudad, que está en el agua, por su naturaleza carece de todo, y que, si no se llevaban de afuera, serían difíciles las provisiones correspondientes a tales hombres. De oro, plata, joyas y de todas las otras cosas, prometieron los enviados que Moctezuma le enviaría a Cortés la cantidad que pidiera, dondequiera que se estableciese.

A lo cual respondió Cortés que no podía de modo ninguno convenir en lo que le pedían, puesto que su Rey le tenía mandado visitar aquella ciudad y a su rey, e investigarlo todo con diligencia, a fin de que pueda poner en conocimiento de Su Majestad, por medio de enviados, lo que sea.

Obtenida esta respuesta, pidieron que, con permiso de Cortés, pudieran enviar a Moctezuma uno de ellos con aquella respuesta. Se les dio permiso para enviarlo, y fue uno de los seis colegas. Volvió a los seis días; llevó de parte de Moctezuma diez alhajas de oro del mismo peso y muy lindamente labradas. Llevó también en hombros de esclavos, porque no tienen otras acémilas, mil quinientas vestiduras, más preciosas que las primeras mil.

También aquí se maravillarán los que son de espíritu estrecho y creen que es fábula lo que ellos nunca antes han oído o es superior a sus fuerzas. A éstos les responderemos en su lugar, cuando se hable de la hacienda de Moctezuma. Bastante hemos divagado de los tescaltecanos.

3.
Noticias de Tescala. Ídem de Guazucingo. Opuestas intrigas de mejicanos y tescaltecas. Cortés rinde con amenazas a los de Chiurutecal.

Digamos qué tal es y cuan grande Tescalteca. Y en primer lugar, como arriba indiqué, democrática en parte y en parte aristocrática, como en algún tiempo la república romana antes de que se convirtiera en violenta monarquía, admite próceres como ya dije, pero rehúsa señores.

Escribe Cortés, y dicen los que han venido, que la ciudad es mucho mayor que Granada, y más poblada y abundante de todas las cosas con que se vive. Usan el pan de maíz, y tienen también aves, caza, y pesca de río, marítima no, pues dista demasiado del mar; dicen que más de cincuenta leguas. Tienen asimismo varias legumbres. Dentro de los muros, que son de piedra, las casas son de piedra, altas y fortificadas: como que siempre están en sospecha de los enemigos continuos y vecinos. Frecuentan los mercados y las ferias; se visten y usan de calzas, les gustan las joyas de oro y las perlas; los penachos y copetes de plumas de varios colores, los estiman mucho como ornato bélico. Los entretejen todos de oro, y se venden a cada paso en los mercados. Se vende leña para quemar, llevada a cuestas por hombres, y también madera para labrar vigas, maderos, tablas, así como ladrillos, piedras, cal, y tienen excelentes arquitectos y alfareros. No tenemos nosotros vasija alguna que en arte aventaje a las que ellos hacen.

También tienen herbolarios que venden hierbas medicinales, y usan los baños, y se ha echado de ver que tienen orden y leyes con que se gobiernan. La amplitud de aquella provincia en redondo tiene noventa leguas, y su capital es esta ciudad Tescalteca, rodeada de pueblos, pagos, aldeas, con muy fértiles montes y valles, con mucha población, y ésta de hombres guerreros por la cercanía de Moctezuma, su enemigo perpetuo.

Junto a esta provincia hay otra región que se llama Guazucingo. Se rige del mismo modo que Tescalteca, a modo de república. Todos son enemigos de los ladrones: a los que cogen los llevan atados por las plazas, y los apalean hasta matarlos. Son muy atentos. Durante el tiempo que los seis embajadores de Moctezuma estuvieron siempre al lado de Cortés, se esforzaron por persuadirle que no se hiciera amigo de los tescaltecanos, ni se fiara de tales hombres pérfidos y trapaceros. Por el

contrario, los de Tescalteca *(le decían)* que los de Moctezuma eran tiranos y que, si se fiaba de ellos, le precipitarían en alguna ruina. Cortés se gozaba en silencio de semejante disensión; conocía que le había de ser provechoso el odio mutuo de ellos, y a unos y otros les tenía afable conversación.

Los enviados de Moctezuma instaban por que Cortés se desentendiera de los tescaltecanos, y fuera a una ciudad solo distante cinco leguas del territorio de Moctezuma y llamada Chiurutecal. Desde allí decían ellos que se podría tratar más fácilmente cuanto hubiera de hacerse con Moctezuma. Por el contrario, los tescaltecanos le avisaban a Cortés que le tenían preparadas emboscadas, ya en el camino, ya en la misma ciudad de Chiurutecal; en el camino, porque los de esa ciudad habían cortado por muchas partes los caminos para poner en peligro a los caballos, e indicado otros caminos separados del curso antiguo; y en la ciudad, porque habían cerrado las calles en muchos sitios y las habían pertrechado con parapetos, y que los habitantes habían reunido, en sus solares, torrecillas y ventanas que dominaban las calles y vías públicas, gran cantidad de piedras para matar con ellas a los nuestros cuando entraran. De que los de Chiurutecal llevaban mala idea contra los nuestros, daban los tescaltecanos como prueba que nunca se le habían presentado como lo habían hecho los de Guazucingo, que distaba más.

Con estas noticias, Cortés envió a los de Chiurutecal quejas de su injusticia y negligencia. Al saber el recado de Cortés, le enviaron embajadores, pero plebeyos y gente de ninguna importancia, a que le dijeran que no habían ido aún porque tenían que pasar por tierras de enemigos, pero que estaban en buena disposición respecto de él. Conocida la ofensa de que los principales se hubieran desdeñado de ir a él, despidió con amenazas a aquellos vulgares, con orden de que si en tres días no se le presentaban los magnates de aquella ciudad, iría contra ellos como enemigo, y les dijo que experimentarían lo que él suele hacer cuando se irrita si demoraban acercarse a él para prestar homenaje al rey de España, a quien pertenece el imperio de todas aquellas tierras. Vinieron; Cortés dijo que admitiría las excusas formuladas con tal que cumplieran lo prometido; y prometieron que harían de buena voluntad lo que se les mandara, y que él lo conocería, así como que habían mentido los de Tescalteca, y ofrecieron pagarle tributos según su orden si iba a ellos.

4.
Marcha Cortés hacia Chiurutecal. Descubre la traición preparada. Lucha y victoria. Paces.

Así permaneció largo rato, vacilando entre varios intentos. Por fin resolvió probar fortuna, y, complaciendo a los de Moctezuma, emprendió el camino hacia Chiurutecal. Pero los tescaltecanos, oída su resolución y viendo que de nada servían sus consejos, dijeron que de ningún modo permitirían que Cortés se confiara en manos de los muteczumanos, de suerte que pudieran ellos libremente hacerle daño; que ellos tenían que ser agradecidos a un hombre que tanta benignidad había usado con ellos, y, tras innumerables yerros de ellos, les había admitido por amigos, cuando podía haber acabado con ellos por completo en merecido castigo. Hicieron instancias para darle, a modo de cohorte pretoriana, cien mil hombres armados. Se opuso Cortés, mas de nada sirvió que se opusiera. Con aquella falange de casi cien mil, puso el campamento aquella noche a la orilla de un río que encontró. Desde allí, reteniendo para guardia suya dos mil, despidió a los demás, dándoles las debidas gracias como correspondía.

Cuando los nuestros se acercaban, les recibieron los sacerdotes de Chiurutecal, saliendo buen trecho, según su usanza, con cantares de niños y niñas, y tocando tambores y clarines. Una vez entrados, les hospedaron y alimentaron con bastante comodidad, aunque no con viandas delicadas ni abundantes.

Entendieron algo del cierre de las calles y de las barricadas y de las piedras preparadas, como se lo habían avisado los de Tlascalteca. Entonces llegaron nuevos enviados de Moctezuma, que hablaron al oído a los ciudadanos de Chiurutecal, pero no a Cortés. Los nuestros preguntaron qué

habían tratado con los mensajeros: los de la ciudad no respondieron nada más; por lo cual, concibiendo Cortés sospechas, y acordándose del consejo de los tlascaltecas, por medio de Jerónimo Aguilar, que entendía también los idiomas de estas tierras por haber estado cautivo mucho tiempo cerca de allí, interrogó a un joven enviado.

Lo que supo fue esto: los de Chiurutecal dijo él que habían sacado fuera a todos los niños, ancianos, mujeres y bienes al ir los nuestros, pero declaró que no sabía más acerca de sus intentos. Se descubrió la traición, pero hay que contar cómo. Con una mujer de Chiurutecal había una joven de Cempoal, que había seguido a su marido, o tal vez su amigo. La mujer chiurutecana habló a su huésped cempoalense de esta manera: «Amigo, vente conmigo.» «¿Adonde?», dijo él. «Fuera de la ciudad y lejos de aquí», respondió. El forastero la preguntó la causa que la determinaba. Ella le contó que aquella noche vendría una muchedumbre innumerable enviada por Moctezuma, y mataría a cuantos encontraran dentro de las murallas. «Porque me da lástima de ti te descubro esto; no te detengas si no quieres acabar los años tranquilos de tu juventud, juntamente con los demás, de una muerte cruel.»

La joven se lo descubrió a Aguilar; puesto Cortés a inquirir el negocio, conoció que era verdad. Hizo presentar a los principales de Chiurutecal: mandó a su gente estar preparados, arma al brazo. Descubrió el plan a los capitanes para que, dada la señal con un tiro, se echaran sobre los autores del crimen, que él había llamado y los tendría reunidos en la sala de su hospedaje. Vinieron los magnates de la ciudad; los apresó, descubriéndoles primero el asunto: montó a caballo, y salió. Encontró rodeadas de gente armada las puertas de su casa: era la muchedumbre de los ciudadanos que, armada, esperaba a los que iban a venir. Cerró con ellos: antes de que llegaran los otros, se luchó terriblemente por mucho tiempo (cinco horas dice él). Al fin derrotó a los bárbaros desleales.

Se volvió a la casa designada; llamó a sí a los ciudadanos presos, y preguntándoles por qué se portaban así, respondieron que los había engañado Moctezuma, que aquello se había hecho sin querer ellos; prometieron que, si los perdonaba, serían perpetuamente súbditos y no obedecerían más a Moctezuma. Los cempoalenses y los tlascaltecanos auxiliares se portaron aquel día bravamente por el odio que tenían a la tiranía de Moctezuma. Cortés perdonó a los ciudadanos, y mandó que llamaran e hicieran volver a las mujeres, niños y demás. Así se hizo; la ciudad se llenó de su población.

Después de esto, trabajó porque los de Tlascalteca y de Chiurutecal se reconciliaran y avinieran, que antes estaban en desacuerdo y por obra de Moctezuma se profesaban mutuamente odio a muerte.

Está la ciudad aquella de Chiurutecal en una llanura fértil, y tiene, según escriben, dentro de los muros veinte mil casas hechas de cal y canto, y otras tantas en los arrabales; en otro tiempo había sido república. Moctezuma la había rendido por la fuerza y sometídola a su autoridad. Ambas ciudades nos obedecerán a nosotros con gusto.

Éstos son más ricos y visten mejor que sus vecinos los de Tlascalteca. Los de Chiurutecal riegan gran parte de su llanura por excavaciones guiadas. Está (la ciudad) bien defendida con murallas y torres. Escribe Cortés que desde un templo alto contó de paso más de cuatrocientas torres, levantadas por las calles de la ciudad, todas las cuales hacían oficio de templos. Tiene esta región tierras a propósito para pastos, lo cual dice que no ha encontrado hasta ahora en ninguna parte por allá, porque las demás están tan llenas de pueblos que apenas queda campo para sembrar.

5.
Acrimina Cortés a Moctezuma. Responde con regalos y excusas. Insiste Cortés en pasar a Méjico. El volcán de Popocatepec.

Habiendo salido así estas cosas, llamó ante sí a los enviados de Moctezuma, les echó en cara las arterías inicuas de su amo, y que no era propio de un príncipe distinguido, cual pensaba que era Moctezuma, el obrar con dolo y andar en maquinaciones insidiosas por mano de otro. Declaró Cortés que ya no guardaría la palabra de amistad que antes había dado por medio de mensajeros, supuesto que Moctezuma había urdido tan traidoras maquinaciones en contra de lo jurado. Los embajadores, medio muertos, dijeron que su amo no había pensado ni sabido nada de aquello, y que el tiempo descubriría lo que decían, y que Moctezuma siempre había sido cumplidor de su palabra; que los de Chiurutecal habían inventado aquellas cosas para librarse de la ira de Cortés.

Dicho esto, los embajadores suplicaron a Cortés que les permitiera enviar a Moctezuma uno de su compañía para contarle lo que se hacía. Diósele permiso, y volviendo a los pocos días, trajo regalos dignos de un rey: diez bandejas de oro, mil quinientos vestidos de algodón, como él escribe, según su costumbre. (Ya dije otra vez, por satisfacer a espíritus estrechos, que diría con más claridad de dónde ese rey saca tantos vestidos al hablar de su hacienda.) Además muchos comestibles, pero en especial vino del que usan los reyes y próceres, diferente del que bebe el pueblo, pues hacen muchas clases de vino; el general, para el pueblo, de maíz; otros mejores de varias frutas; pero de ciertas almendras, de que usan en vez de moneda, otro admirable. De esta almendra hablaremos más abajo.[53]

Moctezuma, pues, por medio de aquel familiar suyo y de otros embajadores recientes, afirmó que no sabía nada de aquellas cosas que los de Chiurutecal dijeron de él mintiendo, para excusarse ellos; que algún día comprendería que había entre ellos verdadera amistad, y que Moctezuma no acostumbra a negociar por medio de fraudes. Sin embargo, en medio de esto suplica una y otra vez que desista del propósito de ir a su ciudad por la carencia de todo; porque, edificada en el agua, por su misma naturaleza estaba necesitada de todo; que para sus habitantes sí tenía lo bastante por el antiguo comercio con la comarca, pero que si venían huéspedes quedaría pobre y necesitada.

Cortés dijo que no podía acceder a eso porque así se lo tenía mandado su Rey. Al saber la resolución de Cortés, le manifestó por medio de embajadores que le esperaría en la ciudad, y que haría todo lo posible para que nada faltase, y envió a la mayor parte de los magnates que acompañaran a Cortés.

Salió, pues, hacia la ciudad tenustitana, ansioso de verla. A las ocho leguas encontró un monte cubierto de cenizas en verano y con dos cimas, expedito por todas partes, que se llamaba Popocatepec, lo cual significa monte humoso, porque en la lengua de ellos *popoca* es humo, y *tepeque*, monte; de cuyos vértices sale perpetuamente humo, soplando fuerte y dirigiéndose derecho a las nubes, cual nube obscura se eleva con vapor craso; de modo que el humo forma el volumen de una casa grande y se lanza al aire con tanto ímpetu que, por más que el aire se conmueva por vientos fuertes, el humo, sin embargo, no se tuerce.

Maravillado de esto Cortés, envió diez españoles de valor, guiados por los indígenas, que investigaran, si podían, la causa de cosa tan grande. Obedecieron, y subieron al monte lo más cerca que pudieron. No fue posible acercarse a la última cumbre por las densas cenizas, pero se aproximaron de modo que sintieron rugir las llamas que salían y el estruendo del humo fiero y formidable, con perpetuos torbellinos que recorrían el monte, de suerte que el mismo monte temblaba y parecía querer hundirse.

Pero dos de los enviados, más atrevidos que los demás, se propusieron ganar la cumbre por más que les disuadían los naturales, y subieron hasta ver aquella ancha boca. Dicen que tiene de ancha legua y media. Aterrorizados del estruendo de las sañudas llamas, se volvieron con suerte

53 Es el cacao.

feliz; se apartaron al crecer el ímpetu de la llama, que entonces salía más moderada; pero tras brevísimo intervalo, con inaudita erupción de piedras volvió rabiosísima, y a no ser que por fortuna encontraron en el camino un sitio algo cóncavo, en que se guarecieron mientras pasaba la lluvia aquella de piedras (pues no siempre arroja piedras el monte aquel), habrían perecido. Los naturales se admiraron tanto de esto, que de todas partes acudían a verlos con dones, como a unos semidioses.

Una cosa ¡oh Padre Santo!, no se ha de pasar por alto. Piensan los indígenas que los reyes que en vida gobernaron mal, moran, aunque temporalmente, entre aquellas llamas, donde purgan las manchas de sus maldades en compañía de los demonios.

6.

Prosigue Cortés, aunque mal guiado. El hermano de Moctezuma sale a recibir a Cortés con valiosos regalos. Le preparan emboscadas. Otro precursor de Moctezuma. Morada deliciosa a lo romano.

Después de esta investigación, los embajadores de Moctezuma conducían a Cortés por donde los de Tlascalteca le habían disuadido *(de que fuera),* pues aquel camino tenía pasos molestos, fosos y lagunas con puentes estrechos, donde fácilmente podría ser derrotado un ejército, porque no pueden pasar por aquellos lugares en columna. Tomó, pues, otro camino algo más largo y más penoso, porque iba por tierras pedregosas, por valles profundos de altas montañas humeantes, de los cuales, cuando ya salían, desde los collados frente a las montañas vieron un valle muy grande; es Colúa, en el cual está la gran ciudad Tenustitana.

Es notable este gran valle por dos lagunas, la una dulce, de las cuales hablaremos más extensamente después. En él está la ciudad (tiene el valle sesenta leguas de circuito, según ellos dicen). Los embajadores de Moctezuma que acompañaban a los nuestros, como intentaran guiarlos por el otro camino, preguntados respondieron que no negaban ser más cómodo éste; pero como se tenía que ir andando un día por las tierras enemigas de los guazucingos, y porque acaso habrían faltado provisiones, por eso habían aconsejado el otro.

Aquí debe advertirse que los guazucingos y los tlascaltccanos eran dos repúblicas unidas con pactos y animadversión contra Moctezuma. Por eso las encontraron pobres; como que, rodeados por un enemigo tan poderoso, no tenían comercio con ninguna otra nación; y así, pasando sólo con los productos de sus provincias, vivían miserablemente por no doblar la cerviz a ningún rey. Pero a Cortés, como esperaban que con su ayuda podrían algún día andar libremente, le hicieron pactos de amistad, y en señal de ella le regalaron algunos esclavos y vestidos a su usanza, aunque pobres, y de lo necesario para comer en bastante abundancia, sólo para un día.

Ya el sol volvía la espalda, y aún no habían salido completamente de las gargantas do aquellos montes; le llevaron a un palacio de campo construido para recreo veraniego, y tan grande que aquella noche se hospedó en él todo el ejército con bastante comodidad; pues hecho el recuento, encontró consigo, entre cempoalenses, tlascaltecanos, guazucingos y chiurutecalenses, más de cuatro mil, y de sus españoles apenas trescientos. Sino que, como ya se ha dicho, para responder a lo que dicen espíritus pobres y estrechos, los cañones y los caballos, géneros desconocidos, lo hacían todo, más que el número de los combatientes.

De comer no faltó: los administradores motezumanos proveían bastante bien por dondequiera que iban los nuestros. Aquí tiritaron de frío por la proximidad de altas montañas, y así hubo necesidad de grandes hogueras.

Aquel día fue a ver a Cortés el hermano de Moctezuma con la mayor parte de los próceres. Le llevaron de regalo en nombre de Moctezuma tres mil castellanos de oro, egregias joyas, mezclando, sin embargo, la súplica de que se vuelva y se detenga donde le plazca, que Moctezuma le pagará los tributos que Cortés determine con tal desista de ir a la ciudad, rodeada de agua, donde

necesariamente se ha de sufrir, en particular con tanta muchedumbre, falta de todo, como que por su naturaleza nada produce, y que de modo ninguno ni en ningún tiempo faltará a la obediencia del Rey de quien se dice enviado.

De nuevo Cortés repitió a Moctezuma, con toda la suavidad que pudo, que lo haría con gusto por complacer a un rey tan grande si se lo permitieran las órdenes del suyo; que no debían pensar que su ida hubiera de serles molesta, sino útil y honrosa; que iría cuando no pudiera menos de hacerlo, y que si después de eso su estancia hubiera de molestar a Moctezuma, se volvería de seguida, una vez pactada alianza y arreglados los asuntos entre ambos; lo cual se haría con mucha más claridad y comodidad viéndose, que no por mensajeros alternativos.

Dice Cortés que mientras en esto estaban no cesaron los indígenas de preparar emboscadas, y que las selvas de las montañas que dominaban el palacio estuvieron aquella noche llenas de gente armada. Pero él se jacta de haber sido siempre tan cauto que fácilmente se desenredó de los ardides y dolos de ellos.

Partiendo de allí hacia la ciudad de la laguna, se encontró con otra ciudad terrestre de veinte mil casas, según dicen, llamada Amaquemeca, cuya provincia lleva el nombre de Chialco. El régulo de aquel lugar, de la jurisdicción de Moctezuma, por espacio de dos días dio a los nuestros buena y abundante comida, y regaló a sus huéspedes tres mil castellanos de oro, joyas, como dijimos poco antes, y cuarenta esclavos.

A cuatro leguas de allí, dio con una laguna dulce mucho menor que la salada. En su orilla hay una ciudad, mitad en el agua, mitad en seco, y allí junto un monte alto. Allí se le presentaron a Cortés doce hombres, de los cuales al principal lo llevaban en hombros en una litera. Tenía veinticinco años: cuando bajó de la litera, corrieron los demás presurosamente, quitando toda la basura y las piedras, y, si había paja, limpiándola por donde iba a pasar para saludar a Cortés. Después de haberle saludado en nombre de Moctezuma, le suplicó que no echara a incuria o negligencia del rey el que no hubiera salido a su encuentro, diciendo que estaba enfermo y que ellos habían sido enviados para acompañarle, pero que si tenía a bien cambiar su propósito de ir, les sería muy grato. Él les agasajó con buenas palabras y algunos regalillos nuestros que les gustaban, y se fueron contentos.

Siguiendo sus huellas Cortés, encontró otro pueblo de mil quinientas casas, construido en el agua de la laguna dulce. Se va a él y se vuelve en lanchas. Las de éstos son unilígneas, como lo he dicho muchas veces de las canoas de los isleños, y las llaman *acales*. Marchando por medio de aquella laguna, encontró un camino arreglado, de altura de una asta, el cual conduce a otro pueblo distinguido que tiene dos mil casas.

Aquí le recibieron a Cortés honoríficamente, y los del pueblo deseaban que pasara entre ellos la noche; opusiéronse los príncipes de Moctezuma que le acompañaban, y le condujeron aquella tarde a una ciudad mucho mayor, que toca ya la orilla de la laguna salada, y se llama Iztapalapa. Pertenece a la jurisdicción del hermano de Moctezuma, distando tres leguas del pueblo anterior, llamado Tacatepla.

De Iztapalapa dista tres leguas otra ciudad llamada Coluacán, su provincia Colúa, cuyo nombre los nuestros pusieron al principio a toda la tierra, porque era el que desde lejos habían oído que tenía. Iztapalapa tiene, según dicen, ocho mil casas, excelentes en su mayor parte: Coluacán no es mucho menor. Con el hermano de Moctezuma estaba el régulo de Coluacán, el cual hizo también a Cortés valiosos regalos.

El palacio del régulo de Iztapalapa dicen que está admirablemente fabricado de cal y piedras, y que el arte de carpintería está adelantado allí; que son regios los pavimentos y lo interior, y las habitaciones, con grandes salones, las ponderan a boca llena. Aquella casa tiene huertos muy bien cultivados, con varios árboles y verduras, y hierbas floridas y de buen olor. Hay también muy grandes estanques con muchas clases de peces, en los cuales nadan varias especies de todas las aves

acuáticas; se puede bajar hasta el suelo profundo de las lagunas por gradas de mármol traídas de lejos.

Hay maravillosos paseos, rodeados con redes de cañas para que nadie pueda entrar libremente en las eras, ni a *(coger)* las frutas de los árboles. Aquellas cercas están construidas con mil comodidades, como en las casas de purpúreos y delicados cardenales, de mirto o de romero de mar; también de boj, como se ve en otras muchas partes, todo hermoso de ver.

De estas cosas refiere muchas menudencias, que ya me fatigan con su prolijidad. Dejando lo demás, introduzcamos ya a este hombre, Cortés, en la ciudad Tenustitana, y a los sólo por una parte deseados abrazos de Moctezuma.

LIBRO III.

1.
Maravillosa calzada de Méjico. Moctezuma sale a recibir a Cortés. Sacrificios horrendos.

Desde Iztapalapa se va a Tenustitana, residencia del gran rey Moctezuma, por un muro de piedra que tiene la anchura de dos picas, levantado en la misma agua, hecho a mano con arte y con gusto increíble. Este muro hace el oficio de puente, pues la misma Iztapalapa está edificada, alguna parte en el lago salado, y lo demás en tierra. El un lado de aquel puente tiene adheridas dos ciudades, edificadas en el agua parte de ellas, y el otro una. La primera de ellas que se encuentra el que va, se llama Mesicuaicingo; la segunda es Coluacán, de que poco antes hemos hablado; la tercera es Uvichilabusco. La primera dicen que tiene más de tres mil casas; la segunda seis mil; la tercera cuatro mil; todas con magníficos templos de los ídolos, y con torres.

Estas ciudades juntas al puente hacen la sal que usan todas las naciones de aquellas tierras. La congelan del agua salada de la laguna, guiándola por arroyitos a una tierra apta para coagularla. Después de coagularla la reúnen en pelotas o forman panecillos, para llevarla a los mercados y ferias a cambio de cosas extrañas. Únicamente los entregados a Moctezuma participaban la ventaja de aquella sal; pero los que rehusaban obedecerle, de modo ninguno; por eso los tlascaltecanos, los de Guazucingo, y también otros muchos, guisaban sin sal, porque, según lo hemos dicho, eran refractarios al imperio de Moctezuma.

Muchos de estos muros sirven de puentes desde los lugares terrestres a las ciudades del agua, y a veces se enlazan como caminos diferentes. A este muro, que parte de Iztapalapa, se le une otro de diferente lado de la ciudad. En el empalme hay levantado un castillo con dos torres inexpugnables. Desde allí se va por uno de los caminos a la ciudad, que dista legua y media. En estos muros o puentes, de trecho en trecho, hay puentecillos de madera, movibles, que cuando hay alguna sospecha de guerra se levantan. Me parece que esos cortes los hacen también por los portazgos para evitar defraudaciones, como en muchos lugares que gozan de tranquila paz vemos que de noche se cierran las puertas de la ciudad por este solo motivo. Levantados los puentes, resultan pozos de agua que pasa, pues dan paso a las aguas, que allí tienen flujo y reflujo, como se dice. Esto es una maravilla de la naturaleza, Padre Santo, a juicio mío y de los que dicen que no puede suceder lo que ellos no hayan leído en otra parte.

Esta ciudad lacustre, o el sitio de la misma laguna salada, dista del mar más de setenta leguas, y hay entre medias dos trechos de altas montañas y dos grandes valles entre una y otra montaña, y, sin embargo, la laguna experimenta el flujo y reflujo del mar, si no mienten; pero por dónde el mar tenga la entrada o la salida, no lo sabe nadie. Cuando viene el flujo, la laguna salada se derrama en el álveo de la dulce por las gargantas de los dos collados; y cuando el reflujo, vuelve de la dulce a la salada, y no por eso la dulce se altera de modo que no se puede beber, ni tampoco la salada se endulza. Basta de lagunas, muros, puentes y castillos.

Vengamos ya a un espectáculo agradable para los españoles, porque hace mucho que lo deseaban, tal vez no para los tenustitanos discretos, porque se temen que estos huéspedes vengan a perturbar su elísea tranquilidad, a diferencia del pueblo al cual nada le deleita tanto como tener ahora cosas nuevas a la vista, sin cuidarse de lo futuro. Hasta este empalme le salieron al encuentro a Cortés, desde la ciudad, mil varones adornados al estilo de su patria, y saludaron a Cortés haciendo cada uno su ceremonia, que es tocar el suelo con la mano derecha, y de seguida besar, en señal de respeto, la parte de la mano con que han tocado la tierra. Todos éstos eran nobles

palaciegos: detrás de ellos vino por fin el tan deseado rey. El camino aquel, como ya lo dije, tiene legua y media, otros dicen dos leguas de largo, pero tan derecho que, echando una línea, no puede sacarse más recta; si uno mira por el filo del camino desde el mismo castillo del que partió Cortés hacia Moctezuma, verá fácilmente la entrada de la ciudad.

El rey iba por medio del dicho puente, y detrás la demás gente por las orillas, en formación, guardando entre sí distancias iguales, todos descalzos. Traían a Moctezuma sostenido por los brazos de los príncipes, uno de los cuales era su hermano, el señor de Iztapalapa, y el otro uno de los principales, no porque necesitara de tal ayuda, sino que es costumbre de ellos guardar esta consideración a los reyes, que parezca les sostienen con sus fuerzas los próceres. Al aproximarse Moctezuma, Cortés se apeó del caballo que montaba. Fue a abrazar al rey pero se lo impidieron los príncipes que iban a su lado: entre ellos no es lícito tocar al rey. Los que venían por los lados en pelotones formados, dejaban sus sitios para saludar a Cortés cada uno con su ceremonia, y de seguida cada cual se volvía a su lugar para que no se trastornase el orden.

Después de hechos los alegres saludos, volviéndose Cortés se quitó el collar de poco valor que llevaba puesto, y se lo puso al rey en el cuello; pues eran cristales de varios colores, parte diamantes, parte perlas y piropos de cristal; pero le agradó a Moctezuma el regalo, que compensó con otros dos collares de oro y perlas, con caracoles y cangrejos de oro pendientes de ellos. Después de hecho el recibimiento a todos los qué le habían salido al encuentro, volvieron la cara a aquella ciudad grande, y que debe tenerse por un portento. Con el mismo orden que habían venido se volvieron todos por las orillas de aquel puente admirable, dejando el espacio del medio a Moctezuma y a los nuestros solamente.

¡Oh maldad digna de considerarse, y horrible de decir! A los dos lados exteriores del mismo puente había cercanas torres magníficas, sitas en el agua, todas las cuales servían de templos: en ellos se inmolaban a cada paso en sacrificios, con increíble horror, o esclavos comprados con dinero, o los hijos de los sometidos, destinados para eso en vez de contribución. La mayor parte que al pasar comprendieron la cosa, declararon que se les partían las entrañas.

2.
Alojamiento de Hernán Cortés. Discurso de Moctezuma cediéndole el Imperio. Contestación de Cortés.

Llegaron por fin a un palacio muy grande, morada de los antepasados de Moctezuma, preparado con regio ornato. Allí Moctezuma instaló a Cortés en una estancia regia, sobre un trono de oro, y regresó a otro palacio. Mandó dar a todos los compañeros de Cortés abundante, rica, regia comida, y hospedarlos en habitaciones acomodadas para cada uno. A las pocas horas Moctezuma, habiendo comido, volvió a ver a Cortés, llevando camareros y los necesarios familiares cargados de vestidos de algodón tejidos de oro y colores vivísimos. ¡Cosa increíble! Pero abajo diremos cuán creíble es. Seis mil vestidos dicen los que los vieron. Escribe el propio Cortés que llevaron juntamente muchos regalos de oro y de plata.

Junto al tribunal de Cortés, había preparado otro tablado igualmente adornado. En él Moctezuma, después de llamar a sí a todos los próceres de los reinos, dijo el siguiente discurso, según se comprendió mediante los intérpretes a quien entendía Jerónimo Aguilar:

«Varones egregios en valor guerrero y benignos con los humildes, deseo y espero que sea feliz vuestra venida. Sea venturosa vuestra llegada a estas tierras.» Después, volviéndose a sus próceres, dijo: «Por relación de nuestros antepasados sabemos que nosotros somos de fuera. Cierto gran príncipe traído en una flota, más allá de lo que pueden recordar todos los vivientes, condujo a nuestros mayores, no se sabe si voluntariamente u obligado por las tempestades, y dejando a sus compañeros se marchó. Vuelto a su patria, quisiera él que regresaran los que había traído; ya se habían construido casas, y uniéndose a las mujeres del país, habían procreado hijos y tenían

domicilios fijos muy tranquilos; rehusaron volverse nuestros antepasados y no escucharon lo que decía, pues ya habían elegido de entre sí un senado y príncipes del pueblo por cuyo consejo se rigieran, y cuentan que se marchó amenazándoles. Nunca, hasta estos tiempos, se presentó nadie reclamando el derecho de aquel caudillo. Os exhorto y amonesto, próceres de mis reinos, que el mismo homenaje que me guardáis a mí se lo deis a este capitán de un tan gran Rey, y los tributos a mí debidos se los paguéis a su arbitrio.»

Mirando después a Cortés, añadió: «Pensamos, pues, por lo que he dicho que el Rey de quien os decís enviados trae origen de aquel otro, por lo cual seáis bien venidos; descansad tranquilos de vuestros trabajos, que he sabido los habéis pasado inmensos desde que entrasteis en estas tierras; cuidad vuestros cuerpos, ya debilitados: vuestros son todos los reinos que poseemos. Tú, caudillo principal enviado a esto, quienquiera que seas, impera en todos los reinos que me han estado sometidos. Por lo que toca a lo que han contado de mí los cempoalenses, tlascaltecanos y guazucingos, con razón debe tomarse como proveniente de ánimo hostil: la experiencia hará ver que han mentido. Han charlado que mis casas eran de oro, de oro y de junco, y los muebles de oro, y que yo era un dios, no un hombre. Tú mismo estás viendo que mis casas son de piedra y de tejidos de hierbas fluviales, y de algodón los muebles. Confieso que tengo joyas de oro reunidas en tesoros. Tuyas son: haz de ellas el uso que quieras en nombre de nuestro gran Rey. Tocante a lo que te han dicho que yo no soy hombre, sino inmortal, mira mis brazos y mis piernas; tú verás si son o no de carne y hueso.» Y al decir esto, se descubría casi llorando los brazos y las piernas.

Luego que acabó de hablar, le consoló Cortés y le dio esperanza de que todo se arreglaría bien. Después de esto se marchó Moctezuma bastante alegre de cara: si se iría de buen humor, el que alguna vez haya gustado el mando juzgue si admite copartícipes; y si alguien jamás recibió gustoso huéspedes a la fuerza, dígalo quien lo haya experimentado. Por la cara de los príncipes llamados, que lo oyeron con la vista fija en el suelo, se puede comprender lo agradable que les sería aquella reunión, pues recibieron con lágrimas, suspiros y sollozos lo que se había hecho, y vacilaron buen rato silenciosos: por fin prometieron seguir los mandatos de Moctezuma; pero que no habían podido menos de conmoverse con tan grande y tan repentino cambio. Disuelta la junta, se fue cada uno a su casa. Contemos ahora lo que resultó de aquella reunión.

3.
Traición de Coalcopoc. La explota Cortés para imponerse a Moctezuma. Éste se traslada al palacio de Cortés. Prisión y castigo de Coalcopoc.

Moctezuma, a sus subordinados y amigos, les salió todo muy mal, como abajo se dirá; mas para el aumento de nuestra religión muy bien, pues esperamos que dentro de poco aquellos sanguinarios sacrificios se quiten de en medio, abrazando los mandamientos de Cristo.

Así pasaron tranquilamente seis días, pero todos los que siguieron después fueron calamitosos, tanto que jamás sucedió mayor desdicha a ninguno del pueblo, que no sólo a ningún rey. Pues transcurridos aquellos seis días, ya porque así sucediera, ya porque de ese modo quisiera Cortés tomar pretexto, dijo que acababa de recibir cartas del Prefecto del fuerte, que dijimos dejó en la guarnición de la colonia de Veracruz, en las cuales le comunicaba que Coalcopoc, régulo de la provincia en que Cortés había fundado la colonia con el nombre de Almería, había hecho una cosa fea y del todo intolerable. Refirió aquel Prefecto que Coalcopoc le había enviado mensajeros a decirle que el rey Coalcopoc no había ido aún a saludarle y rendirle el homenaje debido a tal Rey, como el que tienen Cortés y sus compañeros, porque tenían que pasar por tierras de enemigos suyos, de quien temían alguna molestia, y por eso pidió que el Prefecto le enviara algunos españoles de los suyos que le acompañaran en el camino y le guardaran; pues, según decía, esperaba que los enemigos no se atreverían a maquinar nada contra él acompañándole los españoles. El Prefecto

creyó al mensajero, y envió a Coalcopoc cuatro españoles que le acompañaran al venir a verle por tierras amigas suyas, y contrarias a Coalcopoc.

Yendo los enviados, fueron sorprendidos dentro del territorio de Coalcopoc: los salteadores mataron a dos, los otros dos escaparon traspasados de heridas. Juzgando el Prefecto que se había hecho por plan de Coalcopoc, para tomar venganza marchó allá. Tenía sólo dos caballos y algunos escopeteros, unas bombardas y gente de a pie. Se llevó consigo cincuenta de sus compañeros, aunque llamando como auxiliares a los vecinos y enemigos de Coalcopoc, y acometió a la ciudad de éste. En el ataque los coalcopocanos mataron a siete españoles y a la mayor parte de los auxiliares. Al fin fue vencida y saqueada la capital de Coalcopoc, muriendo y siendo presos muchos ciudadanos. Coalcopoc se libró huyendo.

Aprovechando Cortés esta ocasión, determinó debilitar al infeliz Moctezuma por temor de que cambiara la fortuna o que, fastidiado de la insolencia de algunos españoles que él no podía refrenar, particularmente estando ociosos y hartos, temiendo también que la prolongada molestia del hospedaje desesperase ya a los que los hospedaban, se fue a Moctezuma: díjole que le habían escrito y referido que Coalcopoc, subordinado a él, había hecho aquello contra el Prefecto del fuerte de Veracruz, no solamente con conocimiento de Moctezuma, sino por su mandato. Cortés dijo que no lo había creído; pero que, sin embargo, para quitar toda sospecha del ánimo del gran Rey, a cuyos oídos fingió que había llegado la noticia, era menester que Moctezuma se trasladara al palacio que habitaba el mismo Cortés, para que pueda escribir que lo tiene en su poder, aunque no quiere que se cambie nada del régimen de la ciudad y los reinos.

Moctezuma, aunque comprendió que su autoridad se iba hundiendo, no obstante consintió en lo que se le pedía. Mandó que le trajeran la litera para pasar en ella. Tamaña novedad levantó rumores entre el pueblo, y comenzaron a amotinarse. Moctezuma mandó dejar las armas y guardar silencio, persuadiendo a todos que lo hacía espontáneamente. Los próceres y familiares acompañaron a su señor con lágrimas en los ojos.

A los pocos días le pidió que hiciera venir a Coalcopoc y a los cómplices de su crimen para castigarlos, a fin de poder así justificar su inocencia (la de Moctezuma) ante su gran Rey. Obedeció Moctezuma. Llamando algunos familiares de su confianza, les entregó un sello secreto en prueba de su última voluntad, mandándoles que, llamando a los pueblos sometidos más próximos, procurasen traerle por la fuerza, si se negaba a venir. Vinieron Coalcopoc, un hijo suyo y quince de los principales. Al principio negó haber hecho aquello con acuerdo de Moctezuma. Cortés, habiendo preparado en una plaza muy espaciosa una gran hoguera, mandó quemar a Coalcopoc y a los demás, junto con el hijo, a la vista de Moctezuma y de toda su populosísima ciudad, habiendo sido sentenciados por traidores. Mas ellos, cuando vieron que los llevaban al suplicio, confesaron que se lo había mandado Moctezuma.

3.
Moctezuma preso. En busca de las minas de oro

Por lo cual Cortés, que andaba buscando ocasión para apoderarse del imperio de Moctezuma, le echó grillos, reteniéndole en su casa, y le increpó en tono amenazador. Entonces el infeliz Moctezuma, abatido por tal novedad, se llenó de miedo, se acobardó, y ya no se atrevía a levantar la cabeza, ni a pedir auxilio a los suyos. Sin embargo, le soltó al punto y le afeó gravemente el hecho, y él, como un manso cordero, confesó que había merecido la pena. Parece que sufre resignado estas reglas, más duras que las de la gramática que se dictan a niños imberbes: todo lo soporta tranquilo para que no se alboroten los ciudadanos y los próceres. Cualquier yugo le parecía más suave que las alteraciones de su gente, como si se rigiera por el ejemplo de Diocleciano, que mejor quiso tomar veneno que volver a coger las riendas del Imperio que había dejado.

Después Cortés habló a Moctezuma, diciéndole que esperaba guardaría la fidelidad que había prometido, respecto de obediencia y demás pactos hechos en nombre del gran Rey de España, y que por eso, como cumpla su voluntad, puede si quiere volverse al palacio en que antes brillaba como rey. Cortés se lo ofreció, y él lo rehusó diciendo que no podía menos de verse estimulado por sus próceres y atormentado de mil molestias, que estaban en disposición de promover tumultos, y que conocía les rechinaban los dientes porque había recibido a Cortés y a su gente, en particular con aquella caterva de oficiales enemigos. Declaró que vivía con los nuestros más tranquilo y más seguro que no en medio de semejante torbellino de los suyos. Sin embargo, salía alguna vez a pasear a los palacios maravillosos de recreo que había construido, de los cuales hablaremos más extensamente abajo. De este modo vivieron mucho tiempo bajo un mismo techo uno y otro: Cortés recibido como huésped, y Moctezuma que lo recibió; pero ahora era al revés.

Siempre que por la tarde volvía, no se dirigía al palacio antiguo, que era el mayor y su morada, sino al de Cortés. Cuando bajaba de la litera, hacía regalos juntamente a todos sus acompañantes, y a los españoles, y gustaba del trato de éstos, a los que llamaba y hablaba con rostro placentero y palabras dulces.

Estando así las cosas, Cortés le pidió a Moctezuma lo enseñara dónde estaban las minas de donde él y sus antepasados sacaban el oro. Moctezuma dijo que le agradaba, y sin tardanza mandó llamar a los más expertos y aventajados en aquel arte. Fueron enviados varios por varias partes, con españoles designados por Cortés para que le contasen lo que vieran. Los primeros fueron enviados a las minas de la provincia llamada Zuzulla, que dista ochenta leguas de la corte Tenustitana; recogieron oro sin trabajo de tres ríos, pues los españoles no llevaron consigo instrumentos aptos para limpiarlo, y los indígenas no hacen tanta estima del oro que procuren buscarlo de otro modo que escogiendo los granos mayores de oro, de entre los menuditos, en la arena que sacan. La tierra que media en el espacio de *(las ochenta)* leguas dicen que está llena de poblaciones magníficas.

A otros los envió a la región llamada Tamaculapa, cuyos habitantes son más ricos, y van mejor vestidos que los zuzulanos, por tener una tierra mas fértil. Destinó dos a otra llamada Malinaltepec, que está más cerca del mar y dista sesenta leguas de la corte lacustre: allí sacaron oro de un río grande. Otros fueron a una región montañosa llamada Tenis. Aquí hay guerreros feroces: tienen picas de treinta palmos aptas para pelear. Su régulo, que se llama Coatelimac, es inmune de las leyes de Moctezuma, y dijo que los españoles podían pisar su territorio, pero los motezumanos de modo ninguno.

Así es que Coatelimac recibió placentero a los españoles, y les dio de comer muy bien. Esta región Tenis es notable por ocho ríos que todos crían oro. Este cacique envió a Cortés mensajeros, ofreciéndose él y todas sus cosas. Otros fueron destinados a la provincia que se llama Tachintebec: en ésta encontraron dos ríos que crían oro, y una región a propósito para fundar una colonia.

4.

Moctezuma levanta una factoría a ruego de Cortés, y facilita un puerto. Ofrecimientos del cacique de Guazacalco. Sublevación de Catamazín.

Cuando se hubo enterado Cortés de la bondad de esta tierra de Tachintebec, pidió a Moctezuma que en nombre de nuestro gran Rey erigiera allí una casa en la cual se refugiaran los que fueran a recoger oro. Parecióle bien, y mandó a los arquitectos reales que estuvieran dispuestos. Fue tanta la diligencia de sus ministros, que en el espacio de apenas dos meses levantaron un palacio capaz de cualquier gran príncipe, y para toda su real familia, de modo que nada les faltara. Al mismo tiempo que edificaban la casa, sembraron en un momento muchísimos celemines de granos de maíz, con que hacen el pan, y muchos fréjoles y varios géneros de legumbres, y dos mil árboles de los que crían la almendra monetaria (*cacao*), de los cuales en otra parte hemos hablado

más latamente. Por desvarío tendrán los hombres de menguado ingenio eso de que se coja de los árboles moneda.

Fuera del edificio mayor levantaron otros tres destinados a los servicios del palacio, y grandes estanques de agua dulce, donde se cría abundancia de peces y aves acuáticas, ánades en particular, que de una vez mandó echar quinientas por que les sirven más por las plumas, con que hacen muchas clases de velos desplumándolas todos los años al entrar la primavera. Añadió también mil quinientas gallinas, que son mayores que nuestros pavos y no menos buenas, como otra vez lo dije, para que las comieran entonces, y para que criaran en adelante. Además, todos los instrumentos que se emplean en el cultivo de los campos y en las faenas rústicas.

Escribe Cortés que aquel palacio en tan breve tiempo construido, si se pudiera vender, valdría más de veinte mil castellanos de oro, y que en España no hay ninguno como él. Lo que me dicen eso digo. Preguntado después Moctezuma dónde habría un puerto bueno para nuestras naves, respondió que no lo sabía, porque nunca había tenido cuidado de cosas de mar; pero que le daría dibujada toda la costa para que él escogiera sitio a su gusto, y envió con españoles algunos maestros conocedores de aquella costa: recorrieron varias partes.

En la provincia de Guazacalco, cuyo cacique es enemigo de Moctezuma, aquél admitió a los españoles, pero no a los motezumanos; dijo que había oído hablar de la excelencia y valor guerrero de los nuestros desde que sojuzgaron a los de Potenchian, y que desde entonces estaba deseando la amistad de los nuestros; dijo que les deseaba feliz venida, y les mostró la gran desembocadura de un río que dicen es profundo, y por tanto capaz de grandes embarcaciones.

Allí se comenzó a erigir una colonia a ruego del cacique, que hizo construir a sus subordinados seis casas al estilo de aquel país, prometiendo más si era menester, e invitó a los españoles a que se quedaran allí siempre si querían establecerse en su territorio, y aun dentro de la ciudad si lo preferían. En señal de su anhelada amistad envió a Cortés regalos, aunque no magníficos, y mensajeros que le ofrecieran homenaje. Volvamos a los asuntos de Moctezuma.

Detenido Moctezuma o, por hablar con más verdad, reducido a decorosa servidumbre, Catamazín, súbdito y pariente de Moctezuma, dueño de la provincia Hacoluacana, cuya capital es Tescuco, se emancipó, declarando que desde entonces no obedecería ni a Cortés ni a Moctezuma, y se levantó soberbiamente contra los dos. Este domina en cuatro ciudades, por lo cual se llama Nahautecal, porque *nahau* es cuatro y *tecal* señor, aunque bajo el mando de Moctezuma, como Vuestra Beatitud sabe que sucede en nuestros reinos de Europa: en Alemania bajo los emperadores, en España y en Francia bajo los reyes hay potentados, aunque sometidos a los cesares y reyes con los territorios en que mandan.

La principal de aquellas ciudades, llamada Tescuco, dicen que tiene treinta mil casas, y que es notable por sus egregias murallas, sus magníficos templos y edificios. Las otras dicen que son de tres mil y cuatro mil hogares, con villas, pueblos y aldeas ricas y dotadas de fértil suelo.

Cuando los mensajeros le invitaban a la paz en nombre de Cortés, respondió con altanería: «¡Y qué! ¿Pensáis que nosotros somos tan cobardes que nos queramos someter a unos advenedizos como vosotros?» Y acusó seriamente al rey Moctezuma porque se había entregado tan cobardemente en poder de los nuestros; dijo que si iban sabrían quién era él, y agitando los brazos añadió: «Que vengan cuando quieran.»

5.

Moctezuma se encarga de someter a Catamazín. Autoriza una derrama propuesta por Cortés. Productos de ella.

Cuando le contaron esto a Cortés, deseaba atacar a Catamazín; pero Moctezuma le aconsejó que no lo hiciera. Que sobrevendría una catástrofe si aquel rey venía a las manos, por ser Catamazín

poderoso y señor de egregios guerreros, y que la victoria sería dudosa y, si venciese, sangrienta. Opinaba que debía echarse mano de astucia y ardides. Dijo que le dejaran a él esta empresa, que él le bajaría los humos fácilmente a Catamazín, que quería reprimir su temeraria insolencia, llamando a sus nobles caudillos asalariados.

Estos caudillos tenían intimidad bajo Moctezuma con Catamazín y sus familiares, y sobornando a éstos, mandó procurasen prender a Catamazín y presentárselo a la fuerza, y, si vieran que era menester, le matasen. Hay muchos rodeos, es larga la historia; basta saber cómo se llevó a cabo. Los caudillos pusieron por obra fácilmente lo que les había mandado su señor, se apoderaron de noche de Catamazín, que estaba descuidado y sin temor ninguno; con lanchas lo llevaron de su propia casa, que está en la orilla del lago salado, a la corte lacustre tenustitana: se lo entregó a Cortés, y aprisionándole y poniéndole grillos, sustituyó en el reino a su hermano Cacuscazín, que obedecía a Moctezuma. Esto deseaban los pueblos de aquellas ciudades, porque Catamazín los gobernaba con demasiada soberbia, y ni su hermano se atrevía a vivir con él porque era por demás obstinado y terco.

Pasados pocos días, Cortés aconsejó a Moctezuma que a los próceres que, habiendo oído el discurso de su rey sobre prestar obediencia al gran Rey de las Españas, habíanse vuelto a sus tierras, se enviaran mensajeros que pidiesen a cada uno de ellos una parte de las cosas que poseyesen para enviarlas al gran Rey de las Españas, porque estaba metido en edificar cierta gran mole sin término, y en ansiedad por haber emprendido su construcción. Accedió Moctezuma a la demanda. De sus próceres, familiares y amigos, como sucede en las casas de los reyes por el trato que tienen interiormente, envió dos o tres a cada caudillo, con los cuales mandó Cortés otros tantos españoles. Es ya tanto el miedo que tienen, que, con oír tan solamente el nombre de los españoles, ninguno sabe ni balbucir ni pensar sino de lo que se le manda.

Recorrieron por diversas partes cincuenta, sesenta, ochenta, ciento y más leguas, y recogieron y trajeron muchos dones. Fue tanta la abundancia de oro, que escribe Cortés que de lo recogido la quinta parte debida al Rey ascendió a treinta y cuatro mil castellanos de oro, y ya sabe Vuestra Beatitud que un castellano excede en un cuarto al ducado.

Además del oro, que se había de fundir, trajeron muchas preciosas joyas de gran peso y valor y muy hermosamente formadas, en las cuales el arte vencía a la materia, pues tienen habilísimos operarios de todas las artes, principalmente los que trabajan en oro y plata, lo cual de ninguna manera es desconocido de Vuestra Beatitud pues que ha visto no pocas, y alguna vez admiré su arte cuando estaba entre nosotros antes de ocupar el sublime trono. También dice Cortés que trajeron una cantidad no despreciable de piedras preciosas. Pero de la plata recogida, escribe Cortés que el quinto del Rey hizo más de cien libras octunciales, que los españoles llaman marcos.

De los muebles, tapetes, vestidos y adornos de camas refieren cosas increíbles, pero dignas de creerse cuando un hombre tal se atreve a escribirlas al César y a los senadores de nuestro colegio de Indias, añadiendo además que calla muchas cosas por no ser molesto hablando de tantas. Lo mismo dicen los que han regresado a nosotros desde allí. Las cosas que ha recibido del mismo rey Moctezuma son tan admirables por su valor y arte, que juzgo debe no decirse hasta que las veamos. Vimos con Vuestra Beatitud en la célebre ciudad de Valladolid las primeras que vinieron, y que hemos descrito en la Década cuarta. Escribe que enviará muchas de ellas dentro de poco. Dicen los que vienen que aquellas primeras son muy inferiores en número, calidad y precio.

6.
Relación que Cortés envía de Méjico. Acueducto y puertos. Comercio.

Descansaba Cortés, y no sabía qué hacer con tantos y tan felices sucesos. Confiesa que, contemplando el poder de Moctezuma, la amplitud del imperio, el orden de su hacienda, su elegancia y abundancia, no sabe por dónde echar, ni cómo comenzar su narración.

Sin embargo, dice que quiere empezar por aquella provincia en que están aquellas lagunas y la inmensa ciudad tenustitana, y otras muchas. De las demás, después. Dice que la provincia se llama Messica *(Méjico)*, rodeada de altas montañas. En esta planicie están situadas aquellas dos lagunas, dulce una y salada la otra, como ya se ha dicho. Dicen que esta planicie tiene un ámbito de setenta leguas, que ocupan en su mayor parte las lagunas.

Estando colocada la ciudad tenustitana, domicilio del gran rey Moctezuma, en el centro de la laguna salada, por cualquier parte que a ella se vaya dista de tierra legua y media, y a veces dos leguas, y la laguna está cubierta de día y de noche de lanchas que van y vienen. Se va también como desde los cuatro lados por cuatro puentes de piedra, hechos a mano, en su mayor parte perpetuos y sólidos, aunque abiertos y cortados a trechos con vigas levadizas echadas en aquellas puertas, a fin de que las aguas en el flujo y reflujo tengan libre el paso, y para que se puedan elevar fácilmente si les ocurriera algo adverso. Dicen que aquellos puentes tienen dos picas de ancho. De éstos hemos descrito uno en el encuentro de Moctezuma con Cortés. Por él fórmese idea de los demás.

Por uno de los puentes se trae a la ciudad un acueducto, pero sin obstruir el puente: toda la ciudad bebe de él. A trechos hay sitios destinados a los cuestores regios que guardan las lanchas que llevan a vender el agua a los aguadores por la ciudad. Allí exigen el tributo. Este acueducto tiene dos álveos. Cuando se ensucia por el musgo del agua que corre, dirigen al otro la corriente hasta que el primero quede limpio. Así sucesivamente limpiados, beben en toda la ciudad agua purificada. Dicen que la cabida de este acueducto iguala al tamaño del cuerpo de un buey.

Pero ¡qué diré de los numerosos puentes que hay en la misma ciudad, por los cuales los vecinos se comunican entre sí! Son de madera, todos anchos, de manera que pueden pasear juntos diez hombres. Dicen que son muchísimos, y no se debe pensar menos, pues los caminos son en su mayor parte de agua, y hay otros terrestres, como puede verse en nuestra insigne república de Venecia.

Dicen, además, que hay muchas otras ciudades, fundadas ya en una y otra laguna, ya en sus orillas, ya en la misma agua, como en Venecia. La misma ciudad tenustitana dicen que tiene cerca de sesenta mil casas, a lo cual, si son verdaderas las demás cosas que cuentan, nada se puede objetar. Hay en ella plazas muy espaciosas, principalmente una, rodeada por todas partes de pórticos. A ella acuden mercaderes y otros negociantes.

Hay allí buenas tiendas de todo lo vendible: de vestidos, de comida y de ornatos, tanto guerreros como civiles, muy cómodos. Se pueden contar cada día en los mercados y las ferias sesenta mil compradores, que en lanchas llevan de sus pueblos a la ciudad los productos de su patria, y se traen algo extranjero. Como entre todos nosotros, la gente del campo, con burros u otras bestias de carga o carros, de sus aldeas o campos llevan a los pueblos vecinos o ciudades lo que con trabajo o diligencia han recogido, como leña, paja, vino, trigo, cebada, aves y otras cosas así, para por la tarde llevarse de vuelta con qué remediar su necesidad o su apetito.

Y hay allí otra cosa que les viene muy bien a los comerciantes y a todos los forasteros. No hay una plaza ni encrucijada de dos, tres o cuatro calles, en que no haya figoneros. Encuéntranse allí a todas horas y momentos comidas asadas y cocidas de aves y cuadrúpedos. Bueyes, cabras y ovejas no tienen. Las carnes que usan son de cachorros, que, como ya dijimos, los castran y ceban para comerlos, y de ciervos tienen gran abundancia y son diestros cazadores; liebres y conejos, tórtolas y tordos y becafigos, perdices, francolines y faisanes, cría también aquella tierra.

Entre las aves domésticas, patos, ánades, pavos, que los nuestros llaman gallinas, los cría cada uno en su casa, como entre nosotros lo hacen las mujeres del campo. Ya dije alguna vez que se parecen en lo grande y en el color de la pluma a las pavas, pero nunca he descrito sus costumbres. Las hembras ponen veinte huevos, a veces treinta, de modo que el número siempre se está aumentando. Los machos están siempre en celo, y por eso son muy ligera comida. Delante de las hembras se están siempre mirando, y, como nuestros pavos machos, con las colas levantadas en forma de rueda; están todo el día paseándose y cruzando delante de sus amadas hembras, como lo hacen también nuestros pavos, y después de dar cuatro pasos o pocos más, a cada momento, arrastrándose, hacen ruido cual enfermo de alta fiebre cuando del frío le rechinan los dientes. Ostentan en las plumas del cuello diversos colores; a su arbitrio, brilla ahora azul, luego verde, después encarnado, según el vario movimiento de la pluma, cual elegante joven enamorado que quiere agradar a su amiga.

Una cosa me contó cierto sacerdote, Benito Martín, gran indagador de aquella tierra, que dice la aprendió por experiencia, y que a mi espíritu le es difícil creerla. Dice que crió muchas bandadas de estos pavos, y que con gran anhelo observó la generación de ellos. Cuenta que al macho le embarazan ciertos impedimentos de las piernas, de modo que apenas puede tomar la hembra para juntarse como algún conocido no la sujete con la mano, y que ni la hembra rehúsa que la cojan, ni el macho se espanta de acercarse; así que ve que tienen a su amada, va de seguida y hace su negocio en manos del que la tiene. Así lo cuenta él, pero los compañeros declaran que eso sucede rara vez. Tienen gran abundancia de huevos de estos pavos, de gansos y de ánades, ya se quieran crudos, ya condimentados de diversos modos o puestos en tortas.

También hay entre ellos abundancia de pescados de río y de estanque, de mar no, pues está muy lejos, y los negociantes los logran crudos, asados, cocidos, conforme quieran. De las frutas nuestras, tienen cerezas, ciruelas y manzanas de varias especies, pero muchos géneros desconocidos para nosotros. Mas para el apetito sensual se venden vivas toda clase de aves de rapiña, y sus pieles enteras rellenas de algodón, de modo que el que las mira cree que están vivas.

Cada calle tiene separadamente sus artífices. A los herbolarios y boticarios los estiman mucho para cuidar de la salud. Tienen también muchos géneros de verduras, lechugas, rábanos, mastuerzo (*nasurcium*), ajos, cebollas y otras muchas además. Mieles y ceras recogen algunas de los árboles, y las nuestras de abejas. De aves y cuadrúpedos, y pescados, y otras cosas de comer y sensuales, ya basta. Con qué dinero se adquiere esto, es muy hermoso el oírlo; ya lo ha oído Vuestra Beatitud, y yo lo he escrito otras veces.

LIBRO IV.

1.
Cacao-moneda y chocolate primitivo. Comercio e industria. Tribunales. Trasportes y herramientas.

Ya dije que la moneda corriente de ellos es cierto fruto de unos árboles parecido a nuestras almendras, que le llaman *cacao*. Tiene dos utilidades: sirve de moneda y la almendra aprovecha para hacer una bebida. Por sí no vale de comer, porque es algo amarga, aunque tierna como la almendra; pero triturándola se guarda para hacer esa bebida, y echando en agua una porción de aquel polvo y revolviéndola un poco, resulta una bebida digna de un rey.

¡Oh feliz moneda que da al humano linaje una bebida suave y útil, y a sus poseedores los libra de la tartárea peste de la avaricia, porque no se la puede enterrar ni guardar mucho tiempo!

Hacen también otra multitud de bebidas, como acontece comúnmente en la tierra natal de Vuestra Beatitud con las cervezas y la sidra, machacando y cociendo en cubas o hidrias el grano de maíz y frutas, y aun algunas hierbas, de las cuales bebidas hay próximas a los mercados tabernas de figoneros, en las que preparan comidas.

Eso que jamás se había oído de la moneda, lo supo Vuestra Beatitud antes que marchara de España; pero aún no sabíamos cómo aquel árbol se planta, se cría y crece: mas ahora todo lo sabemos mejor.

Aquellos árboles se crían en pocos lugares, pues se necesita una región cálida y húmeda dotada de cierta benignidad de clima. Hay caciques cuyas contribuciones y rentas son únicamente el fruto de esos árboles; a cambio de él se hacen con lo necesario, digo, con esclavos, vestidos y lo conducente al ornato y demás. Los mercaderes les llevan mercancías de varias cosas y sacan abundancia de esos frutos, de que gozan las demás provincias. Así corren esas almendras para que de ese modo todos los comarcanos participen de eso. Así sucede en todas partes, pues los que tienen aromas, oro, plata, acero, o hierro, o plomo u otro metal nativo, con eso que su patria les da consiguen lo extranjero que desean, yéndose por las tierras de otros que necesitan de aquellas mercancías, o por la humana flojedad les parece que necesitan de ellas, y trayéndose lo que conocen que ha de agradar a sus conciudadanos para hermosear la naturaleza con esta variedad de cosas. Así se vive en el mundo. Así tiene que decirse.

Pero ahora debe referirse cómo se crían estos árboles. Se plantan al abrigo de cualquier otro árbol, a fin de que, como el niño en el seno de su nodriza, estén libres de los ardores del sol y de la furia de las tempestades; pero después que crece de manera que pueda extender sus raíces, y ya endurecidas pueda gozar del sol y del aire, se corta o se arranca el árbol protector. Basta ya de la moneda. Lo cual, si no lo quieren creer las almas vulgares y estrechas, pido que no se les obligue a ello.

Se vende también en las plazas y mercados tenustitanos todo lo concerniente a la construcción y ornato de las casas: maderas, leñas, combustibles, cal, yeso y ladrillos, y piedras labradas para tal uso. Se venden asimismo vasijas de barro de muchas clases, hidrias, cántaros, fuentes, copas, marmitas, platos, barreños, sartenes, escudillas, pucheros y toda clase de vasijas labradas.

De acero y hierro carecen. Abundan el oro, la plata, el estaño, el plomo y el latón. Ya quiera uno toda clase de metal en bruto, ya fundido, o forjado, o trabajado, o bien cualquier joya, la encontrará preparada. Cuanto ven con sus ojos los artífices, son tan diestros que lo forjan y lo cincelan tan bellamente que emulan a la misma naturaleza. No hay forma de ave, ni cabeza de cuadrúpedo o figura, que no tenga Moctezuma imágenes muy semejantes a las vivas, y cualquiera

que las ve de lejos juzga que están vivas, lo cual no difiere mucho de lo que sabe Vuestra Beatitud, pues vio no pocas en el regalo que trajeron, antes de encaminarse de España a Roma.

Hay otra cosa que no debe callarse. En el espacioso campo de la plaza mayor está la gran casa senatorial. Allí se sientan perpetuamente con autoridad diez o doce varones ancianos para juzgar como jurisconsultos de los asuntos que ocurran. Asístenles ministros lictores con sus cetros para ejecutar lo que manden; también están los ediles, que cuidan de los números y las medidas. Si usan de pesos, no se ha sabido aún.

Otra cosa hay digna de admiración. Dije que en aquella ciudad rodeada de la laguna salada hay abundancia de todo, siendo así que no tienen bestias de carga, mulos, ni asnos, ni bueyes, que arrastren carros o carretas. Muchos preguntarán, con razón, cómo llevan aquellas cosas, principalmente las grandes vigas y piedras a propósito para hacer los edificios, y otras cosas como ésta. Sepan que todo se lleva en hombros de los esclavos, y no deja de ser admirable que, careciendo de hierro y de acero, fabriquen todas las cosas tan linda y elegantemente. Sepan que todo se forma y se trabaja con piedras.

Al principio de este tan gran descubrimiento logré una piedra de ésas del mismo Cristóbal Colón, Prefecto marítimo, que en español se llama Almirante, que me la regaló. Era de color obscuro de esmeralda, atada alrededor en un palo muy duro, que le servía de mango. Con todas mis fuerzas di con ella yo mismo en unas barras de hierro, e hice mella en ellas, sin estropearse ni lastimarse por ninguna parte la piedra. Con estas piedras, pues, hacen sus instrumentos para ejercitar las artes de picapedreros y carpinteros, y de platería y orfebrería.

2.
Construye Cortés en Méjico cuatro bergantines. El templo principal. Colegio. Ídolos y sacrificios horrendos. Antropofagia.

Después de esto, temiendo Cortés lo que suele acontecer en el flujo y fragilidad de las cosas humanas, es a saber, que cambian los volubles pensamientos de los hombres, y pensando que podía suceder que los tenustitanos, por más que Moctezuma tratase de impedirlo, o cansados de la larga molestia del hospedaje, o tomando cualquier otro pretexto, se levantaran y tomaran las armas, viéndose rodeado de agua y de puentes cortados, construyó en la laguna salada cuatro pequeñas embarcaciones de dos remos, que llaman bergantines, a fin de que, si sobrevenía cualquier necesidad, pudiera de una vez sacar a tierra veinte compañeros con los caballos.

Construidos los bergantines, juzgándose ya seguro con la ventaja de ellos, determinó examinar los secretos de aquella ciudad, que son de alguna importancia; primeramente visitó los templos acompañado de Moctezuma; al modo que entre nosotros cada santo tiene su iglesia dedicada, así entre ellos hay en cada calle templos dedicados a sus ídolos.

Pero oiga Vuestra Beatitud las cosas que se refieren del templo mayor y de los ídolos principales. Dice que el templo más ilustre es cuadrado; cada lado tiene una puerta muy grande, a las cuales corresponden en derecho aquellas cuatro calles admirables, arregladas, que hacen oficio de puentes desde el continente. La grandeza del templo aquel ocupa tanto sitio como un municipio de quinientos vecinos: está defendido con muros de piedra altos y perfectamente construidos, circunvalado también de muchas torres y levantado a modo de fuerte alcázar.

Entre las muchas torres dice que hay cuatro mayores y mucho más capaces que las demás, porque están en ellas los palacios y habitaciones destinadas a los sacerdotes superiores. A las primeras habitaciones se sube por cincuenta gradas de mármol. Como he dicho, éstas son las casas de los sacerdotes que tienen cuidado de los sacrificios. Los hijos de los principales de la ciudad se cierran allí de siete años, y no salen nunca ni asoman la cabeza hasta que, llegados a la edad nubil, los educan para contraer matrimonio. Durante aquel tiempo no se cortan nunca el pelo, se abstienen

siempre de todo lujo, y en cierta temporada del año de comer lo que cría sangre, y mortifican su cuerpo con frecuentes ayunos para que el siervo no se insolente y dé coces a su señora la razón. Van vestidos de negro.

Alguna de esas torres escribe que es más alta que la de las campanas de Sevilla, que es altísima, y concluye que en ninguna parte ha visto edificios mayores ni mejores, o más artísticamente labrados. Pregúntenme los curiosos si él ha visto algo fuera de España.

Pero acerca de los ídolos es cosa tremenda de decir lo que refieren y cuentan los que vienen, aparte del simulacro marmóreo de Uvichilabuchichi, el más grande de sus dioses, de la estatura de tres hombres, que no envidia al Coloso de Rodas. Cuando alguno, movido de piedad para con alguno de sus númenes, determina dedicarle un simulacro, procura recoger una gran cantidad de semillas aptas para comer trituradas y reducidas a harina, que sea bastante para el grandor de la imagen que proyecta.

¡Oh cruel maldad! ¡Oh barbarie horrenda! Junto a la harina que van a amasar despedazan niños o niñas o esclavos hasta reunir tanta sangre cuanta sea suficiente para hacer la masa, en vez de agua caliente. La cual *(masa)*, mientras está húmeda y blanda, esos carniceros infernales, sin que se les revuelva el estómago, la ponen bastante compacta, y como el alfarero con el barro o el cerero con la cera, un caprichoso maestro que llaman para esta obra nefanda hace un ídolo.

He dicho otra vez, si no recuerdo mal, que no matan las víctimas degollándolas, sino que, metiéndoles el cuchillo por las costillas cercanas al corazón, les sacan el corazón vivos, y viendo ellos su miserable suerte; y así los inmolan, untando los labios de los dioses con la sangre de junto al corazón, y el corazón lo queman, y piensan que así se aplacará el odio de los dioses. Los sacerdotes les han persuadido de esta monstruosidad.

Muchos preguntarán, y con razón, qué se hace con los miembros y las carnes de las infelices víctimas. ¡Oh asco nefando! ¡Oh náusea repugnante! Como los judíos en otro tiempo, en la ley antigua, comían los corderos inmolados, así ellos comen las carnes humanas, tirando solamente los pies, las manos y las vísceras. Forman varios simulacros de los dioses para varios efectos: para alcanzar victoria si se va a dar batalla; por la salud, por la abundancia de frutos y otras cosas parecidas, al arbitrio de cada uno.

3.
Sufragios de víctimas humanas.
Cortés destruye los ídolos. Su discurso.

Volvamos a Cortés, que recorre aquel gran templo. En los palacios que antes hemos dicho que están en los templos, había grandes simulacros de grandes dioses; en los palacios había oscuras habitaciones, a las cuales se entraba por estrechas puertas sólo accesibles a los sacerdotes. Grandes salones adornados con enormes simulacros estaban dedicados a los príncipes por sepulcro; los más pequeños de lo interior estaban dedicados como túmulos a nobles y nacidos en buena posición; según cada uno podía, así daba cada año víctimas humanas para sacrificarlas.

Entre nosotros el pobre ofrece a los santos una candelita, el rico ofrece un cirio, muchos no ofrecen más que incienso, otros cuidan de los templos que se levantan, como nosotros con nuestro incienso y nuestra cera aplacamos a Cristo y a sus santos, pero ofreciendo el fervor del corazón.

Sucedió que, andando el rey y Cortés por los salones abiertos del templo grande, algunos de los familiares de Cortés se entraron, a disgusto de los guardas, en aquellos sagrarios estrechos y oscuros con antorchas encendidas, vieron los muros teñidos de color rojo, y por observar lo que era los rayaron con las puntas de sus puñales, ¡Oh corazones de fiera! No solamente las paredes estaban rociadas con sangre de víctimas humanas, sino que encontraron sangre sobre sangre hasta el espesor

de dos dedos. ¡Oh náusea repugnante! De los agujeros hechos con los puñales dicen que salía un hedor infernal e intolerable, de la sangre podrida que había oculta debajo de la reciente.

Pero entre tantas cosas horribles ocurrió una digna de júbilo. Todo lo que había en los salones Cortés lo mandó desmontar, y en seguida hacer pedazos, y así destrozado tirarlo finalmente por lo alto de las escaleras; sólo dejó un coloso de mármol porque era demasiado grande y no se podía quitar fácilmente.

Alterados por esto vehementemente, ya Moctezuma que estaba allí, ya todos los cortesanos, se quejaron diciendo: «¡Infelices y desdichados de nosotros! Airados los dioses, nos quitarán las cosechas con que nos alimentamos, y nos moriremos de hambre, y nos sobrevendrán, como otras veces ha sucedido por no haber aplacado a los dioses, todo género de enfermedades; ni estaremos seguros de nuestros enemigos si tenemos alguna guerra, ni bastante seguros de los alborotos del pueblo, que si sabe esto se levantará furibundo.»

Y respondió Cortés a todo esto: «¿Hay algo tan malvado, algo tan necio? ¿Juzgáis vosotros dioses a los que han sido formados por manos de vuestros subordinados? Pues lo que hacen vuestros hombres, ¿tendrá más dignidad que los hombres mismos? Lo que tu artífice, ¡oh Moctezuma!, o acaso un sucio esclavo, ha hecho con sus manos, ¿será más digno que tu majestad? ¡Qué ceguedad es ésta vuestra! ¡oh qué loca crueldad, que por causa de estos insensibles simulacros dais muerte cada año a tantos cuerpos humanos! ¿Qué saben ellos, que ni ven ni oyen? A Aquel, a Aquel conviene adorar, que hizo el cielo y la tierra. Éste es de quien proceden todos los bienes, y a quien son muy desagradables vuestros sacrificios. Además, es ley sancionada por nuestro Rey, del cual confesáis que desciende el que trajo a estas tierras a vuestros antepasados, que todo el que hiere con hierro a un hombre o mujer, a hierro muera.»

Luego que Cortés dijo estas cosas por medio de sus intérpretes, Moctezuma, con el rostro pálido y temblándole el corazón, respondió: «Atiende, ¡oh Cortés!: hemos observado y ejercitado hasta ahora estas sagradas ceremonias que nos dejaron nuestros antepasados; pero nos alegramos de oírte que nos hemos equivocado tan grandemente y que esto de ninguna manera ha de agradar a nuestro Rey, siempre que se lo podamos persuadir al pueblo. Nuestros mayores dejados *(aquí)*, encontraron acaso que los habitantes de aquellos tiempos guardaban estos ritos, y hemos seguido la costumbre de nuestros suegros y de nuestras esposas, y no debes admirar el que nosotros hayamos caído en estos errores, si es que son errores. Promulga la ley, y nosotros trataremos de abrazarla con todas nuestras fuerzas.»

Oído esto, Cortés respondió que hay un Dios trino en personas y uno en esencia, que crió los cielos y la tierra, el sol y la luna, con el ornato de las estrellas que rodean toda la tierra para utilidad de los hombres, y que por esto el matar a los hombres le era odioso, «el cual formó de la misma materia al esclavo y a todos los que tienen rostro humano, ya a mí, ya a ti, ya a éstos. Nacido entre nosotros de una mujer virgen, padeció por la salvación del género humano, lo que más largamente os enseñarán a ti y a éstos, sabios que han de venir. La bandera y la señal de la victoria de este Dios, es la imagen de esta cruz. Conviene en todo tener delante la cruz y la imagen de su madre Virgen»; y diciendo esto Cortés, convirtiéndose de jurisconsulto en teólogo, sacando la pequeña cruz y la imagen de la Virgen que llevaba en el pecho, la presentó para adorarla.

Así, quitada la máscara a tales monstruos, hizo Moctezuma que, presente él mismo, los ministros del templo lo barrieran y lo limpiaran muy bien, para que no quedase señal ninguna de tantas manchas de sangre. Basta ya de la sórdida religión tenustitana.

4.
Las casas grandes. Educación cortesana. Ceremonias a lo divino. Regia molicie. Regalos casi divinos.

Contemos algo de las moradas de los próceres, y de las egregias casas de otros ricos. Dice Cortés que no ha visto en España palacio, ya sea de algún rey, ya de algún príncipe, al cual no se le iguale la más humilde de entre setenta casas: dice que todas aquellas mansiones, formadas con edificios de piedra y de mármol, labrados con arte arquitectónico, con pavimentos de muchas clases, con columnas de jaspe y mármol diáfano, que rodean los soportales o grandes pórticos cubiertos de azoteas.

Añade que debe creerse todo lo que de esto se diga, afirmando que son poco menos que milagrosas, porque los reinos de Moctezuma son potentísimos, en los cuales una gran multitud de próceres mandan en varias regiones, como a la sombra de la corona cesárea hay muchos nobles, duques, condes, marqueses, y otros títulos. Todos ellos, según antigua costumbre, frecuentan el palacio de Moctezuma en ciertas épocas del año, y no pueden menos de hacerlo. Cada uno desea con gran empeño sobrepujar a sus compañeros en la estructura de sus palacios.

Las moradas de éstos las compararía a las estancias de los Cardenales en Roma, cerca de los Pontífices. Pero esto se diferencia mucho; pues los Cardenales, al edificar, cuidan sólo de sí propios, no haciendo caso de los venideros; mas éstos, según el mandato de Moctezuma, miran por su longísima posteridad, pues envían sus hijos a casa de Moctezuma, principalmente los primogénitos, para que se eduquen, de los cuales hay una gran abundancia; de modo que todos los días, al salir el sol, se pueden ver, por los salones y sitios oportunos de Moctezuma, más de quinientos de estos nobles jóvenes paseándose, con cuyos familiares y pajes se llenan en aquel tiempo, hasta la hora de comer, tres grandes salones y plazas que hay delante de las puertas del palacio. A todos éstos se les da de comer del peculio de Moctezuma. Dice que las despensas no se cierran en todo el día, y que cada uno puede pedir bebida a los despenseros.

Al rey, sin embargo, nadie le ve sino cuando sale de sus habitaciones reservadas, para comer o cenar, al gran salón que dice Cortés no tener noticia de ningún otro tan grande. Sentado él, se le presentan trescientos jóvenes vestidos a estilo de palacio, que traen cada uno los platos de diversas viandas, con carbones debajo en el invierno, para que no se enfríe la comida. Estos nunca se acercan a la mesa, la cual está rodeada de una cerca, y dentro de ella hay uno solamente que toma cada plato de manos de aquéllos, y se lo acerca al príncipe que está comiendo. Moctezuma da, según antigua costumbre, por su propia mano, de las viandas a seis ancianos que tienen autoridad. Mientras él come, todos están descalzos.

Los pavimentos están cubiertos con esteras. Si por ventura ocurre que llama a alguno, se acerca el llamado con el cuerpo inclinado y con el rostro mirando a tierra, ni levanta nunca la cabeza hasta que no se haya apartado lejos retrocediendo hacia atrás; nunca es lícito retirarse volviéndole la espalda. Nadie suele mirar al rey de frente. Con los ojos bajos y la faz inclinada a la derecha o a la izquierda sus familiares y servidores, y hasta los mismos príncipes, escuchan lo que el rey responde, por lo cual echaron en cara a Cortés que a los españoles que había traído les permitía mirarle cara a cara. Contestó que no era así costumbre entre nosotros, y que nuestro Rey, con ser tan grande como es, no estima tanto su mortalidad que quiera ser adorado con tanta reverencia. Agradó la respuesta.

Además, en presencia de Moctezuma, en cualquier estado que aparezca, hay silencio absoluto en medio de tanta muchedumbre; de suerte que cualquiera pensaría que ninguno de aquéllos tiene respiración.

Cada vez que come o cena se lava las manos en ambos lados, y se las enjuga con lienzos blanquísimos, y el que una vez usó jamás otro lo toma en la mano; todos sus utensilios tienen que quedar intactos. Lo mismo pasa con los vestidos. Cuando se levanta de la cama se viste de una

manera, con que sale y se da a ver; cuando después de comer se vuelve a acostar, se muda de vestido; cuando sale otra vez para cenar, toma otro; y el cuarto cuando vuelve, y lo lleva hasta acostarse. Que cambia cada día de tres vestidos me lo han contado de viva voz la mayor parte de los que vuelven *(de allá)*; comoquiera que sea, todos convienen en el cambio de vestidos, en que los una vez tomados se amontonan en el ropero para no verle otra vez la cara a Moctezuma; pero en otra parte diremos cómo son esos vestidos, pues son ligerísimos.

Con estas advertencias no es maravilla que arriba se haya hecho mención de tantos vestidos que dio. Porque contando los años y sus días de que goza en paz, particularmente Moctezuma, y las veces que cada día se muda de ropa, cesará toda admiración.

Pero los lectores preguntarán, y con razón, para qué recoge tal montón de vestidos. Sepan que Moctezuma, a sus familiares o a los soldados beneméritos, cuando van a la guerra o vuelven victoriosos, suele darles una porción de vestidos como donativo, o en vez del estipendio que hubiera de aumentárseles; al modo que Augusto, señor del mundo, más poderoso que este Moctezuma, a los que realizaban alguna hazaña mandaba aumentarles un donativo de pan que daba vergüenza, hasta que, advirtiéndole Marón que aquel exiguo donativo de pan daba a entender que era hijo de un panadero, entonces, aunque se escribe que le agradó la ocurrencia al César, se ha de creer que éste se avergonzó de que se adivinara, puesto que prometió que cambiaría de costumbres y daría a Virgilio en adelante regalos dignos de un gran rey, y no del hijo de un panadero. En vasijas de barro comió y bebió Moctezuma, por más que tenía innumerables alhajas de oro, de plata y de perlas; porque apenas se llevaron las de barro, platos, platillos, fuentes, pucheros y otras vasijas semejantes, ya no vuelven más.

5.
Quintas a estilo romano. Las de Moctezuma.

Ahora diremos un poco de los palacios y casas de campo. Cada uno de los próceres, a más de las casas de la ciudad, tienen otros no vulgares de recreo, levantados en algún campo a propósito, y junto a ellos huertos y jardines frutales, y varios géneros de hierbas, rosas y flores de buen olor, y no falta arte en el cuidado de las eras, ni en tejer alrededor las cercas de cañas, no sea que alguno entre de repente a echar por tierra o llevarse sus delicadas delicias.

También tienen todos en sus huertos estanques, donde nadan bandadas de diversos peces, y hay muchedumbre de aves acuáticas que nadan por encima. Si, pues, cada uno de los próceres tiene su casa de éstas, corresponde que no se quede atrás Moctezuma, que es su Emperador. Éste tiene tres grandes edificios en sitio retirado, para alivio de las molestias del verano.

En una tiene gran número de hombres monstruosos, enanos, jorobados, canos, que nacieron con una sola pierna o con dos cabezas: hay criados destinados a cuidar de ellos.

La segunda está destinada a las aves de rapiña, donde están los buitres, águilas y demás clases de rapaces y carnívoras. Cada ave tiene su celdilla a propósito, en un gran cobertizo, con dos palos fijos, uno fuera para que tomen el sol, otro dentro para dormir. Las celdas están separadas con sus carrizos entre medias, y el cobertizo está todo por arriba con redes de madera, de modo que cada ave, en su jaula, disfrute del cielo y vuele sin escaparse. Hay criados designados para ellas, no sólo para darles de comer, sino que hay cierto número de albéitares asalariados, que saben curar con arte médica los varios géneros de enfermedades que les vengan a las aves.

Lo de las aves acuáticas es admirable: allí están todas las que viven en el mar encerradas en estanques salados, y las que frecuentan las aguas dulces en estanques dulces, y en ciertos tiempos del año, vaciando el agua vieja y limpiando cuidadosamente las piscinas, se les echa agua nueva. A cada clase de aves, según su naturaleza, los criados les echan de comer, peces, hierbas, grano de maíz, que les facilitan los ecónomos y administradores de Moctezuma. Alrededor de aquellos

estanques hay anchos pórticos que sostienen encima postes de mármol, alabastro y jaspe. Hay otras azoteas desde las cuales Moctezuma, cuando va, pueda observar los actos y las riñas de todas las aves, principalmente al echarles de comer.

La tercera casa está destinada para los leones, tigres, lobos, zorras y otros rapaces de este género, encerrados también en sus jaulas y compartimientos. A estos animales feroces se les alimenta con pavos, de los que arriba hablamos bastante.

Aquellos edificios tienen domicilios para que, si el Rey quisiera pernoctar en ellos con su familia, lo pueda hacer cómodamente. Así lo dicen, y así lo digo. Yo lo que escriben o cuentan de público lo creo, porque me parece que no se atreverían temerariamente a decir cosa falsa, y porque he aprendido a creer que pueden hacerse las cosas que son posibles y no milagrosas, y dicen que omiten muchas cosas por no molestar demasiado con largas narraciones los oídos del César y de sus magistrados.

6.

Todo el Imperio sometido a España. Moctezuma no quiere separarse de Cortés. Angustias, de éste por la imprudentísima expedición de Narváez. Altanería de Pánfilo.

Mientras los nuestros investigaban así estas cosas, se enviaron mensajeros a las varias regiones del territorio de Moctezuma, acompañados de españoles para que en nombre de su rey hicieran saber a los próceres de aquellas tierras que habían de obedecer al gran Rey de las Españas, y en su nombre a los caudillos por él enviados. Desde el Oriente hasta los últimos límites de aquellas tierras, que los terminan por Yucatán (pues juzgan que el Yucatán, que es lo primero que ven los que van de Cuba, es isla, y aún no se sabe de cierto), dicen que hay tanto terreno que casi es como tres veces España; como que desde la ciudad de Potenchián, por otro nombre Victoria, dijimos que dista más de cien leguas la Tenustitana, y Potenchián y sus fronteras se extienden más allá, a Yucatán y a la bahía llamada Figueras, descubierta tiempo ha.

Los enviados hacia el Occidente encontraron una ciudad, también muy grande, llamada Cumatana, que, según dicen, dista como doscientas leguas de Tenustitana: y el régulo de esta ciudad, cuyo nombre no sé, y todos los que hay entre medias, y también los orientales hasta los de Potenchián, que, excepto aquellas pocas repúblicas de que hemos hablado con bastante latitud, obedecían a Moctezuma, ahora ya unos y otras se han sometido a los nuestros.

Cortés exhortó muchas veces a Moctezuma a que se volviera a su palacio antiguo; pero lo rehusó diciendo: «A ninguno de los dos nos conviene que nos separemos; porque mis próceres, como otras veces lo he dicho, teniendo en más su pro que nuestra tranquilidad, reclamarán sin parar para que, alborotado el pueblo, te hagan guerra; por eso unidos estaremos más seguros de su insolencia y ambición.» Sin embargo, fue algunas veces a aquellas casas por esparcimiento, y por la tarde se apeaba de la litera en casa de Cortés. Y cuando volvía, nadie le miraba de frente; tanta es la reverencia que le profesan que no se reputan dignos de su mirada. Esa superstición les viene a aquellos pueblos de sus antepasados.

¿Y qué? ¿Y qué? Aun por tercera vez. ¿Y qué? Los blandos halagos de la madre fortuna, dando vueltas su rueda, se han tornado en los acostumbrados bofetones de madrastra. Dice Cortés que entró en aquella ciudad de la laguna el ocho de septiembre del año 1519, que pasó allí muy placentero invierno y la mayor parte de la primavera hasta el mes de mayo del año siguiente, en el cual tiempo Diego Velázquez, vicegobernador de Cuba o Fernandina, aparejaba una armada que fuera contra Cortés, por cuanto, sin contar con él y en contra de su voluntad, según arriba referí, se había resuelto a establecerse y fundar colonias en aquellas tierras. De la armada hablaremos poco más adelante: de Cortés ahora.

Mientras así estaba con Moctezuma, de día en día esperando con la boca abierta el regreso de los mensajeros Montejo y Portocarrero, que había enviado con regalos al César, los naturales motezumanos del litoral le avisaron que se habían visto naves en alta mar; pensó que era la de sus mensajeros, y se alegró. Pero al punto la alegría se tornó en tristeza. Pasaré aquí por alto muchas menudencias que los griegos y los judíos, como que siempre se vieron dentro de estrechos límites, insertarían en las historias si les hubieran sucedido a sus conciudadanos; pero nosotros, en medio de tal amplitud de asuntos, omitimos no pocas cosas.

En suma. Era la armada de Diego Velázquez de dieciocho naves, ya carabelas con espolón, ya bergantines de dos remos, dotada de ochocientos infantes, ochenta jinetes, diecisiete cañones, como más abajo se verá.

Al frente de esta armada puso Velázquez un joven llamado Pánfilo de Narváez. Cortés le envió mensajeros a Pánfilo que le rogaran viniera como amigo, para que no trajera la perturbación a tan felices comienzos. Pánfilo le respondió que tenía órdenes del César para que desempeñara el cargo de capitán general de todas aquellas tierras, y mandó decir a Cortés que entregara el mando y se le presentara rendido y sin armas, para que, examinados sus actos, fuera juzgado por él o por Diego Velázquez, que le enviaba.

Cortés dijo que obedecería a las patentes reales si las mostraban al magistrado que había dejado en la colonia de Veracruz; pero que, si no era verdad que tenía los despachos reales, se saliera de la provincia en que él había determinado establecerse, no a tomar de paso lo que encontrara, porque entiende que esto es servicio del César; que no traiga la confusión con su llegada a los grandes comienzos; que se alzarán y se rebelarán contra los cristianos todos los bárbaros ya vencidos que bajo su dirección obedecen al César y respetan su nombre, como lleguen a entender que los españoles están discordes y con tendencias opuestas.

LIBRO V.

1.
Hernán Cortés sale de Méjico en busca de Pánfilo de Narváez. Le prende. Feliz aventura del magistrado Ayllón.

Se discutieron mucho de una y otra parte estas cosas por medio de enviados, y no se hizo nada; Pánfilo insistía en su propósito. Entretanto, algunos de los sometidos a Moctezuma le llevaron dibujadas en una tableta de corteza aquellas naves con sus cañones también y los caballos, y veintiocho arcabuceros y ciento veinte arqueros, todo lo cual estaba en tierra a la vista.

Cortés, pues, al tener noticia de esto, no sabiendo al principio qué partido tomar, estaba en brasas. Veía que, si no hacía caso, la autoridad del nuevo enemigo manifiesto tomaría fuerza, ya entre los españoles, ya entre los bárbaros. Por otra parte, era muy duro abandonar una cosa tan grande, pues temía lo que sucedió: una erupción de los bárbaros contra su gente. Por fin pensó que lo mejor sería dirigirse a Pánfilo, confiando en la autoridad que él tenía entre los que venían con Pánfilo en la isla de Cuba cuando era prefecto de la justicia *(juez)*.

Dejando guarnición en el palacio en que tenía a Moctezuma, le habló a éste en estos términos: «Rey mío, Moctezuma, ahora se presenta la ocasión de tu felicidad futura. Si en este tiempo el Rey encuentra que has sido leal, todas las cosas te saldrán fausta y felizmente. Me marcho a ver qué es esto: procura que en mi ausencia no ocurra novedad. A tu lealtad encomiendo los españoles que dejo en obsequio tuyo.» Moctezuma prometió toda ayuda, y dijo que tendría a los españoles como parientes. «Vete con buena estrella; y si ellos tocan mi frontera con ánimo hostil, avísamelo y los mandaré debelar y echar de mis tierras.»

Dejando, pues, guarnición, y haciendo a Moctezuma y a su hijo algunos regalos agradables, emprendió el camino en busca de Pánfilo, que se había situado en Cempoal y había seducido a sus ciudadanos en contra de Cortés. Andaba con ánimo de perturbar cuanto encontrara.

Dirigióse a él Cortés. Dejando a un lado rodeos, llamó a su Alguacil, que es el ejecutor de la justicia, a quien el latino llama soldado como en *Rarus venit in coenacula miles.* Le envió delante con ochenta soldados, y usando de su derecho de Pretor le mandó prender a Pánfilo. Seguía de refuerzo él con los otros ciento setenta. Así, pues, con doscientos cincuenta hombres atacó a Pánfilo, no desprevenido porque le habían dado aviso sus espías. Pánfilo se había pertrechado en la torre alta del templo de aquella ciudad, y había colocado en las gradas de la escalera ocho bombardas. Este Pánfilo, más terenciano que Héctor de Troya, con ochocientos soldados *(que tenía)*, es cercado, atacado y preso. Juzgamos que sus soldados no se atrevieron a alzar la cara contra Cortés, que siendo Pretor urbano en Cuba les había infundido miedo alguna vez; también creemos que antes la astucia de Cortés seduciría a los principales, para que en el momento de obrar no desenvainaran sus espadas. Aquí se murmura contra Cortés mucho, que algún día se sabrá. Comoquiera que sea, resistiéndose un poco Pánfilo, le sacaron un ojo. Así a este Pánfilo, que poco antes brillaba con dos ojos, se lo llevó tuerto con sus principales compañeros los centuriones que habían sido fieles a su caudillo, que se comprende fueron pocos.

Había seguido a Pánfilo cierto Licenciado Ayllón, distinguido jurisconsulto y uno de los senadores de la Española. Éste, en nombre del senado de la Española, que da la ley a todas aquellas partes, había mandado a Diego Velázquez que no enviara aquella armada contra Cortés, no diera ocasión a un mal tan grande; este asunto le decía que debía resolverse por autoridad del Rey, no por las armas, y había venido a decir esto mismo a Pánfilo; con todas sus fuerzas trabajó por apartar de tal intento a los promovedores de la armada. No obedeció entonces el terenciano Pánfilo, sino que,

echando grillos al propio senador, lo enviaba a Cuba en una nave a Diego Velázquez, inventor de la tal armada.

Fue tal la maña del Licenciado, que, ganando a los marineros, llevó él presos a la Española en la misma nave a sus guardias. Así se hacen las tortillas en el regazo de la fortuna. Estas son cosas menudas; vengamos a las gordas.

2.

Reforzado Cortes, vuelve a Méjico y encuentra sublevada la ciudad. Salidas infructuosas denuncian la gravedad de la situación.

Todos los que habían seguido a Pánfilo se unieron a Cortés, reconociéndole por Pretor urbano. Envió las naves a Veracruz para que hicieran saber la victoria a la guarnición de aquella colonia. Con los restantes se encaminó a Tenustitán, y despachó delante un mensajero que diera noticia de lo sucedido a Moctezuma y a los que había dejado allí. Este enviado recibió muchas heridas en el camino, y apenas escapó llorando; volvió con la noticia de que estaba todo revuelto en la ciudad Tenustitán, que se habían sublevado los bárbaros, que habían quemado los cuatro bergantines aquellos de que arriba hicimos mención fabricados para defensa de los nuestros, y que, sitiada nuestra guarnición, se hallaba en el último extremo muy apretada a hierro y fuego, y que habían interceptado todas las provisiones. Añadió que habrían perecido todos si no se hubiera opuesta Moctezuma, a quien tampoco obedecían ya los de la ciudad.

Acercóse Cortés a la orilla de la laguna salada con su acompañamiento, y mandó una canoa unilígnea para explorar lo que pasaba. Salióle al encuentro otra en que iban un mensajero de Moctezuma y otro de los soldados españoles sitiados, para notificarle a Cortés el apuro de los nuestros. Se puso en claro que aquello se hacía contra la voluntad de Moctezuma. Los mensajeros le exhortaban a que se diera prisa; el enviado decía que con su venida esperaba Moctezuma que se aplacaría la promovida sedición.

Así, tomando unas canoas, pasó apresuradamente el día 24 de junio al palacio en que estaba la guarnición, y Moctezuma lleno de ansiedad por aquel tumulto. Se encontró levantados los puentes de madera que a trechos cortan los de piedra. Al principio creyó que era por temor, pero muy lejos de eso: habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían a su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban a expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, a sus antiguos enemigos los tlascaltecanos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones difíciles de lograr, porque, rodeados de agua, necesitan naturalmente de todo; que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetecen y por la fuerza o con ardides procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quitado los antiguos ritos y ceremonias.

Alborotados por estas causas los príncipes de la ciudad, y con ellos los próceres de fuera que gozaban de familiaridad con su rey, y en la casa de éste educaban desde niños a sus parientes e hijos, resolvieron con entusiasmo rabioso exterminar aquella gente, como los labradores suelen arrancar los cardos de las mieses. Sin orden del rey, antes resistiéndose con todas sus fuerzas, acometieron la empresa de atacar al palacio, matar a los soldados o consumirlos de hambre. Por lo cual los nuestros se veían ya reducidos al último extremo si no hubiese venido Cortés, con cuya llegada volvieron a tomar poco a poco el aliento que ya se les iba, no quedándoles esperanza alguna. Habían fortificado el palacio a manera de castillo, y lo dominaba una alta torre de templo cubierta de pinos alrededor. Desde los pinos y las defensas hacían graves daños a los nuestros, tirándoles piedras y dardos.

Cuando los bárbaros entendieron que había venido Cortés con tropas auxiliares y juntádose con los suyos, comenzaron a pelear con más ferocidad y rabia: negra nube de piedras y dardos, y la

espesura de las flechas y de todo género de armas arrojadizas, les cubría el cielo a los nuestros: llenaba los aires el griterío que levantaban hasta las estrellas, porque era innumerable el número de obstinados combatientes.

Contra los que peleaban en lo llano, envió Cortés desde el castillo un capitán con doscientos españoles: hizo algún estrago en los bárbaros; pero rodeado de tal muchedumbre, no pudo romper el escuadrón de ellos. Difícil le fue la vuelta al castillo, pero salió abriéndose paso con las espadas. Entre los muertos fue él herido gravemente y dejó muertos a cuatro de sus camaradas.

Cortés cayó por otra parte sobre los contrarios; poco daño les hacía, porque, así que habían tirado las piedras y los dardos, se refugiaban en las torrecillas que los españoles llaman azoteas, que están construidas en abundancia por toda la ciudad. Atroz fue la lucha por mucho tiempo. Cortés se vio precisado a retirarse de ella al castillo, lo que apenas pudo hacer, no sin peligro, habiendo muerto muchos de sus compañeros por la violencia de las piedras y de varios géneros de dardos.

3.

Los mejicanos estrechan el sitio de Cortés. Ochenta bajas de españoles en un día. Cortés herido hace testudos inútilmente. Muere Moctezuma de una pedrada de los suyos.

Vuelto Cortés al castillo, renovaron los bárbaros el ataque: por todos los lados buscaban por dónde entrar o arruinarlo. Arrimados a las puertas, se empeñaban en prenderle fuego. Los defensores, con las balas de las bombardas, a tiros y flechazos, traspasaban a muchos de los asaltantes; pero los sobrevivientes se adelantaban tenazmente por los cadáveres de sus compañeros si era menester, renovando la lucha. Dicen que duró desde la aurora hasta la tarde. Este trabajo era intolerable para los nuestros, porque se veían precisados a estar todos sobre las armas todo el día; mas para ellos era mucho más ligero, porque a cada cuarto de hora, en lugar de los cansados, muertos o heridos, ocupaban los puestos otros sanos y de refresco, y no venían menos contentos al peligro que de él se apartaban los cansados: tanta es ya la ofuscación del odio concebido. Se exhortaban alternativamente a arrojar de los propios lares a estos huéspedes, diciendo que no puede haber vida tan hermosa como es hermoso y honorífico el luchar por sacudir tal yugo de la cerviz o morir por la libertad de la patria. Así, durante todo el día, como lobos rabiosos alrededor del redil, insistían en la lucha: por la tarde cesaba ésta. Pero durante toda la noche movían tan fuerte gritería, que con su ruido ensordecían la vecindad: ni dentro del castillo podían oírse unos a otros; tanto era el retumbo de los gritos.

Cuando los bárbaros se retiraron aquel día, pasando lista vio Cortés que habían sido heridos ochenta de los suyos. Al día siguiente, que fue el 24 de junio, acudieron más gravemente que de costumbre, y se emprendió una lucha atroz. Enfiló contra los enemigos trece cañones de campaña, y puso al frente los arcabuceros y arqueros. ¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, a veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas. Al otro día, obligado por la suma necesidad de todo, se propuso probar fortuna al descubierto. Salieron como leones rabiosos los españoles estimulados por hambre cruel, se echaron sobre los enemigos, mataron a muchos y tomaron algunas casas contiguas al castillo. De los puentes de madera que cruzan las vías ganaron algunos más por la tarde, y se volvieron los nuestros con no menos hambre.

Herido Cortés y cincuenta compañeros, apretando más y más la necesidad, en particular la penuria de trigo, se vieron obligados a inventar ardides, con los cuales hicieran más daño al enemigo y pudieran atraerlo a la paz. Construyó durante la noche tres máquinas de guerra, de madera, cubiertas de tablas a modo de caja cuadrada, lo que en el arte bélico se llama *testudo*, instrumento capaz de veinte guerreros. Poniéndoles ruedas, las sacaron: los que iban dentro eran

arcabuceros y arqueros. Las guiaban por la espalda los leñadores con hachas y azadones, pensando que podrían derribar las casas y los parapetos enemigos. Pero desde las azoteas que dominaban las calles, tiraban tantas piedras y dardos a las testudos, que les rompieron la cubierta, y así fue preciso volverse arrastrándolas al castillo.

Mientras esto sucedía, el desventurado rey Moctezuma, a quien tenían consigo los nuestros, pidió que le llevaran a la vista de los combatientes, que él procuraría desistieran del ataque: le llevaron con mala suerte a un terrado descubierto frente adonde más se apiñaban los que atacaban. Cayó sobre los defensores semejante torbellino de piedras, que ninguno asomó la cara que no se retirara contuso. Allí Moctezuma, rey poderosísimo, hombre bueno de su natural y bastante discreto, encontró el fin miserable de su grandeza y de sus placeres. Herido por los suyos de una pedrada, exhaló su alma, señora de tantos reinos y que infundía temores a tantos pueblos. Los nuestros entregaron a los de la ciudad el cuerpo para que lo enterraran. No saben ya más. Pues no pudieron hacer más que pensar cada uno en salvar su vida.

LIBRO VI.

1.
Cortés al habla con sus obstinados sitiadores. Resuelve tomar la ofensiva. Salidas infructuosas. Toma él mismo la torre.

Al día siguiente, llamando al sitio en que había sucedido la calamitosa desgracia de Moctezuma a los caudillos de la guerra, los principales de la ciudad y los parientes del rey, entre los cuales estaba su hermano el señor de Iztapalapa, les arengó Cortés, les aconsejó, exhortó y amonestó que prefirieran la paz a la guerra, que si no desistían borraría de raíz aquella su tan egregia e ilustre ciudad, su capital principal y suelo natal, que le daba lástima de la futura desventura de los que una vez había admitido por amigos.

Ellos respondieron que era en vano todo lo que Cortés hablara: declararon que querían tenerlo, no por amigo, sino por enemigo cruel; que no admitirían la paz ofrecida sino a condición de que, saliéndose con su tropa fuera de sus fronteras, les dejara libre su patria. Cortés les instó que se abstuvieran de nuevos daños y graves perjuicios. Ellos expusieron con tesón que antes morirían todos que sufrir semejante yugo; por tanto, le intimaron que pensara en retirarse y no esperase en vanas palabras. Decían que les sería dulcísima la muerte con tal que quitaran aquella servidumbre de las cervices de sus hijos y demás posteridad. Por el contrario, Cortés les expuso de nuevo lo que habían padecido las demás naciones que rechazaban su amistad, y prometía perdonar los yerros pasados.

Ellos repitieron que no querían su amistad, que no querían perdón, y aun añadieron que no dudaban de acabar con los españoles sin dejar uno, a hierro o por hambre, y hacían ver que les sería fácil siendo tanta la muchedumbre de desesperados deseosos de morir; que nada les importaba la muerte de mil con tal que cada millar de ellos se pague con uno de los nuestros. Declararon que todos estaban firmes en esta resolución, y así, que se fuera en buena hora por donde había venido; y con tono amenazador le amonestaban que con tiempo mirara por sí y por su gente, y le rogaban y encarecían que les dejara gozar libremente de las costumbres y máximas heredadas de sus mayores.

Cortés, como que dentro de poco iba a perecer de hambre con toda su gente si no dominaba la violencia de los bárbaros, pues se veían ya en extrema necesidad, se vio precisado a sacar de la necesidad más alta fortaleza. También se recelaba que, si intentaba retirarse como se le pedía, le interceptaran el paso entre las calzadas cortadas, lo cual era fácil destruyendo, quitando o levantando los puentes de madera. Añadíase la sospecha de que los principales de la ciudad no ignoraban que él tenía amontonados inmensos tesoros que ellos codiciaban, y no sin razón; pues confiesan los nuestros que entonces tenía recogida de todas aquellas tierras la suma de setecientos mil ducados en oro, plata y piedras preciosas. Por esto aquella noche tomó la resolución de disponerse al combate y probar lo que la fortuna de la guerra hubiera determinado.

Rehizo aquellas testudos que hemos mencionado. Al hacer de día salió con ánimo de destruir primero las azoteas, desde las cuales hacían daño a los nuestros tirándoles piedras y cosas semejantes, y después ocupar los puentes si podía. Poniendo ruedas debajo de las máquinas, las arrastraban los que iban dentro. Seguían de cerca las bombardas, que por tres lados las guardaban, como tutores, arcabuceros y arqueros con sus escudos, y les acompañaban juntamente pelotones de tres mil tlascaltecos y guazucingos.

Desde las primeras azoteas que atacaron, les arrojaron a los nuestros semejante nube de dardos y piedras, que no pudieron hacer uso de los cañones. Muerto uno y heridos muchos, se volvieron tristes al castillo. También desde la alta torre-templo, que dominaba el castillo, les hacían

daños sin cuento. Los nuestros intentaron atacarla: se sube a la cima por más de cien escalones de mármol: los bárbaros que la defendían hicieron rodar a los nuestros por las escaleras, con lo cual los nuestros desmayaron, y los enemigos, ensoberbecidos, apretaban el sitio mucho más gravemente, y renovaban la lucha.

Cortés envuelto en tan grande calamidad, viendo que morían pronto si no ganaban la torre, porque mientras la tuvieran los enemigos no podían ni sacar el dedo, tomó él un escudo del castillo, siguiéronle los más esforzados cubiertos asimismo con sus escudos, y acometieron a la torre resueltos o a tomarla o a morir en aquella demanda. Aunque tomaron este empeño con manifiesto peligro de la vida, les valió sin embargo la osadía. Los enemigos se empeñaban en defender los escalones, los nuestros en subirlos, y hubo ardua refriega. Por fin los nuestros se salieron con su intento, ganaron la torre y obligaron a sus defensores a tirarse desde arriba. En aquella torre, destruyendo los ídolos, habían colocado una imagen de la bienaventurada Virgen; los enemigos la habían quitado. Mandó quemar la torre aquella con otras tres, para que desde ellas no hicieran más daño al castillo.

Cuando los bárbaros perdieron aquellas torres, se desanimaron. Saliendo los nuestros la noche siguiente, quemaron trescientas casas en una calle próxima al castillo, y en otra la mayor parte, desde las cuales le molestaban. Así, cuándo matando, cuándo destruyendo, y a veces recibiendo heridas, se trabajó por ambas partes muchos días y noches en los puentes y en las calles.

2.

Perfidia de los mejicanos. Resuelve Cortés salirse de Méjico. Retirada costosa.

Por fin los próceres de la ciudad, con fingido temor, enviaron mensajeros a Cortés para tratar de la paz, diciendo que le obedecerían con tal que les otorgara perdón de lo pasado. Cortés contestó que le agradaba. Tenía detenido en el castillo a uno de los sacerdotes que era muy autorizado, y le rogaron que le dejara libre para tratar mediante él. Le puso en libertad y, creyéndoles, dejó de tener cuidado: sentóse a comer, cuando de repente vienen con precipitación avisos frecuentes comuicando que los enemigos armados han interceptado los puentes. Cortés había rellenado ciertos espacios que los puentes de madera solían cubrir, a fin de que, si quitaban los puentes, pudieran los caballos transitar expeditamente por aquel macizo. Pero vino aviso de que habían sacado los ladrillos y tierra y todos los materiales, y que otra vez los puentes estaban intransitables y despejados los espacios aquellos; de suerte que, no ya los caballos, sino los de a pie, no podían pasar.

Saltó de la mesa, echó la caballería sobre los bárbaros, y se lanzó en medio de los enemigos, hiriendo y matando a derecha e izquierda en largo trecho; pero se arrepintió de haberse apartado tanto. Al regresar de la lucha, encontró que a la espalda estaba todo repleto de guerreros apiñados, desde el agua con lanchas, de frente y por los lados, y ocupando todo el intervalo del puente: por la espalda, los que huyendo se habían librado, le hostigaban tenazmente; también le apretaban desde las torrecillas de uno y otro lado. Muchos cayeron heridos de las piedras y los dardos; también Cortés recibió una herida grave en la cabeza: pocos salieron ilesos, y éstos tan cansados que ni podían levantar los brazos.

Y luego, cuando se recogieron en el castillo, no encontraron comida tan bien condimentada con que repararse, ni acaso mendrugos de áspero pan de maíz, ni agua potable: en vino o carne no había que pensar.

Así, tristes todos, pidieron a Cortés que les sacara de allí; pues cualquier día, o morirían a manos de los bárbaros, o sucumbirían de hambre. Escuchóles, y movido de los ruegos de los soldados y de la situación extrema en que se veían, convino en marcharse.

Preparó unas vigas para echar puentes, porque no había piedras. Con ánimo de salirse secretamente una noche, repartió los tesoros hasta la suma de setecientos mil ducados. Al contador, tesorero y demás ministros del Rey les asignó el quinto, diciéndoles que cuidaran ellos de él. Lo demás lo dividió para sacarlo en las grupas de los caballos.

Tenía consigo a un hijo de Moctezuma y dos muchachas en rehenes, y otros varios principales cogidos en los ataques; por cuya causa, y por haber destrozado los simulacros de los dioses, se había promovido aquel tumulto popular. Ordenó la gente, escogió vanguardia y retaguardia, arregló los escuadrones, y emprendió el camino en el silencio de la noche.

En un instante corrió por toda la ciudad la noticia de que huían Cortés y sus compañeros. Acudió volando inmensa multitud de combatientes; se levantó gritería hasta las estrellas; por todas partes sacudían a nuestra pobre gente dardos y pedradas. El primer escuadrón salió: a los de medio y a los que iban detrás, les fue malamente.

Se han escrito muchas narraciones largas acerca de estos encuentros. Sépalo en pocas palabras Vuestra Beatitud. Los bárbaros mataron muchos hombres y caballos; porque se llevaban a los hijos de su rey y a los principales de la ciudad, luchaban rabiosos. Todas las riquezas y alhajas que se llevaban los nuestros cayeron en poder de ellos, excepto lo poco que había tocado al primer escuadrón.

Era tal el furor de la pelea, que mataron, juntamente con los nuestros, a los hijos de Moctezuma y a los magnates de la ciudad, con los muchos esclavos que los nuestros llevaban; y si alguna vez los jinetes regresaban hacia los que iban detrás, inmediatamente los primeros que había saltaban precipitadamente al agua; como que para ellos el nadar cual cocodrilos o vacas marinas, es lo mismo que andar por tierra, y luego salíanse del agua trepando por los muros de los puentes, y volvían *(a pelear)*. Así, derrotados completamente y dispersos, los nuestros abandonaron todas las lagunas.

Los que pudieron escapar, hicieron alto en el campo de una ciudad terrestre llamada Tacuna. En un cerro alto de aquella planicie se detuvo Cortés para recoger las reliquias de su maltrecho ejército, y pasó la noche al raso; pues no se atrevió a fiarse de los tacunenses, que oyó andaban hablando al oído y teniendo reuniones. Hecho el recuento, después de juntar los miserables restos, se encontró con que había dejado muertos ciento cincuenta españoles, cerca de dos mil de los auxiliares tlascaltecanos, guazucingos y demás comarcanos de ellos; perdió también cuarenta caballos, y de los hijos de Moctezuma y de los magnates que llevaban presos no quedó ninguno; y lo mismo de los esclavos, que todos murieron a vista de los nuestros.

3.
Prosigue Cortés su retirada hostigado a retaguardia. Y con hambre. Resistencia del soldado español.

Los tenustitanos vencedores siguieron las huellas de los nuestros, siempre luchando, hasta dar vista a esta ciudad Tacuna. Había allí espaciosa llanura, y aquella noche se llenó de gente comarcana llamada por los mejicanos; no se atrevieron a embestir a los nuestros entre las tinieblas de la noche, y esperaron el día. Cortés se aseguró por medio de espías de las intenciones de ellos y del número que se había reunido contra él. Se valió de una estratagema: hizo encender hogueras en diversas partes, para que los enemigos creyeran que los nuestros esperarían el día quietos allí.

En la segunda vigilia mandó alzar banderas y que los soldados las siguieran comoquiera que pudieren. Uno de los auxiliares tlascaltecos que se habían librado, estando Cortés angustiado por no saber adonde le convendría y tendría que marchar, se ofreció a servir de guía porque había recorrido otras veces aquellas tierras, según aseguraba. Echó a andar, yendo de guía el tlascalteca, y llevando a los heridos graves en las grupas de los caballos o agarrados a las colas. A los demás que estaban

inútiles para la guerra, que se podían tener de pie, heridos o debilitados por alguna otra enfermedad, los echó delante.

Apenas el último pelotón, que guardaba él con los jinetes y algunos pocos sanos, se habría apartado mil pasos de donde habían pasado la noche, cuando, al comenzar el primer crepúsculo, llegó inmensa muchedumbre de enemigos; apresurando el paso, dieron alcance los bárbaros a nuestro último pelotón. Así que hostilizaban a los nuestros por detrás, de trecho en trecho cargaban sobre ellos los jinetes, mataban a los más y se volvían al escuadrón que seguía la marcha. De este modo persiguieron a los nuestros hasta dos leguas en continua lucha, y no se pudo andar más por lo que molestaban los enemigos.

Y no era menor apuro el carecer de todo, porque ni de Tenustitana (Méjico) había sacado cosa alguna de comer, ni caminaban seguros de los aldeanos que estaban próximos a los caminos. Desde sus casas prorrumpían en gritos desaforados, como suelen hacerlo los pastores con el lobo sorprendido en el redil hasta que ven que el lobo se ha ido lejos de la cerca. Con estas dificultades llegaron, por fin, a tierra de sus amigos los tlascaltecas.

En el segundo encuentro que tuvieron al salir de la ciudad Tenustitana, los enemigos hirieron con sus flechas cuatro caballos, de los cuales, dice Cortés, que mataron uno y les sirvió de rica cena a él y a sus compañeros de armas, que lo comían con avidez; cinco días dicen que pasaron miserablemente con sólo grano de maíz tostado, y no hasta saciarse.

Omito aquí muchas cosas particulares que me hacen creer que ni los doce Hércules griegos[54] ni viviente alguno pasó tanto quedando con vida. Tantas desdichas, tantos peligros en los combates, hambres semejantes, creo que no pudiera aguantarlos nadie no siendo español. Este linaje de hombres ha nacido para sufrir cualesquier trabajos, hambre y sed, calores y fríos y prolongadas vigilias e intemperie, si hay necesidad, a mi juicio, más que otra nación alguna.

4.

Respiran los españoles en tierra de amigos. Cuarenta y nueve españoles comidos por los indios. Otros doce españoles comidos, y victoria de Cortés contra los antropófagos.

Por fin, a los seis días de aquella marcha, que fue semejante a huida, llegó a un pueblo de la jurisdicción tlascaltecana llamado Guazilip, que tiene cuatro mil casas, según dicen. Entró en él con recelo, temiendo lo que suele suceder en las cosas humanas, que al cambiar la fortuna hubieran cambiado las voluntades, y de amigos se hubieran tornado en enemigos; pero encontró que guardaban lealtad. Este pueblo distaba cuatro leguas de Tlascalteca.

Cuando los tlascaltecanos oyeron la derrota de los suyos y los nuestros, y que iban a su ciudad, enviaron de mensajeros a dos principales, el uno magistrado, el otro Secustengel. También vinieron de la república de Guazucingo, amiga de los tlascaltecas, y consolaron a los nuestros en su aflicción, exhortándoles a que tuvieran ánimo, dando esperanza de futura venganza y ofreciendo para ello todas sus fuerzas; aconsejaron descansar ahora de tantos trabajos y curar las heridas, y prometían que los tenustitanos pagarían pronto su merecido por el estrago hecho en los españoles y en sus conciudadanos, muertos a la sombra de éstos.

Con este lenguaje. Cortés confirmó su ánimo, que estaba receloso, y a ruego de los enviados marchó a Tlascalteca, y a los mensajeros guazucingos les despachó alegres con ciertos regalos de cosas nuestras que les gustaban por ser extranjeras. Recibieron con amabilidad a los nuestros, y los asistieron con blandas camas y con lo necesario para comer. Cuando Cortés partió hacia

54 Aunque la fábula pone muchos Hércules, pero sólo uno, griego, que yo sepa, con doce empresas principales, ridículamente disparatadas. Lo mismo da.

Moctezuma, se había dejado en poder de los tlascaltecas algo de oro y plata; todo lo encontró intacto y que le habían cumplido la palabra.

¿Pero de qué sirvió? Enviaba en unas cajas a la colonia de Veracruz aquellos valores, que ascendían a veintiún mil castellanos de oro, aparte de las piedras preciosas; iban escoltándolos cinco jinetes y cuarenta y cuatro de a pie: en los confines de la provincia Colúa, amiga de los de Méjico, les cogieron a todos, sin dejar uno; les inmolaron a sus dioses, y se los comieron los de Colúa, repartiéndose entre sí los tesoros.

Deteniéndose por espacio de veinte días entre los tlascaltecanos, curó los heridos e hizo tomar fuerzas a los que se encontraban mal. Después envió otra vez mensajeros a la colonia de Veracruz, y de vuelta dijeron que no había novedad en aquella guarnición. Alegróse Cortés con esta noticia; pero sus soldados estaban porque les volvieran a aquella colonia para que, juntos todos, pudiesen más fácilmente hacer frente a las emboscadas y perfidias de los bárbaros. Cortés dijo que no quería volver atrás, ya que había encontrado tan leales a los tlascaltecanos y guazucingos, y les exhortó a que estuvieran dispuestos a tomar de los mejicanos venganza de tan atroces iniquidades.

Hay una ciudad grande llamada Tepeaca, poco distante de Tlascalteca: estas dos ciudades se tienen mala voluntad. Los de Tepeaca cogieron en su territorio a doce españoles que iban de paso, los inmolaron y se los comieron. Marchó contra ellos Cortés con grandes fuerzas de tlascaltecanos, chiurutecalenses y guazucingos. Los espías le trajeron noticia de que los de Tepeaca tenían consigo soldados que habían recibido contra los nuestros de la ciudad Tenustitana. Para decirlo en pocas palabras, dejando a un lado rodeos: los que recibieron a los huéspedes y los huéspedes recibidos, fueron vencidos; la ciudad se le entregó: prometieron bajo juramento obedecer lo que Cortés mandara, y en prenda de que lo cumplirían entregaron rehenes. Nuestras bombardas y a la vez los caballos, cosas que ellos jamás habían visto ni oído, les dejaron al punto descuajados; pero ayudó muchísimo la fuerza reunida de aquellos tres pueblos.

En esta provincia de Tepeaca escogió un sitio para fundar una colonia nueva, y levantó un fuerte que llamó Segura de la Frontera. Se propuso no fiarse de los de Tepeaca, porque, a poco que les dijeran, tomarían los consejos de los príncipes tenustitanos, y porque Tepeaca corta a mitad el camino de Veracruz a estos pueblos amigos.

Mientras sucedían estas cosas, le llegaron a Cortés mensajeros de Veracruz que le notificaron cómo el cacique Pánuco había derrotado de nuevo a las tropas de Garay, enviadas a aquel gran río para fundar una colonia, y que los vencidos y que se evadieron de manos de Pánuco habían acudido a Veracruz. Desde que fueron vencidos los de Tepeaca, corría por las demás naciones comarcanas la fama y conmovía los ánimos de los pueblos.

Hay otra ciudad montañosa que se llama Guacachiula: ésta envió secretamente embajadores a Cortés, ofreciéndose con lo que tenía contra los habitantes de la provincia Colúa, amigos de los mejicanos, de los cuales se quejaban de haber recibido perjuicios e insultos sin número, hasta robarles las mujeres. Los guacachiulos están a este lado de los montes, y son enemigos de* los naturales de la región Colúa, que están al otro lado. Avisaron a Cortés que en las fronteras ultramontanas de Mesinga había ocultamente emboscados treinta mil combatientes, porque habían oído que los nuestros estaban próximos a las montañas con intención de pasar a Colúa. Con doscientos infantes españoles, sólo trece caballos y tres mil auxiliares y unas bombardas, marchó hacia los guacachiulos en cuya ciudad holgaban a pierna suelta los jefes de los emboscados.[55] De presos o muertos no escapó uno. La ciudad de Guacachiula está provista de fuertes murallas con torres y rodeada de montes, con muy fértil suelo y unas seis mil casas, según dicen, fabricadas de cal y canto. Le dan importancia dos ríos que riegan su llanura.

Dista sólo cuatro leguas de Guacachiula otra ciudad que envió embajadores ofreciendo entregarse. Su cacique huyó con los coluanos que escaparon: llamado a mandar, lo rehusó; prefirió los sufrimientos del destierro a estar sometido a los nuestros. A ruego de los pueblos *(Cortés)*

55 Los coluanos estaban allí contra la voluntad de los guacachiulos, auxiliares de Corles.

subrogó en el reino a un hermano de aquél, previa la promesa que hizo a los ciudadanos de que no cambiaría de modo de pensar.

5.
Toma Cortés la ciudad de Izuca, pone nuevo rey y destruye los ídolos. Se le someten otras muchas. El sucesor de Moctezuma. Cortés se prepara contra la ciudad de Méjico.

Algunos días después marchó a otra ciudad llamada Izuca, que distaba también cuatro leguas de Guacachiula por otro camino. En el camino advirtió que en los confines de aquella ciudad había fuerzas muy numerosas de coluanos; ciento veinte mil según escriben, los cuales creían poder evitar que los nuestros entraran en su territorio. Cerca de la ciudad tenían seis mil combatientes: los demás repartidos en puestos, pueblos y aldeas; a las mujeres, y a cuantos no podían pelear, los habían enviado con sus alhajas a los bosques y montañas. Esta ciudad está muy defendida por el arte y por la naturaleza. Estoy cansado de contar cosas menudas. Conque allá va. La tomaron por fin. La mayor parte de sus defensores se tiró de las murallas al río próximo, porque se vieron atacados por la espalda.

Tomada la ciudad, Cortés perdonó al pueblo y mandó que hicieran volver a las familias con sus bienes. Todos volvieron contentos a sus casas, y se llenó al punto la ciudad. Por medio de dos mensajeros de ella mandó llamar al cacique huido con los mejicanos y los coluanos; pero no quiso: prefirió el destierro. Tenía éste un hermano espurio de más edad que él, y de un hijo difunto un nieto de diez años. Sólo al nieto puso en el reino, porque era legítimo, eligiendo por tutor a su tío; pero añadiendo a esta tutoría tres colegas de entre los guacachiulanos vecinos, de representación y lealtad, que cuidaran la hacienda del pupilo hasta que, entrado en edad, supiera gobernar.

Esta ciudad de Izuca cuentan que tiene tres mil casas; dice Cortés que contó desde cierto sitio alto más de cien torres-templos dedicados a sus dioses, en que se inmola sangre humana. Todas aquellas torres con sus simulacros las hizo quemar, prohibiendo que se volvieran a hacer semejantes ceremonias. Les dijo que el Dios criador del cielo y de la tierra tiene odio a los homicidas: que es contra las leyes divinas y naturales el que un hombre mate a otro hombre.

La ciudad tiene un fuerte que la domina, y está rodeada de montañas que la defienden del terrible soplar de los vientos calurosos; por eso cría inmensa cantidad de algodón. En el verano se riega todo su campo por los arroyos excavados: hay abundantes frutas de todas clases, y no faltan verduras sembradas. La llanura está llena de pueblos y aldeas.

Ocupada Guacachiula y sojuzgados los izucanos, la fama llegada a las naciones lejanas hizo ver que la fortuna había vuelto su cara rapaz, y de madrastra se había tornado cariñosa madre. La voluntad de las gentes, como suele acontecer dando vueltas la rueda *(de la fortuna)* y se pasó rápidamente de los mejicanos a los nuestros. De todas partes llegaban a porfía embajadores entregándose y diciendo que, por miedo de los coluanos y de los mejicanos, dominadores de aquella provincia, no se habían atrevido hasta entonces a ofrecer el debido homenaje a un Rey tan grande como es el que tienen los españoles; pero que ahora, con la esperanza de estar seguros de la tiranía de los reyes vecinos mediante el favor de los nuestros, habían venido a declarar la voluntad de sus ciudades.

Para dar ya fin a esta narración, que ha salido bastante larga: Cortés averiguó por algunos prisioneros que en la ciudad de Méjico, después de la muerte de Moctezuma, habían hecho rey a su hermano, el señor de Iztapalapa. Éste, a los tres meses de ocupar el reino, murió de la enfermedad de viruelas, y le sustituyó un sobrino de Moctezuma, hijo de una hermana y llamado Catamazín; el cual, en el desastre de los nuestros, mató el mismo en los puentes a uno de los tres hijos de Moctezuma, y de los que quedaban uno era tonto y el otro paralítico. Este Catamazín se dedicó a adquirir todas las clases de armas que podía lograr, principalmente picas largas, con las cuales

esperaba poder herir de lejos a los caballos, porque el solo encuentro de éstos los trastorna: abriga recelo de que Cortés vuelva contra él a tomar venganza de lo pasado, y particularmente porque sabe que las regiones circunvecinas se apartan de él y prometen auxiliar a los nuestros en daño suyo.

Y por cierto que no se equivoca; pues dice Cortés que ha de preparar trece embarcaciones de dos remos, llamadas bergantines, para devastar toda la extensión aquella de la laguna salada, a fin de que aquella ciudad tan grande, quitándole las provisiones y rompiendo los acueductos, se vea apretada de tal necesidad que se la pueda obligar a someter la cerviz al yugo del rey de España.

Entretanto envió a la Española cuatro naves que trajeran caballos, y a la vez un número conveniente de arcabuceros con abundancia de pólvora.

Escribe Cortés que aquellas tierras son semejantes a las de España en tener tan buenos ríos, montes y valles poblados de arbolado. Por eso le pide al César que confirme el nombre que les ha puesto él a aquellas tierras: llamó Nueva España a todo aquello del mar océano que se ha descrito. Suplica juntamente, al fin de su gran volumen, que Su Majestad se digne enviarle algún varón de gran experiencia en los asuntos, que recorra las tierras que él ha sometido y dé cuenta de lo que vea: *(lo dice Cortés)* con fecha 30 de octubre, desde el fuerte que él llamó Segura de la Frontera, el año 1520.

LIBRO VII.
De la vuelta al mundo.
Al Sumo Pontífice Adriano VI.

1.
Introducción. Salida de Magallanes. El viaje.

Mientras estos escritos estaban detenidos en mi estante por falta de correos, a causa de la mucha distancia y la inseguridad de los caminos, he aquí nuevos fetos, he aquí partos recientes del fecundo océano.

Esta obra se va a cerrar con dos apéndices que valdrán más que la narración principal, por tener importancia inaudita y difícil de creer.

El uno es de la vuelta que se ha dado al mundo y las islas que se han descubierto, en que se crían los aromas. *(El otro contará)* con qué ardides, con qué astucia, con qué ánimo tan resuelto, con qué valor guerrero, Hernán Cortés, auxiliado de tlascaltecas, guazucingos y otros comarcanos hostiles a Moctezuma, recobró aquella gran ciudad lacustre, Tenustitana, y todo su poderío lo destruyó y lo acabó casi por completo, de lo cual le ha venido no pequeño aumento al cetro de Vuestra Beatitud y al gran reino de Castilla.

Vengamos a lo del rodeado paralelo y del tráfico de los aromas, que habremos de tomar desde un poco más lejos.

Desde la ciudad de Barcelona, cuando estaba allí el César ocupado en las Cortes de Cataluña, siendo Vuestra Beatitud presidente de nuestro cesáreo senado de las cosas de las Indias, se le dio, como conviene recordarlo, al portugués Fernando Magallanes, tránsfuga de su Rey[56], el encargo de buscar las islas Malucas, que crían los aromas, por cuanto él, habiendo estado siete años en las ferias de Cochin, Canenoro, Calocut y del Quersoneso, alias Malaca, sabía dónde caían estas islas. No distan largo trecho del Quersoneso Áureo, vulgo Malaca, y de aquellos otros emporios.

Despachado Magallanes por nuestro mismo senado, del cual era Vuestra Beatitud el principal, el día 20 de septiembre del año 1519 se dio a la vela para el océano desde Barrameda, desembocadura del Guadalquivir, con cinco naves, que se les puso por nombre, a la capitana *Trinidad*, a las otras *San Antonio, Victoria, Concepción* y *Santiago*, en las cuales llevaba doscientos treinta y siete hombres. De las naves volvieron dos, una de las cuales, abandonando a la capitana, regresó sin hacer nada *(inutilis)*; la otra, al cabo de casi tres años de haber salido de España, pues aportó el 6 de septiembre de 1522 al mismo puerto de donde había zarpado al marchar, vino cargada de pasajeros y de varios aromas. De entre los hombres se salvaron pocos. También se quedó el mismo capitán Magallanes en una isla llamada Matam, muerto por los naturales en el viaje, como adelante lo diremos.

---

56 Es sensible que Pedro Mártir Angleria se muestre bastante desafecto al heroico Magallanes, como se echa de ver en todo este libro, muy estimable, sí, como fuente histórica, pero como historia de una empresa tan importante harto incompleto y deficiente en comparación de las que escribió sobre América. Seguramente no pudo sustraerse a las influencias de su compañero de corte, el embajador de Portugal, que más aún que en el casamiento de su Rey con la hermana de Carlos V, parecía empeñado en estorbar la empresa de Magallanes, desacreditándole, procurando mil obstáculos a su marcha, y hasta poniendo su vida en peligro como lo estuvo, particularmente en Zaragoza. No parece justo llamar a Magallanes tránsfuga de su Rey. Desairado por él, anunció su propósito de pasar al servicio de España; y admitido aquí, no se hizo súbdito de Carlos V sin consignar en los asientos que nunca se le había de obligar a nada que pudiera ceder en perjuicio del Rey o del reino de Portugal. Más caballero fue él que no los que, habiéndole despreciado en Portugal, luego querían a toda costa inutilizarle, y aun matarle, porque, usando noblemente de su derecho, se venía a España.

Hay desde antiguo, entre castellanos y portugueses, cierta animosidad innata. Magallanes, en diversas ocasiones, mató a muchos españoles, so pretexto de justicia, porque le obedecían a disgusto[57]. Esto se dirá en su lugar. Vengamos al viaje que emprendieron.

Primero llegaron a las Afortunadas; después hasta dar vista a las islas Górgodas, que los portugueses, sus poseedores, llaman de Cabo Verde. Volvieron las proas a mano derecha, por detrás de nuestro creído continente, por la prolongación de aquella tierra que se llama *(cabo)* de San Agustín, nombre puesto por los castellanos, y un poco más allá de Santa María, por los portugueses, que se extiende cinco grados más allá de la línea equinoccial, y se apartaron hacia el antártico hasta el signo[58], donde en una de las Décadas dijimos que había sido muerto con algunos compañeros Solís, capitán de una armada nuestra que recorría aquellas costas, y que después se lo comieron los indígenas. Aquel golfo dicen que tiene treinta y ocho grados al otro lado de la equinoccial, hacia el antártico. A este lugar le llamaron la Bahía de Santa María; dije en otra parte que llaman bahía al golfo.

Enviados por Magallanes unos mensajeros aguas arriba del río, que desemboca en el golfo, con una nave y el bote de otra, vieron a tres hombres semisilvestres y desnudos, dos palmos más altos que la estatura humana. Uno de ellos entró confiado en el bote: pensaron los nuestros que traería los otros a las naves tratando bien al que tenían consigo; y bien comido y bebido y vestido lo dejaron ir; pero no vino ninguno, ni él volvió más. Sin embargo, encontraron árboles cortados con segures de las nuestras, y también una cruz levantada en lo alto de otro árbol; mas no hallaron huellas de ningún hombre de los nuestros.

Cuentan maravillas de la anchura de este río, como en otra parte lo he dicho del Marañón, en la región de Paria al Septentrión. Hasta veinte leguas dicen que subieron río arriba, y que allí tiene de ancho diecisiete leguas, y que su desembocadura, sin que en el viaje vieran desaguar en el río alguno, es inmensamente ancha, y que en el mar se bebe agua dulce en muy largo trecho.

2.
Tiritando en verano. Sedición castigada. Más al Sur. En el deseado estrecho. Deserción de la nave San Antonio.

Dejando aquel golfo a pocos grados hacia el antártico, porque se inclinaba ya la tierra hacia Occidente, hallaron otro gran golfo, al que dieron el nombre de San Julián. Había en él un puerto muy seguro, y por eso el capitán mandó echar anclas en él. Ya el sol, subiendo hacia nosotros, abandonaba aquellas tierras: tenían mucho frío cuando el sol había pasado la mitad de Aries, como entre nuestros septentrionales cuando el sol pasa la mitad del signo Libra.

En aquel puerto pasaron los nuestros más de cuatro meses de verano bajo tugurios y chozas, detenidos por el frío y encerrados por las tempestades[59], pues entraron en aquel puerto el día 1 de abril y salieron el 24 de agosto.

Aquí el portugués Magallanes se ensañó con cierto varón llamado Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos, que con real nombramiento había sido señalado por colega de Magallanes y segundo jefe de la Armada. A éste y a un sacerdote, con ocasión de asechanzas que urdían para matarle, les dejó en tierra con una alforja de galleta y una espada para cada uno; habría querido castigar con pena de la vida sus intentos, si acaso pensaron en matarle; pero no se atrevió temiendo

57 Fácilmente se comprende que Magallanes, siendo portugués, nanea habría podido matar a muchos españoles so pretexto de justicia, por más nombramientos que hubiese llevado en su cartero. Las ejecuciones que se vio precisado a hacer con admirable energía, estaban sobradamente autorizadas por los tribunales militares; ningún consejo de guerra perdonaría a aquellos reos.

58 No dice cuál signo del zodiaco es.

59 No se olvide que, estando en el hemisferio Sur, los meses de nuestro verano eran invierno para ellos.

al odio de los castellanos, que ya se lo tenían[60]. Este asunto y otros a éste semejantes, lo cuentan varios de varias maneras: unos dicen que Magallanes tuvo razón para hacer lo que hizo; otros se lo afean, y atribuyen aquellas ejecuciones a la antigua animosidad general entre castellanos y portugueses.

Vieron allí chozas de indígenas; pero es gente inculta, sin armas, que sólo se cubre con pieles; errante, sin asiento fijo, sin ley, de alta estatura: se llaman patagones. Cuando el sol volvía ya a las regiones aquellas, levando anclas el 24 de agosto de 1521, bajaron desde aquel puerto de San Julián hacia el antártico otros catorce grados, dicen ellos. Aquí tenemos que andar un poco a pie firme. De niño había oído confusamente Magallanes, en los hechos portugueses, que había un estrecho por aquellas tierras con revueltas a varios trechos; pero no sabía por dónde lo debiera buscar. La suerte dio lo que la razón no dirigía[61].

Le cogió tan ruda tempestad, que se llevó una de las naves y la arrojó entera en peso sobre ciertos peñascos que allí había próximos. Se salvaron los hombres; pero la nave se quedó hecha astillas del golpe de la tormenta. He aquí ya dejada atrás una de las cinco naves.

Un poco más allá tenía a mano izquierda inmensa extensión en el océano, y a la derecha montañas inaccesibles cubiertas de nieve. Una de las naves que necesitaba menos fondo, buscando abrigo por la furia de las olas, se acercó más a tierra, y vio por casualidad un paso estrecho; pasando un poco más adentro, dio con un golfo espacioso, que tenía de ancho cuatro leguas españolas, y de largo seis. Volviéndose la nave, dio noticia del estrecho. Paso aquí por alto muchas menudencias. Siguiéronla las otras naves: dicen que en alguna parte, con una honda, se podrían haber tirado piedras a los montes de ambos lados. La tierra aquella estaba desierta: dicen que los montes de ambos lados del estrecho están cubiertos de cedros.

Pasado aquel golfo, se encontraron con otro estrecho algo más ancho, pero angosto; después otro golfo; luego otro estrecho, más allá del cual había otra ensenada. Al modo que en los mapas de Europa vemos dos gargantas estrechas que abarcan cierto espacio ancho en el Helesponto, así en este estrecho hay tres con otros tantos espacios mayores; estos estrechos están llenos de pequeñas islas, por lo cual navegaban por aquellos lugares siempre con el recelo de dar con bajos.

Por todas partes encontraron mares profundísimos. El derrotero aquel se dirigía al Occidente ártico, al cual le asignan ciento diez leguas de extensión. Echando anclas en casi a mitad de aquel trecho, en cierto espacio cuadrado de mar no hallaron cosa digna de mención, y siguieron su camino tres de las cuatro naves.

Allí se quedó la cuarta, la llamada *San Antonio*. Los compañeros creyeron que seguiría, pero se paró; volvió la espalda a las demás, y regresó hace ya tiempo, diciendo pestes contra Magallanes. Nos parece que los jefes de la nave no dejarán de pagar semejante falta de disciplina. Prosiguieron, pues, los demás con tres naves. Por fin salieron de aquellos estrechos, en que entraron el día 21 de octubre y salieron el 27 de noviembre. Durante ese tiempo, dicen que tuvieron los días muy largos y las noches muy cortas, lo cual no es contrario a la cuenta de la esfera.

---

60 Juan de Cartagena y el sacerdote Morales eran reos de sedición en campaña, y como tales fueron condenados por el tribunal. Duro era el destierro, de que no habían de volver, dejados con su espada y su alforja de galletas entre los patagones. Pero también eran duras y apremiantes las circunstancias en que se veía Magallanes, como Colón antes de ver tierra. Los castigos eran legales y parecían también imprescindibles.

61 Es del todo inexacto que el descubrimiento del estrecho se debiera a la casualidad. El objeto primordial de la empresa no fue otro que buscar por Occidente un paso para encontrar la especiería que los portugueses explotaban por el Oriente. Desde que Magallanes pasó la tierra americana señalada a Portugal, de golfo en golfo y de río en rio fue buscando su anhelado paso, hasta que con muy heroica constancia de soldado y singular pericia de marino lo encontró.

3.
En el Pacífico y faltos de todo. Las islas de los Ladrones. El cacique de Borneo bautizado. Pasa Magallanes a Matam. Le matan allí.

Pasado aquel estrecho, se encontraron en otro vasto mar océano, esto es, al otro lado de nuestro creído continente *(el americano)*, que se junta con el mar que en las Décadas llamo Austral, cuyo primer descubridor fue Vasco Núñez, desde el Darién, guiado por los hijos del cacique Comogro.

Por aquel inmenso mar dicen que pasaron tres meses y veinte días, sin ver más que cielo y agua salada. De la suma necesidad y de los inmensos calores *(que pasaron),* cuentan casos que dan lástima. Por muchos días no tuvieron más que la ración diaria de arroz que cabe en el puño, sin miaja de ningún otro alimento; la penuria de agua potable era tal, que para cocer el arroz se veían precisados a echar la tercera parte de agua salada del mar; y si acaso alguno intentaba bebería pura, tenía que cerrar los ojos por el poso verde, y taparse las narices por el hedor.

Dirigiéndose por aquel mar grandísimo al Occidente y Septentrión, llegaron otra vez a la línea equinoccial, cerca de la cual encontraron dos islas sin vida, a las que llamaron Infortunadas por ser completamente inútiles y desiertas, y después a otra multitud de islas las llamaron Archipiélago, a semejanza de nuestras Cícladas en el mar Jonio.

A la entrada de ellas desembarcaron en varias islas, a quinientas leguas de la salida del paso estrecho. Sin expresar el nombre antiguo, llamáronlas de los Ladrones; porque, si bien recibieron en paz a los nuestros, cuanto podían coger lo robaban, como ese linaje vago de ladrones que en italiano se llaman zíngaros *(gitanos)*, y dicen, mintiendo, que son egipcios. Entre las cosas que tomaron furtivamente, se habían llevado también, apenas habían vuelto la espalda los nuestros, la lancha en que habían desembarcado; pero volvieron a traerla, si bien matando antes a muchos de ellos. Es gente desnuda, y medio bestias.

Hay allí árboles que crían cocos. La mayor de aquellas islas es la de Borneo, la cual no vacilan en escribir que tiene doscientas leguas de circuito. En el puerto de esta isla dicen que se crían unos árboles cuyas hojas, cuando se caen, andan arrastrándose como los gusanos; pienso que entre ambas caras de la hoja estará hinchado algún espíritu vital que, a modo de aliento de poca duración, mueva las hojas.

Conocieron que había dos clases de religión, idólatras y mahometanos, bastante conformes entre sí. Críanse en ella rebaños de bueyes y de búfalos, y también a cada paso hatos de cabras y abundancia de nuestras aves; ovejas, no. Tampoco tienen trigo, cebada ni vino; abundan de arroz, que constituye su pan, y con el cual arreglan varias viandas.

El cacique de Borneo y los nuestros, se hicieron de una y otra parte regalos agradables. El cacique envió a los nuestros sus regalos en dos elefantes, y al día siguiente treinta y dos clases de comida, que trajeron los nobles a cuestas. Veinticinco mil casas dicen que tiene la ciudad de este príncipe, pero de madera, excepto el palacio del rey, que es de piedra, según dicen.

Alrededor de Borneo hay muchas islas pequeñas, y entre ellas dos, que la una se llama Zubo[62] y la otra Matam, tomando este nombre de su población principal. Magallanes se ganó la voluntad del régulo de Cebú, regalándoles cosas nuestras que les gustaban por lo nuevas y desconocidas para ellos. Bautizó al régulo, y le hizo súbdito del César.

Después, dejando las naves en el puerto de Cebú, con sus lanchas y con canoas unilígneas del país y soldados de Cebú, pasó a la isla de Matam, llamada así por el pueblo Matam, que está a la vista y dista sólo cuatro leguas. Se propuso persuadir por medio de intérpretes al rey de Matam que consintiera en someterse al gran rey de España y al de Cebú, y en pagar tributos. El respondió que al gran rey de España sí, pero al de Cebú que no. Magallanes saqueó y quemó del todo un pueblo

62 Es Cebú, y así la nombraré en adelante.

vecino a la capital, de unas cincuenta casas, y se volvió a Cebú con la presa, cosas de comer, de que había alguna escasez en Cebú, y alhajas varias. Pero la mayor parte de aquello lo arrebataron para sí los de Cebú, enemigos de los de Matam.

A los ocho días volvió Magallanes, dejando igualmente las naves. Intentó atacar la propia capital de Matam. La intimación de Magallanes, ido allí con mala estrella, fue rechazada por el régulo, que salió armado con su gente. A más de los dardos del país, de cañas y madera tostada, tiene este reyezuelo picas largas y con hierro, porque recorren aquellas islas los chinos y mercaderes de las regiones chinas. *(Magallanes)* con siete compañeros fue muerto por el régulo, quedando heridos veintidós. De este modo el buen portugués Magallanes concluyó con su codicia de aromas.[63]

4.
El convite traidor. El Archipiélago. Las Molucas.
Supersticiosa explicación de las especias aromáticas.

Los que sobrevivieron regresaron para juntarse con sus compañeros en Cebú. Invitados por el régulo, asistieron a un convite Juan Serrano, el principal de los pilotos del océano, ahora capitán de una nave, de quien se habló en las Décadas primeras, y otro capitán de otra con unos diez compañeros. Entretanto iban andando por la isla otros marineros, unos cuarenta. Saltó de su emboscada un escuadrón armado del régulo, y mató a los que estaban comiendo. Reservó a los capitanes, y los llevaban desnudos públicamente a la orilla del mar, pensando que acudirían otros de las naves en las lanchas, y que los podrían prender también. Pero los que guardaban las naves no se atrevieron a acercarse, y así, abandonando a sus compañeros, se dieron a la vela sin ventura.

De los que volvieron, y entre otros de un joven genovés, Martín de Indico, que asistió a todo, he investigado qué crimen que se hubiese cometido impulsaría al rey de Cebú a llevar a cabo tan cruel traición. Piensan que la causa del trastorno fue el estupro de las mujeres[64] pues son celosos.

Estas son, a mi entender, las islas de que varios autores cuentan muchas cosas. La mayor parte ponen tres mil islas; otros más, y que no distan mucho de las costas de la India. Entre las islas que rodean a Borneo, una es en la que están dos pueblos: Buturán y Calegán; allí los recibieron en paz. Desde esa misma isla vieron otra que los de Calegán les señalaron con el dedo, en la cual ellos y los de Buturán dijeron que en la arena del mar había tanto oro que con sólo acribarla cogen pepitas de oro como una avellana, o poco menos, y desprecian las demás como de ningún valor.

Enfrente de ésta hay otra insigne por dos poblaciones notables: Vindanaho y Chipico, la una al sur, y la otra al norte. La tierra meridional cría el cinamomo (canela), la otra oro. De lo uno y lo otro dieron algo a los nuestros a cambio de otras cosas. Como ya lo dije, los mercaderes escitas y chinos, y los de otras regiones de la India, suelen acudir a estas islas frecuentemente a cambiar oro, perlas y otras cosas, *(dando)* ellos telas, paños y demás cosas conducentes al ornato y cuidado de la persona y y también a la guerra.

De la vista de estas islas distan hacia el equinoccio ciento setenta y cinco leguas las tan deseadas islas Malucas: diez grados cuentan ellos; de modo que no comprendo cómo echan estas cuentas. Los antiguos filósofos pretenden que el grado consta de sesenta millas italianas, que cada

---

63 No se ve motivo ninguno para acusar de avaro al intrépido navegante que, al emprender su arriesgadísima empresa, por escritura pública cede por siempre jamas a los franciscanos de Triana, *porque son probes*, la pensión que España le señala. Magallanes merecía otro responso que el del texto cuando muere en el campo de batalla peleando con excesivo, y acaso imprudente, arrojo, por la cruz de Cristo y por la corona de España. Aunque nacido en extranjera tierra, es lo mismo que el gran Colón, preclara gloria española, digno representante de nuestro genuino carácter patrio, modelo y prez que nunca deben borrar de sus brillantes anales el ejército y la marina de España.

64 No pone tal causa, nada verosímil y casi imposible en aquel caso, el escritor Pigafetta, que estuvo en todo el viaje alrededor del mundo, sino la presión que sobre el cacique bautizado de Cebú hicieran, con gravísimas amenazas, el de Malam y otros después de haber muerto a Magallanes.

una tiene mil pasos medidos: éstos dicen que la legua tiene cuatro millas por mar y tres por tierra. Si sacamos la cuenta de las leguas según los marinos españoles, cada grado contiene quince leguas; pero ellos, en contra del sentir de todos, dicen que el grado comprende diecisiete leguas y media. Entiéndanse ellos, que yo no los entiendo.

Vengamos a las Malucas. Por fin fueron a ellas. Las principales son cinco, que, o están debajo de la línea equinoccial, o próximas a ella. Cada una de ellas tiene casi igual circuito: cuatro, cinco o a lo más seis leguas. Por cierto instinto de la naturaleza, en cada una domina un alto collado. En ellas nace y sazona el clavo naturalmente. Por el lado antártico, parece que las cierra a las cinco un gran territorio que se llama Gilolo; en Gilolo nace también el clavo, pero áspero y semi-silvestre, como sucede con las castañas o las aceitunas de olivos no injertados; pero en todas aquellas islas pequeñas todo el clavo es aromático.

Y es un gusto el oír de dónde le viene al clavo, en sentir de ellos, aquella virtud aromática. Dicen los naturales que todos los días se levanta tres veces cierta nube (ellos dicen que es enviada del cielo), por la mañanita, al medio día y por la tarde, que cubre las cimas de los montes que crían el clavo, de modo que entonces no se puedan ver las cumbres, y que al poco rato se disipa la nube aquella. Que los árboles del clavo, que son parecidos y casi iguales al laurel, son fecundados con aquel aire *(spiritu)*, se prueba, según ellos, porque aquella nube no baja nunca a los llanos de las islas, y porque los árboles trasplantados de los collados no se crían bien ni dan fruto de sabor. Cada isla guarda una llanura para destinarla a sembrar arroz.

5.
Otra nave menos. Augurios misteriosos. Alimentos. Los cocos.

Bajaron a una de ellas (de las cinco islas), cuyo reyezuelo les recibió en paz y honoríficamente, pero sólo con dos naves, pues la tercera, por cuanto faltaba ya gente que pudiera gobernar más después de la muerte del capitán y los compañeros y el fatal convite, la deshicieron. Quedaron las que llevaban los nombres de *Trinidad* y *Victoria*.

Esta gente va casi desnuda; sólo usan de unas vendas de membranas de árbol para cubrirse las ingles. Aquel régulo refirió a los nuestros que les hospedaba con alegría porque pocos meses antes había visto en el círculo de la luna que venía por el mar una gente extranjera, y declaró que los nuestros no discrepaban un punto de aquella semejanza.

Dicen que aquellas islas piensan que distaban de la Española cinco mil leguas, que contienen veinte mil millas italianas: me parece que se equivocan. Cuentan los nuestros que aquellas islas son dichosas aunque no tienen nuestro pan ni nuestro vino, ni carnes de vaca ni de carnero, porque se contentan con su arroz, con el cual hacen mil géneros de comida.

Tienen otro pan plebeyo de la médula interior, ya envejecida, de algunas palmas caídas, como suele suceder en los bosques espesos de los montes por donde no andan los hombres, que se caen grandes árboles, o por la fuerza de los huracanes, o porque les falta la substancia terrestre o las raíces con el largo transcurso de los años, y, creciendo el tamaño del árbol, y necesitándose más fuerza en las raíces para sostener el árbol de la que puede darles la tierra, por lo que quiera que sea, hay en las selvas muchos caídos, y allí se pudren y se ponen blancos, y se los come la polilla. Así es el corazón de la palma del que ellos hacen pan vulgar. Parten la médula en forma cuadrada; luego la hacen harina y la secan, y por fin la amasan y cuecen. Trajeron unos pedazos hechos en forma de ladrillo: quise yo probarlo, no hay cosa más áspera y más insípida; debe de ser el alimento de los pobres necesitados, que no alcanzan arroz por no tener tierra de cultivo.

He visto yo también en los montes, campos y aldeas a los montañeses comer pan un poco más sabroso, de color casi negro, del grano de tifa, que en español se llama comúnmente centeno, o de mijo, o de panizo u otras *(semillas)* peores que eso. Es regla de la caprichosa rueda de la Fortuna

que se harten pocos y pasen hambre la mayor parte; que logren regalarse algunos, y que no sean muchos los que andan en banquetes. Y, sin embargo, se vive en todas partes, porque la naturaleza se contenta con poco con tal que nos acostumbremos a lo poco.

Cuidan de criar cabras y aves de toda especie. Tienen cañas dulces, como las de que se saca el azúcar. También las manzanas cartaginesas, que en Italia y España se llaman granadas, y frutas medicinales y cítricas de todas clases. En éstas nombran los españoles limas, limones, naranjas, toronjas, cidras, cidrones, que se diferencian entre sí. También llamaré por sus nombres.... a las hierbas que nacen en los arroyitos de las fuentes. Si el vulgo español sencillamente y sin rodeos las llama berros, el italiano cresones. Y lo que sienta peor, entre esas hierbas nace no sé qué otra de veneno mortal, llamada por los españoles anapelo.

Si a uno de esos que no cuidan de acumular para su alma otros tesoros que el ser latinos, por más que la lengua latina no tenga tal palabra y se pueda tomar muy bien de otra, se le pregunta si *(en latín)* es permitido decir *anapelo*, se pondrá a refunfuñar, y dando un resoplido con solemne gravedad murmujeará que aquella cosa debe llamarse *estrangulador del lobo*. Conque así, a mi ver, con permiso de esos sabihondos, las islas Malucas abundan de naranjas, limas, limones, toronjas, cidras, cidrones, granadas, manzanas y hortalizas.

No ha sido sin motivo el mencionar los cresones o berros y el anapelo, porque, al comenzar la cena hace pocos días, comíamos de esa hierba con su vinagre, sal y aceite; y mi Fernando Rodrigo, de quien alguna vez se sirvió S. M. Cesárea por consejo de Vuestra Beatitud, dio con el anapelo; y así que le comió, como si hubiese tomado cicuta o acónito, así cayó enfermo; se le auxilió al punto con tisana (?) *(tinaca)* y mitrídato; pero estuvo mucho tiempo medio atolondrado. ¿No es verdad que será sabrosa y bien sonante palabra, *anapelo*, por más que aquéllos charlen que con feo rodeo debe decirse *estrangulalobos*? Los vinos no los hacen de uvas, de que carecen las islas Malucas, sino de varias clases de frutas, ¡y sabrosos!, particularmente de una.

Hay entre aquéllos, y entre los habitantes de nuestro creído continente, un árbol que casi es una palma por la semejanza de la forma; pero en el modo de criar se diferencia mucho. Este árbol cría doce racimos y a veces más, hasta veinte: en cada racimo gajos como de uva, pero vestidos en mil cubiertas; y desnudado cada gajo es semejante a un meloncillo muy redondo, pero con su corteza de tortuga, casi tan dura como la concha.

A las frutas aquellas les llaman cocos: el coco está cubierto con más tejidos exteriores que la palma de comer, con las mismas costillitas y redes que los ligan entre sí, y no cuesta menos trabajo desnudarlo de aquellas túnicas que el descarfollar los palmitos. Abiertos los cocos, dan comida y bebida, encontrándose llenos de un licor suave. Dentro de la corteza se cría una masa esponjosa, adherida a la corteza, con unos dos dedos de espesor, en lo blanca y blanda semejante a la manteca o la enjundia, pero de más delicado sabor. Esta masa, despegándola de la corteza interior, es muy buena de comer. Si revolviéndola un poco se conserva algunos días en su mismo vaso, dicen que se derrite y se convierte en un aceite más suave que el de olivas, y muy saludable para los enfermos.

Otro servicio útil hace la naturaleza con este árbol. Taladran los lados del árbol por donde echa las hojas, y dicen que destila gota a gota, en una vasija que ponen debajo, un licor potable de gratísimo sabor y muy salutífero.

6.
Pez monstruoso. Las especias.

Se dedican a la pesca que crían aquellos mares, de muchos géneros, y entre ellos uno no poco monstruoso, algo menor que de un codo, barrigudo, de levantada espalda, que no tiene escamas, sino un pellejo muy duro; cara de puerco, la frente armada con dos cuernos derechos de hueso, con dos prominencias huesosas en la espalda.

El régulo en cuya tierra desembarcaron los nuestros, creyendo que les había llevado el poder divino, les preguntó qué deseaban, o en busca de qué iban. Respondieron que de aromas, y él dijo: «Los que nosotros tenemos los tendréis»; y dicho esto, llamó a sus isleños sometidos, y les mandó que enseñaran a los nuestros los montones de clavo que tuviera cada cuál, y dejaran que se los llevaran los nuestros si querían, aunque compensándolos honradamente; pues cuando el clavo ha madurado lo amontonan en casa, esperando a los mercaderes, como sucede con las demás mercancías. De allí, en ciertas naves grandes, que ellos llaman juncos, lo llevan a las ferias de Colocut, Cochin, Canenoro y Malaca. Lo mismo se hace con la pimienta, jengibre, canela y demás golosinas poco necesarias, que afeminan a los hombres. Pero en estas cinco islas Malucas no se cría ningún otro aroma más que el de clavo.

Mas no lejos de estas islas están las que crían otras cosas muelles. Esto se lo dijeron los naturales de las Malucas, y lo aprendieron también con experiencia pirática. Pues cuando se encaminaban a las Malucas desde la isla grande Borneo y demás adyacentes, en una de las cuales mataron al capitán Magallanes, de improviso, conforme iban navegando, tropezaron con una nave grande del país, desprevenida, de las llamadas juncos, cargada de mercancías, entre las cuales encontraron abundancia, aunque no mucha, de todos los otros aromas *(especias)* en muy buen estado, como recién cogidos. Las naves aquellas no se atreven a recorrer largos derroteros de mar, porque no están construidas con tal arte que puedan aguantar aquellas tempestades marinas que las nuestras resisten, ni tampoco sus marineros son tan peritos que sepan navegar cuando no les da el viento en popa. Aquella embarcación llevaba a otra isla próxima su cargamento de productos del país, arroz, cocos, de que hemos hablado poco ha, gallinas, patos y muchos comestibles; también alguna cantidad de oro en pepitas. Con aquellos productos se prepararon ricas comidas, a costa de los inocentes que pasaban sin sospechar nada.

Determinaron, pues, cargar de clavo las dos naves que les quedaban, y porque en el territorio de aquel reyezuelo no se halló tanta abundancia que se pudieran llenar las dos naves, el mismo régulo recorrió las vecinas que están a la vista; pues, de las cinco, cuatro se ven unas desde otras; la quinta está un poco más lejos de ellas, cuanto no alcanza la vista del hombre, sino poco más. He ahí, pues, llenas las dos naves de clavo, del recién cogido de los árboles, de los cuales se llevaron también ramas, cada una con el clavo que tenían.

Todos los de la corte *(en España)* se holgaron de ver aquellas ramas, y de oler las bayas en las ramas que les criaban. El olor aquel se diferencia no poco del de el clavo viejo que venden los farmacéuticos. Yo obtuve la mayor parte de las ramas traídas: repartí a varias personas muchas para enviarlas a diversas partes: aun me quedan unas poquitas, que las reservaré hasta que sepa si ha llegado alguna de ellas a manos de Vuestra Santidad.

Se cargaron, pues, de clavo dos naves. Contemos ahora lo que sucedió después. Una de ellas, la *Trinidad*, estaba carcomida, corroída, podrida, y tan agujereada de los gusanos que en italiano se llaman *bisas* y en español *broma*, que por sus costados y por el fondo pasaba el agua como por una criba; por lo cual no se atrevieron a confiarse en ella a tan larga navegación hasta componerla. Por eso se quedó allí la *Trinidad* hasta el día de hoy: si estará sin novedad, no lo sabemos; y así, de cinco volvieron dos solas; ahora, ésta que se llama la *Victoria*; el año pasado, la *San Antonio*; de hombres, pocos.

7.

Importancia de la vuelta al mundo. Su explicación. Atentado de los portugueses.

Falta decir por dónde volvió la *Victoria*. Porque al cabo de tres años menos pocos días, contados desde su partida, volvió por otro camino, dejándose en el viaje a todos los principales por sucesos infortunados. Pero esta empresa, inaudita hasta el presente y jamás intentada desde el principio del mundo, (la llevó a cabo) esta nave dando vuelta a un paralelo entero, a toda la tierra. Si

esto lo hubiese realizado un griego, ¡qué no habría inventado la Grecia acerca de esta novedad increíble! Dígase qué es lo que hizo la nave de los argonautas, la cual, sin avergonzarse ni reírse, cuentan supersticiosamente que fue llevada al cielo. Si reflexionamos lo que hizo esa nave, saliendo de Argos al Ponto llegó a Oetes y Medea con sus héroes Hércules, Teseo, Jasón: no sé lo que hizo; la gente no sabe aún qué fue aquel vellocino de oro, y el trecho de camino que hay de Grecia al Ponto lo han aprendido los muchachos de los gramatiquillos: la uña de un gigante es mucho mayor que esa distancia.

Pero cómo es posible que haya dado vuelta al mundo, se ha de trabajar para hacerlo entender a los hombres, porque es duro de creer. Hagamos, pues, la experiencia. Haga Vuestra Beatitud que le pongan una esfera sólida redonda, en que esté dibujada toda la figura del orbe. Comience a guiarse por el paso de Hércules, llamado Estrecho de Gibraltar. Saliendo a mano derecha, se encuentran primero las islas Afortunadas, llamadas comúnmente las Canarias. Entre ellas y las costas de África, yendo en derechura a Mediodía, se encuentran otras islas, que sus dueños, los portugueses, llaman las islas de Cabo Verde, y en latín se dice las Górgadas de Medusa.

Aquí se ha de fijar mucho la atención, porque es donde comienzan a admirarse. Los portugueses, desde las Hespérides, vuelven las proas completamente a mano izquierda, y pasan la línea equinoccial, y cruzan también el trópico de Capricornio, hasta el último promontorio de los montes de la Luna, y lo llaman Cabo de Buena Esperanza, por decirlo yo con el nombre común, a treinta y cuatro grados del ecuador: otros rebajan dos. Desde la punta de aquel promontorio se vuelven hacia Oriente, y navegando recorren las entradas del mar Eritreo, del Golfo Pérsico y las vastas costas del Indo y del Ganges, hasta el Quersoneso Áureo, que ellos llaman Malaca, según llevamos dicho.

He ahí la mitad del círculo del orbe. Todos los cosmógrafos han dejado escrito, en el cómputo de siempre, que ése es el espacio que es sol recorre en doce horas, de las veinticuatro. Midamos ahora la otra mitad que resta. Hay que volver a las Górgadas. Dejando a mano izquierda estas islas, esta nuestra flotilla de cinco naves se encaminó derechamente a la derecha, volviendo la popa a las popas portuguesas, a la espalda de aquel territorio nuestro, el *sudamericano*, que decimos creído continente, cuyo comienzo está en poder de los portugueses: y pasó tan adelante esta armada que por aquel derrotero llegó más allá del grado cincuenta del antártico, como ya lo dijimos; no pongo el pico, porque en la cuenta de los grados difieren, aunque poco. Siguiendo al sol poniente, como los portugueses al saliente, tomaron por detrás las islas Malucas, que no distan mucho trecho del en que Ptolomeo coloca a Gatigara y el Golfo Grande, puerta abierta para las regiones de China.

Paso ahora por alto decir nada del Golfo Grande y de Gatinara, que dicen no encontraron que sean como las describe Ptolomeo, en otra ocasión lo diré acaso más extensamente.

Volvamos al paralelo que han rodeado. He aquí el Quersoneso Áureo descubierto por otro camino, y andando al revés que los portugueses. Por el mismo derrotero, a la vista del Quersoneso Áureo y por las sendas de los portugueses, volvió esta nave, reina de la argonáutica, a las Hespérides.

Habiendo arribado a las Górgadas necesitada de todo, despachó un bote con trece hombres pidiendo agua potable y algo qué comer, aunque no de balde. Allí los portugueses, al servicio de su Rey, que les parece que les van a sacar el ojo derecho si otro príncipe logra aprovecharse de los aromas *(las especias)*, apresaron el bote y a su dotación, en contra de los pactos convenidos desde el principio del deslinde, que autorizó el Pontífice Alejandro VI, e intentaron los magistrados regios de las Hespérides prender también la nave, lo cual les habría sido fácil. Sino que, advirtiendo los marineros lo que les había pasado a sus compañeros, antes de que los portugueses aparejaran sus naves para el encuentro, levando anclas escaparon, dejando en poder de los portugueses a trece compañeros de los treinta y uno que iban, habiéndose embarcado sesenta en las Malucas. Pero los portugueses los han enviado libres por orden de su Rey.

8.
Trabajos de la tripulación. Pretensiones portuguesas. El día de menos. Su explicación.

Si yo hubiera de referir las cuitas, los peligros, la sed, el no dormir, el trabajo miserable de estar sacando día y noche el agua que se les entraba por grietas y agujeros, tendría que alargarme demasiado. Baste con esto. En aquella nave, con más agujeros que una criba llena de ellos, los dieciocho que trajo, más macilentos que matalón rocín, dicen que anduvieron vagando en tantas vueltas que navegaron catorce mil leguas aquí y allá, aunque confiesan que el ámbito de la tierra tiene menos de ocho mil, porque no sabían por qué camino diferente del que seguían los portugueses debieran buscarse las deseadas islas.

Se trabaja por que no se abandonen tales comienzos. Lo que se resuelva y lo que se convenga con los portugueses, que se quejan de que este negocio les acarreará innumerables perjuicios, ya lo comunicaré.

Disputan ellos que las Malucas están dentro de los límites que señaló Alejandro V, Pontífice Máximo, a cada uno de los Reyes, al de Castilla, digo, y al de Portugal; dicen ellos que son pagos, campos y villas que llevan sus productos a las ferias de Malaca, Coloout, Cananoro y Cochín, como sucede en todo el mundo con los campesinos, que llevan a vender a las ciudades y pueblos lo necesario que ellos cultivan y crían en su casa. Nosotros, por el contrario, hallamos que han usurpado Malaca, puesto que está fuera de aquella línea que parte el Oriente y el Occidente desde ambos polos. Vuestra Beatitud conoce esto muy bien: como que en su presencia se discutió más de una vez esta cuestión.

Una cosa queda que llenará de admiración a los lectores, en particular a los que se figuran que manejan familiarmente el vago curso de los cielos. Cuando esa nave volvió a las Górgadas, pensaban los marineros que era miércoles, y se hallaron con que era jueves; por lo cual dicen que les faltó un día en aquella vuelta durante el transcurso de tres años.

Yo les digo a ellos: «Mirad: acaso se han equivocado los sacerdotes pasándoseles aquel día en su celebración o en el rezo de sus horas.» Ellos me contestan: «¡Cómo! ¿Sospechas tal vez que hemos podido incurrir todos en tamaño error, particularmente los hombres de gran cordura y experiencia? Es asunto común eso de llevar la fácil cuenta de los días y los meses, principalmente cuando muchos llevaban consigo sus libros de Horas, y sabían perfectamente lo que tocaba rezar cada día. Particularmente en las horas de la Bienaventurada Virgen, ante la cual nos prosternábamos a cada momento implorando su patrocinio, en éstas y en las conmemoraciones de los difuntos empleaban muchos el tiempo ocioso. Échate a pensar, pues, por otro lado: indudablemente nos han quitado un día».

Esto recuerdan unos, otros otras cosas, cada cual lo suyo; pero todos están conformes en que les han quitado un día. «Amigos, añadí yo, tened presente que el año siguiente a vuestra partida, que fue el quinientos veinte, fue bisiesto: no venga de ahí tal vez la equivocación.» Pero afirmaron que aquel año dieron veintinueve días al pequeño Febrero, y que en el bisiesto no se olvidaron del bis sexto de las calendas de marzo. Estos dieciocho que han sobrevivido son completamente iliteratos[65]. Así hablan unos tras otros.

Ansioso yo con este cuidado, busqué a Gaspar Contarino, embajador de su ilustre República veneciana ante el César, y de no mediana instrucción en todo género de letras. Discutiendo con varios argumentos esta nueva y hasta ahora inaudita narración, reconocimos que podía suceder de este modo.

Esta nave castellana salió de las islas Górgadas hacia Occidente, adonde se encamina también el sol. De donde resultó que, siguiendo al sol, cada uno de los días fue para ella más largo en

65 Marineros y soldados tenían que ser; pero no todos eran completamente iliteratos, y en particular el escritor Antonio Pigafetta.

proporción del camino recorrido; por lo cual, completado el círculo que el sol traza en el espacio de veinticuatro horas hacia Poniente, consumió (la nave) un día entero, y así tuvo un día de menos que los que en ese espacio de tiempo estuvieron de asiento fijo en cualquier parte.

Y si la armada portuguesa que navega hacia el Oriente, continuando su camino en esa dirección, volviera otra vez a las Górgadas con esta navegación y camino que ahora por vez primera se ha descubierto y manifestado a los mortales, nadie puede dudar que, debiendo tener los días más cortos, una vez dada la vuelta, les sobraría veinticuatro horas completas o un día entero, y contarían uno de más.

Y del mismo modo, si ambas flotas, digo la castellana y la portuguesa, zarparan de las Górgadas en un mismo día, y navegaran, la castellana al Occidente, la portuguesa al Oriente, volviendo popas contra popas, y en el mismo espacio de tiempo regresaran por estas opuestas vías en un mismo instante a las Górgadas, si aquel día era jueves en éstas, para los castellanos, que habrían consumido un día entero teniendo los días más largos, había sido miércoles; mas para los portugueses, a quien les sobraría un día por haberlos tenido más cortos, el mismo día sería viernes.

Discutan más altamente los filósofos este punto filosófico: yo esto digo por ahora, y basta ya acerca del paralelo recorrido, y de las islas que crían los aromas, del día que faltó y de las nuevas tierras.

Volvamos por fin ahora a los asuntos de Méjico, que abreviaré todo lo posible, porque ya con tanto trabajo me canso y molesto yo mismo por la ancianidad que se va, en cuyas rapaces uñas me dejó Vuestra Beatitud casi cayendo: ella con rápido vuelo trata de empujarme a la voracidad, más rapaz aún, de su hermana la decrepitud, cual si por las sendas de ésta se hubiera de andar más apaciblemente.

LIBRO VIII.

1.

Transporta Cortés, y bota en la laguna de Méjico, los trece bergantines. Queda dueño de la laguna, quita el agua potable a la ciudad y la bloquea. Setenta días de sitio. Coge preso al emperador, y se le rinde todo el imperio mejicano.

Cerca de la derrota que los nuestros sufrieron en la ciudad lacustre de Méjico, y cómo empezó a reponerse de tal desastre con ayuda de los comarcanos enemigos de los mejicanos, ya se dijo bastante. Pasemos de un golpe a los alrededores de la laguna, omitiendo los hechos intermedios.

Se instaló Cortés con numeroso ejército en una ciudad de ocho mil casas, pero que tiene arrabales inmensos que se extienden hasta la misma laguna: se llama Tezcuco, y dista dieciocho leguas de Tlascalteca. Sus habitantes no se atrevieron a resistirle por temor de que los entregara al saqueo, aleccionados con el ejemplo de los vecinos. Cortés había dejado en Tlascalteca a los maestros de construir naves para que, mientras él sometía por la guerra a los enemigos comarcanos, arreglaran los trece bergantines que hemos mencionado. Tan pronto como asentó su ejército en Tezcuco, mandó traer las piezas de los bergantines, que fueron transportadas por tablas en hombros de los tlascaltecas y guazuzingos. Y no tomaron con disgusto este trabajo: profesan a los mejicanos un odio tan atroz, que tienen por delicia cualesquiera trabajos que se encaminen a las ruina de aquéllos.

He aquí una empresa ardua para el mismo pueblo romano en sus tiempos más gloriosos. De Tezcuco corre a la laguna un río no muy grande, cuyas orillas están llenas las dos de continuas casas con huertas entre medias. Mientras se construía la armazón de los bergantines, y se arreglaban los remos y toda la jarcia, mandó abrir un foso desde Tezcuco hasta la laguna, en trecho de tres millas italianas, y con profundidad de tres estados de hombre en algunas partes, con sus buenos parapetos laterales, el cual pudiera estancar el río para llevar los bergantines a la laguna. Hizo esta obra en el espacio de cincuenta días, teniendo perpetuamente ocho mil cavadores del país.

Pero entretanto que se hacían las dos cosas, las naves y el foso, arrasó y quemó la mayor parte de las ciudades de tierra y lacustres que le habían hostilizado cuando huía, y los de Méjico no se atrevían ya a salir a pelear con los nuestros a campo raso.

Cuando se hubieron votado a la laguna los trece bergantines por aquella admirable obra del foso, los mejicanos vieron próxima su ruina; sacaron, sin embargo, valor de la necesidad. Al saber que los bergantines habían llegado a la laguna, prontamente acudió contra ellos inmensa multitud de lanchas con guerreros armados; cinco mil dicen que se juntaron al momento, según lo que después de la victoria les contaron los de la ciudad. A medida que se acercaban las lanchas, los cañones que estaban colocados en las proas y los costados, los destrozaban cual nubéculas que disipa el vendaval. De este modo, andando ya los bergantines por todo el espacio de la laguna, hostigaron fuertemente a la población.

En pocos días le quitó Cortés a la ciudad el agua dulce de los ríos, habiendo roto los acueductos Cristóbal de Olid; y para que no se les pudieran llevar a los sitiados ningunas provisiones, puso alrededor de la ciudad tres ejércitos: uno en Tezcuco por Aztapalapa, que arrasó por completo porque era la más poderosa y antigua residencia del hermano de Moctezuma, ahora rey. Al frente de este ejército estaba el mismo Cortés con más de sesenta mil combatientes, según ellos dicen, pues acudían a él de todas las provincias muchos más de los que él pedía, ya por la esperanza del botín, ya por la de su propia libertad.

Cortés ocupó el puente aquel arriba mencionado, que va desde Aztapalapa a la corte, y poco a poco, peleando, hacía retirarse a los enemigos, ya a brazo, ya con el ímpetu de los caballos y las bombardas, de frente y por los lados. Con ayuda de los bergantines se apoderó del puente *(la calzada)*, hasta el castillo de que hablamos en el encuentro del rey Moctezuma con los nuestros, donde mencionamos aquel castillo pertrechado con dos torres y que abraza ambos puentes, que se unen con sus bóvedas. En aquel sitio puso Cortés su real, y desde allí era dueño de las entradas de ambas calzadas. Mandó también poner otro campamento para guardar el otro gran puente del Septentrión, y al frente de él puso a Gonzalo Sandoval, soldado ejecutor de la justicia, que en español llaman alguacil. El mando del tercer ejército, colocado al otro lado de la ciudad, lo dio a Pedro Alvarado.

Dicen que aquellos tres ejércitos constaban de ciento veinte mil combatientes.

Así rodeada de enemigos por todos los lados la desventurada ciudad, se veía en necesidad extrema de todo, y no menos que los enemigos la afligían con su ambición algunos pocos (cuya sed de mando puso en aquel trance a la infeliz población). El pueblo fácilmente consentiría en someterse a nosotros si no se opusiera el sobrino del rey *(de Moctezuma)*, hijo de una hermana, usurpador del imperio, y la soberbia de sus próceres.

Setenta días continuos fue hostilizada por todos lados, y por detrás y por delante. Dentro de las mismas calles de la ciudad, cuando los nuestros por la tarde se volvían a sus tiendas, escriben que a veces habían sido muertos mil quinientos, y aun más, en los encuentros de cada día. Cuanto más sangriento había sido el estrago, tanto más abundante y opípara cena tenían los guazucingos, tlascaltecas y demás auxiliares de allí, que acostumbran a sepultar en sus vientres a los enemigos que caen en la batalla, y Cortés no se habría atrevido a impedirlo. De los nuestros, dicen que siempre murieron pocos. Así, pues, ya a filo de espada, ya de necesidad, pereció la mayor parte de los ciudadanos. Cuando los nuestros entraban peleando en la ciudad, las más veces encontraban en las calles montones de muertos, que decían fallecidos de hambre y de sed. Derribaron a cada paso muchas de las casas principales cuando atacaban a los enemigos.

Una vez, en uno de los puentes, los enemigos rodearon y agarraron a Cortés, y le salvó su familiar llamado Francisco Olea, que, vibrando la espada contra los enemigos, de un tajo le cortó las dos manos al que tenía agarrado a su amo Cortés; pero con mala suerte del libertador, que sucumbió.

Por fin dijeron a los nuestros en qué parte se ocultaba el rey con sus deudos y los principales. Así que lo supo Cortés, acometió con los bergantines a una flotilla de lanchas que los espías le descubrieron, en la cual el rey iba de aquí para allá por ciertos rincones escondidos de la laguna, y los cogió a todos. Puesto el rey en poder de Cortés, tocando la daga que Cortés ceñía, dijo: «He aquí el hierro con que puedes y debes degollarme: he hecho lo que he podido; aborrezco el vivir, y me será ya molesto.» Cortés le consoló, y le dijo que era propio de un rey magnánimo hacer lo que había hecho; pero se lo llevó consigo al continente, y con guardia segura lo entregó a los suyos para que lo custodiaran. Después de esto, vencida la gran ciudad y casi deshecha su población, sometió al yugo del César todas aquellas naciones.

2.

Cortés pone nuevo rey mejicano. Botín que envía Cortés a España. Tigres a bordo. Cortés premiado. Piratas franceses.

A mí se me han presentado dos de los que en España se llaman hidalgos, que tomaron no pequeña parte en todo aquello, ya en investigar los secretos de las provincias, ya en todos los combates: el uno Diego Ordaz, el otro Benevides. Cuentan que Cortés puso en Méjico un rey a su gusto, nacido de sangre real, y que le mandó establecerse allí a fin de que la ciudad despoblada se reponga a la sombra del rey; porque, de lo contrario, se habría quedado completamente desierta e

inculta tan grande población. Pero él, que no se avenía con el ocio, determinó buscar otras tierras por medio de enviados.

Había enfrente, por el Sur, unas montañas altas: mandó ir a ver lo que había al otro lado, y le trajeron la noticia de que al lado austral de aquellas montañas había otro mar, como en las Décadas lo escribí del mar austral, que Vasco Núñez descubrió desde el Darién: dijéronle también que había allí seis ciudades, de las cuales la menor era mucho mayor que nuestro célebre municipio Valladolid. Una de ellas se llama Teph, otra Mechinaca, la tercera Guaxaca, la cuarta Fuesco, la quinta Tecuantepec; el nombre de la sexta no me lo han dicho.

En una carta particular, aparte del volumen de las cosas de Méjico, escriben que en el mar austral entendieron que no estaban distantes de aquellas costas las islas que crían los aromas, el oro y las perlas. Las ciudades que hay en las lagunas y en las orillas de éstas, se llaman así: Saltúcar, Tenavica, Tenustitán, Scapuzalco, Tacaba, Chapultepec, Culuacám, dos Guichilobusco, Sachimilco, Quitagua, Astapalapa, Mesechiche, Coluacán y Tezcuco.

De estos dos ha vuelto recientemente Benevides, sólo él de entre sus compañeros de las dos naves enviadas por Cortés. Llevan en ellas regalos que Cortés envía, los cuales dicen son mucho más preciosos y elegantes que los que habían traído, y Su Majestad Cesárea se llevó cuando fue a Bélgica, que Vuestra Beatitud los vio. Estiman estos regalos en precio de unos doscientos mil ducados; pero no han llegado aún aquí aquellas naves: se han detenido en las islas Casitérides, que sus dueños los portugueses llaman las Azores, no sea que cayeran en manos de los piratas franceses, como el año pasado otra que venía de la Española y de Cuba con la suma de setenta y dos mil ducados de oro y seiscientas libras de perlas preciosas, libras de a ocho onzas, y con dos mil robos de azúcar. Los españoles llaman *robo* a la arroba de veinticinco libras de a seis onzas. Además, muchos llevaban particularmente muchas cosas, y todo fue presa de los piratas. Se ha enviado una flota armada que traiga con seguridad aquellas dos desde las Casitérides. Cuando escribo esto, aún no han llegado.

Traían aquellas naves, según dice Benevides, tres tigres criados desde pequeños, cada uno en su jaula, de buenos palos compaginados, dos en una nave, y en la otra el tercero. En la que llevaba dos, con las sacudidas de la nave por las tempestades, una de las jaulas se abrió un poco de modo que se pudo salir el tigre; y al salirse de noche, no con menos rabia fue saltando por la nave que si jamás hubiese visto a ningún hombre; se ensañó por todas partes, hirió a siete hombres; a uno le quitó un brazo, a otro la pantorrilla, a otro los hombros; a dos mató; a uno que huyendo se subía al mástil, le cogió de un salto; a éste le auxiliaron ya medio muerto los compañeros, y no murió. Todos los que había acudieron con las picas, espadas y toda clase de armas, y acosándole con muchas heridas, le hicieron saltar al mar. Y para que el otro no hiciera otro tanto, le mataron en la jaula. El tercer tigre, dice Benevides que le traen en la otra nave.

En los bosques de aquellos montes hay muchos tigres, leones y otras fieras. Preguntándole que con qué se mantienen, dijo que con ciervos, cabrillas, gamos, liebres, conejos y otros muchos animales mansos que allá se crían.

Cuidando de aquellas naves se han quedado dos capitanes de guerra de aquellas tierras, Alfonso Ávila y Antonio Quiñones: éstos traen, para entregársela al Rey, la parte que le ha regalado el pueblo, y la parte de Cortés la cuida Juan Ribera, secretario del propio Cortés, y desde el principio compañero de todos sus trabajos.

El César, a consulta de nuestro Real Senado de Indias, ha confirmado a Cortés en el gobierno de Nueva España, que así la llama él. Pero Diego Velázquez, o ha sido separado del mando de Cuba o poco menos, porque se ha resuelto que no obró bien mandando tropas contra Cortés a pesar de la prohibición del Senado de la Española.

Recientemente se ha tenido noticia de haberse visto vagar por el océano quince naves de piratas franceses, con ánimo de coger estas naves como cogieron otra, pero que las tempestades les han arrojado al África y echado a pique la mayor parte.

LIBRO IX.

1.
Colonias del Darién. El istmo de Panamá. Tigres y monos.

Hasta aquí, dejando a un lado muchos detalles para no cansar contando menudencias, he referido lo que Cortés y sus compañeros de armas, y los que ejercen cargos en aquellas regiones, el tesorero, contador, distribuidor, que los españoles llaman factor, o me lo han escrito estando allá, o de viva voz me lo han contado cuando han venido.

Digamos ahora unas pocas cosas acerca del Darién, en su mayor parte noticias recientes, sabidas por cartas de Pedro Arias, Gobernador del creído continente, y por medio de su hijo primogénito Diego Arias, que ha regresado del lado de su padre. Después *(hablaremos)* de las cosas de la Española y de Cuba o Fernandina.

Y primeramente esto. En el que se cree continente se han erigido cinco colonias: en las costas septentrionales del territorio, Santa María la Antigua, pueblo que llamamos Darién porque, como lo he dicho extensamente en las primeras Décadas, está situado a la orilla del río Darién. Por qué escogieron aquel sitio, por qué le pusieron ese nombre, que se llamaba Zemaco de su cacique Zemaco, bastante se explicó entonces. A treinta leguas de Darién, hacia el Occidente, está asentada la segunda colonia, llamada Acla. A cuarenta leguas de Acla está, en la playa, hacia Occidente, el domicilio llamado Nombre de Dios, con el nombre del puerto que así llamó Colón, primer descubridor de aquellas regiones. En la playa austral están, con sus mismos nombres patrios, Panamá y Natam, últimas que se han levantado.

El territorio por alguna parte es muy ancho, pero especialmente en el trecho que recorre el gran río Marañón, del cual hablamos bastante difusamente en las primeras Décadas, donde, examinando las causas por las cuales pudiera creerse que tal cantidad de agua se pudiera juntar en un álveo, entre otras ponía que acaso el terreno es allí dilatadísimo del ártico al antártico *(de Norte a Sur)*, por lo que en el largo trecho resultarán muchos ríos que afluyan a éste, que los llevará al mar océano septentrional.

Así se ha comprobado. Padre Santo; veo que vaticiné en aquel pasaje. Desde aquellas costas septentrionales que ennoblece el curso del Marañón, donde dije que los régulos se llaman chiacones, la tierra se extiende hacia el antártico hasta el estrecho aquel ultra-equinocial *(de Magallanes)* cincuenta y cuatro grados; algunos rebajan dos, de lo cual se habló bastante en el discurso sobre la busca de las islas que crían los aromas. En las cercanías de aquel estrecho, el invierno tuvo encerrada por el frío a la armada de las cinco naves casi cinco meses, los de nuestro verano, como dijimos en su lugar, habiéndose venido el sol de ellos a nosotros.

Así deja de admirarse el tan portentoso río Marañón. Pues, así como allí es anchísimo el territorio, así en otras partes está contenido en angostos istmos. Pero particularmente, desde la colonia que se llama Nombre de Dios hasta la costa austral y el puerto de Panamá, median diecisiete leguas, pero por montes intransitables, por vastos riscos y bosques espesísimos, jamás tocados, inaccesibles. Aquellos lugares desiertos son habitados por leopardos, tigres, leones, osos, monos de muchas clases y otros monstruos.

De aquellos animales se refieren casos maravillosos. Dicen que los tigres así temen el encuentro de los viajeros como el de un perrillo; si encontraran a alguno solo, sin remedio ninguno se lo comerían haciéndolo mil pedazos. Se guardan principalmente de los tigres, que tienen por mucho más sañudos que los leones. Muchos valles de aquellas fértilísimas tierras, muchas laderas

de aquellos montes, en las que sin eso brillarían populosas ciudades, están desiertas a causa de las crueles fieras.

Pero acerca de los varios monos es un gusto lo que se cuenta, y peligroso. Por aquellos montes, que el gobernador Pedro Arias escribe que ha abierto ya caminos y los hace de día en día más transitables, partiendo las peñas en las rocas y quemando las selvas espesas, las guías de las monas cuando sienten andar algún pelotón de los nuestros, pues no ya solos, sino ni yendo pocos se atreverían, convocando la numerosa plebe de varias especies salen al encuentro, y con horribles chillidos, saltando de un árbol en otro, siguen a los nuestros por dondequiera que vayan. Hacen burla de ellos con gran chacota, particularmente las de rabo, y muchas veces aparentan querer acometer en pelotón a los nuestros. Sino que, cuando ya bajadas a los troncos de los árboles ven preparar las flechas o las escopetas, que alguna vez han experimentado, y que les apuntan con ellas, más ligeras que el viento vuelven a trepar a las puntas de los árboles, y allí, lanzando rabiosas quejas, rechinan los dientes amenazando.

Cuentan que son tan diestras que saben eludir las flechas que se les disparan, y las cogen en la mano como si se las echaran y ellas las recibieran. Pero las balas de las escopetas no han aprendido a desviarlas: con ellas han matado a la mayor parte, acaso a las más jóvenes y no tan sagaces. Pero cuando ven caer herida alguna compañera de su rebaño, y que los nuestros la cogen del suelo, alborotan y llenan el espacio con tan estrepitosos alaridos que hacen más ruido que los rugidos de mil leones y el bramar de otros tantos tigres. Pero hay una cosa que da gusto el oiría. Cada una de las monas, cuando ya subiéndose ha ganado el árbol, se lleva cuantas piedras puede agarrar con una mano, y algunas también en la boca, y desde allí pelean a pedradas con los transeúntes cuando los nuestros se paran para disparar las saetas o las escopetas. Uno de nuestros flecheros templó su ballesta contra una mona vieja y con rabo, que era más grande que Melampo[66]. La mona aparentó que esperaría; pero cuando ya vio que cerrando el ojo le apuntaban, tirándole una piedra al arquero le hirió fuertemente en la cara, y dice que le rompió los dientes. Sino que pronto el cercopiteco pagó su nueva estratagema, porque mientras la piedra caía sobre el flechero, la flecha subía hacia la mona; la mató y se la comieron ricamente. Sapos habrían comido, y algo peor si hay: tal hambre pasaban.

De brutos cuadrúpedos basta ya. Digamos algo de los que tienen dos pies. Pues aquella gente de dos pies es casi igual a los cuadrúpedos.

2.

Los cocos. Exploraciones en el mar austral. Mar de fondo negro y sirenas. Cocodrilos. Madera incorruptible. Libertad de los indios.

En las fronteras de la colonia de Natám, hacia el sur, hay un régulo poderoso y magnánimo, que se llama Urraco, El gobernador Pedro Arias no ha podido nunca determinarle a que se haga amigo. Dice que ha preparado aprestos militares para moverle guerra. Mas este régulo, confiado en su autoridad y poder, dicen que a los que le han enviado para tratar de paz les ha respondido con altivez, y tiene el atrevimiento de hacer entradas para devastar por fuerza de armas el territorio de los cristianos que habitan la colonia de Natám. Porque en aquellas tierras tienen muchas clases de dardos con que pelean de lejos, y anchas espadas de madera, tostadas, para pelear de cerca. También tienen arcos con flechas de punta de hueso o chamuscadas.

Hay allí grandísima abundancia de fruta de cocos, de los cuales hice mención arriba, principalmente donde en la región austral el mar, en su flujo, baña anchas llanuras vecinas, entre las cuales cuentan de una, que, en el flujo, se riega un espacio de dos leguas, y con el reflujo se queda en seco. En esas partes dicen que nacen y crecen espontáneamente aquellos árboles *(los cocoteros)*: en otras de modo ninguno si no los trasplantan de tiernos. Hay quien piensa que el flujo del mar

66 Un perrazo que nombra Ovidio.

lleva allí las semillas de aquellos árboles desde ignotas regiones. Dicen que de otras regiones de Indias, donde son nativas, han sido llevados a la Española y a Cuba, como alguna vez lo dije de los árboles que crían la canela, y de las islas al continente, hasta llegar a aquellas partes del Sur.

Pero en las islas, por admirable designio de la naturaleza, nace otro árbol de hojas para escribir, que aún no sé si lo hay en el continente, fuera de aquel de que hice mención en las Décadas. En comparación de esta hoja, dista mucho aquélla: la describiré cuando se hable de las islas. Ahora volvamos a lo del creído continente.

Desde la colonia de Panamá del mar austral, con naves que allí construyeron, bajaron hacia el Occidente, tanto que les parece que han estado a espaldas del Yucatán. Gil González, Prefecto de esa armada, y sus compañeros, creen es prueba de eso el haberse encontrado con hombres vestidos del mismo modo, y que llevaban joyas de oro o de plata en los labios perforados, como los que referí en la Década cuarta al Pontífice León, al hacer mención de las cosas de Yucatán y de los regalos que se trajeron.

Escriben que han encontrado a la derecha un mar tan bravo, que opinan habrá allí un estrecho, aún no descubierto, entre el continente y Yucatán; pero que no se atrevieron a meterse en él, porque las naves, con el largo tiempo de navegar por aquellas costas, estaban ya medio podridas y taladradas por los gusanos. Prometen volver cuando hayan reparado las naves.

A Arias le dijo Gil González, y lo confirmaron sus compañeros, que a unas cien leguas de la colonia de Panamá encontraron una anchura de mar de color negro, en donde nadaban peces del tamaño de los delfines, que cantaban con armonía, como cuentan de las sirenas, y que adormecen del mismo modo.

Aquí se maravillarán los hombres de ánimo estrecho, y dirán que eso es imposible: voy a decirlos dos palabras: ¿Por ventura no leemos que el mar Eritreo es rojo, de donde ha tomado este nombre? Sea ello por la naturaleza del agua, sea por el reflejo de las arenas y piedras rojas de la costa, el mar aparece rojo. ¿Quién, pues, podrá quitarle a la naturaleza que críe arenas y piedras negras, que en alguna parte hagan que las aguas parezcan negras? Lo del canto también yo lo tengo por fábula, aunque lo cuentan hombres formales; mas para excusarles, ¿acaso no es sabido que hay tritones con voz, han sido oídos alguna vez, y fueron oídos y hallados muertos arrojados a la playa en la parte occidental de España? ¿No canta la rana debajo del agua? ¿Pues qué extraño será que se hallen también otros peces con voz, que nunca se hubiesen oído antes? Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la naturaleza puede hacer cosas grandes.

Todos los ríos del creído continente están llenos de cocodrilos: en los ríos son dañinos; en tierra no, como son los del Nilo. Uno encontraron muerto de cuarenta y dos pies, y por el cuello siete de ancho. El hijo de Pedro Arias, que ha venido de al lado de su padre, dice que ya se han encontrado los árboles de cuyas tablas, haciendo las naves, están inmunes de aquella peste de gusanos que las corroe. Dice también que su leña, llevada a las cocinas, apenas se puede encender por la suma humedad.

Pasemos ahora a lo ventajoso. Aquella tierra tiene muchas minas de oro; pero perdóneme Pedro Arias, perdónenme los demás que han logrado el oro con el sudor de los pobres indígenas. Lo que con asistencia de Vuestra Beatitud se intentó muchas veces en nuestro Consejo de las cosas de Indias, ahora se ha decretado: que los indios sean libres en todas partes, y que se empleen en cultivar los campos y en la enseñanza cristiana. Y si algunos, por la esperanza de conseguir alguna de nuestras cosas, se ofrecieren espontáneamente, sea lícito tenerlos a jornal. Del creído continente basta ya.

3.
Fecundidad de la Española.
Granados. Pimienta. Papiros.

Digamos algo de las islas. En la Española no se ha cambiado nada. Es el mismo el Senado de quien reciben las leyes todas aquellas regiones. De día en día prospera más todo lo que allí se cultiva. De caballos, cerdos y rebaños, hay multitud inmensa. Lo mismo pasa en las demás. Las terneras conciben a los diez meses de edad, conciben también las potras, y apenas han parido cuando ya desean y reciben el caballo. Viven contentándose con el pan de yuca y de maíz. Vino se les lleva de Andalucía, aunque tienen viñas en la mayor parte de los lugares. Dicen que crecen admirablemente; pero tan frondosas, que gastan la fuerza en pámpanos y follaje, y poca en racimos, y que perecen a los pocos años de puestas. Del trigo cuentan lo mismo, que se hace como las cañas, y las espigas inmensamente grandes, pero que los granos fallan en su mayor parte antes de sazonar. De las demás cosas hay allí más abundancia que en ninguna parte. Las prensas de azúcar se aumentan todos los años.

Hablemos ahora del árbol que da el pergamino en ambas islas. Se parece mucho a la palma; sus hojas son tan grandes que, extendiendo una sobre la cabeza, defiende de la lluvia todo el cuerpo del hombre, como si se echara a la espalda una capota de lana. Esto es poca cosa, pero digamos lo admirable. Aquellas hojas, que están adheridas al árbol como la palma en el suyo, arrancando una de ellas desde su raíz, con que está unida al árbol (pues fácilmente, cogiendo la hoja por la punta que cae, se arranca del árbol) en su costado interior, que comprende las membranas delgadas, se encuentra una película blanca, semejante a las albúminas del huevo; se desprende aquella piel como la de un carnero degollado, y se saca de su corteza la membrana entera: es no menor que la de un carnero o una cabra, y de ellas se sirven todos como si tuvieran el mismo pergamino, y dicen que no es menos resistente.

De aquella membrana fina, con tijeras cortan tanto pedazo cuanto al presente necesitan escribir. Este árbol se llama yagua; su fruto se parece a la aceituna, engorda a los cerdos; para los hombres no es tan a propósito. De qué manera se aprovechan de otra hoja para escribir, que es diferente de esta película, bastante se explicó en su lugar.

Hay otro árbol que nace en las hendeduras de las piedras, no en buen suelo: se llama pythahaya, de fruto agridulce, del sabor que advertimos en la manzana púnica, agridulce: se llama granada. Su fruto es de grande como la manzana, y colorado por dentro y por fuera. El árbol mameyo, de que hablamos en las Décadas, en las islas no es mayor que un melón pequeño, pero en el continente como uno grande; esta fruta cría solas tres pepitas mayores que una nuez para la conservación de la especie.

Digamos ahora un poco acerca de la pimienta de las islas y del continente. Tienen selvas llenas de frutales que crían pimienta: pimienta, digo, aunque no lo es, porque tiene la fortaleza y el aroma de la pimienta, ni vale menos que la pimienta aquel grano; ellos le llaman *haxí*, con acento en la final: es más alta que la adormidera. Se cogen sus granos como los del enebro o el abeto, aunque no llegan a ser tan grandes. Hay dos especies de aquel grano, cinco dicen otros: la una es de larga como dedo y medio de hombre, más picante y aguda que la pimienta, y la otra es redonda y no menor que la pimienta; pero ésta tiene la película, la pulpa y las pepitas, todas tres cosas con su cálida fortaleza. Otra tercera hay que no es acre, sino solamente aromática, que si la usáramos no necesitaríamos de la pimienta del Cáucaso: la llaman boniato dulce; a la acre la llaman caribe porque es áspera y fuerte: por eso llaman caribes a los caníbales, porque reconocen que son fuertes y ásperos.

Otro árbol hay en estas islas que se llama guchón, y el hombre que toca su rocío se inficiona cual si tomara veneno. Si alguno mira ese árbol de hito en hito, pierde la vista y se hincha como un hidrópico. Otros dos hay cuya madera y hojas, quemándolas, matan con solo el humo: el uno si

encendiendo un poco de leño se lleva por la habitación; el otro envenena si se aspira por las narices el sahumerio de la hoja.

Una iniquidad cruel me contó cierto sacerdote que navegó seis veces todo aquel vasto derrotero del océano, desde el continente, Cuba y la Española, tres veces yendo y otras tres viniendo, el cual se llama Benito Martínez, hombre bastante dispuesto. Éste es el primero que vino a Barcelona a dar cuenta del Yucatán y demás tierras comarcanas de allá.

Cuenta que cierto hombre llamado Madroño, del pueblo de Albacete, en la región Espartaria, tuvo a su cargo para recoger oro, según antigua costumbre, a un cacique con sus súbditos en el lugar de Santiago. En breve tiempo, de la mina que por suerte encontraron le recogió el régulo con sus cavadores a su amo temporero nueve mil castellanos de oro. En nuestro real Senado se mandó desde el principio que a cada uno de aquéllos, cuando se retirara del trabajo, se le hiciera algún donativo de cosas nuestras, como una montera, chaleco, camisa interior, sayo, espejo o cosa así.

Pensaba el cacique que obtendría del amo un donativo de algún más valor por haber encontrado en poco tiempo tanta cantidad de oro. Madroño fue mezquino en dar menos que debiera, y el cacique se puso tan bilioso que, llamando adentro de la casa aquellos cavadores en número de noventa y cinco, les habló así: «Compañeros: ¿para qué queremos vivir más tiempo en semejante esclavitud? Hay que irse ya a las moradas perpetuas de nuestros antepasados. Examinad dónde descansaremos de estas calamidades intolerables que sufrimos bajo el poder de hombres ingratos. Os seguiré al punto.»

Dicho esto, tenía preparados manojos de las hojas que matan con el olor. Habiéndolos encendido, dio a cada uno su porción para que la sorbiera, y ellos le obedecieron. El cacique y un pariente suyo principal, hombre sagaz, tomaron el humo los últimos. El suelo del cobertizo estaba ya cubierto de cadáveres, y los dos vivos comenzaron a disputar sobre cuál se suicidaría primero; el cacique instaba que lo hiciera antes su compañero; éste dijo que lo haría después que él, pero no antes, y por fin lo hizo primero el cacique. Entonces el compañero, por el dulce amor a la vida, burlándose del cacique y de sus fatuos compañeros, no quiso seguirlos; y saliéndose de allí, avisó a los nuestros de lo que había pasado.

4.
Otros suicidios ocasionados por abusos criminales. Gigantes en América.

Dice que casi aquellos mismos días ocurrió otro homicidio en la provincia llamada del Príncipe. Un pretor urbano, llamado Obando, tenía una muchacha, hija del cacique. El Pretor, aunque estaba preñada de él, sospechó que habría hecho algo fuera. No para matarla, sino únicamente por atemorizarla, sujetándola en dos asadores de madera la acercó al fuego y mandó que sus satélites le dieran vueltas. Aterrorizada la joven de la atrocidad de aquello y del nuevo género de tormento, se murió.

Su padre, el cacique, así que supo el caso, reunió consigo a treinta de los suyos, se fue a la casa del Pretor en ausencia de éste, y mató, sin dejar uno, a la esposa que había tomado después del crimen aquel, a las mujeres que la acompañaban y a los criados; después, cerrando la puerta de la casa y prendiéndola fuego, se quemó él con todos sus compañeros auxiliares, y la familia muerta del Pretor y todo lo que tenía.

De otra joven cuenta una cosa que espanta. Violada por un mozo de mulas, español, se fue a su casa, contó lo que le había pasado y dijo a sus padres que por ello quería quitarse la vida. No aprovechó el consolarla: tomó jugo de yuca, que crudo sirve de veneno y cocido de leche; el veneno no tuvo fuerza bastante para quitarle la vida, pero determinó matarse de cualquier manera. Al día siguiente dijo que iba a lavarse a un sitio del próximo río, pues tenía costumbre de lavarse dos veces

al día. Allí encontró medio cruel de vengarse. Dobló un pequeño árbol que había a la orilla del río, lo tronchó a la altura de su copa, y del mejor modo que pudo le sacó punta a la parte superior. Después, subiéndose a otro árbol próximo más alto, se clavó la punta del otro por donde había sido violada, y permaneció clavada cual cabrito que van a asar en el fuego de la cocina.

También otra joven, a los pocos días, resolvió dar fin a las molestias de la vida. Se llevó consigo de compañera a una criada de este sacerdote, de la edad de ella, y la persuadió fácilmente que, siguiendo su ejemplo, se marchara con ella a reunirse con sus antepasados, donde pasarían vida tranquila. Atando a las ramas de un árbol los ceñidores que llevaban puestos, y echándose un nudo al cuello, se tiraron del árbol, y así ahorcándose lograron sus deseos. De estas cosas cuentan muchas.

Quiero concluir esto con una relación gigantesca que, cual formidable Atlante puesto de pie, guarde la espalda a estas indicaciones. Diego Ordaz, arriba mencionado, recorrió muchos rincones de aquellas tierras y apaciguó a los caciques, en particular al de la provincia del árbol de la moneda *(el cacao)*, donde aprendió cómo se cría y crece aquel árbol monedero, conforme lo expliqué en su lugar. En la bóveda de un templo encontró un pedazo de hueso del muslo de un gigante, raído y medio carcomido por la antigüedad. El licenciado Ayllón, jurisperito y uno de los senadores de la Española, llevó aquel muslo a la ciudad de Vitoria poco después que Vuestra Beatitud marchó de allí para Roma. Yo lo tuve en casa algunos días: tiene de largo cinco palmos desde el nudo del anca hasta el de la rodilla, y de recio en proporción. Después de esto, los que Cortés envió a las montañas del Sur volvieron diciendo que habían encontrado una región habitada por hombres de esos, y en prueba de ello dicen que trajeron muchas costillas de los muertos.

Tocante a las demás cosas que pasan entre nosotros, Vuestra Beatitud lo sabe con frecuencia por los amanuenses del César. A mí no se me puede exigir nada de lo que agita los ánimos calamitosos de los príncipes cristianos, envueltos en enemistades a beneficio de los mahometanos.

Conque páselo muy bien Vuestra Beatitud, a cuyos pies postrado le rindo humildísimo vasallaje.

LIBRO X.

1.
Noticias que trae Ribera, secretario de Hernán Cortés. Etimologías. Méjico después de sitio y la toma. El arrastre de grandes vigas.

Al modo que cortándole cabezas a la hidra se septuplican, así a mí, cuando acabo una narración, se me vienen otras. Pensaba yo haber cerrado ya la puerta a los asuntos de Méjico, cuando he aquí que, llegando otro enviado, me veo precisado a abrirla de nuevo.

En una de las dos naves que traían los regalos desde las Casitérides ha venido un familiar amanuense de Cortés, que se llama Juan Ribera, quedándose la otra nave, por temor a los piratas franceses, esperando a las naves auxiliares con el tesoro, del cual, a más del quinto correspondiente al Real Fisco, Cortés voluntariamente da una parte de las riquezas adquiridas con su trabajo, y otra sus principales compañeros de armas. Este Juan Ribera trae orden de entregar al César, en nombre de su amo, Cortés, los regalos por éste designados. En nombre de los demás traen los suyos aquellos dos que arriba dijimos se habían quedado en las Casitérides con las naves.

Este Ribera posee el idioma de Méjico, y en todo el tiempo de la guerra no se ha hecho cosa en que no haya tomado parte él, siempre al lado de su amo, quien envió a éste muchos días después de haber marchado sus compañeros. Por eso nos puede dar razón más clara de todo.

Preguntándole primero acerca del origen y etimología del nombre de la ciudad Tenustitana, y luego de su ruina y estado actual, y con qué fuerzas sostiene Cortés la situación, y de otras muchas cosas semejantes, dice que la ciudad fue construida en medio de aquella laguna salada sobre un escollo que allí había, como se lee de la ilustrísima ciudad de Venecia, construida asimismo en una prominencia que vieron en aquella parte del golfo adriático para defenderse de las incursiones de los enemigos. El nombre dice que se compone de tres vocablos concisos. A una cosa que parezca divina, le llaman *ten*; al fruto, *nucil*[67], y *titán* llaman a lo que está en el agua. Lo mismo es *tenustitán*, que «fruto divino puesto en el agua», porque encontraron en aquella roca un árbol nativo cargado de fruta suave y muy buena de comer, mayor que nuestras manzanas, que dio a los primeros que la encontraron la deseada comida; por lo cual, en prueba de gratitud, llevan tejido en las banderas el árbol aquel, que se parece a nuestra morera, aunque tiene las hojas mucho más verdes.

También los tescaltecas tienen en sus banderas dos manos juntas amasando comida, porque se jactan de tener campos más feraces de cereales que los demás comarcanos, y por eso le pusieron el nombre a su ciudad: pues *tescal* en su lengua se llama la comida de pan, y *teca* es señora, y así es *señora del pan*. Lo mismo pasa con los montecillos, que los nuestros llaman volcanes; digo de el monte aquel que vomita humo. En los pendones de guerra llevan un monte humeante, y a ese monte le llaman Popocatepech; porque *popaca* significa humo, y *tepech* monte. Vecino de éste, un poco separado al oriente, hay otro monte cubierto de nieve todo el año, y además otros cargados de nieves por la mucha altura. También otro monte se llama Cachutepech, lleno de conejos, porque *cachu* significa conejo, y de ahí *monte de los conejos*. La casa de la religión es *teucale*: de *teu*, que es Dios, y *cale*, casa. Así definen todas las cosas, por el efecto. Alguna vez investigaremos esto más diligentemente.

Tocante a la ruina, dijo que la ciudad, en su mayor parte, había sido arruinada, ya a hierro, ya a fuego, y que de los principales quedaron pocos. Dice que la están rehaciendo toda maravillosamente si por alguna parte se quedó oculto de los furiosos combates algún pago o calle, y

67 Parece que deberá ser *nus* o *nust*.

principalmente los palacios reales, de los cuales el principal, donde vivía Moctezuma, cuentan todos que es tan vasto que sin un guía allí nacido y criado nadie, una vez entrado, encontrará el camino para salir, como se lee de las revueltas del fabuloso laberinto de Minos. Dice que Cortés va a establecer allí su morada, y que por eso cuida de que se repare lo primero. Pero las casas de recreo donde antes mencioné que había encerrados varios géneros de cuadrúpedos, fieras y aves diversas, dice que están edificadas dentro de la ciudad, y sobre el agua misma con amenos jardines, no en el continente, como otros habían dicho. Cuenta muchas cosas de los alaridos quejumbrosos de los leones, tigres, osos y lobos cuando se quemaban con las mismas casas, y del saqueo lamentable de todo aquello. Tarde se reconstruirán aquellas casas: eran todas de piedra desde los cimientos, rodeadas de pinos y arregladas a modo de castillo.

Pero las casas del pueblo son también de piedra hasta la cintura de un hombre, a causa de las crecidas de la laguna por el flujo o por los aluviones de los ríos que en ella desaguan. Sobre aquellos grandes cimientos construyen el resto de la fábrica con ladrillo, ya cocido, ya secado al sol en verano, entremezclando vigas. Todas las casas tienen solo un piso. En el suelo hacen poca morada por la humedad: los tejados no los cubren con tejas, sino con cierto betún de tierra; para tomar el sol es más cómoda aquella forma, pero debe creerse que se estropea más pronto.

Mas digamos cómo traen las grandes vigas y cuartones que necesitan para edificar la casa. Las laderas de aquellos montes están llenas de árboles cidros, de los cuales los voluptuosos romanos, después que de la continencia pasaron al lujo, hacían las mesas y el armazón de las camas, porque el cidro preserva perpetuamente de polilla y caries todo lo que se entabla con él, y las tablas de ese árbol están pintadas naturalmente de varios colores. En los mismos bosques hay pinares mezclados con los cidronales. Con sus segures de latón y sus azuelas ingeniosamente templadas derriban y labran los árboles, quitándoles los garranchos para arrastrarlos con más facilidad. No les faltan hierbas con las cuales, a falta de esparto y cáñamo, arreglan cuerdas, sogas y maromas. Taladrando la viga por una cara, meten la soga; después ponen a tirar a los esclavos cual yuntas de bueyes, y por fin, metiendo debajo, en vez de ruedas, troncos redondos, ya sea cuesta arriba, ya se haya de arrastrar la mole cuesta abajo, hácenlo las cervices de los esclavos, dirigiendo el trabajo los carpinteros. Todos los materiales de construcción, y demás cosas acomodadas al uso de los hombres, los obtienen del mismo modo, no teniendo, como no tienen, bueyes, ni asnos, ni cuadrúpedo alguno de carga.

De las vigas se cuentan cosas increíbles, y yo no me atrevería a referirlas a no ser que hombres de autoridad, y muchos obligados por nosotros en el Senado, hubieran asegurado que midieron varias, y que vieron y contemplaron en la ciudad de Tezcuco una que sostenía casi todo el palacio y tenía ciento veinte pies de larga; y labrada en forma octágona, era más gruesa que un buey grande, y no lo contradice nadie. De aquí se puede colegir lo industriosos que son.

2.
La escasa tropa de Cortes. Los ricos dones que envía. La industria que revelan. Los vestidos mejicanos.

Tocante a la moneda llamada *cacao*, y a las fuerzas de Cortés para sostener tan vasto imperio, dice que ni se ha cambiado la moneda ni conviene que se cambie. Y que las fuerzas de Cortés consisten en cuarenta bombardas, doscientos jinetes y mil trescientos de a pie: de los cuales doscientos cincuenta quiere que estén listos para manejar los trece bergantines con su jefe señalado, que de día y de noche van dando vueltas por la laguna. De los otros se sirve para recorrer nuevas tierras: han reconocido la mayor parte de los montes que median entre la planicie tenustitana y el Sur, encontrando que son muy prolongados de Oriente a Occidente.

Los que las han pisado dicen que anduvieron quinientas leguas. Cuentan que tienen muy buenas provisiones, y son amenos y con excelentes ciudades. De aquellos montes y de los diferentes

ríos que riegan los campos tenustitanos, este Juan Ribera trae muchas muestras de oro como lentejas y guisantes y varias perlas de la región austral, pero encontradas en poder de Moctezuma y de sus regalados próceres u otros enemigos en los despojos de las batallas.

Teniendo yo en mi casa a este Ribera, el reverendo protonotario Caracciolo, legado de Vuestra Beatitud, con el embajador de Venecia, Contarino, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jason Maino, vinieron a mi casa por el anhelo de oír y ver cosas nuevas. Les causó admiración, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso o cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve o diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía a un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube a la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende a ciento cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé qué rumor de que los piratas franceses han olido ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vamos a las cosas particulares de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado perlas nada inferiores a las que la humana molicie llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

Eso es poco: fue una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artífices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el trabajo aventajaba con mucho a la materia; penachos, cimeras, escudos y yelmos, labrados a trozos con tal arte y con puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro: tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera de color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada: en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienes, y otras dos azafranadas: entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de los cuales, en ambas mejillas, bajan a la barba saliendo fuera de los labios. Esas caretas se las ponen a sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, o se pone bueno, o se muere.

Después sacó de una caja grande varios vestidos: para todos tienen sólo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plumas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos a entender bien cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana o seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cuadrado, muy parecido al que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la

cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo u otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose a la garganta dos de las cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Moctezuma enviara a Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas: en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van desnudos, y como no haga frío llevan siempre fuera uno de los brazos. Por eso todos son de color algo moreno; pero, aunque alguna vez sientan frío, en aquella tierra necesariamente tiene que hacer poco, supuesto que, según dicen, aquella planicie está distante del polo ártico entre el grado diecinueve y el veintidós.

3.
Mapas indios. Reserva prudente sobre creer en islas de perlas y especiería. Razones en pro.

He advertido una cosa que está dibujada en los mapas, que ha traído varios. Por el norte hay unos montes algo distantes, separados unos de otros por valles feracísimos, por cuyas gargantas entran en aquella planicie con gran fuerza los vientos septentrionales, y por eso el costado norte de la ciudad Tenustitana está defendido con anchos parapetos de vigas enclavadas y de grandes piedras, para que la ciudad esté al abrigo de los impetuosos torbellinos. Lo mismo vi yo en Venecia inventado para contener el furor del mar Adriático, y que no quebrante las casas. Los venecianos, a aquella muralla de la orilla la llaman vulgarmente *el lío*. Por el mediodía, al revés, hay montes contiguos tan altos que los vientos del Sur no pueden soplar en la llanura para darle calor. Además vienen del cielo vientos boreales, y desde lo alto soplan más que no los del sur, que suben de abajo arriba, y la llanura aquella tiene también, no lejos, montañas de nieves perpetuas y de fuego.

Entre los mapas de aquellas tierras hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho pocos menos, tejido de algodón blanco, en el cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Moctezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que por todos lados rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca las islas en donde dijimos arriba que se crían las aromas y oro y perlas en abundancia. Aquí, Padre Santo, hemos de hacer una pequeña digresión.

Cuando se leyó este punto entre nosotros, la mayor parte fruncieron el ceño y lo tuvieron por fábula, porque las cartas hablaban de futuro contingente, como ha sucedido en muchas cosas que se sabían por relación de los bárbaros, hasta que se han puesto en claro. Y ciertamente, no les faltaba razón para dudar, con el ejemplo de tres cosas que han ocurrido en nuestro creído continente no conformes con las primeras afirmaciones, de las cuales hice mención en las primeras Décadas, aunque siempre dejándolas en duda.

Dije que el hijo mayor entre los siete de Comogro increpó a los españoles porque hacían tanta estima del oro, y se ofreció a mostrarles abundancia que los saciara con tal que hicieran ir buen golpe de gente armada, con la cual se atrevieran a cruzar las montañas que les mostraba, y que las ocupaban caciques belicosos y defensores animosos de su derecho, porque los costados meridionales de aquellas montañas tocaban otro mar hacia el antártico, y los habitantes de aquellas laderas eran riquísimos. Cruzaron las montañas, pasearon el mar austral y conocieron que los haberes de aquellos caciques eran mucho menos de lo que la fama pregonaba. Lo mismo sucedió con el río Dabaiba, de que también se habló allí con extensión. Las cuales dos cosas, puestas en conocimiento del Rey Católico, lo determinaron a enviar a Pedro Arias con mil doscientos soldados

al matadero; pues han muerto casi todos con escasa utilidad, como en otra parte lo he dicho con bastante latitud.

Lo tercero que los retrae de creer lo que se cuenta, no va fuera de razón. Todos los habitantes de aquellas tierras, para alejar de sus fronteras a los nuestros, escudriñaban qué era lo que deseaban, y cuando entendían que buscaban oro o qué comer, señalaban lugares lejanos, y haciendo muchas ponderaciones afirmaban que hallarían mejor que entre ellos mucho mayor abundancia de ciertas cosas en poder de algunos caciques, y los nombraban; y cuando fueron a los caciques nombrados, conocieron que les habían engañado. Luego no sin razón indican que lo mismo puede suceder con estas cosas que se cuentan de lejos.

Pero examinando yo este caso en gracia de un varón tan distinguido, creo encontrar razones probables y persuasivas. En presencia del gran canciller Mercurino de Gatinara, del comendador mayor Fernando de Vega, del doctor señor de la Roca, belga, querido del César e hijo del gran canciller Felipe, y del gran tesorero el licenciado Vargas, admitido en el Senado de las cosas de Indias después que marchó Vuestra Beatitud, expuse estas razones.

A mí me daría vergüenza de contar esto entre los portentos y cosas difíciles de la naturaleza. Las islas Malucas que crían los aromas, están en parte bajo el equinoccio, en parte próximas a él, como arriba lo mencioné; ocupan exiguo espacio de la tierra; en comparación de todo el resto; y como el círculo equinoccial da vuelta a todo el orbe, ¿quién quita que en otras partes, lo mismo que allí, se puedan encontrar con clima igualmente benigno otras tierras, a las cuales la fuerza del sol les comunique aquella virtud aromática, y la divina Providencia haya querido tenerlas ocultas hasta estos nuestros tiempos, como vemos que lo ha estado hasta ahora esta inmensidad del océano y de aquellas regiones terrestres. Las costas australes de Tenustitán apenas distan doce grados del equinoccio. ¿Qué extraño será, pues, que así como vemos al presente descubierto lo que antes estaba como sumergido, suceda ahora otro tanto para aumentar la felicidad de nuestro César, discípulo de Vuestra Beatitud? Lo mismo digo a los que sólo quieren creer lo que ellos alcancen con las fuerzas de su ingenio en nombre de Vuestra Beatitud, que siempre ha sido investigador sagacísimo, no sólo de los arcanos de la madre naturaleza, sino también de los divinos.

Otro argumento me hace también fuerza. Cortés, que ha llevado a cabo tan grandes cosas, no sería tan mentecato que a ojos cerrados hubiera tomado a su cargo semejante empresa en el mar austral, como la que sabemos ha tomado de construir a su costa cuatro naves para explorar aquellas tierras si no hubiese sabido algo cierto, o por lo menos verosímil. Basta ya.

4.
Indios salvajes. Parodia de los usos guerreros de Méjico. Id. de los homenajes al rey. La embriaguez santificada.

Volvamos a su familiar Ribera. En aquellas montañas dice, según la relación de los naturales, que hay hombres salvajes, greñudos como los osos peludos de nuestras montañas, y que pasan con los frutos espontáneos de la naturaleza y con la caza. Después del mapa más grande, vimos otro poco menor, que no nos excitaba menos interés. Comprendía la misma ciudad de Méjico, con sus templos y puentes y lagunas, pintado por mano de los indígenas.

Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, a un muchacho indígena que él se trajo de criado. Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbran, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piececitas son de aquella piedra de que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho a estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entretejidas para adorno, y más de un

palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plumas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda *(terciopelo)*.

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de pluma, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las caligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos.

Por fin aparentó que en la lucha había cogido a otro joven, ataviado para lo mismo y consiervo suyo; del modo que ellos suelen agarrar a los prisioneros de guerra, cogiéndole del pelo, lo arrastraba para llevarlo a inmolar, y tendido en el suelo, parecía que primero le metía el cuchillo por las costillas, donde está el corazón, y después, arrancado el corazón, fingía exprimir con ambas manos la sangre de junto al corazón, y con ella, salpicándola, mojaba la espada y el escudo (eso dicen que acostumbran hacer con los enemigos que cogen), y encendiendo fuego por el frotamiento de dos maderas a propósito (el fuego tiene que ser recientemente sacado por doncellas), quemó el corazón, cuyo humo creen que es grato a sus dioses patronos de la guerra. El resto del cuerpo lo parten miembro por miembro, como lo mostraba con sus gestos el muchacho, dejando íntegro el vientre con lo de atrás para que no se escurra la inmundicia. Pero la cabeza del enemigo inmolado, quitándole la carne y engastándola en oro, se la reserva por trofeo el mismo que le mató, y se hace fabricar tantas cabecitas de oro con la boca abierta cuantos enemigos se prueba que ha muerto e inmolado, y las lleva pendientes del cuello: se opina que se comen los miembros.

Dice este Ribera que llegó a saber que todos los principales de Moctezuma solían asimismo comer carne humana, y por esto sospecha que también Moctezuma, aunque siempre se recató de ellos para hacerlo después que manifestaron qué cosa tan fea y tan desagradable a Dios es matar a los hombres, y mucho más comérselos.

Después que el muchacho concluyó de parodiar sus ceremonias sagradas; entretanto que majábamos a Ribera preguntándole sobre las costumbres y la extensión de aquellos territorios, introduciendo al muchacho en la alcoba lo vistieron de fiesta. Salió vestido de otra manera. Con un juguete *(jocali?)* de oro en la mano izquierda, adornado de mil maneras; sacó en la mano derecha una sarta de cascabeles haciéndoles sonar, y levantando un poco el juguete, volteándolo y luego bajándolo, cantando a estilo de su patria, danzaba por por todo el entarimado en que estábamos mirándole sentados.

Daba gusto ver cómo, acercándose al de más respeto *(representaba la manera con que)* saludan a los reyes presentándoles dones; con voz temblorosa, con la vista baja, sin alzarla nunca para mirarle la cara al rey, le saluda al acercarse, y postrado el cuerpo le habla a este tenor. Le llama rey de reyes, señor de los cielos y de la tierra; en nombre de su ciudad o de su pueblo le ofrece un obsequio; le dice que escoja el que más le agrade entre dos, o que le hagan alguna casa trayendo las piedras, vigas y cuartones, o que le cultiven los campos; dicen que son esclavos del rey; explican que por su causa han sufrido de parte de sus enemigos perjuicios inmensos, pero que han recibido con gozo todos los daños por serles obedientes y leales, y aquí muchas necedades.

Por tercera vez, cuando estábamos engolfados en la conversación con Ribera, salió de la alcoba el muchacho haciendo el borracho. Jamás hemos visto espectáculo más parecido al del ebrio. Cuando piensan alcanzar de los dioses algo que desean, dice que se reúnen dos mil y tres mil, y se hartan del jugo de cierta hierba que embriaga, agarrándose a las paredes para sostenerse, y preguntando a los que encuentran por dónde se va a su propia casa, cuándo escupiendo, cuándo vomitando, y las más veces cayéndose. Basta acerca del muchacho.

Ribera dice que ha oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres en las montañas aquellas que dan al norte; pero no se sabe nada de cierto. Dicen que es prueba para que se

crea el que la región se llama Iguatlan, porque en la lengua de ellos *iguat* significa mujer, y *lan* es señor; por eso piensan que es *región de mujeres*.

5.
Los juegos de los mejicanos: la pelota. El alumbrado. El matrimonio: cuentas, libros. Fincas devastadas. Comestibles. Cambio de religión.

Mientras preparaban al muchacho para diferentes espectáculos, entre otras pruebas del poder de Moctezuma, *(nos dijo)* que tenía un sinnúmero de intérpretes y embajadores que en nombre de sus señores honraban su corte *(estándose en ella)* de asiento, así como entre nosotros los condes, marqueses y duques hacen homenaje al César.

Aunque es cosa de juego, no va fuera del asunto decir los juegos que usan. Sabida cosa es que tienen los cubiletes de los dados con las casillas tejidas en las colchas; pero el juego de la pelota se tiene por el principal entre ellos y en nuestras islas. Las pelotas son del jugo de cierta hierba que trepa por los árboles como el lúpulo por los setos; cuecen el jugo, se endurece cociéndolo y se hace una masa, y frotándola forma cada uno la pelota a su gusto; otros dicen que haciéndolas de las raíces de aquellas hierbas son pesadas; pero no sé cómo en el suelo toman viento para que, dándoles un pequeño golpe, salten hasta las estrellas, dando un bote increíble.

Son sumamente diestros en ese juego: le dan a la pelota con los hombros, los codos, la cabeza, con la mano raras veces; alguna vez con las nalgas, volviendo la espalda mientras el contrario saca, pues juegan desnudos como los luchadores.

En vez de antorchas o candelas queman la médula del pino *(tea)*, y no tienen otro sebo o enjundia ni aceite, ni empleaban en eso la cera hasta que los nuestros fueron allá, y eso que tienen cera y miel. En los palacios de los reyes y de los próceres conservan, ardiendo toda la noche, tres luces con astillas de pino, habiendo criados designados por turno para eso, que, echando continuamente leña al fuego sobre el candelabro hecho de latón, mantengan la luz. Hay un candelabro en el vestíbulo del atrio, otro en la pieza principal donde los sirvientes se pasean esperando órdenes, y el tercero dentro de la habitación del príncipe. Si hay que ir en particular a alguna parte, cada uno lleva en la mano su tea, como entre nosotros la candela. Sin embargo, en las islas, para fomento de la luz, emplean la enjundia de tortuga como nosotros el sebo.

Los del pueblo dice que tienen sólo una mujer; pero los príncipes pueden tener cada uno concubinas a su arbitrio. También dice que solamente los príncipes se acuestan en camas, pero los demás en esteras o tapetes de algodón, que tienden en el suelo, contentándose nada más con ciertas mantas de algodón, de las cuales ponen debajo la mitad y se cubren con la otra media. De estas mantas nos enseñó muchas Ribera.

No tienen más que número y medida: el peso lo desconocen. Afirmó en otra ocasión que tienen libros, de los cuales trajeron muchos; pero este Ribera dice que no los hacen para leer, sino que únicamente aquellos caracteres que llevan varias imágenes son muestrarios de las cosas, de los cuales los artífices toman modelos para formar joyas, o colchas y vestidos, y adornarlas con aquellas figuras, como en España veo a cada paso que las costureras y las que en telas de seda bordan lazos, rosas, flores, y muchas clases de figuras que deleita verlas, tienen consigo en unos lienzos especiales figuras de todas aquellas labores, y guiándose por ellas enseñan a las chiquillas sus discípulas. En esta diversidad *(de informes)* no sé a qué atenerme. Yo creo que son libros, y que aquellos caracteres e imágenes significan alguna otra cosa, habiendo visto en los obeliscos de Roma cosas así que se toman por letras, y leyendo, como leemos, que los caldeos tenían esa manera de escribir.

Recuerdo haber escrito arriba que Moctezuma, a sesenta leguas de su corte, a petición de Cortés, le construyó cerca del mar, por medio de sus arquitectos, un palacio, donde hizo plantar dos

mil árboles de moneda *(cacao)*, y sembrar muchas heminas[68] de grano de maíz, y mandó echar aves y patos y pavos del país, con otras tres casas para servicio del palacio. Cuando los nuestros fueron echados de la ciudad, los bárbaros colindantes (con aquellos edificios) mataron a los españoles que allí habían quedado, y lo pillaron todo.

Tocante a los comestibles que proporcionan las lagunas, la salada y la potable, refiere que el pescado de la salada es más pequeño y menos sabroso, y que, cuando en el flujo pasa a la dulce el agua de la salada, los peces que se han criado en ésta retroceden huyendo del gusto del agua dulce hasta que vuelve el reflujo de la suya. Por el contrario, así que los peces del agua dulce comienzan a gustar la salada, se retiran del mismo modo.

Preguntándole qué se hace de los antiguos ritos, y cómo reciben el tan repentino cambio de sus cosas sagradas, dice que todos los simulacros de los que han sido vencidos por fuerza de armas han sido destruidos y se han prohibido los sacrificios humanos, y que a los que son amigos se les ha dejado persuadidos de que no maten hombres si desean tener propicio al Criador de los cielos. Pero le ha parecido (a Cortés) que no es tiempo de obligarles a cambiar de repente las costumbres que sus mayores les imbuyeron; le parece que ha hecho bastante con que ni los tescaltecanos, ni los guazucingos, ni otros cualesquier amigos, se atrevan públicamente a hacer en lo sucesivo aquella degollina; si del todo se abstendrán de hacerlo en secreto, dice que lo duda. Es de esperar que poco a poco abolirá las antiguas ceremonias.

Pide sacerdotes: reclama también campanas y ornamentos. Todo se enviará, y muchos centenares y millares de pueblos nuevos se humillarán ante el trono de Vuestra Beatitud.

---

68 Medida equivalente a un tercio de fanega.

DÉCADA SEXTA

Al Arzobispo de Cosenza para que se la entregue al Pontífice

1.

Introducción. Relaciones de Gil González. Seis colonias hacia el istmo.

Antes de que te volvieras a Roma, una vez desempeñada en España tu embajada útil y honrosa para dos Pontífices, cuando esta nación no tenía Reyes porque se había marchado el César a tomar posesión de la corona imperial que le había sido ofrecida, me parece que sabías que entre los nobles españoles que andaban navegando por las costas australes de nuestro creído continente en el Nuevo Mundo no dejaban de distinguirse Gil González y el licenciado Espinosa, jurisconsulto. Acerca de Espinosa puse mucho, estando tú aquí, en mi tercera Década, que escribí para el Pontífice Máximo León a petición suya.

Ahora, al cabo de dos años, tenemos cartas de Gil González, fechadas en la Española, capital de aquellas regiones, el 6 de marzo de 1524, a la cual isla dice que arribó con ciento doce mil pesos de oro, y que había vuelto a Panamá el 25 de julio del otro año 1523.

Es muy grande el volumen de sus cartas, porque refiere todas las menudencias que le sucedieron en largo espacio de tiempo y de tierra. También son difusas las peticiones que hace al César por los trabajos y peligros, y calamitosa necesidad que pasó en aquella expedición, y no faltan quejas sobre Pedro Arias, Gobernador general de aquellas tierras que designamos con el nombre común de Castilla del Oro, y habla pidiendo encarecidamente que se le emancipe de la autoridad de él; entre otras cosas, dice que él es nacido de más noble sangre, como si importara el que sean hijos de un indolente figonero o de un Héctor los que son nombrados por los Reyes para estos negocios laboriosos y grandes, particularmente en España, donde piensan la mayor parte que es prerrogativa especial de los nobles el vivir ociosos sin ejercitarse en nada como no sea en la guerra, y eso mandando, que no obedeciendo.

He recibido cartas tuyas, que me las entregó tu Juan Pablo Oliver, fechadas en Roma el 7 de mayo, en las cuales, entre otras cosas, me dices que el Sumo Pontífice Clemente no se complace menos de estos apuntes que su tío el Papa León, o su predecesor Adriano, que con Breves suyos me mandaban escribirlos. De entre muchas cosas he escogido un poco, que te lo dirijo a ti, no a Su Beatitud, el cual, si como su tío León, si como el sucesor de éste, Adriano, me manda escribir, obedeceré con gusto; de lo contrario, no me tomaré este trabajo, no sea que lenguas malignas digan que he incurrido en la nota de temerario.

Siguiendo, pues, mi costumbre, dejaré a un lado los gustos de los que escriben, y tocaré lo que me parezca que necesita conocerse. Y de este propósito no me apartará un punto el encabezamiento aquel de tu carta, en que me haces saber que en Alemania se ha traducido palabra por palabra, del español al latín, por consejo de Juan de Granada, electo obispo de Viena, todo lo que a nuestro cesáreo Senado de las cosas de Indias y al mismo César ha escrito Fernando Cortés, conquistador de las inmensas regiones de Yucatán y Méjico; porque, como sabes, de su relación y las de otros he entresacado yo solamente lo que me parecía digno de notarse.

Entremos ya en materia, y comencemos por las colonias que se han erigido, para que, con reglas de la geografía antigua, se entienda más fácilmente qué derroteros recorrió Gil. Acerca de la extensión de aquellos territorios, que casi, y sin haberles encontrado el fin, son tres veces más

largos que toda la Europa, hice mención bastante extensa, bajo el nombre de *Creído Continente,* en mis primeras Décadas, que se han impreso y corren por el orbe cristiano.

Al calcular la anchura del río Marañón, escribí que aquella tierra tiene adyacentes dos mares inmensos: este nuestro occidental *(el Atlántico),* que es septentrional para aquella tierra, y otro al sur. Esto supuesto, sepa Vuestra Beatitud que los españoles han levantado seis colonias en los lados de aquella tierra: tres en el septentrional, en las márgenes del río Darién, en el golfo de Urabá, que se llama Santa María de la Antigua; una Acla, a veinte leguas de Darién; la de Nombre de Dios, en la jurisdicción del cacique Careta, y la tercera a treinta y siete leguas de Acla. En la costa austral erigieron otras tantas, a una de las cuales, dejándole el nombre patrio, llamaron Panamá, con final aguda; la segunda Natam, a treinta y nueve leguas de Panamá; y la tercera, llamada Chiriqui, a setenta y cinco leguas de Natam.

2.
Carretera para cruzar el istmo de Panamá. Expedición de Gil González en busca de un estrecho. Falta pan y sobra oro. Enfermedades y trabajos.

Desde el puerto de la colonia septentrional llamada Nombre de Dios hasta la Panamá austral, se propusieron los habitantes, con el gobernador Pedro Arias, abrir un camino por montañas intransitables, de ásperos riscos y densos bosques intactos *ab æterno*. Pues aquel trecho de tierra de entre ambos mares no tiene más que diecisiete leguas, que comprenden unas cincuenta leguas, por más que en otras partes es la tierra muy ancha, y tan ancha que desde las bocas del río Marañón, que desaguan en el océano, de norte a sur se extiende cincuenta y cuatro grados más allá del ecuador, como creo que lo viste en la Década enviada a Adriano, que murió poco ha; que te la envié para que la entregaras al sucesor, aunque dedicada a otro, supuesto que él falleció sin haberla recibido, en la cual se habla largamente de las islas que crían los aromas, halladas por aquel rumbo.

Pues por aquel istmo, con sumo gasto, ya del Rey, ya de los habitantes, rompiendo rocas y guaridas harto emboscadas de varias fieras, hacen un camino por donde puedan pasar dos carros, a fin de que, pasando fácilmente, puedan investigar los secretos de ambos mares; pero aún no lo han llevado a cabo.

Gil González dice que con una flotilla casi inerme de cuatro naves zarpó hacia Occidente el día 21 de enero del año 1522 de nuestra salud, desde la isla que en las primeras Décadas dije se llamaba Rica, y ahora isla de las Perlas por haber allí gran abundancia de ellas, por obedecer a lo que había mandado el César por consejo de nuestro Real Senado; de los cuales recibió orden de que, explorando las no recorridas regiones occidentales, investigara con diligencia si entre los últimos confines, ya hace tiempo conocidos, del creído continente y el principio del territorio de Yucatán, se encontraría algún estrecho que divida aquellas inmensidades.

Por decirlo en pocas palabras: estrecho no encontraron; pero voy a decirte lo que hizo, dejando atrás muchos rodeos, notados ya la mayor parte. Él escribe que por espacio de unos diecisiete meses penetró hacia Occidente seiscientas cincuenta leguas, que son alrededor de dos mil millas, por nuevas regiones o imperios de caciques.

Entretanto que reparaban las naves averiadas y taladradas por las culebrillas de mar que los españoles llaman *broma*, no teniendo qué comer, se vio en la precisión de entrarse por tierra; recorrió por lo interior doscientas cuarenta y cuatro leguas con unos cien hombres, mendigando pan para sí y sus soldados, de la mayor parte de los caciques, los cuales dice que le regalaron ciento doce mil pesos de oro. El peso es un tercio más que la dracma, como precisamente hubiste de aprenderlo en los catorce años que tuviste tan distinguido lugar entre los españoles. Dice que los clérigos que tenía consigo bautizaron más de treinta y dos mil indígenas de ambos sexos, y no contra su voluntad.

Afirma que navegó tanto, que al otro lado de la provincia de Yucatán encontró las mismas costumbres e idiomas que tienen los habitantes de Yucatán. De los ciento doce mil pesos traídos por el tesorero Cereceda, enviado por él, dice que, por la parte que le toca al César, le envía por una parte diecisiete mil pesos de oro medio puro, que alcanza doce y trece grados *(quilates)*; y por otra parte quince mil pesos, y trescientos sesenta pesos en hachas, ineptas para la carpintería en vez de las de hierro y acero. Calculado el peso de las hachas, escribe que por testimonio de los maestros que prueban los quilates del oro, designados para esto, cada una vale, poco más o menos, medio ducado de oro.

Lo que nosotros tenemos en mucho, es el haberse descubierto tierras en que los instrumentos fabriles y rústicos son todos de oro, aunque no puro. También dice que en cascabeles fundidos de oro, a que son muy aficionados, ha enviado seis mil ochenta y seis pesos: como no tienen ningún grado, o casi ninguno, según cálculo de los peritos, para que los cascabeles, meneándolos, tengan más suave y agudo sonido, creen los nuestros que los fabrican así sin ley ninguna, pues el sonido del oro, como debes de saberlo, es más flojo cuanto más puro es el oro.

Pero refiriendo más particularmente la mayor parte de las cosas, dice que, aunque estaban próximos al equinoccio, no tenían mucho frío, pero que por el paso de los ríos y las frecuentes lluvias, porque eran los meses de nuestro invierno, a él y sus compañeros les sobrevinieron varias enfermedades que les imposibilitaban el hacer grandes cosas en el viaje, pasando con canoas unilígneas del país a una isla nueva que, según él y sus compañeros, tiene de larga diez leguas y de ancha seis.

El cacique de la isla le recibió benignamente; su palacio dice que está construido en un collado de poca elevación con vigas de punta, y el techo de paja larga y de hierbas que le defienden de la lluvia, y tiene la forma de las tiendas de campaña. En esta isla, y cerca de la corte, corre un gran río dividido en dos, el cual dice que en el tiempo que él estuvo en casa del cacique detenido por los aluviones, inundó tanto toda la isla e invadió la propia morada regia hasta la cintura de un hombre, de modo que, reblandecidos por la furia de la crecida los cimientos de los postes que sostenían el palacio, se hundió éste; pero las puntas superiores de las vigas, unidas entre sí, sostuvieron compacta la obra, evitando que del todo se les cayera encima; a hachazos abrieron una puerta para poder salir. Refugiáronse en las ramas de altos árboles, donde cuenta que pasaron dos días él, y juntamente sus compañeros y sus huéspedes, hasta que, cesando la lluvia, las aguas volvieron a sus álveos.

Refiere muchos casos particulares; pero ya te bastará con dar cuenta de estas *(aventuras)* al Beatísimo Clemente, a quien la inmensa mole de los negocios debe de tener siempre ocupado.

Habiéndose llevado el aluvión las provisiones, obligado por la necesidad para buscar qué comer avanzó aún por tierra hacia el Occidente, pero sin perder nunca de vista la costa, y llegó hasta un puerto ya conocido, y llamado por los nuestros el puerto de San Vicente. Halló que habían aportado allí sus compañeros, con los cuales así lo había convenido al separarse de ellos mientras arreglaban las naves y las vasijas del agua.

3.
Se bautiza el cacique Nicoyán y su gente. Y nueve mil de Nicoragna. Obsequios del cacique Diriagen.

Después de haberlos saludado como el caso lo requería, y deliberando con madurez lo que debiera hacer cada cual, sacando de las naves los cuatro caballos que habían traído, mandó a los de la flotilla que fueran navegando despacio en derechura al Occidente; les ordenó que no llevaran extendidas las velas de noche, por temor de los escollos y los bajos de arena, supuesto que tenían que navegar por desconocidos derroteros del mar; y él, caminando por tierra con aquellos cuatro caballos y unos cien infantes, vino al territorio de un cacique llamado Nicoyán.

Habiéndoles recibido benignamente Nicoyán, le regaló catorce mil pesos de oro; y persuadido por los nuestros de que hay encima del sol otro Criador del cielo y de la tierra que no el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con su sabiduría, y a cada hombre le da la recompensa que merece, quiso recibir el bautismo con toda su familia, y, a ejemplo del cacique, se bautizaron de su reino miles de personas de ambos sexos. En unos diecisiete días que pasó con Nicoyán le dejó tan instruido, que al marcharse *(Gil González)*, el cacique en su lengua, que entendían los convecinos, le dijo lo que sigue: «Toda vez que ya no he de hablarles más a estos antiguos simulacros de los dioses, ni les he de pedir nada, llévatelos»; y esto diciendo, dio a Gil González seis simulacros de oro, un palmo de altos, antiguos monumentos de sus antepasados.

Supo que a cincuenta leguas de la corte de Nicoyán reinaba un cacique llamado Nicoraguamia, que estaba en su regia sede, Nicoragua, camino de un día. Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir a los demás reyezuelos antes de obligarles, a saber: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le haría guerra y le obligaría. Al día siguiente le salieron al encuentro cuatro nobles de Nicoragua, diciendo en nombre de su cacique que deseaban la paz y el bautismo. Fueron los nuestros a Nicoragua con toda la gente, y bautizaron a un número algo mayor que los otros: nueve mil. Nicoragua dio quince mil pesos de oro en varias joyas a Gil González, que compensó dones con dones. Dio a Nicoragua un vestido de seda, y una camisa de lino, y un gorro de púrpura; y levantando allí dos cruces, una en el templo de ellos, y otra fuera de las casas del pueblo, se marchó.

Fue a otra región, a seis leguas, marchando siempre hacia Occidente, donde dice que encontró seis poblaciones como de dos mil casas cada una. Habiéndoles llegado la fama de los nuestros, por deseo de verles mientras estaban por aquellos seis pueblos se les presentó otro cacique de más al Occidente, que se llamaba Diriagen, acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, diez banderas y cinco trompeteros, que iban delante según su usanza. Acercándose el cacique a Gil González, que le esperaba en un solio dispuesto con aparato regio, mandó tocar la trompeta, después callar e inclinar las banderas que iban delante.

Cada uno de los hombres traían, éste una, aquél dos aves semejantes a los pavos, y no inferiores a ellos ni en lo grandes ni en el sabor: son los que crían en las casas como nosotros las gallinas. Hago una pequeña digresión con tu permiso. Repito muchas particularidades de éstas, y a un Esculapio como tú te propino una medicina yo, inepto labriego, pues muchas de estas cosas te son muy conocidas, y en mis Décadas las he mencionado extensamente. Pero juzgando que esto puede llegar a manos de los hombres estudiosos, que no lo saben, ni tú se les has de explicar, lo repito para que por ti logren su deseo: no me acuses, pues, tú que has nacido para utilidad de muchos.

Trajo este régulo, Diriagen, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos o algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía a su lado y entendían a los nuestros qué motivo le había inducido a venir, dicen que respondió que por lograr ver a la gente nueva que había oído andaba por aquellas regiones, y saber lo que deseaban de él, ofreciéndose a obedecerlos.

Exponiendo las mismas razones que a los demás, les exhortaron a que se hicieran cristianos y aceptaran la obediencia del gran Rey de las Españas. Respondió que le parecían bien ambas cosas, y prometió que a los tres días volvería a recibir órdenes de los nuestros. Y se marchó.

4.

Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González sobre el diluvio universal, y otros varios puntos. Capitán y misionero.

Entretanto que los nuestros estaban en Nicoragua, pasaron muchas cosas no indignas de contarse. A más de que las entresaqué de las cartas de Gil, me las contó, y al marcharse me las dejó escritas su cuestor regio, que comúnmente se dice tesorero, el cual tomó no pequeña parte en todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda.

Recayendo la conversación sobre varios asuntos, por no tener qué hacer, entre Gil, capitán de nuestras tropas, y el cacique Nicoragua, mediante un intérprete nacido no lejos del reino de Nicoragua y educado por Gil, y que hablaba bastante bien el idioma de ambos, Nicoragua preguntó a Gil qué sentían en la tierra de aquel Rey poderoso de quien Gil se declaraba vasallo acerca de un cataclismo pasado que había anegado toda la tierra con todos los hombres y animales, según él lo había oído de sus mayores. Gil le dijo que se creía eso mismo. Preguntando si se pensaba que vendría otro, le respondió Gil que no, sino que así como una vez habían perecido todos los animales, excepto unos pocos, en un diluvio de agua a causa de las iniquidades de los hombres, y principalmente por las de carnalidad, así, tras una serie de años que los hombres no conocen, ha de suceder que todo quede reducido a cenizas por llamas de fuego enviadas del cielo. Se quedaron todos pasmados al oír esto. *(A la pregunta)* si esta gente tan sabia venía del cielo, el intérprete le dijo que sí. Si habían bajado en línea recta, o dando vueltas o formando arcos, preguntó con cierto aire de inocente sencillez: a esto el intérprete respondió que no lo sabía, pues había nacido él en la misma tierra que el propio Nicoragua o cerca de ella.

Después le dijo que preguntara a su amo Gil si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba. Gil declaró que ese secreto lo sabe únicamente el Criador del cielo, de la tierra y de los hombres. Preguntó del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados a las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar (el cielo), cuándo cesarán de alumbrar el sol, la luna y demás astros; del movimiento, cuantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas. Aunque Gil tenía buen ingenio y era aficionado a manejar libros en romance, traducidos del latín, pero no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar a todo esto otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de aquellas cosas.

A las preguntas que Nicoragua hizo sobre el soplar de los vientos, las causas del calor y del frío, y la variedad de los días y las noches, aunque entre ellos es poca por distar poco del equinoccio, y sobre otras muchas cosas semejantes, respondió Gil explicando la mayor parte según sus alcances, y dejando lo demás al divino saber.

Después de esto, descendiendo Nicoragua y sus cortesanos a las cosas terrenas, preguntaron si se puede sin culpa comer, beber, engendrar, jugar, cantar, danzar, ejercitarse en las armas. Les respondió de este modo: dijo que es preciso comer y beber, pero que en esto se ha de evitar la crápula, porque todo lo que se toma fuera de lo que la naturaleza necesita, es dañoso al vigor del espíritu y a la salud del cuerpo, y que resultan de ahí semilleros de vicios, riñas y enemistades; que también es lícito el trato conyugal, pero sólo con una mujer, y ésta unida con el vínculo del matrimonio, y que hay que abstenerse también de otros géneros de impureza si se quiere agradar al Dios que lo ha criado todo; que tampoco está prohibido tener a su tiempo cantares, juegos y danzas honestas.

Acerca de las ceremonias y la sanguinaria inmolación de víctimas humanas, como nada le preguntaron, habló él que aquellas oblaciones de sacrificios eran sumamente desagradables a Dios, y que el gran Rey, su señor, tiene ley que a hierro muera el que a hierro mate a otro; y que aquellos simulacros a quien ellos ofrecen sangre humana son imágenes de los demonios que hacen prestigios, los cuales, arrojados por su soberbia de sus asientos del cielo, fueron encerrados en los antros infernales, de donde, saliendo de noche, se aparecen las más veces a hombres inocentes, y

con sus artes engañosas los persuaden que hagan lo que se debe omitir en todo orden de cosas, a fin de apartar nuestras almas del amor de Aquel que las crió, y mediante la caridad y demás buenas obras de esta vida, desea llevárselas consigo, no sea que arrebatándolas aquellos vestiglos de las delicias eternas, preparadas para después de la muerte corporal, a los perpetuos tormentos y calamitosas desdichas, se hagan compañeras de ellos.

5.
Gil González civilizando. Replica de los indios tocante a la guerra. Ejemplar inauguración del culto cristiano. Barbas guerreras. Casas y templos de allá.

Luego que Gil, cual predicador de púlpito, se explicó en este o semejante sentido, se lo hizo entender a Nicoragua del mejor modo que pudo por medio del intérprete. Nicoragua dio asentimiento a lo dicho por Gil, y a la vez preguntó qué deberían hacer ellos para agradar a aquel Dios que él predicaba cual autor de las cosas. Gil respondió a Nicoragua, según atestigua su cuestor regio Cereceda, lo que sigue.

No de que se maten hombres, ni de que se derrame sangre alguna, se complace el que nos crió a nosotros y todas las cosas; lo único en que se goza es en el amor fervoroso que le tengamos; los arcanos de nuestro corazón están patentes para Él: las aspiraciones de nuestro corazón desea solamente; no se alimenta de carne ni de sangre; nada hay que tanto le irrite como la matanza de los hombres, de quien desea ser alabado y glorificado. A los que son enemigos suyos y vuestros, arrojados a lo profundo del infierno, cuyas imágenes veneráis aquí, les gustan estos sacrificios abominables, y asimismo todas las maldades, para llevarse consigo a la perdición eterna Vuestras almas cuando salgan de aquí. Eliminad de vuestras casas y templos estos simulacros vanos y perniciosos; abrazaos a esta cruz, cuya imagen Cristo-Dios bañó con su sangre por la salud del linaje humano, que estaba perdido, y podréis prometeros años felices y una eternidad de dicha para vuestras almas. También aborrece las guerras el Criador de las cosas, y ama la paz entre los vecinos, a los cuales nos manda amar como a nosotros mismos. Pero si, viviendo vosotros tranquilamente, alguno os ofende, le es lícito a todo hombre evitar la injusticia y defenderse a sí mismo y sus cosas; mas el provocar a otro por ambición o avaricia está prohibido, y el hacer eso es contra las buenas costumbres y la voluntad del mismo Dios.

Hecha esta explicación, Nicoragua y sus cortesanos, allí presentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito a Gil, dieron asentimiento a todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto a eso de la guerra, preguntando que adonde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares. «¿Daremos todo esto a las mujeres para que ellas lo manejen? ¿Nos pondremos nosotros a hilar con los husos y las ruecas de ellas, y cultivaremos nosotros la tierra rústicamente[69]?» Gil no se atrevió a replicar a esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados. Pero a la pregunta que le hicieron del misterio de la cruz y utilidad de adorarla, les respondió: «Si mirándola con sincero y puro corazón, y acordándoos piadosamente de Cristo, que en ella padeció, pedís algo, lo conseguiréis como sea cosa justa lo pedido. Si os proponéis alcanzar la paz, la victoria contra enemigos soberbios, frutos abundantes, aire tranquilo y saludable, u otras peticiones semejantes, las conseguiréis.»

He mencionado que Gil les alzó dos cruces, una bajo el techo del templo, y otra al raso, en una alta mole hecha de ladrillo. Refiere Cereceda que, cuando llevaban a poner la cruz, iban delante pomposamente los sacerdotes, y detrás Gil, acompañados del cacique y de sus súbditos. Mientras la estaban fijando, comenzaron a tocar las trompetas y atabales; y cuando la hubieron asegurado, por los escalones que pusieron subió primero a la base Gil, con la cabeza descubierta, y arrodillándose,

69 El cultivo, escaso y somero, lo hacían las mujeres.

hizo allí oración en silencio, y al acabar, abrazándose al pie de la cruz, la besó. El cacique, y a ejemplo suyo todos los demás, hicieron lo mismo. Así los dejó imbuidos en nuestros ritos.

Acerca de la distribución de los días, les dijo que por espacio de seis días hay que dedicarse perpetuamente al cultivo y demás trabajos y artes, pero que el día séptimo es menester destinarlo al descanso y a las cosas sagradas, y les señaló por día séptimo el domingo, y no pensó si sería útil imponerles además larga serie de días festivos.

Voy a añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cereceda. Todos los bárbaros de aquellas naciones son imberbes, y tienen horror y miedo a los barbudos. Por esto, a veinticinco jóvenes que por su edad eran imberbes, cortándoles el pelo y arreglándolo, les puso barbas para presentar mayor número de barbudos que infundieran terror si se movía guerra, como después sucedió.

Añadió Cereceda que Gil le ha escrito que con doscientos cincuenta infantes que recogió en la Española y setenta jinetes, se dio a la vela hacia el 15 de marzo de este año 1524, con el empeño de buscar el anhelado estrecho. Pero este asunto no se ha presentado aún en nuestro Senado. Cuando se sepa lo sabrás.

Dejemos ya estas cosas, y pasemos a decir algo de la horrible costumbre lestrigónica de aquellas naciones, y de la situación y estructura de las casas y los templos. Los palacios de los caciques tienen de largos cien pasos, y de anchos quince. Todos están abiertos por delante y cercados por detrás. Los pavimentos de los palacios están levantados medio estado de hombre sobre la tierra; los de las otras casas no se levantan nada sobre el suelo. Todas las casas están hechas de vigas, y cubiertas con paja, con un techo y sin piso. Los templos lo mismo. Son anchos, y tienen sus sagrarios interiores, obscuros y bajos, en los cuales cada uno de los nobles entierra sus penates, y los tienen por armerías; como que allí, con las banderas que llevan espectros pintados, guardan en tiempo de paz los instrumentos bélicos, arcos, aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadizas para pelear de lejos, y varios adornos guerreros; y a las imágenes de los dioses propios de cada uno, que se los dejaron sus mayores, les inmolan particulares víctimas humanas, y los adoran con fingidas oraciones de votos compuestos a su estilo por los sacerdotes.

6.
Las plazas y la orfebrería. Los mataderos de víctimas humanas. Dos clases de ellas. Modo de inmolarlas.

Las fachadas de los palacios de los caciques están guardadas, según la disposición y grandeza de su pueblo, por grandes plazas. Si el pueblo consta de muchas casas, tienen también *(plazas)* pequeñas, en las cuales puedan reunirse a comerciar los vecinos distantes del palacio. La plaza real la rodean por todas partes las casas de los nobles, y en medio de ella hay una que habitan los artífices del oro. Allí se funde el oro que se ha de labrar en diversas joyas; después, reducido a pequeñas láminas o barras, lo forjan a gusto de los amos, y, por fin, le dan las formas que se desean, y por cierto que no mal.

Pero delante de los templos hay levantadas en el campo diferentes bases de ladrillos sin cocer y de cierto betún de tierra, a modo de plataformas, para varios usos. Tienen ocho escalones, en algunas partes doce, y en otras quince. El espacio de arriba es vario, según la cualidad del ministerio a que se destina: en uno caben diez hombres, y en medio de él sobresale una piedra de mármol que en lo larga y ancha iguala a la estatura de un hombre tendido: aquella infausta piedra es la de las miserables víctimas humanas. El día determinado para la inmolación, a vista del pueblo que le rodea, sube el cacique a otra plataforma de enfrente para presenciar la matanza.

El sacrificador, de pie sobre la piedra aquella que sobresale, oyéndolo todos, hace el oficio de pregonero, y vibrando el agudo cuchillo de piedra que lleva en la mano (pues en todas aquellas tierras tienen donde cortar piedras a propósito para hacer hachas, espadas y navajas, y de allí obtenemos nosotros cuantas queremos, y tampoco se quedó sin ellas el cardenal Ascanio), hace saber que se van a inmolar víctimas, y si son de los enemigos o de las que se crían en casa.

Porque dos clases de víctimas humanas hay entre ellos: una de enemigos cogidos en la guerra, y otra de las que crían en las casas. Pues cada cacique o cada noble cría desde la niñez en su casa, a sus expensas, víctimas para inmolar, y sabiendo ellos para qué los guardan y les alimentan mejor que a los demás. Y no por ello están tristes, porque desde niños viven en la persuasión de que, acabando la vida con aquel género de muerte, se convertirán en habitantes del cielo. Así es que, andando libremente por los pueblos, todos los que los encuentran les reciben ya con reverencia como héroes, y los despachan cargados de todo lo que piden, sea de comer o para adornarse, y al donante le parece que le han concedido los dioses no pequeña dicha el día en que así ha dado algo.

Pues estos varios géneros de víctimas tienen diferentes maneras de inmolarlas. A unas y a otras las tienden boca arriba, y del mismo modo, abriéndolos, les sacan el corazón por entre las costillas, y con la sangre de unos y otros, guardando la misma forma, ungen los labios y la barba *(de los ídolos)*, Pero cuando la matanza es de enemigo, el pregonero y sacrificador, tomando el cuchillo en la mano y dando vueltas con ciertos cantos lúgubres alrededor de ella, tendida sobre la piedra, la purifica tres veces, de seguida la abre, luego la corta en trozos, y cortada la reparte para que se la coman de este modo. Al cacique se le guardan las manos y los pies: los corazones se los dan a los sacerdotes y a sus mujeres e hijos, que les es lícito tenerlos, y lo demás se reparte al pueblo en pedacitos; pero las cabezas se cuelgan como trofeos en las ramas de ciertos árboles pequeños que para esto se crían poco distantes de aquel matadero.

Cada cacique cría en un campo próximo árboles determinados, que guardan los nombres de cada región enemiga, para colgar en ellos las cabezas inmoladas de los prisioneros de guerra, al modo que nuestros capitanes cuelgan en los muros de los templos los yelmos, banderas y otras insignias semejantes por testigos de su loca sevicia, que llaman victoria. Les parece que sería mal año para ellos el en que no participaran el pedacito de la víctima enemiga.

Mas a las víctimas caseras, aunque las despedazan del mismo modo, después de muerta disponen de ella diferentemente: veneran todos sus trozos, y una parte, como los pies, las manos y las entrañas, echándolas en una calabaza, la entierran delante de las puertas de los templos; los demás trozos, y juntamente el corazón, entre los aplausos de los sacerdotes y cantos al fuego aquel, los queman a la vista de los dichos árboles destinados a los enemigos, haciendo una gran hoguera entre las cenizas de las víctimas anteriores, que se quedan en aquel campo y nunca se quitan de allí.

7.
Oraciones y ofrendas de sangre propia a los ídolos. Ataque de un cacique traidor.

Cuando el pueblo ve que entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes se les refriegan los labios a los dioses (con la sangre de las victimas), hace entonces sus votos y oraciones, pidiendo buena cosecha de los campos y demás sementeras, salubridad del aire, paz, o victoria si hay que pelear, y que los libren de la oruga y la langosta, de inundaciones y de sequía, de fieras y cualesquier adversidades: cada uno pide según el cuidado que le aqueja.

No contentos con estas ceremonias, el cacique y los sacerdotes y los nobles hacen también ofrenda, aunque sólo a un simulacro. Fijándolo en la parte alta de una asta de tres codos, con suma pompa los ancianos graves lo sacan del templo donde le guardan religiosamente todo el año, a la vista del cielo. También éste es semejante a las deidades del infierno, como para espantar a los hombres las pintan en las paredes. Van delante los sacerdotes con sus ínfulas: cada pelotón del

pueblo lleva en la marcha sus banderas, pintadas de mil colores, tejidas de algodón con las imágenes de sus espectros. De los hombros de los sacerdotes, que los llevan cubiertos con varias telas, penden unos cinturones más gruesos que el dedo, hasta las pantorrillas, los cuales, en cada una de sus orladas extremidades, llevan sujeta una bolsa en que llevan los agudos cuchillos de piedra y unos saquitos de polvos, hechos de ciertas hierbas desecadas. Detrás de los sacerdotes van, por su orden, el cacique, y junto a él los nobles; después sigue mezclada la muchedumbre del pueblo sin dejar uno: a ninguno que pueda tenerse de pie le es permitido faltar a esta superstición.

Llegados al lugar designado, poniendo primero debajo hierbas olorosas o colchas pintadas para que el asta no toque el suelo, hacen alto, sosteniéndola los sacerdotes, y saludan al diablillo con sus acostumbrados cantares e himnos; los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos.

Hecha una señal por los sacerdotes, cogen todos las navajas, y volviendo la vista al simulacro, se hieren ellos mismos la lengua con incisiones, otros se la traspasan, la mayor parte la dividen hasta derramar no poca sangre; y todos con aquella sangre, como lo hemos dicho de los sacrificios anteriores, restregan los labios y la barba del necio simulacro; de seguida, echándose el polvo aquel de la hierba, llenan las heridas. Dicen que aquel polvo tiene tal virtud, que las úlceras se curan en pocas horas de modo que nunca se conoce que las hubo.

Hechas estas cosas, los sacerdotes abajan un poco el asta, y, primero el cacique, después los nobles y por fin los plebeyos, le hablan al oído al simulacro. Cada cual le expone las turbias tempestades de su alma, y cuchicheando con temor reverente y con la cabeza inclinada, le suplican que les favorezca fausta y felizmente en lo que desean. Engañados así por los sacerdotes, se vuelven a casa.

Mientras los nuestros se ocupaban en investigar estas cosas y otras ociosas, llegaron uno tras otro varios espías, dando parte de que Diriagen venía armado con intención, no sólo de retirar lo que él mismo había dado a los nuestros, sino también de matarlos. Ellos supieron que se aproximaba ya, confiado en que eran pocos según los había espiado, y con la esperanza de apoderarse de lo que tenían consigo. También ellos hacen estima del oro, aunque no como moneda, sino para hacer joyas y adornarse con ellas. Llegó, pues, con gran chusma de gente armada a su usanza, y acometió a los nuestros, que, si los hubiese encontrado desprevenidos, los habría matado sin dejar uno. Hubo recio combate hasta la noche.

8.
Reduce Gil González al cacique Nicoyán, rebelde.
Gran lago en Nicaragua. ¡Sin encontrar el estrecho!

Aquí cuenta muchas cosas, que omito para que yo no te moleste a ti, y tú al Pontífice y a tus amigos. Infiérelas. Un puñado de los nuestros venció a muchedumbres muy grandes. Refiere con piadoso temor que les asistió Dios, Señor de los ejércitos, y los sacó sin novedad de aquel peligro.

El cacique Nicoyán, que había dejado a la espalda yendo en pos de la cambiada fortuna, y a cuyo territorio se había visto pirecisado a regresar, trataba asimismo de matarlos por quitarles el mucho oro que llevaban. Sospechándolo Gil González, no se fió de Nicoyán. Formando los soldados y guardando las filas, y colocando los enfermos y el oro en medio del escuadrón, con los cuatro caballos y los diecisiete arqueros y arcabuceros rechazó el furor de los enemigos y mató a muchos. Pasó aquella noche sin dormir: apenas amaneció pidieron la paz; les fue concedida, y se volvieron al puerto de San Vicente, de donde habían salido.

Encontraron que habían regresado las naves, que ya habían recorrido hacia Occidente unas trescientas leguas de mar desconocido, entretanto que el mismo capitán hacía estas investigaciones en lo interior. Y se habían vuelto, como él lo dice, para reparar otra vez en aquel puerto las naves.

Los alrededores de Nicoragua los describe así. Al lado interior del mismo palacio de Nicoragua dice que halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuenta que sus aguas experimentan flujo y reflujo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está lleno de islas. Preguntando a los indígenas dónde desagua, y si lo hace en el mar vecino, que dista tres leguas, declararon que no tiene salida ninguna, particularmente al próximo mar austral; pero dice que dejaron en duda si desagua o no por otra parte. Por esto él es de parecer, conforme dice que lo tienen por seguro fundándose en la opinión de los marinos, que aquello es la aglomeración de aguas que se corresponden con el mar septentrional, y que allí se podrá encontrar el tan deseado estrecho.

Si deseas saber lo que yo opino en esto, digo, y sea dicho excusándole, que no ha encontrado el estrecho. Ya por ser las aguas potables, ya porque los naturales no saben que tengan salida, tenemos que continuar atormentados del mismo deseo *(de saber)* si estrecho alguno corta aquellos extensísimos territorios.

9.
Quejas de Pedro Arias. Pleito de los portugueses sobre las Molucas. Nueva expedición al Oriente. Las Juntas de Badajoz. Alegato de los españoles. Más pruebas en pro de España.

Párate un poco. Después de escrito esto, deteniéndose el correo, que ya casi estaba en marcha, se me ha presentado Diego Arias, hijo del gobernador Pedro Arias, trayendo consigo a aquel licenciado Espinosa de quien se habló en otra parte. Espinosa dice que Gil González ha defraudado al gobernador Pedro Arias y a él, que, según afirma, mucho antes descubrieron los dos aquellas regiones, y, pasando adelante, dejaron tranquilos a los caciques y a los naturales. Ambas partes serán oídas. Lo que en nuestro Senado se indique para que lo sancione el César, lo sabrán algún día por ti los aficionados a estas cosas nunca tocadas; por ahora basta.

Si hay ocasión, dirás en mi nombre a nuestro Santísimo Clemente que le beso los pies. Los españoles formarán juicio de que Su Beatitud es de tanto valer y estimación cuanta él haga de ti; quien juzgan, por el largo trato que con ellos has tenido, que los que mucho son deben tenerte en mucho, según los buenos resultados obtenidos. Por la elección de ministros que hacen los príncipes, se pesan muchas veces los juicios.

He aquí lo tercero que ha ocurrido, por haberse detenido otra vez la posta, que me parece le ha de gustar a Su Beatitud el saberlo. En la Década dirigida a Adriano, en que va la descripción de las islas que producen los aromas, se habla de la cuestión promovida sobre estos descubrimientos entre los españoles que los hicieron y los portugueses. Pensamos que tan ciertamente está aquello dentro de nuestros límites señalados por el Pontífice Alejandro, que para emprender otro viaje hemos construido con no mediano gasto, en el puerto cantábrico de Bilbao, seis naves, comprando las provisiones necesarias; y habíamos dispuesto que del puerto gallego de la Coruña, que conoces, destinado para tener el comercio de aromas, zarparan hacia el equinoccio de primavera; porque entre todas las costas septentrionales les cae más cerca y les es más cómodo a los mercaderes que vienen, y es de más seguro camino que si tuvieran que ir a la llamada casa de contratación de Sevilla, designada para las cosas de Indias, o a Portugal por diferentes y largos rodeos de las costas.

Los portugueses, temiendo inmediata ruina de sus negocios si la cosa seguía adelante, pidieron con sumo empeño que no se les hiciera un perjuicio tan grande sin juzgar antes su derecho, porque están en la persuasión de que aquellas islas Malucas fueron antes de ahora halladas y reconocidas por sus marinos, y de que caen, no en lo del César, sino dentro de sus límites de trescientas setenta leguas, mirando a sus islas llamadas Cabo Verde, y que Tolomeo apellida el promontorio Rifardino, y nosotros pensamos que son las Górgonas. El César, como amante que es de lo justo y de lo recto, más que no de las riquezas, principalmente tratándose de un rey pariente,

que es primo suyo, y acaso, si valen los rumores que corren, va a ser pronto esposo de su hermana, ha accedido a lo que piden: que se delibere lo que sea de derecho. Las naves se están paradas; los preparativos no ganan nada; los hombres distinguidos y los subordinados escogidos para tal empresa, murmuran.

Se ha determinado que en la ciudad de Paz Augusta, en español llamada comúnmente Badajoz, se reúnan sabios de ambas partes, en Astronomía, Cosmografía, Náutica y Derecho, para discutir el punto, porque aquí está la línea de Portugal y Castilla. Fueron los nuestros y vinieron ellos.

Desde primeros de abril, o próximamente, se comenzó a ventilar y discutir acerca de la propiedad. Los portugueses, como no les conviene consentir nunca ni un punto, declaran nulas las razones aducidas por los nuestros. Los castellanos quieren que la designación de trescientas setenta leguas deba comenzar desde la isla última de las Górgonas por el Occidente, que se llama de San Antonio, y dicen que dista nueve grados y medio de longitud del conocido meridiano de las Afortunadas; por el contrario, los portugueses están tenaces en que se debe calcular desde la primera isla, que llaman de la Sal, que ocupa la distancia de cinco grados de longitud.

Los castellanos prueban su derecho de este modo. Si un árbitro nombrado para dirimir cuestiones de vecinos sobre límites ha de juzgar el caso de que desde un predio conocido, y desde antiguo poseído por Juan, su vecino Francisco tiene cien pasos, nadie puede dudar que se ha de comenzar la medida desde el último límite del predio de Juan; pues si se comienza a medir desde el principio del predio, por precisión Juan habrá de perder el predio que posee, porque de esa manera queda incluido en el otro que se supone. Y así, dicen los castellanos: o ceded el dominio de las Górgonas vuestras hasta el presente, o por precisión habéis de consentir en que esta medida tiene que hacerse desde la última playa de ellas. Insistieron mucho tiempo, y no se concluyó nada; porque si los portugueses asintieran al parecer de los jueces castellanos, por necesidad habían de confesar que no solamente las islas Malucas limítrofes (G. L.[70]) de la China y del gran golfo y promontorio de los Sátiros de Gilola (del cual se habló en la Década dedicada a Adriano, y que Tolomeo, según opinan la mayor parte, llama Gatigara), que desde las Afortunadas dista ciento setenta y cinco grados de la línea divisoria de los límites de ambos Reyes, sino también el Maluco lo tienen usurpado desde hace mucho tiempo, como arguyen los castellanos. Estos repiten que convencieron a los portugueses con autoridades de Tolomeo y demás autores que tratan de la longitud de los grados. Al oír esto los portugueses, se les erizan los pelos.

Además, los nuestros que han regresado de aquella larga navegación presentan, cual prueba patente de la obediencia ofrecida, cartas y dones magníficos del régulo principal de aquellas islas, en cuyo territorio cargaron de clavo la nave llamada *Victoria*, y los portugueses no exhiben pacto ninguno que hayan hecho con algún reyezuelo de aquellas islas; pero dicen que llegó a ellas el nombre de los portugueses y que se vieron algunos en ellas. A esto, los nuestros confiesan que encontraron allá un portugués, pero fugitivo, que por delitos cometidos temía la sentencia de los jueces, y que no vieron ningún otro, ni señal alguna de otro comercio cualquiera. Lo que resolverá el César, previa consulta de nuestro Senado, todavía está en la alforja *(en la cartera de los secretos).* Muy duro será para los portugueses que se les corten los derechos a que están acostumbrados, y a nosotros no nos gustará malograr la ocasión de tamaño descubrimiento. Dios ponga su mano.

Ya, pásalo bien.

En Burgos, a 14 de julio de 1524.

---

70 No se adivina lo que deban significar estas abreviaturas.

10.

Las conferencias de Badajoz. Dictamen favorable a España. Amenazas portuguesas. A buscar un estrecho donde no le hay.

Por varios piratas y por las hostilidades con el Rey de los franceses, la injuria de los tiempos nos ha cerrado los caminos tanto terrestres como de mar. Por eso, a petición tuya te envío por duplicado las novedades que ha habido acerca del Nuevo Mundo, añadiendo algo.

Para discutir la dicha cuestión con los portugueses, fueron enviados veinticuatro varones de reputación, seis de cada Facultad, es a saber: Astronomía, Leyes, Cosmografía y Náutica. A pocos de éstos conoces, y el Beatísimo Pontífice a ninguno. Todos han regresado.

De lo actuado en aquella Junta han dado cuenta extensamente a nuestro Senado, y después al César, en nombre de los demás, Don Fernando Colón, hombre erudito, hijo segundo de Cristóbal Colón, primer investigador de estas regiones, y tres jurisconsultos: el licenciado Acuña y el licenciado Manuel, aquél auditor del Real Senado, y éste de la cancillería de Valladolid, y juntamente el licenciado Perisa, según fama primer abogado de causas en la cancillería de Granada, los cuales hicieron la relación oyéndola los demás.

Se hizo lo que arriba he contado, y nada más: el día fijado por el César, que fue el último de mayo, en el punto de un río llamado Caya que divide los términos de Castilla y Portugal, pronunciaron su sentencia los jueces árbitros castellanos destinados para eso, y los portugueses, a quien les tenía cuenta la dilación, no pudieron lograr que se retardara un día ni una hora el proferirla. La resolución fue que las islas Malucas, a juicio de antiguos y modernos, se entiendan comprendidas más de veinte grados dentro de los límites españoles. Y no excluye el Maluco o Taprobana, si es la que los portugueses llaman Zamatra *(Sumatra)*.

Regresaron, pues, los portugueses cabizbajos, censurando todo lo hecho y sin ánimo de abandonar sus antiguas pretensiones. Y hemos oído que aquel Rey, ya un mancebo, ha enviado una gran armada, y van diciendo que echarán a pique la nuestra si se acerca. Por nuestra parte, el 30 de junio, en nuestro Senado de las cosas de Indias, fuimos de parecer decrete el César que antes de que se acabe el próximo mes de agosto se dé a la vela nuestra flota de seis naves, y no se la mandará entrar en lucha si se atreve a provocarla la de Portugal, que es más fuerte; estará en manos del César vengarse por tierra si tratan de faltarle por mar; pues Portugal, como bien lo sabes, es un rincón de Castilla y cierta porción de la Lusitania, habiendo en ésta egregias ciudades: Medina del Campo, insigne emporio; Salamanca, junto con Ávila; Segovia, Zamora, Toro, y el venturoso reino de Toledo, y otras muchas, comprendidas entre los ríos Ana (Guadiana) y Duero. Como lo he contado muchas veces en mis primeras Décadas, aquella región fue en lo antiguo un condado de Castilla, que un rey benigno se lo trasmitió libremente a un nieto con nombre de rey.

También se ha decretado que cierto Esteban Gómez, perito asimismo en el arte de mar, vaya por otra vía, por la cual dice que entre Bacalaos y Florida, ya de antiguo tierras nuestras, encontrará camino para Catay. Se le está preparando una sola nave carabela; pues no llevará más orden que ver si en las varias revueltas y vastos rodeos de este nuestro océano se encuentra salida para ir al que comúnmente llaman el Gran Can.

DÉCADA SÉPTIMA.

Al Vizconde Francisco María Sforcia,
Duque de Milán.

LIBRO I.

1.
Introducción. Noticias generales. Árbol que cura las heridas.

Al frente de mis Décadas del Nuevo Mundo iba el nombre del tío paterno de Vuestra Excelencia, el vicecanciller Ascanio, que fue Príncipe muy distinguido entre los cardenales y por ninguno aventajado, porque con reiteradas súplicas me mandaba que pusiera en conocimiento de Su Excelencia lo que sucediera en estas regiones occidentales. De ello pongo por testigo a ese marino Caracciolo, varón insigne en toda virtud y hombre de gran experiencia, electo Protonotario apostólico, catinense, actualmente legado del César Carlos en tu corte, el cual era secretario de tu tío cuando el océano nos abría sus puertas cerradas desde el principio del mundo hasta estos nuestros tiempos. Él dice que recibió mis *(libros)* entonces a nombre de su amo, y que escribió las respuestas dictándole él.

Muerto Ascanio, y cayendo yo en la pereza porque nadie me estimulaba, el rey Federico, antes de que la fortuna de madre cariñosa se le volviera áspera madrastra, recibió segundas ediciones por medio del cardenal de Aragón, su primo. Después los soberanos Pontífices León X, y luego su sucesor Adriano VI, estimulándome con cartas y diplomas de pergamino *(Breves)*, recibieron el conjunto de las Décadas que corren, aconsejándome que librara del olvido tan grandiosos acontecimientos.

A ti, Príncipe ilustrísimo, que naciste tarde y subiste tarde al trono de tus mayores, te diré las cosas que han sucedido más tarde. A petición de Camilo Gilino, secretario de Vuestra Excelencia ante el César, dejo de enviar estas narraciones a otros príncipes y las dirijo a Vuecelencia, señor de mi patria. Una y muchas veces me ha repetido con juramento que entre el torbellino de los negocios que acosan a Vuesa Excelencia, le ha de ser *(esto)* alivio gratísimo de cuidados.

Desde la primera y grande muestra de munificencia que nos hizo el océano por obra de Cristóbal Colón, la vuelta a la vida de todo lo que estaba perdido, hasta estas narraciones, Santiago Pierio, cuando su amo, elegido Protonotario catinense, marchaba de esta legación hacia vosotros en nombre del César, se lo llevó todo en un paquete para presentárselo al Pontífice Adriano, de las cuales cosas parte se habían divulgado por la industria de los calcógrafos, parte las copiaron a mano de mis originales. Ahí en tierra de Vuecencia está con el mismo amo: pídasele cuenta de lo pasado; si no la da, lo hará muy mal.

Recorramos ahora lo nuevo que ha dado a luz el fecundo océano, poniendo antes un breve epílogo acerca de lo pasado; pues este nuestro océano es más fecundo que la marrana de Albano, que cuentan parió treinta de una vez; y más generoso que un príncipe que lo sea: como que cada año nos descubre nuevas tierras, nuevas naciones y riquezas inmensas.

Bastante llevo ya dicho de la Española, reina de toda aquella inmensa extensión, donde reside el Senado que da la ley a las demás; y de Jamaica y de Cuba, que con nuevo nombre se llama Fernandina, y de las otras islas elíseas que dentro del trópico de Cáncer extienden sus costados al equinoccio; donde ninguno del pueblo advierte en todo el año la diferencia del día y de la noche;

donde no hay molesto verano ni invierno rígido; donde todo el año están frondosos y a la vez cargados de fruta los árboles, ni faltan en todo año legumbres, calabazas, melones, cohombros y demás hortalizas; donde los ganados y rebaños llevados de aquí (pues no hay en las islas ningún cuadrúpedo indígena), tienen partos más fecundos y mayor cuerpo. Y asimismo *(se ha dicho bastante)* del creído continente que en su longitud de Oriente a Occidente es tres veces más que toda Europa, y por algunas partes no es menos extenso de Septentrión a Mediodía, aunque en otras se estrecha en angostos istmos.

El territorio aquel del creído continente se extiende desde el grado quince del polo ártico, corta ambos trópicos y el ecuador hasta cuarenta y cuatro grados del polo antártico, donde, al tiempo que las Orcadas gozan del verano, a ellos les hace tiritar el apretado hielo, y viceversa. Esto podrá comprenderlo Vuecelencia por la explicación que compuse para el Pontífice Adriano, que se la llevó a Roma con lo demás, y por el pequeño mapa de pergamino que entregué a vuestro embajador Tomás Maino cuando marchaba de aquí. En él verá la situación de todas aquellas regiones con sus islas adyacentes. Ahora volvamos a lo reciente.

A los costados septentrionales de la Española y de Cuba, alias Fernandina por el rey Fernando, hay tanta abundancia de islas, notables unas y otras no, que yo mismo, a cuyas manos viene todo lo que allí resulta, apenas me atrevo a creer el número que dicen. En más de veinte años que los españoles habitantes de la Española y de Cuba las han recorrido, dicen que llevan reconocidas cuatrocientas seis, y han sometido a servidumbre cuarenta mil *(indios)* de ambos sexos, por la insaciable sed de oro, conforme se dirá abajo con más extensión. A todas las llaman con el mismo nombre *Yucaías*, y a sus naturales *yucayos*.

La mayor parte de esas islas tienen árboles de maravillosa utilidad, que nacen espontáneamente; nunca se les cae la hoja, y si la mayor parte de ellas se caen de viejas, no por eso queda desnudo nunca el árbol, pues antes brotan las nuevas que languidezcan las viejas.

Entre otros, les ha dado la naturaleza dos árboles muy célebres y dignos de mención. Llaman al uno *jaruma*: al otro no le han puesto nombre.

El jaruma se parece a la higuera, igualmente frondoso y más alto que el álamo, ni sólido como los demás árboles, ni hueco como la caña, más bien como la cañaheja y el saúco. Cría una fruta de palmo y medio, blanda como el higo, de buen sabor y saludable para curar las heridas: las hojas tienen eficacia maravillosa.

Pruébanlo con un ejemplo ciertos varones graves. Riñendo dos españoles, se daban sablazos: uno de ellos, de un tajo, casi le quitó a su enemigo el hombro y el brazo, sosteniéndose apenas el miembro bajo la piel exterior con los tendones. Acudió corriendo una vieja yucaya, restituyó a su sitio el miembro desprendido, y aplicándole la medicina de aquel árbol, y no otra alguna, majando hojas se las puso encima, y cuentan que a los pocos días vieron al hombre aquel sin novedad. Los amigos de buscar nudos en el junco murmuren como quieran; yo creo que en la naturaleza pueden hacerse estas cosas y otras mayores. La corteza de este árbol cuentan que es resbaladiza y lisa, y que no siendo sólida, sino de médula, fácilmente se saca.

2.

Desesperación de los lucayos. Hazaña marítima de uno. Especias. Las mujeres lucayas. Monarquía y comunismo. Piedras preciosas.

Por eso oiga Vuestra Excelencia un caso muy digno de contarse, pero desgraciado para el artífice. Los lucayos arrancados de sus moradas, viven desesperados; muchos murieron en la inercia, absteniéndose de comer, ocultándose por valles intransitables, bosques desiertos y ásperas rocas; otros pusieron fin a la vida que aborrecían. Pero los que tenían más valor preferían vivir, con esperanza de recobrar su libertad. La mayor parte de éstos, acaso los más dispuestos, si tenían

ocasión de huir se iban a la parte septentrional de la Española, donde soplaban los vientos de su patria y podían mirar a la constelación Osa; allí, extendiendo los brazos y abriendo la boca, parecía querían absorber anhelantes el hálito patrio, y la mayor parte, decaído el ánimo, languidecían y caían exánimes de necesidad.

Uno de éstos, más amante de la vida, había sido en su patria carpintero de construir casas, que aunque no tienen hierro y acero, se procuran segures de piedra y demás instrumentos de que servirse. Éste acometió una empresa difícil de creer. Cortó una viga del árbol jaruma, y la vació sacándole el corazón; puso en ella granos de maíz y calabazas llenas de agua, dejando fuera un poco para el camino. Carenó ambas caras del árbol, echó al mar la viga y se subió en ella. Admitió a otro hombre y una mujer, parientes suyos que sabían nadar, y remando empujaron la viga hacia su patria. Esta magnífica invención la empezó el infeliz con mala suerte: a unas doscientas millas dieron con una nave que volvía de Chichora, de la cual hablaremos en su lugar; los españoles se trajeron a su nave la presa, llorando; llevaron la viga a la Española, que fue testigo de tal hazaña, y usaron del mísero avío reunido. Muchos varones graves dicen que vieron la viga, y que hablaron con el arquitecto que la fabricó *(el indio carpintero)*. Basta ya acerca del árbol jaruma y sus circunstancias.

Hay otro árbol muy parecido al manzano púnico *(el granado)*, que no es mayor que él pero sí más frondoso: de su fruto no dan razón ninguna. De la corteza que se le quita al árbol, al modo que todos los años se descorteza el alcornoque para hacer calzado, y no por eso perece ni deja de criar agallas, como se cuenta asimismo del árbol de la canela, dicen cosas casi increíbles; yo sí las creo, que mordí la corteza traída de la Española, donde este árbol se cría también a cada paso, de la cual envié un cacho a tu tío, Ascanio Sforcia, cuando Colón, primer descubridor de estas regiones, al volver de su primera navegación me dio parte de muchas cosas nuevas. Al fin del capítulo segundo de mi Década primera se encontrará hecha mención de esto; aquella corteza tiene el sabor de la canela, el amargor del jengibre y el delicado olor del clavo.

Por desidia nuestra buscamos aromas extraños, de que no tenemos necesidad si usáramos los que se crían comúnmente en nuestras islas. Algún día se usarán, sin duda. Sólo el hambre cruel del oro se ha llevado el amor de los españoles; otras cosas verdaderamente preciosas y útiles se dejan abandonadas como de ningún valor.

¿Y qué diremos de nuestra pimienta, que envié juntamente a Ascanio, y nace entre ellos como las malvas y las ortigas entre nosotros, hasta causar molestia? Moliéndola todos los isleños y revolviéndola en agua, se la echan al pan que comen. Dicen que la hay de cinco clases, que ésta es más cálida que la del Malabar y el Caucase, y donde no bastarían veinte granos de aquélla bastan cinco de ésta, y hacen más sabroso el caldo de la carne que veinte granos de los otros. Es tanta la insensatez del linaje humano, que tiene tenazmente por más delicado y útil lo que es más difícil de conseguir. Este árbol sólo es notable por la corteza: despide su delicado olor y aromas deliciosos a distancia de muchos estadios, y extiende sus anchas ramas: es muy común en las islas Yucayas. En sus ramas anida tanta muchedumbre de palomas, que los habitantes de la grande isla y la Tierra Florida, próximas, que pasan a cazar palomas, se vuelven con las naves cargadas de pichones.

Sus bosques están llenos de vides silvestres, que trepan por los árboles, como alguna vez lo hemos dicho de los de la isla Española.

Cuentan que las mujeres yucayas eran tan hermosas que, enamorados de su belleza muchos naturales de las tierras comarcanas, dejando los propios lares por amor de ellas, la eligieron por patria. Por eso dicen que muchas de las islas Yucayas tienen costumbres más civilizadas que no las que distan más de la Florida y de *bimini*[71], territorios más cultos.

71 No es fácil adivinar el sentido de esta palabra, ni la probable errata: *vimen* es mimbre. Las muchísimas erratas, la pésima ortografía, y sobre todo la muy perturbadora puntuación de ediciones hechas en la infancia de la imprenta, ocasionan dificultades apenas superables dada la índole de la lengua latina y su hipérbaton. Lo difícil no es la traducción, sino la lectura. Los doctos que se tomen el trabajo de comprobar, verán que me quedo corto al decir esto.

Es gracioso lo que se cuenta del modo de vestir que tienen las mujeres, pues los hombres van desnudos, a no ser que salgan a la guerra, o cuando en los días festivos, dedicados a bailes y danzas, se ponen vestidos de plumas de varios colores, y penachos para elegancia. Las mujeres, en los años de muchachas, no llevan absolutamente nada hasta la menstruación; desde entonces se cubren las ingles con unas redecillas de pelusa, en que ingieren ciertas hojas de hierbas. Llegada la menstruación, sus padres, como si las fueran a casar con el marido, convidan a los vecinos y hacen todos las señales de alegría, mas no cubren nada mientras son casaderas; pero cuando han perdido la virginidad usan enaguas hasta la rodilla, hechas de varias hierbas resistentes o de algodón que nace allí espontáneo, de lo cual sacan hebras hilando, las unen y entretejen, aunque van desnudos; sin embargo, para adornar los aposentos y para sus lechos colgados que necesitan, hacen colchas, que ellos llaman hamacas.

Tienen reyezuelos, y les obedecen con tanta reverencia que, si él mandara a alguno precipitarse de alta roca o de cualquier picacho, sin dar otra razón más que decirle: «mando que te tires», sin tardanza cumplen la orden del cacique. Pero óigase la extensión que tiene la regia potestad. El rey no tiene ningún otro cuidado más que sembrar, cazar y pescar. Todo lo que se siembra, todo lo que se planta, o se pesca o se caza, todo lo que se hace por otras artes, se hace al arbitrio del rey. Él reparte a su arbitrio esos ejercicios a cada individuo. Recogidas las cosechas, se juntan en los graneros del rey; de allí se reparten todo el año para uso del pueblo, según la familia de cada uno. Es, pues, el cacique, como el rey de las abejas, ecónomo y repartidor de su grey; estaban en la edad de oro, no había mío y tuyo, semillas de discordias. El tiempo que les sobraba de sembrar y recoger, lo empleaban en jugar a la pelota, danzar, cazar y pescar. De fueros judiciales, de pleitos, disputas y riñas entre los vecinos, no se hacía mención: teníase por ley el arbitrio del cacique. Lo mismo se observaba en las demás islas, y en todas se contentaban con poco.

Debajo del agua encuentran cierto género de joyas que ellos estiman mucho, de conchas rojas *(coral?)*, que llevan colgado a las orejas. Pero sacan otro más precioso de grandes conchas de caracol, cuyas carnes son rico manjar. En el cerebro de cada concha encuentran piedrecitas transparentes, rojas y brillantes; los que han visto algunas, afirman que no son de menos valor que el piropo brillante, llamado comúnmente rubí. A la concha ésa le llaman *cohobo*, y a su piedrecita *cohibici*.

También buscan en tierra unas piedrecitas brillantes de color amarillo y negro, de que llevan collares y alhajas para adornarse los brazos, el cuello y las pantorrillas, aunque van desnudos.

Ahora hablaremos de su situación; después un poco de su ruina.

LIBRO II.

1.
Las islas Lucayas. Iniquidad pirática de algunos españoles. Se reprueba.

Los nuestros son de opinión, por conjeturas, que las Yucayas estuvieron unidas en otro tiempo a las demás grandes islas, y los indígenas declaran que así lo creyeron sus antepasados; pero que, por la fuerza de las tempestades, poco a poco se fue separando la tierra una de otra, entremetiéndose el mar, como del estrecho de Mesina, que separa de Italia la Sicilia, opinan los autores, que en otro tiempo era una tierra contigua. También vemos a cada paso que en algunos lugares ha crecido la tierra y crece cada día y empuja al mar, como en las ciudades de Rávena y Padua, que tenían próximo el mar, y ahora muy retirado, así al presente en muchos sitios hay mar donde solía haber tierra. Así, pues, se podrán formar conjeturas por semejanza.

Refieren que la mayor parte de estas islas fueron en lo antiguo muy abundantes de productos varios; y digo que fueron porque al presente están desiertas, conforme se dirá en su lugar. Dicen que cada una de las Yucayas tienen de ámbito de doce a cuarenta millas, y que ninguna es mayor, como se lee de las Stróphadas y Simplégadas de nuestro mar, destinadas para los romanos que desterraban, Giara, Seripho y otras muchas islas pequeñas. Mas éstas confiesan que estuvieron en otro tiempo llenas de habitantes, pero ahora desiertas, por cuanto de su espesa muchedumbre dicen qué fueron llevados los infelices isleños a la triste ocupación de las minas de la Española y la Fernandina, faltando sus habitantes por haberse consumido un millón y doscientos mil, ya por varias enfermedades, ya de necesidad, ya del excesivo trabajo. Causa pena contar esto, pero es preciso decir la verdad. De su ruina de entonces se tomaron venganza los yucayos, en cierta ocasión, matando a los raptores, según extensamente lo conté en las primeras Décadas.

Por codicia, pues, de coger yucayos, al modo que los cazadores persiguen a las fieras por los bosques de las montañas y por los lugares palustres, así ciertos españoles, construyendo dos naves a expensas de siete hombres, desde el puerto llamado Puerto Plata, sito en el lado de la Española que mira al Septentrión, pasaron a las Yucayas a caza de hombres hace tres años; aunque yo escribo ahora esto, rogándome Camilo Gilino que rebuscara en mis estantes algo orginal no dado a luz acerca de estos descubrimientos, para enviárselo a Vuestra Excelencia. Fueron, pues, aquéllos; investigaron todas aquellas islas sin encontrar presa, porque sus convecinos, habiéndolas explorado muy bien tiempo antes, las habían devastado. Porque sus consocios no hicieran burla de ellos si se volvían sin nada a la Española, dirigieron las proas a la osa bootes *(constelación)*. La mayor parte dicen que mintieron al afirmar que habían escogido por su gusto aquel rumbo, sino que una tempestad que de repente les sobrevino y duró dos días, les echó frente a la tierra[72] que describimos, habiendo visto de lejos un alto promontorio.

Cuando los nuestros se aproximaban a la playa, estupefactos los indígenas de tal portento, creyeron que había ido hacia ellos algún monstruo, porque ellos no usan embarcaciones. Con el anhelo de verlo, primero, corriendo a porfía acudieron a la costa; de seguida huyeron todos más ligeros que el viento de los que desembarcaban en los botes, y dejaron la playa desierta. Los nuestros siguieron a los fugitivos, y se adelantaron al pelotón algunos jóvenes corriendo más aprisa: cogieron a dos, un hombre y una mujer, que corrían menos, y llevándolos a las naves, los vistieron y los soltaron. En vista de aquella liberalidad, los indígenas llenaron de nuevo la playa. El rey de ellos, al tener conocimiento de lo benéficos que eran los nuestros, y viendo los vestidos nuevos y

72 Las costas de Carolina del Norte y Virginia. (Nota del editor digital.)

preciosos que nunca jamás habían visto, porque se cubren la mayor parte con pieles de leones u otras fieras, envió a los nuestros cincuenta familiares suyos cargados de provisiones del país. Cuando salieron a tierra, los recibió amistosamente y con reverencia; y deseando ellos ver los alrededores, les dio quien les acompañase y guiara. Adonde quiera que se encaminaban, los indígenas, llenos de admiración, les salían con regalos como a divinidades adorables, particularmente cuando los veían con barbas y lanzas, y cubiertos con vestidos de seda.

¿Y qué? Al cabo los españoles violaron la lealtad del hospedaje; pues cuando lo hubieron registrado todo cuidadosamente, con astucia y varias mañas procuraron que un día fueran muchos a ver las naves, que se llenaron de espectadores. Así que las tuvieron llenas de hombres y mujeres, levantando anclas y extendiendo las velas, se los llevaron para esclavos, llorando. De este modo, todas aquellas regiones de amigas las dejaron enemigas, y de tranquilas alteradas, quitando los hijos a sus padres y los maridos a las mujeres.

Pero de las dos naves, sólo una se salvó; la otra no se volvió a ver más: conjeturan que se fue a fondo con inocentes y culpables porque era vieja. Aquel despojo incomodó sobremanera al Senado de la Española. Por entonces no los castigaron; habiendo deliberado sobre devolver la presa, no se llevó a cabo nada en vista de la dificultad de hacerlo, en particular por haberse perdido la una embarcación.

Ciertas particularidades de estas las he sabido por un varón sabio y sacerdote jurisconsulto, que se llama el Bachiller Álvarez de Castro, el cual, por su saber y buenas costumbres, fue nombrado Deán de la episcopal de la Concepción en la Española, y además Vicario, y juntamente inquisidor de la herejía, a quien se le debe dar fe más libremente. Como Plinio en la descripción de Taprobana, en el principado de Claudio, dice que, oída la fama de los romanos, se debía dar fe al embajador enviado con tres compañeros por aquel rey y llamado Rhachia, así también yo, en las cosas que me ponen en duda, doy fe a los hombres de autoridad.

Este mismo, tras varias quejas contra aquellos raptores, dice que las mujeres de allí traídas se visten con pieles de león, y los hombres con las de otras fieras cualesquiera, y que aquella raza de hombres son blancos y más altos que la común estatura de los hombres. Dice que, habiéndoles dejado sueltos, se les encontraba por los estercoleros buscando entre los fosos de delante la muralla, los cadáveres podridos de los pollinos para comérselos, y que al fin se murieron de pesadumbre la mayor parte. Los que quedaron los repartieron entre los ciudadanos de la Española para que se sirvieran de ellos según costumbre, ora en casa, ora en las minas o en la agricultura.

2.

Noticias sobre las Lucayas y sus habitantes. Su rey gigante, y los hombres sirviéndole de caballos. La cría de ciervos en casa. Alimentos.

Volvamos a su patria, de donde nos hemos salido. Opino que aquellas tierras son las de Bacalaos, descubiertas hace dieciséis años por Caboto de Inglaterra, o contiguas a ellas, de las cuales en otro lugar hemos hablado largamente. Ahora hay que tratar de su situación con respecto al cielo, sus ritos, producciones y costumbres.

Afirman que caen a la altura de los mismos grados polares y los mismos paralelos que la Vandalia de España, vulgo Andalucía. En el espacio de pocos días reconocieron la mayor parte de las regiones, quedándose en un golfo que se mete mucho en tierra, donde echaron anclas. Las principales son Chicora y Duhare. De los chicoranos dicen que son algo morenos, como nuestros labradores abrasados del sol en verano. Los hombres llevan su pelo negro hasta la cintura; las mujeres más largo, en rizos; uno y otro sexo se ata la cabellera; son imberbes, no se sabe si por naturaleza, o por arte aplicándose algún género de medicina, o si se arrancan los pelos a estilo de los tenustitanos. Como quiera que sea, les gusta mostrarse pulidos: y cito por testigo a otro de no menos autoridad entre los seglares que aquel Deán entre los ordenados: llámase el licenciado Lucas

Vázquez Ayllón, de la ciudad de Toledo, y uno de los senadores de la Española, partícipe en costear aquellas dos naves. Enviado desde la Española por procurador a nuestro Senado de las cosas de Indias, vino y pidió con insistencia se le diera permiso de volver a aquellas tierras para fundar en ellas una colonia.

De los chicoranos sacados de ella se trajo uno que le sirva; y bautizado se llama Francisco, y el apellido lo toma de su patria Chicora. Mientras se detenía atendiendo a los negocios, los tuve alguna vez convidados al amo Ayllón y a Francisco Chicorano, su sirviente. No es tonto este Chicorano, ni deja de saber bien, y ha aprendido con bastante facilidad el idioma español. Así, pues, voy a contar las cosas, ciertamente admirables, que me manifestó el propio licenciado Ayllón, que las tenía escritas según la relación de sus compañeros, y las que de palabra declaró Chicorano. Cada uno, según su entender, dé crédito o niegúelo a las cosas que voy a referir. Es una peste nativa del linaje humano la envidia, que nunca cesa de arañar, e induce a buscar espinas en los campos ajenos por más limpios que estén. Esa peste se ceba principalmente en los que son romos de ingenio, y en los que, teniéndolo bueno, pasan una vida holgazana cual pesos inútiles de la tierra, sin cultivar las letras.

Dejando, pues, a Chicora, fueron al otro lado de aquel golfo, y aportaron en la región llamada Duhare. Los naturales de aquí dice Ayllón que son blancos, y lo afirma el moreno Francisco Chicorano, y tienen el pelo rubio que les llega hasta los talones; tienen un rey de talla gigantesca, que se llama Datha, y cuentan que no es mucho menor que él su mujer, la reina: cinco hijos les han nacido. En vez de caballos, se sirve el rey de jóvenes altos, que, en hombros, le llevan corriendo y le vuelven a donde le agrada. Aquí varios me han hecho vacilar en contar esto, particularmente el Deán y Ayllón; pues habiendo el uno dicho que los jóvenes, el otro sostiene que eran caballos. El Deán dice que no habló con ninguno que hubiera visto caballos; Ayllón afirma que lo oyó a muchos, y Francisco Chicorano, aquí presente, no nos ha resuelto la cuestión. Si se me pregunta lo que opino, yo no creo que aquella gente tan bárbara e inculta tenga caballos.

Cerca de ésta hay otra región que se llama Xapida, la cual dicen que cría perlas y otra especie de piedras preciosas de la tierra, que ellos aprecian mucho, y son semejantes a las perlas. En todas las tierras que recorrieron hay rebaños de ciervos como de bueyes entre nosotros. Paren en casa y crían: de día andan sueltos paciendo por los bosques; por la tarde vuelven a ver los cervatillos retenidos en casa, y se dejan encerrar dentro de los corrales y ordeñar cuando han alimentado a sus crías. No tienen ninguna otra leche, ni queso de otra.

Crían muchas clases de aves, gallinas, ánades, patos y otras semejantes. Su pan es el maíz, como entre los isleños; no tienen la raíz yuca de que se hace el cazabi, que es el pan de los pudientes. El grano de maíz es muy semejante a nuestro panizo de Lombardía, pero tiene el tamaño de la legumbre guisante. También siembran otra clase de cereal que llaman *xathí*, y se cree que es el mijo; esto no lo afirman por cierto, principalmente porque pocos castellanos saben lo que es el mijo, supuesto que en Castilla no se siembra en parte alguna. De batatas tienen diversas clases, pero menudas. Son las batatas unas raíces que se comen, como entre nosotros los rábanos, zanahorias, pastinacas, nabos y rapos. De estas cosas, de la yuca y demás comestibles, se ha dicho de sobra en las primeras Décadas.

3.
Isla de sacerdotes: su intervención en la guerra. Costumbres de aquellas islas. Fábula de hombres con rabo.

Nombran otras muchas regiones que piensan están bajo el gobierno del mismo rey: Hitha, Xamunambe y Tihe.

Los de ésta llevan vestidura sacerdotal, son tenidos por sacerdotes y les veneran las otras regiones vecinas. Los naturales de ésta se cortan el cabello, dejándose solamente dos mechones que

les cuelgan de las sienes, y se los atan por debajo de la barba. Cuando, según la pestífera costumbre que los hombres tienen, van a la guerra contra sus vecinos, ambas partes llevan a éstos al campamento, no para que ellos peleen, sino para que presencien la lucha. Así que ya están próximos a venir a las manos, sentándose todos o tendiéndose en el suelo, los rocían con el jugo de ciertas hierbas que magullan con los dientes, al modo que nuestros sacerdotes hacen la aspersión con un ramo humedecido *(el hisopo)* a los que van a Misa; y verificada aquella ceremonia, saltando de repente se lanzan contra sus enemigos; pero los dichos se quedan cuidando de los campamentos. Acabada la lucha, curan a los heridos sin distinción de amigos y enemigos, y cuidan de enterrar los cadáveres de los muertos. Estos no comen carne humana; a los prisioneros de guerra, la parte vencedora se los queda de esclavos.

Recorrieron los españoles muchas pequeñas regiones de aquella gran provincia, entre las cuales nombraron a éstas: Arambe, Guacaya, Cuoathe, Tanzaca y Pahor: sus habitantes son algo morenos. Ninguna de ellas posee letras, sino que celebran con ritmos y cantos la memoria hereditaria de las antigüedades que les dejaron sus mayores; se ejercitan en danzas y bailes; gustan del juego de pelota, en el cual son muy diestros. Las mujeres hilan y cosen, aunque la mayor parte se visten con pieles de fiera; sin embargo tienen algodón, que nuestros lombardos llaman bombaso, y de las películas de ciertas hierbas resistentes sacan hebras, como es entre nosotros el lino y el cáñamo.

Otra región hay que se llama Yuciguaním. A ésta, dicen los indígenas por relación de sus antepasados, que arribó en otro tiempo, por el mar, una gente con cola, larga de un palmo y de recia como el brazo, que no era movible como la de los cuadrúpedos, sino tiesa en redondo, como la vemos en los peces y en los cocodrilos, y que se extiende en duros huesos; por lo cual, cuando querían sentarse, empleaban asientos con agujero, o a falta de ellos, excavando el suelo hasta hacer un hoyo de un palmo o poco más, tenían que meter allí la cola para descansar; charlan que la gente aquella tenían los dedos tan anchos como largos, y el pellejo áspero casi con escamas; que solamente solían comer pescado crudo, y que, faltándoles, se murieron todos sin quedar uno, ni dejar prole ninguna.

Éstas y otras muchas tonterías semejantes cuentan entre ellos que les dejaron sus abuelos y progenitores. Pasemos a sus ceremonias y ritos.

LIBRO III.

1.
Dos fiestas religiosas anuales. Otra de difuntos.

No tienen templos, y veneran por tales las casas de los reyes, de lo cual presentan un ejemplo. Dijimos que en la provincia de Duhare es rey un gigante llamado Datha. En el palacio de éste, que es de piedra, cuando las demás casas son de vigas puestas de punta y están cubiertas de paja o hierbas, encontraron dos simulacros de hombre y de mujer, de la altura de un niño de tres años, que con un solo nombre les llaman Juamaharí. Las imágenes tienen su casa en el palacio: se las ve dos veces al año, una al tiempo de la siembra; se les pide que comiencen bien y con felicidad los sembrados, y que prosperen: otra vez a la siega, en acción de gracias si ha salido bien; si no, para que mejore, y aplacándose los dioses otro año se muestren más propicios. Sacan los simulacros con pompa solemne y gran concurso del pueblo, pero no vendrá mal oír cómo lo hacen.

La noche precedente a la fiesta de la adoración, el mismo rey, poniendo su cama en la habitación de las imágenes, duerme delante de ellas. Al hacer de día, acude el pueblo. El rey saca en brazos las imágenes apoyadas contra el pecho, y desde alto las enseña al pueblo, que con temor y reverencia, arrodillado o postrado, saluda a gritos juntamente a los simulacros y al rey. De seguida, bajándose el rey, con unos lienzos de algodón lindamente elaborados a su estilo, las sujeta al pecho de dos ancianos de reconocida autoridad; que las sacan adornadas con un vestido de plumas de diversos colores, y las acompañan a campo raso con himnos y cánticos, bailando las doncellas y danzando los jóvenes, y a nadie le es permitido quedarse en casa entretanto, ni estar en otra parte; nota de hereje contraería, no sólo quien faltara, sino quien hiciera la ceremonia con frialdad o descompostura.

Durante todo el día están los hombres acompañando a las imágenes, y toda la noche las mujeres, que no duermen, dando todas las muestras de alegría y adoración. Por fin, al día siguiente, las vuelven al palacio con el mismo orden que las sacaron. Esto tocante a simulacros, de quien piensan que alcanzarán la fecundidad de los campos, la salud de los cuerpos, la paz, o la victoria en la guerra, si les sacrifican con reverencia y debidamente. Estos hacen sus ofrendas con comidas hechas, al modo que la antigüedad, con harina. Respecto de las cosechas de los campos, piensan que son escuchadas sus oraciones, particularmente si van mezcladas con lágrimas.

Hay cada año otro día de fiesta, en el cual colocan en el campo una estatua medio tosca que la fijan en el suelo sobre una viga alta, con el mismo acompañamiento de las anteriores, y rodean la primera viga con otros palos menores clavados *(en el suelo)*. El pueblo, según las facultades de cada uno, cuelga en los palos, para la deidad, multitud de dones que por la noche se reparten entre sí los principales, como nuestros sacerdotes las tortas ofrecidas por las mujeres, u otros cualesquier dones.

El que honra a la deidad con mejores ofrendas, es tenido por de más reputación. Para recibirlas hay testigos presentes, a modo de notarios, que, acabadas las ceremonias, relatan lo que ha dado cada cual; y excitados con esta ambición, cada uno procura a porfía aventajar a su vecino. Desde que sale el sol hasta la tarde danzan alrededor de la estatua, ensalzándola con muy varios cantares; y al primer crepúsculo de la noche, bajándola de la viga, si son de la playa, la tiran de cabeza al mar; si habitan junto a los ríos, la sumergen en ellos, y ya no se la ve más: cada año vuelven a hacer una nueva.

El tercer día de fiesta es otro en que, desenterrando los huesos de cierto cadáver antiguo, levantan en el campo una tienda de madera, a estilo de las de campaña, pero con el vértice descubierto para que se pueda ver el cielo. Levantando un tablado en medio del pabellón, ponen los

huesos exhumados. Rodéanlo las mujeres solas llorando, y cada una ofrece dones en proporción de los bienes que tiene. Al día siguiente los vuelven a la sepultura, y son tenidos por cosa sagrada. Enterrados los huesos, o cuando están para enterrarlos, el sacerdote principal, perorando desde cierta tribuna rodeado de todo el pueblo, predica en su mayor parte las alabanzas del muerto; después varias cosas sobre la inmortalidad de las almas, y después, adonde van. Dice que primero van al helado ártico y a las regiones de apretadas nieves, y que se purifican en poder del rey, señor de aquellas tierras, llamado Mateczungua, y que después pasan a las regiones australes, bajo el poder de otro gran príncipe llamado Quexuga, el cual, suave y munífico pero cojo, les hace mil caricias.

Imbuyen al pueblo que las almas gozan eternamente de aquellas delicias, entre danzas y cantos de las jóvenes, abrazando a los hijos y lo que quiera que antes hayan amado, y disparatan que allí los viejos rejuvenecen, de suerte que todos tienen la misma edad, llena de goces y de alegría. Estas cosas se trasmiten de viva voz de mayores a menores, cual sacratísima y verdadera historia; el que pareciera sentir de otro modo, sería arrojado de la sociedad de los hombres. Piensan también que viven hombres sobre la rueda de los cielos, y no tienen duda alguna de los antípodas. Creen que hay dioses en el mar, como la embustera Grecia decía osadamente niñerías sobre sus nereidas y dioses marinos y el verdoso Forco.

Acabado de predicar esto, al retirarse el pueblo parece que los purifica y los absuelve de sus faltas, aplicándoles a las narices el humo de ciertas hierbas, hablando entre dientes, alentando sobre ellos y soplándoles.

De aquí el pueblo se retira contento a sus casas, creyendo que las funciones de aquel embaucador tienen que ver, no solamente con el alivio del alma, sino también con la salud del cuerpo.

2.
A la muerte del cacique. Costumbres. Sus medicinas. Ridículos saludos. Cómo hacen gigantes a los reyes.

También embaucan al ignorante vulgo con otro engaño cuando se muere su príncipe. Haciendo que no queden testigos junto al moribundo, están ellos allí, y con sus arterías fingen ocultamente que exhala chispas y pavesas como la lumbre cuando se atizan los tizones, o los papeles azufrados cuando se tiran en alto por entretenimiento. Aquéllas imitan un poco a las exhalaciones volantes[73] que el pueblo juzga estrellas que caen, cuando discurren por el aire y luego se disipan; pues en el momento que el príncipe entrega el alma, aquella llama de chispas se eleva con horrible estallido a la altura de tres brazas, y allí se acaba. A esa llama la saludan como alma del difunto, y le dicen el último adiós. En esta persuasión, la acompañan con llantos, lágrimas y alaridos, y juzgan que se ha pasado al cielo. Por fin, gimiendo y llorando, llevan el cadáver a la sepultura.

Las viudas no pueden ya unirse a otro hombre si el marido pereció de muerte natural; pero si fue por sentencia de los jueces, se les da permiso para casarse. Ama esta gente la castidad en las mujeres; aborrecen a las deshonestas, y las apartan del trato de las castas. A los principales les es permitido tener dos mujeres: a los plebeyos sólo una.

Los hombres se dedican a las artes mecánicas, principalmente a la carpintería, y a preparar las pieles de fieras; a las mujeres les está reservado manejar las ruecas, el huso y la aguja. Dividen el año en doce lunas; tienen en esas tierras magistrados para hacer justicia; castigan con juicio severo a los malvados y facinerosos, principalmente a los ladrones.

---

73 No se adivina qué otra cosa puedan significar las palabras *saltantes capreas.*

Sus reyes son gigantes, de lo cual se ha hecho mención: todas aquellas regiones son tributarias. Los tributos cada uno los paga de sus productos, porque no andan embarazados con el mortífero dinero: comercian cambiando las cosas. También éstos son aficionados a los juegos, principalmente al de pelota, y asimismo a la trompa, agitándola sobre mesas, y a tirar saetas al blanco. Las luces que tienen de noche son teas y aceite de varias frutas, aunque crían olivos. Les gusta tener convites alternativamente: viven mucho tiempo, y tienen robusta senectud.

Las calenturas se las curan fácilmente con jugos de hierbas, y con igual facilidad las heridas con tal que sean curables. Tienen y conocen muchas clases de hierbas salutíferas. Si uno siente pesadez de agria bilis en bebiendo jugo de cierta hierba común llamada *guay*, o comiéndose la misma hierba, vomita la bilis, y pronto se pone bueno; y no usan ningún otro género de medicinas, ni quieren más médicos que a las viejas de experiencia o los sacerdotes conocedores de las ocultas virtudes de las hierbas.

Tampoco tienen nuestra molicie, no usando los olores de la Arabia o perfumes ni aromas peregrinos; contentándose con los productos naturales de su patria viven más contentos, más sanos y con más vigor en la ancianidad. Se dan poco a la gula con varios manjares y diversas viandas; con poco se quedan satisfechos. Cualesquiera deidades que hayan elegido, las adoran con mucho fervor.

Da risa oír los gestos con que el pueblo saluda a sus príncipes, y con que el príncipe saludado los recibe, principalmente a los próceres. El que saluda, en señal de reverencia levanta ambas manos hasta las narices, y de seguida las extiende a la frente y al colodrillo, haciendo con la boca cierto mugido ruidoso, casi de toro. Mas el príncipe al plebeyo no le corresponde con ninguna señal; pero al saludo de los notables responde inclinando silencioso la cabeza al hombro izquierdo.

Pero oiga Vuestra Excelencia una invención apenas creíble. He dicho que el principal tirano de aquellas regiones tiene estatura de gigante; y preguntándole al licenciado Ayllón, arriba mencionado, varón grave y de autoridad, por qué sólo el rey y sola su mujer alcanzan aquella alta estatura, y no ninguno del pueblo, por lo que oyó a los que fueron sus compañeros en el gasto de las naves, y a Francisco, su criado, por relación de sus vecinos, dicen que no es la naturaleza ni el nacimiento quien les ha dado semejante don de aventajar a los demás en esa prerrogativa, sino por arte violenta, del siguiente modo.

Mientras los niños están en la cuna y al pecho de las nodrizas, llaman a los maestros de esa arte, los cuales, por espacio de algunos días, untan los miembros del niño con medicamentos de ciertas hierbas que ablandan los huesos tiernos; luego estiran una y otra vez los huesecitos, que han tomado la blandura de cera templada, tanto que lo dejan al infeliz casi exánime; después alimentan a la nodriza con ciertas comidas que tienen mucho alimento. Finalmente, la nodriza, cubriéndole con mantas calientes, le da el pecho y lo regala con la leche formada de comidas sustanciosas. Dejando pasar algunos días, vuelven al triste ministerio de dar tormento a los huesos.

Esto dicen Ayllón y su criado Francisco Chicorano, pero el mencionado deán de la Concepción me contó que había oído a los deportados con la nave que se salvó otra cosa diferente de lo que a Ayllón le habían dicho sus compañeros acerca de los medicamentos y del arte de hacer crecer el cuerpo; pues dice que eso no se hace torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima sustancia, que se saca majando varias hierbas a propósito, en particular cuando comienzan a crecer (los que lo comen), en el cual tiempo la naturaleza propende al crecimiento, y las comidas se convierten en carne y huesos.

Ciertamente es maravilloso, pensando bien estas cosas, lo que se cuenta de las virtudes de las hierbas. Si se entendiera bien la virtud oculta de ellas, yo lo creería posible. De que sólo puedan hacerlo los reyes, la razón está a la vista: se tendría por reo de lesa majestad el que se atreviese a gustar aquellas comidas o a pedirles a los maestros la regla de condimentarlas, porque éste tal parecería querer equipararse a los reyes, supuesto que entre ellos es indecoroso y desautorizado que el rey no tenga más que la estatura común, cuando es menester que, dominando a los demás, mire

desde alto a los que se le presentan. Lo que me han dicho, eso digo. Vuestra Excelencia será libre para creerlo o no. De los ritos y costumbres basta ya.

Vengamos a los dones de la naturaleza agreste: del pan y de las carnes se habló; digamos un poco de los árboles.

LIBRO IV.

1.

Producciones. Nueva expedición a las Lucayas. La superstición explotada. El abuso castigado. Leyes protectoras de los indios. Su inobservancia.

Encontraron que se crían espontáneamente selvas de encinas, pinos y cipreses y avellanos, almendros y vides silvestres negras y blancas, serpeando por las ramas de los árboles, sin que saquen vino de ellas; el que beben, lo hacen de varias frutas. También aquella tierra lleva higueras y varias clases de olivos que injertándolos ya no son bravíos, como sucede entre nosotros, que sin cultivo no tendrían otro sabor que el de su natural aspereza. Cultivan huertos, y abundan en aromas de muchas clases, y les gustan los cultivados jardines; en los huertos cultivan árboles: es particular el que se llama *corito*, que cría un fruto sabroso, de grande como un melón pequeño. Otro hay llamado *guacomine*: da una fruta mayor que el melocotón; dicen que tiene agradable y excelente olor, y que es saludable. Plantan asimismo y cuidan otros muchos y otros varios géneros de cosas, de las cuales hablaremos en otra ocasión, no sea que, refiriéndolo todo de un tirón, produzcamos hartura.

Al propio licenciado, el senador Ayllón, le hemos concedido lo que deseaba. Ha sido despachado por nosotros y por la Majestad cesárea a consulta nuestra. Va a construir en la Española una armada nueva para pasar con ella a aquellas regiones y levantar una colonia[74]; y no le faltará quien le siga, porque toda esta nación española es tan amante de cosas nuevas, que a cualquiera parte que, sólo por señas o con un silbido se la llame para algo que ocurra, de seguida se dispone a ir volando; deja lo seguro por esperanza de más altos grados, para ir en pos de lo incierto. Esto se puede inferir de lo que ha sucedido. Cómo les recibirán los naturales, tan maltratados con el robo de sus hijos y parientes, el tiempo lo dirá. Ocurre un caso semejante, que aunque fuera del orden no se ha de omitir, con los isleños yucayos rebuscados por los españoles habitantes de Cuba y de la Española, y deportados para ocuparlos en el para ellos triste trabajo de las minas.

Conociendo los españoles las sencillas opiniones de ellos acerca de las almas que, una vez expiadas sus culpas en las heladas montañas del ártico, habían de pasar al Mediodía, a fin de que, dejando espontáneamente el suelo natal, se dejaran llevar a la Española y a Cuba, que son meridionales para aquellas islas, procuraban persuadir a los desgraciados, y les persuadían, que habían venido de aquellos lugares en que habían de ver a sus difuntos padres, hijos, parientes y todo género de amigos, y gozarían juntamente de todo género de delicias en medio de los abrazos de todo lo que amaban. Imbuidos primeramente en estas tretas por sus embaucadores, como arriba lo hemos mencionado, y después por los españoles, dejando su patria iban cantando en pos de una esperanza vana; mas cuando echaron de ver que los habían engañado y que no encontraban a sus padres ni a ninguno de los que deseaban, sino que se veían obligados a sufrir penosos mandatos y crueles trabajos, a que no estaban acostumbrados, caídos en la desesperación, o se mataban a sí mismos, o escogiendo el hambre, exhalaban su espíritu de inanición, sin que razón alguna ni fuerza les persuadiera que tomaran alimento, según otra vez lo dije. Así acabaron los infelices yucayos, de los cuales queda ya exiguo número entre los españoles, como de los mismos indígenas.

Pero me parece que a las quejas y llantos de los infelices inocentes se ha levantado alguna deidad a vengar tanto estrago y el haber perturbado la tranquilidad de tantas naciones, visto que, por más que digan que los mueve el deseo de extender la religión, luego se entregan a la ambición, la avaricia y la violencia. Pues han muerto, o a manos de los mismos oprimidos, o heridos con saetas

74 La efímera San Miguel de Gualdape o Guadalupe, fundada en 1526 en un lugar indeterminado de las Carolinas o de Georgia. (Nota del editor digital.)

envenenadas, o sumergidos en el mar, o afligidos con varias enfermedades, todos los que fueron los primeros agresores, yendo por otro camino del que les había sido mandado por los Reyes.

Las disposiciones de las leyes que se les dieron, siendo testigo yo que diariamente las estudié con los demás colegas, están formadas con tanta justicia y equidad, que más santas no puede haberlas; porque está decretado desde hace muchos años que se conduzcan con aquellas nuevas naciones nacidas con el esplendor de la edad, con benignidad, compasión y suavidad, y que los caciques asignados con sus súbditos a cualquiera que sea, sean tratados a modo de súbditos y miembros tributarios del Estado, y no como esclavos; que sean bien alimentados, dándoles la debida ración de carne y pan para soportar el trabajo; que se les dé todo lo necesario, y, como a jornaleros, el premio de cavar durante el día en vestidos o adornos a propósito; que no falten habitaciones en que descansen de noche; que no se les despierte antes de salir el sol, y que den de mano antes de la tarde; que en ciertas temporadas del año, dejándoles libres de las minas, se dediquen a sembrar la raíz de yuca y el trigo maíz; que en los días de fiesta descansen de todo trabajo, asistan a los templos, y después de Misa les permitan entretenerse en sus acostumbrados juegos y danzas, y en armonía con esto las demás cosas dispuestas, con razones de prudencia y humanidad, por varones jurisconsultos y religiosos.

¿Pero qué sucede? Idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos, por las corrientes de un océano que se parece al giratorio curso de los cielos, distantes de las autoridades, arrastrados de la ciega codicia del oro, los que de aquí se van mansos como corderos, llegados allá se convierten en rapaces lobos. Los que se olvidan de los mandatos del Rey, se les reprende, se les multa, se les castiga a muchos; pero cuanto más diligentemente se cortan las cabezas de la hidra, tantas más vemos pulular. Aténgome al proverbio aquel: «en lo que muchos pecan impune queda.» Ahora estamos formando nuevas constituciones, y pensamos enviar nuevos gobernadores. Veremos lo que quiere la suerte de los *(indios)* que han quedado.

2.
Razones en contra de dar libertad a los indios. Ejemplo de su ingratitud. Documento notable.

Vacilamos sobre si deberán ser libres, y no se les deberá exigir ningún trabajo contra su voluntad o sin pagárseles; pues entre varias opiniones de varones graves, estamos en duda, principalmente por el parecer de los religiosos de la religión dominicana, que con sus escritos nos inclinan a lo contrario, sosteniendo que ha de ser para los indios mucho mejor y más seguro, y más conducente a su salud del cuerpo y del alma, el que sean destinados a servicio perpetuo hereditario, que no el que se les ocupe en servicios temporales.

Porque aquellos a quien fueron encomendados hasta ahora al arbitrio del Rey y en nombre de otro ausente, manejaban el asunto cual mercenarios. Recelándose que se les quiten después de algunos años, como suele hacerse, sin tener cuidado ninguno del bienestar de los infelices, en contra de los capítulos de las leyes santas los consumían en las minas hasta la muerte a uno y otro sexo, sin miramiento a la edad, con tal que saciaran la sed de oro suya y del amo. Ni les daban el necesario sustento, ni cuidaban de su salud si ocurría que enfermaran por el desacostumbrado y demasiado trabajo. Dicen que, por el contrario, el que sabe que ha de transmitir a su heredero los indios repartidos, cuidará como de cosa propia, no solamente de conservarlos sanos, sino de que se aumente el número con los cuidados de las mujeres y los hijos.

Pero acerca de darles libertad dicen que no, aduciendo muchos ejemplos; que nunca los bárbaros pudieron maquinar la muerte de los cristianos sin que lo pusieran por obra, y que habiéndose probado muchas veces si les convenía la libertad, se vio que era para ellos una ruina, porque se dan a la vagancia en la desidia y ociosidad, y se vuelven a sus antiguos ritos y feas iniquidades.

Hay una tercera causa particular y horrible con que se prueba que especialmente en el creído continente no son dignos de libertad. En cierta parte de la gran provincia del creído continente, en la región que se llama Chiribichí, los frailes dominicos habían erigido un templo, hará como doce años. Con mil trabajos, hambre y necesidades se daba de comer a los hijos de los caciques y de los principales, y cuando tenían más edad se esforzaban por traerlos a la religión, aconsejándoles, amonestándoles, enseñándoles y mezclando halagos.

Habían instruido a la mayor parle de los niños de tal manera, que cuando los clérigos decían Misa ellos les ayudaban en el altar con bastante cultura y exactitud. Sabían la lengua española muy bien; pero he aquí una maldad horrenda. Pasados los años de la niñez, y apenas entrados en la adolescencia, dos principales de los allí educados, que se pensaba haberles ya pasado de la índole ferina de sus mayores a los dogmas de Cristo y a las costumbres humanas, eligiendo una guarida a modo de lobos, volviendo a sus primeras trazas reincidieron en su antigua y nativa maldad; y reuniendo gran muchedumbre de guerreros comarcanos, y sirviendo ellos de caudillos, acometieron al convento donde les habían educado con caridad paternal. Tomado el convento y destruido hasta los cimientos, mataron sin dejar uno a los que les habían educado y a los que les habían servido.

Dejando rodeos a un lado, para que después de mis agrias acusaciones se conozca que los españoles merecen alguna excusa si se niegan a darles libertad, lea Vuestra Excelencia uno de los manuscritos presentados en nuestro Senado de Indias por algunos frailes que se salvaron, porque entonces estaban fuera buscando qué comer para los demás. *(Se leyó)* estando nosotros reunidos en casa del presidente de nuestro Senado, García Loaisa, que estudió en Italia, obispo de Osma y confesor del César, elegido en Roma por sus méritos maestro general del Orden de Predicadores, del cual Vuestra Excelencia ni es desconocido ni malquisto. Helo ahí en su mismo idioma español (pues lo entiende fácilmente cualquier latino o italiano por el parentesco de esas lenguas); para que nadie me acuse de que al traducirlo se ha cambiado algo del sentido del escrito, o de la intención del que lo envió, me ha parecido hacerlo así.

Oigamos al propio fraile, que se llama Fr.Tomás Ortiz, hablando de viva voz delante del Senado y escribiendo en nombre de otros:

«ÉSTAS SON LAS PROPIEDADES DE LOS INDIOS,
POR DONDE NO MERECEN LIBERTADES»

»Comen carne humana en la tierra firme; son sodométicos más que generación alguna; ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son estólidos alocados. No guardan verdad si no es a su provecho; son inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingratísimos y amigos de novedades. Se precian de embeudarse, que tienen vinos de diversas yerbas y fructos y granos, como cerveza y sidras, y con tomar fumos también de otras yerbas que emborrachen y con comerlas. Son bestiales, y précianse de ser abominables en vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos, ni hijos a padres.

»No son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religión. Son haraganes, ladrones; son de juicios muy terrestres y bajos; no guardan fe ni orden. No se guardan lealtad maridos a mujeres, ni mujeres a maridos. Son echizeros y augureros, y covardes como liebres. Son sucios; comen piojos y arañas y gusanos crudos doquiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres.

»Cuando han aprendido las cosas de la fe, dicen que esas cosas son para Castilla, que para ellos no valen nada, y que no quieren mudar costumbres; son sin barbas, y si algunos les nascen, pélanlas y arráncanlas. Con los enfermos no tienen piedad ninguna; está grave el enfermo, aunque sea su pariente o vecino, le desamparan o llevan a los montes a morir, y dejan cabe él un poco de pan y agua y vánse; quanto más crescen se hacen peores; hasta diez o doce años paresce que han de salir con alguna crianza y virtud; pasando adelante se tornan como bestias brutas. En fin, digo, que nunca crió Dios tan cozida gente en vicios y bestialidades, sin mistura alguna de bondad o policía.

»Agora juzguen las gentes para qué pueda ser cepa de tan malas mañas y artes; los que los habemos tractado, esto avemos experimentado dellos. Mayormente el Padre Fray Pedro de Cordova, de cuya mano yo tengo escripto todo esto, y lo platicamos en uno con otras cosas que me callo; hablamos a ojos vistas. Son insensatos como asnos, y no tienen en nada matarse.»

3.
Desgracias y mal fin de muchos españoles. Prosperidad de Hernán Cortés. Prevenciones contra los piratas.

Éstas y otras cosas se discuten todos los días; y aunque sufran varias dilaciones, sin embargo han recaído, como arriba dijimos, casi cruentamente sobre la cabeza de los opresores. Y no pocos de los mismos españoles han sucumbido a causa de las enemistades originadas entre ellos por el mando, de lo cual hablé en mis primeras Décadas.

Allí se trató de los Pinzones y de muchos habitantes de Palos y de Moguer en la costa andaluza del océano, que iban recorriendo las vastas playas del creído continente y las riberas del portentoso río Marañón, y traspasándoles los indígenas caníbales con sus flechas envenenadas, y matándoles luego, hicieron con ellos varios guisos, pues son antropófagos los caníbales, que también se llaman caribes; y de Solís, a quien le sucedió lo mismo al otro lado del creído continente, de cuya horrible desgracia tomó nombre aquel golfo de mar en que Magallanes se detuvo mucho tiempo en el viaje con su armada; y después de esto de Alfonso Ojeda y Juan Cosa, que exploraban con mucha tropa las regiones de Cunuana, Cuchibacoa, Cauchieto, Yuraba, que murieron malamente.

También de Diego Nicuesa, capitán de unos ochocientos hombres, que, después de perdidos, andaban buscando desde el golfo occidental de Urabá las costas de Veragua; y de Juan Pontes, que en la región Florida, descubierta primeramente por él, fue derrotado por los bárbaros, y desnudos, y herido mortalmente luego, enfermo de aquella herida murió en la isla de Cuba; y de otros muchos capitanes y escuadrones muertos por la valentía de los caníbales, a quien proporcionaron con sus cuerpos ricos convites; se encontraron a los caníbales con una armada de canoas que habían navegado en ordenada formación, muchas millas desde sus confines a caza de hombres. Las canoas son sus lanchas unilígneas (en griego *monoxilon*), que a veces son capaces de 80 remos; y, por fin, hablé extensamente de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que se llama Fernandina, que de inmensas riquezas que tenía cayó en la pobreza y ahora se ha muerto, y anduvo con Hernán Cortés en disensiones y odio mortal.

De todos éstos sólo queda en pie Cortés, que se cree tiene de los tesoros que juntó en aquella gran ciudad lacustre Tenustitán que venció y devastó, hasta un millón trescientos mil pesos de oro (este peso español es un tercio más que el ducado); pues manda en muchas ciudades y príncipes, en cuyos ríos y montañas hay abundante oro, y no faltan ricas cavernas de minas de plata. Pero acaso acerca de él se verificará aquel proverbio vulgar: «de riquezas, fidelidad y talento, se encuentra en lo secreto mucho menos de lo que pregona la fama». El tiempo lo dirá.

Juan Ribera, conocido del embajador Tomás Maino y de Gilino, procurador de Cortés ante el César, educado (por él) desde niño y que ha tomado parte en todos sus hechos, dice que su amo Cortés tiene preparados trescientos mil pesos para enviárselos al César; pero que, escarmentado de tantas naves cargadas como han cogido los piratas franceses, no se atreve a enviarlos. También hay preparadas en el creído continente, y en la Española, Cuba y Jamaica, muy grandes riquezas de oro, perlas, azúcar, canela, que se cría en las islas; también hay dispuestas cantidades de madera *corino* o grana a propósito para teñir las lanas, que los italianos la llaman *vercino* y los españoles *brasil*. De estos árboles hay en la Española espesos bosques como entre nosotros pinares y carrascales.

Acerca de proteger esas naves, deliberándose en nuestro Senado de las cosas de Indias el partido que se debiera tomar para poner remedio, se determinó, y el César a propuesta nuestra

proveyó y mandó, que cada uno de ellos, con las cosas que hayan recogido, acudan a la Española, capital de aquellas regiones, y que desde allí, juntándose las naves de todas aquellas tierras, se forme una armada poderosa, con la cual pueda defenderse con seguridad de la injusticia de los piratas si les salieran al encuentro. Lo que la suerte tendrá deparado, se queda en el archivo de la Providencia divina.

No falta quien diga que Cortés ha fundido dos cañones de oro, capaces de balas de hierro como pelotas pequeñas de jugar. Tal vez *(lo habrá hecho)* para ostentación; pues, a mi entender, la blandura del oro no es a propósito para resistir tanta furia, o lo habrán fingido por envidia, pues sus ínclitas hazañas a toda hora son objeto de lívidos ataques.

LIBRO V.

1.
Expedición de Garay al Pánuco. Hernán Cortés le impide levantar una colonia.

Cuando me ocupaba en escribir esto, han traído la noticia de que han arribado a nuestras costas españolas cuatro naves de Indias: las riquezas que traen no las sabemos aún. Han traído para el César cartas del Senado de la Española acerca de un caso cruel y criminal que ha ocurrido poco ha, y por conjeturas se teme que ocurra algo peor.

De Francisco Garay, gobernador de Jamaica, hablé mucho en los libros que Santiago Pierio llevó a Roma para el Pontífice Adriano. Queriendo levantar una colonia en el río Pánuco, del cual toma nombre la región y el cacique y sus alrededores, que están contiguos al territorio de Méjico, lo había intentado por dos veces, y otras tantas le habían derrotado los indígenas, casi desnudos. El año pasado acometió la misma empresa otra vez con once naves y más de setecientos hombres y muchos jinetes, apoyado en la autoridad de las cartas reales, en que se le daba permiso para erigir una colonia en la ribera de aquel río. Éste es notable por tener su álveo capaz de grandes embarcaciones, y hace las veces do puerto porque la provincia aquélla, sujeta a la jurisdicción Tenustitana, no tiene puertos y es estación de poca confianza.

Llegaron sin novedad Garay y sus compañeros: una tempestad fuerte los descompuso en el mar, y la fortuna de la guerra los perdió en tierra; perdió dos naves, que naufragaron al atracar. Halló las orillas del río ocupadas por los soldados de Cortés, erigida una colonia y puestos magistrados que rijan al pueblo con permiso del cacique Pánuco; porque dice *(Cortés)* que aquellas tierras pertenecen a su jurisdicción de Méjico, y que el río Pánuco va comprendido bajo el nombre de Nueva España, que él puso a aquellas tierras, y el César lo confirmó.

Garay se vio con dos paisanos suyos de España, que habitaban allí, les habló, les mostró las patentes del Rey, en las que le asigna para habitar las riberas del Pánuco, y que para eso había venido; les exhortó y amonestó que obedecieran el mandato del Rey, y que cedan *(el mando)* o que conserven las varas de pretores en nombre de él, no en el de Cortés, y que de él reciban y observen las demás leyes y constituciones necesarias para el buen régimen y tranquilidad.

Todo en vano: oída esta arenga, sin más meditar sobre ella, sin vacilación ninguna respondieron que Cortés había dispuesto y erigido en tierra que de antiguo pertenecía a la jurisdicción de Méjico aquella colonia, sita dentro de los confines de Nueva España, designados por el César, y que por tanto con razón serían tratados de traidores si se apartaran *(de Cortés)* y oyeran las pretensiones de Garay. Éste citó otra vez y volvió a mostrar las cartas; *(respondiéronle que)* eran subrepticias y obtenidas sin informar bien al César; dijeron que las habrían logrado por influencia del obispo de Burgos, presidente del Senado de Indias, en contra de Cortés, a quien el Obispo quiere mal por causa de Santiago Velázquez, vicegobernador de Cuba, amigo suyo y en otro tiempo sirviente de su hermano Fonseca, y enemigo encarnizadísimo de Cortés.

De estas enemistades se habló con harta extensión en las cosas pertenecientes a uno y otro, que por sí solas ocupan un volumen regular. Garay dijo a los que se resistían que eran reos de lesa majestad si no obedecían sus órdenes. Ellos respondieron que pondrían sobre sus cabezas las letras del Rey, a usanza española, y que aceptarían sus mandatos en cuanto era debido; que, tocante a la ejecución, habían de consultar al Rey y al Senado de Indias para que, oídas ambas partes, juzgue el Rey César lo que sea más conducente a su servicio. Dijeron que, en su concepto, mandaría otra cosa el César si supiera en cuánto peligro se pone con esta novedad un negocio tan grande; porque si los

bárbaros, recientemente vencidos, llegaran a entender que hay disensiones entre los cristianos, intentarían emanciparse.

Por fin determinaron enviar mensajeros a Cortés; se puso por obra, y fueron y le manifestaron el asunto. Él destinó dos capitanes suyos que procurasen persuadir a Garay que fuera a verse con él en la gran ciudad lacustre de Tenustitán, que es la capital del poderoso imperio y dista unas sesenta leguas del río Pánuco. Fueron los mensajeros a Garay, y le convencieron; se puso Garay en camino, pues se reconocía inferior a Cortés. Éste procuró hacerse yerno suyo al hijo de Garay, mediante una hija que le había nacido de través.

2.
Primeras noticias de la derrota de Garay en el Pánuco. Peligrosa porfía de encontrar el estrecho que no hay entre ambos continentes americanos.

Mientras se andaba en esto (si ello sucedió por plan secreto de Cortés, o los indígenas atacaron a su modo espontáneamente a la tropa de Garay y la derrotaron, lo dejan en duda los senadores de la Española y cuantos escribieron particularmente estas cosas a sus amigos; que fuera de un modo o de otro, importa poco para la sustancia del hecho) fue derrotado todo el ejército de setecientos hombres, y de ellos fueron muertos doscientos cincuenta, según se dice, y escriben que murió el propio Garay; si en poder de Cortés o en otra parte, si atacado de calentura o por providencia interiormente benigna y clemente de Cortés, que librara a ese hombre de las angustias de los humanos afanes para gozar él sólo de las dulzuras de la tiránica profesión, lo han dejado en duda.[75]

Pues no tenemos cartas ni de Cortés ni de los magistrados enviados a aquellas tierras, ni de ninguno de los compañeros de Garay, sino únicamente del Senado de la Española, que escribe al César y a nuestro Senado haber arribado a la última punta occidental de Cuba, por donde aquella isla mira al frente de Yucatán, cierto Cristóbal Olite, capitán de Cortés, con trescientos hombres y ciento cincuenta caballos, en no despreciable armada, y dicen que trata de llevarse de Cuba otros ciento de refresco, con los cuales afirma que explorará aquellas tierras que hay entre Yucatán (que no se sabe aún si es isla) y el creído continente, y cuentan que ha dicho que fundará allí una colonia.

Dicen los senadores que han sabido esto y lo de Garay por el que lleva el correo de Cuba. Dicen al mismo tiempo que les parece que el reclutador Olite habrá lanzado entre el vulgo estos rumores a fin de que, quitada la esperanza de irse con Garay, se vayan con él los vagos que desea llevarse.

En otro párrafo de la carta dicen que Gil González está preparado en el puerto de la Española para ir al mismo punto. De la historia de su navegación por el mar austral, el embajador Tomás Maino se llevó consigo un ejemplar para el arzobispo de Cosenza, que se lo había de entregar al Sumo Pontífice Clemente. Es navegación directa: se necesita fijarse en ella para que se pueda

75 Si, pues, no hay prueba ninguna, es injusto achacar a un héroe como Hernán Cortés acción tan villana y traidora, cual habría sido inducir a los indios a que atacaran a Garay y enseñarlos a derrotar un ejército español mayor que el que tenía el mismo Cortés. Éste no había olvidado las pérdidas que sufrió, las heridas que había recibido, los peligros gravísimos que corrió en la ciudad de Méjico y en el campo también. ¿Cabe suposición más disparatada que ésa, de que procurara el desastre de Garay? Por otra parte, no necesitaba de semejante infamia: su ascendiente militar, sus riquezas y su talento le facilitaban ganarse a la tropa de Garay, como se había ganado la de Pánfilo de Narváez. La dada calumniosa que algunos promovieron y se revela en el texto, sobre si Cortés habría hecho envenenar a Garay, se disipó completamente averiguándose y probándose en toda forma, con testimonio jurado de los médicos, que Francisco Garay había muerto de dolor de costado, y no de veneno alguno, como puede verse en Herrera, *Déc*. III, lib. V, cap. VII. Al modo que no hay león ni elefante que no tenga parásitos, así todo hombre grande tiene que sufrir las picaduras de los envidiosos, que vienen a ser así como insectos de los hombres de mérito relevante.

entender cuál sea el intento de estos capitanes que, con permiso y mandato del César, investigan aquellas tierras.

Porque regresando Gil del mar austral, donde halló un gran mar de agua dulce lleno de islas, se propuso investigar por el Septentrión lo que la suerte le depare acerca del estrecho tan deseado. Por eso fue a la Española con los tesoros nombrados en su lugar, dejando la armada del Sur para construir otra nueva para el Septentrión; pues él cree que entre Yucatán y el continente pasa la corriente de aquella aglomeración de aguas por algún río navegable, al modo que del lago Verano se ve salir el Ticino, y del Venaco el Mincio, del Lario el Abdua, del Lemano el Ródano para llevar al mar las aguas que toman.

Al saber esto, y que Pedro Arias, Gobernador del creído continente, con ánimo de acometer la misma empresa tomó el propio rumbo con un ejército que reunió de no despreciable número de jinetes y gente de a pie, el Senado ha prohibido la marcha de Gil González, no sea que, si se juntan Olid y Pedro Arias y el mismo Gil, se destrocen mutuamente. Asimismo, por postas aceleradas y con las naves citadas, han amonestado a Pedro Arias, a Hernán Cortés y a Olid, so pena de lesa majestad, que no hagan armas unos contra otros si se encuentran, y les han hecho saber que, si contravinieren, serán ignominiosamente depuestos por los magistrados. Este dictamen de aquel Senado ha sido aprobado por el nuestro. Lo que suceda lo escribiré.

Hay tal furor de buscar ese estrecho, que se exponen a mil peligros; pues cualquiera que lo encontrara, si se puede encontrar, obtendrá en sumo grado la gracia del César y gran autoridad. Porque, si se hallara paso del océano austral al septentrional, sería más fácil el viaje a las islas que crían los aromas y las perlas. Y no valdría la empeñada cuestión con el rey de Portugal, de que se ha tratado bastante en mis primeras Décadas. Pero hay poca esperanza del estrecho.

Sin embargo, no nos separamos de la opinión de Gil, de que pueda encontrarse algún río que absorba las aguas dulces hacia el Septentrión, supuesto que han averiguado que por el Sur no tienen aquellas aguas ninguna salida. Si eso sucediera, se hace ver que habría camino bastante cómodo de ambos mares, contándose solamente de los ríos de agua dulce que corren hacia el Sur hasta las costas del mismo mar austral tres leguas de ancha llanura, por la cual dice Gil que habría camino suave para cualesquiera carretas y carros, y muy corto para el círculo equinoccial.

LIBRO VI.

1.
Conjeturas de que habrá en la zona tórrida otras islas de especias, oro y perlas a más de las conocidas.

También opinamos, Príncipe Ilustrísimo, apoyados en argumentos certísimos, que no han de tardar muchos años sin que se descubran nuevas islas, ya debajo del ecuador, ya próximas a él, bien a éste o al otro lado, y que tendrán próximas otras islas ricas en arenas de oro, conforme ya se han encontrado las Malucas y demás descritas anteriormente. Pues si la virtud que el sol tiene en el equinoccio sobre la materia terrestre, dispuesta para recibir el don celeste que se le ofrece, infunde en aquellos árboles ese gusto aromático, ¿quién se atreverá a arrojar tal mancha sobre la poderosa naturaleza, ni hacerle la injuria de sostener que ella ha agotado su virtud en el brevísimo espacio de las Malucas, como si dijéramos en el dedo meñique de un gigante en comparación de toda la redondez, y que con tan exiguo parto vació su útero, henchido de tan egregia prole?

En el Senado de Indias propuse yo esta razón a mis colegas, añadiendo un ejemplo para que se entienda más fácilmente. Sospecho que se la escribí, pero no me acuerdo bien; porque, hallándome próximo a los setenta años, la edad y los cuidados me han entorpecido la memoria. Mas estas cosas, aun repetidas, no suelen, sin embargo, desagradar, aunque en otra parte se las haya visto fuera de los límites de su campo.

Gocé yo de Roma por espacio de diez años, en los tiempos de Sixto IV e Inocencio VIII; llamándome la atención la fama de las guerras de Granada, me trasladé a España, y al venir de Roma recorrí el resto de Italia. Atravesé la parte de Francia que baña nuestro mar, al otro lado de los Alpes; aquí, en los treinta y siete años que me ha retenido España con las benévolas promesas de los Reyes Católicos Fernando e Isabel, y con recibirme honoríficamente a su servicio, lo he examinado todo. Y dirás, Príncipe Ilustrísimo: ¿a qué viene esto tomado tan de lejos? En estos viajes encontraba carrascales, después pinares, pero cortando entrambas selvas, montes o lugares campestres y ríos o lagunas; después se presentaban otra vez soledades de árboles espontáneamente nacidos, que ocupaban mucho terreno; pasaba estos pinares o carrascales y ríos o lagos, y cruzaba llanuras semejantes a las anteriores, produciendo aquellas variedades la materia que hay bajo la superficie de los terrenos.

Así, Príncipe Ilustrísimo, debajo del círculo equinoccial y a este lado y al otro, desde el trópico de Cáncer hasta el de Capricornio, espacio que la mayor parte de los filósofos juzgaron equivocadamente desierto, como abrasado por el ardor del sol perpendicular, hay extensiones inmensas de mar y de tierra, como que es muy grande el espacio de esta circunferencia, que con su largura da vuelta a todo el orbe en toda su extensión. Aquel círculo, pues, es el mayor de todos los círculos; por tanto, si en tan breve espacio de tierra, como dije, tiene la naturaleza tanto poder y arte que lo que produce en una parte de la misma región se encuentre también en otra que reciba el mismo influjo en el género de productos que dé la tal tierra, ¿quién duda que también en este género de los aromas, debajo de tamaña mole del cielo, puedan encontrarse otras tierras que reciban esa misma virtud que ha sido concedida a las islas Malucas y sus vecinas, que parte están bajo el mismo ecuador, parte caen al uno y al otro lado del mismo?

Esforzóse uno del colegio por aparecer más sabio, resolviendo el argumento. «Mira, dijo, de estas cosas no han hecho mención ninguna los antiguos. Si tales tierras existiesen realmente, o las conoceríamos nosotros, o alguna nación tendría noticia de ellas.» Pero su objeción, por su ignorancia de las letras, particularmente de Filosofía, y por su poca experiencia, fue fácilmente

resuelta con asentimiento del Gran Canciller, afectísimo de Vuestra Excelencia, y de los demás colegas. Pues dicho llevo que no hay que admirarse de que haya noticia de las Malucas y sus vecinas y de otras no, por cuanto las Malucas están casi enfrente de la India ultragangética, y son casi suburbios de las regiones de China y del gran golfo, y de Gatigara, tierras conocidas, y no distan mucho del golfo Pérsico y de la Arabia, falsamente dicha Feliz, por lo cual se fueron introduciendo poco a poco entre ellos *(los aromas)*, y desde que comenzó a extenderse la molicie romana también entre nosotros, con no pequeño perjuicio nuestro, pues languidecen y se afeminan los hombres, y se enerva el vigor con la delicadeza de tales olores, perfumes y aromas.

Y tocante a las otras islas desconocidas, está a la vista la razón de por qué han estado ocultas hasta ahora, y es que los continentes próximos a ellas, por igual designio de la Divina Providencia, han permanecido ignorados hasta estos nuestros tiempos.

Después, consideradas estas cosas que son mucha verdad, si aquellas tierras son los palacios del mundo, y si las islas adyacentes son los alrededores de esos palacios, ¿quién ha podido pasear los salones y examinar los cuartos interiores estando ocultos todavía los palacios? Por tanto, hemos hallado los palacios cuando hemos descubierto ignotas regiones, tan vastas que son más que tres veces toda Europa si, como otras veces lo hemos probado, desde el llamado cabo de San Agustín de nuestro creído continente medimos lo que en nuestros tiempos ha venido a ser conocido por los hombres hasta el río Pánuco, que dista unas setenta leguas de la gran ciudad Tenustitán, que está en la laguna. En otra parte se ha tratado esto extensamente.

2.

Esperanzas fundadas en la expedición de Caboto por el estrecho de Magallanes al Pacífico. Que la hará en menos tiempo que Magallanes. Y con más provecho.

También encontraremos las otras partes de los palacios, y no está lejos la esperanza de ver cumplido este deseo, porque la tenemos de que Sebastián Caboto, descubridor de Bacalaos, a quien hacia primeros de septiembre se le concedió por autoridad de nuestro Senado el permiso que pedía de emprender aquella navegación, volverá en menos tiempo y con mejor suerte que la nave *Victoria*, que, salvándose ella sola de cinco compañeras que eran, ha dado vuelta al mundo y regresó cargada de clavo. De esto se habló extensamente en su lugar.

Caboto pidió al erario del César una flotilla de cuatro naves, pertrechada de todos los aparejos de mar y de los cañones correspondientes: dice que ha encontrado compañeros en Hispalis, que se llama Sevilla, emporio de todo el comercio de Indias, que le han ofrecido espontáneamente la suma de diez mil ducados, con la esperanza de gran lucro para aprovisionar la flotilla y para lo demás que haga falta. Hacia los idus de septiembre (día 13) despachamos a Caboto, que fue a ofrecer obligaciones a los socios partícipes: cada uno de los que contribuyen con dinero, si la cosa sale bien como se espera, participará del lucro a prorrata.

Resta, Ilustrísimo Príncipe, demostrar con algún argumento verosímil por qué he dicho que regresará en menos tiempo que la Victoria, y por qué pensamos que este negocio se ha de llevar a cabo más felizmente, no parezca que, hinchados de vanidad, queremos dar cuenta de lo futuro.

Caboto ha de partir en el próximo mes de agosto del año mil quinientos veinticinco, y no antes seguramente; porque ni se podría preparar en menos tiempo lo necesario para tamaña empresa, ni aquel viaje debe emprenderse antes, a causa del curso de los cielos; porque es conveniente navegar hacia el equinoccio cuando el sol, estando para llevársenos el verano y los días largos, comienza a llegarles a los antecos (*antictones*). Pues ha de caminar en derechura, no solamente al trópico de Cáncer y al ecuador, sino también a la línea de Capricornio en el antártico, cincuenta y cuatro grados a que se hallan las gargantas del estrecho de Magallanes, recorrido igualmente a costa ajena y con muerte de muchos hombres; y no *(ha de ir)* por rodeos y con varias detenciones y vueltas, como tuvo que ir Magallanes, quien empleó tres años errante en aquella

navegación con trabajos y miserias, con varias y duras calamidades, y de su flotilla de cinco naves *(volvió sólo)* una con la mayor parte de los compañeros *(recogidos)* de las cuatro, y, por fin, él perdió la vida. Esto se trata con bastante latitud en el libro de la vuelta al mundo, destinado al Pontífice Adriano.

Éste, pues, hará su navegación en menos tiempo, porque conoce muy bien aquellas regiones, antes desconocidas. Y que haya de hacerse con más felices auspicios y mejor fortuna, como lo pensamos, se colige de esto. En el tiempo que los días son muy cortos entre los pueblos del ártico, Caboto los tendrá muy largos, y así recorrerá cómodamente aquellas costas, hasta que, cruzando a la derecha el tortuoso estrecho de Magallanes, próximo a la estrella Canopo, dirigirá la proa al otro lado de nuestro creído continente, que ocupa mis primeras Décadas, enviadas a tu tío Ascanio y a los Pontífices León y Adriano, y por la zona de Capricornio regresará al ecuador, y en ese espacio encontrará un número innumerable de islas situadas en aquella inmensidad del mar.

Mas oye en qué fundamos nuestra esperanza de grandes riquezas. La flota de Magallanes, cuando hubo pasado con tanta desdicha de la gente el buscado estrecho, dejando a derecha e izquierda las islas que encontraba, y viéndolas todas de lejos, dirigía siempre la mirada y las proas a las Malucas; todo su empeño era dar con ellas. Explorando de paso lo que producían cada una de las otras islas, pasaban rápidamente: aunque en muchas tomaba tierra por hacer aguada y leña, y adquirir por cambio de cosas lo necesario para comer, sin embargo, se detenía poco, y en aquel breve tiempo se informaba lo mejor que podía, por señas y gestos, acerca de los productos de cada isla que visitaba, y supo que en alguna parte las arenas van mezcladas de mucho oro, y decía que en otras partes se cría el arbusto de riquísima canela, que es parecido al granado, de cuyas preciosas cortezas obtuve yo pedazos, como lo saben Maino y Gilino.

De perlas grandes y de otras piedras preciosas, oyó cosas que no eran para olvidadas. Se proponía dejar para otro tiempo más favorable la investigación de aquellas islas, anhelando sólo las Malucas con la boca abierta y respiración jadeante; pero cuando se proponía grandes cosas, la mala suerte le hizo morir a manos de gente bárbara casi desnuda, según se ha dicho en su lugar.

Si, pues, de camino en la citada navegación, que nunca llevó a cabo linaje alguno de hombres, adquiría tales noticias sobre la excelencia de aquellas islas, ¿qué no deberemos esperar del comercio que se haga con aquellos insulares estando allí de asiento? Pues se les ha de tratar benévolamente, y sin violencia ni injuria ninguna se ha de comerciar, y se les ganará la voluntad con halagos y regalos; pues los diez mil ducados que Caboto ha de recibir de sus socios se emplearán en comprar provisiones para dos años y en pagar su haber a ciento cincuenta hombres; el resto se echará en mercancías que se conozca han de gustar a los isleños, a fin de que den con gusto, a cambio de cosas nuestras que ellos no conocen, lo que se cría naturalmente entre ellos y lo estiman poco, pues no conocen el uso pestífero del dinero, y en cualquier nación se tiene por precioso lo que es de lejanas tierras.

Cuando hayan explorado y reconocido con prudente diligencia las islas, irán costeando todo el lado austral de nuestro creído continente y arribarán a las colonias de Panamá y Natán, levantadas en aquellas costas y límites de Castilla del Oro. Después, quienquiera que entonces sea Gobernador de la provincia de aquel continente, llamado Castilla del Oro, nos comunicará lo que suceda; pues se piensa en cambiar a la mayor parte de los Gobernadores, no sea que con la larga costumbre de mandar se insolenten: en particular a los que no hayan sido conquistadores de las provincias, pues tocante a estos capitanes se tiene en cuenta otra razón.

Pediremos a Dios que todo salga fausta y felizmente cuando sepamos que ha zarpado la armada.

LIBRO VII.

1.
Sobre conservar las Molucas. De la fuente que rejuvenece. Testimonios fehacientes. Razones en contra. Conjeturas en pro.

Pero antes partirá otra armada a las Molucas para mantener la posesión tomada, y no obstará el haber admitido por cuñado al rey de Portugal, a quien el César le ha dado por esposa a Catalina, hermana póstuma de padre y madre, muy elegante, de diecisiete años, la más hermosa y discreta de las doncellas. Es vano rumor del vulgo que el César haya convenido con el rey de Portugal en darle, so color de dote, tan inmensa y pingüe finca, por más que se queja (el portugués) de que si se le impide aquel comercio va a ser mucho perjuicio para él y una ruina para su pequeño reino, que un día fue condado de Castilla. Además el César, que es prudentísimo, tiene buen cuidado de que no se les haga tan grande agravio a los reinos de Castilla, que es a quien el asunto interesa y son el nervio principal de todo su poder. Bastante hemos divagado con las Yucayas, Chicora, Duhare, los trópicos, el equinoccio y demás.

Contemos ahora fuera del orden unas pocas cosas que Gilino afirma que agradarán. Comencemos por un portento muy notable de la naturaleza, acerca del cual primero explicaré lo que se cuenta, después lo que opinan los filósofos acerca de ello, y por fin lo que a mí se me ocurre en mis cortos alcances, como tengo costumbre de hacerlo en cualesquier puntos difíciles de creer.

En mis primeras Décadas, que, corren impresas por el mundo, se dio noticia de una fuente que dicen tiene tal virtud oculta que, usando su agua bebida y en baños, hace rejuvenecer a los ancianos. Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré a dar cuenta y consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de suma autoridad; pues ni Aristóteles escribió de la naturaleza de los animales lo que él hubiera visto, sino lo que únicamente le contó Alejandro Macedonio, a quien con muchísimo gasto envió a investigar esas cosas, ni tampoco Plinio anotó veintidós mil cosas notables sino apoyándose en lo que otros habían dicho y escrito.

Los que yo cito, a más de cartas de ausentes y lo dicho de viva voz por los que van y vienen frecuentemente, son el Deán aquel, y el senador Ayllón, jurisconsulto que se han mencionado, y el tercero el licenciado Figueroa, enviado a la Española de presidente del Senado y para que pidiera cuentas de su administración a todos los empleados, y a su arbitrio enderezara lo torcido, fomentara lo que fuera derecho, auxiliara a los buenos y castigara a los malos.

Los tres declaran unánimes que han oído lo de la fuente que restaura el vigor, y creyeron en parte a los que lo contaban. Dicen que ellos no lo vieron ni lo comprobaron con ningún experimento, porque los habitantes de aquella tierra Florida tenían las uñas muy afiladas, y eran acérrimos defensores de sus derechos; no quieren ver huéspedes, y menos de éstos que tratan de quitarles la libertad y ocupar su suelo patrio. Pasando en flotas desde la Española y con viaje más corto desde Cuba, se propusieron varias veces los españoles sojuzgarlos y establecerse en sus costas; pero cuantas veces acometieron esa empresa, otras tantas fueron rechazados, derrotados y muertos por los indígenas, que, aunque van desnudos, pelean con muchas clases de armas arrojadizas y con flechas envenenadas. De esto puso el Deán un ejemplo.

Tienen de criado a un yucayo que se llama Andrés Barbudo, porque, entre sus *(conterráneos)* imberbes, él salió con barbas. Se dice que éste nació de padre ya muy anciano. Desde su isla natal, cercana de la región Florida, atraído por la fama de aquella fuente y por el anhelo de alargar la vida, preparando lo necesario para el viaje, al modo que los nuestros por recobrar la salud van de Roma o

de Nápoles a los baños de Puteoli, marchó a tomar la deseada agua de aquella fuente; fue, se detuvo allí, bañándose y bebiendo el agua muchos días con los remedios establecidos por los bañeros, y se cuenta que se fue a su casa con fuerzas viriles, e hizo todos los oficios de varón, y que se casó otra vez y tuvo hijos; este hijo suyo pone por testigos de ello a muchos de los que fueron traídos de su patria, Yucaya, los cuales afirman que vieron a aquel hombre ya casi decrépito, y después rejuvenecido y con fuerzas y vigor corporal.

Yo no ignoro que estas cosas van contra la opinión de todos los filósofos, los cuales juzgan que no es posible el regreso de la privación al hábito. Los vapores acuoso y aéreo del humor radical se han perdido, o por lo menos disminuido en el anciano, lo confieso; pero al hombre de tierra que se ve dominado del frío seco, le es dado convertir la sustancia de cualquier comida y bebida en su naturaleza tétrica y triste. Yo no concedo que aquel hábito perdido cuando languidece el calor natural se perturbe hasta corromperse; por eso, el que no se atreve a creer cosa ninguna más que lo probable y acostumbrado, preguntará cómo pueda suceder lo que aquéllos dicen.

Así, pues, entre las afirmaciones de ellos y los argumentos fuertes de los antiguos sabios, vacilando yo sobre si es posible que, aparte de los milagros divinos, tenga la naturaleza tanta virtud, no apoyándome en las medicinas de Medea, con las cuales fingen los griegos que rejuveneció a su suegro Eson, ni en los versos de Circe con que cambió en animales a los compañeros de Ulises y los volvió, sino enseñado con ejemplos de animales brutos; me propongo argumentar sobre este asunto tan insólito e imposible a juicio de muchos, para que no formemos juicio de que hombres tan graves hablaron enteramente sin fundamento.

Primeramente leemos de águilas que se renuevan, también de culebras que echando la piel vieja entre los espinos o estrechas hendeduras de las rocas o peñas, dejando allí el despojo rejuvenecen; de los ciervos que, absorbiendo por las narices el áspid oculto durante el invierno entre las tapias o los límites de las cercas y mucho tiempo buscado, enterneciéndose por la fuerza del veneno con la blandura de carne cocida, y cambiando totalmente la piel antigua, toma nueva carne y nueva sangre, si es verdad lo que se cuenta. Dígase lo mismo de las cornejas y cuervos, que se abstienen de beber en verano hacia el solsticio, durante los abrasadores vientos de la canícula, porque saben por natural instinto que en aquellos días son insalubres las aguas de las fuentes, y luego de los ríos que brotan del útero de la tierra, entonces menstruante.

¿Qué diremos asimismo de ciertas otras cosas, de las cuales autores no vulgares han dejado escrito mucho para la posteridad? Si esto es verdad, si la naturaleza, artífice maravillosa, se complace en mostrarse generosa y con tanto poder en las cosas mudas que no comprenden su excelencia, como en ingratos animales, ¿qué maravilla será que engendre y críe algo semejante en su seno tan variamente fecundo en lo que es más excelente *(en el hombre)*?

Vemos que se producen efectos varios por las propiedades de las aguas que corren por varias hendeduras de la tierra, y de allí sacan varios colores, olores, sabores, cualidades y también pesos; y no menos manifiesto es que a cada paso se curan varias enfermedades con varias raíces, troncos, hojas, flores y frutos de árboles; y cuando falta, o diré más propiamente, cuando está exuberante la pituita, se reproduce la suprimida bilis, y, por el contrario, cuando se echa a perder la sangre buena, se encuentra modo de purificarla disminuyéndola con jugo de flores o hierbas, o comiéndolas, o con baños y medicinas a propósito, y así al que está enfermo por depresión de humores, se le da la salud con sacudidas.

Si, pues, en esto suceden tales cosas, como es manifiesto, ¿por qué hemos de maravillarnos de que la próvida madre naturaleza, para comprimir aquella parte terrestre, cualquiera que sea el humor radical, que fomente algo, de modo que, restituyendo los vapores acuoso y aéreo, se renueve en la sangre el entorpecido calor natural, con cuya renovación se temple también la torpeza y pesadez, y con la restauración de todo esto la vieja casa se restaure con ayuda de tales adminículos? Así, pues, yo no me maravillaría de que las aguas de la tan asendereada fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros, de templar el entristecimiento aquel restaurando las fuerzas.

2.

Penalidades para remozarse. Se responde a una objeción. Una fuente de pez. Una mina de piedras esféricas.

No piense Vuestra Excelencia que esto se adquiere con comodidad, o que se tiene que hacer sin tormento y espacio de tiempo, y sin ayunos y abstinencia de comidas agradables y de bebida, y tomando líquidos que saben mal al paladar. Los que desean alargar la vida pasan también sus dificultades, como los que van en busca de baños y los que desean verse libres de la molesta enfermedad de las pupas, que muchos piensan ser elefantina. Pues éstos, con motivo de tomar *(el agua de)* la madera común en la Española, que se llama guayacán, por espacio de treinta días se abstienen de todas las comidas y bebidas acostumbradas, y con semejante ayuno les dejan los médicos tan débiles que a mí me parece que se pueden quitar mil géneros de enfermedades sin beber el cocimiento de guayacán, único que usan durante todo aquel tiempo.

Ahora responderé a una objeción tácita, que a primera vista parece legítima. Dijeron algunos: no solamente no hemos visto jamás, ni hemos oído a ningún hombre que haya obtenido aquella dote de la naturaleza, sino que a cada paso vemos que los ciervos, culebras, águilas y demás animales semejantes, que a juicio de los sabios alejan la vejez, a los pocos años se mueren.

Y en verdad que no va fuera de propósito el argumento en que se apoyan. A éstos les digo yo que, así como a pocos hombres les ha sido dado ingenio perspicaz, o comprender lo que es sabiduría, así tampoco a todas las águilas, ciervos, cornejas y culebras les ha sido permitido penetrar el conocimiento de este arcano, pues los brutos tienen vario sentido de las cosas, como sucede en los hombres; y si conocen el arcano no pueden gozar de él, porque, teniendo presentes los tormentos pasados y las incomodidades de la larga vida, les espanta, y no cuidan de volver muchas veces a la misma tienda a comprar la misma mercancía. A los cuadrúpedos y aves de esta clase debe serles duro sufrir reiteradamente tantos fríos en invierno, tales ardores del sol en verano, y frecuentes faltas de alimento; pero más horrible al hombre por las sobreañadidas molestias del espíritu, que no tienen los animales, y mil desgracias a que está expuesto en las varias vicisitudes de las cosas humanas, por cuya causa a muchos les pesa el haber nacido, cuanto más no han de desear más largos años de vida entre las penas del fuego y del agua.

Los que anhelan más altos escalones en la rueda de la fortuna, roen con más amargura esta vianda; y así, la próvida naturaleza, por don especial, ha puesto un término a la vida de los hombres, no sea que con el demasiado vivir se insolenten, o caídos en la adversidad se desesperen, y por lo mismo la maldigan. Y si algunos, con las artes sobredichas de indagar sus secretos y practicarlos, engañaron tal vez a la naturaleza y supieron alargar la vida, deberá creerse que lo han logrado pocos, y esos pocos no con tanta ventaja que puedan hacerse inmortales, o se les permita disfrutar tan insólita prerrogativa por mucho tiempo.

Bastante y de sobra hemos divagado con esta discusión. De aquí tome o deje cada uno lo que le acomode; pues estos escritos míos, tales cuales son, tienen que marchar de seguida a Roma con el nombre de Vuestra Excelencia para complacer a varones insignes que me los piden.

Contemos algunas otras cosas que, aunque no son imposibles de creer, sin embargo son admirables, porque no las sabe ningún europeo, ni ningún habitante del mundo hasta ahora conocido. En la isla Fernandina, que es Cuba, mana una fuente de agua de pez. Hemos visto la pez, que se la han traído al César: es más blanda que la pez de árbol, pero a propósito para imprimar y embrear los cascos de las naves, y para los demás usos acostumbrados.

Vacilando yo también un poco, por lo nuevo de la cosa, cuando en otra diferente tenemos a mano un hecho semejante, dejo de maravillarme. Dejando a un lado la sal de roca, de pozo o de mar, si las aguas que corren por alguna parte por los valles, como sucede en todos los reinos de Castilla, reteniéndolas en eras se convierten en sal cuajada por el calor ardiente del sol, ¿quién se maravillará de que, por igual designio de la naturaleza, con las aguas de aquella fuente, llevadas por

los aluviones a algunas cavernillas y receptáculos fuera del álveo del propio arroyo que corre, y vueltas a lo llano, pueda suceder igualmente que, sometidas a un sol muy fuerte, se condensen en pez y se endurezcan?

Otra cosa hay que no debe omitirse. En la propia isla Fernandina hay un monte que cría globos de piedra tan redondos, que ningún artífice podría redondearlos más; pesan como el metal, y valen para saciar la insana rabia de los príncipes en la guerra. Aquel licenciado Figueroa, que dije fue nombrado Presidente de todos los magistrados de la Española para que les pidiera cuenta de la administración de justicia, trajo varios: vi todos los que se le ofrecieron al César. El monte aquel cría esas pelotas, desde las balas de escopeta hasta las propias de cañones y culebrinas. Uso palabras vulgares *(escribiendo en latín)* cuando no las tiene la antigua lengua latina, y séame permitido poner cubierta nueva a lo nuevo que sale a luz, con permiso de los que no lo dan: quiero que me entiendan. Los que él trajo y nosotros vimos, ni eran menores que una avellana, ni mayores que una pelota pequeña de jugar; pero dice que se crían allí naturalmente mayores y menores.

Con el fin de averiguar si la materia de aquella piedra está mezclada con algún metal, le dimos una a un herrero para que la rompiera: y es tanta su dureza, que casi le estropeó juntamente al herrero el martillo y el yunque antes que hacerse pedazos. Una vez partida, juzgaron que tenía venas de metal: mas de qué metal fueran, ya no lo investigaron. Estas pelotas se guardan también en el depósito del César.

Otras cosas no desagradables se me han ocurrido: me parece que no dejarán de agradar a Vuestra Excelencia ni a sus cortesanos amantes de leer, y en particular a los desocupados.

LIBRO VIII.

1.
Cueva misteriosa. Vegetales medicinales.
Más sobre el pez pescador. Y sobre la isla de amazonas.

En las primeras Décadas se hizo mención de una cueva grande del mar que hay en la Española en la región Guacayarima, que se extiende algunos estadios dentro de altas montañas mirando al Occidente: ahora se navega por dentro de aquella cueva. En su último rincón, obscuro porque los rayos del sol aun en su ocaso apenas penetran por sus entradas, dicen con horror los que entraron, que les hacía temblar las entrañas el formidable estrépito de las aguas que caen desde alto a la cueva.

Es gracioso oír lo que los indígenas creen acerca del misterio de aquel antro, según se lo han transmitido sus antepasados. Piensan que la isla tiene espíritu vital, y que aspira y respira, y come y digiere cual vivo animal monstruoso de sexo femenino. Juzgan que la caverna de aquel antro es la natura femenina de la isla y el ano por donde expele sus excrementos y echa sus inmundicias: prueba es el nombre que la región tiene de la cueva, pues *guaca* es región o cercanía, y *yarima* es ano, o lugar de limpiar.

Cuando oigo estas cosas, me acuerdo de lo que creía la ruda antigüedad acerca del fabuloso Demogorgón, que respiraba en el útero del mundo, y así causaba el flujo y reflujo del mar. Con estas cosas fabulosas mezclemos algunas verdaderas.

Cuán feliz es por varios conceptos la Española, y cuán feraz de muchas cosas preciosas, lo dije muchas veces en mis *(libros)* anteriores a Ascanio y a los Pontífices León y Adriano: encuentran en ella gran variedad de materias medicinales, cada día más.

Del árbol de cuyos troncos, cortados y reducidos a polvo, cociéndolos se hace una bebida para quitar de los huesos y las médulas la infeliz enfermedad de las pupas, por una parte yo he dicho bastante, y, por otra parte, los pedazos de esa madera que corren por toda Europa hacen formar juicio. Cría también innumerables especies de cosas aromáticas, así hierbas como árboles, y abundancia y variedad de goma destilada, en cuyo número está la que los boticarios llaman eneldo, conveniente para aliviar la pesadez de cabeza y los vértigos. También el licor mahate de ciertos árboles, casi aceitoso. Cierto italiano sabio llamado Codro, que para investigar las cualidades de las cosas recorrió aquellos lugares con permiso que obtuvo (pues de otra manera no puede hacerlo ningún extranjero), persuadió a los españoles de que aquel licor tiene la virtud del bálsamo.

Ahora repitamos algo acerca del pez cazador, que me incomodó un poco en alguna ocasión. En los primeros libros de las Décadas a Ascanio, no me equivoco, entre otras cosas admirables por lo nuevas y desusadas, dije que los indígenas tenían un pez que cazaba los otros peces. Al modo que nosotros cogemos al cuadrúpedo con otro cuadrúpedo y las aves con otras aves, así ellos se acostumbraron a coger unos peces con otros.

Riéronse de mí en Roma, sobre esto y otras varias cosas semejantes los que tienen propensión a la maledicencia, en tiempo del Papa León, hasta que, regresando allá de su legación de catorce años en España, por los Pontífices Julio y León, Juan Rufo de Forli, arzobispo de Cosenza, que conocía cuanto yo escribía, les tapó la boca a muchos con su testimonio en auxilio de mi buena fama.

También a mí al principio me pareció duro de creer. Por eso investigué de los antedichos varones autorizados y de otros muchos qué es lo que hay de ese pez, y dicen que eso lo vieron en los pescadores como cosa tan común como lo es entre nosotros el perseguir las liebres con galgos, o

al jabalí estrechado entre cercas con mastines, y que ese pez es sabroso de comer; y teniendo la figura de anguila, y no siendo mayor, se atreve a embestir a los peces más grandes y a las tortugas mayores que un escudo, al modo que la comadreja embiste a la paloma y a otro animal más grande si puede llegar a él, y saltando sobre la cerviz lo acosa hasta matarlo.

Este pez los pescadores lo tienen atado con una cuerda en el casco de su lancha: el pez está poco distante del casco para no ver el fulgor del aire, que no sufre de modo alguno. Y lo que es más admirable: tiene en el colodrillo una bolsa tenacísima, con la cual, así que ha visto nadando cerca de sí otro pez, con su movimiento da la señal de coger la presa; alargándole la cuerda cual perro suelto de la cadena, se echa sobre la presa, y, volviendo el occipucio, echa la bolsa aquella de piel a la cabeza y salta sobre la presa si es un pez grande; pero si es enorme tortuga, *(la agarra)* donde se deja ver fuera de la concha, y no la suelta jamás hasta que, tirando poco a poco de la cuerda, le arriman al lado de la lancha. Entonces los pescadores, si es un pez grande (que de los pequeños no cuidan), echándole garfios tenaces le matan; después le acercan hasta que vea el aire, y entonces suelta la presa; pero si es una tortuga se tiran al mar los pescadores *(indios)*, y en hombros la levantan hasta que sus compañeros la agarran con las manos.

Una vez suelta la presa, el pez se vuelve a su sitio, y allí permanece fijo hasta que le dan de comer de la presa, como al halcón de la codorniz cogida, o hasta que otra vez le suelten para cazar. De cómo los cría el amo, se dijo bastante en su lugar. Los españoles llaman a aquel pez revuelto *(reversum),* porque embiste a la presa y la coge con su bolsa de piel, revolviéndose.

Mas acerca de la isla Matininó, de la cual no dije yo, sino que referí haber oído, que la habitan mujeres solas a estilo de amazonas, lo dejan en duda estos testigos, como yo entonces; sin embargo, Alfonso Argollo, secretario del César para las cosas de Castilla y cuestor para recaudar aquí las rentas de la Ilustrísima Margarita, tía del César, el cual ha recorrido aquellas regiones, afirma que es historia y no fábula. Yo doy lo que me dan.

2.
Isla abundante de sal y de peces. Aguas de río medicinales. Sitios de mucha pesca. Onocrótalos.

El Deán aquel me refirió otras cosas no indignas de saberse y confirmadas por otros muchos. Hay una isla que dista de la Española como setecientas leguas, próxima al continente, llamada Margarita por cogerse allí perlas de las conchas en número muy grande; dista de la Margarita treinta millas un golfo del continente con figura de arco como la luna menguante o la herradura de las mulas. Los españoles llaman a este golfo *anchón*.

Tiene de circuito unas treinta millas, y le distinguen dos cualidades que tiene. Toda la parte de su playa que se baña con el flujo o las procelosas tempestades, está llena de sal; pero en todas aquellas regiones que miran al Septentrión, hay poco flujo y reflujo: en las meridionales, al revés.

La otra cualidad es de peces, principalmente los róbalos y mujoles. Se junta en aquel golfo tal muchedumbre, que las naves no pueden navegar en él fácilmente por las grandes bandadas, que, dando en ellos las proas, se retardan: los pescadores, extendiendo las redes, con fácil impulso echan la bandada a la orilla. Allí hay tres clases de ayudantes: los que a pie, metidos en el agua de la playa hasta la rodilla, cogen a mano los pescados y se los dan a los que, dentro de la nave, los abren y destripan; éstos se los tiran a la mano a la tercera clase de compañeros, que salan el pescado con la sal que con este fin han recogido en la playa. Así salados, los extienden al sol en la llanura arenosa, y en un solo día se curan. Porque allí tienen mucho ardor los rayos del sol, ya porque están próximos al equinoccio y rodeada de montes la planicie, a la cual caen rodando los rayos, ya porque naturalmente el sol, dando en la arena, la calienta más que no a la tierra de meollo. Cuando se han secado, los cogen hasta llenar la nave. De la sal lo mismo: le es lícito a cualquiera cargar las naves

de ambos productos. Llenan toda la comarca de aquellos peces; la misma Española, madre común de aquellas tierras, apenas usa otro pescado salado, en particular de aquella clase.

Acerca de las perlas, cómo se crían y crecen y se cogen, se ha explicado latísimamente en las primeras Décadas. Los mismos varones graves que trato frecuentemente en mi casa con motivo de los negocios que tienen en nuestro Senado, dicen que hay en la Española, en la ciudad episcopal de la Concepción, dos ríos pequeños, vadeables cuando no hay aluviones repentinos de lluvias extraordinarias, de los cuales el uno se llama Baho y el otro Zate, guardándoles los antiguos nombres de la tierra. Ahora los españoles, por las dotes que diré, al sitio donde se juntan le llaman confluencia.

De tanta distancia de mar como hay desde el estrecho gaditano hasta el principio de la Española, que son, poco más o menos, cinco mil millas de mar, que se navegan sin ver más que cielo y agua, por el cambio también de las comidas y las bebidas, y en particular del aire, por estar la Española y Jamaica muchos grados más allá del trópico de Cáncer, hacia el equinoccio y Cuba, en la misma línea del trópico, que casi todos los filósofos juzgaron inhabitable y tostada por el sol, dicen éstos que los recién idos caen por lo regular en varias enfermedades. Y cuentan que si van a las aguas de los ríos Baho y Zate, ya mezcladas en un álveo, bebiéndolas y lavándose en ellas, quedan limpios en el solo espacio de quince días, y dentro de otros tantos se curan de los dolores de nervios y médulas, y que también han sanado los que se consumían de fiebres y los que padecían tumor en los pulmones; pero que si se empeñaban en bañarse o usar de aquellas aguas por más tiempo, les entraba disentería.

Por eso los que se dedican a recoger oro de sus arenas, pues no hay río que no lo tenga, ni tampoco parte alguna de tierra, se atreven a hacer bañar en el álveo de aquellos ríos a los operarios hacia el medio día, y no les permiten beber aquellas aguas, aunque sean dulces y de buen gusto, porque fácilmente causan la disentería, principalmente en los que están buenos.

Dicen los mismos que en la punta septentrional de Guacayarima de la región española, en corto trecho hay muchas islas de pequeño ámbito, que piensan estuvieron juntas en otro tiempo. Una de éstas se aventaja a las demás como excelente pescadería, y se llama Jabaque, con acento en la penúltima sílaba. Por algunas partes se puede vadear el mar entre aquellas islas, pero de trecho en trecho hay pozos profundos, y vastos y frecuentes remolinos. Cuentan que los pozos están llenos todo el año de varias clases de peces, que se juntan como en un refugio seguro: como en la era puede el amo barrer el trigo amontonado, así dicen que pueden con poco trabajo llenar de peces las naves los que a eso van.

Es gracioso oír lo que cuentan de ciertas aves marinas, mayores que águilas y buitres; por lo que dicen, conjeturo que son los voraces onocrótalos, pues dicen que tienen una garganta muy ancha, tanto que a la vista de todos se tragó sin romperlo medio capote con que se cubría un soldado, que se lo tiró al ave cuando ésta le embestía con rabioso chillido, y después que la mataron se lo sacaron del buche sin que lo hubiera roto. Dicen que de un bocado se tragó vivos peces de cinco libras o más.

Y como se alimentan de peces, no es fuera de propósito decir cómo cogen su presa nadando ésta bajo las aguas del mar, aunque ellos no se sumergen como otras aves marítimas, patos, ánades y cuervos marinos. Elevándose a lo alto, a modo de milanos y alcotanes, dan vueltas en el aire y esperan que el pez salga a la orilla; al resplandor del aire, vuela alrededor gran bandada, y a veces se tiran a la presa muchos de una vez con rapidísimo descenso, de modo que el mar mismo se abre en espacio de medio brazo. Con aquel estruendo se queda atontado el pez y se deja coger. Las más veces cogen un pez grande entre dos compañeras: entonces da gusto ver desde las naves, si las hay, o desde la playa, cómo riñen; ninguna suelta la presa, hasta que, partida en pedazos, cada una se lleva el suyo.

Dicen que esa ave tiene palmo y medio de pico, más encorvado que el de cualquier otra ave de rapiña, y el cuello muy largo, y las alas más largas que el águila o el buitre, pero que es tan flaca

que apenas tiene tanta carne como las palomas. Por eso, para sostener el gran peso de su ancho buche, la próvida naturaleza le ha dado grandes alas, puesto que no eran menester para llevar el ligero cuerpo. A estas aves les llaman los españoles alcatraces.

Abundan además en aquellas regiones otras muchas aves que nosotros no conocemos, y en particular loros de varios colores y tamaños, como gallos, y mayores, y otros menores que pajaritos, y no son menos comunes allí las bandadas de loros que entre nosotros las codornices y grajos. También ellos comúnmente comen tordos y tórtolas como nosotros, y en las casas crían por gusto papagayos en vez de jilgueros y picazas.

También hay otro don de la naturaleza que no es para callado.

LIBRO IX.

1.
Abundancia de anguilas. Precocidad de animales. Árbol de la canela. Plátanos.

Hay en la Española una colonia con puerto, que se llama Zavana porque está en una planicie pantanosa y de mucha hierba, a propósito para criar bueyes y caballos, pues los españoles llaman sabana a semejante llanura. La colonia tiene un buen río: en ciertas temporadas del año recibe en su álveo tantas aguas llovedizas que se llena toda la llanura, y eso que es anchísima, por estorbar los collados y los límites de ella que las aguas corran libremente al puerto.

Aquel aluvión arrastra semejante cantidad de anguilas que, cuando el río vuelve a su cauce entre las algas palustres y la espesura de las cañas que allí nacen naturalmente, se quedan las anguilas en seco como enzarzadas. Al saber esto los marineros, si alguna vez les plugo ir en tiempo oportuno, con consentimiento de los vecinos pudieron cargar las naves de esa pesca; pero si adelantándose la inundación, como muchas veces acontece por la varia disposición del cielo, retardaron el ir a buscar las anguilas, o si no teniendo paciencia para esperar por haber ido antes pensaron en marcharse, para que la abundancia exuberante de anguilas pudriéndose no corrompa el aire, echan al llano las piaras de cerdos y dan opíparo convite a los marranos, de que hay multitud increíble en las islas de los pocos que se llevaron de aquí.

Por la naturaleza de aquel clima, todos los cuadrúpedos o están preñados o lactando todo el año, y no es raro que hagan ambas cosas a la vez: las becerras y las pollinas conciben a los diez meses, y frecuentemente paren dos de una vez; y que viven más tiempo que en otras partes con el aire de nuestros climas, lo prueban con un ejemplo. El Deán arriba nombrado llevó a la Española, hace veintiséis años, una vaca que aún vive y pare cada año, según testimonio de los vecinos, y en mi presencia se ha jactado (pues está todavía entre nosotros) que con los nietos de la tal vaca sola y la prole sucesiva juntó un rebaño de más de ochocientas cabezas; de todas las aves cuentan lo mismo, que apenas salidas del nido se hacen adultas y tienden a engendrar nueva prole.

También merece otra alabanza entre los colonos de la episcopal de la Concepción, que es la sede de su deanato, y es que fue de los primeros que sembraron el árbol de la canela, aunque con semillas lo hizo antes otro, y después él por medio de plantaciones; y es tanta ya la abundancia de esos árboles, de grandes como el moral, en la Española, Cuba y Jamaica (cuya mitra abacial hace poco que me dio el César con suma benignidad), que opinamos que de aquí a pocos años una libra ha de valer lo mismo que ahora nos llevan por una onza los farmacéuticos. Pero en las cosas humanas no nace nunca el regaliz sin que vaya junto algo de cizaña. Al olor de estos árboles acuden tantas hormigas, que se comen cuanto se siembra junto a ellos y en sus cercanías, y ya ocasionan a los colonos graves molestias.

De las bellotas de este árbol y de lo largo de sus vainas, se refieren cosas sabrosas. Al soplar los vientos, principalmente cuando maduran, es tal el choque de ellas, que parece que hay bandadas de patos y ánades graznando entre aquellos árboles. Cuentan que de este choque, según que el jugo esté verde o maduro, y según lo que pesa en la bellota la almendra y la médula, se producen varias modulaciones de sonidos no desagradables.

Acerca del árbol, que yo mejor llamaría col porque es como un cardo esponjoso, no sólido aunque se hace tan alto como el laurel, hay que repetir muchas cosas: en las primeras Décadas se hizo mención de él. Los que lo disfrutan le llaman plátano, aunque se diferencia muchísimo del plátano, y no tiene parentesco ninguno con él: como que el plátano es un árbol sólido y ramoso, más

frondoso que los demás árboles, estéril, alto, recio, vivaz, como es de creer que Vuestra Excelencia lo habrá oído alguna vez; pero este otro, conforme lo he dicho, es casi inútil aunque da fruta, poco frondoso, muere cada año *(hebes),* es frágil, tiene sólo un tallo, sin ramas, echa pocas hojas, que de largas tienen cuando más brazo y medio, y de anchas dos palmos, agudas por abajo y muy parecidas a las hojas de la caña.

Cuando por el frío del invierno se ponen lánguidas, inclinan la cabeza, y por su propio peso miran a la tierra; es tan pródigo este árbol de su vida vegetal, que a los nueve meses, o cuando más a los diez de haber nacido, se pasa, envejece y muere. Crece de repente, y cuando es adulto cría pocos racimos de su seno. Cada racimo procrea treinta frutas, y a veces algunas más: éstas tienen en las islas la figura y el tamaño de un cohombro cortado; en el continente crían más grandes racimos y crecen más. Antes de sazonar son verdes: cuando maduran se ponen blancos. La pulpa se asemeja mucho a la manteca fresca en lo blanda y en el sabor. La primera vez que se prueba no agrada, pero a los que se han acostumbrado les sabe muy bien.

El vulgo de Egipto charla que ésta es la fruta de nuestro primer padre Adán con que manchó al género humano. Los extranjeros traficantes en inútiles aromas y perfumes y olores de la Arabia que afeminan, y en inútiles perlas, que fueron a aquellas tierras en busca de ganancias, llaman a esas frutas musas; pero a mí no se me ocurre con qué nombre pueda llamar en latín a ese árbol o col. He consultado varios autores latinos, y entre los modernos los que se tienen por latinísimos: ninguno me da norma. Plinio hace mención de cierta fruta que llaman *mixa*; cierto literato no mediocre dice que debe de llamarse *mixa*, porque esa palabra dista poco de *musa*. No me ha parecido bien, por cuanto Plinio afirma que de la *mixa* se hace vino; pero de ésta es un disparate decir que pueda hacerse.

Vi yo muchas de éstas, y comí no pocas en Alejandría de Egipto, cuando en nombre de mis reyes católicos, Fernando e Isabel, desempeñaba mi embajada para con el Sultán; yo no creo que de aquella pueda sacarse vino. Ahora contemos de dónde les fue esta fruta a los españoles que habitan en aquellas tierras, y por qué ya no les gusta.

Cuentan que primero la llevaron de aquella parte de la Etiopía que se dice vulgarmente Guinea, donde es común y nace espontáneamente. Una vez sembrada, se aumenta tanto, que muchos están arrepentidos de haberla plantado y criado en sus predios. Dondequiera que se siembra una vez, deja la tierra inútil para los demás productos, con perjuicio de la liberalidad de los altramuces, que benefician los campos: cría y extiende sus raíces con más fecundidad que la enredada grama o la piedra de una montaña, de suerte que el campo en que entra ya no se puede limpiar ni con arado ni con azadón, sin que, renaciendo perpetuamente de cualquier raicilla delgada y capilar oculta entre los terrones, vuelvan a pulular nuevos hijos, que cuando salen de hondo tronco de tal manera chupan a su madre viva que apuran toda su virtud y la matan antes de tiempo. Lo mismo les sucede después a los mismos hijos, como en castigo de la poca piedad filial que con su madre tuvieron, que en dando el fruto de seguida perecen. Es tan frágil, que, aun cuando se hace tan recia como el muslo de un hombre y tan alta como un laurel, según se ha dicho, con un golpe mediano de una espada o de un bastón se troncha cual planta de cañaheja o de cardo.

2.
Árboles sedosos. Utilidades del bejuco.
Plagas de mosquitos. Remedio en los cucuyos.

Hay en la Española, en el territorio del cacique Viejo, un árbol que se llama *mocarix*, cuyo nombre conserva todavía la región, y tiene el tamaño del moral copudo. En las puntas de las ramas cría algodón no menos útil que el de semillas que se siembra cada año. Otro árbol cría lana, como en la Escitia, buena para hilada y tejida; pero no la aprovechan porque ya la de carnero les es

inmensamente más ventajosa y no tienen operarios del arte de la lana hasta el día de hoy. Se aumentarán poco a poco las artes mecánicas a medida que crezcan los pueblos.

No debe omitirse cómo la naturaleza les suministra espontáneamente cuerdas y maromas. No hay apenas árbol de cuyas raíces no pulule cierta hierba parecida a la verbena: llamánla bejuco, y es como los altramuces. Trepa por el tronco del árbol que le sirve de madre, más fuertemente agarrada que la yedra. Cuando llega a las últimas puntas se vuelve y rodea al árbol madre con tantas vueltas, que le cubre a modo de capota o sombrilla y le defiende del demasiado calor. A propósito para atar cualesquier grandes costales y para llevar peso, así como para unir las vigas y junteras de las casas, dicen que sujetándolas con bejuco se mantienen más seguramente apretadas que clavándolas con clavos de hierro, porque ni se pudre nunca por la lluvia, ni se pone seco con las sales, y desgajándose un poco cede si la violencia de los huracanes conmueve la casa, pues las casas son de madera. Los indígenas llaman huracanes a los furiosos torbellinos de viento que solían arrancar de raíz grandes árboles, y muchas veces destruirles las casas. Las que estaban engalabernadas con clavos, saltando éstos, se desbarataban; pero las que estaban sujetas con nudosas ataduras de bejuco, en la sacudida no hacían más que vacilar, y luego volvían a su sitio, arreglando el engalaberno. Al principio de ocupar los nuestros la Española se veían muy molestados de estos furiosos huracanes.

Durante ellos, afirman que con frecuencia se dejaron ver los demonios del infierno, pero que cesó aquella horrenda calamidad desde que se presentó en la isla el sacramento de la Eucaristía, y que ya no volvieron a verse más los demonios, que solían aparecerse familiarmente a los antiguos, de noche. Por eso a semejanza de tales espectros hacían sus *zemes*, o sea simulacros adorables de madera, o de tela de algodón, rellena también de algodón hasta darle la dureza de la piedra, a la manera que los pintores dibujan vestiglos en las paredes para aterrorizar a los hombres y apartarlos de maldades. A tu tío Ascanio, cuando la fortuna era para él una madre, le envié con otras cosas dos *zemes* de los que trajo Colón, primer descubridor de los arcanos del océano.

Bejuco puede cualquiera cortar como a tajo cuantos brazados necesite para cualquier cosa que se le ocurra.

Atendamos ahora a otro beneficio admirable de la naturaleza. En la Española y en las otras islas del océano hay lugares pantanosos muy a propósito para apacentar rebaños. Las colonias levantadas en sus orillas se ven terriblemente atacadas de varias especies de mosquitos que cría aquel calor húmedo, y eso no solamente de noche como en las demás regiones; por eso los habitantes edifican las casas bajas, y dejan en ellas puertas pequeñas, por donde apenas puede entrar el amo, y sin agujeros para que no puedan entrar los mosquitos. Por lo mismo se abstienen también de encender teas, porque los mosquitos tienen instinto natural de ir a la luz, y, sin embargo, muchas veces encuentran por donde meterse.

La naturaleza envía aquella peste, y la misma da también el remedio. Así como a nosotros nos ha dado gatos para extirpar la fea raza de los ratones, les ha dado a ellos astutos cazadores de los mosquitos, que les son por varios títulos ventajosos: les llaman *cucuyos*. Estos son unos gusanos con alas, inocentes, poco más pequeños que los murciélagos. Yo les llamaría mejor una clase de escarabajos, porque en la misma disposición que ellos, debajo del ala que sirve de dura vaina, tienen otras alas que esconden debajo de aquélla cuando no vuelan.

A este animal, al modo que de noche vemos relucir las moscas nocturnas, y entre la espesura de las cercas a ciertos gusanos perezosos, la próvida madre naturaleza le dio cuatro espejos muy brillantes: dos en el sitio de los ojos, y dos en los ijares ocultos bajo la cascara, los cuales manifiesta cuando sacando sus alas finas, como lo hacen los escarabajos, se echa a volar, y así cada cucuyo lleva consigo cuatro luces. Pero da gusto oír de qué manera son remedio de un mal tan grande como es el verse acosado de los aguijones de los mosquitos, que en algunas partes son poco menores que las abejas.

El que advierte que tiene en su casa estos tan malos huéspedes (como son los mosquitos) o teme que se le entren, procura coger cucuyos, a los que engaña con esta industria inventada por la

admirable maestra la necesidad. El que necesita cucuyos, sale de casa en el primer crepúsculo de la noche llevando en la mano un tizón encendido; se sube a cualquier altura próxima donde puedan verle los cucuyos, y, llamándolos a voces, da vueltas al tizón gritando fuerte: *cucuyo, cucuyo*. Piensan sencillamente algunos que, gustándoles el sonido de la voz que les llama, acuden volando los cucuyos; mas yo creo que van al resplandor del tizón, porque a cualquier luz acude un enjambre de mosquitos, que los cucuyos se comen en el aire mismo, como los vencejos y las golondrinas.

Cuando ha venido el deseado número de cucuyos, el cazador suelta de la mano el tizón: a veces algún cucuyo se va tras el tizón y se deja caer al suelo. Entonces puede cogerle fácilmente el que lo necesita, como el caminante coge al escarabajo cuando lleva cerrada la cascara. Otros niegan que suelan cogerse así los cucuyos, sino que dicen que los que van a cazarlos tienen preparadas unas ramas muy frondosas, o anchas telas con las que le pegan al cucuyo cuando va volando alrededor, y le echan al suelo, donde caído está torpe y se deja coger, o, según otros dicen, cuando se deja caer echánle encima la dicha rama frondosa o la tela, y le cogen.

Como quiera que sea, el que ha ido a cazar el cucuyo, cuando ha cogido a este cazador se vuelve a su casa, y cerrando la portezuela de ella, le suelta. El cucuyo, volando precipitadamente, da vuelta a la casa en busca de mosquitos: debajo de las camas colgadizas y en torno de la cara de los que duermen, que suelen atacarla los mosquitos, parece que está de guardia para que puedan dormir los allí encerrados.

3.
De la luz que dan los cucuyos, y cómo se aprovechaba. Culebrillas malignas. Las amazonas.

Otra ventaja útil y graciosa y proviene de los cucuyos. Cuantos ojos abre cada cucuyo, tantas luces disfruta su huésped. A la luz del cucuyo, que va revoloteando, hilan, cosen y tejen los indígenas y tienen sus danzas: éstos creen que le gustan las armonías de los que cantan, y que él también ejecuta en el aire los movimientos de los que bailan; pero es que él, siguiendo las varias vueltas de los mosquitos, por necesidad describe muchos círculos volando arrebatadamente por comer.

También los nuestros leen y escriben a la luz, que brilla siempre en el cucuyo mientras tiene aquélla su regalada vianda; pero en habiendo apurado los mosquitos, o ahuyentádose ellos, él comienza a tener hambre y su luz va faltando; por eso cuando observan esto, abriéndole la portezuela, le dejan ir libre para que se busque la comida.

Por entretenimiento, o por hacer miedo a los que temen cualquiera sombra, cuentan que muchos maleantes a veces se frotan la cara de noche con la carnecilla de un cucuyo muerto para salir con la cara reluciente al encuentro de sus vecinos, que han expiado por dónde irían, como a veces entre nosotros los jóvenes traviesos, poniéndose una careta con la boca abierta y grandes dientes, procuran asustar a los niños o a las mujeres, que se espantan de poco, pues la cara restregada con la masa del cuerpo reluce cual llama de fuego; pero luego se debilita aquella virtud luminosa y se extingue, no siendo más que cierto humor luciente que hay en una poca materia.

Otra ventaja maravillosa se saca del cucuyo. Los isleños enviados de noche por los nuestros, caminan más a gusto atándose dos cucuyos en los pulgares de los pies; guiándose por su luz, andan tan bien como si llevaran consigo tantas candelas cuantas luces llevan descubiertas los cucuyos, y aun toman otro en la mano para buscar uthias de noche. Son las *uthias* cierta clase de conejos poco mayores que los ratones, y eran el único cuadrúpedo que conocían y comían hasta que llegaron los nuestros.

También pescan a la luz de los cucuyos, a la cual arte se dedican muchísimo, ejercitándose desde niños: de modo que al uno y el otro sexo lo mismo les da nadar que andar por tierra. Y no es

esto maravilla si se tiene en cuenta el parto de las mujeres, que cuando conocen que se cumple el tiempo de dar a luz se salen al bosque vecino, y allí, agarrando con ambas manos las ramas de algún árbol, paren sin auxilio de ninguna comadre; y corriendo, la misma madre lleva en brazos la criatura al próximo río. Allí, una y otra vez, ella misma se lava y lava al hijo, y lo restriega y le sumerge, y se vuelve a casa sin quejarse, sin hacer ruido, y le da de mamar. Después, todos los días, según costumbre, se lavan muchas veces y lavan al hijo. Esto lo hacen todas de igual manera. No falta quien diga que en algunas partes las que van a parir se van adonde hay agua, y allí esperan el parto, poniéndose en disposición *(cruribus apertis)* para que caiga al agua. Cuéntanse por muchos cosas varias respecto a esto.

Cuando poco antes de medio día estaba yo escribiendo esto del gracioso cucuyo, se me ha presentado de improviso, acompañado de Camilo Gilino, a quien tengo siempre en mi casa, ya porque es servidor de Vuecencia, ya porque me gustan sus costumbres, el portero de la cámara del César, Santiago Cañizares, que desde los primeros comienzos de estas cosas, con no pocos amigos jóvenes amantes de novedades, palaciegos de los reyes católicos Fernando e Isabel, había marchado con el propio Colón, cuando, obtenida la segunda armada de diecisiete naves, se fue a la empresa del océano, de la cual escribí con bastante extensión a Ascanio.

Éste *(Cañizares)*, durante la comida, contó muchas cosas en presencia de Gilino. Al ver que yo había hecho mención del cucuyo, dijo que vio el primero en cierta isla de los caníbales, entre las tinieblas de una noche oscurísima, cuando, habiendo desembarcado, estaban tendidos en la arena, un solo cucuyo que, saliendo del bosque próximo, relucía tanto sobre sus cabezas, que los compañeros podían verse y conocerse perfectamente unos a otros, y jura que podían leerse fácilmente las cartas con su luz. Lo mismo declara un varón de peso, ciudadano de Sevilla, que se llama P. Fernández de las Varas, uno de los primeros habitantes de la Española, y el primero que en ella edificó desde los cimientos una casa de piedra; afirma que leyó cartas muy largas a la luz del cucuyo.

Y no pasaré por alto lo que éste contó de unas pequeñas culebrillas delgadas y malísimas. De ellas refiere que se suben rápidamente a los árboles próximos a los caminos, y cuando advierten que va a pasar por allí algún caminante, con la cola se cuelgan de una rama, y soltándose de ella embisten al incauto pasajero y se le tiran a la cara para herirle en el ojo, y que no se propone herirle en otra parte más que donde el ojo brilla *(en la niña);* pero pocos incurren en esta desgracia, porque una larga experiencia les ha enseñado la cautela de pasar apartándose de los árboles sospechosos. Cuenta medio espantado, este varón distinguido, que se le tiró a él una, y que le habría herido si no hubiera sido que, avisado por un isleño que le acompañaba, levantó la mano izquierda contra el animal que se arrojaba. Dicen que es terrible su aguijón.

Añaden también éstos que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres que a flechazos defienden con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los caníbales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan a los hombres, y que a los niños *(que les nacen)* los echan fuera y se guardan las hembras, de lo cual hice mención en las primeras Décadas, y lo dije así como por fábula. Poco más arriba referí que el secretario Alfonso Argollo dijo lo mismo que Cañizares. Me he enterado muy bien de este punto, que se pasó cuando se hizo larga mención de los ritos de los isleños; pues ni el jinete salta a la meta de un solo salto del caballo, ni las naves cruzan todo el mar con un solo soplo de los vientos.

LIBRO X.

1.
Fiestas sagradas. Ayunos y oraciones. Ofrendas. Oráculos.

En los buenos tiempos de los caciques, en ciertos días mandaban por medio de enviados y pregoneros convocar a los súbditos de su territorio para celebrar las ceremonias sagradas. Ataviándose a su modo y pintándose con varios colores de hierbas, como leemos que lo hicieron en otro tiempo los agatirsos, acudían los hombres, y particularmente los jóvenes; pero las mujeres, desnudas, sin ningún género de teñido ni pintura si eran doncellas; las que habían admitido varón, se cubrían únicamente las ingles con enaguas. Uno y otro sexo se llenaban los brazos, muslos, pantorrillas y talones de cascaras ensartadas de ciertos caracoles, que a cualquier movimiento producen un ruido agradable. Se adornaban la cabeza con festones de flores de varias hierbas: en lo demás, iban también desnudas.

Así cargadas de caracoles, golpeando el suelo con los pies, bailando, cantando y danzando, saludaban con reverencia al cacique, el cual, sentado en el umbral de su puerta, recibía a los que iban llegando tocando con un plectro el atabal. Habiendo de hacer las ofrendas sagradas a su *zeme*, quiero decir, al simulacro, semejante a los manes infernales según se pintan, a fin de que purgados sean más agradables a la deidad, metiéndose en la garganta hasta la epiglotis, o digamos hasta la campanilla, la paleta que cada uno lleva siempre en la mano en tales días, vomitaban y evacuaban el estómago *(pompam)* hasta no dejar nada.

Después de eso se iban al palacio del cacique, y se sentaban todos delante del *zeme* regio en círculos a modo de teatro, como las revueltas de un laberinto. Con los pies doblados debajo de sí como los zapateros, se estaban sentados y mirando al *zeme* cabizbajos: casi temblando de reverencia y temor, le pedían que no le fueran desagradables los sacrificios que le iban a hacer. De seguida, con su acostumbrado murmullo, le exponían sus votos al dios. Asisten al *zeme* los *bobitos*, que son sacerdotes y médicos diferentemente arreglados que los demás.

Entretanto que esto se hacía en el palacio del cacique, en otra parte las mujeres timbaleras se ocupaban en la ofrenda de las tortas. Hecha la señal por los *bobitos*, ceñidas con guirnaldas de varias flores, danzando y cantando sus himnos, que llaman *areitos*, ofrecen tortas en canastos primorosamente labrados. Entrando, comenzaban a rodear a los que estaban sentados; éstos, levantándose como de un salto repentino, colmaban de maravillosas alabanzas al *zeme*, y referían cantando las hazañas de los antepasados del cacique. Después daban gracias al *zeme* por los beneficios que les había hecho, y le pedían humildemente que hiciera les salieran bien las cosas futuras. Por fin, cuando arrodillados ambos sexos ofrecían al dios las tortas, las santificaban recibiéndolas los *bobitos*, y las partían en tantos pedazos cuantos eran los hombres que allí se encontraban. Cada uno se llevaba intacta a su casa su partecilla, y la guardaba todo el año como cosa sagrada. Según se les persuadían los *bobitos*, pensaban que lo pasaría mal, y se vería expuesta a muchos peligros de fuego y huracanados torbellinos, la casa que careciera del tal pedacito.

Mas he aquí otra cosa no poco ridícula. Después de hechas las oblaciones, esperaban con la boca abierta respuestas de la deidad de madera o de algodón relleno, al modo que la sencilla antigüedad del oráculo de Apolo. Si engañados, o por el espíritu acaso incluido allí o por los *bobitos*, se figuraban que había salido del *zeme* alguna voz, que los *bobitos* interpretaban a su antojo, dando gritos en alabanza suya, salían contentos cantando y tañendo, y pasaban todo el día al raso jugando y danzando.

Pero si no, tristes y cabizbajos, salían juzgando que estaba irritado el *zeme*, y tomaban aquel su silencio por gran maravilla; temían por eso enfermedades y otros quebrantos, y, si amenazaba guerra, temblaban por sus infelices resultados. Uno y otro sexo, con el cabello tendido, suspirando y derramando muchas lágrimas, privándose de adornos salían, y con ayunos y abstinencia de cosas dulces se mortificaban hasta quedar extremadamente débiles, mientras no llegaran a entender que se habían reconciliado con el *zeme*. Así lo han contado Santiago Cañizares y sus compañeros de trabajos.

Si me preguntas, Príncipe Ilustrísimo, cuál es mi parecer, digo que a mi juicio los engañaban los *bobitos* sacerdotes y médicos con algún arte mágico o de embaucamiento. Pues son muy dados a los agüeros, y lo traen de sus mayores, a quien se aparecían frecuentemente los genios infernales y les imponían mandatos, como latamente se dijo en las primeras Décadas.

2.

Sacrificios humanos a Dabaiba. Capillas en palacio. Ayuno general. Trompetas y campanas. Pureza. El alma. Entierros inhumanos.

También en alguna parte del creído continente están entregados a ceremonias vanas que merecen referirse. Se explicó bastante en su lugar sobre lo que adoran en el gran río Dabaiba, que así como el Nilo se dice que desagua por muchas bocas en el mar de Egipto, así entra, y mayor que el Nilo, en el golfo de Urabá o Castilla del Oro. Contemos ahora los ritos, que hasta ahora yo no conocía, y que me los han referido los de las colonias del Darién.

Dabaiba es el nombre de un simulacro, así como del río. A su templo, que dista de Darién unas cuarenta leguas, envían los caciques desde regiones muy distantes, en ciertas temporadas del año, esclavos para que los inmolen, y también veneran el lugar con numeroso concurso de pueblo. Delante de su deidad degüellan a sus esclavos, después los queman, persuadidos de que el olor de aquellas llamas es agradable al simulacro, como la luz de la cera o el humo del incienso entre nosotros a los habitantes del cielo.

Dicen que allá en remotísimos tiempos, por haberse irritado aquella deidad, faltaron todos los ríos y fuentes, y que la mayor parte de los hombres de aquellas regiones perecieron de sed y de hambre, y los que quedaron, abandonando todos los lugares de las montañas, bajándose a las cercanías del mar, cavaron hoyos en la costa y se sirvieron de ellos en vez de fuentes.

Por eso todos los caciques, acordándose de tamaña calamidad, por piadoso temor tienen en casa sus sacerdotes y sagrarios rodeados de antemurales, que barren y limpian todos los días, y tienen cuidado de que no haya en ellos nada de moho o suciedad, ni tampoco hierba u otra basura.

Cuando un cacique piensa pedir a su simulacro particular sol o lluvias, o cosa semejante de que necesite la comarca, se sube con sus sacerdotes a un como púlpito que hay en su sagrario de casa, para no bajarse de allí hasta que alcancen lo que piden al implorado numen. Con peticiones muy fervientes y rígidos ayunos instan, suplican rendidamente que les conceda lo que le piden y no les abandone.

Preguntándoles los españoles presentes a qué Dios hacen sus oraciones, dicen que aquéllos respondieron que al Dios que crió los cielos y el sol y la luna y todo lo invisible, y del cual proceden todos los bienes; y dijeron que Dabaiba, deidad general de aquellas regiones, fue la madre de ese criador.

Entretanto que el cacique y sus compañeros están orando en el templo, el pueblo así imbuido se mortifica con cuatro días de rígido ayuno, pues en este tiempo no toma nada de comer ni beber; y al quinto día, para que el estómago, estrechado con tanta necesidad, no se eche a perder, se toman sólo unos sorbos de una bebida líquida de harina de maíz, a fin de que poco a poco recobre las fuerzas desfallecidas.

No viene mal decir el modo que tienen de convocar para las cosas sagradas, y los instrumentos de que usan. Estimulados por la sed de oro, fueron un día los españoles con buen golpe de gente armada a recorrer las riberas del río Dabaiba. Vencido el régulo que encontraron, les dio unos catorce mil pesos de oro batido en varias figuras muy bien elaboradas, entre las cuales encontraron tres trompetas de oro, y otras tres campanas también de oro, una de las cuales tenía seiscientos pesos: las otras eran menores. Preguntados para qué les servían las trompetas y las campanas, dicen que respondieron que solían usar el toque de las trompetas para excitar la alegría de los días de fiesta y de los juegos, y el ruido de las campanas para llamar al pueblo a las cosas sagradas.

Las lenguas de las campanas parecían fabricadas a estilo de las nuestras, pero tan blancas y relucientes que a primera vista, si su longitud no hubiera indicado otra cosa, habrían creído los nuestros que estaban hechas de perlas o de sus conchas: echaron de ver que eran de huesos de pescados. Dicen que tienen un sonido suave y dulce al oído, por más que el del oro suela ser sordo. Meneando las lenguas de las campanas lamen los labios de ellas, conforme lo vemos en las nuestras.

Había entre el botín mil trescientos cascabeles como los nuestros, que sonaban agradablemente, y bragas de oro *quibus includunt nobiles virilia funiculo post tergum ligata gosampino.*

Sus sacerdotes tienen que abstenerse de toda lujuria: si se encontrara que alguno había manchado el propósito de la castidad, o moriría apedreado o quemado: tienen formado juicio que al Dios aquel criador le agrada la pureza. Durante el tiempo del ayuno y la oración, aunque fuera de él andan siempre pintados, van con la cara lavada y limpia, y con las manos y los ojos levantados al cielo, y se abstienen, no solamente de malas mujeres u otra cualquier impureza, sino también de las esposas.

Son hombres tan simples que no saben dar nombre a el alma, ni conocen su virtud, y así *(preguntándoles)* qué es lo invisible y desconocido que mueve los cuerpos de los hombres y de los brutos, se maravillan y hablan entre dientes: dicen que es no sé qué cosa misteriosa que ha de vivir después de la vida del cuerpo: ese *nosequé* creen que después de esta peregrinación, si ha vivido sin mancilla, y ha reservado el cuerpo que le dieron de hacer injuria a nadie, irá a cierta felicidad eterna; por el contrario, si le deja caer en el lodo de alguna liviandad, o en violento robo, o en furiosa ira, dicen que se encontrará con mil tormentos que le están preparados en lugares tétricos, debajo del centro *(de la tierra).* Y al decir esto, alzando las manos, señalaban el cielo, y luego, bajándolas, el seno de la tierra.

Entierran los cadáveres en sepulturas. La mayor parte de las mujeres siguen vivas al marido en el sepulcro. Estos pueden tener cuantas quieran, excepto las afines y parientas, a no ser que sean viudas. Y en esto descubrieron cierta superstición ridícula en que están. La espesa mancha que se ve en la luna llena, creen que es un hombre echado al húmedo y frío globo de la luna para que allí sea perpetuamente atormentado padeciendo frío y humedad, en castigo del incesto que cometió con una hermana suya.

En los sepulcros dejan por arriba unos hoyitos, en que echan cada año un poco de maíz y algunos sorbos del vino que hacen a su modo; piensan que de eso se aprovechan los manes de sus difuntos. Mas he aquí una atrocidad más cruel que toda otra barbarie. Cuando ocurre que se muere alguna mujer que está lactando, entierran juntamente la criatura viva, poniéndola a los pechos *(del cadáver)*. La viuda, en algunas partes, se casa con el hermano o el pariente del primer marido, en particular si dejó hijos. Se dejan engañar fácilmente por los embustes de sus sacerdotes, y así observan religiosamente mil géneros de tonterías. Esto en las vastas regiones del gran río Dabaiba.

3.
Almas inmortales y almas temporeras. Los aniversarios. Orgías en ellos. Zalemas al cacique reinante. Madera incorruptible. Bacanálico fin de fiesta.

Pero escucha otras cosas de éstas, que me las han contado hace poco varones graves que han explorado las costas meridionales de aquella tierra; cosas que pasaron por alto Gil González y sus consocios, pero que son dignas de saberse; pues a más del propio Gil, también otros, según lo he dicho muchas veces, investigaron con flotas varias comarcas de aquellas inmensidades. Entre los caciques de aquellas regiones, aparte de otros errores fatuos, encontraron que estaban imbuidos en uno jamás leído ni oído hasta el presente. En algunas partes les han enseñado que los reyes y los magnates tienen almas inmortales; pero de las almas de los demás creen que mueren con el cuerpo, excepto las de los sirvientes que necesitan los mismos príncipes, y sólo las de aquellos que cuando mueren sus amos se dejan enterrar vivos juntamente con el cadáver del amo; pues los antepasados les dejaron la creencia, y ellos la tienen por cierta, que las almas de los caciques, en desprendiéndose del vestido del cuerpo, van a delicias perpetuas, paseándose constantemente alegres por amenos jardines, comiendo y bebiendo, y ocupándose en juegos y danzas de doncellas, como lo tenían por costumbre mientras vivieron. Por esto a porfía se tiran muchos a los sepulcros de sus amos; y si los criados tardan en hacerlo, como lo hemos dicho alguna vez de las mujeres de los reyes en algunas regiones, juzgan que sus almas de eternas se hacen temporales.

Los herederos de los reyes y de los principales, por antigua costumbre, renuevan cada año la pompa funeral, que se arregla y verifica de este modo: el cacique, o quienquiera que sea de entre los principales, acude con el pueblo y los de los alrededores al lugar del cadáver; el organizador de las honras lleva gran cantidad de vino hecho a su modo, y de toda clase de comidas.

Allí los de ambos sexos, pero en particular las mujeres, pasan toda la noche sin dormir, tan pronto deplorando con tristes ritmos y muecas la desgraciada suerte del difunto, principalmente si murió en la guerra a manos de los enemigos (pues ellos se consumen mutuamente en odios mortales por más que viven contentándose con poco); tan pronto, criticando la vida y costumbres del enemigo vencedor, con dicterios y denuestos rabiosos llámanle tirano, cruel y traidor, que con emboscadas, y no por su valor ni por su fuerza corporal, venció al amo de ellos y devastó su territorio. Esta es la costumbre que tienen. Después ponen una imagen del enemigo, y parodiando una lucha se ensañan contra la estatua con varias acometidas, y, por fin, la cortan a trozos en vana venganza de su difunto.

Después se ponen a comer y beber hasta la embriaguez y la crápula, pues de semillas y hierbas que embriagan componen varias bebidas, como los belgas hacen la cerveza de los lúpulos, y los cántabros la sidra de manzanas. Luego emprenden las danzas y alegres cantares, hasta quedar del todo rendidos, ponderando con grandes alabanzas las virtudes de su señor, que era bueno y generoso y muy amante de su pueblo, y que tenía cuidado de repartir la siembra y la siega y todas las mieses en bien de su pueblo (porque éste es el cuidado principal de los caciques), y que en la guerra era soldado valeroso y astuto general. Volviendo otra vez al llanto, con los himnos del principio lloran al muerto, diciendo a gritos: «¿Quién nos ha privado de ti, príncipe ínclito? ¡Oh infausto día que nos quitó tanta felicidad! ¡Ay, desdichados de nosotros, que perdimos tal padre de la patria!»

Habiendo hecho estas y semejantes exclamaciones, volviéndose al príncipe actual dicen maravillas de sus méritos, bondad y demás virtudes, y con desordenados saltos y danzas, cual bacantes furiosas, rodean al cacique y le miran con reverencia y le adoran, *(diciendo)* que ven en él el remedio presente y futuro de los males pasados, y el consuelo de sus aflicciones; como aduladores, le llaman el más elegante de los elegantes, el más hermoso de los hermosos, el más generoso entre todos lo que lo son: aclamándole todos a una voz, le proclaman piadoso, benigno, y otras muchas cosas semejantes.

Al amanecer salen de las casas, y encuentran allí preparada una canoa capaz de sesenta remos y más, con la imagen del difunto. Pues hay allí árboles muy corpulentos, cidrosos, en particular los naturales de aquellas tierras.

Y de sus excelentes cualidades he sabido una poco ha, que yo no conocía hasta ahora. Dicen que estas tablas cidrosas, a más de otras buenas cualidades antiguas, por su sabor amargo son inmunes de la malhadada plaga de las culebrillas, que dondequiera que hay mar fangoso roen los cascos de las naves y los taladran más que una criba agujereada. Los españoles llaman a estas culebrillas *broma*.

Los mayordomos y administradores del cacique tienen preparada fuera la dicha lancha del difunto llena de las bebidas, hierbas y frutos que le gustaban cuando vivía, y de pescado, carne y pan, mientras sale el que ha ordenado la pompa *(fúnebre)*. Saliendo los convidados, llevan en hombros la canoa alrededor, dando vueltas al palacio; y de seguida, en el mismo sitio en que tomaron la canoa para llevarla a cuestas, le prenden fuego y la queman con las cosas que tiene: piensan que aquel humo ha de ser gratísimo al alma del muerto.

Entonces todas las mujeres, hartas de vino sin medida, con el cabello tendido y sus vergüenzas del todo descubiertas, echando babas intemperantemente, tan pronto andando despacio como corriendo, temblándoles las piernas, a veces apoyándose en las paredes, cayéndose alguna vez y haciendo las bacantes con dejarse caer impúdicamente, por fin, tomando las armas de los hombres, vibrándolas, arman ruido, y tiran las picas y las armas arrojadizas, y manejan las flechas disparándolas a tontas y a locas aquí y allá, y dan golpes al palacio. Después de esto, rendidas, sin cubrirse sus vergüenzas, se tumban y duermen hasta que se cansan.

Esto es principalmente en la isla del mar austral llamada Casuaco, a la que los nuestros fueron de paso al mando de Espinosa.

4.
Más abyección aún. Agüeros. Prostitución. Lo que contaban de un monstruo volátil.

Pero no debemos callar otra cosa que se ha pasado, aunque no es bastante limpia. Los jóvenes entregados a estas locuras, ejecutando *areitos* a voces (son sus juegos), con una espina aguda de un pescado que en español y en latín se llama *raya* y en griego *bitis*, se taladran por medio el miembro viril, y agitándose con saltos y danzas rocían el pavimento del palacio con la sangre que les chorrea, y, por fin, echándose de un polvo descubierto para eso por los bautos *(bobitos?)* que hacen oficio de cirujanos, médicos y sacerdotes, en menos de cuatro días se curan las heridas que se hicieron.

Hay en aquellas tierras astutos magos y agoreros, y no dan comienzo a cosa alguna sin el augurio, ni a cazar, ni a pescar, ni a sacar oro de las minas; si piensan ir a buscar las conchas de las perlas, no se atreverán a mover un pie sin que antes el maestro de ese arte, el *tequenigua* (es nombre de dignidad), indique a su antojo que es tiempo *(de hacerlo)*.

Entre ellos no hay prohibido ningún grado de afinidad o parentesco, aunque en otras partes se abstienen, y se juntan los padres con las hijas, los hermanos con sus hermanas, y los herederos reciben con los demás bienes, por derecho hereditario, a las mujeres de sus padres aunque sean madres. Dicen que son obscenos y públicamente sodomitas.

En otras partes existe asimismo otra costumbre, que también está en boga en nuestras islas Española, Cuba y Jamaica. Aquella mujer es tenida por más generosa y honrada que, siendo capaz, haya admitido más hombres a unirse y con más profusión se haya prostituido. Ponen no pocos ejemplos, pero uno es chocante. Pasaban de Jamaica a la Española algunos españoles mezclados con bárbaros de Jamaica: entre las mujeres había una muy hermosa, que se había conservado intacta hasta aquel día y amaba la castidad. Dirigiéndose a ella de acuerdo los españoles, comenzaron a

llamarla avara y malamente codiciosa de su honor. Tal fue la lasciva chocarrería de los jóvenes desvergonzados, que casi pusieron rabiosa a la moza, y así determinó *suo prostratu quotquot coire vellent expectare*. La que antes había resistido, en aquella lucha estuvo muy generosa con los que le pedían abrazarla.

En aquellas islas es infame el nombre de la avaricia; pero en el continente, en muchas partes al revés. Aman la castidad conyugal, y por ello son tan celosos que las mujeres que pecan contra ella lo pagan siendo degolladas.

Vamos a cerrar, Príncipe Ilustrísimo, la parte tuya con un monstruo portentoso. Lo que resta, o si ocurre algo mientras lo esté escribiendo, el Pontífice Máximo, con su diploma de pergamino que me han traído hace poco, me manda que se lo dedique a él.

Cerca de la fuente del río Dabaiba hay una región que se llama Camará, con acento en la final. Se cuenta por lo que recuerdan los que viven, que se levantó de repente en aquella región, por el Oriente, una tempestad sumamente violenta de vientos y torbellinos que arrancaba de raíz cualesquier árboles que encontraba al paso, y se llevaba por el aire muchas casas, principalmente las de madera; la cual tempestad cuentan que trajo a la región aquella dos aves, casi iguales a las decantadas arpías de los poetas, como que tenían de doncella la cara, barba, boca, nariz, los dientes, las claras cejas, los venerables ojos y el aspecto.

La una dicen que era de tanto peso que ninguna rama de los árboles a que se llegaba la podía sostener sin desgajarse, y aun dicen que por su peso, en las peñas de las rocas adonde iba para pasar la noche, quedan aún las huellas de sus uñas. Mas ¿para qué recuerdo yo esto? Con tanta facilidad agarraba entre las uñas a un hombre caminante, y se lo llevaba para comérselo a las altas cumbres de las montañas, como los milanos suelen arrebatar un polluelo. La otra, porque era menor, juzgan que sería prole de la más grande.

Los españoles que desde la desembocadura de aquel río recorrieron en sus flotas las regiones aquellas hasta cuatrocientas leguas, declaran que hablaron con muchos que vieron muerta a la mayor, y en particular los varones de peso que muchas veces he mencionado, el jurisconsulto Corrales y el chantre Osorio y Espinosa.

Mas es digno de oírse de qué manera se libraron de semejante plaga tan grande los dabaibenses de Camará. Como la necesidad aguza el ingenio, los camaranos inventaron para matar el ave rapaz un medio que merece muy bien contarse. Cortaron una viga alta; en una de sus puntas esculpieron la efigie de un hombre, pues son diestros en el arte de hacer cualesquier imágenes: en una noche iluminada por la claridad de la luna, abrieron un hoyo en una senda próxima al camino por donde la prodigiosa ave se dejaba caer desde el vértice de las montañas en busca de presa, y la fijaron en el suelo dejando sobresalir la figura del hombre. Próximo al camino había un espeso bosque, en el cual se escondieron ellos preparados con sus arcos y dardos en emboscadas para herirla.

Apenas salido el sol, se presentó el horrible monstruo. Se precipita desde la altura de los aires sobre la vana presa: se tira a la efigie, la aprieta y le clavó las uñas de suerte que no pudo revolverse, mientras saltando de sus emboscadas los bárbaros, le dieron tantos flechazos que se quedó con más agujeros que una criba. Soltándose por fin, cayó muerta allí cerca.

Atándola con cuerdas, y colgándola de largas picas, los que la mataron la llevaban en hombros por toda la vecindad para librar a la gente del miedo que había concebido, y para que se supiera que estaban ya seguros los caminos que la rabiosa ave había hecho intransitables. Sus matadores fueron tenidos por dioses, y aquellos pueblos los recibieron honoríficamente, no sin ofrecerles dones, como sucede entre muchas gentes donde, al que lleva las muestras de algún león, oso o lobo que ha matado, le hacen regalos los vecinos que temían ser perjudicados por aquella fiera.

Dicen que tenía las canillas más gruesas que un muslo grande de hombre, pero cortas, como son las de las águilas y demás aves de rapiña. A la más joven, una vez muerta la madre, no la vieron más.

Ya, Dios guarde a Vuestra Excelencia, a quien deseo vida tranquila en el reino de sus mayores.

DÉCADA OCTAVA.

Al Pontífice Máximo Clemente VIII.

LIBRO I.

1.

Introducción. División. Cortés y Garay.

Beatísimo Padre: He recibido de Vuestra Beatitud un diploma en pergamino, con el anillo del Pescador según uso de los pontífices. Dos puntos comprende: el uno, alabanzas de lo que envié a sus predecesores acerca de las cosas del Nuevo Mundo. El otro, mandándome no permita que caigan en el ancho tragadero del olvido las demás cosas que han sucedido. No niego que mereceré alabanza por mi deseo de obedecer; por el tosco modo de decir, si no merezco alabanza, mereceré a lo menos perdón. Estos asuntos tales y tan grandiosos, habrían merecido los alientos de Cicerón; conforme muchas veces he hecho protesta de ello en el discurso de los primeros *(libros)*, he puesto un vestido vulgar, por no tenerlo de seda u oro, a las hermosísimas nereides, quiero decir, las islas del océano llenas de perlas, y ocultas desde el principio del mundo.

Antes de que llegara a mis manos el mandato de Vuestra Beatitud, había yo dirigido al vizconde Francisco Sforcia, Duque de mi patria cuando su fortuna le mantenía libre de la mala voluntad del Rey Cristianísimo, según me lo exigían sus negociadores en la corte del César, la mayor parte de los apuntes posteriores a los enviados a Adriano y leídos por Vuestra Beatitud.

Mas al presente, debiendo dedicar mis vigilias a Vuestra Beatitud, me ha parecido que será conveniente acompañar éste de ahora con copia de lo anterior, aunque se dedicó a otro, así como el Colegio de los príncipes purpurados de la Iglesia suele ir delante del Pontífice en procesión, así esa Década ducal abrirá el camino. Lo que después de eso han contado varios de los que han tomado parte en los sucesos acerca de lo que les ha pasado a muchos varones, de los cuadrúpedos, aves, insectos, árboles, hierbas, ritos y costumbres de las gentes y del arte mágica, y del actual estado de Nueva España, y de varias flotas, recíbalo Vuestra Beatitud, de cuya autoridad a ninguno de los vivientes le es lícito separarse impunemente.

Citemos en primer lugar lo que le sucedió a Francisco Garay, gobernador de la isla Jamaica, que lleva el nombre nuevo de Santiago (cuya prelatura abacial me confirió hace poco la benignidad del César), cuando pensaba levantar una colonia junto al río Pánuco contra la voluntad de Fernando Cortés, lo cual por fin le ocasionó la muerte. Después *(diremos)* adonde fueron Gil González, que buscaba por el Septentrión el tan deseado estrecho, y Cristóbal de Olid, acerca de los cuales tocamos algo en la adjunta *(Década)* ducal. Después hablaremos algo de Pedro Arias, gobernador del creído continente, que iba en busca de lo mismo. De seguida citaremos al licenciado Marcelo Villalobos, juez del juicio en el Senado en la Española, y a su criado Santiago García Barrameda, que vino hace poco de al lado de Hernán Cortés, gobernador de Nueva España, y contó ciertas cosas de importancia.

También haremos comparecer aquí a otros muchos, y entre ellos a Fray Tomás Ortiz, de los bicolores frailes dominicos, varón de distinguida probidad, que vivió mucho tiempo entre los chirivichenses indígenas del creído continente, y no omitiremos a Santiago Álvarez Osorio, de clara estirpe, sacerdote del episcopado de Darién, y dignidad de Cantor, el cual pasó también no pocos años al mando de Espinosa por la inmensidad aquella del mar austral, con sumas penalidades de

cosas y peligros, y en la investigación de las regiones de Dabaiba. De los no cortos escritos de estos varones autorizados ausentes, y de lo que cuentan de viva voz los que vienen a negocios, escojo lo que tres Pontífices y otros príncipes me mandáis que os refiera.

Encabecemos, pues, la narración con la vida y el desgraciado fin de Garay. En los libros precedentes, dirigidos, me parece, al Pontífice Adriano, predecesor de Vuestra Beatitud, se ha dicho en muchos lugares que entre Hernán Cortés, conquistador de Nueva España y de sus grandes provincias, y este Garay mediaron odios ocultos, porque Garay parecía querer ocupar las tierras del Pánuco, vecinas de las jurisdicciones de Cortés. Dijimos también que este mismo Garay por dos veces fue derrotado, con sumas pérdidas por los indígenas del gran río Pánuco, casi desnudos, y que las dos veces acudió a refugiarse en poder de Hernán Cortés, el cual lo rehizo viéndole falto de las cosas necesarias, como consta extensamente de mis escritos y los del propio Cortés, que corren por el orbe cristiano.

2.
Salida de Garay para el Pánuco. Mal consejo. Buena ocasión mal aprovechada. Por mal camino.

Han llegado cuatro naves de Indias, y por las cartas de los que han compartido sus trabajos y desgracias, y por lo que de viva voz cuentan los que regresan *(de allá)*, conocemos las vicisitudes de Garay. Éste, el día catorce de junio[76], con ánimo de ocupar, conpermiso del César, las riberas del gran río Pánuco, ya conocido, a fin de levantar allí la colonia que tiempo antes llevaba en cierne, partió de Jamaica, llamada con nuevo nombre la isla de Santiago y gobernada por él mucho tiempo ha, con una armada de once naves que tenían cabida de seiscientos veinte y de ciento cincuenta toneles; dos eran de la clase que los españoles llaman carabelas, y otras tantas bergantines de dos órdenes de remos; el número de soldados, ciento cuarenta y cuatro jinetes, trescientos arqueros de a pie, doscientos arcabuceros, doscientos armados de escudo y espada. Se encaminó hacia Cuba, que se llama Fernandina.

Ésta corta el trópico de Cáncer; Jamaica está más al sur, dentro de la zona que los antiguos llamaron falsamente tórrida. Cuba es casi doble más larga que Italia. Garay fue a su última punta de Occidente, que tiene puerto y se llama el Cabo de las Corrientes, para tomar allí agua reciente y leña, y hierba para los caballos. Se detuvo algunos días.

Aquel cabo no dista muy largo trecho de los primeros límites de Nueva España, en donde manda Cortés en nombre del César, y allí supo que Cortés había levantado una colonia a la orilla del Pánuco. Garay reunió a los capitanes, tuvieron consejo y deliberaron lo que debieran hacer. Algunos opinaron que debían irse en busca de nuevas tierras, ya que tantas se ofrecían, y que era de temer la fortuna de Cortés; otros aconsejaron no dejar la empresa comenzada, principalmente teniendo los diplomas del César, en que da su consentimiento para que aquélla se llame provincia Garayana.

Triunfaron los votos de los que se inclinaron a lo peor. Le agradó a Garay el pernicioso parecer de sus compañeros; y, una vez explorado el ánimo de los capitanes hizo el vano simulacro de fundar un estado, y repartió los cargos para ganarse más la voluntad de los principales con los honores que les ofrecía. Rectores de aquella sombra de colonia nombró a Alfonso Mendoza, sobrino *(o nieto)* de don Alfonso Pacheco, que fue Maestre de los Espatenses, y le dio por colega a Fernando Figueroa, vecino de Castro del César, de no humilde cuna, y otros dos que se había llevado de la isla de Cuba. Pretor urbano hizo a Gonzalo Ovallo, noble salmantino, pariente del duque de Alba, y a Villagrán, antiguo criado de la Casa real, y a Santiago Cifuentes, hombre del pueblo pero industrioso y discreto. También nombró de entre el pueblo soldados ejecutores, que los

76 El autor pone XVIII Kal. Junii. Esto, según las reglas, significa el 15 de mayo; pero como este mes tiene los idus el día 15, debiera fechar por ellos, pues no hay XVIII Kal. Junii, sino únicamente XVII. En vista de tal anomalía podemos creer que la verdadera fecha del texto es 14 de junio, en latín XVIII Kal. Julii.

españoles llaman alguaciles, y ediles para corregir las pesas y medidas. Garay hizo que todos éstos le juraran fidelidad en contra de Cortés si se hubiera de proceder contra él por las armas o de otra manera.

De este modo engañados por la esperanza, y no conociendo bastante la fortuna, los sucesos y las mañas de Cortés, se dieron a la vela: si hubiesen sabido aprovechar la ocasión, buen cariz les presentó la fortuna. Sobrevino una tempestad del Sur que hizo equivocarse a los pilotos; atracando las naves, dieron con un río poco menor que el Pánuco. Piensan que es el Pánuco, y dista de aquél como setenta leguas al Septentrión, adonde les había transportado la fuerza de los vientos hacia la tierra florida, conocida tiempo ha.

El día veinticinco de junio, en que España celebra la fiesta de su celestial protector Santiago, arribaron a la desembocadura de aquel río; echaron las áncoras, encontraron palmas a la orilla, y le llamaron el río de las Palmas. Gonzalo Docampo, cuñado de Garay, tomó el encargo de explorar los alrededores con un barco de dos órdenes de remos, que necesitaba de poco fondo. Subiendo río arriba Docampo poco a poco, trecho de quince leguas en el espacio de tres días, vio que aquél recibía otros; y como tenía puesta la vista en el Pánuco, mintió que era tierra inculta y desierta; pues más tarde averiguaron que la provincia estaba llena de pueblos, y era amena y feraz. Creyéronse la mentira, y determinaron marchar hacia el Pánuco.

Los caballos habían ya enfermado de hambre, y los sacaron de las naves con la mayor parte de la gente de a pie. Se mandó a los marineros que fueran siempre navegando a vista de la playa, como si tuvieran imperio sobre las olas. El mismo Garay echó a andar por tierra con dirección al Pánuco en formación, no fuera que, si les daban alguna embestida los indígenas, les cogieran desprevenidos.

En los tres primeros días no encontraron nada cultivado por donde iban: todo era horrible, por ser terrenos palustres y pantanosos. Se encontraron con otro río navegable rodeado de altos montes, por lo cual llamáronle el río de Montalto. En parte a nado, en parte juntando y entrelazando vigas, lo cruzaron por fin con sumo peligro y trabajo.

Al otro lado de aquel río vieron lejos una población grande: formaron los escuadrones, y marchaban poco a poco, poniendo al frente los arcabuceros y demás soldados que podían herir a distancia. Al acercarse los nuestros huyeron los del pueblo, abandonando sus casas, que se encontraron llenas de provisiones del país. Garay reparó las fuerzas de la tropa, ya desfallecida de hambre y del trabajo del camino, y asimismo los caballos. De lo demás se llevaron para el camino.

LIBRO II.

1.
Con maíz y manzanas. Pánuco arriba. Dificultades del camino. Sin provisiones.

De dos clases de alimentos llenan sus graneros aquellos bárbaros: del cereal de la tierra, que muchas veces hemos dicho se llama maíz, semejante al panizo de Lombardía, y de unas manzanas olorosas que nosotros no conocemos, de sabor agridulce, útiles y a propósito para contener el flujo, como lo leemos y lo experimentamos respecto de las servas y las bayas de cornejo. No son menores que la naranja y el membrillo: a esta fruta los indígenas le llaman guayabas.

Caminando al otro lado del río Montalto por tierras incultas, se encontraron con un gran lago que, por una garganta estrecha no vadeable por parte alguna, desagua en el mar vecino. Subieron orillas arriba del lago hasta treinta leguas desde la desembocadura del río; tentaron los vados porque sabían que más abajo corrían muchos ríos al lago, y pasaron medio a nado con sumo trabajo y peligro.

Ofreciósele vasta llanura, y vieron a lo lejos un pueblo grande. Con el fin de que *(los indígenas)* no huyeran de miedo, como los anteriores, mandó Garay parar el escuadrón, fijaron las banderas al raso, y mandó delante los intérpretes que el año anterior había tomado cerca de aquella tierra y sabían ya la lengua española; ofreciéndoles la paz, se hizo amigos a los habitantes de aquel pueblo, que dieron a los nuestros en abundancia pan de maíz, y frutas y aves de aquella tierra. De paso se encontraron con otro pueblo *(cuyos habitantes)*, divulgada la fama de que los nuestros no hacían daño, los esperaron tranquilos y les dieron provisiones, aunque no para hartarse. Casi se armó un tumulto contra el jefe Garay porque no permitió que entraran a saco el pueblo. Prosiguiendo el camino, encontraron un tercer río, y al cruzarlo perdieron ocho caballos que se llevó la fuerza de la corriente.

Después hallaron vastas lagunas cenagosas llenas de variedad de mosquitos nocivos, y de tenaces plantas de bejuco, que se enredan a las piernas del caminante y le impiden andar. De lo próvida que la naturaleza se muestra en este bejuco, se trató extensamente en lo que ha ido para el Duque. Con agua hasta la cintura los de a pie, y hasta la barriga los caballos, cruzaron medio desfallecidos. Entraron ya en tierras dotadas de gleba mollar, y por tanto cultivadas por pueblos numerosos. Garay no permitió que se hiciera daño a nadie.

Cierto amanuense de Garay que se libró del gran desastre que abajo describiremos, escribe a Pedro Espinosa, administrador de Garay, y ahora, después de la muerte de éste, procurador de sus hijos ante el César, una larga carta en la cual, acerca de las dificultades de aquel viaje, pone en latín estas palabras llenas de dolor, pero en tono festivo: «Hemos venido a la tierra de la miseria, donde no hay orden alguno, sino que en ella habita el trabajo sempiterno y todas las calamidades, donde nos trataron cruelmente el hambre, el calor, mosquitos malignos, fétidas chinches, crueles murciélagos, flechas, bejucos que se enredan, lodazales que nos tragan y pantanos cenagosos.»

Por fin llegaron a los alrededores del río Pánuco, pero en mala hora. Hizo alto Garay esperando las naves, y no encontró nada que comer. Sospechaban que Cortés se había llevado todas las provisiones, con el fin de que, no encontrando éstos nada, ni para sí ni para los caballos, o retrocedieran, o se murieran de hambre. Tardó en llegar la armada en que iba lo necesario: la gente de Garay se desparramó, buscando que comer, por los pueblos y aldeas de los bárbaros.

Garay comenzó a sospechar que Cortés le miraba con malos ojos; envió a su cuñado Gonzalo Decampo a explorar el ánimo en que respecto de él estuvieran los de la colonia de Cortés. Gonzalo

volvió seducido o engañado, y dijo falsamente que todo estaba asegurado y dispuesto en favor de Garay: el cual, en vista de lo que dijo su cuñado y los compañeros con él enviados, con mala estrella se acercó más al Pánuco.

2.
Una colonia de Cortés. Disensiones entre españoles. Desgracias de Garay.

Aquí hagamos una pequeña digresión para que mejor se entiendan estas cosas y las que siguen. A la orilla de este gran río Pánuco, no lejos de su desembocadura al mar, había un pueblo grande del mismo nombre, de catorce mil casas, de piedra en su mayor parte, con palacios reales y templos magníficos, según la fama que corría. Cortés había destruido completamente aquel pueblo y lo había quemado todo porque no había querido obedecerle, y no permitió que se edificara nada en aquel suelo. Del mismo modo había tratado a otro pueblo que estaba unas veinticinco millas río arriba, mayor que Pánuco (dicen que de veinte mil casas): le arrasó también, y le prendió fuego por el mismo motivo: éste se llamó Chilla. A tres millas más arriba del destruido Chilla levantó Cortés su colonia, en una excelente llanura, pero sobre un collado de poca elevación, y la llamó la villa de San Esteban.

Por el álveo de este río pueden subir las naves de carga por espacio de muchas millas. Los naturales de allí derrotaron dos veces a Garay, como se dijo con bastante extensión anteriormente; pero no pudieron resistir a Cortés, a quien se le allana cuanto topa. Ponderan lo buenas que son aquellas regiones, no solamente buenas para sembrar y para aprovechamiento de árboles, sino que crían, según dicen, ciervos, liebres, conejos, jabalíes y otras muchas fieras, y asimismo aves acuáticas y silvestres, y tienen a la vista montes altísimos, en algunas partes cubiertos de nieve. Al otro lado de ellos es fama que hay ciudades cultas y poblaciones excelentes, en una llanura dilatada que aquellos montes separan de éstas de la marina. También serán sometidas como no lo estorbe la índole inquieta de los españoles, que rara vez están de acuerdo por engreírse con sus honores.

Cuánto tira cada uno de por sí en esta fascinadora materia de la ambición, en la cual ninguno sufre apaciblemente el mando de otro, bastante se ha visto en lo que precede, donde se trató de las enemistades entre Santiago Velázquez, vicegobernador de Fernandina, que es Cuba, y Hernán Cortés; y luego entre el mismo Cortés y Pánfilo de Narváez, y con Grijalba, de quien tomó nombre el río en la provincia de Yucatán; y luego de la rebelión de Cristóbal de Olid, que se apartó de Cortés, y después de las *(diferencias)* entre Pedro Arias, Gobernador del creído continente, y Gil González, y últimamente de la codicia general de buscar un estrecho del mar septentrional al del Sur; pues de todas partes acuden los capitanes que hay por aquellas tierras en nombre del Rey. Estas cosas en parte se han dicho en sus lugares, y lo que resultó de esas tormentas se referirá.

Volvamos a Garay, de quien nos hemos separado. Habiendo arribado, encontró todos los alrededores empobrecidos, y averiguó que su cuñado no había dicho verdad respecto a los habitantes de la villa de San Esteban, puesto que no vio nada en su favor. Los partidarios de Garay dicen que los enviados de Cortés se llevaron todas las provisiones de las aldeas de los bárbaros para que, o el hambre los hiciera marcharse, o diseminarse por los pueblos vecinos en busca de qué comer; que es lo que sucedió, pues las naves no venían, detenidas por la mar contraria.

Hay en aquella región un pueblo grande, de unas quince mil casas, llamado Narciapala. En este pueblo, los de Cortés prendieron como usurpador de territorio ajeno a Alvarado, que capitaneaba cuarenta caballos de Garay, y a sus compañeros que los estaban apacentando, y se los llevaron presos a la colonia de San Esteban, levantada con este nombre por el mismo Cortés; de modo que el pobre Garay vino a establecerse entre Escila y Caribdis esperando su flota.

Por fin llegaron a las bocas del Pánuco los de la armada: tres *(naves)* de las once; otras cuatro dijeron que habían naufragado. A la nave capitana de la armada, dos de los jefes de aquella

provincia por Cortés, Santiago Docampo, pretor urbano, y Vallejo, capitán de soldados, fueron en lanchas y entraron en ella, y sedujeron con poco trabajo a los expedicionarios. Desde la capitana fácilmente ganaron a las otras para la obediencia de Cortés, y río arriba se llevaron las naves a la colonia de San Esteban.

Cuando así se encontraba Garay, supo que la comarca del río de las Palmas era muy rica, en contra del engañoso testimonio de su cuñado Gonzalo Docampo, y en algunas partes aun mejor que el término del Pánuco. Allí habría fundado Garay su colonia por temor a la buena fortuna de Cortés si no le hubiese engañado la picardía de su cuñado. En medio de tantos apuros, no sabía Garay por donde echar; cuanto más repetía, enseñando sus patentes, que el César le había designado aquella provincia, tanto más empeoraba su causa.

3.
Garay en tratos con Hernán Cortés. Entretanto los indios derrotan su ejército, y Cortés los castiga. Cortés recoge a Garay. Éste muere.

Por consejo del gobernador Santiago Docampo envió Garay mensajeros a Cortés: llámase el uno Pedro Cano, y el otro Santiago Ochoa: aquél antiguo criado de Garay, y éste moderno, que en otro tiempo había sido allegado de Cortés y tenía mucha experiencia de aquellas tierras. A los dos sedujo Cortés, según dicen los de Garay quejándose. Volvió Pedro Cano: Ochoa se quedó. Se convino que Garay fuera a ver a Cortés. Lo dije otra vez cuando por noticias inciertas el Senado de la Española se lo escribió al César y a nuestro Senado de las cosas de Indias.

El pobre Garay, por más que columbraba su ruina segura, aparentó que iría de muy buena gana; supuesto que tendría que ir aun a la fuerza, hizo de la necesidad virtud y consintió en lo que Cortés pedía, y que para él sonaba a mandato. Marchó a ver a Cortés acompañado de Santiago Docampo, que se había establecido en la gran ciudad de la laguna, llamada Tenustitán, alias Méjico, capital de muchos reinos. Garay fue recibido con rostro alegre; si con igual voluntad, juzgúelo el que escudriña los corazones.

Cuando los bárbaros supieron las desgracias de Garay y que había marchado el Gobernador, atacaron a los soldados desparramados por las casas de ellos; encontrándolos desprevenidos, mataron cerca de doscientos cincuenta; otros aumentan este número, y se prepararon opíparos convites, pues éstos son también antropófagos. Al tener Cortés noticia de semejante desastre, envió a Sandoval, distinguido capitán suyo, a castigar tamaño crimen con cuarenta jinetes y la gente de a pie que era menester. Se dice que Sandoval hizo cortar en pedazos un gran número de hombres que mató, pues ya no se atrevían ni a levantar un dedo contra el poder de Cortés o de sus capitanes.

Dicen que envió a Cortés sesenta caciques, pues cada aldea tiene el suyo. Cortés les mandó que cada cual de ellos hiciera venir a su heredero, y obedecieron. Encendiendo una gran hoguera, quemó a todos los caciques a la vista de sus herederos, y luego, llamando a éstos, les preguntó si habían visto el cumplimiento de la sentencia dictada contra sus padres, que habían matado *(a los españoles de Garay)*; y después, con rostro severo, les intimó que, escarmentados con aquel ejemplo, se abstuvieran de toda sospecha de rebeldía; y así aterrorizados, los dejó ir a cada uno al patrimonio de sus mayores sin más que imponerles tributos. Estas cosas otros las cuentan con alguna diferencia, pues las noticias se cambian dentro de la vecindad, cuanto más viniendo del otro mundo.

Mas a Garay le hospedó Cortés en casa de Alfonso Villanova, que había sido mozo de espuela del mismo Garay, y por haber estuprado a una criada le había despedido, y a la sazón era camarero de Cortés, el cual le mandó que tratara con todo respeto a Garay; y para más estrechar los lazos de amistad, Cortés tomó por yerno, mediante una hija ilegítima, al hijo legítimo de Garay.

Y he aquí que la noche de Navidad iban juntos Cortés y Garay a oír el canto de los Maitines, según nuestra costumbre. Se volvían al salir el sol, dicha ya la Misa, encontrando preparada opípara mesa. Al salir Garay del templo, primeramente se quejó como atacado de cierto frío que le había producido el viento. Sin embargo, comió algo, aunque poco, con sus compañeros, y volviéndose al hospedaje que tenía designado, se metió en cama. La enfermedad se agravó, y a los tres días, o a los cuatro según otros, entregó a su Criador el alma que de Él había recibido.

Como en otra parte dije, no falta quien sospeche si mediaría la obra de caridad de librar a un hombre sujeto a tantas calamidades de la negra cárcel de los cuidados, para que no se crea que es vano el adagio de que no caben dos en un trono o que no hay que fiarse en los compañeros del reino. Otros dicen que murió de dolor de costado, llamado por los médicos pleuresía. Como quiera que fuese, falleció Garay, el mejor entre los gobernadores de aquellas tierras. Que sucediera de este o del otro modo, importa poco.

Sus hijos, parientes y amigos, de ricos cayeron en la pobreza. Murió pobre el que hubiera podido llevar una vida tranquila, y acaso larga, si se hubiese contentado con su antiguo gobierno de la elísea isla de Jamaica, con nuevo nombre llamada de Santiago, donde gozaba de suma autoridad y del amor de los pueblos, en vez de empeñarse, con cierto espíritu de tenacidad, en lo que le estaba vedado, cuando comprendía muy bien que su proximidad había de ser molestísima para Cortés; o si él, considerándose como estopa, hubiera querido establecerse lejos del fuego centellante *(Cortés)*, en el río de las Palmas, adonde la fuerza de los vientos le había echado con buena estrella; si hubiera agarrado a la ocasión de sus greñas delanteras, o en otro río más distante, que en otra ocasión halló, hacia la Florida, llamado el río del Espíritu Santo, los cuales ríos ocupan regiones inmensas, fértiles y muy pobladas.

Tal era su destino, así tenía que salirle.

Mas ya que he nombrado la elísea Jamaica, cuyo mando tuvo Garay muchos años, corresponde que, siendo yo el esposo de esta hermosa ninfa, dé cuenta de su belleza y bondad. He aquí cómo cumplo lo propuesto.

LIBRO III.

1.
Elogio de Jamaica.

Aquella apartada y escondida parte del mundo en la cual Dios, criador de todas las cosas, creemos que sacó del barro de la tierra al primer hombre, los sabios de la antigua ley mosaica y los héroes de la nuestra la llaman Paraíso terrenal *(así es la isla Jamaica)*, porque no hay ninguna o casi ninguna diferencia del día y la noche en todo el año, ni horrible verano, ni riguroso invierno; el aire es saludable, las fuentes cristalinas, los ríos de agua clara; con todos estos adornos ha decorado a esta mi esposa[77] la benigna madre naturaleza. Hay allí en abundancia varios árboles frutales a más de los llevados de acá, que gozan de perpetua primavera y perpetuo otoño; tienen a la vez frondosidad y flores los árboles todo el año, y crían frutas, y las tienen a un mismo tiempo verdes unas y otras maduras. Allí siempre tiene hierba la tierra, siempre están floridos los prados; no hay otra tierra alguna de más favorable y benigno clima, y así mi esposa Jamaica es la más dichosa de todas.

De Oriente a Poniente tiene de larga sesenta leguas, otros le ponen diez más, y de ancha treinta por donde más. De los sembrados y de las semillas cultivadas por la industria de los hombres se cuentan maravillas. Por más que en las primeras Décadas va larga narración cuando se habla de la Española que es semejante, y asimismo de las hortalizas, sin embargo no será molesto repetir algo de aquello, en particular a los Pontífices, bajo cuyo trono todas estas cosas han de prosperar más de día en día; en todo tiempo saben bien las cosas preciosas, y principalmente porque acaso no llegarían a manos de Vuestra Beatitud aquellos pasajes de mis primeras Décadas.

Tocante al pan, sin el cual valen poco las demás viandas, ellos tienen dos clases: una de cereales, y otra de raíces. El primero se coge dos veces cada año, y a veces tres: trigo no tienen. De una hemina de aquel grano que llaman maíz se cogen doscientas, y algunas veces más. Es más principal el pan que se hace de la raíz yuca majada y puesta a secar, y hecho tortas que llaman cazabí; se puede guardar dos años sin que se eche a perder. En el uso de esta raíz de yuca se oculta cierta maravillosa industria de la naturaleza. Para sacarle el jugo le echan en un saco, y poniéndole encima grandes pesos, se comprime como en una prensa. Aquel jugo, si se bebe crudo, es más venenoso que el acónito, y mata de seguida; pero tomándolo cocido es más sabroso que el suero de la leche, y no hace daño.

Tienen también muchas clases de raíces, que con nombre común llaman batatas; en otra parte expliqué que hay ocho especies de aquel género, que se conocen por la flor, la hoja y la corteza: valen cocidas, y no menos asadas, y tampoco saben mal crudas. A la vista se parecen a nuestros nabos, rapos, rábanos, pastinacas y zanahorias; pero el gusto y la sustancia son diferentes. Mientras estoy escribiendo esto, me han regalado cierta cantidad de batatas; de no impedirlo la distancia de los lugares, habría hecho que participara de ellas Vuestra Beatitud; esa porción se la ha comido con avidez el legado de Vuestra Beatitud en la corte del César. Este varón, que en opinión de todos los buenos españoles se distingue entre los varones de mérito singular, y que con su trato de diez años conoce muy bien estas cuatro cosas, podrá, si Vuestra Beatitud gusta de ello, contárselas de viva voz alguna vez; pues a los grandes príncipes estas conversaciones suelen muchas veces hacerles más agradable el fin de la cena. De la temperatura del clima, de los árboles y frutas, de las siembras, el pan y las raíces, bastante se ha dicho ya. Pues ¿y las hortalizas? En cualquier tiempo del año se pueden coger melones, calabazas, cohombros y cosas semejantes que hay en la tierra.

---

77 Le da este nombre porque Carlos V le había presentado para la prelatura de aquella Iglesia.

Con afecto demasiado amoroso, aunque verdadero, me he alargado acerca de las galas de mi esposa. Vaya, pues, ya con Dios, y vengan otros que se han quedado atrás.

2.
Se confirma la muerte natural de Garay. Noticias de su expedición. La primera marta (?). Cortés inocente. Más allá. Traje y costumbres de Hernán Cortés.

Ha venido hace poco cierto varón insigne, que se llama Cristóbal Pérez, Hercuense, que por espacio de mucho tiempo ha sido ministro de la justicia en Jamaica bajo el mando de Garay (alguacil llaman los españoles a este cargo). Éste fue siempre compañero de Garay, y le asistió en su muerte. Declara que es verdad lo que otros han referido de la muerte de Garay y de los sucesos de todo su ejército. Regresando éste de aquel desastre a Jamaica, trajo cartas de Pedro Cano, secretario de Garay, para Pedro Espinosa, procurador de Garay y de sus hijos ante el César, al fin de las cuales exhorta, amonesta e insta a Espinosa que deje todas éstas tierras de Europa, que abandone cualesquier negocios y regrese a aquella patria venturosa, cual si le aconsejara huir de infaustos arenales a riquísimos predios, y le repite que, si quiere hacer lo que le dice, será rico dentro de poco tiempo.

Añade este alguacil otras cosas que no son para omitidas: que los ríos Pánuco y de las Palmas desembocan en el océano con casi igual corriente, y que a la distancia de nueve millas dentro del mar cogen los marineros aguas potables del uno y del otro: *(también dice)* que el tercer río, llamado del Espíritu Santo por los nuestros, más cercano a tierra Florida, tiene menos álveo, pero que son fértiles las regiones adyacentes y muy pobladas.

Preguntándole si la armada de Garay arribó al río de las Palmas por casualidad, o echada por las tempestades o de grado, respondió que por impulso de las brisas del Sur y por la corriente del mar, que ya dije otras veces corre siempre con gran fuerza al Occidente, imitando el girar de los cielos. Dice, pues, este alguacil, por valerme de esta palabra española, que los mismos pilotos, maestres y rectores de las naves, engañados por las causas antedichas, tomaron el río de las Palmas por el Pánuco, hasta que, entrando en sus gargantas, echaron de ver la diferencia de las riberas, y afirma que no dejó de pensar Garay en hacer alto y establecer allí la colonia si no se hubieren opuesto sus compañeros, que insistieron en que las orillas del río Pánuco estaban exploradas, y que se debían ocupar sus regiones fértiles y conocidas. Como sometido a infausto presagio, aunque de mala gana, consintió Garay, particularmente porque añadían que aquellas regiones del Pánuco se las había asignado el César, y que con real diploma se había permitido que se llamaran perpetuamente Garayanas.

Mientras estaban anclados en la desembocadura del río de las Palmas, y esperaban por la parte arriba del río al cuñado de Garay, entretanto la mayor parte, desembarcando, divagaban por las riberas del río explorando la condición de la tierra, y encontraban muchas cosas nuevas aunque de poca importancia. Pero contaré una de ellas.

Este alguacil se encontró pastando en un campo poco distante un cuadrúpedo poco mayor que un gato, con cara de lobo, color plateado, medio escamoso y enjaezado como enjaeza su caballo el coracero armado que va a pelear. Es un animal perezoso: al ver de lejos al hombre, se replegaba como los erizos y galápagos, y se dejó coger. Llevado a las naves, comía en medio de los hombres como domesticado; pero sobreviniendo otros cuidados mayores, le faltó la hierba, y abandonado el animal se murió.

Este alguacil, aunque con triste aspecto, como que tuvo parte en aquellas tan grandes calamidades, libra a Cortés de la sospecha de haber envenenado a Garay, y dice que éste murió de la enfermedad de costado que los médicos llaman pleuresía.

Mientras Garay y sus desgraciados compañeros recorrían aquellas regiones que hay entre medias de los grandes ríos Pánuco y de las Palmas, preguntando a los indígenas qué había al otro lado de aquellos altos montes que estaban a la vista, y rodeaban juntamente sus tierras y el mar, respondieron que había allí unas llanuras muy dilatadas, y que mandaban unos caciques de grandes ciudades y muy guerreros. Y como estábamos en Mantua Carpetana, que comúnmente se dice Madrid, poniendo una comparación el alguacil, dijo: «Al modo que estas sierras próximas *(las de Guadarrama)* separan estas provincias, las regiones Carpetana y Oretana de las regiones de Valladolid y Burgos, donde hay, según es sabido, insignes ciudades e ilustres poblaciones, como son, Segovia, Medina del Campo, Ávila, Salamanca y muchas más, así *(las sierras de allá)* separan grandes reinos de aquellas playas estrechas.» El propio alguacil afirma que conoce también los términos de Italia, y por eso dijo que las montañas de los Apeninos separan del mismo modo la Lombardía de la Toscana.

Acerca de cómo viste Cortés, y qué ceremonias gusta de que le guarden en su presencia, y qué tratamiento quiere que le den, y los tributos que suele exigir, y qué tesoros supone éste que él tiene acumulados, y si ha visto aquel cañón de oro llamado culebrina, que ya se ha hecho famoso, respondió estas palabras: «Que lleva un vestido ordinario, negro, pero de seda, y que no hace ninguna ostentación orgullosa, fuera de presentarse con numerosa familia, digo de muchos administradores, mayordomos, camareros, porteros, peluqueros, despenseros y otros cargos semejantes que corresponden a un gran Rey.»

Cortés, a cualquiera parte que se dirige, lleva siempre consigo cuatro caciques, a los que ha dado caballos; y yendo delante los pretores urbanos y los alguaciles con sus varas, cuando él pasa se postran cuantos le encuentran *(los indios)*, según su antigua usanza. También dice que recibe apaciblemente a los que le saludan; gusta más del título de Adelantado que no del de Gobernador, siendo así que el César le confió ambos cargos.

Dice además que no tiene fundamento la sospecha popular de rebeldía contra el César, concebida por nuestra gente de corte; que ni él ni nadie ha visto en él indicio ninguno de traición, y que se quedaron allí preparadas tres carabelas para enviarlas con tesoros al César, juntamente con aquel cañón que llaman culebrina, la cual declara que él examinó diligentemente, que le cabe una naranja, pero que, según su parecer, no tiene tanto oro como cuentan.

LIBRO IV.

1.
Los indios de Méjico. El gobierno de Cortés. Tezcuco y Otumba. Tributos.

Es chocante lo que ahora voy a referir. Estos indígenas bárbaros tienen la sencilla y ridícula costumbre de salir de sus aldeas a los caminos cuando pasan los nuestros, y les llevan tantas aves, que no son menores que nuestros pavos, cuantos son los que pasan; y si van montados a caballo, creyendo que los caballos comen carne, llevan otras tantas aves para los caballos.

Mas oiga Vuestra Beatitud cuan ingeniosos artífices son aquellos bárbaros que Cortés sometió al mando del César. Cuanto ellos logran ver, lo pintan, lo funden y lo forjan de tal modo, que no se quedan detrás de los corintios, que sabían sacar los rostros vivos de mármol, marfil u otra cualquier materia.

Los tesoros de Cortés dice que no son pequeños, pero que, en su opinión, no llegan a tanto como se cuenta, porque mantiene a muchos capitanes y soldados, que de ordinario son más de mil jinetes y cuatro mil infantes, de quien se sirve, ya para contener en la obediencia a los recién vencidos, ya para explorar constantemente nuevas tierras.

Dice que también ha construido naves en el mar austral de aquella inmensa extensión, para desde allí examinar la línea equinoccial, que sólo dista doce grados de aquellas costas, con la intención de recorrer las islas sometidas y próximas a la dicha línea, donde espera encontrar abundancia de oro y de joyas y de nuevos aromas. Ya lo había intentado otras veces; pero estorbándoselo sus competidores, Santiago Velázquez, gobernador de Cuba, después Pánfilo de Narváez y, finalmente, Garay, dicen que abandonó la empresa comenzada.

El modo de exigir los tributos es éste: por un ejemplo se colige lo demás. Dijimos en el discurso de las narraciones mejicanas al Pontífice Máximo LeónX, tío de Vuestra Santidad, y a su sucesor Adriano, que aquel muy poderoso rey Moctezuma tenía bajo su mando muchos y diferentes príncipes que le obedecían y eran a su vez señores de muy grandes ciudades. A éstos los debeló Cortés en su mayor parte porque rehusaron sometérsele; pero en los reinos de los mismos puso otros de entre sus hijos y hermanos, u otros parientes más bajos, a fin de que los pueblos, viendo un simulacro de sus antiguos señores, tolerasen más fácilmente el yugo.

Entre aquellas ciudades, la más próxima a la laguna salada es Tescuco, que tiene unas veinte mil casas, más blanca que un cisne, porque todas las casas están enjalbegadas con betunes de cal o de yeso, y tan brillantes por fuera que, los que la miren de lejos y no lo sepan, creen que hay allí collados nevados de poca elevación. Esta ciudad cuentan que es casi cuadrada, con tres mil pasos de larga y casi lo mismo de ancha. Al frente de ella puso un joven de la misma sangre de los antiguos próceres. Poco menor que Tescuco es Otumba: también a esta ciudad le dio su jefe de índole pacífica y obediente; y habiéndole bautizado con su propio nombre, le llama Fernando Cortés.

Tienen estas ciudades dilatadas jurisdicciones de terruño fértil, y notables por las arenas de oro de sus ríos. Cada régulo, para que no entren en sus términos los españoles, lo cual apenas puede hacerse sin atropello, paga cada año a Cortés, por común acuerdo, mil sesenta pesos de oro; muchas veces he dicho que el peso excede al ducado en un tercio. También le dan de los demás productos de la tierra, grano de maíz y aves, y carne de fieras que abundan en los montes vecinos. Este mismo orden se lleva con todos los príncipes: según los productos de su reino, envía cada uno los tributos.

También permite a la mayor parte de las provincias que le prestaron no mediano auxilio contra Moctezuma, gozar verdaderamente de su libertad, o sea vivir con sus antiguos caciques y

leyes, excepto las costumbres de víctimas humanas; pero también estas regiones pagan a Cortés sus contribuciones. Guaxaca es una región libre y abundante de oro, que dista setenta leguas de la capital de la laguna; también otra así, llamada Locpoteca, y otras muchas pagan tributos de oro.

Además tiene Cortés minas asignadas a su fisco: las explota a brazo de esclavos. y los deja libres para cultivar la tierra o dedicarse a las artes mecánicas. Pero hay una cosa particularmente graciosa. Guainalgo es una provincia, y su cacique lleva asimismo ese nombre; éste fue acompañado únicamente de su madre a saludar a Cortés, pero no de vacío, que llevó en hombros de los esclavos treinta mil pesos de oro y se los regaló a Cortés, y es curioso oír lo que hizo en señal de reverencia. Se le acercó casi desnudo, siendo así que tiene abundantes vestidos preciosos a su estilo. Supimos que tienen esta costumbre de que, en prueba de humildad, el débil visite desaliñado al poderoso, y le hable medio temblando, con la cabeza inclinada al suelo y arrodillado.

2.

Cacao-moneda. Vino de cacao. Su comercio. Resentimiento de Cortés por el robo pirático de sus caudales. Cultivo incipiente en Méjico.

Asimismo merece oírse cuan venturosa moneda usan, pues tienen una clase de moneda que llamo feliz porque la codicia de obtenerla no rompe las entrañas de la tierra con hendeduras, ni vuelve a escondrijos de la misma tierra por la avidez de los avaros o el terror de guerras inminentes, como las de oro y de plata, sino que es la del árbol, de la cual en otro lugar expliqué cómo se siembra, se trasplanta y se cultiva a la sombra de otro árbol grande que le sirve de nodriza, hasta que, ya adulto, pueda sufrir los calores del verano y resistir el ímpetu de los torbellinos.

Este árbol cría un fruto semejante a pequeñas avellanas: de tierno tiene un gusto amargo, y por eso no vale de comer; pero de él se hace una bebida para los ricos y los nobles. Cuando se ha secado, lo trituran en forma de harina; a la hora de comer o de cenar, los criados cogen orzas, hidrias o cántaros, toman el agua necesaria y echan una cantidad de polvo en proporción de la bebida que quieren preparar. Después vierten la mixtura de una vasija en otra desde la altura que pueden levantar los brazos, y la decantan cual lluvia que cae de las tejas, y veces y veces la agitan del mismo modo hasta que eche espuma, y cuanto más espumosa se pone, tanto mejor dicen que sale la bebida. Revuelta así como por espacio de una hora aquella bebida, se la deja reposar un poco para que las heces y la materia más crasa se deposite en el fondo de la cántara u otra vasija. Es una bebida suave, y no embriaga mucho, si bien para el que la beba en demasía es como nuestros vinos espumosos. Llaman cacao al árbol y al fruto, como nosotros llamamos a uno y otro avellana y almendra; la espuma aquella es como la grosura de la leche, que se come y los españoles llaman nata, y dicen que es a la vez comida y bebida.

Estos dos árboles y la moneda los crían regiones particulares; pues en todas partes no nacen, ni prosperan sembrándolos o trasplantados, como vemos que pasa con nuestros frutales, que las frutas cidrosas y medicinales, que llamamos comúnmente toronjas y limones y otras semejantes, en pocas partes pueden dar fruto y prosperar.

Así Cortés el cacao lo obtiene como tributo de los caciques y de sus tierras que lo producen, con el cual paga siempre a los soldados, y hace bebidas y compra lo necesario. Pero la tierra que esto da no lleva cereales. Se entienden mutuamente los mercaderes, y hacen sus negocios a cambio de géneros: a las tierras esas llevan grano de maíz y algodón para hacer vestidos, y también los vestidos mismos, y se traen el cacao a cambio. De la moneda basta ya.

Repito la mayor parte de estas cosas, Beatísimo Padre, no sea que quien vea esto que lleva Vuestro nombre y no haya leído los libros a *(los Papas)* León y Adriano, se quede en ayunas.

Hay además régulos que disfrutan minas de plata. Estos dan los tributos en plata, y de ella tiene llenos Cortés los aparadores, y de joyas primorosamente labradas, ya de plata, ya de oro. Comprenda Vuestra Beatitud por estos ejemplos lo que piensan de nuestro Cortés.

Dicen que está triste por los inmensos tesoros que pillaron hace tres años los piratas franceses, que se los enviaba él al César, entre los cuales había ornamentos maravillosos de los templos, que ellos sacrificaban a sus dioses, junto con las víctimas humanas. ¿Y qué diremos de las joyas y piedras preciosas? Aparte de otras, había una esmeralda de la base de una pirámide, casi tan ancha como la palma de la mano de un hombre, cual nunca ojo humano logró ver otra, según nos lo han referido en el Senado regio a nosotros y al César. Dicen que el almirante francés se la compró por un precio increíble al que robó la presa. Y se están ensañando inhumanamente contra el desgraciado capitán de la nave, Alfonso de Ávila. Es un joven de noble alcurnia, pero no rico; le tienen preso y encerrado en obscura cárcel *(los franceses)*, fundándose únicamente en que le había sido confiada a su lealtad semejante joya y los demás tesoros. Creen que si quiere redimirse le podrán sacar veinte mil ducados. Los que conocen la joya, piensan que no se puede comprar con ninguna cantidad de oro, y que es diáfana, limpia y de admirable brillo.

En estas regiones de Méjico, como hace frío por la distancia del mar y la proximidad de altas montañas, aunque caen dentro de la zona tórrida a dieciocho grados, si se siembra nuestro trigo prevalece y se hacen más grandes las espigas, y también los granos. Pero como tienen tres clases de granos de maíz, blanco, amarillo y colorado, entre ellos tiene más estimación la harina de esas varias clases, y la tienen por más saludable que no la de trigo. Tienen asimismo en abundancia vides silvestres en los bosques, que crían grandes y sabrosos racimos, pero aún no han hecho vino de ellas. Se cuenta que Cortés ha plantado viñas: lo que resulte, el tiempo lo dirá.

LIBRO V

1.
Noticias favorables de Cortés. Expedición de Alvarado.

A más del antedicho alguacil que ocupa una buena parte de este trabajo, vino hace poco de las mismas partes de Nueva España, sojuzgada por Cortés, otro Santiago García, vecino de Sanlúcar de Barrameda. Cuenta que salió del puerto de Veracruz hacia primeros de abril del año 1524, cuando ya Garay había fallecido.

También éste libra a Cortés de la sospecha de haberle envenenado, y afirma que murió de la misma enfermedad de costado o pleuresía. Sostiene asimismo que no se observa en Cortés indicio ninguno de rebeldía contra el César, como andan murmurando muchos por envidia. Por la relación de éste y de otros, tenemos que no cabe mayor sumisión a su Rey que la de Cortés; que su cuidado es reparar lo arruinado en la gran ciudad de la laguna en tiempo de las guerras; que ha reconstruido los acueductos que entonces cortó para hacer pasar sed a los tenaces sitiados de la ciudad, y que los puentes destruidos están ya arreglados y renovadas muchas de las casas que se arruinaron; y que poco a poco recobra la ciudad su antiguo aspecto, y no paran las ferias y mercados, y hay la misma concurrencia que antes había de lanchas que van y vienen.

Es ya grande la muchedumbre de comerciantes, que parece igual que cuando imperaba Moctezuma. Permite que entienda en las causas del pueblo uno de sangre real, y que use la vara de pretor *(juez)*, pero sin armas. Cuando este hombre anda entre los nuestros o con Cortés, lleva vestido español, que Cortés le ha dado; y cuando está en casa con su gente, se viste a usanza de su tierra.

Dice que la guardia de Cortés, designada para escolta de su persona y para apaciguar cualquier tumulto que se origine, consta de quinientos jinetes y cuatrocientos de a pie; que están fuera muchos capitanes enviados por mar y por tierra a diferentes negocios, y entre ellos Cristóbal de Olid, de quien hemos hablado en otra parte, y diremos poco más abajo lo restante de sus hechos.

Pero lo que ha hecho cierto capitán que se llama Alvarado por otro lado adonde le envió, es cosa ilustre y hermosa de contar. Hemos dicho alguna vez que entre el Yucatán, que es el principio de Nueva España, así llamada por Cortés y confirmada por el César, y la vasta extensión del creído continente, media un gran golfo que en alguna ocasión hemos creído que tenía salida a las regiones australes de aquel territorio, en el cual golfo Gil González de Ávila cree también hasta el presente que se podrá encontrar algún ancho río que absorba las aguas del gran lago de agua potable de que se trata extensamente en el libro que el arzobispo de Cosenza entregó a Vuestra Beatitud y en la anterior narración del Duque.

Al ángulo de aquel golfo, conocido tiempo ha, lo llaman Figueras. En su lado occidental contaron varios indígenas que hay una ciudad no menor que la Tenustitana, pero que dista más de cuatrocientas leguas, según testimonio de todos, y que su rey manda *(esse tyrannum)* en un vasto imperio. Cortés confió a Alvarado el encargo de investigar la verdad que en eso hubiera, designándole quinientos hombres entre jinetes e infantes.

Emprendió Alvarado su viaje con rumbo derecho al Oriente, enviando delante a dos solos que entendían los idiomas de los bárbaros. Encontraba diferentes tierras, éstas montañosas, aquéllas llanas, a veces pantanosas, de ordinario áridas; las diferentes comarcas hablaban diferente idioma, y de cada una enviaba delante con los suyos otros que supieran la lengua. Omitiendo lo que les sucedía de paso, por no molestarme yo y molestar a Vuestra Beatitud contando menudencias, pasemos de un salto a lo que he llamado cosa ilustre y digna de contarse.

Los enviados que iban delante de reino en reino con sus guías indígenas, regresaban adonde estaba Alvarado, que siempre se retrasaba no pocas leguas, y le contaban lo que habían explorado. Los mensajeros lo dejaban todo tranquilo cuando había llegado la fama de los españoles. Ninguno de los caciques se atrevió nunca a sacar la espada contra ellos o contra nuestros escuadrones. Adondequiera que iban se les abrían los graneros, y veían caras expresivas de admiración, principalmente en vista de los caballos y de las galas de los nuestros, pues también aquéllos andan casi desnudos. Ayudaban a los nuestros con provisiones y con esclavos de carga que, en vez de acémilas, llevaran sus bultos, pues a los que cogen en la guerra les hacen esclavos, como en todas partes lo verifican todos, por la avaricia y ambición que enloquecen a los pueblos, ya que no diga a los reyes.

2.

Alvarado en camino hacia Guatemala. Dos guías suyos al habla con un cacique. Le pintorrean una nave y un caballo. Les pide auxilio. Sus regalos. Hurto castigado por Cortés. Proyecto de colonizar la isla Margarita.

Hizo alto Alvarado en las fronteras de aquel cacique *(tyranni)*, y conservando siempre la formación, los tuvo en ala y sin pisar los términos de aquel gran rey, no pareciera que quería proceder violando sus derechos; como que entre los régulos de todas aquellas tierras se reputa el mayor insulto el que uno toque los límites de otro sin que lo sepa el dueño, y no hay cosa más corriente entre ellos que el tomar venganza en tal caso; de aquí nacen las disputas, las enemistades y las ocasiones de guerra.

Todavía distaban así como unas cien leguas de la capital de aquel príncipe. Envió delante mensajeros con intérpretes de las naciones próximas a aquel reino: fueron a ver al rey, le saludaron y fueron apaciblemente recibidos, pues había llegado a sus oídos la fama de los nuestros. Les preguntó si venían de parte del gran *Malinge*, que, según se decía, había bajado del cielo a aquellas tierras. Llaman malinge al héroe invicto y poderoso. Ellos declararon que venían enviados por él. Si habían venido por mar o por camino de tierra, y si por mar en qué piraguas, esto es, naves grandes como el palacio en que estaban. Ellos tienen naves, pero sólo de pesca, de un madero, como en todas aquellas tierras. Aquí el rey declaró que había tenido noticia de nuestras embarcaciones el año anterior. Eran ciertamente las que mandaba Gil González por aquellos mares que miran al lado posterior de Yucatán. Los indígenas de aquel régulo, desde las aldeas próximas al mar, las habían visto navegar a velas desplegadas, y formaron juicio de que eran monstruos marinos y portentos recientemente salidos, y despavoridos se lo anunciaban a su rey.

Preguntando él si alguno de los dos sabía pintar una nave así, uno de ellos, llamado Treviño, que había sido escultor en madera y no mediano naviero, se le ofreció y se comprometió a pintar una nave en un salón muy grande; pues el cacique y sus magnates tienen grandes palacios hechos de piedra y cal, según lo dijimos de la Tenustitana de la laguna. Éste pintó una nave de carga monstruosa, de la clase que los genoveses llaman carracas, con seis mástiles y otros tantos castillos *(caveis)*. Admirándose de tan vasta mole, vaciló un rato el rey; luego *(preguntó)* cómo pelean de suerte que se pueda decir que cada uno de ellos *(los españoles)* tiene tales fuerzas que fácilmente logran vencer a mil, lo cual explicó que él no podía ni quería creerlo, viendo como veía que no eran más altos que los demás hombres, ni tenían más robusto el aspecto ni los miembros. Dijeron *(los indios)* que los nuestros tenían unos cuadrúpedos feroces y más veloces que el viento, con los cuales pelean, y pidió *(el cacique)* que alguno de ellos pintara un caballo del modo que supiera. El otro compañero pintó un caballo de torvo aspecto y mucho más grande que los que Fidias o Praxiteles dejaron en el monte Esquilino de Vuestra Beatitud forjados de bronce: y sobre el lomo, que llevaba sus gualdrapas, le puso un jinete con su armadura.

Maravillado de esto el rey, les preguntó si querrían encargarse de debelar a un vecino enemigo suyo que devastaba su territorio, enviándoles él como auxiliares cincuenta mil combatientes. Respondieron que cada uno de los españoles tienen poder poco mayor, y fuerzas un poco más vigorosas que los demás hombres; pero que, formados en escuadrón con sus caballos y sus máquinas, no temen a ninguna muchedumbre de hombres; que tenían que regresar al lado del capitán que les había enviado, el cual les esperaba no lejos de sus fronteras, y prometieron *(volver)*. Él les preguntó qué recado le traerían. *(Respondieron)* que en su concepto vendría en su auxilio (el capitán), que derrotaría fácilmente a su enemigo, y destruirían su ciudad y cuanto hubiera bajo su mando. Él aseguró que si cumplían esta promesa se entregaría él mismo con todos sus súbditos bajo el poder de aquel grande e invicto héroe.

Después de esto, en prueba de su adhesión futura quedó tan inclinado a los nuestros, que les dio para que se los llevaran a Alvarado cinco mil esclavos cargados de cacao, moneda que se extiende hasta allá, y de provisiones, y veinte mil pesos de oro labrado en varias alhajas. Volviéndose a Alvarado, le pusieron alegre; éste regresó y le contó a Cortés todo lo hecho, le presentó las ofrendas de aquel gran rey, y se repartieron como era justo.

Pero uno de los mensajeros enviados por Alvarado, desconfiando de que los jefes fueran generosos para con él, hurtó algunos pesos en el camino. Su compañero le exhortó a que no manchara sus manos faltando a la lealtad, y le aconsejaba que prefiriera experimentar la liberalidad de Cortés y de Alvarado. Viendo la obstinación de su compañero, se calló y disimuló, *(pero después)* le acusó de hurto ante Cortés. Descubierto el oro, fue apaleado públicamente para escarmiento de los demás y desterrado para siempre de Nueva España. Estas cosas sucedieron hacia el fin del año 1523.

Pasados después algunos días, repuestos los enfermos y sustituyendo otros nuevos en lugar de los muertos, dice este mensajero que por orden de Cortés, y en su presencia, marchó Alvarado con más tropa a son de tambores y trompetas.

Este mensajero, Santiago García, criado en otro tiempo de un senador de la Española, el jurisconsulto Marcelo Villalobos, fue enviado por su antiguo amo a nuestro Senado, y consiguió lo que pedía para su amo: que se le permita levantar un fuerte y fundar una colonia a sus expensas en la isla Margarita. Esta isla Margarita está enfrente de las gargantas de la Boca del Dragón en el creído continente; es fecunda en criar perlas, y por eso se le ha puesto el nombre de Margarita. Si lo lleva a cabo será Gobernador perpetuo de ella, y su mando pasará a sus herederos según costumbre, reservándose, sin embargo, la autoridad suprema para la corona de Castilla.

Una cosa queda para terminar lo de esta Nueva España.

LIBRO VI.

1.
Resentimiento de Cortés. Sospecha sobre su lealtad. Confianza. Más noticias acerca de los caribes.

Cortés, desde que el pirata francés llamado Florín robó su flota con los muchos objetos preciosos que tanto él como los demás empleados de Nueva España que tomaron parte en sus victorias enviaban al Emperador, apesadumbrado y lleno de dolor por esta desgracia, no envió carta alguna, ni para el Emperador ni para nuestro Senado, a pesar de que con frecuencia llegaban muchos de aquellos países: de aquí la sospecha de su rebelión contra el César.

Ya da señales de que es falsa esa sospecha; él procura extender aquellos reinos para S. M., no para sí; y si en el ánimo de Vuestra Beatitud estuviera que debiera pedírsele explicación de aquella inexplicable desgracia de Garay, o que se haga una estricta investigación de la muerte de éste, y se corrija a Cortés si con asentimiento suyo ocurrió, sepa éste mi juicio. Se disimulará según pienso esta investigación, y no se intentará poner freno en esta forma a tan poderoso elefante. Somos de parecer que convendrá más emplear halagos y lenitivos para curar tal herida que no irritarla. El tiempo, descubridor de todo, lo dirá en lo sucesivo.

Creemos, sin embargo, que ha de caer algún día en los mismos lazos que él echó a Santiago Velázquez, gobernador de Cuba, cuando era joven y súbdito suyo, y a Pánfilo Narváez, y últimamente a Garay, si es verdad lo que muchos opinan, como extensamente se dijo en su lugar. Y no está lejos de comenzar el pago de esta deuda. De Cuba y Jamaica, y más claro de la Española, adonde se acude para todo como a emporio general, nos cuentan que aquel Cristóbal Olid enviado por él a buscar el estrecho deseado, se ha separado de él y obra por su cuenta, despreciando la autoridad de Cortés. Así comienzan las cosas.

Hemos también leído cartas en que se refiere que Gil González de Ávila, de quien se habló mucho anteriormente, había llegado a las costas del mencionado golfo de Figueras, conocido ya de antiguo, a fin de que, investigando poco a poco desde allí, busque aquella salida de las aguas dulces. A estas mismas playas se cuenta que llegó Olid, solamente treinta leguas más abajo que Gil González.

Dícese además que Gil, al tener noticia de la venida de Olid, le mandó emisarios y cartas proponiéndole paz y amistad; y que Cortés, al conocer la defección de Olid, envió sus tropas contra él con orden de que lo cogieran y lo condujeran preso a su presencia o le mataran. Los que conocen a Olid aseguran que es soldado valiente y hábil capitán, y que desde el principio de la guerra contribuyó bastante a las victorias; pero que, como con frecuencia sucede, inspiraba recelo a Cortés; por lo cual, so capa de honrarle, le había enviado lejos de su lado, no faltando entonces quien advirtiera a Cortés que no confiara encargo alguno a persona a quien había dirigido palabras humillantes.

Por otra parte, hemos oído que Pedro Arias, gobernador del creído continente, ha reunido un gran ejército para dirigirse a aquel mismo lugar; de donde es de temer que las diferencias de éstos den al traste con todo. Y ni el César ni los del Senado entendemos que podamos hacer otra cosa sino robustecer con repetidos mandatos la autoridad del Senado de la Española, para que éste, como suprema autoridad, trabaje, ya con suavidad, ya con apercibimientos y amenazas, para que no ocurra nada malo, no anden en disensiones y se pongan de acuerdo si no quieren hacerse reos de lesa majestad; de no obedecer, todos serán depuestos, pues no tendrán a su lado contra la obediencia de su Rey a los demás nobles españoles que tienen también partido entre los soldados.

Y no creemos que se hayan de reprimir con las armas estos movimientos; porque, si se vieran algunos indicios de deslealtad, con un poco de papel y cuatro renglones se echaría todo a tierra, pues tienen en los pechos españoles gran virtud el honor y la gloria, principalmente la de ser tenidos por leales a su Soberano. De un momento a otro esperamos naves de aquel remoto y Nuevo Mundo, y entonces se sabrá lo que haya oculto, y aplicaremos a la llaga el remedio.

He sabido otras muchas cosas dignas de mención por conducto de Fr. Tomás Ortiz y sus consocios bicolores, los frailes dominicos, varones probadísimos. Habitaron éstos por espacio de siete años aquella parte del creído continente conocida por Chiribichi, región vecina a la Boca del Dragón y a la provincia de Paná, nombrada frecuentemente por nosotros en los primeros libros, en la del Duque, donde dijimos haber derribado el convento los bárbaros y dado muerte a los frailes.

Respecto a este Fr. Tomás Ortiz, pensamos que bajo su dirección se envíen doce religiosos dominicos a Nueva España, a fin de que siembren la semilla de nuestra fe en aquellas bárbaras naciones. Por los religiosos dominicos supe también muchas cosas que, si mal no recuerdo, envié por escrito y dedicadas a varios príncipes.

Afirman que los habitantes de estas regiones son caribes o caníbales, comedores de carne humana. Tienen los caribes vastísima extensión de terreno, mayor que Europa. Se sabe que salen a caza de hombres en flotas de barquillas de un solo madero, recorriendo innumerables islas, como otros salen por los bosques y las selvas a matar ciervos y jabalíes. Carib, en todas las lenguas de aquellos países, es lo mismo que más fuerte que los demás; caribes lo mismo, y ninguno de los insulares pronuncia este nombre sin miedo. Se llaman también caribes de la región caribana, situada en la parte oriental de Urabá, desde donde se extendía esta clase de hombres feroces por dilatadas regiones. En algunas ocasiones destrozaron tropas de españoles hasta darles muerte.

Viven casi desnudos, *cucurbitula aurea interdum includunt pudenda, funículo praeputium alibi colligunt, neque nisi coitus aut mictus causa solvunt*, y no se cubren nada más cuando están ociosos en sus casas; pero en tiempo de guerra se ponen muchos adornos. Son agilísimos, disparan con ojo certero sus saetas envenenadas, y con la celeridad del viento van y vienen con sus arcos armados. Son imberbes, y si les sale el pelo se lo sacan unos a otros con ciertas tenacillas, y se cortan el cabello hasta la mitad de las orejas. Por razón de elegancia se perforan las narices y orejas, adornándoselas con pendientes de oro los más ricos, con caracoles y otras varias conchas los del pueblo, llevando también coronas de oro los que lo tienen.

2.

Hojas para conservar la dentadura. Varios jugos de árboles, aromáticos, mortíferos, viscosos, medicinales para la garganta. Árboles antipútridos, sedosos, como canela. Aguas diuréticas, alquitranadas.

Desde los diez o doce años, cuando empiezan a sentir los estímulos de la concupiscencia, llevan todo el día en ambos lados de la boca hojas de árboles, como bulto de una nuez, y no se las quitan sino para comer o beber. Con esta medicina se ennegrecen los dientes hasta tomar la negrura del carbón apagado. Llaman a los nuestros en son de afrenta mujeres o niños porque gustan de tener blancos los dientes, y fieras silvestres por criar barba y cabello; a ellos les duran los dientes hasta el fin de sus días, y no tienen jamás dolores de muelas, ni les entra caries.

Son las antedichas hojas un poco más grandes que las del mirto, suaves como las del terebinto, y al tacto tienen toda la blandura de la lana o el algodón. A ningún otro cultivo se dedican más estos chiribichenses que al de los árboles que llaman *hai*, porque de sus hojas sacan para toda suerte de mercancías de su gusto. Por los campos de estos árboles abren acequias muy bien arregladas, y traen por ellas arroyos con que riegan sus sembrados con orden agradable. Cada uno cerca su parte rodeándola con una cuerda de algodón a la altura de la cintura de hombre, y tienen

por sacrilegio el que alguno pise la posesión de su vecino saltando la cuerda, y están en la firme creencia de que el violador de este derecho sagrado morirá pronto.

Pero es digna de mención la manera que tienen de cuidar el polvo de estas hojas para que no se eche a perder. Antes de triturar en polvo las hojas secas, se van a las selvas de los montes, donde hay innumerable multitud de conchas y caracoles a causa de la humedad de la tierra; y reuniendo gran cantidad de ellas, y poniéndolas en un horno que preparan con madera dura, les prenden fuego, y hacen una cal que mezclan con el polvo. Es tan grande la fortaleza de esta cal, que al primero que la toma se le queman y endurecen los labios, como a los cavadores se les ponen callosas las manos por el frecuenta manejo del azadón, o como si nos frotaran los labios con cal viva: a los que están ya acostumbrados a esto, no les produce el mismo efecto.

Preparado así este polvo, lo ponen en cestos y espuertas, admirablemente tejidos de cañas palustres, y lo guardan hasta la venida de los mercaderes, que acuden en su busca como se acude a las ferias o mercados. Llevan grano de maíz, esclavos, oro o alhajas de oro, que ellos llaman *guanines*, para adquirir este polvo de que usan todas las regiones vecinas para cuidar la dentadura, y los mismos chiribichenses, tirando de la boca de hora en hora unas hojas, toman otras nuevas.

Hay en este valle otros árboles de muy notable provecho: a uno de ellos, haciendo una pequeña incisión en sus ramas, le mana un líquido lechoso, que, dejándolo, se coagula en forma de pez resinosa: esta goma es diáfana y útil para hacer agradables perfumes. De otro árbol se saca, en la misma forma, un jugo que produce la muerte si uno fuera herido con saeta untada con él. De otros mana una materia viscosa, con la cual cogen las aves y sirve para otros varios usos. El *guarcirma* es otro árbol semejante al moral, que produce moras más duras que las nuestras de Europa, y que frescas valen de comer: echándolas en agua, les sacan primero un mosto excelente para limpiar la garganta y quitar la ronquera. De las ramas secas de este árbol se obtiene el fuego, lo mismo que se saca al golpe del pedernal.

También producen en abundancia las laderas de este valle corpulentos cidros: cuentan que los vestidos se llenan de agradable olor, y que, encerrados en cajas de esta madera, están exentos de la polilla; pero que si en estas cajas se pone a guardar pan, se hace más amargo que la hiel y no se puede probar; de aquí el que, como ya lo hemos dicho, las naves que se fabrican con esta madera estén libres de gusanos roedores.

Otro árbol mayor que el moral produce algodón; sólo vive diez años, y ya hemos dicho en el precedente libro ducal que lo mismo acontece en la Española y otros muchos lugares de este nuevo mundo. Dicen los Padres dominicos que este algodón es más precioso que el nuestro de Europa, que se siembra cada año; no crece más que el tallo del cáñamo, nace en muchas partes y prospera éste delgado en España, especialmente en los campos de Écija.

Son comunes en este valle, y se producen espontáneamente grandes árboles de la canela.

No debe tampoco pasarse por alto otra ventaja de este valle: creyeron que entre los chiribichenses, en algunos apartados rincones, se daban árboles del cinamono, desconocidos, o por lo menos inadvertidos, por los naturales por no usarse entre ellos otra especie de aromas que la pimienta, que ellos llaman *axi*, de la cual muchas veces se ha hablado con extensión, y es tan peculiar que estos arbustos no son allí menos abundantes que entre nosotros las ortigas o malvas. Sirva de ejemplo un árbol que el río desbordado se llevó y lo echó a la orilla del mar, próxima al convento: sacado a tierra, procuraron hacerlo pedazos para la cocina; de todas sus astillas salía un olor agradable, y al gustar su corteza observaron que tenía buen sabor de canela, aunque por el largo transcurso del tiempo y las sacudidas del torrente estaba medio echado a perder aquel tronco.

El tiempo, que es juez de todos los sucesos, nos dará luz sobre éstos y otros muchos que todavía nos son desconocidos. Sabemos que el Criador del mundo se tomó un espacio de seis días para formar y ordenar debidamente la máquina de todo el orbe, y no podemos nosotros indagar de un golpe todos los secretos de tan grandes cosas.

Refieren que las aguas de dicho río son a propósito para deshacer y expeler los cálculos de los riñones y la vejiga, pero que producen nubes en los ojos.

De una fuente cuentan también que sale una materia de fuego inextinguible, que vulgarmente es llamado fuego de alquitrán, y en italiano fuego griego, según creo.

LIBRO VII.

1.
De ciertos árboles y plantas notables de Cumaná. Cuadrúpedos y aves. Cocodrilos y gatos silvestres.

Que ese valle cría los afeminadores perfumes, lo prueba otra cosa notable. A la salida del sol, y en tiempo sereno, se esparcen por todo él vapores impulsados por las auras matutinas; pero si se olfatean con demasiada avidez, son malos para la cabeza y producen pesadez, como entre nosotros ocurre con muchas hierbas, y sobre todo con el nardo; y no basta aplicar tampoco el almizcle a la nariz aunque de lejos sea su olor agradable. En tiempos de lluvia o nublados cesan estos olores.

A la orilla de los ríos, otro árbol produce unas manzanas que, comiéndolas, provocan la orina y la fomentan hasta ponerla de color de sangre. Otro produce excelentes ciruelas, semejantes a las que en España se llaman de fraile. En las mismas riberas produce otro árbol un fruto que, comiéndolo, aunque dulce, ocasiona la muerte. Cuando caen en los ríos son pasto de los peces, y acarrean varias enfermedades desconocidas a los que comieran de estos peces. El mismo Fray Tomás Ortiz dice que gustó un poco de esta manzanilla agridulce, pero no la comió, y asegura que tiene un sabor mixto: dañóle un poco, y un sorbo de aceite es antídoto de este veneno. La sombra de este árbol daña también a la cabeza y a la vista; el comer esas manzanas causa la muerte a los perros, gatos y a cualquiera otro cuadrúpedo.

Otras muchas clases de árboles produce esta tierra. Uno destila un jugo que, comprimido, se asemeja a la leche fresca y cuajada, y es comestible. Otro da una goma no inferior que el azúcar rosada. También produce aquella tierra espontáneamente hierbas olorosas: el nardo puede cogerse en todas partes; la acelga crece allí hasta la altura de un hombre; el trébol se hace mayor que el apio; las verdolagas echan sus ramillos más gruesos que el dedo pulgar. Prevalecen allí las verduras y hortalizas que llevaron los frailes, como melones, calabazas, cohombros, rábanos, zanahorias, pastinacas. Nacen allí también hierbas mortíferas, en particular una palustre, de tres lados, a modo de sierra y armada de agudas puntas. Si algún incauto se pincha en ellas, le dejan dando alaridos. Asimismo se crían en aquel mar unas hierbas que, arrancadas por los vientos, se desparraman, y muchas veces entorpecen el andar de las naves.

Merece mencionarse la variedad de cuadrúpedos y aves indígenas que hay en esta región chiribichense. Comencemos por los que son el más útil y el más nocivo, los contrarios. En mis libros primeros y en los subsiguientes se mencionaron frecuentemente ciertas serpientes con cuatro patas, de feroz aspecto: las llaman *yuganas*, otros dicen *juanas*. Es un animal que se come, y aun debe contarse entre los buenos bocados; también sus huevos, que los cría y pone como los cocodrilos y las tortugas, son alimento excelente y de buen sabor.

A los frailes dominicos que habitaron siete años en aquellas tierras, les hacían no poco daño. Habiendo edificado, como dijimos, un convento, cuentan que por la noche, rodeados cual de enemigos, de una muchedumbre de molestas yuganas, se levantaban de la cama, no para defenderse hiriéndolas, sino para espantarlas y hacerlas ir de los sembrados y hortalizas, principalmente de los melones, que entonces sembraron y cultivaron, y ellas se los comen con avidez.

Los habitantes de aquel valle se dedican a cazar yuganas para comérselas. Cuando las encuentran las matan a flechazos, y muchos de ellos las cogen vivas echando la mano al cuello del animal, que no hace nada, no obstante que con formidable aspecto, abriendo la boca y enseñando fieramente los dientes, parece que amenaza con morder; pero a manera de ganso que grazna, se entorpece y no se atreve a embestir. Las crías son tan numerosas que no pueden acabar con ellas. De

los antros y cuevas marinas donde se crían, salen a bandadas de noche a buscarse la comida; se comen también las heces que el mar deja en las orillas al retirarse.

Cría además aquella tierra otro animal astuto y cruel, que no es menor que un galgo y se le ve raras veces. En el primer crepúsculo de la noche sale de sus madrigueras de los bosques, va a las aldeas y da vuelta a las casas llorando a gritos, de suerte que, los que no conocen esa treta, piensan que es un niño que se ha lastimado. Antes que la experiencia hubiese enseñado a los vecinos, se engañaban muchos: salían incautamente al oír el llanto, y se encontraban con la fiera, que se tiraba al desdichado y en un instante lo hacía pedazos. El largo tiempo transcurrido y la necesidad, que despiertan a los dormidos, enseñaron remedio contra la fiera índole de la alimaña. El que tiene que caminar de noche lleva consigo un tizón encendido, y conforme va andando le da vueltas, y viéndolo el monstruo huye, como el hombre huye de la espada de un furioso. De día no se la ha visto nunca.

Además se ven acosados de cocodrilos, particularmente en los sitios aislados y pantanosos: muchas veces cogen a los cachorros y se los comen; de los grandes huyen con terror. Los frailes comieron cocodrilo; dicen que es como la carne de pollino y de gusto insípido, como en otra parte lo he dicho de los cocodrilos del Nilo en mi *Legación de Babilonia* por los Reyes Católicos Fernando e Isabel. La hembra despide un olor semejante al del muelle almizcle.

Críanse en aquella tierra gatos silvestres: la madre, trepando entre los árboles, lleva abrazados a sus hijos. Entonces le tiran un flechazo, y cayendo muerta cogen los gatillos, y los conservan por gusto, como nosotros a los cercopitecos o monas, de los que los frailes dicen que se diferencian muchísimo. Los cogen tendiéndoles lazos a la orilla de las fuentes.

2.
Noticias curiosas de ciertos cuadrúpedos. Y de los murciélagos. Y de varias aves. Y de monstruos marinos.

Al otro lado de las sierras, que señalaron con el dedo, dicen los indígenas que hay en las montañas unas fieras que en la cara, pies y manos se asemejan a la figura del hombre, y que algunas veces se ponen de pie y andan con la cara derecha; los que esto oyeron, piensan que son osos: no los han visto.

Otro animal hay en sus bosques más grande que el asno, feroz enemigo de los perros, que los agarra si los ve, y se los lleva consigo, como el lobo o el león se llevan una res. Tres perros se les llevaron del vestíbulo a los frailes, que los tenían para guardar el convento. Este animal tiene las patas muy diferentes que los otros. La pesuña es semejante a un zapato francés; por delante, ancha, redonda y sin abrir: por el calcañal, puntiaguda; es negro y velludo: teme la vista del hombre. Los indígenas llaman a este cuadrúpedo *capa*.

También cría leopardos y leones, pero mansos, y que no hacen daño; los ciervos están en muy gran número; los indígenas los persiguen para cazarlos a flechazos. No menor que un perro galgo es otro animal que se llama *aranata*: su figura es de hombre, la barba poblada, tiene grave y venerable aspecto; las manos, pies y boca, como los hombres; se alimenta con frutas de los árboles. Dando vueltas por entre los árboles como un gato o mona, andan por manadas, y a veces huyen unos de otros; de modo que los frailes del convento, cuando por primera vez llegaron allá, se figuraron que eran escuadrones de demonios, que armaban ruido para amedrentarlos, de rabia porque habían ido.

Es un animal muy diestro, que sabe eludir las flechas que le tiran, y agarrar una y volver a tirársela al que le hirió. Yo creo que es una especie de los monos o cercopitecos: los frailes dicen que no. Otro hay admirable en sus ademanes, macilento; por excremento echa culebras de un codo: los mismos frailes afirman que alimentaron uno en su casa, y que vieron eso por manifiesta experiencia. Preguntándoles adonde se dirigían las culebras sueltas, dijeron que a las selvas vecinas,

donde mueren en breve. Hiede ese animal más que cualquier cadáver podrido y echado a un estercolero; por lo cual, no sufriendo su hedor, lo mandaron matar; tenía la cara de zorra y el pelo de lobo.

Cuando he sabido que frecuentemente se crían gusanos en el vientre de los niños, y que los viejos tampoco están libres de esa plaga, y que se expelen vivos junto con los excrementos, que vulgarmente, cambiándoles el nombre, se llaman lombrices, ¿por qué no he de creer que pueda suceder eso también, principalmente afirmándolo varones tales?

Hay otro cuadrúpedo que se busca el alimento con admirable instinto de la naturaleza. Le gustan las hormigas, como lo dijimos del ave pico; está provisto de un agudo pico de un palmo; por boca tiene únicamente un agujero en la punta del pico, y sacando por allí su lengua oblonga, la extiende en las casillas de las hormigas que se ocultan en las cuevecillas de los árboles, y jugueteando con menear la lengua las hace salir; y cuando advierte que la tiene llena de hormigas, la encoge, y tragándose de este modo las hormigas, se alimenta; es animal que va engalanado, y se crían bastantes en aquella tierra.

Abunda *(igualmente)* de jabalíes, erizos con espinas, puercos espines y varias especies de comadrejas, así como la adornan diversas aves y la molestan los onocrótalos, de que se trató extensamente en la anterior *(Década)* del Duque.

Los murciélagos, por la noche, acometen a los que duermen como los mosquitos; la parte que en el hombre vea descubierta el murciélago, se tira a ella sin miedo, y le da un repentino mordisco, chupando la sangre. Mas oiga Vuestra Beatitud un caso gracioso que acaeció por el mordisco de un murciélago. Estaba a punto de morirse un criado de los frailes con pleuresía grave y ardiente calentura: necesitaba sangría: el sangrador con su lanceta le pinchó la vena dos y tres veces sin sacar ni una gota de sangre. Dejándole, como que se iba a morir dentro de pocas horas, dándole el último adiós, se fueron los frailes a prepararle la sepultura. Estando solo le acometió un murciélago en un pie que tenía descubierto, le abrió la vena, y chupándole la sangre, cuando se hartó se echó a volar dejando rota la vena.

A la salida del sol acudieron los frailes al que habían dejado creyendo que estaría ya muerto: se lo encontraron vivo, alegre y casi bueno, y convaleció prontamente, dedicándose a sus antiguas ocupaciones, gracias al murciélago médico. Estos matan a mordiscos los gatos, perros y gallinas. Los indígenas los llaman *rere*. Son pocos los nombres que dan de las cosas.

Hay unos cuervos que no son esos cuervos negros, sino unas aves de corvo pico de águila, de rapiña, pero tardos en el volar como la avutarda, tan común en España, y son mayores que el pato. Hacia la puesta del sol despiden un aliento oloroso, al medio día o con atmósfera pesada, no. Las perdices, tórtolas, palomas, se crían allí en número innumerable, y tienen pajaritos menores que nuestro reyezuelo. De la industriosa arquitectura de sus nidos para defender las crías de las aves de rapiña y de otras alimañas, cuentan cosas admirables.

Alguna vez hemos dicho que Maya es una región vecina de Chiribichí, y notable por sus salinas. Recorrían sus costas los españoles, extendiendo la vista por el mar, mientras los demás jugaban o se estaban sin hacer nada: echaron de ver algo desconocido que nadaba en la superficie: fijando la vista y pensando qué sería, declararon haber visto una cabeza humana con pelo, barba poblada y brazos. Mientras lo miraban en silencio, el monstruo admirado iba nadando a vista de la nave. Dando grandes gritos despertaron a sus compañeros, y al oír las voces el monstruo, se espantó y se zambulló. Dejó ver que la parte del cuerpo cubierta bajo el agua terminaba en pez, habiéndosele visto la cola, con cuya sacudida enturbió el agua del sitio aquel estando el mar tranquilo. Nos parece que serán los Tritones que la antigua fábula llama los hijos *(rubicines?)* de Neptuno.

Muchos han referido que se vio otro monstruo de esa clase junto a la isla de Cubagua, famosa por la pesca de perlas y vecina de la Margarita. Se dice que en nuestro mar Cantábrico se han oído

en ciertos tiempos del año voces de doncellas que cantaban con armonía; piensan que es el canto de éstas cuando, por el apetito de procrear prole, están en celo.

3.
La pesca. Insectos. Culebras y otros animales.

Disfrutan de muchas clases de pescados que nosotros no conocemos, y en particular de dos que abundan: uno, lo asan y guardan como nosotros conservamos el jamón salado, y otras carnes y pescados para cuando son menester. Otra clase, después de cocido, lo baten a modo de masa de trigo, y luego, haciéndolo pelotas, lo venden a los vecinos que no tienen mar a cambio de otras cosas extrañas.

Con dos artificios cogen los peces. Cuando se proponen dedicarse a la pesca general porque saben que está abundante el pescado, se reúne gran muchedumbre de jóvenes, formando silenciosamente ancho círculo por detrás de la bandada (de peces) y como hacen los que van a cazar liebres; la rodean y se sumergen todos a un tiempo, y dentro del agua, a modo de los que danzan, poco a poco, agitando con mucha destreza unas varas que llevan en la mano derecha, y extendiendo la izquierda, van gradualmente echando los peces hacia las arenas de la playa, cual rebaño que se encierra, y allí, con espuertas, tiran su presa a tierra enjuta.

Yo no me maravillo de que esto pueda hacerse por lo que a mí mismo me sucedió en el álveo del Nilo, marchando por él aguas arriba hacia *(la residencia de)* el Sultán, hace veinticuatro años. Estando detenidos en la orilla para tomar provisiones de refresco las naves en en que iba yo y mi acompañamiento, y los palaciegos que me había enviado el Sultán, y no teniendo yo seguridad para salir a tierra por temor de los árabes que andaban por allí, echaba migajas de pan al río, como me lo dijo uno de allí, y al punto se reunió una muchedumbre de peces tan sin miedo que dejaban que les metiéramos cestas debajo. Acudían a porfía a las migajas de pan flotantes, como las moscas se tiran ciegas a cualquier cosa que tenga miel; entonces sacábamos las cestas llenas, y lo repetíamos cuantas veces queríamos. Pero, preguntando a los naturales por qué duraban tanto aquellas bandadas de peces, supimos que no los comían porque hacían daño; a mí me avisaron que no cogiera ninguno con la mano, y me mostraron una espina roja que tiene en el lomo, y que el pez procura herir con ella al que le coge, como las abejas con su aguijón. Los chiribichenses no tienen ese cuidado: estos pescados son buenos.

La otra clase de pesca es más segura y de resultado. De noche llevan en las lanchas teas encendidas, y van adonde saben por experiencia que hay bandadas de pescados grandes; agitan, formando círculos, las teas encendidas fuera de los costados de las lanchas: enjambres de peces acuden corriendo a la luz, y tirándoles pinchos y flechas matan los que quieren, y salándolos o secándolos al sol fuerte, los arreglan en cestas, y esperan a los compradores que van a sus mercados. Y basta ya de las regiones marinas.

Nacen también allí muchas clases de insectos y de serpientes. Las salamandras de Chiribichí son más anchas que la palma de un hombre, y su mordisco causa la muerte. De noche graznan como las pollas cloquean roncamente cuando comienzan a entrar en celo. Encuéntranse allí a cada paso áspides que pican con el aguijón de su cola, y con esas puntas de cola envenenan las saetas. Hay unas arañas de varios colores de hermosa vista, doble mayores que las de acá, pues sus tenaces telas, que son dignas de verse, prenden a cualquier volátil que en ellas caiga, menor que un pájaro o igual. Dicen los frailes que para romper sus hilos se necesita hacer alguna fuerza.

Se comen sin asco *(los indios)* las arañas, las ranas y cualesquier gusanos, hasta los piojos, si bien en lo demás son melindrosos, hasta el punto que, si alguno ve cosa que le repugne, de seguida vomita cuanto tiene en el estómago.

De cuatro clases de mosquitos malignos se defienden muchos cubriéndose de arena, poniéndose follaje sobre la cara entre las ramas para poder respirar: los pequeños son más dañinos.

Hay tres clases de abejas: dos de ellas depositan miel en sus colmenas, lo mismo que las nuestras. La tercera clase, delgadas y negras, crían en las selvas miel sin cera. Los indígenas se comen a gusto el pollo de las abejas, crudos, asados, y a veces cocidos. De avispas hay dos clases: una que no hace daño, y la otra muy molesta; éstas habitan en las casas, y aquéllas en las selvas.

En ciertas regiones marítimas se crían unas culebras de gran tamaño; si acontece que los marineros se duerman, agarrándose al lado de la barca trepan a ella y los matan durmiendo, y los despedazan y se los comen entre varias que se juntan, como los buitres en los cadáveres que hallan.

En ciertos tiempos del año tienen la plaga del pulgón, oruga y langosta, que germinan en los árboles; en el grano de maíz, como no pongan mucho cuidado en desecarlo y colocarlo en los graneros, nace el gorgojo y roe la médula dejando la piel, como sucede con las habas, y en algunas partes también con el trigo. También allí son comunes los *(escarabajos o cucuyos)* que dan luz de noche, y en la precedente *(Década)* ducal dijimos que los usan para defenderse de los mosquitos y alumbrarse de noche.

Cuentan que las costas de aquel mar, en ciertos tiempos del año, se enrojecen hasta tomar color de sangre; y habiendo preguntado a los ancianos por la causa de ello, dicen que es su opinión, mas no lo afirman, que consiste en que una gran muchedumbre de peces pone en aquel tiempo sus huevos, que arrastrados por las olas dan a las aguas el color de sangre por encima. En manos de los que gustan de buscar lo que no hay estará creer eso, o criticar a los que hablan con ingenuidad sobre estas y otras muchas cosas.

Y basta ya de cuadrúpedos, aves, insectos, árboles, hierbas, jugos y otras cosas semejantes. Pongamos la mira en los hechos de los hombres y en el discurso de su vida.

LIBRO VIII.

1.
Costumbres de los habitantes de Camaná: cantares y danzas. Reuniones con el cacique. Orgías subsiguientes.

Son los chiribichenses sumamente aficionados a los agüeros, y amantes de los juegos, los cantares y la música. En ambos crepúsculos se saludan alternativamente con varios instrumentos y cantos; a veces pasan ocho días continuos tañendo, cantando, danzando, bebiendo y comiendo: en ocasiones se dan a ello hasta quedar extremadamente rendidos. Los cantos tienen aire melancólico: allí se atavían cada uno con sus alhajas; éstos se ponen en la cabeza coronas de oro, adórnanse el cuello y las pantorrillas, en vez de cascabeles, con conchas marinas y cascaras de caracoles; otros llevan penachos de plumas de diversos colores; otros se cuelgan al pecho planchas de oro, que llaman *guanines*; pero todos se tiñen con diversos jugos de hierbas, y el que a nosotros nos parecería más feo, ellos le tienen por más elegante.

Así, formando unas veces arco, y otras apretada falange, después redonda corona, dándose las manos, luego soltándolas, con mil saltos diferentes y danzas, siempre cantando, se revuelven en círculo, yendo y viniendo, con varios gestos de la cara, cuándo silenciosos y con la boca cerrada, cuándo abriéndola y dando voces. Dicen estos cenobitas que alguna vez les han visto pasar más de seis horas sin interrupción ninguna en estos varios y laboriosos movimientos.

Cuando, convocados a voz de pregonero, tienen que acudir los vecinos de la comarca al palacio de algún magnate, los criados de los caciques limpian y barren los caminos, arrancando las hierbas, quitando las piedras, zarzas, paja y cualquier basura, y si es necesario los ensanchan. Los vecinos que acuden de las aldeas se paran a un tiro de piedra del palacio, se forman a campo raso, y así formados golpean los dardos y saetas de que se sirven en la guerra, tañendo y danzando, y al principio andan despacio, cantando en voz baja y temblorosa, y luego, a medida que se van acercando, levantan la voz y el canto, que repiten diciendo siempre lo mismo, como, por ejemplo: «Sereno día es, el día está sereno, es sereno día.»

Sólo el jefe de cada aldea da a los demás la pauta de las danzas y del canto, y ellos le responden con tal concierto que entre muchas voces parece haber una sola voz, y entre muchos movimientos un solo movimiento. Delante va, de espaldas hasta las puertas del palacio, uno de los amigos del cacique; después entran en la casa sin cantar, éste parodiando la pesca, aquél la caza, danzando con modestia. De seguida, uno en tono oratorio perora en alta voz, elogiando al cacique y a sus progenitores; otro hace el papel del bobo y sus gestos, cuándo revolviendo los ojos, cuándo mirando de hito en hito.

Después se sientan todos en el suelo; recogiéndose debajo los pies *(en cuclillas)*, comen hasta la crápula, y beben hasta embriagarse, y cuanto más intemperante es uno en la bebida, por más valiente es tenido. Entonces las mujeres beben con más parsimonia, para que puedan cuidar mejor de sus maridos, tumbados de puro borrachos, pues mientras duran estos juegos bacanales está designada como guardiana de su marido. También se sirven de ellas en este tiempo para llevar al lugar de la reunión los bultos de la comida y la bebida, y las mismas son las que sirven la bebida por cabezas con este orden: la mujer da la taza al que está sentado en el primer lugar; éste se levanta y se la alarga al que tiene más próximo, éste a otro, este otro al que tiene al lado, hasta que corre a todos los que hay.

Dicen los frailes que vieron alguno hinchado por el exceso de la bebida, de modo que parecía estar preñado. Después comienzan las querellas y quejas, y el recordar las injurias pasadas; de aquí

los desafíos y provocaciones, y demás riesgos y principios de muchas enemistades, y recrudecerse muchas venganzas antiguas. Cuando ya pueden levantarse para volverse a casa, empiezan otra vez cantares de aire triste, y más tristes aún las mujeres. Profesan que al que guarda templanza le falta mucho para ser hombre, porque se queda sin participar de lo futuro el que no se caiga de puro ebrio.

Conforme abajo lo diremos en su lugar, se dan al arte mágica bajo la dirección de maestros, y sostienen que entonces han tenido comercio con los demonios y han hablado con ellos, cuando, adormecida la razón, están más borrachos: por lo cual, a más de beber vino, usan del sahumerio de otra hierba que embriaga. Otros, con el fin de quedarse más completamente inertes, toman jugos de unas hierbas que provocan el vómito, para que, desocupado el estómago, puedan repetir la crápula y la embriaguez.

Las doncellas asisten también a sus convites: éstas, con ovillos de estambre, se dan vueltas a los muslos y las piernas en la parte próxima a las rodillas, y se las aprietan fuertemente para que se les hinchen y pongan más gordas las pantorrillas y los muslos; piensan que con esa majadería aparecerán más hermosas a los ojos de sus amantes; en lo demás, van desnudas. Pero las casadas usan enagüillas de algodón sólo para cubrir sus vergüenzas.

2.
Instrumentos bélicos de los chiribichenses: idiomas, temperatura, índole. Confección de venenos. Las mujeres. Las bodas.

Esta gente arregla de varios modos instrumentos de guerra, con los cuales ya excitan la alegría, ya a veces la tristeza y el furor; algunos los componen de grandes conchas marinas, cruzándolas con cordeles, y de los huesos de los ciervos y de las cañas de río sacan flautas. Además hacen pequeños tambores, que adornan con varias pinturas, y les forman asimismo de calabazas y vaciando un leño mayor que el brazo de un hombre.

Por la noche casi siempre, a modo de pregoneros, dan voces desde la casa más alta de cada aldea, y desde la aldea vecina responden sin descuidarse. Preguntándoles por qué motivo se han impuesto ese cuidado, *(respondieron que)* para que no les cojan desprevenidos los enemigos si vienen de repente, pues se consumen mutuamente en continuas guerras.

Dicen que sus idiomas son muy difíciles de entender, porque todas las palabras las pronuncian sincopadas, al modo que los poetas pueden decir *Deūm* por *Deorum*, Se lavan todos los días antes de salir el sol si hace calor, y cuando sale si hace frío, y por elegancia muchas veces se dan cierto ungüento viscoso, y poniendo encima plumas de aves, se cubren todo el cuerpo. Así sacan de las cárceles en público los jueces españoles a los rufianes y a las hechiceras para afrenta, en castigo del delito cometido.

A los chiribichenses de la costa no les molesta mucho el frío ni el calor, no obstante que están muy próximos al equinoccio, apenas a diez grados de nuestro polo: se extiende aquella tierra hacia el antártico, como lo he dicho otras veces al otro lado de la línea equinoccial, cincuenta y cuatro grados, donde los días son muy cortos cuando entre nosotros son muy largos, y viceversa.

Entre ellos se tiene por más poderoso y más noble el que tiene más oro y más canoas, y el que tiene más parientes, y cuenta con hazañas de sus antepasados o suyas. Si uno le hace a otro una injuria, guárdese; no perdonan jamás, y a traición buscan venganza. Son sobremanera jactanciosos y aficionados al arco y las flechas, que les ponen los aguijones de la cola de los áspides, y cabezas de ciertas hormigas y hierbas venenosas o manzanillas machacadas de las que otra vez se han nombrado, y jugos destilados de algunos árboles.

No todos pueden preparar esos venenos: tienen viejas peritas en el arte, y a su tiempo, aunque ellas no quieran, las encierran para que los hagan dándoles los materiales: las tienen dos días, y cuecen el ungüento. Una vez hecho, abren la casa: si encuentran buenas a las viejas y no tendidas

medio muertas por la fuerza del veneno, se ponen muy afligidos, pues dicen que tiene tanta fuerza que sólo su olor de mientras lo componen pone casi a la muerte a quienquiera que lo haga, y tiran los ungüentos como cosa inútil. Aquél, pues, mata al que hieren, mas no de repente; el remedio no lo ha averiguado nunca ninguno de los nuestros, pero ellos lo saben.

El herido desde entonces pasa muy mala vida, porque tiene que abstenerse de muchas cosas que solían agradarle; en primer lugar, de placeres carnales por espacio de dos años a lo menos, y por toda su vida de beber vino y de comer fuera de lo puramente necesario, y de trabajar. Como no se abstengan de esto, mueren sin tardanza. Los frailes dicen que han visto muchos heridos, dado que se consumen en guerras unos a otros, y que no murió ninguno más que una mujer (pues junto con los hombres pelean las mujeres), la cual herida no quiso pasar las penas de la cura, y los nuestros no pudieron nunca sacarle con qué medicamento se curan.

Desde muchachos se ejercitan en el manejo del arco, disparándose pelotas de cera o de madera en vez de saetas. Cuando navegan, se sienta un cantor en la proa de la lancha, y siguiéndole el tono los remeros, responden con orden agradable, remando con uniformidad.

Por lo regular, las mujeres guardan bastante honestidad durante la adolescencia y la juventud; de más edad, no son constantes. Según la índole general de las mujeres, que les gusta más lo ajeno que lo suyo, éstas aman más a los cristianos. Para correr, nadar, cantar y tocar a la vez, y hacer cualquier movimiento, no son menos diestras que los hombres. Se despachan fácilmente de sus partos sin dar señales de dolor, ni guardar cama, ni esperar blanduras. Oprimen la cabeza del niño con dos almohadillas, una en la frente y otra en el occipucio, y se la aprietan hasta hacerle saltar los ojos: les gusta la cara aplanada.

A las jóvenes casaderas las cierran sus padres en habitaciones retiradas por espacio de dos años, y no salen al aire durante aquel tiempo, siendo así que fuera de él se ponen morenas por tanto estar al sol y en el agua; durante la clausura, nunca se arreglan el pelo. A las que se guardan con esa severidad, desean muchos tenerlas por mujeres. Si éstas son esposas del primer marido, son veneradas por las demás que los magnates tienen a su gusto. El pueblo se contenta con una; pero las plebeyas, en su mayor parte, obsequian al que les pide obsequio. Una vez que se han casado se guardan del adulterio; y si éste se verifica, no se le pide cuenta de él a la mujer: al adúltero es a quien se castiga; la mujer puede ser repudiada.

A las primeras bodas de esa joven severa, se convoca toda la vecindad. Las mujeres convidadas llevan a cuestas un fardo de comida y bebida, que apenas pueden con él: los hombres, cada uno su haz de paja y follaje para hacerle la casa a la nueva casada, y la forman a modo de tienda de campaña, poniendo vigas de pie. Construida la casa, ambos esposos, según son sus facultades, se adornan con las acostumbradas joyas y con piedras de varios colores; si no las tienen, las toman prestadas de sus vecinos.

Entonces la nueva casada se sienta aparte con las doncellas, y el esposo con los hombres. Alrededor de uno y de otro, van cantando los jóvenes: las mozas a ella, los mozos a él. Se le acerca el trasquilador, y le corta el pelo al esposo desde las orejas; y una mujer, a la esposa, en la frente sólo hasta las cejas; por detrás se le deja el pelo. Hecho esto, cuando llega la noche toman de la mano a la esposa y se la entregan al marido, con facultad de usar de ella como quiera.

Las mujeres llevan también perforadas las orejas, en que se cuelgan joyas. Los varones comen juntos, mas nunca las mujeres con los hombres. Ellas gustan de cuidar la hacienda, y lo hacen; los hombres atienden a los asuntos de guerra, la caza, la pesca y los juegos.

3.
Se excusa el autor con sus setenta años.
Escuelas de magia negra. Médicos por magia.

Tocante a su vida y costumbres paso aquí por alto muchas cosas, porque en la precedente *(Década)* del Duque mencioné con bastante extensión las que se habían leído en nuestro Senado, y me temo que algunas de ellas se hayan repetido aquí sin necesidad; pues el año setenta de mi edad, en que entraré el 2 del próximo febrero del año 1526, restregándome la memoria con su esponja me la ha borrado de tal modo que apenas la pluma ha escrito un período, si alguno me preguntare qué he puesto, le responderé que no lo sé, en particular por venir a mis manos estas cosas anotadas en diferentes tiempos y de varias personas.

Tres cosas quedan ahora, con las cuales daremos acaso fin a la obra, a no ser que nos lleguen otras nuevas: de qué manera aprenden y practican el arte mágica hombres casi desnudos e incultos; después el aparato con que hacen sus funerales; finalmente, lo que creen que les espera a los que mueren.

Tienen maestros diestros en el arte mágica, y les llaman *piaches*: les reverencian y les veneran como dioses. A los diez años o doce, escogen de entre los muchachos los que por conjeturas conocen que la naturaleza los ha destinado para semejante ministerio; y conforme nosotros enviamos los nuestros a las escuelas de los gramáticos y retóricos, así ellos mandan los suyos a recónditos retiros de los bosques.

Bajo la regla de viejos preceptores, por espacio de dos años, pasan en chozas una vida más rígida que la de Pitágoras, y reciben una educación más severa. Se abstienen de todas las cosas que tengan sangre, y de todo acto y aun pensamiento venéreo, no bebiendo más que agua, y viven sin trato alguno de sus padres, parientes, ni compañeros. A sus preceptores no los ven mientras dura la luz del sol: por la noche van ellos a ver a los discípulos, pero no les llaman. Les dictan a los muchachos unos cantares, en que llaman a los demonios, y a la vez les enseñan el modo de curar a los enfermos.

Pasados los dos años regresan a los patrios lares, llevándose consigo de sus maestros los *piaches* testimonio de que han aprendido la ciencia, como los que han conseguido el título de Doctor en las ciudades de Bolonia, Padua o Perusia; sin eso, no se atrevería nadie a ejercer el arte médica.

Los vecinos, parientes o amigos, si se ponen malos, no admiten a los suyos para curarse; llaman a los extraños, y particularmente a los de otro cacique. Según la varia índole de la enfermedad la curan con varias supersticiones, y a ellos les dan diferente recompensa.

Si el enfermo padece un dolor leve, tomando ellos en la boca ciertas hierbas, aplican los labios a la parte doliente, y arrullándole, chupan con toda su fuerza, y parecen atraer hacia sí el humor perjudicial; de seguida se salen de la casa, llevando hinchadas ambas mejillas, escupen y gargajean repetidamente, y dicen que muy pronto se pondrá bueno el enfermo, porque con aquel chupar y aquel arrumaco le han sacado de las venas la enfermedad.

Pero si el enfermo padece más aguda fiebre o dolor, u otra cualquier clase de mal, hacen otra cosa. El piache visita al enfermo: lleva en la mano un palito de un árbol que él conoce, y que estimula eficazmente el vómito. En una fuente o plato lleno de agua echa la varita para que se humedezca, se sienta junto al enfermo, y dice que está poseído por el demonio. Los circunstantes se creen lo que dice; los parientes y criados ruegan al piache que ponga de su parte para remediarlo; se acerca al enfermo, lame y chupa del modo que hemos dicho todo su cuerpo sin interrupción, y hablando entre dientes recita encantamientos; dice que de aquella manera evoca al demonio de los tuétanos del enfermo y lo atrae a sí.

Inmediatamente, cogiendo el palito humedecido, se restriega el paladar hasta la campanilla, y luego se lo introduce hasta el gaznate y provoca el vómito, y más y más lo estimula hasta *(echar)*

cuanto tiene en el estómago y junto a él; y con aliento anhelante, cuándo tembloroso, cuándo apagado, se pone todo convulso, da voces y gemidos, mugiendo más agriamente que un toro banderilleado en la plaza; le solloza el pecho, y por espacio de dos horas, como la lluvia cae de los tejados, así le corre gota a gota el sudor.

Los frailes dominicos dicen que lo han visto ellos, y que les causó admiración cómo el piache aquel no reventó con semejante agitación. Preguntado el piache por qué sufre semejante tormento, dijo que es preciso pasar por eso para arrojar al demonio, atrayéndolo a sí mismo por medio de los encantamientos, que les hacen fuerza, y los chupetones y arrumacos. Luego que el piache se ha mortificado largo rato con varios gestos violentos, regoldando asquerosamente, vomita cierta materia de mucosidad crasa, en medio de la cual hay envuelta una pelota muy negra, más dura. Recogen con la mano ese nauseabundo excremento, separan aquello negro del restante humor, mientras el piache yace medio muerto a su lado, se salen de la casa, tiran el bulto negro todo lo más lejos que pueden, dando grandes voces, y repitiendo estas palabras: *maitonoro quian, maitonoro quian*, que significa: Vete, demonio, del nuestro; demonio, vete del nuestro.

Hecho esto, le pide al enfermo la paga de haberle curado. Éste se cree que dentro de poco estará bueno, y lo mismo se figuran los parientes y criados. Le dan grano de maíz y comestibles en abundancia proporcionada a la calidad de la dolencia, y también placas de oro para el pecho si el enfermo es pudiente y muy grave la enfermedad. Y es digno de mención que los frailes predicadores, varones autorizados, afirman que de los así curados por los piaches han muerto pocos. Qué sea lo que anda oculto aquí, júzguenlo a su antojo los que tienen propensión a desmenuzar los asuntos de los demás: yo refiero lo que me han referido varones graves. La recaída se cura con medicinas y jugos de varias hierbas.

4.

Oráculos diabólicos. Casos prácticos. Ridícula explicación de los eclipses de luna. Evocación del diablo. Modo de ahuyentar a los cometas.

También acerca de lo futuro dan consejo los demonios, obligados con encantamientos que saben porque los aprendieron desde niños en el retiro aquel, sobre las lluvias y la sequía, de la templanza del aire, enfermedades y contagios, la paz y la guerra; sobre las vicisitudes, resultado de viajes, comienzos de las cosas, negociaciones, pérdidas y ganancias; de la ida allá de los cristianos, a quien aborrecen porque ocupan sus tierras, imponen leyes, obligan a aceptar nuevos ritos y costumbres, y hacen dejar los acostumbrados apetitos. Afirman los religiosos que, preguntados los piaches acerca de lo futuro, respondieron con toda exactitud; y reunidos nosotros en el Senado, nos contaron dos ejemplos aparte de otros muchos.

Con la boca abierta estaban deseando los frailes dejados en la región de Chiribichí la llegada de cristianos; y habiendo preguntado a los piaches si llegarían pronto naves, predijeron que vendrían en un día que designaron, anunciando detalladamente el número de marineros, su traje y lo que traían consigo; dicen que no se equivocaron en nada. Más difícil de creer parece lo otro. Con anticipación de más de tres meses predicen los eclipses de la luna, siendo así que no tienen letras ni conocimiento de ninguna ciencia.

Durante ese tiempo ayunan y están tristes; piensan muy firmemente que se anuncia alguna cosa mala; reciben con melancólicos sonidos y cantos la *menstruación* de la luna, en particular las mujeres; se dan el pésame unos a otros. Las doncellas casaderas se sangran los brazos, abriéndose las venas con cierta espina aguda de pescado en vez de lanceta. Cuanta comida y bebida se encuentra guisada o guardada en las casas al tiempo de la menstruación *(durante el eclipse de la luna)*, lo tiran al mar o al fondo de los ríos: se abstienen de todo lo agradable hasta que vean que la luna ha salido de aquel trabajo; y cuando recobra su luz, se dan a los chistes, juegos, cantos alegres y danzas.

Da risa oír la causa que ocasiona el obscurecimiento de la luna según los piaches se lo persuaden, en contra de lo que saben, a los pueblos inocentes. Charlan que entonces el sol, encolerizado, ha herido a la luna haciéndole una herida cruel, y que cuando el sol aplaca su ira revive la luna, volviendo a su estado primitivo, como si no supiera la causa del eclipse el demonio, que, arrojado del trono de los astros, se trajo consigo la ciencia de ellos.

Mas cuando los piaches, a ruego del príncipe o de algún amigo, han de evocar a los espíritus, se entran en un retiro oculto a las diez de la noche, y se llevan consigo unos pocos jóvenes valientes e intrépidos. El mago se sienta en un banco bajo; los jóvenes se mantienen inmóviles, de pie. Con palabras insensatas, según la antigüedad refiere que lo hacía la sibila de Cumas, mezclando lo obscuro con lo claro, da voces; de seguida toca los cascabeles que lleva en la mano, y luego en tono triste, casi llorando, le habla al espíritu evocado con estas palabras: *prororuré, prororuré*, con acento en la final, y lo repite muchas veces. Si tarda en venir el demonio invocado, se mortifica más rigurosamente, pues son palabras de pedir que venga. Si no viene, repite las cantilenas y recita unos encantamientos amenazadores, y con torvo aspecto parece como que manda. Ponen por obra lo que dijimos que aprendieron en los bosques escondidos, bajo la dirección de los ancianos.

Cuando, por fin, advierten que viene ya el evocado, para recibir al demonio agitan más frecuentemente los cascabeles. El demonio llamado acomete al piache, cual si un hombre forzudo se echara sobre un tímido muchacho. Su huésped, el demonio, le tira a tierra, y el piache se pone convulso y da señales de sufrir horriblemente. El más atrevido de los jóvenes se acerca al piache que está sufriendo, le propone lo que ha mandado el cacique, o aquel por quien el piache ha tomado aquel grave compromiso, y por la boca del mago postrado en tierra responde el espíritu que tiene dentro. Lo que suelen preguntar ya lo hemos mencionado.

Obtenidas las respuestas, pregunta el joven qué premio deba darse al piache si juzga el demonio que estará bien pagado con comestibles y maíz, y se le da exactísimamente al piache lo que pide.

Cuando esperan un cometa, a la manera que el guarda de un ganado al venir el lobo suele espantarlo con horrorosos gritos, así éstos piensan que con sus estruendos y el ruido de los tambores se disuelve el cometa.

Los frailes, al contar estas cosas, advirtieron que alguno de nuestros colegas ponía en duda si debería creerse lo que decían; por lo cual aquel Fr. Tomás Ortiz, que conocía por dentro y por fuera las cosas y las costumbres de los chiribichenses, habló contando este ejemplo.

LIBRO IX.

1.
Caso probado de intervención diabólica. Embalsamar tostando. Aniversarios nauseabundos. Creencia en la inmortalidad del alma. Vestigios manifiestos de cristianismo.

El bienaventurado Fr. Pedro de Córdoba, a quien todos tienen por un santo, viceprovincial de la región de Andalucía de nuestra Orden de Predicadores, a quien únicamente el celo de extender nuestra fe le había llevado a aquellas soledades, confiando sólo en el auxilio de Dios se propuso indagar los secretos do aquellos piaches, y quiso saber por vista de ojos si vaticinaban bajo la presión del demonio, y daban respuesta como el Apolo de Delfos. Averiguó que era la pura verdad, y quiso estar al lado del piache durante sus encantamientos.

La cosa se hizo una vez delante de él. Como si un perrazo hubiese atrapado un conejo, así el espíritu dejó exánime al piache, arrojándole al suelo. Lleno de asombro aquel Padre, se puso la estola sacerdotal, tomando en la mano derecha el agua bendita para asperjar con una ramita al que yacía en el suelo; y tomando en la izquierda la cruz de Cristo, se acercó al piache tendido, y dijo estas palabras: «Si eres demonio el que así atormentas a este hombre, por la virtud de este instrumento que bien conoces (y ostentó la cruz) te conjuro que no te atrevas a salir de ahí sin nuestro permiso y sin que antes respondas a lo que se te pregunte.» Aquel santo sacerdote afirma que le hizo muchas preguntas en latín, y no pocas en español, y dice que el derribado piache respondió a todo por su orden, aunque no en latín ni en español, sino en la lengua en que se había criado el piache, pero sin discrepar nada en el sentido.

Entre las demás preguntas, el fraile le hizo ésta: «Ea, di. Después de salir de la cárcel de este cuerpo, ¿adonde van las almas de los chiribichenses?» «A las eternas llamas nos las llevamos, arrebatándolas nosotros mismos.» Esto estando presentes muchos chiribichenses, por mandato del Padre. Fray Tomás se queja de que, habiéndose divulgado por toda la región esta noticia, no apartó en nada a los chiribichenses de sus malas costumbres, ni de que siguieran poniendo por obra del mismo modo sus gustos. Después de esto, el buen P. Pedro de Córdoba, volviéndose al piache que seguía echado, dijo: «Retírate de este hombre, ¡oh espíritu inmundo!» Al pronunciar estas palabras, el piache se levantó de repente; pero tan atontado que por largo rato no estuvo en sí, y apenas se tenía de pie. Así que pudo hablar, se desató en maldiciones e imprecaciones contra el huésped, ya salido de él, que le había mortificado tanto tiempo su cuerpo.

García Loaísa, que es también de los frailes Predicadores, a quien, según él dice, Vuestra Beatitud le ha promovido al puesto más alto de su regla con capelo de cardenal, que ahora es confesor del César y obispo de Osma, y presidente de nuestro Senado de Indias, afirma que este Fr. Pedro de Córdoba es hombre digno de toda alabanza y verídico.

A juicio mío esto no es de extrañar, porque nuestra ley nos permite reconocer que hubo muchos poseídos por el demonio, y de Cristo se nos refiere muchas veces que arrojó de los hombres los espíritus inmundos. Estos piaches disfrutan también de los convites y danzas y otros juegos livianos, *(aunque)* separados entonces del pueblo por *(aparentar)* gravedad.

El sentido de sus encantos no lo entienden los mismos que los hacen, al modo que entre nosotros, aunque el idioma común no se diferencia mucho del latín, sin embargo, pocos de los que asisten a las funciones sagradas entienden lo que cantan los sacerdotes; y aun de los mismos sacerdotes, por pereza y descuido de los Prelados, no pocos se atreven a decir la Misa pronunciando solamente las palabras, sin entender el sentido.

No es fuera de propósito oír de qué modo hacen sus funerales. Los cuerpos de los que se mueren, en particular los de los nobles, arreglándolos algo, los extienden sobre unas parrillas de cañas de río, y encendiendo debajo fuego lento de ciertas hierbas, los secan destilando gota a gota todo el humor, y después los conservan colgados en habitaciones interiores, cual penates. En otras regiones de este creído continente hay también esta costumbre, según creo haberlo dicho en las primeras Décadas al *(Papa)* León, tío de Vuestra Beatitud. Mas los cuerpos que no se desecan, abriendo un hoyo en casa, los entierran con lágrimas y llantos.

Cumplido el año del primer funeral, se convoca a los amigos de la vecindad; se reúne la muchedumbre que corresponde a la posición del difunto, y cada uno de los convidados va con comida y bebida, o envía a sus esclavos cargados con ello. Al primer crepúsculo de la noche, los criados abren el sepulcro, sacan los huesos; dando voces y con el cabello tendido, se ponen a llorar; cogiéndose sus pies con las manos, y poniendo la cabeza entre las pantorrillas, se aprietan formando un círculo. Entonces, soltando los pies y extendiéndolos rabiosamente, con la cara y los brazos hacia el cielo echan alaridos horribles; todas las lágrimas que echan por los ojos, todos los mocos que les salen de las narices, se los dejan a veces, presentando feo aspecto; cuanto más deformes se ponen, tanto mejor creen haber hecho su papel. Queman los huesos, guardan la calavera, y se la lleva la más distinguida entre sus mujeres, para guardarla en casa como cosa sagrada, y regresan los convidados.

Digamos ahora lo que piensan acerca del alma. Profesan que es inmortal, y creen que al desprenderse de la vestidura del cuerpo se va a los bosques de las montañas, y que allí vive perpetuamente en las cuevas, y no le quitan la comida y la bebida, porque comen allí también. Las voces repetidoras que se oyen de las cuevas, y llamamos ecos, juzgan ellos que son las almas que andan por allí.

Se ha sabido que veneran la cruz, aunque algo inclinada, de este modo ✝, y en otras partes circunscrita por líneas en esta forma ✝. Se la aplican a los que nacen; creen que los demonios huyen de ese instrumento. Si alguna vez han visto de noche algo que da miedo, ponen una cruz, y dicen que con este remedio queda expurgado aquel lugar. Preguntándoles de dónde han aprendido estas cosas, y unas palabras que no entienden, responden que esas costumbres y ritos han ido pasando de mayores a menores.

2.

Dificultad con que el autor escribe estos libros.
Noticias de una flota. Precauciones contra los piratas.
Frescura conque el autor habla al Papa y al Emperador.

Perdonen los asuntos chiribichenses si les quito el último lugar que les prometí en este montón de cosas, pues dije que concluiría la obra con ellos si no sobrevenían asuntos nuevos. Mejor es que la última tanda de estas cosas tan grandes la lleven por delante las magníficas armadas que frecuentemente surcan el océano, y que con ellas pare de escribir mi ya cansada mano derecha. Pues entre tanto que yo me ocupaba en el libro del Duque, y en las cosas dedicadas en éste a Vuestra Beatitud, sobrevenían muchos acontecimientos que en parte referí, y en parte, por ocupaciones que ocurrían, tenían que reservarse para ahora; y además porque, a causa de otros negocios, yo no tengo libertad para ponerme todos los días a escribir los sucesos de Indias: a veces se me pasa en claro un mes entero, y por eso todo lo escribo de prisa y casi en confuso cuando hay lugar; y no se puede guardar orden en estas cosas porque acontecen sin orden. Vengamos a lo de las flotas.

El año pasado regresó de la Española una de cuatro naves, cuyos marineros y el Senado que *(allá)* quedaba, nos refirieron y escribieron lo que se ha contado de Garay, Gil González, Cristóbal de Olid, Pedro Arias y Hernán Cortés. De Barrameda, que es la desembocadura del Guadalquivir,

partió otra el 3 de mayo de este año 1525, de veinticuatro naves, para que vaya primero a la Española, donde reside el Senado que gobierna todo lo del océano; y luego, desde allí, se repartan a todas las provincias de aquel Nuevo Mundo. En una de aquellas naves fue a cuidar de las cosas de Jamaica, mi paradisíaca esposa, mi familiar Juan Mendegurren, conocido del arzobispo de Cosenza y de Vianesio, que en otro tiempo eran Legados aquí. Tengo cartas de él desde Gomera, una de las islas Afortunadas adonde arriban para hacer aguada y leña todos los que han de cruzar el océano.

Escribe que tuvieron feliz viaje, y les duró, dice, diez días. En menos tiempo pudieran ir la mayor parte de las naves más ligeras; pero fue preciso esperar a poca vela a las compañeras de menos andar, no fuera que éstas cayeran en manos de los piratas franceses, que las esperaban estando en ala mucho tiempo; afirma que de allí a cuatro días se darán a la vela con rumbo a alta mar: entonces cada uno soltará su nave y le dará vela a su arbitrio, sin miedo a los piratas. Pedimos a Dios que concluyan felizmente el viaje comenzado.

No recuerdo si dije que llegaron a las islas Casitérides, llamadas Azores, de los dominios de Portugal, dos naves de Hernán Cortés y de Nueva España, que es la última de las tierras que conocemos. Que lo dijera o no, importa poco. Debemos referir cómo se ha proveído que no cayeran en las afiladas uñas de los piratas, que mucho tiempo estuvieron a la vela esperándolas, y cómo ya se han librado, y qué es lo que traen. Una de ellas, dejando el cargamento, determinó probar fortuna: con ayuda de Dios no dio con los ladrones, y salió sin novedad.

Los capitanes de las naves nos enviaron despachos al César y a nosotros *(al Senado de Indias)* por medio de Lope Samaniego, que desde niño se educó conmigo, y hace tres años marchó con mi permiso con el secretario regio Albornoz, enviado con el nombramiento de Contador real. Sabido esto, se dispuso de seguida otra armada de seis naves, cuatro de ellas capaces de doscientos toneles *(cuparum)*, y juntamente acompañándoles dos carabelas muy preparadas para la guerra de mar si se encontraran con los piratas. Otras cuatro nos prestó el rey de Portugal, aptísimas y bien pertrechadas de toda clase de máquinas de guerra. Fueron el siete de junio, tomaron el cargamento que se había dejado, y han vuelto seguras hacia fines de julio. En la ciudad de Sevilla dan gracias a Dios muy contentos.

Día por día estamos esperando a los principales conductores. Lo que sepa, se lo diré algún día a Vuestra Beatitud, si llego a entender que esto le ha sido agradable, alargándome la fuente de las viandas con que todos los años Vuestra Beatitud engorda a más de veinte mil ociosos para que más largamente puedan apegarse a las ventajas del ocio. Lo mismo me atreví a decir al Emperador cuando me dio la prelatura abacial de Jamaica, pues le acometí diciéndole lo que sigue: «César invictísimo, lo que yo he sido para tus abuelos maternos y para tu padre y tu madre en los treinta y siete años que llevo de estar en España, y los servicios que he hecho a Vuestra Majestad Cesárea, Vuestra Majestad lo confiesa de palabra, por escrito y concediéndome honores siempre que es menester; pero en prueba de ello, para que yo pueda persuadírselo a mis conterráneos los embajadores de Milán, Venecia, Florencia, Génova, Ferrara y Mantua, necesito de alguna prueba exterior de este amor por el honor, comida que no se sabe que nadie haya tirado nunca de la boca, según el antiguo adagio, c*ada cual cuenta de la feria según lo que gana en ella*».

Agradables ciertamente me fueron, después de recibido el Breve de Vuestra Beatitud dándome las gracias, muchos capítulos de las cartas del reverendísimo Datario al legado Baltasar, en las cuales atestigua que no es débil el amor que Vuestra Beatitud me tiene, y me promete benignamente que será mi patrono ante Vuestra Beatitud. Pero somos de parecer que no debe estimarse tanto un árbol muy frondoso que, pudiendo ser benéfico, prefiere parecerse al olmo o al plátano.

3.
La culebrina de oro y el caudal que envía Cortés. Lo que ha informado su enemigo Samaniego. Nueva flota a las islas Molucas. Su partida.

Demasiado he divagado; volvamos a las naves que han venido. Dos solos barcos, y pequeños, había enviado Cortés; a la falta de naves que hay en aquellas regiones atribuyen lo exiguo del tesoro. Afirman que sólo traen para el César setenta mil pesos de oro. Ya he dicho muchas veces que el peso español excede en un tercio al ducado de oro. Estos creo que no le excederán, porque el oro no es puro.

Traen también la culebrina, máquina de guerra harto mencionada. Lope Samaniego, que actualmente está en mi casa, y vino en la primera nave que probó fortuna, dice que está fundida *(la culebrina)* de oro que casi no es oro, y pesa veintitrés quintales, diciéndolo con palabra española. Cada quintal contiene cuatro arrobas de[78] libras de dieciséis onzas. También traen piedras preciosas, y muchas clases de ricos ornamentos de maravillosa hermosura. En la primera nave trajo Samaniego un tigre, pero no nos lo han traído a nosotros.

Acerca de Cortés y de sus malas artes de engañar y seducir, muy diferentes de lo que muchos han contado; asimismo de las claras pruebas de que tiene acumulados montones inauditos de oro, piedras preciosas y plata, introducidos en parte por el pórtico de su inmenso palacio, y en parte furtivamente, de noche, en fardos por los esclavos de los caciques, sin que lo sepan los magistrados; así también de las ciudades opulentas con sus municipios y villas innumerables; de las minas de oro y de plata, y del número y grandeza de las provincias y de otras muchas cosas, me reservo hablar en otro tiempo. Se están meditando en secreto ciertos remedios: sería en mí un delito descubrir cosa alguna al presente. Hasta que se acabe de tejer esta tela que ahora estamos urdiendo, quédense a un lado estas cosas y digamos un poco de otras flotas.

En el libro que el bachiller Antonio Tamarón, mi procurador, puso en manos de Vuestra Beatitud, y que comienza con la palabra *Priusquam*, se hizo latísima mención de la armada que se iba a enviar a las islas Malucas que crían las especias y están bajo la línea equinoccial o cerca de ella, donde dijimos que en la contienda con el rey de Portugal en la ciudad de Paz, que comúnmente se dice Badajoz, quedaron los portugueses convictos pero no confesos, y las razones de ello se presentaron allí.

Aquella flota que se había mandado suspender una vez disuelta la Junta de Badajoz, se formó en la estación cantábrica de Bilbao, y luego, hacia primeros de junio de este año 1525, se pasó a la Coruña, puerto de Galicia, el más seguro de todos los puertos, y donde caben todas las naves que el mar contiene. Allí, pertrechada de todo, ya para una larga navegación, ya para pelear si se ofreciere tener que hacerlo, permaneció anclada algunos días esperando vientos favorables. Se compone de siete barcos: cuatro de ellos tienen cabida de ciento ochenta toneles y de doscientos[79]; dos que los acompañan *(o los escoltan)* son carabelas (lo digo con palabras caseras para que me entiendan); el séptimo es pequeño, de los llamados en España *patacas*. Como ésta, llevan otra en piezas sueltas con el fin de que, tan pronto como hayan tomado el deseado puerto, la armen en la isla de Tidore, que es una de las Malucas donde en el libro de *La vuelta al mundo* dedicado *(al Papa)* Adriano, dijimos que se detuvo una de las dos naves que quedaban. Con esas dos naves, que necesitan poco fondo, y con cincuenta hombres explorará todo lo de las islas que caen bajo la línea equinoccial y a este lado y al otro.

Mientras se detiene esa armada, el rey de Portugal, cuñado y primo del Emperador, nunca ha dejado de suplicar e instar que no le acarreara el César tanto perjuicio. Éste, por no enajenarse la voluntad de Castilla, que es el meollo de su imperio y de todos sus reinos, nunca ha querido asentir a lo que le pedía su primo y cuñado el Rey. Por fin, en contra del parecer y el deseo de los

78 No dice cuántas libras.

79 Acaso, acaso, querrá decir de 380 toneles, que eran más que toneladas.

portugueses, al amanecer la vigilia de Santiago, patrón de los españoles, con viento favorable de tierra dio sus velas al viento. Al levar anclas, tocaron las trompetas, sonaron los tambores y retumbaron los cañones; de modo que parecía que se hundía el cielo, y temblaban las montañas de alegría.

Pero la tarde anterior, el General de la armada, Fr. García Loaísa, crucífero de San Juan, que hace cuatro años fue enviado por el César de embajador al gran príncipe de los turcos, prestó homenaje en manos del conde Fernando de Andrada, príncipe de Galicia y Virrey de ese mismo reino, que derrotó tiempo ha, en la Calabria, a Auben *(Oleguium)* y caudillo de los franceses: los demás capitanes le prestaron el homenaje al General, y a los capitanes, los soldados y dependientes. Prestado el homenaje en manos de los dos con solemne pompa, recibió con sumo aplauso el estandarte real, que se bendijo antes.

4.
Los capitanes de las seis naves. Por qué se llevan a La Coruña los negocios de Oriente. Derrotero para las Molucas. Otras dos flotas para América. Felicitación al Papa.

Se quedaron éstos, y partieron aquéllos, soplando viento favorable de popa. Prometieron, según el mandato del Emperador, escribir a nuestro Senado, del cual dependen, desde las islas Afortunadas que se llaman las Canarias, por las cuales se va al Mediodía.

La nave capitana la manda el mismo General; la segunda, Juan Sebastián de Elcano, que condujo la nave *Victoria* cargada de clavo, y dejó la compañera que quedaba porque estaba demasiado averiada; capitán de la tercera nave es Pedro Vera; de la cuarta, D. Rodrigo de Acuña, de ilustre linaje. Estos dos han sido capitanes de muchas armadas de guerra, y han hecho insignes hazañas. De la quinta es capitán D. Jorge Manrique, hermano del duque de Nájera: éste es joven y de menos experiencia; por eso, aunque es más noble, no lleva a mal el lugar inferior: ha creído cosa justa ceder a los más experimentados. Jefe de la sexta nave es un noble de Córdoba que se llama Hozes; y de la última, pequeña pataca, otro noble.

Queda un punto de no escasa importancia, y otro que agrada el saberlo, antes de que dejemos esta armada. Debe decirse el motivo que tuvimos el César y nosotros su Senado para que esta negociación de la especiería se tratara en el puerto gallego de la Coruña, con suma molestia de la célebre ciudad de Sevilla, donde hasta el presente se ha hecho todo lo tocante a las Indias. Aquel puerto gallego, a más de su seguridad para dar abrigo a las naves, está situado en el lado de España que mira en camino recto y corto a la Bretaña mayor, y estando próximo a las fronteras gallegas y septentrionales, es más a propósito para los mercaderes de especiería.

Y no deben omitirse dos riesgos temibles para los marinos que con esta invención se evitan. El mar océano que media entre este puerto y la desembocadura del Guadalquivir, por la cual se sube a Sevilla, es tan tempestuoso que pequeñas tormentas de vientos de Poniente, a las naves que cogen en aquel derrotero, las arrojan a rocas cortadas del promontorio Sacro y sus cercanías, y las estrellan o echan a pique con más furia que se cuenta de los escollos del rapaz Escila y los remolinos de Caribdis. El otro peligro consiste en los asaltos de los piratas. Hay en aquel trecho muchos valles abandonados, entre montañas horribles, que por su esterilidad no permiten estar pobladas, y sirven de guaridas a los piratas. Sus naves, avisadas por los espías desde las altas cumbres, asaltan a los que pasan. Por estas razones se ha dispuesto que esta negociación se lleve allí.

El derrotero de esa flota ha de ser el mismo que llevó el portugués Fernando Magallanes cuando, recorriendo todo aquel trecho que los filósofos llamaron la zona tórrida, llegó hacia el antártico más allá de la línea de Capricornio, por donde ha de ir también otra armada al mando de Sebastián Caboto, varón italiano, de los cuales dos se habló en el libro de la vuelta al mundo dedicado a Adriano, y en el anterior para el Duque.

También se están disponiendo en el álveo del río Guadalquivir otras dos flotas para la Española y demás islas, la de San Juan, Cuba, que se llama Fernandina, y mi prelaticia Jamaica, con nuevo nombre isla de Santiago, para que de allí se repartan al creído continente y a Nueva España, sojuzgada por Hernán Cortés, de cuya vasta extensión y opulencia poco antes he prometido hablar alguna vez. Así el concurso de naves que rompen las olas del océano yendo a los nuevos mundos y viniendo, no es ya menor que el de mercaderes de las fronteras de Italia a las ferias de Lyon, o de las de Francia y Alemania a las belgas de Amberes.

Desde alguna rendija de vuestra habitación interior quisiera yo ver, ¡oh Padre Santo!, la alegría que de vuestro sagrado pecho le saldrá a la cara, que es el primer pregonero de los secretos, cuando lea tales cosas y tan grandes de los nuevos mundos, ignorados hasta ahora, y regalados en lo espiritual a la Iglesia de Cristo, su esposa, cual joyas nupciales. Y no se ha hartado aún de dar la naturaleza, mediante la bondad de Dios; porque, si algo queda oculto, se están preparando para someterlo a vos y a el Emperador.

Baste esto a Vuestra Beatitud. Le deseo felices años. En la Carpetana Toledo, corte del César, a 19 de noviembre de 1525.

LIBRO X.

1.

Introducción. Noticias de Nueva España. Comunicaciones de Hernán Cortés. Cartas cifradas contrarias al mismo. Su enojo contra Olid. Le procuran templar los magistrados. Marcha contra él.

Este nuestro fecundo Océano a cada hora da a luz nueva prole. El ilustre Nuncio de Vuestra Beatitud, Baltasar Castillne, varón insigne en todo género de virtudes y prendas, así que vio empaquetadas estas dos Décadas, la ducal y la pontificia, me rogó que le permitiera enviárselas por su mano a Vuestra Beatitud, y le respondí que con gusto; pero cayó gravemente enfermo, y no pudo dedicarse a los negocios como quería, aunque no le sobrevenían pocos. Por eso en ese tiempo no envió ningún correo a quien pudiera confiar los cuantiosos derechos de Vuestra Santidad, y juntamente mis libros para que no se perdieran. Por esa tardanza ha sucedido que pueda añadir algo como corolario.

Nos han venido tres naves de las regiones del Nuevo Mundo, de la Nueva España, que está bajo el gobierno del muchas veces nombrado Hernán Cortés: la una, de las llamadas carabelas. Lo que ha traído ésta son cosas que causa lástima decirlas, y no pocas. Mas habremos de comenzar por los libros traídos en ambas naves arriba nombradas, para que más claramente se entiendan estas cosas y aquéllas.

Los hay de dos clases, una común *(comunicaciones oficiales?)* y otra particular.

En el largo escrito oficial, suscrito por Cortés, por el contador de los magistrados, el tesorero y el factor, se habla extensamente de la naturaleza de aquellas tierras, de las cosas que se envían al César, de la falta de naves en aquellas costas, con excusa de que es exigua la cantidad de oro y piedras preciosas que se manda; de los cuantiosos gastos, en cuya narración Cortés dice que está pobre y empeñado.

Pone mucho de las naves construidas por él en la playa austral, con las que decía que llegaría a la línea equinoccial próxima, como a unos doce grados polares, porque había oído en aquellos pueblos de la costa que estaban inmediatas a ellos las islas que producían aromas, oro y piedras preciosas.

Quéjase amargamente de haber oído que se habían quemado dichas naves con todos sus aprestos. Ya que a causa de sus enemigos que le distraían no pudo continuar la empresa comenzada, promete resarcir esta pérdida con tal que cesen los perturbadores; habla de las diferentes minas de oro y plata descubiertas recientemente; de las cosas que necesitan nuevos remedios; de los sesenta y tres mil pesos de oro del fisco, que ha tomado en concepto de préstamo, en contra la voluntad de los magistrados, para formar el nuevo ejército, y de los jefes que ha enviado por distintas partes para sojuzgar varias regiones, y de otras muchas cosas.

Vienen asimismo cartas particulares y secretas del contador Albornoz, secretario del Rey, escritas en caracteres desconocidos, que llaman cifras, que se le dieron a Albornoz al tiempo de partir, porque ya entonces sospechábamos de las intenciones de Cortés. Estas cartas se han escrito contra los astutos manejos de Cortés, su ardiente avaricia y casi manifiesta voluntad de alzarse con el mando. Pero si todas estas cosas son verdad, o sólo se han urdido con ánimo de congraciarse, como acontece muchas veces, lo habrá de decir el tiempo; pues se han elegido ya varones graves que serán enviados para averiguarlo. Cuando se aclaren estos misterios, los pondré en conocimiento de Vuestra Beatitud. Pasemos esto por alto, y vengamos al asunto de Cortés.

A propósito de la rebeldía de Olid, del que ya hemos hablado antes largamente, se irritó Cortés de tal manera, que parecía no querer vivir mientras quedara impune Olid, y con frecuencia dio señales de esta irritación hinchándosele de ira las narices y las venas del cuello, y no se recató de proferir palabras que significaban esto mismo.

A la sazón distaba de él Olid más de quinientas leguas, hacia el Oriente, según todos afirman, de la laguna salada de Méjico, y había que ir hasta él por caminos inaccesibles de varios modos. Este Olid había fijado su asiento en el golfo llamado Figueras, descubierto hacía tiempo, con la esperanza de hallar el estrecho tan deseado, adonde, arribando otros tres capitanes, se destrozaron peleando unos contra otros. Ya hablaremos de sus desgraciados hechos; por ahora no nos separemos de Cortés.

Reunió Cortés sus tropas, y viendo esto los magistrados del Rey le representan, primero con palabras suaves, que no emprenda tan peligroso camino de pelear los nuestros entre sí: le exhortan y amonestan que no quiera ser causa de tan gran ruina de cristianos, ni lo ponga todo en tanto peligro, puesto que ellos veían inminente la matanza de todos los que quedaran si dejaba sin soldados la cabeza de estos imperios, aquella región mejicana poco antes sojuzgada, y que todavía lloraba la muerte de sus antiguos reyes y la destrucción de sus hogares, amigos y afines. Y lo que es más, que si se iba él, cuyo nombre era tan temido de todas aquellas gentes, ¿por ventura, si algo adverso aconteciere, lo que Dios no permita, no vendría todo a tierra? Y que al cuidado del César quedaría el corregir a Olid, y que él pagaría la pena de su delito.

Estas y otras muchas cosas le hicieron presentes una y otra vez, en su nombre y en el del César, para que renunciara a su propósito. Entonces prometió bajo juramento que no iría al encuentro de Olid, sino a someter a ciertos reyezuelos rebeldes, y por cierto no lejos de allí; pero no cumplió su palabra.

Se dirige al Oriente a marchas forzadas, lleno de furor contra Olid. Tropieza, unas veces en grandes lagunas marítimas, otras en pantanos de en medio de los valles, otras en ásperas montañas; por dondequiera que marchaba mandaba que con el esfuerzo de los naturales se construyesen puentes, se desecasen pantanos y se allanasen los montes; nadie se atrevía a desobedecerle, y devastaba a sangre y fuego todo lo que se oponía a su paso: en todo lo que se le presentaba intransitable, hacía caminos: tanto le temían todos los indígenas después de haber vencido a Moctezuma, tan poderoso rey, y conquistado tan extenso imperio, que se creía que podría hasta hundir el cielo si se empeñara en ello.

Traía consigo abundancia de pertrechos y caballos, modo de hacer la guerra desconocido de aquellas gentes; tuvo por auxiliares unos pueblos enemigos en cierto tiempo de aquellos por cuyos términos y reinos se encaminaba.

Además había enviado por la parte meridional a Pedro Alvarado, y por la septentrional a cierto Godoy, capitanes de tierra de quienes había tenido cartas Cortés, y nosotros también las tenemos, acerca de nuevas y extensas regiones belicosas, pueblos y ciudades pantanosos en algunos lugares, llanos y montañosos en otros, sobre las cuales cosas el padre de Cortés, que está entre nosotros, hizo imprimir en español un libro que aquél le envió y anda en los puestos de las plazas.

Por el mar había mandado, con tres naves grandes y muchos varones nobles, a otro capitán, por nombre Francisco de las Casas, del cual poco antes ya he indicado algo y mucho más diremos, si bien invirtiendo el orden por exigirlo así los sucesos. A este jefe marítimo había mandado que se apoderase de Olid, a ser posible, como sucedió y diremos en su lugar.

2.
La famosa culebrina de oro. Disensión respecto de Cortés. Falsos rumores de su muerte. El golfo de Figueras.

En esta situación dejaron los asuntos de Méjico estas dos naves, que llegaron hace tiempo con setenta mil pesos de oro y dos tigres, uno de los cuales, con las sacudidas de la nave y la molestia, se murió en Sevilla; el otro lo tenemos aquí amansado, pero cachorrillo. También puede verse por todos la culebrina, tan ponderada por las gentes; en realidad no tiene tanto oro como se decía, si bien es digna de verse. Todos vieron también las alhajas e instrumentos bélicos formados con mucho oro y piedras preciosas, y los collares hechos con admirable arte, enviados de regalo, parte por Cortés y parte por los que tienen mando en aquellas regiones. Los que acompañaron al reverendísimo legado de Vuestra Beatitud se lo referirán algún día de viva voz. Y basta del relato de las dos naves.

Vengamos ahora a la carabela que, sola entre sus siete compañeras, se escapó del puerto de Medellín, escala de la Nueva España. Pero digamos por qué quiso Cortés poner este nombre a aquel lugar con puerto. Medellín es un pueblo célebre de Castilla, de donde es oriundo Cortés; eligiendo, pues, el nombre de su patria, quiso que se llame Medellín aquel lugar, y que sea el emporio de todas aquellas tierras, y no se le impide. Dio también a aquella región el nombre de Nueva España, y pidió que fuese así confirmado por el César.

Había ancladas en este puerto siete naves mercantes, que debían volver a España en breve una vez descargadas sus mercancías. Surgió entre los magistrados una disensión: proponían unos que debían enviarse entonces al César (cuya necesidad era grande por las inminentes guerras) los tesoros reunidos de oro y plata, ya que se ofrecía aquella ocasión de las naves, lo que acontece rara vez; pues ya hacía tiempo se habían prometido al César por medio de Juan Rivera, secretario de Cortés, doscientos mil pesos de oro con tal que se enviasen naves a propósito para conducirlos. Contra este parecer se levantaron los demás colegas; insistieron en que debía esperarse al gobernador Cortés, y en que no debía hacerse innovación alguna estando él ausente. Llegaron a tomar las armas: por fortuna se presentó Francisco de las Casas, jefe marítimo de Cortés, envanecido por haber degollado a Olid, y favoreció a los de Cortés contra los otros; dicen que el contador Albornoz, muerto su caballo, fue herido y encadenado. Los vencedores corrieron a la playa, prendieron a los siete patrones de las naves, y trayéndose a tierra todas las jarcias y los timones para que no pudieran salir, desvalijaron las naves.

El dueño de esta carabela que ha arribado, movido por tan gran ruina y aprovechando cierta ocasión, vuelve a su nave, y despojado él también de velas y demás instrumentos marítimos, acometió una empresa digna de alabanza. Había tirado a un rincón unas velas viejas y medio rotas, como gastadas e inútiles; con los pedazos agujereados de estas velas y una tela nueva de pocos codos hizo una vela de pedazos, y sin despedirse de los que empleaban violencia levó anclas, extendió las velas, y con ayuda de vientos favorables navegó más velozmente que jamás nave alguna procedente de aquellas regiones del océano. El dueño de esta nave no trajo carta alguna ni órdenes de nadie; pero fueron tan circunspectas las palabras de estos navegantes, que se prestó fe a su relato.

Eso de que Cortés haya sido muerto con todo su acompañamiento por los indígenas de aquellas regiones, por las que tan tenazmente se había propuesto caminar, dicen estos marinos que lo conjeturaron de la siguiente forma. Dejó detrás de sí a la mayor parte de los capitanes, con orden de que se preparasen y le siguieran. Siguiendo sus pasos encontraron que a su espalda estaban destruidos los puentes y cortados todos los caminos, y corría cierto rumor de que entre unas algas pantanosas y marítimas, que por la acción del flujo del mar y de las tempestades se producen en la tierra mojada, y entre unos jarales próximos, se habían visto huesos de hombres y de caballos. Esto contó la carabela prófuga acerca de Cortés y de los insensatos empleados del Rey.

Pero respecto de los cuatro jefes que tan ansiadamente suspiraban por el descubrimiento del estrecho deseado, los citados navegantes dicen que han oído esto. Pero es asunto que debe tomarse de más lejos.

Si lo recuerda Vuestra Beatitud, Padre Santo, después de la muerte del Pontífice Adriano, el venerable varón, el jurisconsulto Antonio Tamaroni, presentó en mi nombre a Vuestra Beatitud un librito, cuyo principio es *Priusquam*, y escribió que se había recibido con agrado. En él se habla del noble varón Gil González de Ávila, cómo encontró una tan gran corriente de agua potable que la llamó mar de aguas dulces; de sus orillas y numerosos pueblos notables, de sus grandes lluvias, de sus ceremonias y costumbres, de los ritos sagrados de aquellas gentes, de la abundancia de oro; del principio de la paz y tranquilo comercio a lo primero, y después de la guerra y graves combates con Nicoragua y Diriagen, sus reyes; y de su vuelta a la Española, de donde, reunida tropa de infantes y caballos, dijimos que había de marchar al golfo llamado Figueras. Éste parece que separa las regiones del creído continente, a la manera que el mar Adriático divide la Italia de la Iliria y resto de la Grecia: al cual golfo creía que viene a parar algún río navegable que absorbiese aquella inmensidad de aguas, como el río Tesino absorbe al lago Mayor y el río Mincio al Garda; de todas las cuales cosas y ejemplos se habla allí muy extensamente.

Pero no debemos pasar en silencio por qué se llame así aquel tan renombrado golfo. Dicen que los primeros descubridores le pusieron el nombre de Figueras porque en su extensión encontraron frecuentes bosques de ciertos árboles muy semejantes a las higueras por su ramaje, aunque de tronco diferente; pues éstos tienen su madera sólida, y las higueras la tienen con médula; y como la lengua española llama higueras al árbol del higo, con ligera corrupción del vocablo le llaman Figueras. De las ramas y troncos más recios de estos árboles forman los naturales vasos torneados para adorno de los aparadores y cómodo servicio de las mesas, fuentes, barreños, copas, tazas y marmitas, y otras muchas cosas de esta clase para uso de los hombres, admirablemente labradas.

3.
Disensiones entre varios jefes. Muerte alevosa de Olid.

Habiendo marchado por tierra, por la punta del golfo, Gil González hacia el lago descubierto por él, sin haber encontrado la salida de las aguas, encontró que el general de Pedro Arias, gobernador de Castilla del Oro, llamado Francisco Fernández, había ocupado aquel reino y estableció en él una colonia en el territorio del cacique Nicoragua, que él dice haber dejado consigo. Lo que aconteció lo diré en pocas líneas: primero se vino, se cruzaron, palabras, después hubo entrevistas y, por último, llegaron a las manos. Gil González alega que se le ha hecho violencia, y se queja de que se le perturbe lo que él ha descubierto. Tres veces dicen estos marinos que pelearon, que perecieron ocho hombres en la sedición, que fueron más los heridos y murieron treinta caballos. De esta manera, no pudiendo estar juntos los españoles, se destrozan mutuamente por donde quiera que van.

Doscientos mil pesos de oro no muy puro dicen estos mismos marineros que arrebató Gil González a Francisco Fernández. El gobernador Pedro Arias, del cual tenemos un gran legajo de cartas del creído continente, quejándose mucho de Gil González escribe, que a un capitán suyo le tomaron ciento treinta mil. Estos pesos habíanlos recibido de los reyes vecinos, y no me toca a mí ahora discutir si a la fuerza o voluntariamente, en cambio de objetos de nuestro país. Cosa es ésta de poco interés, y nos queda asunto de mayor importancia.

Marchando así los negocios, según son de ánimo inquieto los españoles, salió Gil González al encuentro de Cristóbal de Olid, enviado por Cortés, quien había establecido poco más lejos una colonia en estas mismas playas, a la que había puesto el nombre de Triunfo de la Santa Cruz. Llamóla así porque después de varios naufragios, que él refiere por extenso, librándose de

fierísimos torbellinos, saltó allí en tierra el mismo día que la Iglesia romana celebra la solemnidad de la victoria de Heraclio, emperador de los romanos, contra los persas.

Prendióle Olid, y óigase una morisqueta ridícula de la rueda de la fortuna. Sobrevino un cuarto general, Francisco de las Casas, enviado por Cortés contra Olid. Salió éste al encuentro de su consocio, y poco antes su colega bajo Cortés: pelearon en combate naval. Francisco echó a pique a cañonazos una de las naves de Olid con sus tripulantes, y se refugió en alta mar. Olid saltó en tierra. Aquel golfo está expuesto a frecuentes borrascas por encontrarse expuesto a los furiosos vientos septentrionales y estrechado en una gran extensión entre las laderas de muy altas montañas; por esto, a los pocos días, arrebatado de la fuerza de los vientos y perdidos la mayor parte de sus hombres, caballos y naves, fue arrojado Francisco, enemigo acérrimo de Olid, al poder de éste. Préndele Olid, y ved aquí que tiene en su casa a dos caudillos de mayor importancia que lo es el mismo Olid, no cual huéspedes satisfechos, sino cual prisioneros para perdición suya.

Entrambos se convinieron en matar a Olid, y sobornaron a sus criados para que, al llevar ellos a cabo este plan, no acudieran en socorro del traidor Olid, que les había hecho pasar por reos de lesa majestad siendo ellos inocentes. Y una noche, sentándose de acuerdo junto a su egregio huésped, para postre, tomando los cuchillos que había por la mesa, acometieron a su mal querido huésped: después de la cena de su amo, los criados no estaban allí sino ocupados en cenar. Hicieron a Olid muchas heridas, pero no lo mataron; huyó él a casa de un isleño, y se refugió en unas chozas que conocía. Por medio de pregones se anunció que moriría el que patrocinara al traidor Olid, o descubriéndole no lo denunciara; se señaló un premio al que lo delatase, y fue entregado por los suyos; y formado el expediente de traidor, le degollaron a voz de pregonero. Este fue el fin de Olid, al que, si no me engaño, han de venir a parar todos los demás colegas.

Pero oiga Vuestra Beatitud otro caso increíble y ridículo de la caprichosa fortuna. Cuéntase que Francisco de las Casas, otro jefe marítimo, degollado Olid, había llevado violentamente a la ciudad de Méjico a su socio Gil González, que estaba descuidado y no era igual a él en las armas; creyó que esto sería un obsequio agradable para Cortés. Y ved aquí cómo la insensatez de cuatro capitanes lo pasa mal en el llamado golfo de Figueras, y por la ambición y la avaricia pusieron en un precipicio, tanto sus personas como los muchos reinos que obedecían tranquilamente al César.

Hay quien afirma haber visto en Méjico a Gil González en poder de Francisco de las Casas; niéganlo otros, y no se saben bien estas noticias sobre Gil González.

4.
Despachos de Pedro Arias. Providencias del Senado. Más noticias del lago dulce y de Cortés. Ponce de León comisionado a Nueva España. Restauración de Méjico.

Después de terminado y cosido el libro de las dos Décadas, nos han llegado por dos veces naves de los senadores de la Española, la primera vez cuatro, y la segunda siete; de la Nueva España ninguna, fuera de ésta que se fugó.

Hemos leído en el Senado un gran legajo de cartas enviado por Pedro Arias, gobernador de Castilla del Oro: las materias de sus capítulos son acerca de sus actos, de los arduos trabajos suyos y de sus compañeros de armas, mucho de la partida próxima del Tesorero real de aquellos países con cantidad de oro que no llega a precisar; del camino comenzado, que, una vez hecho, habrá comunicación con viaje corto entre ambos mares, y podremos tener trato frecuente con las islas situadas bajo el equinoccio, porque sólo de dieciséis leguas o poco más es la distancia que hay desde el puerto llamado Nombre de Dios hasta la colonia de Panamá, que tiene buenos puertos. Esta sólo dista seis grados y medio del equinoccio, donde apenas es perceptible en todo el año la diferencia entre el día y la noche. De las excelencias de estos países bastante hemos dicho anteriormente.

En otro capítulo acusa a Gil González de violencia que ejerció contra su jefe Francisco Fernández, y alaba la modestia y templanza de éste; otros piensan de distinto modo. Alguna vez oiremos las quejas de la otra parte, y entonces se juzgará lo que deba hacerse. Pone una larga serie de muchas cosas particulares y grandes rodeos, que yo ni quiero ni puedo tocarlos, ni Vuestra Beatitud necesita conocerlos.

Pide también Pedro Arias con gran rendimiento que le conceda ya el César volver al lado de su mujer y de sus hijos, porque se siente trabajado por la vejez y por mil enfermedades. Así se ha decretado; pues se le llama, y en su lugar se pone un noble caballero de Córdoba, llamado Pedro Ríos, que está entre nosotros y se dispone a marchar.

Cuando hablamos arriba de los infortunados sucesos de Francisco Garay; de la llegada de Olid a Cuba, desde donde se disponía para ir a Figueras; de Gil González y sus aprestos para estos lugares, y de los planes de Pedro Arias, añadimos también que ninguna otra cosa pudo hacer en eso nuestro Senado que dar absoluta potestad al Senado de la Española, y mandar que ellos, como más inmediatos, procurasen que el encuentro de todos éstos no trajese perjuicio alguno, como mucho lo temíamos.

Recibidas las cartas del César y las nuestras, inmediatamente destinaron para esto a un honrado varón llamado el bachiller Moreno, procurador del fisco entre ellos. Llegó tarde; ya estaba hecho, todo lo encontró en confusión. Los relatos de este excelente hombre se diferencian poco del que he referido. De esta suerte, por las discordias de ellos, se pierden muchas cosas dignas de saberse.

A este fiscal Moreno le contó Francisco Fernández, muy versado en todo lo de aquel gran lago, que había venido a dar con un salto de aguas dulces que caen en el golfo, como sabemos que el Nilo cae en Egipto desde las altas montañas de Etiopía, y regado así este país desemboca en nuestro mar. Si esto es verdad, lo cual todavía es incierto, en vano sería averiguar lo que Gil González meditaba bastante tiempo acerca de este gran río navegable, que absorbe aquellas aguas rodeadas de pueblos. Mas de la desgracia y divulgada muerte de Cortés y sus compañeros, refiere a su regreso este fiscal, Moreno, que no oyó nada por allá, porque aquellos lugares distan más de quinientas leguas de la provincia mejicana; pero añade que, cuando estaba anclado en el puerto de la Habana, emporio de Cuba, abordó allí Diego Ordaz, experto capitán de Cortés, que dijo haber venido a aquellos países a preguntar si se sabía algo de Cortés, de cuya vida se dudaba en la capital mejicana de aquellos reinos. No sabe nada más.

Para remedio de estos tan grandes males, fue comisionado un varón de noble estirpe, el jurisconsulto Luis Ponce de León, pretor urbano desde hace tiempo en esta región carpetana, cuya capital es Toledo, donde ahora moramos con el César, y fue nombrado por haber ejercido honrada y prudentemente este cargo; es varón modesto y de esclarecido ingenio, de cuyas disposiciones esperamos que ha de resultar que aquella nave cesárea tan fluctuante ha de ser llevada, bajo felices auspicios del César, a puerto tranquilo.

Lleva también orden de atraerse a Cortés, si le encuentra vivo, con mil halagos, y de reducirle a la debida fidelidad, de la cual, sin embargo, no se separó jamás claramente, pues el nombre del Rey y Emperador fue siempre venerado en su boca y en sus cartas. Pero de lo oculto, como ya hemos dicho extensamente, sospechamos no sé qué por conjeturas y acusaciones de muchos. Hombre de carácter altivo, siempre deseó obtener nuevos honores. Ya hace tiempo consiguió los títulos de Gobernador general y Adelantado de todas aquellas amplísimas regiones que se comprenden bajo el nombre de Nueva España. Hace poco pidió la insignia de Santiago de la Espada, que ya se lleva el citado Ponce para dársela: pronto marchará; ya ha sido despachado por el César, y saldrá con una flota de veintidós naves. Mas si se encuentra con que ha fallecido Cortés, habrá de obrar en distinta forma: ninguno de los otros se atreverá a erguirse. Con tal que encuentre a los indígenas sin novedad de sublevaciones, todo saldrá bien y se pondrán felizmente a los pies de Vuestra Beatitud.

En esta gran ciudad de la laguna, que ya vuelve a recobrar el aspecto de ciudad, reconstruidas cincuenta mil casas, se han levantado treinta y siete templos, en los que el indígena, mezclado con el español, se dedican con suma piedad a los ritos cristianos, abandonando sus antiguas ceremonias y sacrificios de sangre humana, a que ya tienen repugnancia. Acreciéntase en extremo esta feliz cosecha, como no lo estorben las sediciones de los nuestros, por ocho frailes franciscanos calzados, que con apostólico fervor instruyen a estos naturales.

5.
Exploraciones hacia el Norte. Chasco pesado. Agresión portuguesa. Tasación de lo robado. ¿Qué hará Carlos V?

Pero basta ya de esto, y vengamos a Esteban Gómez, del cual, al final del libro entregado *(a Vuestra Santidad)* que comienza *Priusquam,* dije que había sido enviado con una carabela a buscar otro estrecho entre Tierra Florida y los Bacalaos, bastante recorridos.

Sin haber podido descubrir, como lo prometió, ni el estrecho ni Catay, volvió a los diez meses de su partida. Siempre pensé que eran vanos los pensamientos de este buen hombre, y lo dije; pero no le faltaron votos en su favor. Encontró, sin embargo, tierras útiles, conformes con nuestros paralelos y grados polares.

También el licenciado Ayllón, senador en la Española, recorrió con dos naves, por medio de sus amigos y criados, aquellas nuevas playas que están al Norte de la Española, de Cuba y las Lucayas, y vecinas a las regiones de Bacalaos, Chicora y Duraba, de que yo arriba traté largamente, donde, después de contar los ritos y costumbres de estas gentes, y hacer la descripción de sus excelentes puertos y grandes ríos, dicen que hallaron robledales, encinares y olivares, y en las selvas largas vides silvestres y demás árboles de nuestros países, y no refiere esto en breve epílogo sino en largos legajos de papel.

Pero ¿qué necesidad tenemos nosotros de estas cosas, vulgares entre los europeos? Hacia el Sur han de caminar los que buscan las riquezas que guarda el equinoccio, no hacia el frío Norte.

Y sobre esto oiga Vuestra Beatitud un caso gracioso, un chiste que se divulgó mucho. Esteban Gómez, no habiendo conseguido descubrir nada de lo que se proponía, por no volverse de vacío, en contra de nuestras leyes de no hacer violencia a nadie, llenó la nave de hombres y mujeres, de ciertos inocentes y semidesnudos pueblos que se contentaban con chozas en vez de casas.

Cuando llegó al puerto de la Coruña, de donde había partido, un individuo, habiendo oído la llegada de esta nave y que traía *esclavos* o siervos, sin averiguar más, a uña de caballo se vino hasta nosotros, y, jadeante, nos dijo: «Esteban Gómez trae una nave cargada de clavo y piedras preciosas.» Con esto creyó él obtener buenas estrenas. Los que habían favorecido la empresa, saltando de gozo al oír la tontería de este hombre, alborotaron toda la corte con gran estrépito; mutilada la palabra por la figura *eféresis*, en vez de esclavos entendieron que lo traído era clavo, y así lo gritaban, pues el idioma de España llama esclavos a los siervos, y a los *gariófilos* clavo. Mas después que la corte advirtió que la fábula se había descompuesto de clavo en esclavos, excitó la risa, con sonrojo de los favorecedores que tan alegres se habían puesto. Si hubiesen sabido que la influencia del cielo sobre la materia terrestre dispuesta a recibir este espíritu aromático no puede difundirse sino en el equinoccio solar o cerca de él, habrían comprendido que en solos diez meses que este navegante empleó en su viaje no era posible hallar el clavo aromático.

Cuando me ocupaba en este corolario, ved aquí otra burleta de la voluble fortuna, que jamás dio a nadie una onza de miel sin que a la vez le pusiera en el platillo otra tanta o mayor cantidad de hiel. Resonaban las calles de esta ínclita ciudad con el sonido de las trompetas, los redobles de los tambores y las armonías de los pífanos por la alegría de los esponsales y el repetido parentesco con su cuñado y primo el rey de Portugal (por haber tomado por esposa a la hermana del Emperador, ya

de edad para él, y haber dejado a la inglesa, todavía jovencita, lo cual deseaban sobremanera los reinos de Castilla), cuando de repente sobrevino una noticia triste y difícil de tolerar, que llenó de disgusto al César y a todos los castellanos.

En el libro de *La Vuelta al Mundo*, dedicado al Pontífice Adriano, dije que se quedó estropeada en la isla de Tidore, que es una de las Malucas que crían los aromas, la nave llamada *Trinidad*, compañera de la *Victoria*, con cincuenta y siete hombres, que, a más de los empleados públicos, los tengo con sus propios nombres, tomados de los libros de los contadores de estas negociaciones.

Reparada aquella nave, volvía cargada de clavo y algunas piedras preciosas: tropezó con la armada portuguesa; la apresó el general de Marina portugués, llamado Jorge de Brito, y se la llevó vencida al Maluco, que se cree ser el Quersoneso Áureo, y robó cuanto había en ella. Y es lastimoso de contar lo que les pasó a los marineros de esa nave. Tal furia del mar se desencadenó contra ellos, que, zarandeados constantemente por las olas, perecieron casi todos de hambre y de no dormir.

Después de apresada aquella nave *Trinidad*, el general portugués se dice que fue a nuestras islas Malucas, y que en una de ellas, que son siete, construyó un fuerte, y robó juntamente cuantas mercancías se habían dejado en las islas para comerciar.

Los pilotos sobrevivientes de la nave *Victoria* y los dependientes del Rey, pero más principalmente Cristóbal de Haro, director general de esta negociación de la especiería con nombre de factor, sostienen que el valor de uno y otro robo pasa de doscientos mil ducados. En este hombre *(Haro)* tiene suma confianza nuestro Senado, y por informes nuestros también el Emperador. Él me facilitó a mí los nombres de todos los marineros, y aun de los últimos criados de las cinco naves compañeras de la *Victoria*. Expuso en nuestro Senado reunido por qué hacía aquella tasación de la presa, y manifestó detalladamente cuántas especias traía la *Trinidad*, cuántas se dejaron compradas y entregadas a Juan de Campo, que se quedó con los demás en poder de Zabazula, cacique de la isla Machiana, que es una de las siete nuestras que crían los aromas, y en poder de otro cacique vecino, el de la isla de Tidore y de su hijo, y de los administradores y criados principales de ambos reyezuelos, con sus nombres.

Y, tocante a las mercancías, así las láminas de acero y de cobre, como toda clase de telas de cáñamo y de lino; y pez, azogue, *luz de piedra*[80], solimán, *almagre* para pintar; corales, sombrillas coloradas, gorras, espejos, cuentas de vidrio, cascabeles, cordones, sillas dignas de un rey, y cuantas máquinas había con sus municiones. A cambio de todo eso, nuestros empleados públicos del Rey que habían de quedarse, el Contador y el Tesorero, tenían que recoger especias para que se las trajeran las naves nuestras que se enviarían.

En semejante asunto se duda de lo que hará el César: yo creo que disimulará por espacio de algunos días por causa del doble parentesco. Pero aunque fuesen gemelos de un mismo parto, sería duro dejar pasar impune este perjuicio injurioso. Me parece que antes se tratará pacíficamente el asunto por medio de procuradores. Sino que oigo decir que ocurrirá otra cosa que no ha de saber bien al rey de Portugal. El Emperador no podrá disimular la cosa aunque quiera, porque los amos de aquellos géneros pedirán que se haga justicia. El negarla a los enemigos es deshonra; ¿cuánto más no lo sería negarla a los propios súbditos?

Los portugueses de edad se dice que públicamente vaticinan que por esos actos temerarios va a venir la ruina de aquel reino; pues desprecian con demasiada soberbia a los castellanos, sin cuyos productos se morirían de hambre, habiendo sido en otro tiempo aquel exiguo reino un condado de Castilla.

---

80 *Luminis petrei* pone el autor, sin que se adivine si querrá decir alumbres, prismas de cristal, pedernales u otra cosa; lo mismo digo sobre *aurei pigmenti ad picturas*, que he traducido almagre.

Los castellanos echan espuma de rabia, y quisieran que el César se decidiera a reincorporar ese reino a la Corona de Castilla. El rey Felipe, padre del Emperador, pensó alguna vez en ello, y dijo que lo haría. El tiempo lo dirá.

Entretanto Dios guarde a Vuestra Beatitud, en cuya presencia postrado le beso los pies.

FIN

ADVERTENCIAS

Las ediciones de que me he servido son: para las Cartas, *Opus Epistolarum*, edición complutense de 1530, que compulsé con la de Amsterdam de 1670. Para la Década 1.ª, *Petri Martyris... Opera*, Sevilla, 1511. Para las Décadas 2.ª y 3.ª, *De Rebus Oceanicis et de Orbe Novo Decades tres Petri*, etc. Colonia, 1578. Para la 4.ª, esta misma edición, que la trae bajo el título *De Insulis nuper inventis*, y con no pocas variantes que se han corregido en conformidad a la edición complutense de las ocho, de 1530. Ésta también para las cuatro Décadas últimas, teniendo que mandar un escribiente que las copiara, y luego dos que confrontaran bien la copia.

Las demasiadas abreviaturas; las innumerables erratas de tales libros, hechos en la infancia de la imprenta; la desigualdad de estilo, el uso de nombres bárbaros, y las incorrecciones del autor, que no podía revisar ni limaba sus escritos, pero más que todo la pésima puntuación y ortografía, ocasionaban dificultades molestísimas, que sólo podría apreciar quien hiciera una prueba en circunstancias idénticas. Baste un ejemplo. En el libro V de la Década IV se lee: «Inscribieron en español: *Vamos al Darién*»; y lo que había en la edición de Amsterdam era este rompecabezas: *his verbis inscribunt: Vannuis Aldarieci*. Compuesta ya una nota que declaraba ininteligible ese texto, fue menester un viaje para consultar otra edición y despejar la incógnita.

Salen alguna vez unos comendadores *Espatenses*, que no pude adivinar lo que eran por más que revisé el cuadro de la nobleza española de aquella época que trae el portugués Goes; y luego he conocido que no son sino comendadores de Santiago.

La palabra latina *prætor* tiene un significado genérico; *prætor urbanus*, es como alcalde o gobernador; *prætor justitiæ*, será juez o alcalde del crimen; *prætor militiæ*, es capitán o general; unas veces he detallado el sentido porque era claro, otras he dejado pretor en castellano, aun hablando de Hernán Cortés, que era un Capitán general como pocos.

Igualmente indeterminada es la significación de la palabra latina *cavea*, por jaula, caja, compartimiento, etc. Pero ilustrados jefes de nuestra marina disienten sobre la *Santa María* de Colón, si era nao o sólo carabela de mayor tamaño que la *Pinta* y la *Niña*, y me han preguntado sobre lo tocante a ese punto. Acaso la palabra bodegas que puse por *caveis* en el capítulo V del libro I de la primera Década, debería ser cofas o gabias, ya que allí se nombran los palos gruesos que podían sostenerlas. Los que tanto necesitan adelgazar tengan presente la vaguedad de *cavea*, ya que para resolver esa cuestión no les basta lo que el mismo Colón dice de la mismísima *Santa María* en su *Diario*, 18 y 25 de diciembre.

Recutiti me inclino a creer que significa siempre *circuncidados*. Véase nota 50, en el libro I de la Década IV.

El no haber logrado ciertas facilidades o favores que no sin motivo esperaba, ha retrasado la terminación de esta obra hasta después de las fiestas del centenario colombino. ¡Paciencia!

Quedo muy agradecido a la Real Academia de la Historia, al Emmo. Sr. Cardenal Rampolla y a la prensa periódica, que, sin distinción de opiniones políticas, tanto han ensalzado estos libros de Angleria, y hasta el humilde trabajo que yo he puesto.

Joaquín Torres Asensio
Canónigo Lectoral de Madrid.

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

PRIMERA DÉCADA OCEÁNICA

LIBRO I.
Al Vizconde Ascanio Sforcia, cardenal vicecanciller
(Comprende el primer viaje de Colón y su salida para el segundo.)

LIBRO II.
Al Cardenal Vicecanciller vizconde Ascanio Sforcia
(Comprende hasta la llegada de Antonio Torres con doce naves a Cádiz en marzo de 1494.)

LIBRO III.
Del existimado continente

LIBRO IV.
Del existimado continente

LIBRO V.
Del existimado continente

LIBRO VI.
Del existimado continente

LIBRO VII.
Del creído continente.

LIBRO VIII.
Del creído continente.

LIBRO IX.
Del creído continente.

LIBRO X.

Del creído continente.

DÉCADA TERCERA

LIBRO I

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.

DÉCADA CUARTA DEL NUEVO MUNDO
A León X, Pontífice Máximo.

LIBRO I.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.

DÉCADA QUINTA.
A Adriano VI, Pontífice Máximo.

LIBRO I.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

De la vuelta al mundo. Al Sumo Pontífice Adriano VI.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.

DÉCADA SEXTA.
Al Arzobispo de Cosenza para que se la entregue al Pontífice

DÉCADA SÉPTIMA.
Al Vizconde Francisco María Sforcia, Duque de Milán.

LIBRO I.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*

479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*

429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*

329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*

279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*

229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*

179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*

129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)

79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*

29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)